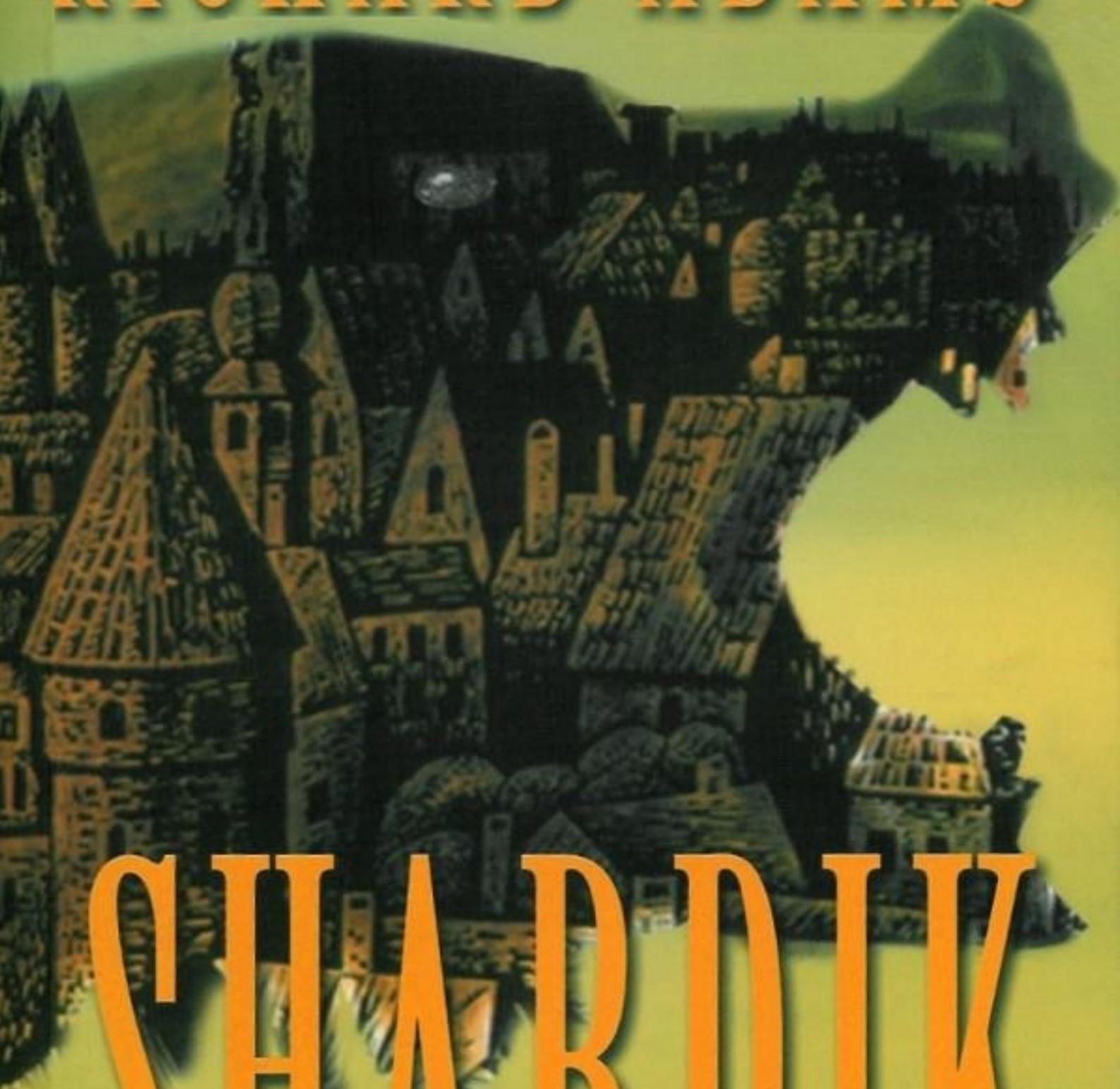


RICHARD ADAMS



SHARDIK

Lectulandia

Richard Adams crea en esta novela una civilización imaginaria. Es un gran imperio con pueblos dominadores y pueblos sojuzgados, diferentes cultos religiosos y poderosos ejércitos. Un oso gigantesco (Shardik), catalizador de supersticiones y odios, provoca una revolución, pero luego desaparece. Un humilde cazador (Kelderek) se convierte fortuitamente en un mesías y luego deberá afrontar mil peripecias en busca de la enorme bestia.

Esta novela es una conmovedora denuncia del fanatismo, la crueldad y la violencia.

Lectulandia

Richard Adams

Shardik

La sombra y el regreso del oso^[1].

ePub r1.0

Accumbens 24.04.14

Título original: *Shardik*
Richard Adams, 1974
Traducción: Patricio Canto
Retoque de cubierta: ariblack

Editor digital: Accumbens
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A mi alguna vez pupila Alice Pinto con el sincero afecto de siempre.

*οἴκτιστον δὴ κείνο ἔμοῖς ἴδον ὀφθαλμοῖσι πάντων δσσ' ἐμόγησα πόρους ἀλὸς
ἐξερρείνων.*

Odyssey XII, 258-259

*(Jamás, recorriendo las rutas del mar, vieron mis ojos un espectáculo mas
lamentable).*

La Odisea, XII, 258-259

Agradecimientos

Mi agradecimiento a la ayuda que he recibido de mis amigos Reg. Sones y John Apps, que leyeron el libro antes de su publicación y me hicieron valiosas críticas y sugerencias.

El manuscrito fue mecanografiado por Mrs. Margaret Apps y Mrs. Barbara Cheeseman. Les agradezco muy especialmente por su paciencia y esmero.

Los mapas fueron dibujados por Mrs. Marilyn Hemmett y no necesitan que yo los elogie. La colaboración de una competente cartógrafa es de por sí un gran acierto^[2].

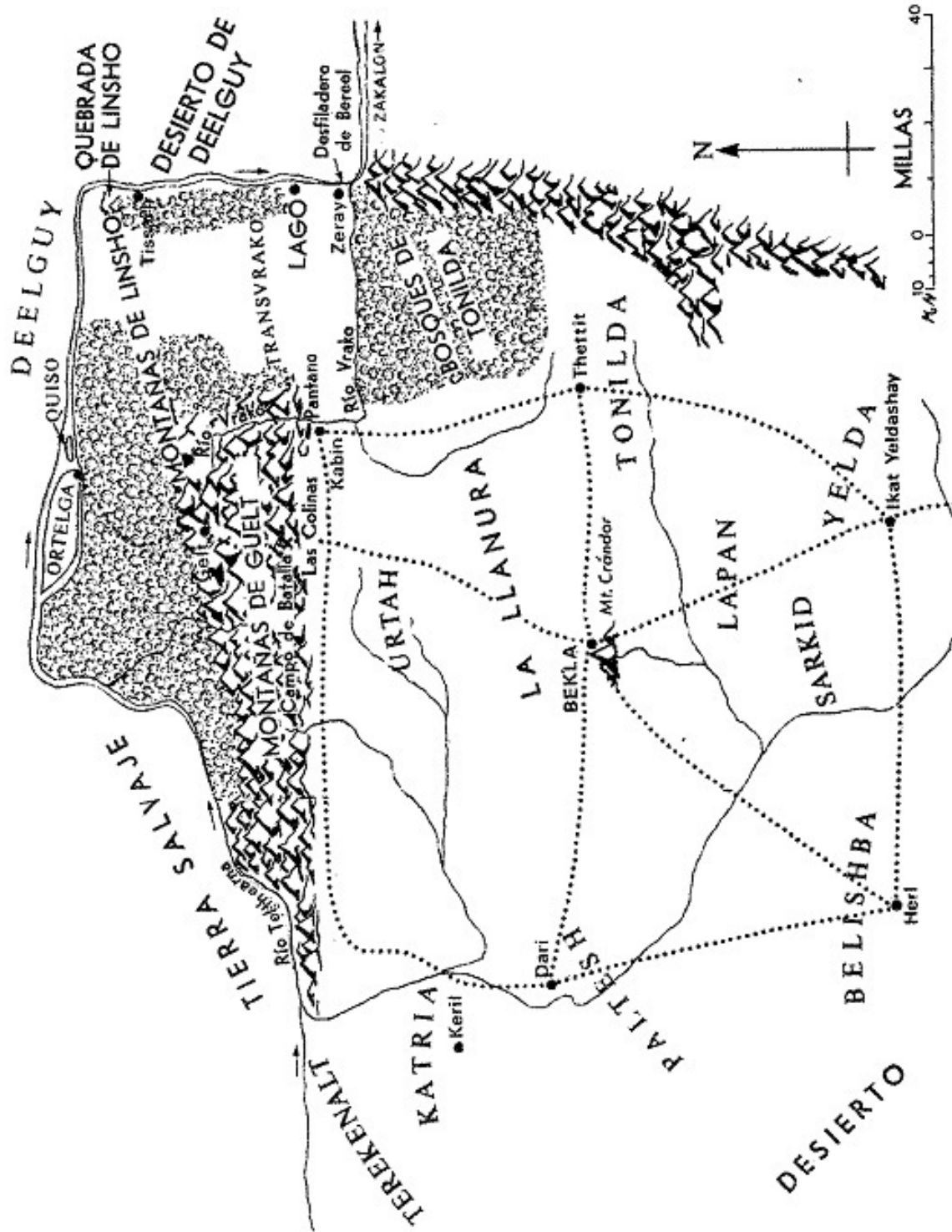
He aquí que envío mi mensajero... Pero,
¿quién podrá soportar el día de su venida?
¿quién podrá estar en pie cuando él aparezca?
Porque él es como fuego purificador.

Malaquías, Capítulo III, vv. 1-2

La superstición y el accidente manifiestan la voluntad de Dios.

C.G. Jung

El Imperio de Bekla



Libro I

Ortelga

1

El incendio

La gran selva nunca estaba callada, ni siquiera cuando llegaba el calor seco de fines de verano. Sobre el suelo —tierra yerma y blanda, ramas y ramillas caídas, hojas pútridas, negras como cenizas— fluía una corriente continua de ruido. Del mismo modo que una fogata arde con el murmullo de las llamas, con la explosión intermitente de los nudos de los leños y la caída de los carbones, en el suelo de la selva las horas de luz crepuscular transcurrían con susurros, chapoteos, breves soplos de aire, el susurro de las corridas de los roedores, las serpientes y los lagartos y, de cuando en cuando, de algún animal más grande que se movía. Por arriba, en la tenue luz verdosa de las plantas trepadoras y los ramajes, se formaba otro reino, habitado por los monos y los perezosos, por arañas cazadoras e innumerables pájaros —seres que pasan sus vidas muy por encima del suelo. Aquí los ruidos eran más fuertes y más ásperos— parloteos, repentinos cacareos y gritos, golpeteos que sonaban a hueco, llamadas como tañidos y el murmullo de hojas y ramas desplazadas. Más arriba aún, en los planos más altos, donde la luz del sol se derramaba sobre el techo de la selva, como si éste fuera la cubierta de una masa de nubes verdes, la ronca media luz cedía lugar a un esplendor silencioso: era la comarca de las grandes mariposas que revoloteaban entre los ramajes en la soledad, sin ojos que admiraran u oídos que captaran el leve rumor de aquellas maravillosas alas.

Las criaturas del suelo de la selva —como los peces ciegos, grotescos, que viven en las profundidades del océano— habitaban sin saberlo el piso más bajo del mundo que se extendía verticalmente desde un crepúsculo sin sombras hasta un fulgor deslumbrante. Seres de costumbres furtivas, que se arrastraban o se escurrían, no solían ir lejos y poco veían del sol y de la luna.

El aire, entre los árboles, apenas parecía moverse. El calor lo había vuelto más denso, al punto que los insectos alados se posaban pesadamente en las mismas hojas en que desde abajo acechaban el mamboretá y la araña, demasiado adormilados para atacar. Un puercoespín se acercó a un peñasco rojizo, ladeado, hozando y escarbando. Rompió una guarida hecha de bastoncitos y una bestezuela menuda, de orejas redondas, toda ojos, de patas descarnadas, salió disparando entre las piedras. El puercoespín, sin tomarla en cuenta, se disponía a comerse los insectos que correteaban por los bastoncitos, cuando se interrumpió de golpe, levantó la cabeza, y se puso a escuchar. En esas estaba cuando un animalito pardo, parecido a una mangosta, se abrió velozmente camino entre los matorrales y se metió en su madriguera. De más lejos llegó el ruido de un altercado de pájaros.

Un momento después también el puercoespín había desaparecido. Había sentido no sólo el miedo de los otros animales cercanos, sino también algo de la causa: una

perturbación, una vibración en el suelo de la selva. A corta distancia algo dotado de una inimaginable pesadez se estaba moviendo y el movimiento golpeaba el suelo como un tambor. La vibración aumentó hasta el punto que un oído humano habría podido discernir los ruidos dispares de un pesaroso movimiento en la penumbra. Una piedra rodó cuesta abajo sobre las hojas caídas y se oyó el ruido de la hojarasca aplastada. Luego, en la parte alta de la cuesta, más allá de la roca rojiza, la espesa mata de ramas y enredaderas empezó a temblar. Un árbol joven se ladeó, chirrió, se desencajó y cayó a tierra, dando saltos cada vez más cortos con sus ramas plegadizas, como si no sólo el mido, sino también el movimiento de la caída hubiera suscitado ecos en la soledad.

En el claro, a medias oculto por una confusa maraña de enredaderas, hojas y flores rotas, apareció una figura de terror, monstruosa incluso en aquella comarca salvaje y perdida. Era grande —gigantesca— de pie sobre sus patas traseras doblaba con creces la estatura de un hombre. Sus hirsutos pies tenían unas uñas voluminosas, combadas, gruesas como dedos humanos, de las que colgaban pedazos de helechos y tiras de cortezas de árboles. La boca estaba abierta: un pozo humeante con postes blancos. El hocico avanzado husmeaba, mientras los ojos inyectados en sangre y miopes trataban de distinguir el suelo desconocido que se extendía abajo. Largo rato estuvo quieto, respirando trabajosamente y gruñendo. Después se dejó caer torpemente en cuatro patas y avanzo hacia un matorral. Las garras redondas raspaban la roca —no eran retráctiles— y bajó por la cuesta hacia el peñasco rojizo. Era un oso —un oso como no se ve en mil años— más fuerte que un rinoceronte y voluminoso como ocho hombres robustos. Llegó al terreno despejado junto al peñasco y se detuvo, torciendo nerviosamente la cabeza a uno y otro lado. Luego volvió a levantarse sobre sus patas traseras, olfateó el aire, y en ese mismo instante emitió un alarido profundo, quebrado. Estaba asustado.

¿Asustado? ¿De qué podía estar asustado este rompedor de árboles, cuyas pisadas hacían temblar el suelo? El puercoespín, agazapado en su chata madriguera, bajo el peñasco, sintió este miedo con asombro. ¿Qué podía ser lo que lo había lanzado a vagabundear por una región extraña, por una selva densa que no era la suya? Detrás de él dejaba un olor raro: un Olor agrio, como de pólvora, un reguero de miedo.

Una banda de monos pasó por arriba, chillando y ululando a medida que desaparecía, en su trayectoria sobre los árboles. Luego un par de jinetas salió al trote de los matorrales, paso junto al oso sin mirarlo y se fue con la misma celeridad con que había aparecido. Un viento extraño, no natural, soplaba y movía la compacta masa de follaje en lo alto de la cuesta; de aquí salieron volando los pájaros —loros, cotorras y pinzones, brillantes trepadores azules y verdes, cornejas, picazas y reyes del bosque— gritando y cubriendo el susurro del viento. La selva empezó a llenarse con el sonido de roces apresurados. Un armadillo, herido al parecer, pasó

arrastrándose; también pasó un pecarí y el relámpago de una serpiente larga y verde. El puercoespín emergió de su madriguera, casi a los pies del oso, y se desvaneció. Pero el oso aún seguía de pie, erguido sobre el peñasco chato, husmeando y vacilante. Luego el viento se volvió más fuerte, produjo un rumor que parecía extenderse por toda la selva de parte a parte —un rumor como de catarata seca o como el de una respiración de gigante— el rumor del olor del miedo. El oso se dio vuelta y se alejó a zancadas entre los troncos de los árboles.

El rumor se convirtió en un bramido y los animalitos que huían de él ya eran innumerables. Algunos estaban casi exhaustos pero seguían avanzando con las bocas abiertas, contraídas en muecas, y miradas fijas que nada veían. Algunos tropezaron y fueron pisoteados. Cintas de humo verde empezaron a aparecer en los claros de la maleza. Muy pronto las hojas glaucas, del tamaño de manos humanas, empezaron a brillar por aquí y por allá con el reflejo de una luz intermitente, saltarina, más brillante que ninguna de las otras que habían penetrado hasta entonces en aquella media luz. El calor aumentó hasta que ningún ser viviente —ni un lagarto, ni una mosca— quedó junto al peñasco. Y entonces, finalmente, hizo su aparición un visitante aún más aterrador que el oso gigantesco. Una sola llama atravesó la cortina de plantas trepadoras, desapareció, volvió a mostrarse y esconderse como una lengua de víbora. Un ramo de hojas secas y puntiagudas, en un matorral de zeltazla, se incendió y ardió, difundiendo un atroz resplandor en el humo que llenaba ahora la selva, como niebla. Inmediatamente después toda la pared de follaje de la parte alta de la cuesta fue rasgada desde abajo, como con un cuchillo de fuego, y las llamas corrieron a lo largo del árbol que el oso había derribado. En unos instantes el lugar, con todas sus características, con todo lo que lo convertía en una entidad de olor, de tacto, de vista, quedó destruido para siempre. Un árbol muerto, que había pasado medio año ladeado, sostenido por la vegetación de abajo, cayó incendiado sobre el peñasco rojizo, diseminando sus ramas, rayándolo de negro, como una piel de tigre. El claro, por su parte, también ardió, del mismo modo que habían ardido kilómetros de selva para traer el fuego desde tan lejos. Y cuando dejó de arder, las llamas más avanzadas, estaban ya a un kilómetro de distancia del viento, mientras el fuego proseguía su marcha.

2

El río

El enorme oso se puso a vagar por la selva; a veces se paraba para contemplar esos parajes desconocidos, pero volvía a emprender su trote descuajeringado al sentirse perseguido de nuevo por el siseo y el hedor de las enredaderas quemadas y la cercanía del fuego. Estaba abrumado de perplejidad y de miedo. Estaba huyendo desde el anochecer del día anterior, siempre a pesar suyo y siempre incapaz de encontrar una manera de escapar del peligro. Hasta entonces nunca había tenido que huir. Durante años, ninguna criatura viviente se había enfrentado con él. Ahora, con una especie de vergüenza encolerizada, seguía escapando, tropezando con raíces vistas a medias, atormentado por la sed y desesperado por no tener una oportunidad de darse vuelta y luchar con este inasible enemigo a quien nada lograba asustar. En una ocasión se detuvo en el borde de un terreno pantanoso, engañado por lo que parecía ser finalmente una falla en el avance del enemigo; y sólo logró huir a tiempo y salvarse antes de verse cercado por el fuego de todos lados. Una vez, en un raptó de locura, volvió sobre sus pasos y golpeó las llamas, hasta que sus patas quedaron negras y chamuscadas y se vieron listones de otro color en su pelambre. Sin embargo, seguía deteniéndose y dando vueltas, buscando una oportunidad para pelear; y mientras proseguía la marcha arañaba los troncos de los árboles y desgarraba los matorrales con los pesados golpes de sus garras.

Ahora avanzaba cada vez más lentamente, resollaba, tenía la lengua fuera y los ojos entornados por el humo que se acercaba cada vez más. Una de sus patas chamuscadas tropezó con una roca afilada: el oso cayó y rodó a un lado y, cuando se levantó, se sintió confundido, dio una media vuelta y se puso a ir y volver sobre sus pasos, paralelamente a la línea de las llamas que avanzaban. Estaba agotado y había perdido el sentido de la dirección. Sofocado por el humo, ya no podía saber de qué lado venía el fuego. Las llamas más cercanas prendieron en una maraña de raíces secas de quian y corrieron por encima de ellas, lamiendo una de las patas delanteras. Entonces, por todos lados, resonó un bramido, como si finalmente el enemigo se lanzara a un cuerpo a cuerpo. Pero más alto sonó el bramido rabioso, frenético del oso mismo, al darse vuelta para luchar por fin. Balanceando la cabeza y asestando tremendos golpes, que sacaban chispas, al fuego que lo circundaba, se irguió con toda su estatura, hamacándose hacia delante y atrás, hasta que la tierra blanda se acható y pareció hundirse bajo su peso. Una larga llama hizo crepitar la espesa pelambre y al instante el animal quedó envuelto en fuego, balanceándose y cabeceando en un ritmo grotesco y terrible. Enfurecido, dolorido, había llegado hasta el borde de una pendiente abrupta y de repente, asomándose, vio debajo a otro oso, que temblaba y gesticulaba, levantando sus patas chamuscadas. Luego cayó hacia

adelante y desapareció. Un instante después se oyó el chasquido de un zambullón y el ruido silbante, aplacado de las aguas profundas.

En una y otra parte, sobre la costa, el fuego se paró, disminuyó y se apagó, hasta que sólo quedaron ardiendo o chispeando aisladamente los puntos en donde la breña era más espesa. A través de kilómetros de vegetación reseca el incendio había llegado hasta la ribera Norte del río Telthearna y ahora, por fin, no podía seguir su camino.

El oso trató de hallar un punto de apoyo, luchó inútilmente y subió a la superficie. La luz deslumbradora se había ido. El lugar estaba en sombras: las sombras de la cuesta empinada y de su follaje, que se extendía formando un arco sobre el cauce del río. El oso chapaleó y rodó contra la ribera, pero no encontró asidero, en parte porque era muy empinada y la tierra blanda cedía bajo sus garras, en parte porque la corriente lo desplazaba continuamente y lo arrastraba. Entonces, mientras se aferraba y jadeaba, el dosel que se tendía por encima de él empezó a llenarse con la luz saltarina del fuego, que prendió en las últimas ramas, el techo del túnel. Chispas, fragmentos incendiados y ascuas caían silbando en el río. El oso, acosado por esta lluvia atroz, se apartó de la orilla y empezó a nadar pesadamente hacia el río abierto, alejándose de los árboles incendiados.

El sol había empezado a ponerse, iluminaba el río a lo largo, tiñendo con un rojo opaco las nubes de humo que pasaban por encima. Flotaban troncos ennegrecidos, macizos como pisonés entre la resaca menor, las masas apeñuscadas de cenizas y enredaderas flotantes. Y en medio de este caos nebuloso nadaba el oso, casi sumergido, jadeante, emergente de nuevo y luchando contra la corriente. Un leño le asestó un golpe en el flanco que hubiera roto las costillas de un caballo; el animal dejó caer sus brazos encima, asiéndolo en parte por desesperación, golpeándolo en parte por ira. El leño se hundió bajo el peso y giró, enganchando al oso con una rama todavía incendiada que descendió lentamente, como una mano con dedos. Hizo un esfuerzo por respirar, mientras tragaba agua, espuma mezclada de ceniza y hojas arremolinadas. Algunos animales muertos pasaron flotando. En el oso se había formado una nebulosa decisión de nadar hasta la otra orilla, una lejana visión de árboles visibles del otro lado del agua. Pero en la corriente burbujeante y arremolinada del medio del río, el oso como todo lo demás, fue arrastrado y volvió a ser una vez más, como en la selva, una criatura simplemente perseguida, que teme por su vida.

El tiempo pasaba y sus esfuerzos eran más débiles. La fatiga, el hambre, el pavor de las quemaduras, el peso de su gruesa piel empapada y las continuas bofetadas de la resaca lo estaban venciendo finalmente, como el clima gasta a las montañas. Anochecía y las nubes de humo se desprendían de las millas de agua turbia y solitaria. Al principio la ancha espalda del oso se había levantado nítidamente sobre

la superficie y el animal había mirado la dirección en que nadaba. Ahora sólo la cabeza emergía, el pescuezo se echaba hacia atrás para mantener alto el hocico y poder respirar. Ya se dejaba arrastrar, casi inconsciente y sin percibir nada a su alrededor. No veía la oscura línea de la tierra que se perfilaba en la luz del poniente. La corriente se bifurcaba, arrastrando con fuerza en una dirección y suavemente en otra. Las patas traseras tocaron tierra, pero él no reaccionó y se dejó llevar como un desecho hasta que llegó a una roca alta y angosta que emergía del agua; a ella se abrazó torpemente, grotescamente, como un insecto podría aferrarse a un palito.

Y aquí permaneció un largo rato en la oscuridad, erguido como un monolito torcido, hasta que por fin, aflojando poco a poco su abrazo y haciendo pie con todas las patas en el agua, avanzó en las aguas playas, se metió en la selva y cayó sin sentido entre las raíces secas y fibrosas de unos árboles quian.

3

El cazador

La isla tenía unos cuarenta y cinco kilómetros de longitud y dividía al río en dos ramales: el de arriba interrumpía la corriente central, mientras que el de abajo bordeaba la costa no incendiada que el oso no había podido alcanzar. Adelgazándose al llegar al extremo oriental, el canal corría por los restos de una carretera —un vado en el que se formaban olitas, peligrosamente salpicado de pozos profundos— construido en antiguos días por un pueblo desaparecido hacía ya mucho. Cercos de juncos rodeaban la mayor parte de la isla, de tal modo que en días de viento o de tormenta las olas, en vez de romperse directamente contra las piedras, disminuían su empuje al llegar a tierra y gastaban su fuerza invisiblemente en los temblorosos lechos de juncos. Un poco tierra adentro, a partir del punto en que se bifurcaba la corriente, se levantaba sobre la maraña una cordillera rocosa, que atravesaba la isla a lo largo, como un espinazo.

Al pie de esta cordillera, entre los árboles de quian, verdes y florecidos, el oso se puso a dormir como si nunca fuera a despertarse. Por debajo y por encima las capas de juncos y las lomas más bajas estaban atestadas de animales fugitivos, que habían sido traídos por la corriente. Algunos estaban muertos —quemados o ahogados— pero muchos, sobre todo los que tenían la costumbre de nadar —nutrias, ranas y serpientes— habían sobrevivido y ya se estaban recobrando y buscaban comida. Los árboles estaban llenos de pájaros que habían venido volando desde la orilla incendiada y que, alterados en sus ritmos naturales, se movían incesantemente y cuchicheaban en la oscuridad. A pesar de la fatiga y el hambre, todo animal que conocía la persecución, el miedo a un enemigo que le está siguiendo los pasos, estaba alerta. Sólo el oso seguía durmiendo como una roca, sin oír nada, sin oler nada, sin sentir siquiera las quemaduras que habían destruido grandes pedazos de su piel y arrugado la carne, por debajo.

Con el alba se levantó la brisa, que trajo del otro lado del río el olor de los kilómetros y kilómetros de ceniza y selva carbonizada. El sol, al levantarse detrás de la cordillera, dejó en sombra la selva que estaba debajo de la pendiente del Oeste. Aquí se habían quedado los animales fugitivos, desconcertados, con miedo de salir a la brillante luz que ahora resplandecía en las orillas de la isla.

Fue este sol y el ubicuo olor de los árboles chamuscados que cubrieron la llegada del hombre. Este avanzaba por el vado con el agua hasta la rodilla, ladeando la cabeza a fin de permanecer oculto detrás de las plumosas crestas de los juncos. Llevaba unos pantalones de tela rústica y un chaleco de cuero cosido a los lados y en los hombros de modo rudimentario. Como calzado tenía unas bolsas de cuero ajustadas a los tobillos, parecidas a botas mal hechas. Llevaba un collar de dientes

curvos, puntiagudos, y del cinturón le colgaba un cuchillo y un carcaj con flechas. Su arco, ya Estirado, le colgaba del pescuezo para evitar que la punta se arrastrara por el agua. En una mano sostenía un palo y en éste estaban atados de las patas tres pájaros muertos: una grulla y dos faisanes.

Al llegar al extremo Oeste de la isla, la parte en Sombra, se detuvo, levantó la cabeza con cautela y echó una mirada hacia los bosques distantes. Luego emprendió el camino hacia la costa. Al llegar a terreno seco se puso en cuclillas entre una mata alta de cicuta.

Aquí permaneció dos horas, inmóvil y atento, mientras el sol se iba elevando y empezaba a contornear el hombro de la colina. Dos veces tiró y las dos veces dio en el blanco: una vez fue un ganso y la otra un ketlana, un gamo chiquito de la selva. Y cada vez dejó la presa en donde había caído, sin moverse de su escondite. Percibía la perturbación a su alrededor, había olido la ceniza en el viento y juzgó que lo mejor era quedarse quieto y esperar que otras criaturas perdidas y desarraigadas se fueran acercando. De modo que se acurrucó y esperó.

Cuando vio al leopardo, su primer movimiento fue morderse los labios y apretar con más firmeza el arco que tenía en las manos. El leopardo marchaba directamente hacia él entre los árboles, despacio y mirando a uno y otro lado. Era evidente que no sólo estaba inquieto sino también hambriento y alerta: un ser peligroso que un cazador solitario tendría mucho interés en evitar. Se acercó, se detuvo, miró un rato, fijamente el escondite del cazador y luego se dio vuelta y se deslizó hasta donde estaba el ketlana, con la flecha emplumada atravesándole la garganta. Cuando avanzó la cabeza, husmeando la sangre, él hombre, sin producir ningún ruido, salió de su escondite y avanzó en un semicírculo, parándose detrás de cada árbol para ver dónde estaba el leopardo.

Ya estaba a medio tiro de arco de distancia del leopardo cuando un puerco salvaje surgió de repente de la maleza, chocó contra él y desapareció corriendo y chillando entre las sombras. El leopardo se dio vuelta, miró fijamente y empezó a marchar en dirección a él.

El cazador se dio vuelta y se alejó pausadamente luchando contra un impulso de terror que lo apuraba. Miró de lado y vio que el leopardo había iniciado un trote y estaba alcanzándolo. En este punto se puso a correr, tirando a un lado sus pájaros y enderezando hacia la cordillera, con la esperanza de perder a su terrible perseguidor entre la maleza de las primeras lomas. Al pie de la cordillera, en el linde de un seto de quian, se volvió y preparó el arco. Aunque sabía muy bien lo que podía ocurrir si lastimaba al leopardo, pensó que su única, desesperada oportunidad consistía ahora en intentar, entre los matorrales y las enredaderas, eludirlo el tiempo suficiente para tirar varias veces y de este modo dejarlo maltrecho o espantarlo. Apuntó, y soltó, pero la mano estaba floja de miedo. La flecha raspó un flanco del leopardo, quedó

colgando un instante y cayó. El leopardo descubrió los dientes y se precipitó; el cazador echó a correr a ciegas. Una piedra cedió bajo sus pies y cayó de bruces, rodando varias veces. Sintió un agudo dolor cuando una rama le atravesó el hombro izquierdo y le faltó el aliento. Su cuerpo golpeó pesadamente contra alguna masa voluminosa y lanuda y quedó tendido en el suelo, jadeando y loco de terror, mirando hacia el lugar en donde había caído. Había perdido el arco y, al realizar un esfuerzo para arrodillarse, vio que su brazo izquierdo y su mano estaban llenos de sangre.

El leopardo apareció en la parte alta del barranco empinado del que había caído. Quiso guardar silencio pero un estertor salió de sus pulmones agotados y, veloz como un pájaro, la cabeza del tigre se volvió hacia él. Con las orejas gachas, la cola en movimiento, se agazapó, disponiéndose a saltar. Pudo ver sus ojos y dientes y, por un largo momento, estuvo al borde de su muerte como bajo una aterradora gota que iba a caer y a convertirlo en nada.

De repente sintió que lo empujaban a un lado y se vio echado de espaldas, mirando al cielo. De pie junto a él, como un ciprés, con un anca tan cerca de su cara que podía oler la piel lanuda, había un ser; un ser tan enorme que, en su estado despavorido, no pudo abarcar.

El cazador vio una pata con garras más grande que su propia cabeza, una pared de áspero pelambre, quemada y con mataduras que dejaban ver la carne desnuda, un hocico grande, en forma de huso, recortado contra el cielo, y supo que debía estar en presencia de un animal. El leopardo seguía en la parte alta del barranco, achicado ahora, mirando una cara que debía lanzarle una terrible mirada. Luego el animal gigantesco, de un solo golpe, lo hizo saltar del barranco, al punto que dio vueltas en el aire y cayó entre los árboles de quian. Con un rugido que puso en movimiento una nube de pájaros, el animal se volvió para atacar de nuevo. Al hacerlo, se dejó caer en cuatro patas y el costado izquierdo del cuerpo se raspó contra un árbol. Entonces gruñó y se encogió, retrocediendo por el dolor. Luego, al oír los debates del leopardo en la maleza, enderezó hacia donde venía el ruido y desapareció.

El cazador se puso lentamente de pie, agarrándose el hombro herido. Por terrible que haya sido el miedo, la recuperación puede ser rápida, del mismo modo que uno puede despertar sin más de un sueño profundo. Halló su arco y subió por el barranco. Aunque sabía lo que había visto, su mente seguía girando incrédulamente en torno al centro de la certeza, como un bote en un remolino. Había visto un oso. Pero ¡Dios santo!, ¿qué clase de oso? ¿De dónde había venido? ¿Había estado ya en la isla cuando él llegó esa mañana, atravesando el vado? ¿O había adquirido la existencia por obra de su propio terror, en respuesta a su plegaria? ¿O tal vez él, cuando estaba acurrucado y casi sin sentido al pie del barranco, había realizado algún viaje desesperado y fantasmal para convocarlo desde el más allá? Fuera así o no, una cosa era segura. Viniera de donde viniera, esta bestia que había lanzado por los aires a un

leopardo adulto de un solo golpe pertenecía ahora al mundo, era carne y sangre.

Volvió lentamente, cojeando, hasta el río. El ganso había desaparecido, y con él su arco, pero el ketlana aún estaba donde había caído. El hombre arrancó la flecha, se la puso bajo el brazo sano y enderezó hacia los juncos. Y fue aquí que la crisis demorada se apoderó de él. Se echó a tierra, temblando y llorando quedamente al borde del agua. Por un largo rato estuvo echado en tierra, olvidado de su propia seguridad. Y poco a poco surgió en él la idea de que, o quién, era lo que había visto.

Poco a poco, se fue formando en este cazador, la noción asombrosa, increíble, de lo que debía ser lo que él había visto. Entonces se quedó tranquilo, se levantó y empezó a ir y volver entre los árboles, junto a la orilla. Finalmente se detuvo, contempló el sol sobre el estrecho y, elevando su brazo indemne, oró un largo rato: una plegaria silenciosa y llena de reverencia temblorosa. Luego, siempre conmovido, volvió a recoger el ketlana y vadeó entre los juncos. En el camino encontró la balsa que había amarrado esa mañana: la desató y se alejó corriente abajo.

El Gran Barón

La tarde estaba avanzada cuando el cazador, Kelderek, llegó por fin a la vista del mojón que estaba buscando: un alto árbol zoán que estaba por encima del punto en que la empezaba a correr hacia abajo. Las ramas, con sus hojas de reverso plateado, como de helechos, colgaban sobre el río, formando una especie de glorieta acuática sobre la orilla. Al frente los juncos habían sido cortados para permitir a quien estuviera sentado dentro, una visión despejada sobre el estrecho. Kelderek, con cierta dificultad, timoneó su balsa hasta la boca del canal, miró al zoán y levantó su remo, como saludándolo. No hubo respuesta, pero él no la esperaba. Después de conducir la balsa hasta un poste grueso, clavado en el agua, palpó su longitud, encontró la soga que flotaba bajo la superficie y tiró para acercarse.

Al llegar al árbol, empujó a la balsa a través de la cortina de ramas colgantes. Adentro había una corta plataforma de madera asentada en el banco del río y en ella estaba sentado un hombre, mirando entre las hojas al curso del agua. Detrás de él había otro hombre, componiendo una red. Cuatro o cinco balsas estaban amarradas al muelle oculto. La mirada de reconocimiento del *Shendron*, después de registrar el único ketlana y los pocos pescados que estaban junto a Kelderek, se detuvo en el cazador mismo, que abatido y sucio de sangre, le inspiraba una curiosidad mezcla de burla y lástima.

—Bueno. Aquí estás. Kelderek Juega-con-los-Niños. Tienes poco que mostrar y menos que de costumbre. ¿Dónde te han herido?

—El hombro, *Shendron*; y el brazo está rígido y me duele.

—Parece que tuvieras un pasmo. ¿Tienes fiebre?

El cazador no contestó.

—Te he preguntado si tienes fiebre.

Meneó la cabeza.

—¿Cómo te has herido?

Kelderek vaciló, después volvió a menear la cabeza y se quedó callado.

—¡Qué tonto eres! ¿Crees que te hago preguntas por pura curiosidad? Tengo que enterarme de todo: ya lo sabes. ¿Fue un hombre o un animal el que te hirió?

—Me caí y me lastimé.

El *shendron* esperó.

—Un leopardo me estuvo persiguiendo —añadió Kelderek.

El *shendron* tuvo un movimiento de impaciencia.

—¿Crees que estás contando cuentos a los niños en la orilla? Tendré que seguir preguntándote: «y ¿qué pasó?». Dime qué ha ocurrido. ¿O prefieres que te mande a ver al Alto Barón con un informe de que te niegas a hablar?

Kelderek estaba sentado en el borde de la plataforma de madera, miraba hacia abajo y movía un palo en el aguaverde oscura. Por, último el *shendron* dijo:

—Kelderek, si eres tan tonto como dicen, yo no lo sé. Pero lo seas o no, sabes muy bien que todo cazador que sale tiene que contar todo lo que sabe a la vuelta. Son las órdenes de Bel-ka-Trazet. ¿Es el incendio que ha traído un leopardo a Ortelga? ¿Te encontraste con extraños? Estas son las cosas que tengo que saber.

Kelderek tembló pero no dijo nada.

—Bah —dijo el que componía la red, hablando por primera vez— ya sabes que es un tonto (Kelderek Zen-zuata) Kelderek Juega-con-los-Niños. Fue de caza... se lastimó... ha vuelto con poco que mostrar. ¿Por qué no dejamos la cosa ahí? ¿Para qué tomarse la molestia de llevarlo ante el Gran Barón?

El *shendron*, un hombre con más años, frunció el ceño.

—No estoy aquí para aguantar chacotas. Esta isla puede estar llena de toda clase de bestias salvajes; también de hombres, a lo mejor. ¿Por qué no? Y este hombre que tú tienes por un tonto... puede intentar engañarnos. ¿Con quién ha hablado hoy? ¿Le han pagado para que se calle?

—Pero si nos estuviera engañando —dijo el componedor de redes— ¿no se habría presentado con una historia ya preparada? Créeme, él...

El cazador se puso de pie y miró intensamente a uno y al otro.

—No estoy engañando a nadie, pero no puedo decirlo lo que he visto hoy.

—¿Qué es esto? —Dijo el *shendron*—. Me estás creando dificultades, Kelderek, pero las creas aún peores para ti mismo.

—No puedo decirte lo que he visto —repitió el cazador con una especie de desesperación.

El *shendron* se encogió de hombros.

—Bueno, Tafro, como parece que no hay cura para esta tontería, lo mejor es que lo lleses ante el Sindrad. Pero eres muy tonto, Kelderek. La cólera del Gran Barón es una tormenta a la que muchos hombres no han logrado sobrevivir hasta ahora.

—Lo sé. La voluntad de Dios tiene que cumplirse.

El *shendron* meneó la cabeza. Kelderek, al parecer con el intento de reconciliarse con él, le puso una mano en el hombro; pero el otro se la retiró impacientemente y volvió en silencio a su guardia en el río. Tafro, ahora de mala cara, hizo una seña al cazador para que lo siguiera.

La ciudad que cubría el angosto extremo oriental de la isla estaba fortificada en el límite de tierra por un complejo sistema defensivo, en parte natural, en parte artificial, que iba de costa a costa. Al Oeste del árbol zoán, en el punto más alejado de la ciudad, cuatro hileras de picas puntiagudas estaban plantadas entre el borde del agua y los bosques. Tierra adentro, las zonas de mayor espesura formaban obstáculos difícilmente superables aunque ahí mismo las plantas trepadoras habían sido podadas

para formar paredes casi impenetrables, una tras otra.

A lo largo del límite exterior estaba el llamado «Cerco Muerto», de unos ochenta metros de ancho, dentro del cual nadie entraba nunca, salvo los encargados de mantenerlo. Había cuerdas corredizas fijadas a Soportes que sostenían gruesos troncos; pozos disimulados y llenos de picas afiladas —en uno de ellos había víboras—; lanzas entre la hierba; y uno o dos senderos abiertos y lisos que llevaban a lugares cercados, sobre los cuales se podían arrojar flechas y otros proyectiles desde plataformas que habían sido construidas arriba, entre los árboles. El Cerco estaba dividido con empalizadas rústicas, a fin de que el enemigo encontrara difícil el movimiento lateral al avanzar y se viera obligado a emerger en los puntos en que se lo podía esperar. Toda la obra y sus peculiaridades armonizaban tan bien con la selva circundante que un extraño, si bien podía darse cuenta por aquí y por allá que había obra humana, no podía formarse una idea del alcance de ésta. Este notable cercamiento de un flanco abierto, ideado y llevado a cabo a lo largo de varios años por el Gran Barón, Bel-ka-Trazet, nunca había sido puesto a prueba.

La línea no sólo protegía la ciudad, sino que se volvía mucho más difícil para que cualquiera la abandonara sin que se enterara el Gran Barón.

Kelderek y Tafro, dando la espalda al Cerco, avanzaron hacia la ciudad por un angosto camino que corría entre los campos de cicuta.

Desde algún punto en el borde de las cabañas, se elevaba la canción de una mujer:

Él llegó, llegó de noche.

Yo tenía flores rojas en el pelo.

Dejé mi lámpara encendida, mi lámpara que arde.

Senandril na kora, senandril na ro.

En la voz había un calor y una satisfacción evidentes. Kelderek miró a Tafro, movió la cabeza en dirección a la canción y sonrió.

—¿No tienes miedo? —preguntó Tafro agriamente.

La mirada grave y preocupada volvió a los ojos de Kelderek.

—¡Presentarte ante el Gran Barón para decirle que has persistido en tu negativa de contarle al *shendron* lo que sabes! ¡Hay que estar loco! ¿Cómo puedes ser tan tonto?

—Porque a Dios no se le puede esconder nada, ni mentir.

Tafro no contestó y se limitó a extender una mano que solicitaba las armas de Kelderek: el cuchillo y el arco. El cazador se las tendió sin decir palabra.

Llegaron a las primeras cabañas, con sus olores de cocina y de desperdicios, sus humos. Los hombres volvían de la jornada de trabajo y las mujeres, en los umbrales de las puertas, llamaban a los niños o parloteaban con los vecinos. Aunque alguna

que otra miró a Kelderek con curiosidad, mientras éste marchaba sumisamente junto al mensajero del *shendron*, nadie le habló ni preguntó adonde se encaminaban. De repente un niño de unos siete años de edad corrió hacia él y le tomó la mano. El cazador se detuvo.

—Kelderek —dijo el niño— ¿vendrás a jugar esta noche?

Kelderek vaciló.

—Bueno... no sé. No, Sarin, creo que no podré venir esta noche.

—¿Por qué no? —dijo el niño, evidentemente defraudado—. Tienes el hombro lastimado... ¿Es por eso?...

—Tengo que ir a ver al Gran Barón y decirle una cosa —contestó sencillamente Kelderek.

Otro niño, mayor, que se había acercado, estalló en una carcajada.

—Y yo tengo que ver al Señor de Bekla antes del amanecer, es un asunto de vida o muerte. Kelderek, no te burles de nosotros. ¿No quieres jugar esta noche?

—Ven de una vez —dijo Tafro impacientemente, pateando el suelo.

—No, es la verdad —dijo Kelderek, sin prestarle atención—. Vengo a ver al Gran Barón. Pero volveré, esta noche o... bueno, otra noche, supongo. Y siguió andando, pero los niños trotaron junto a él.

—Esta tarde jugamos —dijo el niño menor—. Jugamos al «Gato que pesca un Pez». Yo pesqué dos veces al pez.

—¡Muy bien! —dijo el cazador, sonriéndole.

—¡Idos de una vez! —gritó Tafro, haciendo el gesto de pegar—. ¡Vamos... fuera! ¡Y tú, pedazo de idiota! —añadió, dirigiéndose a Kelderek cuando los niños se alejaron—. ¡A tu edad en juegos con los chicos!

—Buenas noches —les dijo Kelderek—. Las buenas noches de vosotros... ¿Quién sabe?

Después de cruzar una extensa zona de caminos con sogas a los lados, los dos se acercaron a un grupo de cabañas más grandes, que formaban aproximadamente un semicírculo.

Cierto número de hombres que, por su aspecto y actividades parecían ser a la vez servidores y artesanos, ajustaban arcos, afilaban lanzas y componían flechas, picas y hachas. Un robusto herrero, que había terminado su día, salía de la forja situada en una hondonada chata y abierta, mientras sus dos hijos apagaban el fuego y ponían las cosas en orden.

Kelderek se detuvo y se volvió una vez más hacia Tafro.

—Las flechas con mala puntería pueden herir a inocentes. No es necesario que hagas alusiones y hables de mi a esa gente.

—¿Qué puede importarte?

—No quiero que sepan que guardo un secreto —dijo Kelderek.

Tafro hizo un brusco gesto de asentimiento y se acercó a un hombre que estaba limpiando una piedra de moler. El agua se alejaba formando una espiral a medida que él daba vuelta a la rueda.

—El mensajero de *shendron*. ¿En dónde está Bel-ka-Trazet?

—¿Él? Comiendo. —El hombre indicó con el pulgar la cabaña más grande.

—Tengo que hablar con él.

—Si la cosa puede esperar —contestó el hombre— es mejor que esperes. Dícelo a Numiss el pelirrojo cuando salga. Él te dirá cuándo Bel-ka-Trazet podrá verte.

Numiss, que estaba mascando un trozo de grasa mientras oía a Tafro, lo interrumpió de golpe y le señaló un banco contra la pared. Allí se sentaron. El sol fue hundiéndose, hasta que tocó el borde del horizonte. Las moscas zumbaban. La mayor parte de los artesanos se había ido. Tafro dormitaba. El lugar quedó casi desierto, hasta que el único rumor, aparte del rumor del agua, fue el murmullo de las voces dentro de la cabaña grande. Finalmente Numiss salió y asiendo a Tafro por el hombro lo sacudió. Los dos se levantaron y siguieron al sirviente, que franqueó la puerta en que estaba pintado el emblema de Bel-ka-Trazet: una serpiente de oro.

La cabaña estaba dividida en dos partes. En la parte de atrás estaban las habitaciones de Bel-ka-Trazet. La parte más grande, conocida como el Sindrad, servía a la vez de sala de reunión y de comedor para los barones. Salvo cuando se convocaba el consejo en pleno, era raro que se reunieran los barones.

A excepción de ellos y de sus séquitos todos los cazadores y comerciantes debían obtener una venia para entrar y salir. Los barones, en cuanto volvían, debían dar cuenta de sus andanzas como todos los otros y, cuando estaban en la isla, por lo general se reunían con Bel-ka-Trazet para la comida de la noche.

Seis o siete caras se volvieron hacia Tafro y Kelderek cuando entraron. Ya habían comido y los restos de huesos, cáscaras y cueros estaban esparcidos por el suelo. Un muchacho recogía estos desperdicios en una canasta y otro echaba sobre el suelo arena limpia. Cuatro de los barones estaban aún sentados en los bancos, con sus vasos de cuerno en la mano y los codos sobre la mesa. Pero había dos que se mantenían aparte, cerca de la entrada, evidentemente para recibir la última luz de la tarde, pues estaban hablando en voz baja sobre un ábaco de cuentas y un pedazo de corteza lisa, cubierta de escritura. Al parecer, era una especie de lista o inventario, porque cuando pasó Kelderek uno de los barones dijo:

—No: veinticinco cuerdas y nada más —y el otro empujó una cuenta con el índice y contestó:

—Y tú *tienes* veinticinco cuerdas que pueden ir, ¿no?

Kelderek y Tafro se detuvieron ante un hombre joven y muy alto que llevaba una pulsera de plata en el brazo izquierdo. Al entrar ellos, había tenido la espalda apoyada contra la puerta, pero ahora se volvió para mirarlos, con su vaso de cuerno en una

mano, y se sentó con cierta inseguridad sobre la mesa, poniendo los pies en el banco que estaba debajo. El joven miró a Kelderek de arriba abajo, con una sonrisa afable, pero no dijo nada. Confundido, Kelderek bajó la mirada. El silencio del joven barón continuó y el cazador, para mantener la calma, trató de fijar su atención en la mesa.

—Y ¿qué trabajo extra puedes darnos? —preguntó el joven barón alegremente—. ¿Quieres que se componga el paso a nivel, verdad?

—No, señor —dijo Numiss en voz baja—, éste es el hombre que se negó a dar noticias al *Shendron*.

—¿Cómo? —preguntó el joven barón, vaciando su vaso y haciendo una seña a un muchacho para que se lo llenara—. Entonces es un tipo sensato. De nada vale hablarles a los *shendrons*. Es gente estúpida. Todos los *shendrons* son estúpidos, ¿verdad? —dijo dirigiéndose a Kelderek.

—Señor —contestó Kelderek— créeme, nada tengo contra el *Shendron*, pero... pero el asunto...

—¿Sabes leer? —interrumpió el joven barón.

—¿Leer? No, señor.

—Yo tampoco. Mira al viejo Fassel-Hasta. ¿Qué estará leyendo? ¿Quién puede saberlo? Ten cuidado, té puede echar un maleficio.

El barón con el pedazo de corteza se volvió con el ceño fruncido y miró al joven, como si quisiera decir que él, por lo menos, no era hombre de actuar como un tonto con unas copas de más.

—Te diré —dijo el joven barón, dejándose caer de la mesa y aterrizando con ruido en el banco— todo sobre la escritura... una palabra.

—Ta-Kominion —dijo una voz áspera desde el otro cuarto— quiero hablar con esos hombres. Zeldá, tráelos aquí.

Otro barón se levantó del banco que estaba enfrente, haciendo una seña a Kelderek y a Tafro. Ellos lo siguieron fuera del Sindrad hasta la otra habitación, en donde estaba sentado y solo el Gran Barón. Los dos, en muestra de sumisión y respeto, bajaron las cabezas, levantaron las palmas de las manos a sus frentes, bajaron la mirada y esperaron.

Kelderek, que nunca se había presentado delante de Bel-ka-Trazet, había estado tratando de prepararse para el momento en que habría de hacerlo. Enfrentarse con él era ya una prueba, pues el Gran Barón estaba repulsivamente desfigurado. Su cara — si se podía seguir llamándola cara— daba la impresión de haberse derretido una vez y que la hubieran dejado endurecer de nuevo. Bajo la frente cruzada de costurones blancos el ojo izquierdo, torcido y horriblemente bajado hacia la mejilla, estaba a medias enterrado debajo de una cresta de carne que corría desde el tabique de la nariz hasta el pescuezo. La mandíbula estaba torcida hacia la derecha, de tal modo que los labios se juntaban mal, y sobre la barbilla se extendía una cicatriz lívida en forma de

martillo. Y la expresión que podía encontrarse en esta máscara terrible era sardónica, penetrante, orgullosa y desprendida, la de un hombre indestructible, un hombre que era capaz de sobrevivir a la traición, al asedio, al desierto y a la inundación.

El Gran Barón, sentado en un taburete redondo como un tambor, miró al cazador. A pesar del calor, tenía puesta una pesada capa de piel sujeta al pescuezo con una cadena de cobre, de modo que su horrenda cabeza parecía la cabeza cortada de un enemigo que hubieran puesto sobre una carpa negra. Por unos instantes hubo silencio, un silencio como la cuerda de un arco tirante.

Luego Bel-ka-Trazet dijo:

—¿Cómo te llamas?

También la voz era torcida: áspera y baja, con una extraña resonancia, como el ruido que podría producir una piedra al golpear una capa de hielo.

—Kelderek, señor.

—¿Por qué estás aquí?

—El *shendron* del zoán me envió.

—Eso ya lo sé. ¿Por qué te envió?

—Porque me pareció que no debía contarle lo que me ocurrió en el día de hoy.

—¿Por qué el *shendron* me hace perder tiempo? —dijo Bel-ka-Trazet a Tafro—. ¿Acaso no puede hacer hablar a este hombre? ¿Quieres decirme que os ha desafiado a los dos?

—El... el cazador... este hombre, señor —balbuceó Tafro—. Nos dijo... es decir... no quiso decirnos. El *shendron* le preguntó cómo se... cómo se había herido. Contestó que un leopardo lo había perseguido, pero no quiso contar nada más. Y cuando exigimos que hablara, dijo que no nos diría nada.

Hubo un silencio.

—Se negó, señor —insistió Tafro—. Le dijimos que...

—Cállate.

Bel-ka-Trazet guardaba silencio, con aire abstraído, el ceño fruncido y dos dedos apoyados en la cicatriz que tenía bajo el ojo. Finalmente levantó la mirada.

—Me parece que eres un embustero torpe, Kelderek. ¿Por qué te tomas el trabajo de inventar un leopardo? ¿Por qué no dices que te caíste de un árbol?

—Dije la verdad, señor. Había un leopardo.

—Y esta lastimadura —dijo Bel-ka-Trazet, tendiendo la mano y asiendo la muñeca izquierda de Kelderek, moviendo delicadamente el brazo de éste, de un modo que sugería que podía tironear con fuerza, si hubiera querido— esta leve lastimadura. ¿Acaso te la hizo alguien que quedó descontento de que no trajeras mejores noticias? Tal vez le dijiste: «Los *shendrons* están alerta. Sorprenderlos es difícil», y la cosa no le gustó.

—No, señor.

—Veremos. ¿De modo que había un leopardo y caíste? ¿Qué ocurrió entonces?
Kelderek no dijo nada.

—¿Es un cretino este hombre? —preguntó Bel-ka-Trazet, volviéndose hacia Zelda.

—Señor —contestó Zelda— sé poca cosa de él, pero creo que pasa por ser un poco tonto. La gente se ríe de él: le gusta jugar con los niños.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que hace?

—Juega con los niños, señor, en la orilla.

—¿Qué más?

—Es un solitario, como suelen ser los cazadores. Vive solo y no hace daño a nadie, por lo que sé. Su padre tenía derechos de cazador para ir de un lado a otro y se le ha concedido la sucesión. Si quieres, podemos tratar de averiguar más.

—Hazlo —dijo Bel-ka-Trazet. Y luego, a Tafro—. Puedes irte. Tafro se llevó la palma de la mano a la frente y desapareció como la llama de una vela al viento. Zelda salió tras él, más dignamente.

—Bueno, Kelderek —dijo lentamente la boca torcida— eres un hombre honrado, dices, y estamos solos, de tal modo que no hay nada que te impida contarme lo que pasó.

La cara de Kelderek empezó a sudar. Quiso hablar, pero las palabras no salían.

—¿Por qué le dijiste al *shendron* unas pocas palabras y después te negaste a decir nada más? —dijo el Gran Barón—. ¿Qué clase de tontería es ésta? Un sinvergüenza tiene que saber cubrirse. Si hay algo que querías esconder, ¿por qué no inventaste un cuento que pudiera satisfacer al *shendron*?

—Porque... porque la verdad... —el cazador vaciló—. Porque tenía miedo y todavía tengo miedo. —Se detuvo, pero luego estalló súbitamente—. ¿Quién puede mentirle a Dios?

Bel-ka-Trazet lo miró como un lagarto mira a una mosca.

—¡Zelda! —gritó.

El barón volvió.

—Llévate a este hombre, ponle el hombro en un cabestro y dale de comer. Tráemelo en media hora... y entonces, ¡por este cuchillo, Kelderek —y pasó la punta de su larga daga por la serpiente dorada que estaba pintada en la tapa del arca que estaba a su lado— habrás de decirme lo que sabes!

El carácter imprevisible de los contactos con Bel-ka-Trazet daba ocasión a muchos cuentos. Kelderek, llevado del brazo por Zelda, marchó pesadamente hasta el Sindrad y se echó sobre un banco, mientras los niños le traían comida y un cabestrillo de cuero. Cuando volvió a ver a Bel-ka-Trazet, ya era de noche.

El Sindrad estaba en calma, pues todos los barones, salvo dos, se habían retirado.

La distorsión de la cara de Bel-ka-Trazet parecía una ilusión producida por la luz

de la lámpara: los rasgos eran tan monstruosos cómo los de una máscara de demonio en un drama, la nariz parecía extenderse hasta el pescuezo en una sola línea sin interrupción y las sombras bajo la mandíbula latían leve y rítmicamente, como la garganta de un sapo. Y lo cierto es que ahora iban a representar un drama, pensó Kelderek, pues no le parecía a nada de lo que había encontrado en la vida, tal como él la había conocido. Un hombre sencillo, que sólo se había ganado su vida que no había buscado ni el oro ni el poder, había sido elegido misteriosamente y convertido en instrumento que contrariaba la voluntad de Bel-ka-Trazet.

—Muy bien, Kelderek —dijo el Gran Barón, pronunciando el nombre con un leve énfasis que, de algún modo, expresaba desprecio— mientras te has estado llenando la barriga, yo me he enterado de todo lo que hay que saber de un hombre como tú: todo, salvo lo que ahora habrás de contarme, Kelderek Zenzuata. ¿Sabes que te llaman así?

—Sí, señor.

—Kelderek Juega-con-los-Niños. Un joven solitario, que no frecuenta las tabernas, al parecer, y con una natural indiferencia hacia las mujeres. De todos modos, un cazador competente, que suele traer presas y piezas valiosas a los agentes que comercian con Gwelt y con Bekla.

—Si has oído todo eso, señor.

—De tal modo que se le permite ir y venir solo, a su gusto, y no se le hacen preguntas. A veces se ha ido por unos cuantos días, ¿no es así?

—Así tiene que ser, señor, cuando la caza...

—¿Por qué juegas con los niños? Un joven soltero... ¿qué clase de tontería es ésta?

Kelderek reflexionó.

—Los niños muchas veces necesitan amigos —dijo—. Algunos de los niños con quienes juego son desdichados. Algunos se han quedado sin padres... los padres los han abandonado.

Se interrumpió, confundido, al encontrar la mirada del ojo fuera de lugar de Bel-ka-Trazet. Al cabo de unos minutos murmuró de modo incierto:

—Las llamas de Dios...

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Las llamas de Dios, señor. Los ojos y los oídos de los niños todavía están abiertos... ellos dicen la verdad.

—Y también la dirás tú, Kelderek, antes de lo que crees. ¿De modo que pasas por ser un hombre simple, un poco tonto, tal vez, un hombre que ni bebe ni anda con mujeres, que juega con los niños y suele hablar con Dios? Claro, nadie podría sospechar de semejante hombre, nadie podría pensar que es un espía, un traidor, que lleva mensajes o tiene tratos con el enemigo en sus solitarias excursiones de caza.

—Señor...

—Hasta que un día vuelve herido y con las manos vacías de un lugar que pasa por estar lleno de caza y tan confundido que no es capaz de inventar un cuento...

—¡Señor! —El cazador cayó de rodillas.

—¿Le caíste mal al hombre, no es eso, Kelderek? Algún bandido de Deelguy, tal vez, o algún viscoso negrero de Terenkenalt que quería hacer un dinerito extra llevando algún mensaje de sus excursiones... Es probable que tu información no haya gustado... ¿o la paga no era suficiente?

—¡No, señor, no!

—¡Párate!

El Gran Barón guardaba silencio con aire contenido, como un hombre contrariado por un obstáculo pero decidido a vencerlo por uno u otro medio. Y cuando volvió a hablar, lo hizo en un tono más tranquilo.

—Bueno, en la medida en que puedo juzgar, Kelderek, tal vez seas un hombre honrado, aunque pareces ser muy tonto cuando hablas de los niños y de Dios. ¿No podías haberle pedido aun solo amigo que viniera aquí a dar testimonio de tu honradez?

—Señor.

—No, supongo que no podías, o nunca se te ocurrió. Pero supongamos que eres honrado y que, por alguna razón, algo ocurrió hoy que no has ni ocultado ni revelado. Si hubieras empleado astucia para ocultarlo, Supongo que no te habrías visto forzado a comparecer: no estarías aquí parado ante mí. Por lo tanto, debes saber que es algo que habrá de salir a luz tarde o temprano, y que sería tonto de tu parte el intentar esconderlo.

—Sí, estoy convencido de eso, señor —contestó Kelderek sin vacilar.

Bel-ka-Trazet desenvainó su cuchillo y, como un hombre que se pone a matar el tiempo mientras espera la hora de la comida o a un amigo, se puso a calentar la punta en la llama de la bujía.

—Señor —dijo Kelderek de repente— si un hombre que ha vuelto de caza dijera al *shendron* o a sus amigos: «Encontré una estrella que cayó del cielo a la tierra», ¿quién le creería?

Bel-ka-Trazet no contestó y siguió dando vueltas a la punta de su cuchillo sobre el fuego.

—Pero si ese hombre hubiera encontrado realmente una estrella, señor, ¿qué puede pasar entonces? ¿Qué debe hacer y a quién debe llevar esa estrella?

—Eres tú quien me hace las preguntas, Kelderek, y en forma de enigmas. No me gustan los visionarios ni sus charlas. De modo que ten cuidado.

El Gran Barón cerró el puño, pero luego, como un hombre decidido a ser paciente, lo abrió y quedó mirando a Kelderek con una expresión escéptica.

—¿Qué hay? —dijo finalmente.

—Te temo, señor. Temo tu poder y tu ira. Pero la estrella que encontré viene de Dios, y yo también tengo temor de esto. Tengo más temor. Y se a quién debe ser revelado —la voz llegaba en un jadeo estrangulado— ¡sólo puedo revelarlo a Tuguinda!

Inmediatamente Bel-ka-Trazet lo asió por el pescuezo y lo tiró a tierra. La cabeza del cazador se echó hacia atrás, apartándose de la aguda punta del cuchillo, tan cerca de su cara.

—¡Haré esto... sólo puedo hacer esto! ¡Por el Oso: no elegirás lo que habrás de hacer cuando te arranque los ojos! ¡Vas a terminar en Zeray, hijo mío!

Las manos de Kelderek se tendieron hacia arriba, asieron la capa negra inclinada sobre él y que presionaba desde la rodilla hasta el hombro lastimado. Cerró los ojos ante el cuchillo cercano y pareció que iba a desmayarse entre las manos del Barón. Pero cuando habló —y Bel-ka-Trazet se inclinó para captar las palabras— dijo en un susurro:

—Sólo puede ser lo que Dios quiera, señor. El asunto es grande... más grande incluso que tu tremendo cuchillo.

Las cuentas de la cortina chocaron en el pasillo. Sin soltar a su presa el barón escrutó las tinieblas por encima de su hombro, más allá de la lámpara. Se oyó la voz de Zelda:

—Señor: hay mensajeros de Tuguinda. Ella desea hablarte urgentemente, dice. Te pide que vayas a Quiso esta noche.

Bel-ka-Trazet aspiró aire ruidosamente y se enderezó, desprendiéndose de Kelderek, que se desplomó y se quedó quieto en el suelo. El cuchillo resbaló de la mano del Gran Barón y se clavó en el suelo, atravesando parte de un montón de basura grasienta, que empezó a exhalar un humo maloliente. Se agachó sin demora, recobró el cuchillo y pisó la basura. Luego dijo:

—¿A Quiso esta noche? ¿Qué puede ser esto? ¡Que Dios nos proteja! ¿Estás seguro?

—Sí, señor. ¿Quieres hablar con las muchachas que trajeron el mensaje?

—Sí... no, dejemos. No enviaría un mensaje semejante a menos que... Ve y diles a Ankray y Faron que tengan lista una canoa. Y que pongan a este hombre en la canoa.

—¿Este hombre, señor?

—En la canoa.

Las cuentas de la cortina resonaron una vez más cuando el Gran Barón pasó por la puerta, atravesó el Sindrad y se alejó entre los árboles. Zelda, mientras se dirigía a los cuartos de servicio, pudo ver a la luz del cuarto de luna la forma cónica de la amplia capa de piel que se movía impacientemente por la orilla.

A Quiso de noche

Kelderek se arrodilló en la popa; a veces escudriñaba la tiniebla moteada que tenía por delante, a veces cerraba los ojos y dejaba caer la barbilla sobre el pecho, con un nuevo estremecimiento de miedo. A sus espaldas el enorme Ankray, sirviente y guardaespaldas del Bel-ka-Trazet, estaba sentado, silencioso, mientras la canoa se dejaba llevar por la corriente a lo largo de la ribera Sur del Telthearna.

Después de dar la orden de partir, Bel-ka-Trazet no había dicho una sola palabra y permanecía sentado en la angosta proa, con las manos trenzadas sobre las rodillas.

Más de una vez, al caer las paletas, el tumulto y el burbujear sobresaltaba a algún animalito cercano, y Kelderek volvía la cabeza hacia un aleteo, el ruido de una zambullida o el rumor de los bichitos entre la hierba.

Pero más allá de estos ruidos de huida escuchaba siempre un ruido más tremendo y temía la segunda aparición de aquel animal para el cual las millas de selva y de río, como él creía, no presentaban obstáculos. Y una vez más, apartándose de esto, su mente se enfrentó con otro miedo de toda su vida: el miedo a la isla a la que se dirigían.

¿Por qué habían llamado al Barón a este lugar y qué tenía que ver aquello con las noticias que él se había negado a dar?

Ya habían viajado un buen trecho bajo los árboles que cubrían la corriente cuando los sirvientes reconocieron una señal. La paleta izquierda bajó una vez más y la canoa se detuvo, girando hacia el centro del río. En la distancia ya eran visibles algunas pocas luces de Ortelga, mientras que hacia la derecha, lejos en la oscuridad, aparecía en lo alto otra luz: un resplandor rojizo, tembloroso, que se desvanecía y volvía a aparecer a medida que ellos avanzaban. Los sirvientes estaban ocupados ahora, avanzaban por el río mientras la corriente, que fluía con mayor fuerza a esta distancia de la costa, los arrastraba. Kelderek pudo sentir en los que estaban detrás de él una molestia creciente. El ritmo de los remeros se hizo breve y quebrado. La popa chocó contra algo que flotaba en la oscuridad y, al sentir el sacudón, Bel-ka-Trazet gruñó, como un hombre que no aguanta ya más.

—¡Señor! —dijo Ankray.

—¡Silencio! —contestó inmediatamente Bel-ka-Trazet.

Se acercaban a la isla de Quiso, dominio de Tuguinda y del culto que ella dirigía, un lugar en donde los hombres no conservaban sus nombres —o así se creía—, las armas no tenían efecto y la máxima fuerza podía desgastarse en vano frente a un poder incomprensible. Una creciente sensación de soledad y desamparo se apoderó de ellos.

La luz roja parecía estar cerca ahora, y cuando se acercó aún más, por encima de

ellos, Kelderek cayó hacia adelante, golpeando la borda con la frente.

No sintió ningún dolor por el golpe, y le pareció que se había vuelto sordo, porque ya no podía oír el chapoteo del agua. Privado de percepciones, de voluntad e identidad, supo que se había convertido en nada más que los fragmentos de un hombre. No era nadie y, sin embargo, seguía siendo consciente. Como obedeciendo una orden, cerró los ojos. En el mismo instante los remeros cesaron de paletear, hundiendo las cabezas entre los brazos cruzados y la canoa, perdiendo la dirección, fue arrastrada junto con la corriente hacia la isla invisible.

Y ahora, en medio de los vestigios de la mente de Kelderek empezó a surgir todo lo que, desde la infancia, había visto de la Tuguinda, todo lo que había aprendido. Dos veces al año venía a Ortelga por el río: los gongs lejanos resonaban en las nieblas de la primera mañana y la gente esperaba silenciosa en la orilla. Los hombres se echaban a tierra boca abajo y las mujeres eran conducidas a una nueva cabaña, que se construía en ocasión de su llegada. Había danzas y ceremonias con flores, pero el propósito real de Tuguinda era el de celebrar conversaciones con los barones y, en una sesión secreta a la cual no tenían acceso las mujeres, hablar de sus misterios y elegir, entre las mujeres disponibles, una o dos que habrían de regresar con ella para servir en Quiso a perpetuidad. Al fin del día, cuando la Tuguinda partía en medio de la oscuridad y las teas encendidas, la cabaña era quemada y sus cenizas arrojadas a las aguas.

Así, cuando bajó en la orilla, estaba con velo, pero al hablar con los barones llevaba una máscara de oso. Nadie conocía el rostro de la Tuguinda o sabía quién había sido. Las mujeres elegidas para ir a su isla nunca regresaban. Se creía que recibían nuevos nombres; en todo caso, sus antiguos nombres nunca eran ya mencionados en Ortelga. No se sabía cuándo Tuguinda moría o abdicaba, quién la sucedía, cómo era elegida su sucesora y ni siquiera, en ocasión de cada una de sus visitas, si era realmente la misma mujer de antes. Una vez, siendo niño, Kelderek se lo había preguntado impacientemente a su padre, cómo suelen hacer los jóvenes en relación a asuntos que ellos perciben que los mayores consideran seriamente y discuten poco. En contestación su padre había mojado un pedazo de pan, había modelado con él una tosca figura de un hombre y la había parado en el borde del fuego. «Mantente alejado de los misterios de las mujeres, muchacho», había dicho, «y mantén el temor de ellas en tu corazón, porque pueden consumirte. Mira...». El pan reseco, pardo, ennegrecido y disminuido se convirtió en ceniza. «¿Entiendes?». Kelderek, silenciado por la gravedad de su padre, había asentido con la cabeza y no había dicho nada. Pero se acordaba.

¿Qué se había apoderado de él esta noche en la habitación que estaba detrás del Sindrad? ¿Qué lo había llevado a desafiar al Gran Barón? ¿Cómo habían salido esas palabras de sus labios y por qué Bel-ka-Trazet no lo había matado en ese mismo

instante? Una sola cosa sabía, desde que había visto al oso, ya no había sido dueño de sus actos. Al principio creyó estar movido por el poder de Dios, pero ahora su amo era el caos. Su mente y su cuerpo estaban descosidos como un vestido Viejo y lo que quedaba de él estaba en poder de la isla luminosa, cubierta por la noche.

La cabeza de Kelderek seguía descansando sobre la borda, y uno de sus brazos rozaba el agua. Detrás de él, la paleta cayó de las manos de Ankray y flotó alejándose, mientras la canoa tocaba la orilla Norte: los viajeros se agacharon en donde estaban, pasmados y como hechizados, sin que ninguna voluntad ni mente dejara de ser afectada. Y allí permanecieron, resaca, espuma y maderas perdidas, mientras el cuarto de luna subía tan sólo por el resplandor del fuego que seguía ardiendo tierra adentro, entre los árboles.

Pasaba el tiempo pero en ningún momento hubo el menor rumor entre los cuatro hombres de la canoa, acurrucados en la oscuridad como pájaros en sus ramas.

Finalmente apareció una luz más cercana, más chica, verde y titubeante, que bajaba hacia el agua. En el momento de alcanzar la orilla pedregosa se oyó un ruido de pasos y un, leve murmullo de voces. Dos mujeres con capas se acercaban. Llevaban entre las dos una linterna redonda, achatada, del tamaño de una rueda de molino, sobre un palo. La estructura era de hierro y los espacios entre los barrotes eran de juncos atados, traslúcidos pero bastante fuertes para escudar y proteger a las velas que estaban dentro.

Las dos mujeres llegaron al borde del agua y se pusieron a escuchar, Al cabo de un rato percibieron en la oscuridad el chasquido del agua contra la canoa, un sonido que sólo podía ser distinguido por oídos acostumbrados a cada cadencia del viento y de las olas sobre la orilla. Pusieron en tierra la linterna y una, sacando el palo del anillo y sacudiéndolo sobre él agua, exclamó con voz áspera: «¡Despertad!».

El sonido que llegó a Kelderek era agudo como el chillido de perdiz. Levantó la mirada y vio la luz verde y temblorosa que se reflejaba en el agua. Ya no tenía miedo.

Podía oír al Gran Barón, que se movía detrás de él. Bel-ka-Trazet masculló algunas palabras inaudibles y se echó agua en la cara, pero no hizo ningún movimiento que indicara la intención de bajar a tierra. Kelderek volvió la cabeza un instante y vio que estaba mirando fijamente, como divertido, la turbulencia levemente iluminada de la superficie de las aguas.

La voz de la mujer llamó de nuevo: «¡Ven!». Lentamente, Bel-ka-Trazet subió el borde de la canoa y bajó al agua, que apenas le llegaba a las rodillas. Fue vadeando hacia la luz. Kelderek lo seguía, chapoteando pesadamente entre los remolinos. Al llegar a la orilla, vio frente a él una mujer alta, cubierta con una capa, que permanecía inmóvil, con la cara escondida en el manto. El también se quedó quieto, no atreviéndose a interrumpir el silencio de ella. Podía oír a los criados que se acercaban a la orilla, pero la mujer alta no les prestaba atención y continuaba mirándolo, como

si quisiera percibir el latido mismo de su corazón. Finalmente —o eso le pareció— hizo una señal con la cabeza e inmediatamente se dio vuelta, se agachó y pasó el palo a través del anillo de hierro de la linterna. Luego ella y su compañera se pusieron a hablar y se alejaron, avanzando hábilmente entre las piedras flojas, que cedían al paso. Ningún hombre se había movido hasta que, después de haber dado unos diez pasos, la mujer alta, sin dar vuelta la cabeza, gritó: «¡Seguidme!». Kelderek obedeció, manteniendo la distancia entre ellos como un sirviente.

Muy pronto empezaron a trepar un angosto sendero que llevaba a los bosques. Kelderek se vio forzado a tantear entre las rocas, buscando asideros.

Tanteando entre los helechos y las hojas podía oír —más alto a medida que avanzaba— el sonido del agua que caía y de repente se encontró sobre un promontorio de roca que se erguía sobre un despeñadero. En el lado opuesto había una terraza empedrada y en el medio de ella se veían unas ascuas encendidas. Esta debía ser la fuente de aquella luz alta que había visto desde el río: una luz que se iluminó para guiarlos. Más allá se elevaba una pared de roca en lo oscuro; él podía verla claramente, pues en los ángulos de la terraza había cinco trípodes, cada uno con un recipiente de bronce del cual se elevaban llamas traslúcidas, amarillas, verdes y azules. Había poco humo, pero el aire estaba impregnado de un perfume dulce y resinoso. Más perturbador y aterrador que la terraza vacía, con sus recipientes de fuego, era el cuadrado abierto en la roca que estaba detrás. Sobre él había un basamento soportado por una columna de cada lado y a Kelderek le pareció que el espacio negro del medio lo miraba de un modo inescrutable, como el rostro invisible de la mujer encapuchada en la orilla.

Miró hacia abajo, hacia el precipicio. Un poco a su derecha, apenas visible en la vacilante oscuridad, pudo distinguir una cascada, no una catarata abrupta, sino una caída de agua que salpicaba las rocas y se perdía en la profunda hendidura más abajo. Frente a esto, cerca de la caída de agua y brillando por las salpicaduras, había un tronco de árbol caído, no más grueso que un muslo de hombre, que unía el precipicio de orilla a orilla.

La parte de arriba había sido nivelada groseramente y sobre este árbol, sin baranda, las dos mujeres cruzaron tan fácilmente como habían marchado en la orilla. El tronco flexible cedió por el peso y la linterna vaciló en el palo pero las mujeres avanzaban con una gracia tranquila, como muchachas de aldea que llevan sus cacharros para llenarlos a la fuente.

Lentamente Kelderek descendió de la escarpadura. Al llegar al extremo más cercano del puente empezó temerosamente a poner un pie detrás de otro. La catarata que tenía a su lado lo salpicó con sus frías gotas; el agua invisible más abajo hizo sonar sus ecos alrededor; después de unos cuantos pasos, se acurrucó sobre las rodillas, tanteando con una mano a lo largo del ondulante tronco. No se atrevía a

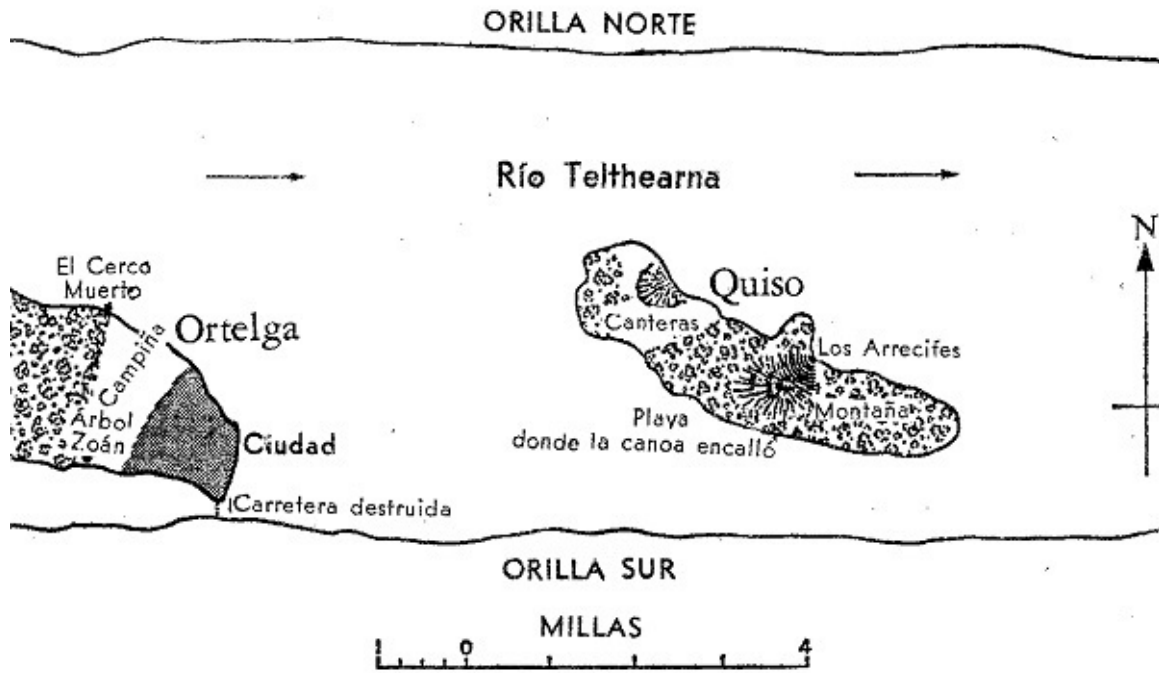
levantar la mirada y ver lo que tenía delante. Con la mirada fija en la propia mano, sólo podía ver la materia de la madera: nudo tras nudo entraba en su círculo de visión y desaparecía bajo su barbilla a medida que avanzaba. Dos veces se detuvo, jadeando y hundiendo las uñas en el tronco combó, que se bamboleaba.

Cuando llegó al otro extremo, siguió tanteando ciegamente el terreno con sus manos y sus rodillas, hasta que encontró por casualidad, y aplastó una mata de locatalanga trepadora y, cuando sintió a su alrededor el penetrante olor, volvió en sí y comprendió que ya no estaba aferrándose y moviéndose encima del agua. Se puso de pie. Delante de él las mujeres estaban cruzando el centro de la terraza, una detrás de la otra, como antes. Vio que alcanzaban el borde del montón de ascuas dentro de su envoltura de ceniza. Sin pausa se metieron en él, levantando los ruedos de sus capas exactamente como si estuvieran vadeando un arroyo. Cuando la que estaba detrás se levantó la túnica, se pudo ver por un instante un pie desnudo. Ceniza y chispas se levantaban formando un fino polvo, como el que levanta un molinero con sus pies.

Kelderek, gimiendo, cayó al suelo y escondió la cabeza en el hueco del brazo.

Esta era, pues, la forma de su llegada al templo más Alto en Quiso de los Arrecifes, este heraldo de nuevas que las generaciones habían esperado pero nunca habían oído: herido, transido, arrastrado y casi histérico, que apartaba lo que tenía ante los ojos, determinado —extraña determinación— tan sólo a rendir los jirones de voluntad que la isla le había dejado. Y cuando finalmente el Gran Barón y sus siervos llegaron al borde del precipicio y, a su vez, se bambolearon como inválidos junto al árbol ladeado, lo vieron echado en el borde de la terraza, jadeando y carraspeando con un ruido más aterrador que la risa del sordo y del mudo.

Quiso



6

La sacerdotisa

Mientras Kelderek se fue tranquilizando y pareció quedarse dormido en donde yacía, una luz apareció en la apertura de la pared de roca. La luz se hizo más fuerte y dos mujeres jóvenes salieron, cada una con una antorcha encendida. Eran muchachas recias y toscas, con los pies desnudos y vestidas con túnicas groseras, aunque ni siquiera las mujeres de los barones habrían podido competir con sus ornamentos. Los aros largos, que se balanceaban y tintineaban cuando marchaban, estaban hechos con pedazos de hueso labrado, unidos para formar pendientes. Los collares triples, de penapa y ziltate alternadamente, rosados y pardos, brillaban a la luz de la hoguera. En los dedos tenían sortijas de madera plisada, pintada de carmesí. La una y la otra llevaban un ancho cinturón de bronce laminado con un broche en forma de cabeza de oso y en la cadera izquierda una vaina vacía de cuero verde en forma de conchilla, como símbolo de perpetua virginidad.

Las mujeres tenían en sus espaldas canastas de mimbre con pedazos de una sustancia resinosa y un combustible negro, duro y fragmentado como pedregullo de jardín. Se detuvieron frente a cada trípode y, cada una recogiendo puñados de la canasta de la otra, los arrojaron en los recipientes. El combustible cayó produciendo un sonido leve y tintineante, sonido que se demoró en el aire; mientras trabajaban, las muchachas no prestaban a los hombres que las miraban más atención que la que hubieran prestado a animales atados de una cuerda.

Casi habían terminado su tarea y la terraza brillaba con nueva luz cuando una tercera mujer emergió lentamente de la oscuridad de la cueva. Estaba vestida con una túnica fruncida y blanca en forma de vaina de una tela más delicada que las tejidas en Ortelga, y sus cabellos largos y negros caían sueltos por la espalda. Tenía los brazos desnudos y su único adorno era un gran collar de finas argollas de oro, de más de un palmo de largo, que le cubría completamente los hombros como un vestido. Cuando ella apareció, las dos muchachas bajaron sus canastas y ocuparon un lugar lado a lado en el borde de las cenizas.

Bel-ka-Trazet levantó la mirada y encontró la de la joven. Pero no dijo nada y ella le devolvió la mirada con un aire impasible de autoridad, como si todos los hombres tuvieran un rostro como el de él y todos fueran lo mismo para ella. Al cabo de unos instantes ladeó la cabeza y una de las muchachas, adelantándose, se fue con los sirvientes, desapareciendo en la oscuridad, entre los árboles que estaban cerca del puente. En el mismo instante el cazador se movió y lentamente se puso de pie. En harapos y sucio, se paró frente a la hermosa sacerdotisa con un aire que no era de insensibilidad, sino de simple falta de conciencia, tanto de su propia apariencia como de lo que lo rodeaba.

Como la mujer alta de la playa, la sacerdotisa miró intensamente a Kelderek, como si lo estuviera apreciando en algún cálculo de su mente. Por último bajó dos o tres veces la cabeza con aire de reconocimiento grave y comprensivo y se volvió una vez más hacia el Gran Barón.

—Han querido, pues, que este hombre esté aquí —dijo—. ¿Quién es?

—Un hombre que he traído, *säiyet* —contestó brevemente Bel-ka-Trazet, como si quisiera recordarle que también él era alguien con autoridad.

La sacerdotisa frunció el ceño. Luego se aproximó al Gran Barón, le puso la mano en un hombro y, con un aire de niña curiosa y asombrada, extrajo la espada de la vaina y se puso a examinarla: el Barón no hizo ningún intento por impedirlo.

—¿Qué es esto? —preguntó, moviendo la espada de tal modo que la luz de las llamas resplandecía a lo largo de la hoja.

—Mi espada, *säiyet* —contestó él con un poco de impaciencia.

—¡Ah!, tu... —Ella se paró, vacilando, como si la palabra le resultara nueva— *espada*. Es una cosa hermosa... esta *espada*... tan... tan... tan... —y, haciendo presión, se pasó el filo tres o cuatro veces por el brazo. No hizo ningún tajo y no dejó ninguna marca—. Sheldra —dijo a la otra muchacha— el Gran Barón nos ha traído una... una *espada*.

La muchacha se acercó, tomó la espada entre sus dos manos y la mantuvo horizontalmente a la altura de los ojos, como si estuviera mirando el filo de la hoja.

—Ah, ahora me doy cuenta —dijo la sacerdotisa ligeramente. Y poniendo el lomo de la hoja contra su garganta y haciendo una seña a la muchacha para que la mantuviera con firmeza, dio un saltito, osciló unos instantes sobre la hoja afilada bajo su barbilla y, dejándose caer al suelo, se volvió hacia Bel-ka-Trazet.

—¿Y esto? —preguntó, extrayendo el cuchillo del cinturón.

Esta vez él no contestó. Con aire sorprendido, ella se pinchó el brazo izquierdo, revolvió la hoja, la extrajo limpia de sangre, meneó la cabeza y la pasó a la muchacha.

—Bueno... bueno... juguetes. —Miró fríamente al hombre.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

El Barón abrió la boca para hablar, pero después de un momento los labios torcidos se cerraron y se quedó mirándola, como si ella no hubiera hablado.

—¿Cómo te llamas? —le repitió a Kelderek en el mismo tono.

Como en un sueño, el cazador se encontró que tenía percepciones en dos planos. Un hombre puede soñar qué está haciendo algo —volando, tal vez— que, incluso en el sueño, sabe que no puede hacer. Pero acepta y vive la ilusión, y así siente como reales los efectos que siguen a una causa que se descarta. Del mismo modo Kelderek oyó y entendió las palabras de la sacerdotisa y, sin embargo, supo que no tenían sentido. Ella le podría haber preguntado: «¿Qué sonido tiene la luna?» o que es más,

sabía que ella estaba enterada de esto y que se contentaría con el silencio por respuesta.

—¡Ven! —dijo después de un rato, y giró sobre sus talones.

Caminó delante de ellos —del Barón sombrío y mutilado y del azorado cazador— y los llevó fuera del círculo de recipientes con llamas azules y a través de la apertura en la roca.

Los Arrecifes

La oscuridad estaba interrumpida tan sólo por la luz indirecta que venía de la terraza, pero esto bastaba para que Kelderek pudiera ver que estaban en una habitación cuadrada, tallada en la roca, al parecer. El suelo bajo sus pies era de piedra y las sombras de él y de sus compañeros se movían y vacilaban sobre un muro liso. Sobre éste divisó una pintura que parecía representar, según creyó, un ser gigantesco erguido sobre sus patas.

Y siguieron marchando en la oscuridad.

Tanteando el camino a la zaga de la sacerdotisa, Kelderek tocó la jamba cuadrada de una apertura en la pared y, subiendo a tientas —porque tenía miedo de un golpe en la cabeza— no pudo encontrar el travesaño de arriba. Pero la hendidura, si bien era alta, era también bastante angosta —apenas del ancho de un hombre— y para proteger su hombro lastimado entró de costado y avanzó al sesgo, con el brazo derecho delante.

El suelo se inclinaba bruscamente hacia abajo. Avanzaba a tropezones, tanteando la pared, que doblaba hacia la derecha. Finalmente pudo distinguir, delante de él, el cielo nocturno y, dibujada sobre éste, la figura de la sacerdotisa que esperaba. Llegó al lado de ella, se detuvo y miró a su alrededor.

De acuerdo a las estrellas, no era mucho más de la medianoche. Estaba en un lugar alto, espacioso y vacío, de pie sobre una ancha plataforma de piedra, con una superficie nivelada, pero tan áspera que podía sentir los granos y nódulos bajo la planta de los pies. A cada lado había laderas boscosas. El arrecife se extendía hacia la izquierda, formando una curva larga y regular, un cuarto de círculo del largo de una pedrada, que terminaba entre bancos de hiedra y troncos de árboles. Inmediatamente bajo éste se extendía otro arrecife similar y debajo muchos otros, en forma de escalera para gigantes o dioses.

Mucho más abajo sólo podía percibir un resplandor de agua, como de fondo de manantial: esto le pareció que debía ser alguna bahía de la isla cercada por tierra. Alrededor, a cada lado, se elevaban grandes árboles.

Se puso a escuchar y reconoció un gotear y escurrir de agua, que llenaba el lugar no menos que el rumor de las hojas. ¿De dónde podría venir? Miró en derredor.

Estaban de pie cerca de uno de los extremos de la plataforma más alta. Más allá, sobre el borde, una corriente superficial —tal vez la del precipicio que había cruzado antes esa noche— correteaba lisamente desde la ladera y a través del arrecife. Sin duda, a causa de cierto desplazamiento de las piedras, se extendía por todos lados, llegaba a ser en los bordes una leve película de agua que resbalaba sobre la superficie áspera y a nivel.

Pasmado de asombro, Kelderek comprendió que este vasto sitio era obra del hombre. Se puso a temblar, en realidad de temor reverente, no de miedo. Mejor dicho se sintió invadido por una alegría salvaje y expansiva, como la de las danzas o las fiestas que le daba la impresión de flotar por encima de su propio cansancio y del dolor que tenía en el hombro.

—¿Nunca has visto los Arrecifes? —preguntó la sacerdotisa a su lado—. Tenemos que bajar: ¿te sientes capaz?

En seguida, como si ella le hubiera dado una orden, él empezó a descender las piedras mojadas con tanta confianza como si caminara sobre suelo parejo. El Barón lo llamó con brusquedad y Kelderek se detuvo frente a la isla solitaria de un banco de hiedra, sonriendo a los dos que seguían por encima de él, como si fueran compañeros en algún juego de niños. Cuando la sacerdotisa y el Barón se acercaron cautamente, midiendo sus pasos sobre las piedras mojadas, Kelderek oyó decir a éste:

—Tiene poco en la cabeza *säiyet*... Es un hombre simple, tonto, me dicen. Se puede caer, incluso se puede tirar.

—No, el lugar no guarda peligros para él, Barón —replicó ella—. Ya que lo trajiste aquí... tal vez tú puedas explicarlo.

—No —contestó secamente el Barón.

—Déjalo ir —dijo ella—. En los Arrecifes, dicen, el corazón es la mejor guía del pie.

Al oír esto, Kelderek se volvió una vez más y se alejó a saltos, con paso seguro, más y más abajo. El peligroso descenso parecía un deporte excitante como zambullirse en aguas profundas. La pálida forma de la cala más abajo se agrandó, y ahora pudo ver un fuego que ardía a un lado.

Desde arriba no llegaba ningún ruido de sus compañeros y al poco tiempo emprendió la marcha hacia el resplandor del fuego y el agua que chapaleaba más allá.

Esta orilla entre los árboles era irregular y estaba empedrada con la misma piedra de los arrecifes de arriba. Por lo que él podía discernir, había sido proyectada como un jardín. Siguió una pared baja y se encontró al borde de un canal que tendría seis o siete pasos de ancho. Atravesó un angosto puente y vio delante de sí un espacio circular, empedrado de acuerdo a un diseño simétrico, oscuro y claro. En el centro había una piedra achatada por arriba, más o menos ovoide y en la que estaba grabado un símbolo en forma de estrella. Más allá, un fuego ardía en un brasero de hierro.

El cansancio y el temor volvieron a apoderarse de él. Inconscientemente había pensado en la orilla del agua y en el fuego como el fin del viaje nocturno. No sabía qué fin; pero donde había fuego, ¿no era natural que esperara encontrar gente... y descanso? El impulso que había tenido en los arrecifes había sido tonto e impertinente. La sacerdotisa no le había dicho que viniera aquí; la misión de ella podía estar en otra parte. Ahora no había nada más que la soledad bajo las estrellas y

el dolor en el hombro. Pensó en volver, pero no pudo enfrentar la cosa. Tal vez, después de todo, iban a llegar pronto. Arrastrándose hasta la piedra se sentó, apoyó el codo en una rodilla, descansó la cabeza en la mano y cerró los ojos. Se sumió en un sueño levemente febril en el cual los acontecimientos del largo día empezaron a emerger, confusos e ingrátidos.

—¡Sólo puedo hablar a Tuguinda! —gritó el cazador en voz alta.

Saltó sobre sus pies, con los ojos abiertos. Ante él, sobre el suelo a cuadros, estaba parada una mujer de unos cuarenta y cinco años de edad. El rostro era fuerte, inteligente, y estaba vestida como una sierva o como la mujer de un campesino. Los brazos estaban desnudos hasta el codo y en una mano llevaba una cuchara de madera. Al mirarla a la luz de las estrellas se sintió tranquilizado por su aspecto doméstico y sensato. Por lo menos alguien cocinaba en esta isla llena de hechizos, y había una persona simple y recta que lo hacía. Acaso pudiera darle un poco de comida.

—Crendro (Te veo) —dijo la mujer, usando el saludo familiar de Ortelga.

—Crendro —replicó el cazador.

—¿Has venido por los Arrecifes? —preguntó la mujer.

—Sí.

—¿Sólo?

—La sacerdotisa y el Gran Barón de Ortelga vienen detrás de mí... por lo menos, es lo que espero. —Se llevó una mano a la cabeza—. Perdóname. Estoy cansado y me duele el hombro.

—Siéntate de nuevo. —Él obedeció.

—¿Por qué estás aquí... en Quiso?

—Es algo que no puedo decirte. Tengo un mensaje... un mensaje para la Tuguinda. Sólo a ella se lo puedo dar.

—¿Tú? ¿No es a vuestro Gran Barón a quien corresponde hablar con la Tuguinda?

—Sólo a mí me corresponde. —Y, para evitar decir nada más, preguntó—: ¿Qué es esta piedra?

—Es muy vieja. Cayó del cielo. ¿Quieres comer algo? Tal vez puedo hacer algo para que tu hombro se sienta mejor.

—Muy amable de tu parte. Querría comer, y también descansar. Pero la Tuguinda... Mi mensaje...

—Todo saldrá bien. Ven por aquí conmigo.

Lo condujo, tomado de la mano, y en ese mismo instante vio a la sacerdotisa y a Bel-ka-Trazet que se acercaban por el puente. Al ver a su compañero, el Gran Barón se detuvo, inclinó la cabeza y se llevó la palma de la mano a la frente.

8

La Tuguinda

El cazador se dejó llevar en silencio a través del círculo y más allá del brasero de hierro, en el cual había menguado el fuego. Se preguntó si éste no habría sido encendido como señal y si no habría cumplido ya su función, pues no había nadie allí que mantuviera la llama. Al llegar junto a ellos, el Barón no dijo palabra, pero se llevó de nuevo la mano a la frente. La mano tembló levemente y la respiración, aunque controlada, era corta e insegura. El cazador adivinó que el descenso de los arrecifes empinados y resbaladizos le había exigido más esfuerzo que el que habría querido mostrar.

Dejaron la fogata, ascendieron una serie de escalones y se detuvieron ante la puerta de un edificio de piedra que tenía en la puerta cancel una argolla colgante de hierro, en forma de dos osos trenzados en lucha. Kelderek nunca había visto artesanía de esta clase y contempló maravillado la forma en que el tirador giraba y el peso de la puerta se desplazaba hacia adentro sin raspar el suelo ni bajar de nivel.

Al cruzar el umbral fue al encuentro de ellos una muchacha vestida como las que cuidaban los braseros de la terraza. Llevaba tres o cuatro lámparas encendidas en una fuente de madera que ofreció a cada uno. Él tomó una lámpara, pero poco pudo ver de lo que lo rodeaba pues tenía demasiado miedo para detenerse o mirar a su alrededor.

De algún lado, no lejano, llegaba un olor de cocina, y se dio cuenta una vez más que estaba hambriento.

Entraron a un cuarto con suelo de piedra iluminado por el fuego, amueblado como una cocina con bancos y una larga mesa rústica. La chimenea, abierta, tenía una parrilla y una segunda muchacha estaba atareada aquí con tres o cuatro cacerolas.

Desde el momento en que habían abandonado el círculo empedrado, el cazador se había sentido dominado por la idea de haber cometido un sacrilegio. Era evidente que la piedra en la que se había sentado era sagrada. ¿Acaso no le habían dicho que había caído del cielo? Y la mujer —la mujer rústica con la cuchara— sólo podía ser.

Cuando se acercó a la luz de la hoguera se dio vuelta temblando y cayó de rodillas.

—Säiyet yo... yo no podía saber.

—No temas —dijo ella—. Echate aquí, sobre la mesa: quiero mirarte el hombro. Melathys: trae un poco de agua tibia. Barón: ¿puedes hacerme el favor de sostenerme una de estas lámparas?

Después de ser obedecida, Tuguinda desató la casaca del cazador y empezó a lavar la sangre cuajada de la herida en el hombro. Procedía de modo cuidadoso y deliberado: le limpió la herida, la curó con un ungüento punzante, de olor acre, y por

último le vendó el hombro con un trapo limpio.

—Ahora comeremos... y también beberemos —dijo Tuguinda finalmente, ayudándolo a ponerse de pie— vosotras podéis iros. Sí, sí... —añadió impacientemente, hablando a una mujer que estaba levantando la tapa de una cacerola y se demoraba junto al fuego—. Puedo revolver guisos en cacerolas: lo creáis o no.

Las muchachas se esfumaron y la Tuguinda, recogiendo su cuchara, revolvió las distintas cacerolas y llenó cuatro recipientes con el contenido de ellas. Kelderek comió aparte, de pie, y ella no hizo nada por disuadirlo: se sentó en un banco junto a la chimenea y se puso a comer lenta, moderadamente, como si quisiera precaverse para no terminar antes o después que el resto.

Cuando los dos hombres terminaron, Melathys trajo agua para las manos, retiró los recipientes y los vasos y encendió el fuego. El Barón, con la espalda apoyada en la mesa, estaba sentado frente a la Tuguinda, mientras el cazador permanecía de pie entre las sombras más allá.

—Te mandé buscar, Barón —empezó a decir la Tuguinda—. Como sabes, te pedí que vinieras aquí esta noche.

—Me has puesto en una situación indigna, *säiyet* —contestó el Barón—. ¿Por qué ha caído sobre nosotros el miedo de Quiso? ¿Por qué hemos tenido qué quedarnos pasmados sobre la orilla, en la oscuridad? ¿Por qué...?

—¿No había un forastero con vosotros? —contestó ella en un tono que lo cortó instantáneamente, aunque sus ojos siguieron fijos en los de ella—. ¿Por qué supones que no puedes llegar al desembarcadero? ¿No estabas armado?

—Llegué en un apuro. El asunto se me escapaba de las manos. Pero, de todos modos, ¿cómo podías conocer tú estas cosas, *säiyet*?

—No importa cómo. Bueno, la indignidad, como tu dices, ha terminado ya. No nos vamos a pelear. Mi mensaje, supongo, fue inesperado, y tú me has dado una respuesta inesperada trayéndome un hombre herido al que encuentro sentado, solo y exhausto, sobre la piedra del Tereth.

—*Säiyet*: este hombre es un cazador... un hombre simple, a quien llaman...

Se calló y frunció el ceño.

—Sé quién es —dijo ella—. En Ortelga lo llaman Kelderek-Juega-con-los-Niños. Aquí no tiene nombre hasta que yo lo decida.

Bel-ka-Trazet abrevió.

—Me fue traído esta noche, a su vuelta de una cacería pues se negó a decir a uno de los *shendrons* qué fue lo que había, visto. Al principio lo traté con indulgencia, pero de todos modos no quiso decir nada. Volví a interrogarlo y me contestó como un niño. Dijo: «Encontré una estrella. ¿Quién va a creer que encontré una estrella?». Luego dijo: «Sólo hablaré a la Tuguinda». Al oír esto lo amenace con un cuchillo caliente, pero él se limitó a contestar: «Que sea la voluntad de Dios». Entonces, en

este mismo instante, *säiyet* me llegó tu mensaje. «Bueno, —pensé— si este hombre dijo que sólo habría de hablar contigo, ¿quién oyó nunca una cosa semejante?, aceptemos su palabra, aunque sólo sea para hacerlo hablar. Es mejor traerlo a Quiso... a su muerte, supongo, a esa muerte que él se ha ganado». Y luego se sienta sobre la piedra del Tereth, ¡que Dios nos asista!

Y lo encontramos cara a cara y solo contigo. ¿Cómo es posible que vuelva a Ortelga? Tiene que morir.

—Eso es algo que decido yo, mientras él esté en Quiso. Ves muchas cosas, Barón, y proteges a tu pueblo como un águila a sus aguiluchos. Has visto a este cazador y estás lleno de enojo y de sospechas porque te ha desafiado. ¿Nada más viste en tu nido de Ortelga en estos dos últimos días?

Era evidente que a Bel-ka-Trazet no le gustaba que lo interrogaran; pero contestó con la necesaria cortesía:

—El incendio, *säiyet*, ha habido un gran incendio.

—Por leguas y leguas más allá del Telthearna se incendió la selva. Durante todo el día de ayer llovieron cenizas sobre Quiso. En la noche llegaron animales a la orilla, por el río, animales que nunca habían sido vistos antes. ¿Qué anuncian estos animales? Al amanecer el arroyo que está en el precipicio cambió de cauce y se derramó sobre los Arrecifes, pero al llegar al pie volvió a juntar sus aguas, remontó el canal y no hizo daño a nadie. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué sé mojaron los Arrecifes, Barón? ¿Por la llegada de tus pies... o mis pies? ¿Qué mensaje, qué señales son éstas?

—Así es que medito y oro e invoco la poca sabiduría que he adquirido con el correr de los años; pues no sé más que Melathys o Rantzay o las muchachas lo que todo esto significa. Finalmente te mandé buscar. Me pareció que tal vez tú podrías decirme algo que hayas visto u oído. Tal vez tú podrás darme alguna clave.

«Mientras tanto, en caso de que venga, ¿cómo habré de recibir... a aquel que Dios quiere enviar? No con poder o con pompa, no, sino como una sierva. ¿Qué otra cosa soy? De modo que en caso de que venga, me vestiré como la mujer ignorante que Dios sabe que soy. No sé nada, pero al menos soy capaz de cocinar una comida. Y cuando la comida esté lista, iré al Tereth, para esperar y orar».

De nuevo guardó silencio. Melathys murmuró:

—Tal vez el Gran Barón sepa más que lo que nos dijo.

—No sé nada, *säiyet*.

—Pero no me pasó por la cabeza —siguió diciendo Tuguinda— que el forastero que, como yo sabía, estaba contigo.

Se interrumpió y miró hacia el punto del cuarto en donde estaba parado Kelderek, apartado de la luz.

—¿Es cierto, cazador, que mantuviste frente al cuchillo caliente del Gran Barón

que tenías un mensaje que sólo mis oídos podían oír?

—Es cierto, *säiyet* —contestó— y también es cierto, como dice el Gran Barón, que soy un hombre sin rango, un hombre que se gana la vida como cazador. Pero supe, y sé ahora, sin dudas y sin vacilaciones, que nadie debe oír estas nuevas antes que tú.

—Dime, entonces, lo que no pudiste decir ni al *shendron* ni al Gran Barón.

El cazador habló de la cacería de esa mañana y de la selva llena de animales despavoridos y fugitivos. Luego habló del leopardo y de su propio, temerario intento de escaparle y huir tierra adentro. Mientras hablaba de su malhadada flecha, de su huida aterrada y su caída desde el barranco, se puso a temblar y se aferró a la mesa para quietarse.

—Y luego —dijo el cazador— vi encima de mí, desde el punto en donde estaba, *säiyet*, a un oso... como nunca vi, alto como una cabaña, con una pelambre que parecía una catarata y un hocico como un espolón contra el cielo. El leopardo fue como hierro en su yunque. No hierro, ¡ah, no!, créeme cuando el oso lo golpeó fue como una astilla de madera cuando cae el hacha. Saltó por los aires y dio vueltas como un pájaro atravesado. Fue el oso... el oso me salvó. Dio un solo golpe y se fue.

El cazador se calló y se acercó lentamente a la hoguera.

—No fue una visión, *säiyet*, no fue una fantasía de mi miedo. Es de carne y hueso. Es real. Vi las quemaduras en un costado... vi que le dolían. Un oso, *säiyet*, en Ortelga, un oso que tiene ¡el doble de la estatura de un hombre! —Vaciló y luego anadió, casi inaudiblemente—: Si Dios fuera oso...

—Es mejor que hables claro —dijo la Tuguinda con una voz tranquila, un tono práctico—. ¿Qué quieres decir y qué es lo que piensas sobre el oso?

—*Säiyet* —contestó— es el Señor Shandrik.

Hubo un silencio mortal. Luego la Tuguinda contestó cautamente:

—¿Te das cuenta que equivocarte, engañarte y engañar a los otros... sería algo sacrílego y terrible? Cualquier hombre puede ver un oso. ¡Si lo que viste es un oso, oh cazador que juega con los niños, en nombre de Dios dilo ahora y vuelve a los tuyos sin daño y con paz!

—*Säiyet* no soy nada más que un hombre común. Eres tú quien debe sopesar mi relato, no yo. Pero es cierto como que estoy vivo que tengo la seguridad de que el oso que me salvó no es nadie más que el Señor Shandrik.

—Entonces —contestó la Tuguinda— te equivoques o no, es bien claro lo que tenemos que hacer.

La sacerdotisa estaba de pie, con las manos extendidas y los ojos cerrados, orando en silencio. El Barón, con el ceño fruncido, se paseaba lentamente en dirección a la pared más lejana, volvía y caminaba de vuelta, con la mirada fija en el suelo. Al llegar junto a Tuguinda, ésta le puso una mano en la muñeca y el Barón se detuvo,

mirándola con un solo ojo de párpados entornados. Ella le sonrió, como si no hubiera ante ellos ninguna perspectiva que no fuera segura y fácil.

—Te contaré un cuento —dijo—. Había una vez un barón sabio y habilidoso que se comprometió a proteger a Ortelga y su pueblo y a defenderlos contra todo lo que pudiera perjudicarlos: un instalador de trampas, un cavador de pozos. Husmeaba a los enemigos casi antes de que ellos conocieran sus propias intenciones y aprendió a desconfiar hasta de las lagartijas que corren por las paredes. Para tener la seguridad de que no lo engañaban, no creía nada. Y tenía razón. Un dirigente, lo mismo que un mercader, debe estar lleno de artes: debe dejar de creer más de la mitad de lo que oye, o se arruinará.

«Pero aquí la tarea es más difícil. El cazador dice: “Es el Señor Shardik”. Y el dirigente, que ha aprendido a ser escéptico y nada tonto, contesta: “Absurdo”. Pero todos sabemos que un buen día el Señor Shardik ha de volver. Supongamos que fuera hoy y que el dirigente se equivoca, entonces ¡qué error sería ese! Toda la paciente labor de su vida no podría compensar tal cosa».

Bel-ka-Trazet no dijo nada.

—No podemos correr el riesgo de equivocarnos. No hacer nada podría ser el mayor de los sacrilegios. Hay una sola cosa que podemos hacer. Debemos descubrir, fuera de toda duda, si esta noticia es verdadera o falsa; y, si perdemos en esto la vida, se habrá hecho la voluntad de Dios. Después de todo, hay otros barones y Tuguinda no muere.

—Hablas tranquilamente, *säiyet* —contestó el Barón— como si hablaras de la cosecha de tendriona o de la llegada de las lluvias. Pero ¿cómo puede ser eso cierto...?

—Has vivido muchos años, Barón, con el Cerco Muerto que hay que fortalecer hoy y el impuesto que hay que cobrar mañana. Esa ha sido tu obra. Y yo también he vivido muchos años con mi obra, con las profecías de Shardik y los ritos de los Arrecifes. Muchas veces imaginé que llegaba la noticia y medité en lo que debía hacer si la cosa ocurría realmente. Por eso es que puedo decírtelo ahora: «El relato de este cazador puede ser verdadero», y seguir hablando tranquilamente.

El Barón meneó la cabeza y se encogió de hombros, como si no quisiera discutir el punto.

—Bien. ¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

—Dormir —contestó ella inesperadamente, acercándose a la puerta—. Llamaré a las muchachas para que te muestren el lugar.

—¿Y mañana?

—Mañana iremos corriente arriba.

La Tuguinda abrió la puerta y dio un golpe en un gong de bronce. Luego se dio vuelta y, dirigiéndose a Kelderek, le puso la mano en el hombro sano.

—Buenas noches —dijo la Tuguinda—. Y esperemos que sea realmente una de esas noches buenas que los niños piden en sus plegarias.

El relato de la Tuguinda

El angosto pasaje desde la caleta rodeada de tierra hasta el Telthearna doblaba tan bruscamente que sólo una canoa podía franquearlo. Las estribaciones rocosas a cada lado se cubrían unas a otras, cerrando la caleta como una pared, de tal modo que desde adentro no podía verse nada del río que estaba más allá.

Al iniciarse la carga de las canoas, el sol aún no había alcanzado la ribera que miraba al Norte, pero ahora estaba levantado sobre los Arrecifes y brillaba sobre la caleta, transformando el agua opaca y gris en un verde luminoso y profundo, de lentos movimientos. Nítidas sombras caían sobre el empedrado desde las construcciones de piedra que allí estaban esparcidas a lo largo de los bordes, algunas escondidas entre los árboles, otras levantadas en campo abierto, entre hierbas y flores.

El cazador se preguntó qué edad podrían tener estas construcciones. No había nada parecido a esto en Ortelga. Todo el lugar parecía ser la obra de un pueblo muy antiguo. ¿Qué clase de gente podía haber sido ésta? ¿Quiénes habían construido los Arrecifes?

Se apartó del sol, parpadeando, para contemplar las muchachas graves y silenciosas que estaban cargando las canoas. Eran silenciosas, supuso él, por hábito y en virtud de la ley de la isla. ¡Qué alivio habría sido abandonar este lugar sombrío y extraño, de secretos y de brujerías! Recordó entonces adónde iba y sintió un estremecimiento de miedo en el estómago.

Una mujer de pelo gris, que había estado dirigiendo a las muchachas que trabajaban, se apartó de la orilla y se acercó a Melathys.

—La tarea está hecha, *säiyet* —dijo—. ¿Quieres cerciorarte de que todo está en su lugar?

—No, confiaré en ti, Thula —contestó la sacerdotisa con aire distraído.

La vieja le puso una mano en el hombro.

—No sabemos adónde vas, querida, ni por cuanto tiempo —dijo—. ¿No quieres decírnoslo? ¿Recuerdas cómo te consolaba cuando eras niña y soñabas con traficantes de esclavos y con guerras?

—Sé demasiado bien adonde vamos —contestó Melathys— pero no sé cuándo volveré.

—¿Un viaje largo? —insistió la vieja.

—Largo o corto —contestó Melathys con una breve risa nerviosa— te prometo que, muera quien muriera, tendré mucho cuidado de no morirme.

Se agachó, recogió una flor, la acercó un instante a la nariz de la otra y luego la arrojó al agua.

La vieja tuvo un movimiento contenido de impaciencia, como un servidor de

confianza a quien se concede el privilegio de expresar sus sentimientos.

—¿Entonces hay peligro, hija mía? —murmuró—. ¿Por qué hablas de muerte?

Melathys la miró fijamente un instante, mordiéndose los labios. Luego desabrochó el ancho collar de oro que le colgaba del pescuezo y lo puso en las manos de la vieja.

—En todo caso, esto no me hará falta —dijo—. Y si hay peligro podré correr más velozmente sin el peso. No me preguntes nada más, Thula. Ya es tiempo de ponernos en marcha. ¿Dónde están los sirvientes del Barón?

—Él dijo que debían volver a Ortelga —contestó la vieja—. Ya subieron a la canoa y se fueron.

—Entonces ve tu misma y dile al Barón que estamos listos. Adiós, Thula. Recuérdame en tus plegarias.

Se abrió camino por el empedrado, bajó a la más cercana de las cuatro canoas e hizo una seña al cazador para que ocupara un lugar detrás de ella. Las dos muchachas que estaban en la proa hundieron sus paletas y la canoa se alejó de la orilla. Atravesaron la caleta y empezaron a avanzar por la angosta hendidura que se abría entre las estribaciones rocosas.

Más allá, el agua era azul y estaba agitada, brillaba a la luz del sol y se quebraba en olitas con copetes blancos. A lo lejos se veía la línea ennegrecida y desolada de la orilla izquierda. Kelderek, miro por encima del hombro, pero ya no fue capaz de divisar, entre la espesura verde, la hendidura de donde habían emergido. Entonces apareció la proa de la segunda canoa, deslizándose sobre el follaje flotante. Melathys, siguiéndole la mirada, sonrió fríamente.

—No hay ningún otro lugar en la isla adonde pueda acercarse una canoa. Todo el resto es riscos o bajíos, como el lugar en donde desembarcaste anoche.

—La Tuguinda... —preguntó— ¿no viene con nosotros?

La sacerdotisa, mirando las otras dos canoas que quedaban, no contestó inmediatamente, pero al cabo de un rato dijo:

—¿Conoces el relato de Inanna?

—Claro que sí, *säiyet* Inanna bajó a los infiernos a pedir una vida y, a medida que pasaba por cada puerta, le arrebataban sus vestiduras, sus joyas y todo lo que llevaba.

—Hace mucho tiempo, cuando la Tuguinda se iba de Quiso en busca del señor Shardik, era la costumbre que no debía llevar nada encima al dejar la isla —se detuvo y luego añadió—: La Tuguinda no desea que se sepa en Quiso que se va. En cuanto se enteren de que se ha ido...

—¿Y si no hay otro desembarcadero? —prorrumpió él, interrumpiéndola.

Ella habló a las muchachas de las paletas.

—¡Nito! ¡Neelith! Subiremos por la orilla hasta las canteras.

En el extremo occidental la bahía se extendía y formaba una punta. Por debajo el

agua protegida era lisa, pero al costearla el avance se volvió trabajoso, porque el viento incomodaba y de este lado de la isla la corriente era fuerte. Avanzaron lentamente, mientras las canoas saltaban y chapaleaban en el agua agitada.

De repente Kelderek se sobresaltó, de modo que la canoa se ladeó y una de las muchachas golpeó el agua con un golpe brusco del reverso de su paleta para recobrar el equilibrio. Sobre el antepecho de piedra que estaba encima de ellos había una mujer desnuda, con los cabellos sueltos hasta el hombro, que avanzó hasta el borde y por unos instantes miró hacia abajo, tratando de encontrar un punto firme en el suelo. Luego, sin vacilación, se zambulló en las aguas profundas.

Cuando emergió a la superficie, el cazador comprendió que no era otra que la Tuguinda. Ella se puso a nadar tranquilamente hacia la tercera canoa, que ya se abría camino en dirección a ella. La canoa del Barón se había ido ya. Confundido, el cazador cerró los ojos y luego, para que a la sacerdotisa no se le ocurriera reprenderlo, escondió la cara entre las manos.

—¡Crendro, Melathys! —dijo la Tuguinda, a quien Kelderek oyó reírse en el momento de subir a la canoa—. Creí que no había traído nada conmigo, salvo un corazón ligero, pero ahora recuerdo que tengo dos cosas más: sus nombres, que deben ser devueltos a nuestros huéspedes. Bel-ka-Trazet, ¿puedes oírme, o te estás alejando del alcance de los oídos, tanto como del alcance de la vista?

—Nos sorprendiste, *säiyet* —contestó el Barón enfurruñado—. ¿No debo respetarte como mujer?

—La anchura del Telthearna es por cierto un respeto. ¿No están aquí tus sirvientes?

—No, *säiyet*. Los mandé de vuelta a Ortelga.

—Que Dios sea con ellos. Y con Melathys, pues sus bonitos brazos han sido raspados por la trazada. Cazador... tímido, meditabundo cazador, ¿cómo te llamas?

—Kelderek, *säiyet* —contestó él—. Kelderek Zenzuata.

—Bueno. Ahora podemos estar seguros de que hemos salido de Quiso. A las muchachas les va a gustar este viaje inesperado. ¿Quiénes están con nosotros? Sheldra, Nito, Neelith...

Empezó a chancear con las muchachas que, por sus respuestas, parecían muy convencidas de que ella estaba de excelente humor. Al cabo de un rato la canoa de la Tuguinda se puso al lado de él y ella le tocó el hombro.

—¿Cómo está tu hombro? —preguntó.

Mejor, *säiyet* —contestó él—. Tengo mucho menos dolor.

—Bien. Porque nos vas a hacer falta.

Aunque la Tuguinda había mantenido en secreto su partida, alguien, además de Melathys, había sabido sin duda lo que ella quería hacer y había cargado, en consecuencia, la canoa, porque estaba vestida como si fuera a ir de cacería, con una

túnica de pedazos de enero cosidos y superpuestos, con sandalias y polainas también de cuero, y los cabellos mojados, que le envolvían la cabeza, estaban sujetos con una tenue cadenita de plata. Lo mismo que las muchachas, llevaba un cuchillo en el cinturón.

—No subiremos la orilla de Ortelga, Melathys. Los *shendrons* nos verían y toda la ciudad se pondría a hablar en menos de una hora.

—¿Cómo es posible, *säiyet*? ¿No estamos yendo a la parte occidental de la isla?

Así es. Pero iremos hasta el otro lado del río y luego volveremos.

El viaje, prolongado de este modo, duró casi hasta el anochecer.

El sol se acercaba al horizonte cuando por fin la Tuguinda dio orden de doblar hacia la izquierda y navegar una vez más contra la comente. Kelderek, que conocía la dificultad de juzgar las corrientes siempre cambiantes del Telthearna, comprendió que esta mujer era un navegante experimentado y capaz. De todos modos su juicio era excelente, pues con poco esfuerzo suplementario de parte de las cansadas muchachas, el río los llevó fácilmente, de tal modo que avanzaron casi justamente sobre la roca alta y angosta que estaba en el punto Oeste de Ortelga.

Vadearon hasta la costa, arrastrando entre ellos las canoas en medio de los juncos y acamparon en terreno seco, rodeados de la maraña de raíces blandas y fibrosas de un bosquecillo de quian. Era una costa salvaje; y mientras el fuego de ellos se consumía, de modo que las formas de los troncos parecían temblar en el calor y a lo lejos el crepúsculo palidecía sobre la extensión del río, Kelderek volvió a sentir como ya había sentido dos días antes, la extraña inquietud y perturbación de la selva en torno de ellos.

—*Säiyet* —se atrevió a decir por fin— y tú, señor Barón, si me puedo dirigir a ti de este modo, no deberíamos dejar que nadie se aleje del fuego esta noche. Si alguien quiere hacerlo, que vaya hasta la orilla, pero a ningún otro lado. Este lugar está lleno de seres que también son extraños aquí, perdidos y enloquecidos de miedo.

Bel-ka-Trazet se limitó a asentir con la cabeza. Kelderek, hizo guardia la mitad de la noche. No tenía deseos de dormir. ¿Qué clases de centinelas podían ser, se preguntó, estas muchachas silenciosas y contenidas, cuyas vidas habían estado enclaustradas tanto tiempo en la soledad de Quiso? Pero también supo que estaba tratando —sin lograrlo— de engañarse: las muchachas eran de confianza, y ésta no era la razón de su estado de alerta. La verdad era que no se veía libre —durante todo el día no se había visto libre— del miedo de la muerte y del terror a Shardik.

Empezó a cavilar en la oscuridad y una nueva inquietud se apoderó de él cuando pensó en el Gran Barón y luego en Melathys. Los dos tenían miedo —de esto estaba seguro—, miedo a la muerte, sin duda, pero también —y era en esto que diferían de él— miedo a perder lo que cada uno tenía ya. Y a causa de este miedo había en el corazón de ellos una esperanza real, de la cual ninguno quería hablar delante de la

Tuguinda, la esperanza de que lo que él les había dicho era falso y que la búsqueda iba a terminar en nada: porque a cada uno le parecía que, incluso en caso de que él les hubiera dicho la verdad, él o ella nada tenían que ganar en consecuencia.

Se le ocurrió —y esto conturbó su corazón y aumentó aún más su sensación de soledad— que el Gran Barón era incapaz de captar lo que para él era tan simple como la llama.

Bel-ka-Trazet, pensó Kelderek, había empleado años para convertir a Ortelga en una fortaleza y esperaba ahora recoger su cosecha, envejecer en la seguridad detrás de sus cercos y sus empalizadas, su foso contra el río y sus *shendrons* a lo largo de la costa. En su mundo, el justo lugar para las cosas extrañas o desconocidas quedaba fuera. Entre todos los corazones de Ortelga, tal vez, el suyo era el menos dispuesto a saltar y encenderse por las nuevas del retorno de Shardik, el Poder de Dios. En cuanto a Melathys, ya estaba satisfecha con su papel de sacerdotisa y su brujería isleña.

Acaso esperaba llegar a ser la Tuguinda con el tiempo. Ahora obedecía a la Tuguinda tan sólo porque no podía desobedecerla. Él estaba seguro que el corazón de ella no compartía la apasionada esperanza de la Tuguinda ni su profundo sentido de la responsabilidad. Tal vez fuera natural tener miedo. Era una mujer, de espíritu pronto y joven, que ya había alcanzado una posición de autoridad y de confianza. Tenía mucho que perder en caso de que una muerte violenta la golpeara.

Los dos están muy por encima de mí, pensó, paseando lentamente por la arboleda, mientras el croar incesante de las ranas en la orilla le llenaba los oídos. Y, sin embargo yo... un hombre vulgar... puedo darme cuenta que el uno y la otra se aferran o tratan de aferrarse a lo que temen que cambie o desaparezca. Mis pensamientos no son estos, porque yo tengo nada que perder. Además, he visto al Señor Shardik y ellos no lo han visto. Pero aún en el caso de que lo encontremos de nuevo y no muramos, creo que van a intentar negarlo de algún modo u otro. Y esto es algo que yo nunca podría hacer, pase lo que pasare.

El grito repentino y agudo de un animal en la selva le recordó la obligación que había tomado, y volvió a la vigilancia. Cruzó una vez más el claro y se abrió camino entre las muchachas dormidas.

La Tuguinda estaba de pie junto a la fogata. Le hizo una señal y, cuando él se acercó, lo miró con la misma sonrisa inteligente y honrada que le había visto junto a la piedra Tereth, antes de saber quién era ella.

—Kelderek: espero que tu vela haya terminado...

—Si alguien me tomara la guardia, *säiyet*, no podría dormir. De tal modo, ¿por qué no he de vigilar?

—¿Te duele el hombro?

—No: me duele el corazón, *säiyet*, —le devolvió la sonrisa—. No me siento cómodo. Tengo buenos motivos.

—Bueno, me alegro que estés despierto, Kelderek Jue-ga-con-los-Niños, porque tú y yo tenemos que hablar, —se apartó de las mujeres dormidas, y él la siguió hasta que ella se detuvo y lo miró en las tinieblas, recostándose contra un tronco de quian.

Las ranas croaban y ahora podía oír las olas que acariciaban los juncos.

—Me oíste decir a Melathys y al Barón que deberíamos actuar como si tus nuevas fueran verdaderas. Es lo que yo les dije, pero tú, Kelderek, debes saber esto. Si yo no fuera capaz de percibir la verdad que brota de un corazón de hombre en sus palabras, no sería la Tuguinda de Quiso. No tengo dudas de que tú has visto realmente al Señor Shardik.

Él no halló respuesta y después de un rato ella continuó:

—De modo que, entre todos los innumerables millares que han esperado, tú y yo somos los elegidos.

—Sí. Pero pareces tan tranquila, *säiyet*... y yo... yo estoy lleno de miedo... un miedo común, el miedo de un cobarde. Reverencia y pavor también siento, pero sobre todo tengo miedo de que un oso me haga pedazos. Son seres muy peligrosos. ¿Tú no tienes miedo?

Ella le contestó a su pregunta con otra.

—¿Qué sabes del Señor Shardik?

Él meditó un instante y luego contestó:

—Viene de Dios... Dios está en él... Es el Poder; de Dios... Se fue y tiene que volver. No, *säiyet*, uno cree que sabe hasta que otro le dice las palabras. Como todos los niños, aprendí a rezar para que llegue esa noche buena en que Shardik ha de volver.

—Pero puede ser que obtengamos más de lo que estamos esperando. Muchos rezan. ¿Cuántos hay que han pensado seriamente en lo que ocurriría si sus plegarias fueran oídas?

—Ocurra lo que ocurriere, *säiyet*, nunca podría desear que él no hubiera vuelto. Pese a todo mi miedo, no puedo desear el no haberlo visto.

—Ni yo, pese al mío. Sí, también yo tengo miedo, pero al menos puedo agradecer a Dios el no haber olvidado nunca la misión real y verdadera de la Tuguinda, estar preparada, en plena y sobria realidad, noche y día, para el retorno de Shardik. Muchas veces, de noche, he caminado por los Arrecifes y he pensado: «Si esta fuera la noche... si Shardik hubiera de llegar ahora... ¿Qué debería hacer?». Sabía que no podía dejar de temer, pero el temor no es tan grande —sonrió de nuevo— no es tanto como creía. Ahora tú debes saber más, porque nosotros somos los Recipientes, tú y yo —asintió lentamente con la cabeza, sosteniendo la mirada de él entre las sombras—. Y lo que esto signifique, habremos de saberlo, Dios nos asista, a su debido tiempo.

Kelderek no dijo nada. La Tuguinda cruzó los brazos, se recostó una vez más

contra el árbol y prosiguió.

—Es mucho más que un asunto de gente que cae boca abajo. Mucho, mucho más. Él seguía sin decir nada.

—¿Has oído hablar de Bekla, la gran ciudad?

—Por supuesto, *säiyet*.

—¿Has estado allí alguna vez?

—¿Yo? Oh, no, *säiyet*. ¿Cómo podría ir a Bekla un hombre como yo? Pero muchas de mis pieles y plumas han sido compradas por los corredores para ese mercado. Está a cuatro o cinco días de viaje en dirección al Sur, por lo que sé.

—¿Sabías que hace mucho tiempo —nadie sabe cuánto tiempo— la gente de Ortelga gobernaba en Bekla?

—¿Nosotros éramos los que mandaban en Bekla?

—Lo éramos. Del imperio que se extendía por el Norte hasta las costas del Telthearna, por el Oeste hasta Paltesh y por el Sur hasta Sarkid e Ikat-Yeldashay. Eramos un gran pueblo —luchadores, mercaderes y, ante Lodo, constructores y artesanos— sí, nosotros, que ahora nos escondemos en una isla bajo cobertizos de paja y rascamos un medio de vida con arados y zapapicos en unos pocos kilómetros pedregosos de la tierra firme.

»Fuimos nosotros que hicimos a Bekla. Hasta el día de hoy Bekla es como un jardín de piedra esculpida, que danza. El Palacio de los Barones es más hermoso que un estanque de lirios cuando las libélulas revolotean sobre él. La calle de los constructores estaba entonces llena de heraldos de los ricos, que venían de tierras lejanas y próximas, que ofrecían fortunas a los artesanos para que fueran a trabajar para ellos. Y los que accedían viajaban velozmente, pues había caminos anchos y seguros hasta las fronteras.

»En aquellos días Shardik estaba con nosotros. Estaba con nosotros como está ahora la Tuguinda. Él no había muerto. Pasaba de una envoltura corpórea a otra».

—¿Shardik gobernaba en Bekla?

—No, no en Bekla. Shardik era adorado y Shardik nos enviaba su bendición desde un sitio solitario y sagrado en los confines del imperio, hasta el cual viajaban los suplicantes en espíritu de humildad. ¿Dónde crees que estaba ese lugar?

—No puedo decirlo, *säiyet*.

—Era Quiso, en donde los jirones del poder de Shardik todavía persisten como harapos en una empalizada azotada por los vientos. Y fueron los artesanos de Bekla que convirtieron a toda la isla en un templo para Shardik. Ellos construyeron el pasaje desde la tierra firme hasta Ortelga —el pasaje que está ahora roto— para que los grupos de peregrinos, después que estaban reunidos en la costa de la tierra firme, entre las Piedras de Dos Lados, fueran traídos primero a Ortelga y desde allí hicieran el viaje nocturno hasta Quiso, como lo hiciste tú anoche. Nuestros artesanos también

nivelaron y empedraron la terraza en que Melathys te encontró; y sobre la hondonada que está enfrente echaron el Puente de los Suplicantes, una obra de hierro delgado como cuerda, por el cual todos los extranjeros tenían que pasar o volver. Pero hace muchos años que ese puente cayó, cayó mucho antes de que tú o yo hubiéramos nacido. Detrás de la terraza, como sabes, está el Templo Alto, que ellos tallaron en la roca. Tú no viste el interior, porque estabas en la oscuridad. Es un recinto alto, de seis metros de ancho, labrado durante treinta años, piedra tras piedra en la roca viva. Y además de esto, hicieron...

—¡Los Arrecifes!

—Los Arrecifes: la obra más grande del hombre. Cuatro generaciones de trabajadores de la piedra y constructores penaron más de cien años para completar los Arrecifes. Los que los iniciaron nunca los vieron terminados. Y fueron ellos quienes empedraron las costas de la bahía más abajo y construyeron las viviendas para las sacerdotisas y las mujeres.

—¿Y Shardik, *säiyet*? ¿En dónde se alojaba?

—No se alojaba. Iba adonde quería. Vagaba libremente, a veces en los bosques, a veces en los Arrecifes. Pero las sacerdotisas lo buscaban, lo alimentaban y se ocupaban de él. Este era el misterio de ellas.

—¿Y nunca mataba?

—Sí, a veces mataba... A alguna sacerdotisa durante el Canto, si esa era la voluntad de Dios, o tal vez a algún suplicante demasiado audaz que lo había abordado inoportunamente o lo había provocado de algún modo. Asimismo, él conocía la verdad en el corazón de los hombres y podía decir cuando alguien era su enemigo en secreto. Cuando mataba, lo hacía por su propia adivinación, nosotros no lo incitábamos a matar. Más bien éste era nuestro misterio y nuestra habilidad consistía en atenderlo de modo que no lo hiciera. La Tuguinda y sus sacerdotisas caminaban cerca de Shardik y dormían junto a él: éste era el arte de ellas, la maravilla que los hombres venían a ver, la maravilla que había dado a Bekla su buena suerte y su maestría.

—¿Y tenía esposa?

—A veces se juntaba, pero no era necesario. Era una cuestión de señales y de pronósticos, de Su voluntad más que de una intención humana. A veces, en verdad, la Tuguinda sabía que debía abandonar a Quiso y dirigirse a las colinas o a la selva con sus muchachas para encontrar y traer de vuelta una compañera para Shardik. Pero a veces él vivía hasta que parecía que iba a morir, y entonces ellas iban, lo encontraban renacido y lo traían de vuelta al hogar.

—¿Cómo?

—Tenían maneras de hacerlo, maneras que todavía conocemos, o que esperamos conocer, pues hace mucho tiempo que no se usan drogas y otras artes con las que era

posible manejarlo, aunque tan sólo por poco tiempo. Pero nada de esto era seguro. Cuando el Poder de Dios aparece en forma terrestre, no se lo puede llevar de aquí para allá como una vaca, pues ¿en dónde estaría la maravilla y el terror? Siempre, con Shardik, había incertidumbre, peligro y riesgo de muerte: y esto por lo menos, es algo de lo que podemos estar seguros. Shardik requiere de nosotros todo lo que tenemos, y a quienes no pueden ofrecer tanto libremente, él puede muy bien arrebatarlo por la fuerza.

Se interrumpió, mirando sin ver la selva oscurecida, como si estuviera rememorando la majestad y el poder de Shardik de los Arrecifes y de su Tuguinda de tiempos idos. Finalmente Kelderek preguntó:

—Y... ¿esos días terminaron, *säiyet*?

—Esos días terminaron. La historia completa no la conozco. Fue un sacrilegio tan vil que no se pudo ni conocerlo ni hablar de él claramente. Todo lo que puedo decirte es que la Tuguinda de aquellos días traicionó a Shardik, al pueblo y a sí misma. Había un hombre, no, no es digno de que se lo llame un hombre, porque ¿quién que no esté perdido para Dios puede atreverse a tramar una cosa semejante?, un traficante de esclavos que estaba de paso. Ella y él se... ¡ah!... —Y aquí la Tuguinda, conmovida, guardó silencio, con el cuerpo apretado contra el tronco de quian, estremecida de asco y de horror. Finalmente, recobrándose, continuó—: Él... él mató a Shardik y también a unas cuantas mujeres sagradas. En cuanto al resto, él y sus hombres los convirtieron en esclavos y la que en un tiempo había sido llamada la Tuguinda huyó con él por el Telthearna. Acaso llegaron a Zeray... acaso a algún otro lugar... No sé decirlo... No importa mayormente. Dios supo lo que habían hecho y Él siempre puede esperar.

»Después los enemigos de Bekla se sublevaron y atacaron y nosotros estábamos sin corazón y ánimo para luchar. La ciudad fue tomada. El Gran Barón fue ultimado por ellos y lo que quedó del pueblo huyó por la llanura y las montañas de Guelt hasta las costas del Telthearna, pues esperaban que, si llegaban a estas islas en condición de suplicantes, podrían salvar así, por lo menos, sus vidas. Así que marcharon hacia Ortelga y rompieron el pasaje que quedaba detrás. Sus enemigos los abandonaron allí y ellos se pusieron a hurgar la tierra y barrer los bosques, pues habían tomado su ciudad y su imperio y no valía la pena ya atacar a hombres desesperados en su último refugio. También les dejaron a Quiso, porque temían a Quiso, aunque se había convertido en un sitio vacío y devastado. Hubo una cosa que impusieron, de todos modos. Shardik nunca debía retornar; y por largo tiempo, hasta que ya no fue más necesario, vigilaron para que así fuera.

»Los años pasaron y nos convertimos en un pueblo ignorante y empobrecido. Muchos de los artesanos de Ortelga se alejaron para vender sus habilidades en lugares más prósperos, y los que quedaban perdían sus artes por falta de buenos materiales y clientes adinerados. Ahora nos atrevemos a internarnos en la tierra firme y trocamos

los recursos que tenemos —cuerdas y pieles— por lo que podemos conseguir afuera. Y los barones cavan pozos y emplazan *shendrons* para mantenerse vivos en un cerco de selva que a nadie le hace falta. Pero todavía la Tuguinda, en su isla vacía, tiene trabajo. Créeme, Kelderek, tiene trabajo, el más duro de todos. Su trabajo consiste en esperar, en estar preparada, siempre, para el retorno de Shardik. Pues una cosa se ha predicho claramente, una y otra vez, por medio de señales y portentos conocidos de la Tuguinda y de las sacerdotisas: un día Shardik volverá».

Kelderek se quedó un rato contemplando los juncos iluminados por la luna. Por último dijo:

—¿Y los Recipientes, *säiyet*? Dijiste que nosotros éramos los Recipientes.

—Hace mucho tiempo me enseñaron que Dios bendecirá a todos los hombres revelando una gran verdad por intermedio de Shardik y de dos Recipientes escogidos, un hombre y una mujer. Pero a esos Recipientes él los hará antes pedazos y después los compondrá de nuevo de acuerdo a su propósito.

—¿Qué significa eso?

—No sé —contestó la Tuguinda— pero puedes estar seguro de esto, Kelderek Zenzuata. Si éste es en verdad el Señor Shardik, como yo, lo mismo que tú, creo, entonces habrá una buena razón para que tú y no otro haya sido elegido para encontrarlo y servirlo. Sí, aunque tú mismo no puedas adivinar cuál es esa razón.

—No soy guerrero, *säiyet*. Yo...

—Nunca se dijo que el retorno de Shardik significará necesariamente que el poder y el gobierno habrán de ser devueltos a la gente de Ortelga. Lo cierto es que hay un decir: «Dios no hace la misma cosa dos veces».

—Entonces, *säiyet*, si lo encontramos, ¿qué vamos a hacer?

—Sencillamente confiar en Dios —contestó ella—. Si abrimos nuestros ojos y nuestros oídos en plena humildad, se nos dejará ver lo que debemos hacer. Y es mejor que estés preparado, Kelderek, y que te sometas con un corazón humilde y honrado, pues el cumplimiento del propósito de Dios puede depender de esto. Él no puede decirnos nada si nosotros no escuchamos. Si tú y yo estamos en lo cierto, nuestras vidas dejarán muy pronto de ser nuestras, algo que manejamos como queremos.

Marchó lentamente de vuelta hacia la hoguera, y Kelderek se puso a su lado. Al llegar, ella le tomó la mano:

—¿Eres capaz de rastrear, a un oso?

—Es muy peligroso, *säiyet*, créeme. El riesgo...

—Sólo podemos tener fe. Tu tarea es encontrar al oso. En cuanto a mí, he aprendido durante largos años los misterios de la Tuguinda, pero ni yo ni ninguna mujer viva los ha realizado nunca, ni los ha visto realizar en presencia del Señor Shardik. Que sea la voluntad de Dios.

Hablaba en voz baja, porque había dejado atrás la hoguera y estaban caminando

entre las mujeres dormidas.

—Debes tratar de descansar un poco ahora, Kelderek —dijo ella— pues mañana tenemos mucho que hacer.

—Como tú digas, *säiyet*. ¿Quieres que despierte a dos de las muchachas? Una sola puede ceder al miedo...

La Tuguinda miró los cuerpos que respiraban con una tranquilidad que parecía tan leve, remota y precaria como la de los peces que descansan en aguas profundas.

—Dejemos descansar a estas pobres chicas —dijo—. Yo vigilaré.

El hallazgo Shardik

Al levantarse el sol y avanzar hacia el Sur, dando vuelta a la colina, el brillo líquido de los lechos de junco, reflejado en los árboles de la costa, era absorbido desde arriba por las hojas translúcidas y encontrado por fin y disuelto por los rayos directos que penetraban entre las ramas más altas. Una luz verde y débil, resplandecía en los reversos de las hojas, moteando el suelo entre los troncos de los árboles. No había viento, los árboles estaban quietos en el calor y nada se movía fuera del río, que seguía fluyendo más allá.

Kelderek estaba de pie junto a la orilla, escuchando los sonidos de la selva de la tierra firme. Podía darse cuenta que, a partir de su aventura de los dos días pasados — incluso desde su desembarco en la noche previa— la confusión en la selva se había amortiguado y la agitación había decrecido. Había menos gritos de alarma, menos vuelos bruscos de pájaros y huidas de monos entre los árboles. Kelderek había visto huellas, por aquí y por allá, en el barro, y sendas angostas abiertas entre los juncos. Un pensamiento lo asalto: «¿Y si él se hubiera ido? ¿Y si él ya no estuviera en la isla?».

«Entonces estaría seguro», pensó, «y mi Vida, como una corriente después de un aguacero, volvería a los cauces por donde estaba corriendo hace dos días». Volvió la cabeza hacia la Tuguinda que, junto con Bel-ka-Trazet, estaba a cierta distancia, entre los árboles. «Pero ya no podría volver a ser de nuevo el hombre que huyó del leopardo. Dos días... ¡he vivido dos años! Incluso si llegara a saber que Shardik me va a matar —y es muy posible que lo haga— no hallo en mi corazón las ganas de rezar para que no lo encontremos».

Sin embargo, cuanto más pensaba, más probable le parecía que el oso no estuviera lejos. Recordó su paso fatigado, torpe, cuando avanzaba entre los matorrales, y cómo se había contraído de dolor al rasparse contra un árbol. A pesar de ser grande y aterrador, había algo lastimoso en la criatura que él había visto. Si él acertaba y el oso había sido herido de algún modo, su proximidad iba a ser aún más peligrosa. Lo mejor era apartar de la mente por el momento toda idea de Shardik, el Poder de Dios, y dedicarse a la ardua tarea —sin duda suficiente para el día— de hallar a Shardik el oso.

Volvió con la Tuguinda y el Barón y les describió la forma en que había leído los signos de la selva. Luego sugirió, para empezar, que repasaran el terreno que él había recorrido dos días antes y llegaran al lugar en donde había visto al oso por primera vez. Les mostró el sitio en que había desembarcado y cómo había tratado de ocultarse del leopardo y escabullirse y alejarse de él. Avanzaron tierra adentro entre los matorrales, seguidos por Melathys y Sheldra.

Desde que dejaron el campamento, Melathys apenas había abierto la boca. Al mirar hacia atrás, Kelderek veía su rostro tenso, muy pálido en el calor, cuando levantaba una mano temblorosa para secarse el sudor de las sienes. Sintió una fuerte piedad por ella.

Al acercarse al pie de la colina, él marchó adelante a través de la maleza más tupida, hasta el lugar en que había herido al leopardo. Por casualidad encontró su Hecha y, recogiénola, encajó el cabezal en el arco que llevaba. Tanteó un poco la cuerda y frunció el ceño, contrariado: el arco, que pertenecía a una de las muchachas, no le gustó: era demasiado blando y ligero, podía haberse evitado la molestia de traerlo. Avanzaban cautelosamente.

—Este es el lugar en que caí, *säiyet* —dijo en voz baja— “¿Ves? Estas son las huellas que dejó el leopardo.

—¿Y el oso? —preguntó la Tuguinda, en voz igualmente baja.

—Estaba debajo, *säiyet* —contestó Kelderek, señalando al banco—. Pero no necesitó levantarse para golpear al leopardo. Golpeó de lado. Así.

La Tuguinda abarcó con la mirada la extensión de la empinada barranca, tomó aire y miró primero a Bel-ka-Trazet y luego al cazador.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Cuando el leopardo se agazapó, lanzó una mirada hacia arriba, a la cara del oso, *säiyet* —contestó Kelderek— todavía lo estoy viendo, estoy viendo el pelo blanco bajo la barbilla.

La Tuguinda guardó silencio, como si tratara de imaginar más claramente la gigantesca figura que se había erguido, erizada y amenazadora, por encima de la plataforma en donde estaba. Por último ella dijo a Bel-ka-Trazet:

—¿Es posible?

—No me parece, *säiyet* —contestó el Barón, encogiéndose de hombros.

—Bueno, bajemos —dijo ella. Kelderek le ofreció el brazo, pero ella le hizo una seña para que fuera a buscar a Melathys. La respiración de la sacerdotisa era rápida e irregular y se apoyaba pesadamente en él, vacilando al dar cada paso. Cuando llegaron al pie de la barranca, puso el pie en la raíz de un árbol, se mordió los labios y cerró los ojos. Él iba a hablarle cuando la Tuguinda le puso una mano en el hombro.

—¿No volviste a ver al oso después de dejarlo aquí?

—No, *säiyet* —contestó él—. Tomó ese camino: entre esos matorrales. —Se acercó al árbol contra el cual había refregado el oso su flanco lastimado—. No ha vuelto por aquí. —Guardó silencio unos instantes y luego, tratando de hablar con calma, preguntó—: ¿Debo seguir buscándolo?

—Tenemos que encontrar al oso, si podemos, Kelderek. ¿A qué otra cosa hemos venido?

—Entonces, *säiyet*, será mejor que yo siga solo. El oso puede estar cerca y, antes

que nada, debo estar callado.

—Iré contigo —dijo Bel-ka-Trazet.

Desató la cadena de su garganta, se quitó la capa de pieles y la dejó en el suelo. El hombro izquierdo, como la cara, estaba estropeado con nudos y protuberancias como la raíz desnuda de un árbol. Kelderek pensó: «lleva una capa para taparlo». Sólo había avanzado míos cuantos metros cuando el cazador descubrió las huellas del leopardo, en parte cubiertas por las huellas del oso. El leopardo, imaginó, aunque herido, había Intentado escapar, y el oso lo había perseguido. Pronto llegaron junto al cuerpo del leopardo, ya a medias devorado por gusanos e insectos. No había señales de lucha y las huellas del oso proseguían entre los materiales y continuaban por un claro del bosque, salpicado de piedras, Aquí por primera vez fue posible ver a cierta distancia, por delante, entre los árboles. Se detuvieron en el linde de la maleza, se pusieron a escuchar y a esperar, pero nada se movía y todo era quietud, salvo los chillidos de las cacatúas en las ramas.

—No hay inconveniente en que las mujeres lleguen hasta aquí —le dijo Bel-ka-Trazet al oído. Y un instante después se deslizó sigilosamente entre la maleza.

Kelderek, al quedar solo, trató de adivinar qué camino podía haber tomado el oso. El terreno pedregoso no mostraba huellas y se sintió desconcertado. El Barón no volvió y Kelderek cansado de esperar, contó cien pasos a la derecha y empezó a moverse lentamente en un amplio semicírculo, examinando minuciosamente el terreno en busca de la más leve señal: huellas, marcas de uñas, excrementos o mechones de pelo.

Había completado tal vez la mitad de su tarea sin resultados cuando llegó una vez más al borde de la cintura de la maleza. Esta no se extendía lejos, y pudo divisar terreno abierto más allá. Impulsivamente se metió entre la maleza y salió a una loma cubierta de hierba, flanqueada por selva que se extendía hasta la orilla Norte de la isla y el Telthearna más allá. A cierta distancia del lugar en donde estaba había una depresión rodeada de matorrales y hierbas altas y de algún punto llegaba un leve rumor de agua. Pensó que podía ir a beber antes de regresar.

Atravesó el terreno abierto y vio que efectivamente había un arroyuelo que bajaba por la pendiente más allá de la hondonada. La hondonada no estaba directamente en su camino, pero por pura curiosidad se apartó para mirarla. Inmediatamente se echó de manos y pies al suelo, escondiéndose detrás de una espesa mata de plantas que estaban cerca del borde.

Esperó, pero no hubo ningún ruido. Cautamente levanto la cabeza y miró hacia abajo una vez más.

El suelo de la hondonada era fresco y verdeante. A un lado había un roble. El pie del tronco estaba rodeado de pasto corto y suave, y cerca, a su sombra, había un estanque superficial. En el borde más lejano se levantaba un barranco cubierto con

una maraña de trepsis, la planta trepadora, una especie de calabaza salvaje, con hojas ásperas y flores escarlata en forma de trompeta.

Entre las hojas de trepsis estaba el oso echado de lado, con la cabeza colgante sobre el agua. Los ojos estaban cerrados, las mandíbulas un poco abiertas y la lengua sobresaliente. Al ver por segunda vez los enormes hombros y el increíble tamaño del cuerpo, el cazador fue presa de la misma hipnótica sensación de irrealidad que había tenido dos días antes, pero ahora, junto con este, experimentaba la sensación de estar magnificado, de haberse elevado a un plano más alto que el de su vida diaria. Era imposible que existiera un oso semejante... y sin embargo, estaba ante él. No se había engañado. Este no podía ser otro que Shardik, el Poder de Dios.

No había lugar para albergar la menor duda, y todo lo que él había hecho se justificaba. Presa de la angustia, del alivio, lleno de miedo y de reverencia, rezó: «¡Oh, Shardik, oh señor mío, acepta mi vida! Soy yo, Kelderek Zenzuata. ¡Soy tuyo y puedes mandarme para siempre, Shardik, señor mío!».

Cuando la primera conmoción empezó a atenuarse, él se dio cuenta que había tenido razón al adivinar que el oso estaba enfermo o herido. Era evidente que había caído en un coma muy distinto del sueño de un animal sano. Y había algo más. El animal estaba echado al aire libre, pero eso no era todo. Entonces se dio cuenta. La enredadera trepsis crece rápidamente: puede cubrir un buen trecho entre el alba y el atardecer. El cuerpo del oso estaba cubierto en partes con tallos, hojas y flores escarlata. ¿Cuánto tiempo, pues, había estado allí Shardik, junto al estanque, sin moverse? ¿Un día? ¿Dos días? El cazador miró más detenidamente, mientras su miedo se convertía en piedad. En el costado visible, unas manchas peladas se veían entre la piel lanuda. La carne era oscura y descolorida. Con todo, ¿podía ser tan oscura la sangre coagulada? Bajó un poco la pendiente de la hondonada. Sin duda había sangre, pero las heridas parecían oscuras porque estaban cubiertas —rebosantes— de moscas gordas. Tuvo una exclamación de asco y de horror. ¡Shardik, el vencedor del leopardo, Shardik de los Arrecifes, el Señor Shardik había vuelto a su pueblo después de innumerables años... y yacía moribundo o, cubierto de moscas y de inmundicias en un pozo de la selva!

«Va a morir», pensó. «Morirá antes de la mañana... a menos que lo podamos evitar. En cuanto a mí, bajaré a ayudarlo, sea cual fuere el peligro».

Se volvió y corrió por el campo abierto, abriéndose paso ruidosamente a través del cerco de maleza, corriendo entre los árboles hasta el lugar en donde el Barón lo había dejado. De repente sintió que tropezaba y cayó despatarrado, recibiendo un golpe que lo dejó mareado y sin aliento. Al rodar, jadeando, las luces que flotaban ante sus ojos se aclararon y mostraron el rostro de Bel-ka-Trazet, torcido como una vela derretida con un solo ojo como llama.

—¿Qué pasa? —dijo la boca torcida—. ¿Por qué corres y haces ruido como una

cabra en un corral de mercado, cobarde?

—Tropecé, señor... —dijo Kelderek jadeando.

—Fui yo que te hice tropezar, ¡estúpido! ¿Has lanzado al oso contra nosotros? Vamos, hombre, ¿en dónde está?

Kelderek se incorporó. Tenía la cara tajeada y se había golpeado la rodilla, pero afortunadamente el hombro herido se había salvado.

—No huía del oso, señor. Lo encontré. Encontré al Señor Shardik. Pero tal vez esté durmiendo el sueño de la muerte. ¿Dónde está la Tuguinda?

—Aquí estoy —dijo ella detrás de él—. ¿A qué distancia está, Kelderek?

—Está cerca, *säiyet*... Herido y muy enfermo, por lo que puedo juzgar. No se ha movido desde hace más de un día. Va a morir...

—No morirá —contestó vivamente la Tuguinda—. Si es realmente el Señor Shardik, no morirá. Ven, llévanos allá.

Junto al borde de la hondonada, Kelderek señaló en silencio. A medida que cada uno de sus cuatro compañeros llegaban al borde, él los observaba minuciosamente. Bel-ka-Trazet tuvo un sobresalto involuntario y luego, apartó la mirada, como si tuviera miedo de lo que veía. Si fue miedo, se recobró en un instante y bajó, como Kelderek, a mirar el pozo con una mirada fija y atenta, como la de un botero que divisa aguas peligrosas por delante.

Melathys se limitó a mirar hacia abajo, antes de levantar las manos hasta sus mejillas exangües y cerrar los ojos. Luego se dio vuelta y cayó de rodillas, como una mujer herida por atroces nuevas.

Sheldra y la Tuguinda permanecieron de pie en el borde. Ni la una ni la otra parecían sorprendidas y no hicieron ningún movimiento para esconderse.

La Tuguinda había cruzado las manos sobre la cintura y sus hombros subían y bajaban a cada respiración. Su modo de pararse transmitía una curiosa impresión de levedad, como si realmente estuviera a punto de flotar sobre el pozo. La postura de la cabeza era alerta como la de un pájaro, y pese a toda su tensión no parecía tener más miedo que la sirvienta que estaba a su lado.

Después de unos instantes, apartándose de Bel-ka-Tra-zet, la Tuguinda dijo tranquilamente:

—Sheldra: ¿ves que es el Señor Shardik?

—Es el Señor Shardik, *säiyet* —contestó la muchacha con el tono parejo de la respuesta litúrgica.

—Voy a bajar y querría que vinieras conmigo —dijo la Tuguinda.

Las dos mujeres ya habían descendido unos metros cuando Kelderek, volviendo en sí, se lanzó tras ellas. Pero Bel-ka-Trazet lo tomó del brazo.

—No seas tonto, Kelderek —dijo—; las va a matar. Y si no las mata, esta locura no es asunto tuyo.

Kelderek lo contempló asombrado. Luego, sin duda sin desprecio hacia este guerrero canoso y estragado, pero con la nueva y extraña sensación de estar ya más allá de su autoridad, contestó:

—Señor: el Señor Shardik está cerca de la muerte. —Inclinó rápidamente la cabeza y levantando la palma de la mano hasta la frente saludó, y siguió a las dos mujeres por la abrupta pendiente.

La Tuguinda y su compañera habían llegado al fondo del pozo y marchaban velozmente, sin ninguna vacilación. Kelderek, a quien le pareció mejor no saltar ni correr, por miedo de despertar al oso, no las alcanzó antes de que ellas se detuvieran junto al estanque. La hierba estaba húmeda bajo los pies. Había un olor hedendo a inmundicias y enfermedad y se oían zumbidos de moscas. El oso no se había movido y ellos podían oír su afanosa respiración: un resoplar herido y sordo. El hocico estaba seco, la piel sin brillo y endurecida. Podía verse la esclerótica inyectada en sangre de uno de los ojos bajo un párpado cerrado a medias. El tamaño del animal, de cerca, era impresionante. El hombro se levantaba por encima de Kelderek como una pared, más allá de la cual sólo podía verse el cielo. Mientras estaba allí parado e inquieto, el oso, sin abrir los ojos, levantó un instante la cabeza y luego la dejó caer de nuevo.

Sin pensar en el peligro, Kelderek avanzó una media docena de pasos por el estanque, arrancó el trapo de su hombro herido y, mojándolo en el agua, lo aplicó al hocico del oso y le humedeció la lengua y los labios. Las mandíbulas se movieron convulsivamente; Kelderek, al ver que el animal trataba de masticar el paño, lo empapó una vez más y escurrió el agua sobre un lado de la boca.

La Tuguinda, inclinándose sobre un costado del oso, con una rama de helecho en una mano, había espantado las moscas de una de las heridas y la estaba examinando. Hecho esto empezó a buscar por todo el cuerpo, a veces abriendo la piel con los dedos, a veces utilizando la caña de la fronda como palpador: Kelderek adivinó que estaba sacando los huevos de las moscas y las larvas, pero la cara de ella no demostraba ningún asco: tan sólo el mismo cuidado y deliberación que él había visto cuando le había curado el hombro.

Finalmente se detuvo y le hizo una seña. Él, que estaba parado junto al estanque, subió el barranco. Llegó arriba, se paró junto a Sheldra y miró el cuerpo.

El vientre y los costados del oso estaban marcados con rayas largas, teñidas de blanco o de gris sucio, como si se lo hubiera quemado con una antorcha o un hierro candente. En varios sitios la piel, de unos cuatro dedos de espesor, estaba totalmente quemada, y la carne desnuda como contraída y reseca, en surcos y protuberancias, hendiduras y llagas abiertas. De cuando en cuando se veía un nido de moscas verdes o alguna larva que se le había pasado por alto a la Tuguinda. Varias de las heridas estaban descompuestas y segregaban un líquido verde y brillante, que había descolorido el pelo alborotado y formaba grumos rígidos y endurecidos. Una masa de

trepis reseca y amarilla demostraba que la infeliz criatura había orinado en donde yacía. Sin duda, pensó Kelderek, las patas traseras también estaban lastimadas y llenas de gusanos. Pero no sintió repulsión: tan sólo piedad y la decisión de desempeñar su papel en cualquier forma para salvar la vida de Shardik.

—Hay mucho que hacer —dijo la Tuguinda— si queremos que no muera. Debemos obrar sin tardanza. Pero primero volveré, hablaré con el Barón y le diré a la sacerdotisa lo que nos hace falta.

Cuando marchaban a un lado de la hondonada, ella le dijo a Kelderek:

—¡Animo, sagaz cazador! Tuviste el arte de encontrarlo, y Dios nos dará los medios de salvarlo. No temas.

—No fue ningún arte mío, *säiyet*... —empezó a decir él pero ella le hizo señas de que se callara y, volviendo la cabeza, habló en voz baja a Sheldra—... necesitamos también *tessik* y *theltocarna* —oyó él, y unos instantes después—: Si se recupera, debemos intentar el Canto.

Bel-ka-Trazet estaba en el mismo lugar en que Kelderek lo había dejado. Melathys, blanca como la luna, se había levantado y estaba de pie con los ojos fijos en el suelo.

—Hay muchas heridas —dijo la Tuguinda— y varias están hinchadas y emponzoñadas. Debe haber huido del incendio a través del río... Pero esto yo ya lo supe cuando Kelderek hizo su relato.

Bel-ka-Trazet guardó silencio, como deliberando. Luego, con aire de persona resuelta, levantó la mirada y dijo:

—*Säiyet* es menester que tú y yo nos entendamos. Tú eres la Tuguinda y yo soy el Gran Barón de Ortelga, hasta que alguien me mate. El pueblo consiente en obedecernos porque cree que cada uno de nosotros, de un modo u otro, puede protegerlo. Todo esto es bueno; es bueno que el pueblo tema y obedezca: pero ¿qué hay para nosotros en esta historia del oso?, ¿qué intentas sacar de todo esto?

—No lo sé —contestó la Tuguinda— y este no es el momento de discutir estas cosas. De todos-modos, tenemos que actuar sin demora.

—De todos modos, óyeme *säiyet*, pues necesitarás mi ayuda y sé por larga experiencia lo que probablemente saldrá de todo esto. Hemos encontrado un oso grande... posiblemente el oso más grande que haya existido. Sin duda yo no habría creído en la existencia de tal oso: eso te lo reconozco. Pero si lo curas, ¿qué resultará? Si sigues cerca de él, te matará a ti y a tus mujeres y llegará a ser un terror para todo Ortelga, hasta que los hombres se vean forzados a cazarlo y destruirlo con riesgo de sus vidas. Aun suponiendo que no te mate, en el mejor de los casos abandonará la isla y entonces tú, después de haber intentado utilizarlo y haber fracasado, habrás perdido ascendiente sobre el pueblo. Créeme, *säiyet*, no tienes nada que ganar. Como recuerdo y como leyenda Shardik tiene poder y ese poder es nuestro, pero intentar

que la gente crea que ha vuelto, sólo puede terminar en perjuicios. Acepta mi consejo y vuelve ahora mismo a tu isla.

La Tuguinda esperó en silencio a que el Barón dejara de hablar. Luego, haciendo una señal a la sacerdotisa, dijo:

—Melathys: ve en seguida al campamento y di a las muchachas que traigan todo lo que nos va a hacer falta. Será mejor que circunden la orilla con las canoas y desembarquen allá.

La sacerdotisa se apresuró a irse sin decir palabra, y la Tuguinda se volvió hacia el cazador.

—Ahora, Kelderek —dijo— debes decirme. ¿Está el Señor Shardik tan enfermo que no puede comer?

—Estoy seguro de eso, *säiyet*. Pero puede beber, y acaso pueda beber sangre o tragar alimentos muy desmenuzados, como los que dan a los niños pequeños.

—Si es así, tanto mejor. Le hace falta un medicamento, pero es una hierba que no hay que diluir mezclándola con agua.

—Partiré en seguida, *säiyet* y mataré unos animales. Ojalá tuviera mi arco.

Cazó durante varias horas. Ya estaba avanzada la tarde cuando volvió con dos ristras de patos y una paca, botín muy pobre para un cazador como él, y un botín que le había costado ganar.

Las muchachas habían encendido una fogata en la hondonada, al abrigo del viento. Tres o cuatro traían leña, mientras las otras hacían refugios con ramas atadas con enredaderas. Melathys, sentada junto al fuego con un mortero y un mazo, estaba machacando unas hierbas aromáticas. Él entregó los patos a Neelith, que estaba cocinando sobre unas piedras calientes, y dejó la paca a un lado, para cuartearla y desollarla el mismo. Pero antes de hacer esto quiso pasar por la hondonada.

El oso seguía echado entre las plantas escarlata de trepsis, pero ya parecía menos magullado y sucio. Sus grandes heridas estaban cubiertas con una especie de ungüento amarillo. Una de las muchachas apartaba las moscas de sus ojos y sus orejas con una pantalla de frondas de helecho, mientras que otra, con un vaso de ungüento, le frotaba la espalda y la parte de los costados que era accesible. Dos de ellas habían traído arena para cubrir las manchas del suelo, que ya habían limpiado y raspado con picas. La Tuguinda había puesto un paño mojado en la boca del oso, como había hecho él, pero ella lo mojaba en una jarra que tenía a sus pies. La actitud plácida de las muchachas contrastaba extrañamente con el cuerpo lastimado y monstruoso del terrible ser que estaban cuidando. Kelderek observó que dejaban de trabajar cuando el oso demostraba alguna inquietud. La boca se había abierto del todo y una de las patas traseras dio una débil patada antes de ponerse a descansar una vez más entre las plantas de trepsis. Y recordando lo que el Barón había dicho, Kelderek pensó por primera vez: «Si realmente logramos curarlo, ¿qué va a pasar entonces?».

11

El relato de Bel-ka-Trazet

Al despertar de repente, Kelderek fue primero consciente de la bóveda estrellada y luego de una forma negra, lanuda, contra el cielo. Había un hombre, de pie, a su lado. Se incorporó velozmente sobre un brazo.

—¡Por fin! —dijo Bel-ka-Trazet, tobándole las rodillas con un pie—. Bueno, supongo que antes de que pase mucho tiempo vas a estar durmiendo mejor.

Kelderek se puso torpemente de pie.

—¿Señor? —En ese instante vio a una de las muchachas, que estaba parada con un arco en la mano un poco detrás del Barón.

—Tú fuiste el primero en velar, Kelderek —dijo Bel-ka-Trazet.

—¿Quién tomó el segundo turno?

—La sacerdotisa Melathys, señor. Yo la desperté, como se me dijo.

—¿Qué impresión te hizo? ¿Qué dijo?

—Nada, señor. Es decir, nada que yo recuerde. Parecía... parecía lo mismo que ayer. Creo que puede estar asustada.

Bel-ka-Trazet asintió con la cabeza.

—Ya pasó el tercer turno.

De nuevo Kelderek miró las estrellas.

—Es lo que veo, señor.

—Esta muchacha se despertó por su cuenta y fue a ocupar su puesto de centinela. Pero no encontró a nadie despierto, salvo a las dos muchachas con el oso. La muchacha que debía velar antes de ella no había sido despertada y la sacerdotisa no se encuentra en ninguna parte.

Kelderek se rascó una picadura de insecto en el brazo y no dijo nada.

—¿Bueno? —gritó el Barón—. ¿Tengo que seguir aquí parado y contemplarte mientras te rascas como un mono sarnoso?

—Tal vez convendría que bajáramos al río, señor.

—Es algo que yo mismo pensé —contestó el Barón. Se volvió hacia la muchacha—. ¿Dónde dejaste las canoas ayer por la tarde?

—Cuando las descargamos, señor, las retiramos del agua y las dejamos entre unos árboles.

—No es necesario que despiertes a tu señora —dijo Bel-ka-Trazet—. Vigila ahora y espera hasta que volvamos.

—¿No deberíamos armarnos, señor? —preguntó Kelderek—. ¿Quieres que lleve un arco?

—Esto bastará —contestó el Barón, arrancando el cuchillo del cinturón de la muchacha y alejándose bajo las estrellas.

Era fácil bajar hasta el río siguiendo el curso del arroyuelo sobre el campo seco y abierto. Cerca del agua la hierba era alta y las muchachas, al sacar las canoas, habían formado un camino con sus pisadas. Bel-ka-Trazet y Kelderek siguieron este camino desde la orilla hasta los árboles. Sólo encontraron tres canoas, cada una amarrada cuidadosamente y cubierta con las ramas bajas. Cerca de ellas había un solo surco que bajaba hasta el río. Kelderek se puso en cuclillas para verlo mejor. La tierra removida y la hierba aplastada tenían un olor fresco, y algunos de los juncos se movían todavía al volver a erigir sus hojas aplastadas.

Bel-ka-Trazet, apoyándose en su bastón como en un báculo de pastor, se puso a contemplar el río. Había olor a cenizas en la brisa, pero no se veía nada.

—Esa muchacha no es tonta —dijo finalmente—. No quiere saber nada de osos.

Kelderek, que había querido contra toda esperanza que se le mostrara su error, sintió una pesada desilusión, se sintió defraudado en relación a alguien que había admirado y respetado, pero sabía muy bien que no convenía expresar estas cosas al Barón.

—Pero ¿dónde ha ido, señor? ¿Ha vuelto a Quiso? —No, y tampoco a Ortelga, porque sabe que allá la matarían. Nunca la volveremos a ver. Terminará en Zeray. Es una lástima, porque podría haber hecho más que yo por convencer a las muchachas de que volvieran. En fin, hemos perdido una canoa, y dos o tres cosas más, supongo.

Emprendieron el camino de vuelta a lo largo del arroyuelo. El Barón caminaba lentamente, pinchando el suelo con su bastón, como si algo le estuviera trabajando la mente. Al cabo de un rato dijo:

—Kelderek, tú me observabas cuando yo me puse ayer a contemplar la hondonada por primera vez. Sin duda te diste cuenta que tenía miedo.

Kelderek pensó: «¿Querrá matarme?».

—Cuando yo vi por primera vez al oso, señor —contestó— me tiré a tierra de miedo. Yo...

Bel-ka-Trazet levantó una mano para que se callara.

—Tuve miedo y tengo miedo ahora. Sí; tengo miedo por mí... Morir no es nada, pero ¿quién puede saborear el proceso de morir...? También tengo miedo por la gente, porque habrá muchos tontos como tú, y también mujeres, mujeres tan tontas como esas —y señaló al campamento con la punta de su bastón.

Al cabo de un rato, de repente, preguntó:

—¿Sabes a qué debo la linda cara que tengo? —Y luego, como Kelderek no respondiera, agregó—: Bueno, ¿sanas o no sabes?

—¿Tus cicatrices, señor? No. ¿Cómo podría saberlo? —¿Cómo puedo estar enterado yo de los cuentos que corren en las tabernas de Ortelga?

—No soy cliente de ellas, señor, como sabes. Y, si algún cuento corre, yo no lo he oído.

—Lo oirás ahora. Hace mucho tiempo, cuando yo no era nada más que un mozalbete, solía salir con los cazadores de Ortelga, a veces con unos, a veces con otros, pues mi padre era poderoso y podía exigirlo. Él quería que yo aprendiera lo que la caza enseña a un muchacho y lo que pueden enseñarle los cazadores, y yo estaba dispuesto a aprender por mi propia cuenta. Me alejé mucho de Ortelga, atravesé las montañas de Gwelt y cacé el bisonte de largos cuernos en los llanos que están al Suroeste de Kabin.

»Habían llegado al otro extremo del estanque, donde el arroyuelo bajaba formando una cascada un poco más alta que la estatura de un hombre. Bel-ka-Trazet se agachó, ahuecó las manos para beber y luego se sentó con la espalda recostada contra la ladera y el largo bastón entre las rodillas levantadas. Kelderek, incómodo, se sentó a su lado.

»He cazado con Durakkon y con Senda-na-Say. Estuve con los barones de Ortelga hace treinta años, cuando cazamos en el bosque azul de Katria con invitados del rey de Terekenalt y matamos al leopardo que ellos llaman el Herrero.

»Bueno, no importa, muchacho, lo que yo haya visto o conocido, aunque esté sentado aquí, jactándome bajo las estrellas, que vieron esto hace mucho tiempo, y sea capaz de distinguir la verdad de las mentiras. En los tiempos en que fui joven no había ningún barón o cazador en Ortelga que no estuviera orgulloso de cazar conmigo.

»Un día un señor de Bekla, un tal Zilkron de las Flechas, vino a visitar a mi padre con regalos. Este Zilkron había oído hablar de mi padre en Bekla... de la costumbre que tenía de rodearse de los mejores cazadores y de la destreza y el valor de su hijo. Él le regaló a mi padre oro y unos hermosos lienzos. El fondo del asunto era que quería que lo lleváramos de caza. A mi padre no le gustaba este señor de Bekla, aficionado al jabón, pero como todos los pulgientos barones de Ortelga, no era capaz de resistir al oro, así que me dijo: —Ven, muchacho, iremos con él al Telthearna y le encontraremos algún gato montés. Con eso podrá volver a su casa con uno o dos cuentos.

»Lo cierto es que mi padre sabía menos de lo que él creía sobre los gatos grandes, esos gatos que pesan dos veces el peso de un hombre, que matan ganado y cocodrilos y rajan las caparazones de las tortugas cuando éstas suben a poner sus huevos en la costa. La simple verdad es que la caza de estos animales es demasiado peligrosa, a no ser que uno les tienda trampas. Pero no quise decirle a mi padre que sabía más de la cosa que él. De modo que me puse a pensar cómo podría arreglármelas a sus espaldas para que salváramos la vida.

»Atravesamos el Telthearna. De día descansábamos, de tal modo que pasé mucho tiempo libre con Zilkron. Llegué a conocerlo bien, a conocer su orgullo y su vanidad, sus espléndidas armas y el equipo que él no sabía como utilizar. Yo trataba de hacerle

entender que no vale la pena cazar a los grandes gatos, que lo mejor habría sido cazar algún otro animal. Pero no era ni cobarde ni tonto y había venido con el decidido propósito de enfrentar un peligro para jactarse de vuelta en Bekla. Por último yo le hablé de los osos. ¿Qué trofeo, le pregunté, puede compararse con una piel de oso, con la cabeza, las garras y todo? En mi fuero interno yo sabía que el peligro seguía siendo grande, pero por lo menos estaba enterado que los osos no siempre son salvajes, que tienen mala vista y que a veces es posible confundirlos. Asimismo, en terreno rocoso o quebrado, uno puede a veces tenerlos abajo y utilizar una lanza o una flecha antes de que lo vean a uno. En una palabra, Zilkron decidió que lo que quería era un oso, y le habló a mi padre.

»Mi padre vacilaba, pues a nosotros, los de Ortelga, no nos está permitido el matar osos. Al principio la idea le asustó, pero estábamos lejos de nuestros pagos, la Tuguinda nunca iba a oír la historia y no éramos ni piadosos ni devotos. Finalmente emprendimos la marcha hacia Shardra-Main, las colinas del oso, a las que llegamos en tres días.

»Subimos a las colinas y compramos los servicios de algunos aldeanos como guías y rastreadores. Nos llevaron muy arriba, hasta una meseta rocosa y muy fría.

»A1 segundo día encontramos a un oso, un gran oso que hizo que Zilkron lo señalara y se pusiera a charlar volublemente al verlo moviéndose en la lejanía, contra el cielo. Lo seguimos cautelosamente pues yo estaba seguro de que, si llegaba a husmear que lo seguían, se deslizaría por una u otra ladera y lo íbamos a perder. Cuando llegamos al lugar en donde lo habíamos visto, ya no estaba allí. En todo ese día no lo logramos ver. Acampamos muy alto, en el mejor refugio que pudimos encontrar, y bastante frío por cierto.

»A la mañana siguiente, cuando empezaba a clarear, me desperté en medio de extraños ruidos —palos que se rompían, una bolsa que arrastraban, una cacerola que rodaba sobre el suelo. Me levanté y salí, para ver qué ocurría.

»Era el oso. El patán que estaba de guardia se había quedado dormido, el fuego estaba muriéndose y nadie había visto al oso entrar al campamento. El animal había dado cuenta de nuestras raciones y se estaba dando un banquete con ellas. Yo pensé: Si logro subir a algún punto alto, donde no pueda alcanzarme, esperaré a que se aleje del campamento y entonces le tiro una flecha: pues no quería herirlo en el campamento, rodeado de gente que no estaba advertida. Volví a buscar mi arco y subí a la parte alta de la peña y allí me encontré con que nuestro buen amigo estaba debajo, con la cabeza metida dentro de la bolsa, masticando y moviendo la cola como un cordero que mama. Podría haberme agachado y haberle tocado la espalda. Me oyó, sacó la cabeza de la bolsa y se paró sobre las patas traseras. Entonces —puedes creerme o no Kelderek— me miró directamente a la cara y me hizo un saludo con las patas de adelante cruzadas; después se echó en cuatro patas y se alejó trotando.

»Mientras lo estaba mirando, llegó Zilkron y dos de sus sirvientes. Me libré de ellos inventando algún pretexto —debe haber sido bastante pobre—, porque Zilkron se encogió de hombros, sin decir una palabra, y noté que sus hombres cambiaron una mirada. Dejé que pensarán lo que les gustara: yo era como tú, Kelderek, y como todos los hombres de Ortelga, supongo. Ahora que me había visto frente a un oso, no lo iba a matar y no iba a dejar que Zilkron lo matara. Pero no sabía qué iba a hacer, porque no podía decir: —Ahora demos la vuelta y vayamos a casa.

»Ese día soborné al principal de los aldeanos para que nos guiara de manera de hacer creer que estábamos buscando al oso y nos llevara en realidad a algún lugar en donde no pudiéramos encontrarlo. Para él esto no era nada: puso una cara picara y aceptó la plata. Al anoecer no habíamos visto nada y me quedé dormido pensando en qué debía hacer por la mañana.

»Zilkron me despertó. La luna llena se estaba poniendo y una capa de helada brillaba sobre las rocas. Zilkron tenía una cara triunfante... burlona también, supongo. Me dijo en voz baja: Aquí lo tenemos de nuevo, muchacho. En la mano tenía su gran arco pintado, con flecos de seda verde y una manija de azabache. En cuanto estuvo seguro de que yo estaba despierto, me dejó. Me levanté y lo seguí a tumbos. Los aldeanos se habían amontonado detrás de una roca, pero mi padre y los dos sirvientes de Zilkron estaban de pie en terreno abierto.

»No había duda: el oso se acercaba. Venía como un hombre que se dirige a la feria: trotaba y se lamía los labios. Había visto nuestra fogata y olido la comida. Yo pensé: Hasta ayer él no había visto seres humanos. No sabe que tenemos intenciones de matarlo. El fuego ardía con vigor, pero él, al parecer, no se asustó. Se aproximó a un montón de rocas y empezó a husmearlas. Supongo que los cocineros habían dejado restos de comida en la parte baja. Zilkron me puso la mano en el hombro y pude sentir sus anillos de oro contra los huesos de mi nuca. No tengas miedo, hijo mío —dijo—. Le meteré tres flechas en el cuerpo antes de que tenga tiempo de pensar en nada. Se acercó. Yo lo seguí y el oso se volvió y se puso a mirarnos.

»Uno de los hombres de Zilkron, un viejo que lo había cuidado cuando era niño gritó: ¡No te acerques más, señor! Zilkron chasqueó los dedos detrás de él, sin darse vuelta, y tendió el arco.

»En ese momento el oso se irguió una vez más sobre sus patas traseras y me miró directamente, con la cabeza inclinada y las patas delanteras una encima de la otra. Emitió dos gruñidos: ¡Ah, ah! Cuando Zilkron soltó la cuerda, yo le golpeé el brazo y la flecha fue a rozar una de las ramas de la pira y las chispas volaron en chorro.

»Zilkron se volvió hacia mí muy tranquilamente, como si hubiera estado esperando algo parecido. ‘Eres tontito y cobarde —dijo— vuelve a tu sitio’. Yo me puse frente a él y avancé hacia el oso, mi oso, que suplicaba a un hombre de Ortelga que lo salvara de este imbécil dorado.

»¡Sal del camino! —gritó Zilkron—. Yo iba a contestarle y en ese instante el oso se lanzó sobre mí. Sentí un pesado golpe en el hombro izquierdo. Luego me abrazó y me apretó contra su cuerpo, mordiéndome la cara. La humedad y la dulzura de su aliento fue lo último que sentí.

»Cuando volví en mí, habían pasado tres días y estábamos de regreso en la aldea de la colina. Zilkron nos había dejado, pues mi padre lo había oído cuando me había llamado ‘cobarde’ y había habido un altercado en consecuencia. Allí nos quedamos dos meses. Mi padre solía sentarse a la cabecera de mi cama y me hablaba, tomándome de la mano y contándome viejos cuentos. De repente se callaba y las lágrimas se demoraban en sus ojos cuando contemplaba lo que había quedado de su espléndido hijo».

Bel-ka-Trazet lanzó una carcajada breve.

—Lo tomó muy mal. La vida le había enseñado menos que a mí: yo ahora tengo su edad. Pero no importa. ¿Por qué crees que mandé de vuelta mis sirvientes a Quiso y que he regresado solo aquí? Te lo diré, Kelderek, y atiéndeme. Como eres un hombre de Ortelga, no puedes dejar de sentir el poder del oso. Y todo hombre de Ortelga lo sentirá, a menos que nos arreglemos, tú y yo, para que las cosas sean de otro modo. Si no podemos hacerlo, entonces de un modo u otro, toda Ortelga se irá a pique y se desmoronará, lo mismo que se han desmoronado mi cara y mi cuerpo. El oso es insania, locura, es traidor, imprevisible, una tempestad que te ahoga y te hace naufragar cuando crees estar navegando en aguas calmas. Créeme, Kelderek, no hay que confiar nunca en el oso. Te prometerá el poder de Dios y te llevará a la ruina y al desastre.

Bel-ka-Trazet se calló y levantó la mirada. Más allá de la parte alta de la barranca unas pisadas lentas y tambaleantes hicieron temblar las ramas del melikon y una catarata de bayas se precipitó al estanque. Luego, inmediatamente por encima de ellas, apareció bajo las brillantes estrellas una forma vasta y agazapada. Kelderek, saltando sobre sus pies, se encontró frente a los ojos penetrantes y nublados de Shardik.

La partida del Barón

Sin levantarse y sin dejar de mirar al oso, Bel-ka-Trazet tanteó bajo el agua, detrás de él, recogió una piedra y la arrojó a la oscuridad que estaba sobre la orilla. Cuando la piedra cayó, el oso dio vuelta la cabeza y el Barón, rápidamente, se metió en el estanque, avanzando bajo la catarata y metiéndose en el espacio que se formaba entre la cortina de agua y la ribera detrás. Kelderek permaneció en su sitio y el oso, una vez más, lo miró. Los ojos estaban opacos y había un temblor en las patas delanteras y en la cabeza misma. De repente los voluminosos hombros del animal tuvieron una convulsión. En voz baja y apurada, Bel-ka-Trazet dijo:

—¡Kelderek, ven aquí!

Una vez más el cazador descubrió que no tenía miedo, que compartía con espontánea intuición, y sin tiempo para maravillarse de ella, las percepciones del oso. Supo que éstas estaban entorpecidas por el dolor. Se dio cuenta ahora que el oso no lo había visto. El oso no trataba de escudriñar a él, sino al declive de la orilla, y vacilaba, sintiendo su debilidad, antes de bajar. Mientras seguía inmóvil, el animal continuó hundiéndose lentamente, hasta que él pudo percibir contra su cara la humedad del aliento. Una vez más, Bel-ka-Trazet gritó:

—¡Kelderek!

El oso resbalaba, caía de bruces. Su caída fue como el derrumbe de un puente en una inundación. Por último el oso se quedó quieto. Sus ojos se cerraron y una de las heridas del costado empezó a perder sangre, lenta y espesa como crema, sobre la hierba.

Estaba aclarando y Kelderek podía oír detrás de él los primeros gritos roncós en la selva que despertaba. Sin decir una palabra, Bel-ka-Trazet atravesó la cascada, extrajo su cuchillo y se apoyó sobre una rodilla frente al bulto inmóvil. La cabeza del oso estaba hundida en el pecho, de modo que la larga mandíbula cubría el pescuezo. El Barón se apartó a un lado para dar el golpe pero Kelderek avanzó y le arrebató el cuchillo de la mano.

Bel-ka-Trazet se volvió contra él con una cólera fría, tan temible que las palabras del cazador se helaron en sus labios.

—¡Te atreves a ponerme las manos encima! —silbó el Barón entre dientes—. ¡Dame ese cuchillo!

Confrontado por segunda vez con el enojo y la autoridad del Gran Barón de Ortelga, Kelderek se tambaleó, como si realmente lo hubieran golpeado. Para él, hombre sin rango ni posición, la obediencia a la autoridad era casi segunda naturaleza. Bajó la mirada, desplazó los pies y empezó a murmurar algo ininteligible.

—Dame ese cuchillo —repitió Bel-ka-Trazet tranquilamente.

De repente Kelderek se dio vuelta y disparó. Con el cuchillo en la mano atravesó a tumbos el estanque y trepó a lo alto de la barranca. Al darse vuelta vio que Bel-ka-Trazet no lo perseguía, sino que había levantado una pesada roca con ambas manos y estaba parado junto al oso, sosteniendo la piedra por encima de su cabeza.

Con la sensación histérica que tendría un hombre que salta de una altura para salvar la vida, Kelderek recogió una piedra y la arrojó. La piedra golpeó a Bel-ka-Trazet en la nuca. Al apartar la cabeza y caer de rodillas, la roca se le escapó de las manos y cayó sobre la pantorrilla derecha. Por unos instantes el Barón permaneció quieto, arrodillado, con la cara vuelta hacia arriba y la boca muy abierta; luego, sin prisa, liberó su pierna, se paró y miró a Kelderek con aire lleno de intención, mucho más aterrador que su enojo.

El cazador se dio cuenta que, si no quería morir, debía bajar y matar a Bel-ka-Trazet, y esto era algo que no podía hacer. Lanzó un grito sordo, se llevó las manos a la cara y corrió ciegamente arroyo arriba. Habría avanzado tal vez unos cincuenta metros cuando alguien lo tomó del brazo.

—Kelderek —dijo la voz de la Tuguinda—. ¿Qué ha ocurrido?

Incapaz de contestar, estupefacto como el mismo oso, sólo pudo señalar, con un brazo tembloroso, hacia la cascada. Ella se alejó en seguida y Sheldra y cuatro o cinco de las muchachas, armadas con arcos, la siguieron.

Se puso a escuchar, pero no podía oír nada. Lleno de miedo e indecisión, se preguntó si no podría huir de Bel-ka-Trazet escondiéndose en el bosque y arreglándoselas de algún modo para llegar a la tierra firme. Iba a retomar la marcha cuando de repente se le ocurrió que ya no estaba solo e indefenso frente al Barón, como lo había estado tres días antes. Era el mensajero de Shardik, el heraldo de las nuevas que Dios enviaba a Quiso. Sin duda la Tuguinda, si hubiera sabido lo que se había intentado e impedido junto al estanque esa mañana, no se habría quedado quieta y no habría permitido que Bel-ka-Trazet intentara matarlo. «Ella y yo somos los Recipientes —pensó—. Ella me salvará. El mismo Shardik me salvara, no por amor o porque le haya prestado un servicio, sino sencillamente porque me necesita y por lo tanto está escrito que yo tengo que vivir. Dios debe romper en pedazos a los Recipientes y rehacerlos de acuerdo a su intención. Esto puede significar muchas cosas, pero no puede significar que yo he de morir a manos de Bel-ka-Trazet».

Se levantó, dio unos pasos por el manantial y tomó la dirección de la cascada. Detrás de él el Gran Barón, apoyado en el báculo, estaba sumido en una conversación con la Tuguinda. Ninguno de los dos levantó la mirada cuando el cazador surgió por encima de ellos.

Una de las muchachas se había desnudado hasta la cintura y, arrodillada, trataba de restañar con sus vestidos la sangre que manaba de la herida del oso.

—Bueno, hice lo que pude, *säiyet* —dijo el Barón sombríamente—. Sí, si hubiera

podido, habría matado a tu oso. De esto no hay ninguna duda. Pero no pudo ser.

—Eso mismo debería hacerte reflexionar —contestó ella.

—Lo que pienso de este asunto no va a cambiar —dijo él—. No sé lo que intentas, *säiyet*, pero te diré lo que yo intento. El incendio trajo este enorme oso a la isla. Los osos son seres malignos y peligrosos, y la gente que no piensa esto sufre daños y perjuicios en consecuencia. Mientras permanezca en este lugar solitario, no vale la pena arriesgar vidas. Pero si empieza a andar por la isla y a molestar a Ortelga, te juro que haré que lo maten.

—Yo no intento nada. Sólo intento esperar la voluntad de Dios —contestó la Tuguinda.

Bel-ka-Trazet, nuevamente, se encogió de hombros.

—Yo sólo espero que la voluntad de Dios no dé como resultado tu propia muerte, *säiyet*. Pero ahora que ya conoces mis intenciones, tal vez intentes decirles a tus mujeres que tienen que matarme. Por cierto, estoy en tu poder.

—Puesto que no tienes planes y que se te impidió matar al Señor Shardik, no nos haces ningún daño. —Se volvió con aire indiferente, pero él la siguió.

—Hay dos cosas más, *säiyet*. Primero, ya que he de vivir, tal vez me permitirás ahora volver a Ortelga. Si me das una canoa, tomaré medidas para que se te devuelva. En lo que se refiere al cazador, ya te dije lo que acaba de hacer. Es mi súbdito, no el tuyo. Confío en que no pondrás inconveniente a que lo busque y lo mate.

—Estoy por mandar a dos muchachas a Quiso en canoa. Te dejarán en Ortelga. El cazador no te lo voy a entregar. Me hace falta.

Después de decir esto, la Tuguinda se alejó y se puso hablar con las muchachas con aire muy interesado, señalando primero a la ladera y luego hacia el río al dar sus instrucciones. Por un instante pareció que el Barón la iba a seguir, pero se encogió de hombros, se dio vuelta y empezó a subir la pendiente. Pasó junto a Kelderek sin mirarlo y tomó el camino del campamento. Trataba de disimular su cojera y el terrible rostro se le apareció gris y estragado a Kelderek, que había estado preparándose a defenderse en la mejor forma posible, que había temblado y apartado la mirada, como ante una tremebunda aparición. «¡Tiene miedo! —pensó—. ¡Sabe que no puede prevalecer contra el Señor Shardik y tiene miedo!».

De repente saltó hacia delante, gritando:

—¡Señor mío! ¡Oh señor, perdóname! —Pero el Barón, como si nada hubiera oído, siguió su camino, y Kelderek se quedó detrás, mirando la cicatriz cárdena que atravesaba la nuca y la piel negra y espesa que se balanceaba a uno y otro lado sobre la hierba.

Ya nunca más vio a Bel-ka-Trazet.

13

El canto

Durante todo ese día Shardik estuvo junto al arroyuelo, sombreado, cuando el sol cruzó el cénit, por la ladera de arriba y las ramas del melikon.

Las muchachas que fueron a Quiso volvieron antes de la medianoche, porque sin el largo desvío a través del río el viaje de vuelta era mucho más corto que el de ida. Trajeron nuevas cantidades de ungüentos, medicamentos y un narcótico hecho con hierbas. La Tuguinda misma administró éste al oso, embebiéndolo en delgados segmentos de tendriona. Durante unas horas el remedio no surtió efecto, pero hacia la mañana Shardik dormía profundamente y no se movió cuando le lavaron las quemaduras.

En la tarde del día siguiente, cuando Kelderek volvió de la selva, en donde había estado poniendo trampas, se encontró con Sheldra, que estaba en el campo abierto, a cierta distancia del campamento. Kelderek siguió la mirada de ella y vio, a lo lejos, la figura de una mujer desusadamente alta, envuelta en una capa, que avanzaba por la pendiente junto al arroyuelo. La reconoció como la mujer que llevaba la linterna, que él había encontrado una noche en la orilla de Quiso. Más lejos aún, junto al río, seis o siete mujeres iban sin duda al campamento: cada una de ellas llevaba una carga.

—¿Quién es ésa? —preguntó Kelderek, señalando con el dedo.

—Rantzay —contestó Sheldra sin mirarlo.

Kelderek no se sentía cómodo todavía con ninguna de las muchachas.

Sin embargo, no había desprecio hacia él en esta sombría reticencia.

Los modales de ellas mostraban que lo consideraban una persona importante: el primer hombre que había visto y reconocido al Señor Shardik y que había venido, con riesgo de su vida, a traer la noticia a la Tuguinda. La respuesta que le acababa de dar Sheldra no tenía intención despectiva. Le había contestado brevemente, como hubiera contestado a cualquiera de sus compañeras.

Seguro de esto, por lo menos él decidió hablar con firmeza.

—Dime quién es Rantzay —dijo— y por qué ellas y esas otras mujeres han sido traídas aquí.

Por unos instantes Sheldra no contestó y él pensó: «Me va a ignorar». Luego replicó:

—Entre las que vinieron con la Tuguinda, Melathys es la única sacerdotisa. Las demás somos novicias o criadas.

—Pero Melathys debe ser tan joven como las otras —dijo Kelderek.

—Melathys no nació en Ortelga. Fue rescatada de un campamento de esclavos durante las guerras civiles de Bekla —las guerras de Heldril— y fue traída de niña a los Arrecifes. Aprendió temprano muchos de los misterios.

—¿Y? —preguntó Kelderek cuando la muchacha se calló.

—Cuando la Tuguinda supo que el Señor Shandrik había vuelto de veras, y que debemos estar aquí para atenderlo y curarlo, mandó buscar a las sacerdotisas Anthred y Rantzay junto con las muchachas que ellas están enseñando. Cuando Shardik se sane, van a hacer falta para el Canto.

Volvió a guardar silencio, pero luego habló:

—Los que sirven al Señor Shardik desde hace tiempo necesitan todo su valor y toda su resolución.

—Te creo —contestó Kelderek, bajando la mirada al punto donde el oso, como un peñasco junto al estanque, seguía inmóvil en su sueño inducido. Pero en ese mismo momento surgió en su corazón una desmayada exaltación, y la convicción de que nadie, salvo la Tuguinda, podía sentir tan intensamente como él la fuerte y misteriosa divinidad de Shardik. Shardik era más que la vida para él, un fuego en el cual estaba dispuesto consumirse. Y por ese mismo motivo Shardik lo iba a transformar pero no lo iba a destruir; era algo que él sabía. Con una especie de premonición tembló un instante en el aire cálido, se dio vuelta y regresó al campamento.

Esa noche la Tuguinda habló de nuevo con él, mientras se paseaba lentamente por la ribera, sobre la cascada.

—Las heridas están limpias —dijo la Tuguinda— el veneno ha desaparecido casi. Las drogas y los medicamentos siempre actúan poderosamente en un ser, humano o animal, que nunca los ha usado antes. Ahora podemos estar seguros de que va a sanar. Si tú, Kelderek, lo hubieras encontrado sólo unas horas más tarde, nada habríamos podido hacer.

Kelderek sintió que había llegado finalmente el momento de hacerle la pregunta que le había estado revoloteando en la mente en los últimos tres días, desvaneciéndose y reapareciendo como una luciérnaga en un cuarto oscuro.

—¿Qué vamos a hacer, sáiyet, cuando esté sano?

—Lo sé tanto como tú. Debemos esperar a que se nos indique.

Él, torpemente, insistió.

—¿Tienes intenciones de llevarlo a Quiso, a los Arrecifes?

—¿Yo? —durante un instante lo miró con frialdad, como alguna vez había mirado a Bel-ka-Trazet, pero luego contestó con un tono práctico y vivaz—: Debes entender, Kelderek, que a nosotros no nos corresponde ni hacer planes sobre el señor Shardik ni ponerlos en práctica. Es cierto, como te he dicho, que a veces, hace muchos años, la tarea de la Tuguinda consistió en traer a Shardik a los Arrecifes. Pero en esos días nosotros gobernábamos en. Bekla, todo estaba en orden y era seguro. Ahora, en este momento, no sabemos nada, salvo que el señor Shardik ha vuelto con los suyos. No podemos discernir todavía su intención y su mensaje. Nuestra tarea consiste simplemente en esperar, en estar preparados para captar y cumplir la voluntad de

Dios, sea ésta la que fuere.

Dieron vuelta y empezaron a caminar hacia la cascada.

—Pero esto no significa que no debemos pensar con sagacidad y actuar con prudencia —prosiguió ella—. Pasado mañana el oso ya no estará bajo los efectos de la droga, y empezará a recobrar sus fuerzas. Tú eres un cazador. ¿Qué crees que habrá que hacer entonces?

Kelderek se sentía perplejo. Su pregunta le había sido devuelta sin una respuesta.

Y entendió de repente, con estupor, que ella tenía intenciones de estar ahí simplemente junto al animal enorme y salvaje, mientras éste recuperaba sus fuerzas naturales. Si esto era así —y evidentemente era lo que ella creía— el camino de la humildad y de la fe en Dios, era de una naturaleza que estaba más allá de su experiencia o entendimiento. Por primera vez la confianza que tenía en ella empezó a vacilar. Ella leyó sus pensamientos.

—No estamos comprando sogas en el mercado, Kelderek, ni vendiendo pieles a los corredores. Y no estamos trabajando para el Gran Barón, cavando pozos en la selva. Ni siquiera estamos eligiendo esposa. Estamos ofreciendo nuestras vidas a Dios y al señor Shardik y preparándonos humildemente a aceptar lo que él quiera darnos en cambio. Yo te pregunto: ¿qué puede hacer el oso?

—Está en un lugar extraño que no conoce, *säiyet*, y se va a sentir hambriento después de su enfermedad. Puede buscar alimento y tal vez sea feroz.

—¿Empezará a buscar, crees?

—He estado pensando que muy pronto todos nos vamos a ver forzados a movernos. Nos queda poca comida y yo solo no puedo cazar para tantos.

—Ya que estamos seguros que el Gran Barón se va a negar a enviarnos alimentos desde Ortelga, debemos arreglarnos lo mejor que podamos. Hay peces en el río y patos en los juncos: tenemos redes y arcos. Elige a seis de las muchachas y llévalas de caza contigo. Al principio es posible que haya poco que compartir, pero empezará a haber más cuando aprendan el oficio.

—Por un cierto tiempo se puede hacer, *säiyet*...

—Kelderek: ¿estás impaciente? ¿A quién dejaste en Ortelga?

—A nadie, *säiyet*. Mis padres han muerto y no estoy casado.

—¿Una mujer?

Él meneó la cabeza, pero ella siguió mirándolo gravemente.

—Aquí hay mujeres. No cometas ningún sacrilegio, ahora menos que nunca, pues la menor infracción habrá de ser seguida de nuestra muerte.

Él estalló, indignado:

—¡*Säiyet*!... ¿Cómo puedes pensar que? ...

Ella se limitó a mirarlo fijamente, manteniendo la mirada mientras avanzaban y tomaban una vez más el camino de vuelta bajo las estrellas. Y ante la vista interior de

él surgió la figura de Melathys en la terraza, Melathys, la de los cabellos negros, vestida de blanco, con el collar dorado que le cubría el pescuezo y los hombros, Melathys, que reía cuando jugaba con el arco y la espada, que temblaba y sudaba de miedo junto al borde del pozo. ¿En dónde estaba ahora? ¿Qué habría sido de ella? Su protesta quedó trunca.

Al día siguiente empezó una vida que él habría de recordar muchas veces en años sucesivos: una vida tan clara, tan sencilla y tan inmediata como la lluvia. Si alguna vez dudó él de la Tuguinda o de su humildad y fe, ya no tuvo tiempo para recordarlo. Al principio las muchachas eran tan torpes y estúpidas que él se desesperaba, y más de una vez estuvo a punto de decirle a la Tuguinda que la tarea estaba más allá de sus fuerzas.

Pero la necesidad hace nacer una desesperada habilidad en el más torpe. Varias de las muchachas se convirtieron finalmente en arqueras pasables y el tercer día tuvieron la suerte de matar cuatro o cinco gansos. Esa noche hubo una fiesta junto al fuego, se contaron antiguas historias de Bekla, del héroe Deparioth, liberador de Yelda y fundador de Sarkid, y de Fleitil, el inmortal artesano de la Puerta Tamarrik.

Después de los primeros días las muchachas aprendieron velozmente y él pudo enviarlas, en grupos de a dos y de a tres, a pescar o a seguir algún rastro en la selva o a esconderse entre los juncos, a la espera de pájaros salvajes. Tenía mucho que hacer fabricando flechas, porque perdían más de la cuenta, hasta que le enseñó a Muni a fabricarlas mejor que él.

Fue al quinto o sexto día después de haber vuelto Sheldra de Ortelga con el arco de él (que aparentemente había podido recobrar sin molestar a Bel-ka-Trazet) que Kelderek estaba parado con Zilthé en la selva, a medio kilómetro del campamento. Habían buscado un escondite junto a un sendero apenas visible que llevaba a la costa, a la espera de cualquier animal que pudiera presentarse. Ya era tarde y la luz del sol empezaba a enrojecer las ramas de arriba. De repente oyó a la distancia unas voces femeninas que cantaban. Al escuchar, se le erizó el pelo de la nuca. Recordó las canciones sin palabras junto a la hoguera. Estas le habían sugerido, trasmutado por cierto, pero siempre familiar, el rumor del viento en las hojas, de las olas en el río, el desplome de las canoas en aguas agitadas y la caída de la lluvia. Lo que oía ahora se parecía al movimiento inmemorial de las cosas que a los hombres les parecen inmóviles porque sus vidas son cortas.

Zilthé estaba de pie, con ojos cerrados y las palmas de las manos abiertas hacia afuera. Kelderek, aunque nada había visto y estaba con miedo, tenía la impresión de haber sido levantado a un plano en el cual ya no había necesidad de plegaria, puesto que la armonía continuamente presente en la mente de Dios era audible por su alma prosternada y adorante. Había caído de rodillas y tenía la boca torcida como un hombre que sufre. Siempre con el oído atento, sintió que el canto disminuía y luego

se desvanecía en el silencio, como un hombre que se zambulle en aguas profundas.

Shardik, con el sol del poniente detrás, se estaba aproximando al declive; a veces avanzaba tambaleando, a veces se detenía a mirar los árboles y el río lejano. A cierta distancia de él, en un amplio semicírculo, se movían ocho o nueve de las mujeres. Rantzay y la Tuguinda entre ellas. Cuando él vacilaba, ellas también se detenían, balanceándose al ritmo de su canción, cada una equidistante de la otra, mientras el aire del atardecer movía sus cabellos y las franjas de sus túnicas. Cuando él avanzaba, ellas se movían al unísono con él, de tal modo que siempre era él el punto central y estaba delante de ellas. Nadie demostraba premura o temor. Al contemplar esto, Kelderek pensó en el cambio de movimiento instintivo y simultáneo de una bandada de pájaros en el aire, o de una camada de peces bajo el agua clara.

Era evidente que Shardik estaba a medias atontado, pero el cazador no llegó a saber si esto se debía al efecto continuado de la droga o al sonido hipnótico del canto. Las mujeres lo rodeaban como ramas agitadas por el viento que se irradian desde el tronco de un árbol. De repente Kelderek sintió ansias de unirse a la danza peligrosa y bella, de ofrecer su vida por Shardik, de probarse a sí mismo que era uno de aquéllos a quienes el poder de Shardik había sido revelado y por medio de quienes ese poder iba a ingresar al mundo. Y con estas ansias llegó una convicción (y aunque fuera errónea, no importaba) la convicción de que Shardik no le iba a hacer daño. Salió de debajo de los árboles y avanzó hacia el declive.

Ni las mujeres ni el oso dieron señales de haberlo visto hasta que estuvo a menos de una pedrada de distancia. Entonces el oso, que parecía avanzar más hacia el río que hacia la selva, se detuvo y volvió la cabeza agachada hacia él. El cazador también se detuvo y quedó esperando, con una mano levantada a guisa de saludo. El sol del poniente lo deslumbraba, pero no era consciente de ello: con los ojos del oso se vio a sí mismo de pie y solo en la ladera.

El oso escudriñó con aire incierto sobre la hierba iluminada por el sol. Luego se acercó a la figura solitaria del cazador, se acercó hasta parecer una masa oscura ante los ojos deslumbrados de éste, que también pudo oír la respiración del animal y el ruido seco de sus pisadas. Se sintió envuelto en un olor rancio; pero Kelderek sólo era consciente del olor que él tenía para Shardik, desconcertado y vacilante al emerger de su enfermedad y de su sueño artificial, también asustado de su propia debilidad y del contorno desconocido. Shardik husmeó con aire suspicaz a la criatura humana que tenía ante él, pero no reaccionó al no ver ningún movimiento repentino de miedo de parte de ésta. Podía oír una vez más las voces, a veces a la izquierda, a veces a la derecha, que se contestaban unas a otras en planos de sonido, que lo desorientaban y confundían su ferocidad. Se lanzó nuevamente hacia adelante, en la única dirección que ellos no habían tomado y, al hacer esto, la criatura humana, hacia la cual no sentía enemistad, se volvió y marchó con él hacia el poniente y la seguridad de los

bosques.

Las mujeres se interrumpieron ante una señal de la Tuguinda. Cada una siguió en su puesto mientras Shardik, con el cazador a su lado, entró en los alrededores de la selva y desapareció entre los árboles.

El señor Kelderek

Esa noche Kelderek durmió sobre el suelo desnudo junto a Shardik, sin pensar en fogatas o en comidas, en leopardos, serpientes u otros peligros de la oscuridad. Y tampoco pensó en Bel-ka-Trazet, en la Tuguinda o en lo que tal vez estaba pasando en el campamento. Así como Melathys había puesto el filo de la espada contra su pescuezo, del mismo modo estaba seguro Kelderek junto al oso. Cuando se despertaba en la noche veía la espalda como el alero de un techo, contra las estrellas, y volvía a dormir tranquilo y seguro. Cuando llegó la mañana, con su frío gris, y el piar de los pájaros en las ramas, abrió los ojos a tiempo para ver a Shardik que se alejaba entre los matorrales. Se levantó bruscamente, temblando de frío, flexionando los miembros y tocándose la cara con las manos, como si su espíritu absorto acabara de entrar en su cuerpo por primera vez. En alguna otra zona —era algo que él sabía— en alguna otra región, invisible pero no remota, insustancial pero más real que la selva y el río, Shardik y Kelderek eran un solo ser, el todo y la parte.

Meditabundo, no hizo ningún intento por seguir al oso, pero cuando éste se fue, se dio vuelta y fue en busca de sus compañeros.

Casi en seguida se encontró con Rantzay, que estaba sola en un claro, envuelta en una capa para protegerse del frío y apoyada en un báculo. Al acercarse él, ella torció la cabeza, llevándose la mano a la frente. La mano estaba temblando, pero él no pudo darse cuenta si era de miedo o de frío.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó con serena autoridad.

—Señor: una de nosotras permaneció junto a ti toda la noche, pues no sabíamos... no sabíamos qué podía ocurrir. ¿Dejas ahora al Señor Shardik?

—Por un poco de tiempo. Di a tres de las mujeres que lo sigan y que procuren no perderlo de vista. Una de ellas debe volver a mediodía con noticias de su paradero. Va a necesitar alimento, en caso de que él mismo no lo encuentre.

Ella volvió a tocarse la frente, esperó a que él se pusiera en marcha y lo siguió por el camino de vuelta hasta el campamento. La Tuguinda se había ido a bañar en el río y Kelderek comió solo. Neelith le sirvió la comida y la bebida en silencio, hincando una rodilla. Cuando finalmente vio a la Tuguinda que volvía, se acercó a saludarla. Inmediatamente las muchachas que estaban con ella retrocedieron y él pudo hablar con ella a solas junto a la cascada. Pero ahora era el cazador quien hacía las preguntas y la Tuguinda lo escuchaba atentamente y le contestaba con cuidado y sin reserva, como una mujer contesta a un hombre en quien tiene confianza porque sabe que puede guiarla y ayudarla.

—El Canto, *säiyet* —empezó a decir—. ¿Qué es el Canto y cuál es su función?

—Es uno de los antiguos secretos —contestó ella— de los días en que el Señor

Shardik moraba en los Arrecifes. Se ha conservado desde aquellos días hasta ahora. Las que cantaban entonces, al ofrecer el Canto, ofrecían también sus vidas. Es por esto que ninguna mujer en Quiso ha recibido nunca una orden de cantar. La que decide ser cantante ha de ser movida por su propia voluntad y aunque le podemos enseñar lo que sabemos, siempre hay una parte que tiene que ver con la voluntad de Dios y la de ella.

Hasta el atardecer de ayer ninguna mujer viviente había tomado parte en la ofrenda del Canto al Señor Shardik. Di las gracias a Dios cuando vi que su poder no se había perdido.

—¿Qué es el poder?

Ella lo miró sorprendida.

—¡Tú sabes qué es, señor Kelderek Zenzuata! ¿Por qué pides palabras, por qué quieres marchar con muletas cuando lo has sentido que te salta y te quema en el corazón?

—Sé el efecto que me hizo el Canto, *säiyet*. Pero no me fue ofrecido a mí, anoche.

—No puedo decirte lo que ocurre en el corazón del Señor Shardik. En verdad, creo que de esto sabes tú ahora más que yo. Pero, como aprendí hace muchos años, esta es la manera en que nos acercamos a él y a Dios. Al adorarlo de esta manera echamos un puente angosto y tambaleante sobre el abismo que separa su naturaleza salvaje de la nuestra; y, de este modo, con el tiempo llegamos a ser capaces de caminar sin tropiezos a través del fuego de su presencia.

Kelderek pensó un rato en lo que acababa de oír. Finalmente preguntó.

—¿Entonces es posible controlarlo... dirigirlo. ... por medio del Canto?

Ella meneó la cabeza.

—No: el Señor Shardik no puede ser dirigido, porque es el Poder de Dios. Pero el Canto, cuando es ofrecido reverentemente, con sinceridad y valor, es como ese poder que tenemos sobre las armas. Es algo que logra vencer por cierto tiempo su naturaleza salvaje y, cuando él se acostumbra, llega a aceptarlo como la debida adoración que le ofrecemos. Sin embargo, Kelderek —la Tuguinda sonrió—... señor Kelderek, no creas que ningún hombre ni mujer podría haber hecho lo que hiciste anoche sencillamente por obra del Canto. Shardik es siempre más peligroso que el relámpago, más imprevisible que el Telthearna cuando llegan las lluvias. Tú eres su Recipiente. O estarías ahora quebrado como el leopardo.

—*Säiyet* ¿por qué dejaste escapar al Barón? El odia al Señor Shardik.

—¿Tenía que asesinarlo? ¿Tenía que vencer su duro corazón con otro más duro? ¿Qué podía salir de todo eso? Él no es un malvado y Dios todo lo ve. ¿Acaso no te oí a ti mismo cuando le rogaste que te perdonara?

—Pero... ¿crees que se contentará con dejar ir al Señor Shardik sin hacerle daño?

—Creo, como siempre he creído, que ni él ni nadie pueden* impedir que el señor Shardik cumpla lo que ha venido a cumplir y trasmita lo que ha venido a transmitir. Pero digo de todos modos que, lo que ha de venir, habremos de esperarlo en un espíritu de humildad. Inventamos algún propósito y tratar de utilizar al Señor Shardik para ese propósito sería un sacrilegio y una locura.

—Eso me enseñaste, *säiyet*; pero ahora me atreveré también yo a darte un consejo. Debemos perfeccionar nuestro servicio del Señor Shardik como un hombre que prepara las armas con que sabe que debe luchar por su vida.

Porque tarde o temprano Shardik irá a Ortelga u Ortelga irá hacia Shardik. Y en ese día habrá de prevalecer o será aniquilado. Será una cosa o la otra, pero los resultados dependerán sólo de nosotros.

Ta-Kominion

Kelderek se acurrucó para escuchar en lo oscuro. No había luna y la selva, por arriba, no dejaba ver las estrellas. Podía oír los movimientos del oso a través de los árboles, e intentó una vez más adivinar si se estaba alejando. Pero volvió el silencio, interrumpido tan sólo por el vibrante croar de las ranas en la lejana orilla. Al cabo de cierto tiempo sus oídos aguzados captaron un sordo gruñido. Exclamó: «¡Paz, Señor Shardik! ¡Paz, Señor mío!». Y se echó a tierra, esperando que el oso descansara al sentir que él estaba tranquilo. Pronto se dio cuenta que sus dedos se metían en el suelo blando, que estaba muy nervioso, dispuesto a ponerse de pie de un salto. Tenía miedo: no sólo del Señor Shardik cuando estaba en el presente estado de ánimo, incierto y suspicaz, sino también porque sabía que el mismo Shardik estaba inquieto y él no sabía por qué.

Por varios días el oso había vagado por los bosques y los lugares abiertos de la isla, siempre en dirección al Este, corriente abajo, hacia Ortelga, que estaba más allá de la maraña de trampas y empalizadas. De noche y de día sus devotos lo seguían.

El mismo Kelderek permanecía constantemente cerca del oso, observando todo lo que hacía, atento a sus estados de ánimo y sus modos, a su hábito aterrador de bambolearse cuando estaba excitado o enojado. Cada atardecer se repetía el Canto, las mujeres formaban el amplio semicírculo alrededor del oso, a veces blanda y simétricamente en terreno abierto, a veces con más dificultades entre árboles o declives rocosos. En los primeros días la mayor parte de la gente del campamento, extática y llena de alegría y maravilla ante el retorno de Shardik, venía a ofrecerse, ansiosa por mostrar su devoción, que era mayor que su temor, y poner a prueba las ancestrales habilidades que habían aprendido en los Arrecifes y que nunca habían creído que iban a practicar. En la cuarta tarde, cuando las cantantes habían formado un círculo en torno a un bosquecillo cerca de la costa, el oso irrumpió desde la maleza y dio un manotazo a la sacerdotisa Anthred, que casi le dividió el cuerpo en dos. Anthred murió en seguida. El Canto cesó, Shardik se internó en la selva y no fue antes del mediodía del día siguiente que Kelderek, después de haberlo rastreado personalmente varias horas, lo encontró al pie de un banco pedregoso en el otro extremo de la isla. Cuando la Tuguinda llegó al lugar, avanzó sola y oró de pie hasta que fue evidente que Shardik no la iba a atacar. Esa noche ella dirigió los cantos, moviéndose sin premura y con gracia, como una mujer joven, cada vez que el oso se le acercaba.

Shardik pareció acostumbrarse al cuidado de las mujeres y a veces casi desempeñaba su papel, irguiéndose muy derecho y mirándolas, o avanzando y retrocediendo como si quisiera poner a prueba el dominio que ellas tenían de la

situación. Tres o cuatro —Sheldra entre ellas— lograron mostrar firmeza en su presencia; otras, después de unas pocas noches no fueron capaces de dominar su miedo. A estas Kelderek les permitía respiros, y las llamaba alternadamente, una después de otra, para que cumplieran con sus deberes del mejor modo posible. Cuando empezaba el Canto, él las observaba atentamente, pues Shardik era muy sensible a los signos de miedo que, al parecer, lo enojaban: las miraba con aire a medias inteligente, a medias feroz, hasta que la víctima, consumidos sus últimos jirones de valor, salía del círculo y se iba apabullada, llorando de vergüenza. Siempre que podía, Kelderek evitaba este enojo y sacaba a la muchacha del círculo antes de que el oso se enfrentara con ella. Arriesgaba todos los días su vida, pero Shardik nunca llegaba ni siquiera a amenazarlo, y estaba muy tranquilo cuando el cazador se acercaba a traerle comida o a examinar sus heridas ya casi curadas. Lo cierto es que, a medida que pasaban los días, pensamientos recurrentes sobre Ortelga y el Gran Barón empezaron a inspirarle más miedo que el mismo Señor Shardik. Cada día se volvía más difícil encontrar y matar la caza que hacía falta, y él se dio cuenta que, en la marcha hacia el Este de la isla, ya estaban muy cerca de haber agotado sus recursos, nunca abundantes. Siempre que sus excursiones los llevaban hasta la orilla meridional, la costa del Telthearna parecía más cerca a través del estrecho que se enangostaba. ¿A qué distancia estaban ahora de Ortelga? ¿Qué clase de vigilancia estaba haciendo Bel-ka-Trazet de ellos, y qué ocurriría cuando llegaran —y por último debían llegar— al Cerco Muerto, con su maraña de trampas ocultas? Aún en el caso de que él lograra de algún modo que Shardik tomara el camino de vuelta, ¿qué tenían por delante, fuera del hambre? Diariamente, mientras las mujeres miraban, él y la Tuguinda se paraban ante el oso y rezaban en voz alta: «¡Revela tu poder, Señor Shardik! ¡Muéstranos lo que debemos hacer!». A solas con la Tuguinda, Kelderek hablaba de su ansiedad, pero siempre encontraba una fe calma e impávida que, en el caso de otra persona, le habría hecho perder la paciencia.

Ahora, acurrucado en lo oscuro, se sentía lleno de dudas e incertidumbre. Por primera vez desde que lo había encontrado en el pozo, estaba consciente de que le tenía miedo a Shardik. Durante todo el día no había matado ni un solo animal y al atardecer el oso había demostrado una ferocidad tan aterradora que el Canto se había interrumpido, crispado y poco propicio. Cuando sobrevino la noche, Shardik ya se había internado en la tupida selva. Kelderek, llegando a Sheldra, lo siguió como pudo, esperando en cualquier momento convertirse en presa de la fiera.

Después de un rato Sheldra se quedó dormida, pero él siguió escuchando atentamente cualquier mínimo rumor en la oscuridad. A veces creía poder oír la respiración del oso o el susurro de las hojas movidas por sus garras. A medida que pasaban las horas se volvió intuitivamente consciente de que el humor del oso había cambiado. Ya no estaba enfurruñado y dispuesto a atacar, sino inquieto.

Se puso de pie y gritó una vez más: «¡Paz, Señor Shardik! ¡Tu poder es de Dios!».

En aquel momento, desde algún lugar en la oscuridad, un hombre silbó. Kelderek se puso tenso. Sintió la sangre que le latía en la cabeza: cinco, seis, siete, ocho. Luego, muy bajo pero distintamente, el hombre que silbaba repitió el refrán de una canción: *Senandril na kora, senandril na-ro*.

Un instante después Sheldra le agarró la muñeca.

—¿Qué pasa, señor?

—No sé —murmuró él—. Espera.

La muchacha ajustó el arco sin producir el menor ruido y luego llevo la mano de él hasta la empuñadura del cuchillo que tenía en el cinturón. Él lo extrajo y avanzó. Muy cerca, a su izquierda, el oso gruñía y tosía. La idea del Señor Shardik, atravesado por las flechas de enemigos invisibles lo llenó de prisa y cólera desesperadas. Empezó a deslizarse más velozmente por entre los matorrales. Inmediatamente, desde la oscuridad que estaba a su derecha, una voz baja preguntó:

—¿Quién anda ahí?

Quienquiera que fuera, lo cierto es que él estaba ahora entre ese ser y Shardik. Escudriñando, sólo pudo percibir los troncos negros de los árboles contra una oscuridad más pálida, el cielo abierto por encima del río. Un viento leve movía las hojas y una estrella titilaba.

Hasta él llegó el rumor de un movimiento parecido al suyo propio, un frotar de palos y un roce de follaje. De repente vio lo que había estado esperando: un resplandor instantáneo entre dos troncos de árbol, tan cerca que quedó confundido.

¿Diez pasos... ocho? Le pasó por la cabeza que tal vez Bel-ka-Trazet estaba cerca, y en ese instante recordó la treta del Barón junto al estanque, cuando había despistado al oso. Sus dedos tantearon buscando una piedra, pero no pudieron encontrarla; en cambio, apretaron un puñado de tierra mojada y lo arrojaron al espacio entre los troncos de árboles. El puñado de tierra cayó produciendo una agitación de hojas y, en ese momento, él se lanzó hacia adelante. Fue a chocar contra la espalda de un hombre, un hombre alto, porque su cabeza golpeó contra los hombros de él. El hombre lo rechazó y Kelderek, echándole un brazo sobre el pescuezo, lo empujó hacia atrás. El hombre cayó pesadamente encima de él y Kelderek logró desasirse, enarbolando el cuchillo de Sheldra.

El hombre no había emitido ni un solo sonido y Kelderek pensó: «Está solo». En ese instante se sintió menos desesperado, pues Bel-ka-Trazet estaba demasiado bien informado para enviar un hombre solo a atacar al Señor Shardik y a sus secuaces armados y leales. Apretó la punta del cuchillo contra la garganta e iba a llamar a Sheldra cuando el hombre habló por primera vez.

—¿Dónde está el Señor Shardik?

—¿Eso qué tiene que ver contigo? —preguntó Kelderek, echándolo hacia atrás

cuando el hombre trató de sentarse.

—¿Quién eres?

El hombre, asombrosamente, rió.

—¿Yo? Oh, soy un tipo que viene de Ortelga, por el lado del Cerco Muerto, con la idea de que me van a romper la cabeza por silbar en la oscuridad. ¿Fue el Señor Shardik que te enseñó a apretarle el pescuezo a un hombre desde atrás, como con una pata de Deel-guy?

Asustado o disimulando su susto, lo cierto es que no parecía tener apuro por escapar.

—¿Llegaste por el Cerco Muerto de noche? —preguntó Kelderek, sorprendido a pesar suyo—. ¡Estás mintiendo!

—Como prefieras —contestó el otro—. Ahora ya no importa. Pero en caso de que 110 lo sepas, tú mismo estás a muy pocos metros del Cerco. Si el viento cambia, podrás oler el humo de Ortelga. Grita con fuerza y el *shendron* más cercano te oirá.

¡Esta era, pues, la causa de la inquietud y el receloso miedo de Shardik! Sin duda había husmeado la ciudad. ¿Y si llegaba hasta el Cerco Muerto antes de la mañana? «Que Dios lo proteja —pensó Kelderek—. Cuando llegue el día, puede volver. Y si no vuelve, yo mismo iré a buscarlo hasta el Cerco».

Le pasó también por la cabeza que, por la mañana, el oso iba a estar bastante hambriento y, por lo tanto, era aún más feroz y peligroso. Pero apartó ese pensamiento y habló una vez más al extraño.

—¿Por qué has venido? —preguntó—. ¿Qué buscas?

—¿Tú eres el cazador, el hombre que vio por primera vez a Shardik?

—Mi nombre es Kelderek. A veces llamado Zenzuata. Fui yo quien llevó a la Tuguinda las nuevas del Señor Shardik.

—Entonces ya nos conocemos. Nos hemos visto en el Sindrad la noche en que te fuiste a Quiso. Yo soy Ta-Kominion.

Kelderek se acordó del barón alto y joven que había estado sentado a la mesa y, con unas copas de más, había chacoteado.

—¿De modo que Bel-ka-Trazet te envió a que me asesinaras? —dijo—. ¿Y ahora me encuentras menos indefenso de lo que esperabas?

—Bueno, hasta ahora tienes razón —contestó Ta-Kominion—. Es verdad que Bel-ka-Trazet trata de matarte y es cierto que yo por eso estoy aquí. Pero escúchame, Kelderek Juega-con-los-Niños. Si crees que yo he venido sólo a través del Cerco Muerto contando con la remota posibilidad de encontrar a un hombre en kilómetros y kilómetros de selva para matarlo, debes creer que soy brujo. No: he venido a buscarte porque quiero hablar contigo; y vine por tierra y en la oscuridad porque no quena que Bel-ka-Trazet lo supiera. No tenía idea de dónde podías estar, pero al parecer he tenido suerte: si se llama suerte un pescuezo maltrecho y un golpazo en el hombro.

Dime ahora: ¿está aquí el Señor Shardik?

—No está más lejos que un tiro de arco. No digas nada malo de él, Ta-Kominion, si quieres vivir.

—Tienes que entenderme mejor, Kelderek. Estoy aquí como enemigo de Bel-ka-Trazet y amigo del Señor Shardik. Déjame que te cuente algo de lo que ha estado ocurriendo en Ortelga desde que te fuiste.

—¡Espera! —Kelderek asió el brazo del hombre. Los dos se acurrucaron y escucharon: oyeron a Shardik moviéndose en la selva—. ¡Sheldra! —gritó Kelderek—. ¿Qué camino tomó?

—¡Está volviendo, señor, por el mismo camino por el que vino! ¿Debo ir a decírselo a la Tuguinda?

—Sí, pero trata de no perderlo de vista en caso de que se aleje más.

—Bueno —dijo Ta-Kominion después de unos instantes— veo que te obedecen, señor Kelderek. Si todo lo que oigo es cierto, lo mereces. Bel-ka-Trazet les dijo a los barones que tú lo habías golpeado.

—Tiré una piedra. Él iba a matar al Señor Shardik, que estaba indefenso.

—Es lo que dijo. Nos habló de la locura y el peligro de permitir que la gente creyera que el Señor Shardik había vuelto. «Esas mujeres van a ser nuestra perdición —dijo— con ese oso medio chamuscado que han conseguido. Dios sabe toda la basura supersticiosa que saldrá de esto si no se las pone en su lugar. Va a ser el fin de la ley y del orden». Envió hombres a la parte occidental de la isla a que te buscaran, pero al parecer tú te habías ido. Uno te siguió hasta el Este, casi hasta aquí, pero cuando volvió no fue a Bel-ka-Trazet que habló, sino a mí.

—¿Por qué?

Ta-Kominion puso una mano en la rodilla de Kelderek.

—La gente sabe la verdad —dijo—. Una de las muchachas de la Tuguinda vino a Ortelga, pero aún en el caso de que no hubiera venido, la verdad sopla entre las hojas y se insinúa entre las piedras. La gente está cansada de la dureza de Bel-ka-Trazet. Hablan secretamente del Señor Shardik y esperan que venga. Si fuera necesario, están dispuestos a morir por él. Bel-ka-Trazet sabe esto y tiene miedo.

—Bueno —contestó Kelderek— esa mañana en que dejó a la Tuguinda yo vi el miedo en sus ojos. Lo compadecí entonces y lo compadezco ahora, pero se ha puesto en contra del Señor Shardik. Si un hombre elige ponerse en el camino de un incendio, ¿puede apiadarse el incendio de él?

—Él cree...

Kelderek lo interrumpió.

—¿Qué quieres de mí, entonces?

—El pueblo y Bel-ka-Trazet no son la misma cosa. Ellos saben que el Señor Shardik ha vuelto a ellos. He visto hombres sencillos y decentes de Ortelga que

lloraron de alegría y de esperanza. Están dispuestos a sublevarse contra Bel-ka-Trazet y a seguirme.

—¿Seguirte a ti? ¿Seguirte adonde?

En la soledad de la selva, Ta-Kominion bajó la voz aún más.

—A Bekla. Para volver a conquistar lo que es nuestro.

Kelderek contuvo el aliento.

—¿Hablas seriamente de atacar a Bekla?

—Con el poder del Señor Shardik, no podemos fallar. ¿Te unirás a nosotros, Kelderek? Dicen que no le tienes miedo a Shardik, y que eres capaz de convencerlo de lo que quieras. ¿Es cierto eso?

—Sólo en parte. Dios hizo de mí un vaso que pusieron en el pozo, de Shardik y una antorcha encendida con su fuego. Él me aguanta: de todos modos, estar cerca de él es vivir en el peligro.

—¿Podrías traerle a Ortelga?

—Ni yo puedo ni nadie puede mover al Señor Shardik. El es el Poder de Dios. Si la cosa está así ordenada, él irá a Ortelga. Pero ¿cómo podrá pasar el Cerco Muerto?, y ¿qué es lo que intentas hacer?

—Mis hombres están dispuestos a atacar ahora. Ellos le abrirán un camino en el Cerco: a lo largo de esta_ orilla... Es lo más fácil. Que venga el Señor Shardik conmigo y todos se unirán a nosotros. ¡Sí, a ti y a mí, Kelderek! En cuanto estemos seguros de Ortelga, marcharemos sin demora sobre Bekla, antes de que se enteren de las noticias.

—Hablas como si fuera fácil. Pero te repito una vez más: no puedo llevar al Señor Shardik de un lado a otro, como si fuera un buey. Él actúa de acuerdo a la voluntad de Dios, no de acuerdo a la mía. Y si lo hubieras enfrentado, lo entenderías.

—Déjame que lo enfrente, pues. Lo enfrentaré y le rogaré que nos ayude. No tengo miedo. Te digo, Kelderek, toda Ortelga está ansiosa por servirlo y nada más. Si yo le suplico, él me dará una señal.

—Está bien. Ven conmigo. Hablarás con la Tuguinda y enfrentarás tú solo al Señor Shardik. Pero si te mata, Ta-Kominion...

—Se da mucho, cuando se ofrece. Vine a ofrecer mi vida. Si la acepta, no habré de vivir una desilusión. Si me la da de vuelta, la usaré en su servicio.

Como contestación Kelderek se puso de pie y emprendió la marcha a través de la maleza. La noche estaba tan oscura, sin embargo, que le resultó imposible decir en qué dirección estaba el campamento.

Finalmente divisaron, todavía a cierta distancia, el resplandor de una fogata. Avanzaron cautelosamente, esperando en cualquier instante oír el llamado de alarma de una de las muchachas o encontrarse frente al mismo Señor Shardik, de caza, hambriento y colérico. Pero no encontraron a nadie y finalmente, al mirar en

derredor, perplejo, Kelderek, comprendió que ya habían llegado a los alrededores del campamento. Caminaron lado a lado por el campo abierto, en el cual había ramas cortadas y ropas diseminadas, donde habían estado durmiendo las mujeres, hasta los restos de la hoguera, que nadie atendía.

La perplejidad de Kelderek se cambió en estupefacción. Él lugar estaba desierto. Al parecer no había absolutamente nadie en el campamento. Llamó:

—¡Rantzay, Sheldra! —y, al no recibir contestación, gritó—: ¿En dónde estáis?

El eco murió y, por unos instantes, sólo pudo oír a las ranas y el susurro de las hojas. Entonces tuvo respuesta.

—¡Señor Kelderek! —era la áspera voz de Rantzay, que venía del lado de la co ta—. ¡Ven en seguida, señor!

Nunca había sonado tan trastornada su voz. Echó a correr y, al hacerlo, se dio cuenta que estaba amaneciendo... Era bastante claro, por lo menos, como para ver el camino que llevaba al río. Cuando estuvieron cerca, pudo divisar las canoas y, más allá, las figuras de las mujeres envueltas en capas y formando un grupo; algunas de ellas parecían estar con el agua hasta la rodilla. Todas se abalanzaban, señalaban algo, movían las cabezas a uno y otro lado y escudriñaban entre los juncos. Junto a la alta figura de Rantzay reconoció la figura de la Tuguinda y corrió hasta ella.

—¿Qué pasa, säiyet? ¿Qué ha ocurrido?

Sin contestar, ella le tomó el brazo y lo llevó hasta las aguas bajas, entre los juncos que eran más altos que su cabeza.

La Tuguinda, poniéndole una mano en el hombro señaló corriente abajo un punto en que se formaba una onda muy ancha, en forma de cabeza de flecha, que quebraba la serenidad de la superficie. En la parte media, único ser viviente que era visible en la extensión de agua y de árboles, Shardik estaba nadando, con el hocico levantado hacia el cielo, mientras la corriente lo arrastraba hacia Ortelga.

La punta y la carretera

Sin un instante de vacilación, Kelderek se precipitó a las aguas profundas. Inmediatamente —casi antes de que sus hombros hubieran quebrado la superficie— sintió que la corriente envolvía su cuerpo y lo arrastraba hacia abajo. Durante unos instantes se debatió, asustado al darse cuenta de que nada podía hacer. Luego, torpemente, se puso a nadar, doblando el pescuezo para mantener la cabeza fuera del agua, chapaleando con los brazos y subiendo y bajando con sacudidas cortas. Al mirar por delante, sus ojos empañados por el agua sólo podían distinguir la forma del oso como un fardo arrastrado en una inundación.

No tardó en darse cuenta que algún remolino del río lo estaba llevando hacia el centro, donde la corriente era aún más rápida.

Trató de mirar a su alrededor en busca de una rama flotante o algo de qué agarrarse, pero no vio nada. Sus pies tocaron un objeto enredado, algo parecido a un colchón, flexible y desperejo, y cuando trató de librarse sintió una puntada de dolor que le subió por la pierna y que desapareció tan velozmente como una llamarada. Un instante después estaba girando en un remolino, tragó agua, se hundió y, cuando la cabeza emergió de nuevo, se encontró con que seguiría siendo arrastrado corriente arriba. Las mujeres entre los juncos eran ahora figuras lejanas y confusas, aparecían y desaparecían cuando sus ojos emergían o se hundían. Trató de darse vuelta y mirar hacia adelante; y, al hacerlo, oyó sobre las aguas una llamada: «¡Kelderek! ¡A la orilla!».

Ta-Kominion nadaba detrás de él, a igual distancia entre el punto en donde él estaba y la orilla que habían dejado. Aunque parecía mantenerse más fácilmente que Kelderek, era de todos modos claro que no tenía mucho aliento para hablar. Levantó un brazo y con un gesto señaló en dirección a los juncos, pero luego volvió a su tarea. Kelderek se dio cuenta que estaba tratando de alcanzarlo, pero que no podía hacerlo a causa de la corriente más lenta junto a la costa. Lo cierto es que la distancia entre ellos aumentaba. Ta-Kominion levantó la cabeza y, al parecer, gritó de nuevo, pero Kelderek nada pudo oír fuera de su propio jadeo, y al chapaleo del agua. Luego en un momento en que pudo levantarse un segundo, captó débilmente las palabras... «¡orilla antes de la punta!».

Al entender lo que el barón quería decir, el miedo se apoderó de él.

Si era arrastrado más abajo de Ortelga, ya no podía esperar llegar con vida a la orilla.

Empezó a patear y a esforzarse por mantenerse en la superficie, jadeando y cansándose cada vez más. ¿Qué distancia había ahora hasta la punta? La ribera de la derecha, la de tierra firme, parecía estar más cerca que la de Ortelga, pero ¿cómo era

esto posible? Entonces reconoció el lugar. Los juncos habían sido cortados y dejaban ver una extensión de agua abierta, más allá de la cual, sobre la orilla de la costa, se erguía un árbol zoán. Parecía alto y lejano, mucho más que la última vez que lo había visto, al volver a Ortelga en su balsa. Se acordó del *shendron*, que tal vez estaba oteando en este mismo momento entre las frondas plateadas. Pero el *shendron*, por muy vigilante que fuera, nunca iba a poder verlo. Él no era nada más que resaca, un punto que se movía entre la luz gris y el agua gris de la primera mañana.

¡Dios mío, pero había algo más, algo más que el *shendron* no podía dejar de ver! Un poco detrás, pero directamente entre él y el árbol zoán, Shardik avanzaba como una nube por el cielo pálido. No había ninguna conmoción en el agua que lo rodeaba y su larga mandíbula estaba a medias sumergida; sólo emergían los hoyos de la nariz, como los de un caimán. Mientras el cazador miraba, el oso volvió la cabeza y, al parecer, también lo miró.

Al notar esto, pese a su desesperación, Kelderek sintió de nuevo el retorno del impulso de bravura que lo había llevado a precipitarse al río en busca de Shardik. Shardik lo había llamado con algún propósito que él conocía. Shardik tenía poder de proteger y de salvar a quienes le daban todo, sin dudar de nada. Si tan sólo pudiera llegar hasta Shardik, Shardik no lo iba a abandonar. Y cuando el árbol zoán ya no fue visible para él, se puso con sus últimas fuerzas a nadar hacia la costa, cruzando la corriente. Lenta, muy lentamente, empezó a ponerse paralelo al oso. A medida que entraba en la corriente más lenta, la distancia entre ellos disminuía, hasta que por fin estuvieron flotando lado a lado, separados por unos pocos metros.

No podía hacer más. Estaba exhausto. Sólo era consciente de las aguas profundas por debajo, del miedo de ahogarse y de la presencia de Shardik. No veía ni cielo ni orilla. «Acepta mi vida, Señor Shardik. No lamento nada de lo que hice por ti». Perdía el poder del pensamiento, se hundía, ya no respiraba: con los brazos hacia arriba, los dedos tratando de aferrarse a lo negro, ya en la muerte, sintió una vez más el pelo enmarañado, el costado de Shardik tal como lo había sentido al caminar junto a él un anochecer en la selva y al dormir junto a él, seguro por su presencia.

La oscuridad se abrió. Retomó el aliento y aspiró aire. La luz del sol resplandecía sobre las aguas y brillaba en sus ojos. Estaba aferrado al costado de Shardik, sostenido por las manos, bamboleándose a uno y otro lado, mientras junto a él una de las grandes patas traseras hendía las aguas tan velozmente como un golpe de rueda de molino. Apenas consciente al principio de lo que había ocurrido, sólo supo que estaba vivo y que aún podía llegar a la orilla antes de dejar atrás la ciudad.

El oso no había dado vuelta la cabeza ni había tratado de librarse de él: parecía no haberlo advertido siquiera. Se sintió asombrado por esta indiferencia. Luego, como si la cabeza y la vista se hubieran aclarado, sintió que el animal tenía otra intención, algún propósito propio. Se estaba volviendo hacia la orilla, a la izquierda, y nadaba

con más vigor. No podía ver por encima de la línea de la espalda, pero cuando giró un poco más pudo ver tierra por encima del hombro. Un instante después ya estaba vadeando. Dejó que cayeran sus pies, tocó fondo y se encontró de pie, hundido casi hasta los hombros, sobre piedras firmes.

El oso y el hombre llegaron juntos, cerca de unos carbones que habían encendido para cocinar, y que ya estaban fríos, junto a un grupo de cabañas de almacenaje y habitaciones para sirvientes cerca del Sindrad. Shardik, en su apresuramiento, apartaba el agua vigorosamente, chapaleando y esforzándose en los playos como si estuviera persiguiendo una presa. De repente Kelderek entendió lo que ocurría. El oso estaba hambriento, desesperado por encontrar comida a cualquier precio. Algo le había hecho regresar del Cerco Muerto, pero de todos modos tenía que haber oído algo comestible cuando estaba en la selva, y por esto se había metido en el río. Recordó que Bel-ka-Trazet le había dicho antes de dejar a la Tuguinda: «Si empieza a molestar a Ortelga, te juro que lo haré matar».

Tambaleándose y todavía ahogado a medias, él se puso a seguir a Shardik por la barranca de la orilla, pero tropezó y cayó de pleno. Por unos instantes quedó inerte, pero luego se incorporó sobre un codo. Al hacerlo, dos hombres aparecieron detrás de la cabaña más cercana, con una marmita de hierro que llevaban entre los dos, marchando en dirección al agua. Tenían ojos nublados y estaban despeinados: fregones arrancados de la cama para hacer las primeras tareas del día. El oso estuvo casi encima de ellos antes de que levantaran la mirada y lo pudieran ver. La marmita cayó sobre las piedras con un ruido explosivo y, por unos segundos, ellos miraron absortos, fijados en grotescas actitudes de espanto y de terror. Luego, chillando, se dieron vuelta y echaron a correr. Uno desapareció por donde había venido. El otro, loco de terror, se llevó por delante la pared de la cabaña, se golpeó la cabeza y quedó mareado, bamboleándose sobre sus pies. Shardik se acercó, desde atrás, y lo golpeó. El golpe derribó al pobre desgraciado contra la paja y el barro de la pared de la cabaña, rompiéndola y abriendo una hendidura. Shardik golpeó una segunda vez y la pared se derrumbó, cayendo con parte del techo. El aire estaba lleno de polvo y del humo de una cocina recién encendida, enterrada bajo las ruinas. Las mujeres chillaban, los hombres coman y gritaban. Un hombre corpulento, con un delantal de cuero y un martillo en la mano apareció de repente en medio del tumulto, miró un instante, quedó petrificado de horror y se fue. Por encima del alboroto se elevaba el aterrador gruñido de Shardik: sonaba como un rodar hacia abajo de piedras pesadas por una ladera de montaña.

Kelderek, que observaba desde el lugar en que había caído, vio que el oso se escurría en medio del humo y la confusión. De repente sintió unas manos en las axilas y una voz que le gritaba al oído:

—¡Levántate, Kelderek! ¡Levántate, hombre! ¡No hay tiempo que perder!

¡Sígueme!

Ta-Kominion estaba junto a él: sus largos cabellos goteaban agua mientras trataba de poner a Kelderek sobre sus rodillas. En la mano izquierda tenía un puñal largo y puntiagudo.

—¡Vamos, hombre! ¿No tienes ningún arma?

—Sólo esto —y mostró el cuchillo de Sheldra.

—¡Con eso basta! ¡Ya encontrarás algo mejor!

Se precipitaron sobre las ruinas chamuscadas. Vieron el cuerpo echado de un hombre, con la columna vertebral rota, como un arco reventado. Más allá, el oso estaba arrastrando un costillar de oveja que había sacado de debajo de los cascotes de una segunda cabaña. Un poco más lejos cuatro o cinco hombres, a punto de huir, habían dado vuelta la cabeza y miraban por encima del hombro.

Ta-Kominion saltó encima de una pila de leña y gritó:

—¡Shardik! ¡El señor Shardik ha venido!

A su alrededor el tumulto aumentó aún más cuando toda la población empezó a despertarse ante la alarma. No cabía duda que eran los que habían estado esperando su retomo. Ya algunos hombres se juntaban en torno a él, algunos armados, otros semidesnudos, recién salidos de sus camas, aferrados a hachas, mazos, picas y a lo primero que habían encontrado a mano.

Ta-Kominion asió la parte no quemada de un pilón que ardía entre las ruinas y lo levantó sobre su cabeza. La segunda cabaña se había incendiado y el humo había empezado a oscurecer la luz del sol. A medida que aumentaba el calor y el ruido, Shardik, interrumpido en su tarea con la oveja, se sintió inquieto. Al principio lanzó una mirada en derredor, desafiando el extraño ambiente a medida que saciaba su hambre, agazapándose en la actitud que toma un gato que se dispone a desgarrar y morder un pedazo de carne. Cuando el aire oscurecido empezó a temblar y las cenizas a volar hacia el río, Shardik dio unos pasos hacia atrás y levantó el labio, dando un manotazo a una chispa que le había caído sobre una oreja. Luego, cuando el poste central de la segunda cabaña cayó de pleno con un ruido de árbol que cae, se dio vuelta, con el pedazo de carne siempre en la boca, y tomó el camino de la orilla.

Ta-Kominion rodeado ahora por una multitud vociferante, señaló con su daga y levantó la voz por encima del alboroto.

—¡Ahora habéis visto con vuestros propios ojos! ¡El Señor Shardik ha vuelto con los suyos! ¡Seguidme y luchad por Shardik!

—¡Se va, se va! —gritó una voz.

—¿Se va? ¡Por supuesto que se va! —dijo Ta-Kominion—. ¡Va a donde habremos de seguirlo... a Bekla! ¡El ya sabe que Ortelga es prácticamente suya! ¡Os está tratando de decir que no debéis perder tiempo! ¡Seguidme!

—¡Shardik, Shardik! —gritaba la Multitud. Ta-Kominion se puso a la cabeza de

ellos y enderezó hacia el Sindrad. Kelderek oyó los gritos, que se convertían en un rugido. Nuevo humo se levantó, seguido por los ruidos, inconfundibles de una refriega, órdenes, entrecchoque de armas, palabrotas y los gritos de hombres heridos. Recogió una estera tejida de trabazón recia, que estaba entre una pila de leña, y se la ató al brazo izquierdo para usarla como escudo. La tarea no era fácil y tuvo que arrodillarse y tironear y forcejear el entretejido de mimbre.

Al levantar la mirada, encontró a Tuguinda a su lado. Tenía la ropa seca, pero la ceniza negra, polvorienta, que flotaba en el aire, le había tiznado la cara y los brazos y ensuciado el pelo. Aunque llevaba un arco ya preparado y unas cuantas flechas, parecía indiferente a la pelea, que estaba llenando toda la ciudad con su clamor. No dijo nada, pero se quedó de pie mirándolo.

—Debo ir a luchar, *säiyet* —dijo él—. El joven barón va a creer que soy un cobarde. Tal vez esté apurado... no lo sé.

Ella no dijo nada y él se detuvo, mirándola y al mismo tiempo tratando de meter el brazo izquierdo más adentro de la abertura que había hecho en la estera.

—El Señor Shardik se va de Ortelga —dijo finalmente la Tuguinda.

—*Säiyet*, la lucha...

—Su trabajo aquí ha terminado... cualquiera que haya sido.

—¡Puedes oír que no es así! ¡No me detengas, *säiyet*, te lo ruego!

—Este puede ser el trabajo de otros. No es el nuestro.

Él la miró.

—¿Qué es nuestro trabajo? ¿No es acaso luchar por el Señor Shardik?

—Seguir al enviado de Dios.

Ella se dio vuelta y tomó el camino del río. Siempre vacilando, él vio que se agachaba y recogía algo entre las cenizas de la cabaña quemada. Ella quedó quieta un momento, pesando el objeto en la mano, y cuando se movió él pudo ver que era una cuchara de madera. Luego la Tuguinda se fue alejando entre el humo, bajando la pendiente de la costa. Kelderek dejó caer su estera, metió el cuchillo en el cinturón y la siguió. En la ribera Rantzay y Sheldra esperaban junto a la canoa que yacía entre los guijarros. Estaban contemplando el río y no le prestaron atención. Él siguió la mirada de ellas y vio a Shardik que estaba chapaleando en dirección de la tierra firme. Cerca, protegiéndose los ojos de la resolana, la Tuguinda estaba de pie en una foca chata y cuadrada que emergía de las aguas playas. Él le tomó el brazo y los dos se pusieron a seguir a Shardik a través del estrecho.

Libro II

Guelt

El camino a Guelt

Ese atardecer el ejército de Ortelga, dirigido por Ta-Kominion, inició el cruce del estrecho: una horda mugrienta y vociferante de hombres, unos cuantos miles, algunos armados con picas, espadas o arcos; otros provistos nada más que de zapapicos o estacas afiladas: algunos —en su mayoría sirvientes— avanzaban en bandas que comandaban sus señores, a guisa de oficiales, otros eran meras bandadas de rufianes aficionados al garrote y la botella, pero todos ansiosos por marchar y dispuestos a la lucha, todos convencidos de que Bekla estaba destinada a caer ante el poder revelado de Dios, pues la voluntad de Este era de que ellos tuvieran los estómagos llenos y nunca tuvieran que trabajar en sus vidas.

En algunos puntos peligrosos de la carretera rota, Ta-Kominion hizo tender sogas entre las estacas o balsas ancladas; en éstas se bebió y se chacoteó, hasta que un hombre se cayó al agua y se ahogó. Cuando llegó la oscuridad, los que se reunían en la orilla de la isla empezaron a beber y cantar mientras esperaban que se levantara la luna, y los guardaespaldas de Ta-Kominion hicieron una última excursión por la ciudad, provocando a los dubitativos o a los inclinados a pensar que se podía perder más de lo que se iba a ganar con esa historia.

Las mujeres también hacían el cruce, cargadas de armas, ropas, flechas o bolsas de comida conseguidas a último momento como limosnas, préstamos o robos. Algunas de ellas, confundidas por la multitud, iban de un lugar a otro en el atardecer iluminado por las antorchas, llamando los nombres de sus hombres y arreglándoselas como podían con los importunos y los ladrones.

Ta-Kominion, después de pedirle a Fassel-Hasta que contara el número de los contingentes y tratara de organizar divisiones, emprendió la marcha a través de la carretera.

Durante varias horas había estado mojado, al principio con el agua hasta la cintura, examinando la implantación de las sogas y demorándose en las partes desguarnecidas, no tanto para alentar a la chusma, que por lo general estaba de muy buen ánimo, sino para establecer su autoridad y asegurarse que lo conocían y lo iban a conocer en el futuro. Ya cansado de la tarea de la noche y el día previos, estaba intentando pasar una segunda noche sin dormir. Vadeó hasta la orilla de Ortelga, requisó la primera cabaña que vio, devoró la primera comida que se le trajo y durmió unas dos horas. Cuando su sirviente, Numiss, lo despertó, la luna estaba muy arriba en el cielo y los rezagados eran forzados a moverse. Esperó impacientemente a que Numiss cambiara el trapo sucio que le cubría la herida profunda y mal cerrada de su brazo; luego siguió camino arriba hacia la ciudad, hasta que llegó al puesto del *shendron* bajo el árbol zoán.

Ya no había allí ningún *shendron*, ni siquiera una mujer o un viejo, pues Ta-Kominion no se ocupaba de poner guardias en torno a Ortelga. Sin embargo, esperando bajo la tienda de hojas, encontró, como había esperado, a dos de las muchachas de la Tuguinda con una canoa. Numiss y otro habían sido despachados esa mañana, en cuanto terminó la refriega, con instrucciones de cruzar el estrecho, encontrar a la Tuguinda y pedir que se enviaran guías al árbol zoán después de levantarse la luna.

Al llegar a la orilla tropezó, se golpeó un brazo contra un árbol y se mordió los labios, mientras el dolor disminuía poco a poco. Durante todo el día no había hecho caso de la herida, pero ahora, cuando una de las muchachas aflojó la correa de su arco para fabricar con ella un cabestrillo rústico, se sintió inclinado a obedecerla, inclinando la cabeza humildemente para que ella atara el nudo detrás de la nuca. Las muchachas se habían vuelto hábiles para moverse en lo oscuro. Él no habría podido decir si seguían un camino o si estaban enteradas de la dirección y empezaba a estar en un estado demasiado febril para que esto le importara. El brazo le palpitaba y el sentido del oído continuamente cambiaba: de repente magnificado, de repente amortiguado. Caminó junto a ellas en silencio, barajando en su mente todas las cosas que aún no se habían hecho. Finalmente vio, a la distancia, un fuego que bailaba entre los árboles. Fue hacia él, se detuvo cuando se les pidió el santo y seña a sus guías y contestó con las palabras debidas. Luego se acercó a la fogata y Kelderek vino a saludarlo.

Por unos instantes quedaron de pie, mirándose y pensando hasta qué punto era extraño que, pese a todo lo ocurrido, no estuvieran acostumbrados el uno a la cara del otro. Luego Kelderek bajó la mirada hacia el fuego, se agachó, echó un leño, y dijo:

—Crendro, Ta-Kominion, me alegro que hayas conquistado Ortelga, pero lamento que te hayan herido. ¿Supongo que las muchachas te estaban esperando?

Ta-Kominion asintió.

—¿Es grave la herida?

—No tiene importancia. Otros tuvieron más suerte... y otros ya no tendrán miedo de pelear de nuevo.

—¿Cuánto tiempo duró la pelea?

—No sé. Supongo que más tiempo que el que lleva cruzar el estrecho.

—Me asombra —dijo Kelderek— que anoche, a pesar del hambre que tenía, el Señor Shardik no anduvo por la selva. Debe haber husmeado el olor de comida que llegaba de Ortelga. Pero se dio vuelta antes de llegar al Cerco Muerto y tomó el camino del río.

Ta-Kominion meneó la cabeza, como si el asunto tuviera poca importancia para él.

—¿Qué le ha ocurrido a Bel-ka-Trazet? —preguntó Kelderek.

—¡Oh, se fue por el río, como tú, aunque no tan rápidamente!

Kelderek contuvo el aliento y cerró la mano que tenía puesta en la estaca. Después de unos instantes dijo:

—¿Adónde ha ido?

—Corriente abajo.

—¿Tienes intenciones de seguirlo?

—No es necesario. No es cobarde, pero para nosotros no es más peligroso ahora que si lo fuera. —Levantó la mirada—. ¿En dónde está el Señor Shardik?

—Por ahí, no lejos del camino. Llegó al camino esta tarde y luego volvió a la selva. Estuve cerca de él hasta que se levantó la luna, pero volví para encontrarme contigo.

—¿Qué camino?

—El que lleva a Guelt. No es lejos de aquí.

Ta-Kominion se levantó y se plantó frente a Kelderek, mirándolo a la cara. Tenía la espalda contra la hoguera y, con los largos cabellos que le caían por delante, parecía llevar una máscara de espesas sombras, a través de la cual sus ojos ardían fríos y severos. Sin dar vuelta la cabeza dijo:

—Puedes dejarnos, Numiss.

—Pero... ¿adónde hemos de ir, señor?

Ta-Kominion no dijo nada más y después de un instante el pelirrojo y su compañero desaparecieron entre los árboles. Antes de que Ta-Kominion pudiera hablar de nuevo, Kelderek estalló:

—¡Mi lugar está con el señor Shardik para seguirlo y servirlo! ¡Esa es mi tarea! ¡No soy un cobarde!

—No dije que lo fueras.

—He caminado junto al Señor Shardik, he dormido a su lado, he puesto mis manos sobre él. ¿Es ese trabajo para un cobarde?

Ta-Kominion cerró los ojos y se pasó la mano una o dos veces por la frente.

—No he venido ni a acusarte ni a pelear contigo, Kelderek. Tengo cosas más importantes de qué hablar.

—Crees que soy un cobarde. ¡Es como si lo hubieras dicho!

—Lo que se me pueda haber escapado no tiene nada que ver con los asuntos de hoy. Lo mejor es que apartes esas ideas personales de tu cabeza. Todo hombre de Ortelga capaz de usar un arma está atravesando el Telthearna y se dispone a marchar sobre Bekla. Yo me uniré a ellos desde aquí. No es necesario volver al campamento. Llegaremos a Bekla en cinco días, tal vez antes. No es sólo la sorpresa lo que nos hace falta. Tenemos tan sólo alimentos para tres días, y eso no es todo. Nuestra gente tiene que tomar Bekla antes de perder el poder que arde en sus corazones. ¿A quién, crees, pertenece ese poder?

—¿Señor? —Se le escapó antes de que pudiera interrumpirse.

—Fue el poder de Shardik que tomó Ortelga hoy. Tuvimos suerte... muchos lo vieron antes de que atravesara la carretera. Bel-ka-Trazet quedó fuera porque se supo que era un enemigo de Shardik. El pueblo vio por sí mismo que Shardik ha regresado. Ellos creen que no hay nada que él no vaya a darles, nada que no puedan hacer ellos en su nombre.

Dio unos pasos inciertos de vuelta hasta el leño y se sentó, rígido y ceñudo, tratando de dominar un mareo repentino. Por un instante los dientes entrechocaron y se apretó la barbilla con la mano abierta.

—Shardik ha sido enviado para que Bekla nos sea devuelta, devuelta al campesino y al barón por igual. Los campesinos no necesitan saber más que esto, pero yo tengo que encontrar la manera justa, la manera de traer la victoria por medio de Shardik. Y esta es la manera, o así me lo parece. O tomamos Bekla dentro de siete días, o no la tomamos.

—¿Por qué?

Ta-Kominion guardó silencio, como si estuviera eligiendo las palabras.

—Mientras tengan los corazones llenos de Shardik, nuestros hombres harán lo imposible, marcharán sin dormir, volarán por los aires, derrumbarán las paredes de Bekla. Pero en los corazones de los hombres sencillos un poder como éste es como una niebla. El viento o el sol, cualquier contrariedad inesperada, puede dispersarlo en una hora. Debemos tomar medidas para que no haya posibilidad de dispersión. —Se detuvo y dijo con aire deliberado—: Pero hay más aún. Lo que no se ve, no se piensa. Me dicen que tú entiendes a los niños. Entonces sabrás que los niños olvidan lo que no tienen delante de los ojos.

Kelderek fijó en él la mirada, adivinando lo que quería decir.

—Shardik debe estar con nosotros cuando vayamos a la pelea. Es sumamente importante que la gente lo vea ahí.

—¿En Bekla? ¿Dentro de cinco días? ¿Cómo?

—Tienes que decirme cómo.

—El señor Shardik apenas puede ser llevado diez pasos, ¡y tú me estás hablando de un viaje de cinco días!

—Kelderek: Bekla es una ciudad más rica y maravillosa que una montaña de joyas. Es nuestra por antiguo derecho, y Shardik ha vuelto para devolvérsela. Pero él sólo puede ganarla por intermedio de nosotros. Él necesitó mi ayuda para tomar hoy a Ortelga. Ahora necesita tu ayuda para que lo lleves a Bekla.

—¡Pero eso es imposible! No fue imposible tomar a Ortelga.

—No, por supuesto que no... Fue algo fácil, supongo, para los que no estaban allí en el momento. No importa. Kelderek: ¿quieres dejar de ser un tonto que juega con niños huérfanos en la orilla? ¿Quieres ver a Shardik con todo su poder llegando a

Bekla? ¿Quieres llevar a su justo fin la labor que iniciaste la noche en que enfrentaste el cuchillo caliente de Bel-ka-Trazet en el Sindrad? ¡Debe haber una manera! O la encuentras o no salimos del aprieto. Tú y yo y el Señor Shardik, somos nosotros los que trepamos, y no hay camino de vuelta. Si no tomamos a Bekla, ¿crees que los gobernantes de Bekla nos dejarán tranquilos? No: nos van a perseguir sin misericordia. No pasará mucho tiempo antes de que se encarguen de ti y de tu oso.

—¿Mi oso?

—Tu oso. Porque en eso habrá de convertirse el Señor Shardik de los Arrecifes, que está dispuesto en estos momentos a darnos una gran ciudad con toda su riqueza y su poder, siempre que nosotros encontremos los medios.

—Kelderek, dices que yo creo que eres un cobarde. ¿Soy yo quien piensa esto o eres tú? No es demasiado tarde todavía para que te redimas, Kelderek-Juega-con-los-Niños, para que demuestres ser un hombre. Encuentra alguna manera de llevar al Señor Shardik a los llanos de Bekla... Lucha por él ahí, con tus propias manos. Piensa en el premio, ¡un premio más allá de todo cálculo! Hazlo y ya nunca más nadie podrá llamarte cobarde.

—Nunca fui cobarde. Pero la Tuguinda...

Por primera vez, Ta-Kominion le sonrió.

—Sé que no lo eres. Cuando hayamos tomado Bekla, ¿qué recompensa crees que habrá para aquél a quien Shardik eligió para aparecer por primera vez? ¿Para aquél que trajo la noticia a Quiso? ¡No hay un solo hombre en Ortelga que no conozca tu nombre y no lo reverencie!

Kelderek vaciló frunciendo el ceño.

—¿Cuándo debemos empezar?

—En seguida... Ahora. No hay un minuto que perder. Hay dos cosas, Kelderek, que un jefe rebelde necesita antes que nada. La primera, que sus secuaces deben estar llenos de dedicación ardorosa —la mera obediencia no basta— la segunda; que él mismo tiene que ser toda velocidad y resolución. La segunda condición yo la poseo. La primera sólo tú puedes asegurarla.

—Tal vez sea posible. Pero voy a necesitar a cada herrero, carrero y carpintero de Ortelga. Vayamos a hablar con la Tuguinda.

Cuando Ta-Kominion se levantó, Kelderek le ofreció el apoyo de su brazo, pero el barón lo apartó, dio unos pocos pasos vacilantes, se detuvo y luego puso el brazo sano en el de Kelderek y se enderezó, apoyándose hasta que encontró el equilibrio.

—¿Estás enfermo?

—No es nada: un poco de fiebre. Ya pasará.

—Debes estar cansado. Tendrías que descansar.

Kelderek marchó a su lado, alejándose de la hoguera. En la oscuridad bajo los árboles se pararon, enceguecidos después de la luz de las llamas. Una mano asió la

manga de Kelderek, y éste se volvió, escudriñando.

—¿Tengo que guiarte, señor? ¿Vuelves ahora con el Señor Shardik?

—¿Es tu turno, Neelith?

—Mi turno ha terminado, señor. Venía a despertar a Sheldra, pero si me necesitas, eso no importa...

—No, ve a dormir. ¿Quién vigila al Señor Shardik?

—Zilthé, señor.

—¿Dónde está la Tuguinda?

La muchacha señaló con la mano:

—Allá, entre los helechos.

—¿Está durmiendo?

—Todavía no, señor. Ha estado rezando hasta ahora. No ha terminado.

Dejaron a la muchacha. Sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad y ya avanzaban con menos dificultad.

Ta-Kominion se detuvo, levantó la cabeza y husmeó el aire más fresco.

—Las lluvias ya no pueden demorar mucho.

—Uno o dos días —contestó Kelderek.

—Es la mejor de las razones para apresurarnos. Es ahora o nunca. No podemos marchar ni mantener el campo si está mojado. Tampoco pueden ellos. La misma Bekla está ahora bajo las lluvias. Lo último que esperan es un ataque de esta naturaleza en esta estación del año. Si no se les avisa y nosotros llegamos antes de que lleguen las lluvias, podemos contar con una sorpresa completa.

—¿No tienen espías?

—Vamos, hombre, no somos tan importantes. ¿Ortelga? Unos barrenderos que se han apilado en una de las puntas de un terreno.

—¡Pero el riesgo! Si las lluvias llegan antes de que podamos luchar... ése será el fin. ¿Estás seguro de que hay tiempo?

—El Señor Shardik nos dará tiempo.

Mientras hablaba, llegaron junto a un ancho bloque de roca que se levantaba del suelo como una pared. Era chato, de un grosor como el cuerpo de un hombre y terminaba irregularmente con un borde mellado a la altura de un brazo por encima de sus cabezas. En la media luz los dos lados parecían casi lisos, aunque Kelderek tanteó sorprendido uno de los planos y se encontró con que era más áspero que lo que parecía, hendido por aquí y por allá y con excrescencias de mohos y líquenes. Más allá divisaron otro, también chato pero más ancho, levemente torcido y de forma distinta. Al llegar a éste vieron que estaba cubierto a medias, por un lado, por líquenes de un color rojo oxidado, como de sangre coagulada. Y empezaron a contemplar estas masas altas y chatas y a dar vueltas entre ellas.

Allí crecían los helechos de los que había hablado la muchacha, algunos del

tamaño de árboles, con musgos que caían de las frondas, y otros pequeños y delicados, con frondas hechas de diminutas hojitas que temblaban como hojas de un álamo plateado con el aire tranquilo.

—¿Nunca estuviste aquí antes? —preguntó Ta-Kominion cuando Kelderek miraba el perfil de una roca que parecía bambolearse entre sus ojos y el movimiento de las nubes por arriba—. Son las Rocas de Dos Lados.

—Una vez, hace muchos años, estuve aquí; pero no tenía bastante edad para preguntarme cómo habían llegado aquí estas rocas, o por qué.

—Las rocas están aquí desde un principio, me han dicho. Pero los hombres que hicieron los Arrecifes de Quiso las labraron, como otros pueden dar forma a un cerco o a un árbol para maravillar los corazones de los peregrinos que se acercan a Ortelga. Pues es aquí que solían reunirse los peregrinos para trasladarse luego a la carretera.

—Entonces este lugar pertenece al Señor Shardik, como Quiso, y es por esto que él nos trajo aquí.

La Tuguinda estaba de pie, un poco a la distancia, en un lugar abierto entre los helechos. Tenía la espalda dada vuelta a medias, con las manos cruzadas sobre la cintura y la cabeza inclinada, contemplando la distancia iluminada por la luna. Su compostura le recordó a Kelderek el momento en que había estado en el borde de la hondonada, muy consciente de que Shardik y nadie más que Shardik yacía allí entre las trepsis. Era claro que no estaba recogida en contemplación, sino que parecía más bien haber alcanzado un intenso estado de clarividencia, en el cual era consciente, maravillada, de todo lo que la rodeaba.

Ta-Kominion se detuvo, dejó el brazo de Kelderek y se apoyó en una roca, apretando la frente contra la piedra fresca.

—¿Esa es la Tuguinda?

—Sí. —Por un momento quedó sorprendido, y después recordó que Ta-Kominion no la podía haber visto sin máscara... que tal vez nunca la había visto.

—¿Estás seguro?

Kelderek no contestó.

La muchacha dijo que estaba rezando.

—Está rezando.

Ta-Kominion se encogió de hombros y se echó hacia atrás. Siguieron marchando. Cuando todavía, estaban a cierta distancia, la Tuguinda se volvió hacia ellos. A la luz de la luna la cara estaba llena de una alegría calma y tranquila que parecía abrazar y santificar, más que trascender, la oscura selva y el peligro y la incertidumbre que cundía por todo Ortelga. A los ojos de Kelderek, la fe se desprendía de ella como la luz de una linterna.

Es ella —pensó en un brusco raptó de auto-conocimiento—, es ella, no yo, que transmutará el poder de Shardik y hará de él una bendición para todos nosotros. La

aceptación y la fe de ella —la, fuerza y el salvajismo de él— son una y la misma cosa. Él es una criatura débil y muda sin conocimiento. Ella es fuerte como brotes de lirios, que las grandes piedras no pueden impedir que rompan la tierra.

Se pararon ante ella y Kelderek se llevó la palma de la mano a la frente. La sonrisa de ella, como respuesta, parecía el paso con que se contesta, en una alegría, un intercambio de respeto y confianza mutuas.

—Te interrumpimos, *säiyet*.

—No, todos estamos haciendo lo mismo... sea lo que fuere. Vine aquí porque hace más fresco entre los helechos. Pero ahora volveremos junto al fuego, Kelderek, si prefieres.

—*Säiyet*, tus deseos son los míos, y siempre lo serán.

Ella sonrió de nuevo.

—¿Estás seguro?

Él asintió con la cabeza, devolviéndole la sonrisa.

—Este es el Gran Barón de Ortelga, el señor Ta-Kominion. Ha venido a hablar del Señor Shardik.

—Me temo que no estás bien —dijo ella, tendiendo los dedos para tocarle la muñeca—. ¿Qué ha ocurrido?

—No es nada, *säiyet*. Le estaba diciendo a Kelderek que el tiempo apremia. El Señor Shardik debe venir...

En ese instante, de alguna parte no muy lejana llegó un grito atroz, que atravesó la selva, un grito de miedo y de dolor. Hubo un momento de silencio. Luego se oyó otro grito, que estalló tan repentinamente como si un hombre aterrado, que cae desde una altura, tocara el suelo.

Los ojos de Kelderek se encontraron con los de Ta-Kominion y los dos tuvieron el mismo pensamiento: «Es el grito de muerte de un hombre».

Numiss y su compañero llegaron corriendo hacia ellos entre los árboles, con las espadas en las manos.

—¡Gracias a Dios, señor! Pensamos que...

—No importa —dijo Ta-Kominion—. ¡Seguidme, vamos!

Salió corriendo, abriéndose camino entre los helechos y las altas rocas. Los dos sirvientes lo siguieron. Kelderek, sin embargo, se quedó con la Tuguinda, midiendo sus pasos de acuerdo a los de ella, como tratando de convencerla que se mantuviera fuera de peligro.

—Sé prudente, *säiyet*. Espera aquí y permite que te mande las noticias de lo que encontremos. No debes arriesgar tu vida.

—Ahora no hay riesgo —contestó ella—. Cualquier cosa que haya ocurrido, ya no tiene remedio.

Pronto llegaron al lugar en que estaba Ta-Kominion y los sirvientes, que estaban

dando golpes de cuchillo a un seto de trepadoras.

—¿No hay un camino más fácil, señor? —preguntó Numiss, jadeando, arrancándose las espinas de trazada del brazo y conteniendo sus palabrotas al ver a la Tuguinda.

—Es muy probable que lo haya —contesto Ta-Kominion—, pero debemos ir directamente al lugar de donde salió el grito o perderemos la dirección y no encontraremos al hombre antes de que amanezca.

De repente el oído de Kelderek oyó un ruido intermedio entre un llanto y un gemido de miedo. Era una voz de mujer a corta distancia.

—¡Zilthé! —exclamó.

—¡Señor! —contestó la muchacha ¡Oh, ven, ven!

Cuando Numiss logró abrirse paso entre las trepadoras, Kelderek siguió a Ta-Kominion por la abertura. Se encontró en un claro sin árboles, que miraba a un valle abierto.

Debajo del lugar en donde estaban corría el camino de Ortelga a Guelte. En el borde del camino estaba hincada Zilthé sobre una rodilla, con el arco al lado, junto a la forma oscura de un cuerpo. Kelderek vio que se levantaba, volvía la cabeza y miraba hacia él, pero evidentemente no pudo distinguirlo entre los árboles y las sombras.

La Tuguinda llegó atravesando las trepadoras. Señaló sin decir nada y ambos empezaron a aproximarse. Ta-Kominion, haciendo una seña a los sirvientes para que se quedaran un poco detrás, murmuró: Un hombre muerto... pero ¿dónde está el que lo mató?

Los otros no contestaron. Cuando se acercaban, Zilthé se apartó del cuerpo, que yacía en medio de la sangre, viscosa al parecer, negra y lisa a la luz de la luna. Un lado de la cabeza había sido aplastado y debajo del hombro izquierdo la sangre seguía manando a través de los agujeros de la capa. Los ojos miraban muy abiertos, pero la boca abierta y los dientes descubiertos estaban ocultos en parte por el brazo con que el hombre se había tapado la cara, como si hubiera querido defenderse. Tema puesta botas con tacón, unas botas de mensajero, y debajo de los talones había unas marcas profundas en el suelo, hechas sin duda al patear en el momento de morir.

La Tuguinda echó el brazo por encima de los hombros de Zilthé, se alejó un poco con ella y se sentó a su lado. Kelderek las siguió. La muchacha lloraba, estaba aterrada, pero podía hablar.

—El Señor Shardik, *säiyet*... Estaba durmiendo. Cuando de repente se despertó y se fue al camino, el mismo camino que había tomado esta tarde. Se hubiera dicho que lo hacía con alguna intención. Traté de seguirlo, pero empezó a andar a la disparada, como si estuviera cazando o persiguiendo... Cuando llegué al borde de los árboles — y señaló hacia la ladera— él ya estaba allí, esperando, agazapado detrás de las rocas.

Entonces, después de un rato, oí al hombre... Vi que subía por el camino y salí corriendo para gritarle y advertirle, pero se me enredó el pie, tropecé, caí... y, cuando me levanté, vi al Señor Shardik saliendo de detrás de las rocas. El hombre lo vio y gritó. Se dio vuelta y echó a correr, pero el Señor Shardik lo siguió y lo derribó. Él... —La muchacha, dominada por la viveza de las imágenes, golpeaba el aire con un brazo que mantenía tieso, con la mano abierta y los dedos separados, rígidos y crispados—. Podría haberlo salvado, *säiyet*... —Y se echó a llorar una vez más.

Ta-Kominion se acercó a ellas, con la lengua entre los dientes, mientras cambiaba la posición de su brazo herido dentro del cabestrillo.

—¿Reconoces a ese hombre, Kelderek? —preguntó.

—No. ¿Es de Ortelga?

—Es de Ortelga. Se llama Naro y era un sirviente.

—¿De quién?

—Servía a Fassel-Hasta.

—¿Servía a Fassel-Hasta? Entonces... ¿qué puede haber estado haciendo aquí?

Ta-Kominion vaciló, mirando a Numiss y su compañero, que habían levantado el cuerpo, lo habían puesto del otro lado del camino y hacían lo que podían para darle un aspecto decente. Luego recogió un tubo de cuero manchado de sangre, lo abrió y mostró a la Tuguinda dos pedazos de corteza que estaban escritos con letras dibujadas con un pincel.

—¿Puedes leer este mensaje, *säiyet*?

La Tuguinda tomó las hojas rígidas, curvadas, y sostuvo una tras otra, a la distancia do Lodo el brazo, a la luz de la luna. Kelderek y Ta-Kominion no pudieron deducir nada por su cara. Finalmente ella se puso de pie, metió las hojas en el tubo y, sin decir palabra, se lo devolvió al barón.

—¿Has leído, *säiyet*?

Ella asintió una vez con la cabeza, al parecer con cierta contrariedad, como si hubiera preferido, en caso de ser posible, no reconocer que había leído el mensaje.

—¿Dice lo que este hombre estaba haciendo aquí? —insistió Ta-Kominion.

—Este hombre llevaba noticias a Bekla de lo que ocurrió hoy en Ortelga. —Se volvió y miró hacia el valle.

Ta-Kominion gritó y los sirviente; que estaban del otro lado del camino levantaron la mirada.

—¡Dios! ¿Dice que hemos cruzado la carretera y lo que tenemos intenciones de hacer?

Ella asintió una vez más.

—¡Debí haberlo adivinado! ¿Por qué no habré puesto a mis hombres a que vigilaran el camino? Ese traidor de...

—De todos modos el camino era vigilado por nosotros —dijo Kelderek—. Sin

duda no fue casual que Zilthé tropezara antes de poder avisar al hombre. El Señor Shardik... ¡sabía lo que había que hacer!

Cambiaron una mirada mientras la sombra larga de la selva, puesta ya la luna, seguía bajando por la ladera.

—Pero Fassel-Hasta... ¿por qué lo hizo? —preguntó por último Kelderek.

—¿Por qué? Por la riqueza y el poder, naturalmente. ¡Debí haberlo adivinado! Siempre fue él quien tuvo los tratos con Bekla. «Sí, señor». «Deja que yo te lo escriba, señor». ¡Por el Oso! ¡Se lo voy a escribir en la cara con un hierro candente! Nada más que para empezar. Numiss: deja ese cuerpo a los buitres... si se dignan comerlo.

Desde el borde de los árboles Shardik estaba mirando el valle de abajo. Por un momento se lo vio claramente, y su forma negra contra la línea de los bosques fue como una puerta abierta en el muro de una ciudad. Luego, cuando Kelderek levantó los brazos a guisa de saludo y de plegaria, se dio vuelta y desapareció en la oscuridad.

—¡Dios sea loado! —gritó Ta-Kominion—. El Señor Shardik nos salvó de ese demonio. Este... este es tu signo, Kelderek. ¡Nuestra voluntad es la voluntad de Shardik, nuestro plan triunfará! ¡Basta de juegos de niños en la costa para ti, muchacho! ¡Tú y yo gobernaremos en Bekla! ¿Qué te hace falta? Dime y lo tendrás una hora antes del amanecer.

La Tuguinda se volvió hacia Kelderek.

—¿De qué plan habla? —preguntó.

—El señor Ta-Kominion dirigirá nuestro pueblo contra Bekla, *säiyet*, para ganar lo que es nuestro por antiguos derechos. Han cruzado el Telthearna...

—Ahora ya deben estar en camino —dijo Ta-Kominion.

—Y nuestra parte, *säiyet* —siguió diciendo Kelderek, muy serio— consiste en llevar allá al Señor Shardik, tú y yo. El barón nos dará unos artesanos que fabricarán una jaula con ruedas y los hombres para que la arrastren...

Él se detuvo un momento y encontró la incrédula mirada de ella; pero ella no dijo nada y él prosiguió.

—Habrás que darle una droga, como en los primeros días. Sé que será difícil, peligroso también, pero no tengo miedo. Por el bien del pueblo...

—En mi vida he oído una tontería semejante —dijo la Tuguinda.

—¡Säiyet!

—La cosa no se hará. Es claro que tú no sabes nada ni del Señor Shardik ni de la verdadera naturaleza de su poder. Él no es un arma o una herramienta que pueda usarse para satisfacer la codicia mundana de los hombres. No... —Y levantó la mano en el momento en que Ta-Kominion iba a hablar—. Ni siquiera por las ventajas materiales que podría haber en eso para Ortelga. Lo que a Dios le plazca transmitirnos por medio de Shardik es algo que debemos estar preparados a recibir con una

humildad y gratitud. Si el pueblo cree en Shardik, eso es una bendición para él. Pero tú y yo, ni determinamos ni conferimos esa bendición. Di una droga al Señor Shardik para salvarle la vida, pero no habrá de ser anestesiado para que lo metan en una jaula y se lo lleven a Bekla.

Ta-Kominion permaneció un rato en silencio, mientras los dedos de su brazo lastimado, en el cabestrillo, tecleaban sobre su costado izquierdo. Finalmente dijo:

—Hace ya mucho tiempo, *säiyet*, cuando Shardik fue traído a los Arrecifes... ¿Cómo se lo trajo, si se permie preguntar? ...¿No fue traído gracias a un narcótico y a la fuerza?

—Esos fueron medios usados para un fin señalado por Dios, y para que sus siervos pudieran servirlo. Tú intentas convertirlo en un instrumento de muerte para afirmar tu poder.

—El tiempo es corto, *säiyet*. No tengo tiempo para discutir.

—No hay nada que discutir.

—Nada —contestó Ta-Kominion en voz baja y dura. Avanzó y asió con fuerza a la Tuguinda por las muñecas—. Kelderek: tendrás tus artesanos dentro de dos horas, aunque el hierro y parte del material pesado pueda llevar más tiempo. Recuerda: todo depende de la firmeza. No debemos fallar al pueblo... tú y yo.

Por un instante miró a Kelderek, y su mirada decía: «¿Eres un hombre, como sostienes, o eres un niño crecido bajo la férula de una mujer?». Luego, sin soltar la muñeca de la Tuguinda, llamó a los sirvientes, que avanzaron con incertidumbre desde los matorrales del otro lado del sendero.

—Numiss —dijo Ta-Kominion— la *säiyet* vuelve con nosotros para encontrarse con el Señor Zelda y el ejército en el camino. —Sacó el brazo del cabestrillo de cuero—. Toma esto y átale las muñecas detrás de la espalda.

—Señor... señor... —balbuceó Numiss—. Tengo miedo...

Sin decir más, Ta-Kominion, con los dientes apretados por el dolor que sentía en el brazo, ató firmemente los brazos de la Tuguinda a su espalda. Después puso el extremo libre de la correa en las manos de Numiss.

Mientras tanto sostenía el cuchillo con los dientes, evidentemente dispuesto a usarlo, pero ella no se resistió, sino que permaneció en silencio con los ojos cerrados y sólo apretó los labios cuando la correa le lastimó las muñecas.

—Ahora partiremos —dijo Ta-Kominion— créeme, *säiyet*, lamento esta afrenta a tu dignidad. No deseo verme obligado a taparte la boca, de tal modo que... te ruego... que no haya gritos de auxilio.

En la casi oscuridad que reinaba después de ponerse la luna, la Tuguinda se dio vuelta y miró a Kelderek. Por un instante los ojos de él encontraron la mirada de ella, y luego bajaron al suelo: él no la miró cuando oyó los pasos de ella alejándose por el sendero. Y, cuando miro, tanto ella como Ta-Kominion estaban a cierta distancia.

Kelderek corrió tras ellos. Ta-Kominion se volvió velozmente, con el cuchillo en la mano.

—¡Ta-Kominion! —Estaba jadeando—. ¡No la lastimes! ¡Ella no debe ser ni maltratada ni lastimada! ¡Ella no debe sufrir ningún daño! ¡Prométemelo!

—Te lo prometo, Gran Sacerdote del Señor Shardik en Bekla.

Kelderek siguió vacilante, esperando a medias que ella dijera algo, pero ella no dijo nada y pronto se desvanecieron entre la niebla del amanecer y la tiniebla del valle. Una vez oyó la voz de Ta-Kominion; después quedó en soledad. Desde la ladera oyó que lo llamaban por su nombre. Dándose vuelta, vio la alta figura de Rantzay que bajaba con seis o siete de las muchachas. Inmediatamente sus temores se disiparon y fue al encuentro de ellas, con la cabeza clara y lleno de decisión.

—Zilthé nos dijo, señor, que el Señor Shardik ultimó al traidor de Ortelga. ¿Todo está bien? ¿En dónde están la Tuguinda y el joven barón?

—Han... han vuelto juntos al valle. El ejército ya está en marcha y han ido a juntarse con él. La voluntad del Señor Shardik es que nos unamos al ejército que va a Bekla. Debemos cumplir, tú y yo, con esa voluntad. Y no hay tiempo que perder.

—¿Qué hemos de hacer, señor?

—¿Siempre tienes el somnífero en el campamento, el remedio que usábamos para curar al Señor Shardik?

—Tenemos ese remedio y otros, señor, aunque no en cantidad.

—Basta con un poco. Debes buscar al Señor Shardik e insensibilizarlo con esa droga. ¿Qué se podría hacer?

—Se le puede dar en la comida, señor. Si no es así, tendremos que esperar a que se duerma y pincharlo. Eso es muy peligroso, pero se puede intentar.

—Tienes hasta la puesta del sol. Si puede ser traído aquí en una u otra forma, tanto mejor. Vale decir, no debe quedarse dormido en medio de la selva o todo va a fracasar.

Rantzay frunció el ceño y meneó la cabeza ante la dificultad de la tarea. Ya se disponía a hablar cuando Kelderek la detuvo.

—Tiene que ser intentado, Rantzay. Si es la voluntad de Dios —y yo sé que lo es— la cosa saldrá bien. En cualquier forma, el Señor Shardik debe estar insensibilizado a la puesta del sol.

En ese momento se volvieron conscientes de un ruido confuso, que llegaba de lejos y era tan leve que sólo podía ser oído cuando no soplaban las brisas del amanecer. Se pusieron a escuchar y el rumor creció, hasta que por fin distinguieron sonidos metálicos y voces humanas.

La vanguardia del ejército de Ta-Kominion avanzaba por el valle. Kelderek habló rápidamente.

—Deja de lado toda duda, Rantzay, y obra con la creencia firme de que la cosa

puede hacerse. Entonces todo saldrá bien. Voy a verme con el señor Ta-Kominion. Volveré más tarde y me encontrarás aquí. Sheldra y Neelith: venid conmigo.

Mientras bajaba la cuesta entre las dos muchachas silenciosas, en busca del tumulto que marchaba a su encuentro, sintió que sus plegarias interiores volvían a ser musitadas. Si tenía razón o no, sólo iba a saberse por el resultado. Pero Ta-Kominion estaba seguro que el propósito divino de Shardik era llevar el ejército a la victoria. «Tú y yo gobernaremos en Bekla». «Y cuando llegue ese día —pensó— sin duda la Tuguinda entenderá que todo lo que se hizo fue bien hecho».

18

Rantzay

—En el linde de la selva, Rantzay se arrodilló sobre las huellas, marcadas levemente en el suelo duro. Las huellas iban hacia el Oeste, llevaban a una zona de densa maleza, y dejaban de ser visibles, junto a un árbol kalmet, con la corteza arañada con estrías blancas, muy arriba, por las garras del oso. Rantzay se dio cuenta que no habían pasado dos horas desde que Shardik había estado deliberadamente al acecho y había matado un hombre. Cuando él estaba en este estado de ánimo, podía matar de nuevo, podía quedar al acecho de los que se pusieran a buscarlo, o avanzar elusivo y silencioso a través de los bosques hasta ponerse a la zaga de ellos y convertir a los perseguidores en perseguidos.

Las fatigas del mes pasado se habían hecho sentir cada vez más en la sacerdotisa. Era la mayor de las mujeres que habían seguido a Shardik hasta Ortelga y a través del estrecho del Telthearna, y aunque su creencia en el poder divino no había sido rozada por la más leve duda, ella también había sentido —más y más a medida que pasaban los días— las penurias de la vida y el continuo miedo de la muerte.

Rantzay, veterana de las novicias y guardiana de los Arrecifes, no había, sido tomada de sorpresa, como Melathys, por el advenimiento repentino de Shardik, como ladrón en la noche. Desde el momento en que había llevado a Quiso el mensaje de la Tuguinda, Rantzay había sabido lo que de ella se requería. Desde entonces, día tras día, había arrastrado su cuerpo enjuto, que envejecía, por las laderas rocosas y los setos de la isla, luchando contra su propio temor hasta cuando tranquilizaba a alguna muchacha un poco histérica y la persuadía que debía participar en el Canto: y hasta tomaba a veces el lugar de la muchacha y volvía a sentir la reacción lenta de sus músculos ante los movimientos flexibles e imprevisibles del oso.

¿De qué manera podía ser llevado Shardik, insensibilizado, a terreno abierto? Si los medios que ella elegía resultaban defectuosos, ¿cuántas vidas habrían de perderse? Volvió al lugar en donde estaban las muchachas, de pie y a cierta distancia, contemplando el valle más abajo.

—¿Cuándo comió por última vez?

—Nadie lo ha visto comer, señora, desde que salió de Ortelga ayer por la mañana.

—Entonces es probable que esté buscando comida ahora. La Tuguinda y el señor Kelderek dicen que hay que dormirlo.

—¿No quieres que lo sigamos, señora —dijo Nito— y preparemos carne o pescado con *tessik* escondido?

—El señor Kelderek dice que no debe dormirse en la espesura. Si se puede hacer, tendrá que volver aquí.

—No veo cómo podrá volver aquí, señora —dijo Nito, señalando con la cabeza el

camino que estaba abajo.

Al pie de la ladera las fogatas empezaban a encenderse y llegaban los rumores de hombres cuando trabajan: gritos repentinos de premura o advertencia, el sonido seco del martillo que golpea el hierro, el bramido de la llama excitada por los fuelles, el chirrido de un serrucho, el tac-tac-tac de un mazo y un cincel. Divisaron a Kelderek, que iba de un grupo a otro, consultando, señalando, haciendo indicaciones con la cabeza mientras hablaba. A todo esto Sheldra se apartó del lado de él y subió rápidamente hasta donde estaban ellas. Impasible como siempre, no demostraba excitación ni le faltaba el aliento cuando se paró ante Rantzay y se llevó la palma de la mano a la frente.

—El señor Kelderek desea saber si Shardik se ha ido lejos y qué se piensa hacer.

—Puede preguntarlo no más... ¡él, un cazador! ¿Cómo puede creer que Shardik se va a quedar cerca de ese humo y tumulto malolientes?

—El señor Kelderek ha dado órdenes de llevar unas cuantas cabras a la, parte alta del valle y tenerlas en el linde de la selva. Él confía en que, si se puede evitar que el Señor Shardik salga de caza o busque alimento en otra parte, tal vez pueda ir con ellos y que tú encuentres la manera de hacerlo dormir allí, señora.

—Ve y dile al señor Kelderek que, si se puede hacer, encontraremos una manera de hacerlo, con la ayuda de Dios. Zilthé, Nito: volved al campamento y traed toda la comida que podáis. También todo el tessik que haya: las hojas verdes lo mismo que el polvo seco. Traed también la otra droga: el theltocarna.

—¡Pero el theltocarna sólo se usa para las heridas, señora! No como comida: hay que mezclarlo con la sangre.

—Eso lo sé tan bien como tú —contestó vivamente Rantzay— y ya te he dicho que lo traigas. Hay seis o siete vejigas envueltas en musgo en una caja de madera con una tapa sellada. Muévela con cuidado. Las vejigas no deben romperse. Enviaré a una de las otras muchachas para que se encuentre allí contigo y te traiga de vuelta a donde estemos.

El largo y peligroso rastreo de Shardik por el Oeste de la selva continuó hasta el mediodía cuando finalmente Zilthé apareció corriendo entre los árboles para decir que había visto al oso paseando junto a un arroyo. Rantzay ya se sentía a punto de caer al suelo de nervios y fatiga. Siguió a la muchacha lentamente a través de un seto de mirtos hasta un claro cubierto de hierba alta y amarilla, con insectos que zumbaban a la luz del sol. Zilthé señaló con la mano el banco del arroyo.

Shardik no dio señales de haberlas visto. Estaba pescando, chapaleando dentro y fuera del agua y recogiendo de cuando en cuando un pez que caracoleaba y saltaba sobre la ribera pedregosa antes de que él lo agarrara y lo comiera de dos o tres dentelladas. Al contemplarlo, el corazón de Rantzay dio un vuelco. Acercarse a él era algo que ella no se atrevía a hacer. Las muchachas —ella lo sabía— no se iban a

negar a obedecerla si ella se los ordenaba, pero ¿qué se iba a sacar con eso? En el caso que, de alguna manera, se lograra hacerlo salir de allí, ¿cómo habrían de manejarlo o engañarlo para que tomara la dirección por la que había venido?

Finalmente Shardik se alejó del arroyo y se repantigó entre unas plantas de cicuta, no lejos del lugar en donde estaba echada la sacerdotisa. Podía oír el ruido hueco de los tallos que él aplastaba y ver las blancas umbelas que caían cuando el oso arrastraba las patas sobre ellas. Volvió el silencio y con él el peso de su imposible tarea y la angustia de su determinación. En medio de su cansancio y su perplejidad recordó con envidia a su amiga, libre finalmente de toda obligación, de la laboriosa dedicación a los Arrecifes y la continua fatiga y el temor de las últimas semanas. Si uno tuviera el poder de cambiar el pasado, ésta era una de sus fantasías favoritas, aunque una que ella no había compartido con nadie, ni siquiera con Anthred. Si se le diera el poder de cambiar el pasado, ¿en qué punto de él ingresaría y para hacer que? ¿Esa noche en la playa de Quiso, un mes antes? Esta vez ella no los habría guiado hacia el interior, sino que habría desviado a los mensajeros nocturnos, a los heraldos de Shardik.

Sintió una luz enceguecedora y los chillidos de unos pájaros parlanchines. Rantzay miró en derredor, turbada. Estaba de pie con la hierba seca y amarillenta hasta la rodilla. El sol estaba levemente cubierto con un vellón de nube y, de repente, un tronar largo y distante resonó en el borde del cielo. Un insecto la picó en el pescuezo y sus dedos, cuando se tocó la picadura, quedaron sucios de sangre. Estaba sola. Anthred había muerto y ella estaba allí parada en la hierba seca, en la amarga hierba del Sur del Telthearna. Las lágrimas corrieron silenciosas por su rostro estragado y polvoriento cuando se inclinó hacia adelante, apoyándose en su báculo. Después de unos instantes se golpeó la mano con fuerza, se irguió y miró en torno. A cierta distancia, Nito miraba desde los árboles y empezó a acercarse, manteniendo una mirada fija e incrédula.

—Señora... ¿cómo?... el oso... ¿qué has hecho? ¿Estás desarmada? Espera... Apóyate en mí. Oh... tenía miedo... tengo tanto miedo...

—¿El oso? —preguntó Rantzay—. ¿Dónde está el oso?

Mientras hablaba, notó por primera vez la existencia de un ancho sendero de hierba aplastada, a su lado, y en él vio las huellas de Shardik, más anchas que tejas. Se inclinó. El olor del oso era claro: tenía que haber pasado por allí después de haberlo visto ella entre las plantas de cicuta. Trastornada, se llevó las manos a la cara e iba a preguntarle a Nito qué había ocurrido cuando se dio cuenta de otro percance corporal. Las lágrimas corrieron una vez más... lágrimas de vergüenza y humillación.

—Nito, yo... Voy al arroyo. Ve y diles a las muchachas que sigan inmediatamente al Señor Shardik. Espérame después aquí. Tú y yo las alcanzaremos.

En el agua se desnudó y se lavó el cuerpo y la ropa ensuciada lo mejor que pudo.

En Quiso habría sido más fácil; muchas veces Anthred había podido anticipar cuando sobrevinía uno de sus ataques y había podido ayudarla a conservar su dignidad y autoridad. Ahora no había ninguna muchacha en quien ella pudiera confiar como en una amiga. Mirando hacia atrás, tuvo un vislumbre de Nito, que se demoraba discretamente entre los árboles. Naturalmente se había enterado del percance y lo iba a contar a las otras.

No iban a demorar mucho en alcanzarlas. Dejadas a sí mismas, las muchachas no estaban tranquilas y, si por algún increíble golpe de suerte, Shardik volvía por el camino por el que había llegado, no podía contarse con que hicieran el máximo — hasta la muerte, si fuera necesario— para llevar a cabo las instrucciones de la Tuguinda.

Ella y Nito no estaban muy lejos cuando se dio cuenta que el ataque la había dejado entorpecida y atontada. Tenía muchas ganas de descansar. Tal vez, pensó, Shardik se detendría o tomaría un camino lateral antes de la noche, y el señor Kelderek se iba a ver forzado a concederles un día más. Pero cada vez que alcanzaban a una u otra de las muchachas que estaban encargadas de señalar la dirección, las noticias eran que el oso seguía avanzando lentamente en dirección Sureste, como si quisiera llegar a la zona montañosa debajo de Guelt.

Atardecía. El paso de Rantzay se había convertido en un cojear trabado desde un árbol a otro, pero seguía aconsejando a Nito que mantuviera los ojos abiertos, que se cerciorara del camino que seguían y llamara de cuando en cuando, con la esperanza de oír una respuesta del frente.

Finalmente, a la clara luz de la luna, en alguna hora avanzada de la noche, miró a su alrededor y comprendió que había alcanzado a las muchachas, que estaban de pie, muy cerca, formando un grupo que cuchicheaba. Pero cuando se acercó, apoyándose en el brazo de Nito, todas se volvieron hacia ella y se quedaron calladas. A ella le pareció que el silencio estaba lleno de hostilidad y resentimiento. Si había esperado cordialidad o simpatía al fin del largo viaje, hubo de tener una desilusión. Entregó a Nito el báculo y se irguió casi llorando al apoyarse con todo su peso en las plantas llagadas de sus pies.

—¿Dónde está el Señor Shardik?

—Cerca, señora... A menos de un tiro de arco. Ha estado durmiendo desde que se levantó la luna.

—¿Quién está ahí? —preguntó Rantzay, escudriñando—. ¿Sheldra? Creí que estabas con el señor Kelderek. ¿A qué se debe que estés aquí? ¿Dónde estamos?

—Estamos un poco más arriba en el valle que dejaste esta mañana, señora, en el linde de la selva. Zilthé bajó del campamento para decir al señor Kelderek que Shardik ha vuelto, pero estaba rendida, así que me pidió que viniera yo en su lugar. El dice que el Señor Shardik tiene que tomar la droga esta noche.

—¿Se ha hecho algún intento de darle la droga?

Nadie contestó.

—¿Y?

—Hicimos todo lo que pudimos, señora —dijo otra de las muchachas—. Preparamos dos lonjas de carne con tessik y las dejamos tan cerca de él como pudimos. Pero él no las tocó. Ya no hay más tessik. Solo nos queda esperar a que despierte.

—Antes de dejar al señor Kelderek, señora —dijo Sheldra— llegó un mensajero de Guelt, de parte del señor Ta-Kominion. El manda decir que espera iniciar la lucha pasado mañana, y que Shardik debe llegar cueste lo que cueste. Sus palabras fueron: «Las horas son más valiosas que las estrellas».

Desde las colinas hacia el Sur los relámpagos relumbraban entre los árboles. Rantzay se arrastró los pocos metros que faltaban hasta el linde de la selva, y desde allí contempló el valle.

La situación era, pues, sencilla. Sólo se requería una sacerdotisa que conociera su deber y fuera capaz de cumplirlo con resolución.

Se unió a las muchachas, que se apartaron un poco de ella con la mirada fija en las tinieblas y silenciosas.

—Vosotras decís que el Señor Shardik anda cerca. ¿En dónde está? Una de ellas señaló.

—Ve y cerciórate si está durmiendo o no —dijo Rantzay—. No debiste haber levantado la vigilancia. Os habéis portado mal.

—Señora...

—¡Silencio! —dijo Rantzay—. Nito: tráeme la caja de theltocarna.

Extrajo el cuchillo y lo probó. Rantzay miró fríamente los dedos temblorosos de la muchacha y el cuchillo que estaba inmóvil en su propia mano, firme y decidida.

—Ven conmigo. Tú también, Sheldra. —Tomó la caja.

El oso estaba echado de lado en un bosquecillo de cenchuladas jóvenes; había apartado dos arbustos para hacerse un sitio donde dormir. A pocos metros de distancia estaban las lonjas de carne: el que allí las había puesto no era un valiente. La gran masa del cuerpo estaba salpicada por la luz de la luna y las sombras de las hojas. Rantzay se quedó quieta unos instantes, como si contemplara un río profundo y rápido en el cual tuviera que zambullirse y ahogarse; luego, haciendo a las muchachas una señal para que se alejaran, avanzó un paso.

Estaba junto al lomo de Shardik y miraba por encima del cuerpo, como si estuviera detrás de un terraplén, la selva inquieta, movida por el viento. El trueno rumoreaba en las colinas y Shardik se movió, bajó una oreja y luego volvió a quedarse quieto.

Rantzay hundió profundamente la mano izquierda en la pelambre. No pudo llegar

hasta la carne y se puso a cortar el pelo aceitoso, pringoso y lleno de parásitos, como lana de oveja. Las manos le temblaban ahora y trabajaba más velozmente, levantando con cuidado cada mechón de pelo, cortando y retirándolo antes de proseguir.

Pronto había logrado dejar al descubierto un lamparón en el hombro, que casi mostraba la carne gris, escarchada de sal. Estaba atravesado por dos o tres venas, una de ellas bastante ancha para que se pudiera percibir el latido lento del pulso.

Rantzay se dio vuelta y se agachó en busca de la caja que tenía al lado. De allí sacó dos de las pequeñas vejigas aceitadas y las sostuvo con los dedos de la mano izquierda. Luego hundió la punta del cuchillo en el hombro del oso y tiró la hoja hacia ella, abriendo una herida tan larga como la mitad de su antebrazo. Sin prisa ni demora metió las vejiguitas dentro de la herida, apretó sobre ellas los bordes de la incisión, hizo presión y pudo sentir que se reventaban dentro.

Shardik, dando un aullido, echó la cabeza hacia atrás y se irguió sobre sus patas traseras. Rantzay, que había sido arrojada al suelo, se levantó y lo enfrentó. Por un instante, pareció que él no la iba a golpear; luego, abalanzándose hacia adelante, la aplastó contra su cuerpo, dio unos pocos pasos con ella, balanceándola grotescamente entre sus brazos, la dejó caer, floja como una pieza de ropa que cae de una cuerda, y marchó a zancadas hasta la ladera abierta más allá de los árboles. Aquí rodó sobre el suelo y la boca se le llenó de espuma en el momento en que se puso a morder y arañar la hierba.

Sheldra fue la primera en llegar hasta la sacerdotisa. La mano izquierda había sido desgarrada por el mismo cuchillo, la lengua salía de la boca y la cabeza estaba apoyada en el hombro en una pose grotesca, como una cabeza de ahorcado. Cuando Sheldra le puso un brazo detrás y trató de levantarla, se oyó un estertor atroz, que emitió el cuerpo roto. La muchacha la recostó de espaldas y, por un instante, Rantzay abrió los ojos.

—Di a la Tuguinda... hice lo que dijo...

La sangre manaba de la boca y, cuando dejó de manar, su cuerpo estragado, huesudo, vibró levemente, como la superficie de un estanque rozado por las alas de una mosca atrapada. El movimiento cesó y Sheldra, dándose cuenta que estaba muerta, le quitó los anillos de madera, recogió la caja de theltocarna y el cuchillo caído y emprendió el camino hacia la ladera en donde Shardik yacía sin sentido.

Mensajeros nocturnos

Terminar de construir la jaula llevó todo un día, si se puede decir que estaba terminada. Al escuchar las órdenes, el maestro maderero, Baltis, se había encogido de hombros y no había hecho caso de Kelderek, que le había sido descrito como un joven modesto, sin familia, bienes, ni oficio, pues a sus ojos la caza no era un oficio. El y sus hombres, provistos de excelentes instrumentos de propia fabricación, habían supuesto que iban a participar en el saqueo de Bekla, o por lo menos en el de Guelt, y tomaron muy a mal que se los sacara del montón para asignarles tareas rutinarias. Kelderek, después de haber intentado en vano hacerle entender al corpulento maderero la importancia fundamental de lo que le pedía, tuvo que acudir a Ta-Kominion, a quien alcanzó en el momento en que se movilizaba con la vanguardia. Ta-Kominion, lanzando juramentos de impaciencia, lo hizo comparecer a Baltis ante un árbol del que colgaba el cuerpo de Fassel-Hasta y le aseguró que, si la jaula no estaba terminada al anochecer, también él iba a colgar del árbol. Estas eran palabras que Baltis podía entender. Inmediatamente solicitó el doble del número de hombres que esperaba que le concedieran. Ta-Kominion, que estaba demasiado apurado para discutir, le concedió cincuenta, que incluían dos sogueros, tres constructores de carretas y cinco carpinteros. En el momento en que el ejército daba vuelta al valle, en la mañana húmeda y calurosa, Kelderek y Baltis se pusieron a trabajar.

Se enviaron mensajeros a Ortelga y antes de mediodía todo el combustible almacenado en la isla, buena parte de las provisiones de madera aserrada y hasta el último trozo de hierro forjado habían sido llevados al campamento por mujeres y niños. Baltis puso a sus hombres a trabajar en tres ejes y en todos los barrotes de hierro que consiguió. Mientras tanto los carpinteros y los constructores de carretas, fabricaron una sólida plataforma de planchas trabadas, que levantaron con poleas y afirmaron sobre seis ruedas sin radios, todas de madera entera hasta el borde.

—El techo también habrá que hacerlo de madera —dijo Baltis, mirando los soportes que sobresalían de las planchas en una y otra dirección, como una camada de juncos—. No tenemos más hierro, joven, y no se puede conseguir, de modo que lo mejor es no preocuparse.

—Un techo de madera se va a hacer pedazos —dijo el maestro carpintero—. No va a aguantar al oso, si a éste se le ocurre romperlo.

—No es trabajo que pueda hacerse en un día —gruñó Baltis—. No; ni en tres.

—¿Cómo van a meter al oso dentro de la jaula? —preguntó el carpintero.

—¡Ah... eso es más de lo que sabemos! ...

—Estás aquí para obedecer al señor Ta-Kominion —dijo Kelderek—. La voluntad de Dios es que el Señor Shardik habrá de conquistar a Bekla: es algo que

habrás de ver con tus propios ojos. Haz de madera el techo, si así debe ser, y sujeta la jaula con cuerdas bien firmes.

El trabajo se concluyó en término a la luz de las antorchas y Kelderek, cuando dio la venia a los hombres para que fueran a comer, se quedó solo con Sheldra y Neelith, escudriñado y probando, pateando las ruedas, toqueteando los ejes y tanteando cada uno de los barrotes puestos de lado para cerrar con ellos el fondo abierto.

—¿Cómo va a salir de la jaula, señor? —preguntó Neelith—. ¿No hay puerta?

—No tenemos tiempo de hacer una puerta —contestó Kelderek—. Cuando llegue la hora de soltarlo, se nos indicará la manera.

—Habrás que mantenerlo anestesiado, señor, el mayor tiempo posible —dijo Sheldra—. Porque ni esta jaula ni ninguna otra podrá retener al Señor Shardik si la cosa no es de su agrado.

—Lo sé —dijo Kelderek—. Tal vez debimos haber hecho un carro para llevarlo. ¡Si por lo menos supiéramos en dónde está!

Se interrumpió al ver a Zilthé, que se acercaba cojeando a la luz de las antorchas. La muchacha se llevó la mano a la frente y se echó al suelo.

—Perdóname, señor —dijo quitándose el arco del hombro y poniéndolo al lado—. Hemos estado siguiendo todo el día al Señor Shardik y estoy muy cansada. Más de miedo que de otra cosa. Se alejó mucho...

—¿En dónde está? —dijo Kelderek, interrumpiendo.

—Señor, está durmiendo en el linde de la selva, a menos de una hora de aquí.

—¡Dios sea loado! —exclamó Kelderek, golpeando las manos—. ¡Yo sabía que era Su voluntad!

—¡No hay duda, es la voluntad de Dios! —dijo Kelderek—. Y todo lo que hemos hecho es justo. ¿Dónde está Rantzay ahora?

—No lo sé, señor —dijo Zilthé casi llorando—. Nito nos dijo que debíamos seguir al Señor Shardik y que Rantzay nos iba a alcanzar. Pero no nos alcanzó y hace ya muchas horas que no la vemos.

Kelderek se disponía ya á enviar a Sheldra al valle cuando oyó que el centinela gritaba y alguien le contestaba más lejos en el camino. Después de una pausa apareció Numiss. También estaba agotado y, sin pedir permiso a Kelderek, se echó al suelo.

Vengo de más allá de Guelt —dijo—. Tomamos Guelt sin dificultades. Lo incendiamos. No hubo mucho que pelear, pero matamos al jefe y los otros accedieron a hacer lo que ordenara el señor Ta-Kominion. Habló a solas con algunos de ellos y supongo que les preguntó qué sabían sobre Bekla, cómo llegar hasta allí y todo el resto. De todos modos, como haya sido...

—Si te dio un mensaje, repítelo —dijo Kelderek severamente—. No me interesa lo que has oído o lo que supones.

—Este es el mensaje, señor: «Espero que lucharemos pasado mañana. Las lluvias no pueden demorarse y las horas son más valiosas que las estrellas. Trae al Señor Shardik a cualquier costo».

Kelderek dio un salto y se puso a dar vueltas en tomo a la jaula, mordiéndose los labios y golpeando con el puño cerrado la palma de la otra mano. Finalmente, recobrándose, le dijo a Sheldra que fuera a buscar a Rantzay y, si Shardik había tomado ya la droga, que trajera en seguida las noticias. Luego, recogiendo algunas ramas para encender un fuego, se sentó junto a la jaula con Numiss y dos de las muchachas, a la espera de noticias.

Cuando finalmente Zilthé se paró y le puso una mano en el hombro, él no había oído nada. Se dio vuelta para mirarla y ella lo contempló conteniendo el aliento, con la cara a medias iluminada por el fuego, a medias en sombras. También él escuchó, pero sólo oyó las llamas, las ráfagas bruscas de viento y la de tos de un hombre en algún punto del campamento detrás de ellos. Meneó la cabeza pero ella asintió con aire de saber, se puso de pie y le hizo señas para que la siguiera por el camino. Mientras Neelith y Numiss los contemplaban, se internaron en lo oscuro, pero sólo habían avanzado unos pasos cuando ella se detuvo, hizo una bocina con las manos y llamó: «¿Quién anda ahí?»

La respuesta: «¡Nito!», se oyó débil pero claramente. Pocos instantes después Kelderek noto por fin el paso leve de la muchacha y fue a su encuentro. Era evidente que, en medio de su prisa y su agitación, ella se había caído, tal vez más de una vez. Estaba sucia, despeinada y con lastimaduras en las rodillas y un antebrazo. Hablaba jadeando y se podía ver lágrimas en sus mejillas. Él llamó a Numiss y los dos la acompañaron hasta la fogata.

El campamento estaba alborotado. De algún modo, los hombres habían adivinado que algo estaba ocurriendo. Algunos estaban esperando junto a la jaula y uno había tendido su capa para la muchacha sobre una pila de planchas amontonadas, había traído un jarro y, arrodillado, le lavaba las lastimaduras. Al contacto del agua fría ella tuvo un estremecimiento y, como si volviera en sí, se puso a hablarle a Kelderek.

—Shardik está insensible, señor, a menos de un tiro de flecha del camino. Le dieron thetocarna: una cantidad que habría matado a un hombre fuerte. Dios sabe cuándo despertará.

—¿Con thetocarna? —preguntó Neelith incrédulamente—. Pero...

Nito se echó a llorar de nuevo.

—¡Y Rantzay está muerta... muerta! ¿Le dijiste al señor Kelderek cómo ella le habló a Shardik junto al arroyo?

Zilthé asintió con la cabeza y miró aterrada.

—Cuando Shardik pasó junto a ella y se alejó, ella se quedó un rato como golpeada, como si fuera un árbol y hubiera invocado al rayo del cielo. Entonces nos

quedamos las dos solas y seguimos a las otras lo mejor que pudimos. Yo me di cuenta... me di cuenta que quería morir, que estaba decidida a morir. Traté de lograr que descansara, pero ella se negó. No hacía dos horas desde que habíamos llegado al linde de la selva. Todas las muchachas pudimos ver que sobre ella estaba la muerte. La envolvía como una capa. Nadie le pudo hablar por miedo y por compasión. Nos habló y nos quedamos calladas. Después, cuando nos dio la orden, yo vi la caja de theltocarna y ella se acercó al Señor Shardik como si hubiera sido un buey dormido. Lo cortó con un cuchillo y mezcló el theltocarna con la sangre; después, cuando él se despertó, encolerizado, ella le hizo frente una vez más, no más asustada que lo que había estado a mediodía. Él la abrazó. Y así murió.

La muchacha miró en derredor.

—¿Dónde está la Tuguinda?

—Pon las sogas largas en la jaula —dijo Kelderek a Baltis— y di a los hombres que la arrastren. Y también a las mujeres. Salvo las que lleven antorchas. No hay tiempo que perder. Incluso tal vez ya sea demasiado tarde para alcanzar al señor Ta-Kominion.

No habían transcurrido tres horas cuando el enorme bulto de Shardik, con la cabeza protegida por un capuchón hecho con capas groseramente hilvanadas unas con otras, fue arrastrado con sogas, ladera abajo, hasta una rampa de tierra, piedras y planchas, y desde allí lo metieron en la jaula. Los últimos barrotes fueron puestos en su lugar y la jaula, levantada por el frente y empujada por detrás, empezó a traquetear y balancearse lentamente por el valle, en dirección a Guelt.

20

Guelt-Ethlin

Sin duda no podía pasar más de un día —dos días como máximo— pensó Guelt-Ethlin, sin que estallaran las lluvias. Durante horas los truenos se habían vuelto cada vez más oprimentes y ráfagas cada vez más fuertes de viento cálido lanzaban polvaredas que se arremolinaban sobre la llanura de Bekla. Santil-ke-Erketlis, comandante del ejército patrullero del Norte, que se había sentido indispuerto por el calor, había abandonado la columna dos días antes y había vuelto a la capital por el camino directo del Sur, confiando a Guel-Ethlin, su segundo lugarteniente, la tarea de completar la marcha del ejército hasta Kabin de las Aguas a través de Tonilda y desde allí por el Oeste hasta Bekla. Esta excursión era algo muy serio, había que reparar una fortificación en un punto, algunos impuestos que cobrar en otro, tal vez una o dos querellas que resolver y, por supuesto, los informes que había que oír a los espías y agentes locales. Ninguno de estos asuntos podía ser muy urgente y, ya que el ejército estaba uno o dos días atrasado, Santil-ke-Erketlis le había dicho a Guel-Ethlin que disolviera las formaciones en cuanto empezara a llover en serio y tomara el camino más directo de vuelta en cualquier parte en donde se encontrara.

Y por cierto que ya es tiempo, pensaba Guel-Ethlin, de pie junto al estandarte de mando con el emblema del halcón, mientras contemplaba el paso de la columna. Ya han marchado bastante. La mitad de ellos está en un estado lamentable. Cuando más pronto vuelvan a cuarteles de lluvia, tanto mejor. Si la fiebre de las aguas estancadas los asalta ahora, van a caer como moscas.

Miró hacia el Norte, donde la llanura terminaba en unas estribaciones que se elevaban hasta las cordilleras precipitadas y empinadas que rodeaban a Guelt. La línea del cielo, oscura y amenazadora, con nubes que ocultaban las cumbres, le parecía a Guel-Ethlin muy promisorio: era la promesa de un temprano alivio. Si tenían suerte, la tarea podía abreviarse decentemente en Kabin y con una marcha forzada, con las lluvias y la perspectiva de la vuelta a casa como aliciente, podían estar sanos y salvos en Bekla en un par de días.

Los dos ejércitos de patrullaje de Bekla, el del Norte y el Sur, por lo general permanecían todo el verano en el campo cuando aumentaban los riesgos de revueltas o, probablemente, de ataques de algún país lindero. Cada ejército realizaba dos veces una marcha más o menos semicircular de unos trescientos kilómetros a lo largo de las fronteras. A veces los destacamentos efectuaban algunas acciones contra bandidos o merodeadores, y ocasionalmente el destacamento recibía órdenes de realizar una incursión punitiva a través de la frontera para demostrar que Bekla tenía dientes y podía morder. Pero la mayoría de las veces se trataba de tareas rutinarias: entrenamiento y maniobras, trabajos de información, recolección de impuestos,

escortas de enviados o caravanas comerciales, compostura de puentes y caminos; lo más importante consistía sencillamente en dejarse ver por aquéllos que los temían un poco menos que lo que temían a las invasiones y a la anarquía. Cuando se iniciaban las lluvias el ejército del Norte volvía a invernar en Bekla, mientras que el del Sur se acuartelaba en Ikat Yeldashay, ciento veinte kilómetros al Sur. En el verano siguiente los roles de los ejércitos se intercambiaron.

Sin duda el ejército del Sur ya estaba de vuelta en Ikat, pensó Guel-Ethlin con envidia. El ejército del Sur tenía la tarea más fácil: la ruta era menos fatigosa y la estación seca resultaba menos penosa cuando se andaban más de cien kilómetros en dirección Sur. En ese momento llegó un mensajero del gobernador de Kabin, situada veinticinco kilómetros al Este. El gobernador anunciaba que estaba preocupado por la llegada de las lluvias y la retirada del ejército a Bekla antes de que éste llegara a su zona. En los últimos diez o doce días el nivel de las represas de Kabin, a las que llegaba agua por un canal a una distancia de cien kilómetros de Bekla, había bajado hasta tal punto que las paredes más bajas estaban al aire y el calor las había rajado en parte. Si se quería prevenir un desastre las obras de reparación debían iniciarse en seguida, antes de que las lluvias hicieran subir nuevamente el nivel: pero los recursos locales no permitían terminar el trabajo en uno o dos días.

Guel-Ethlin era capaz de reconocer un peligro cuando lo tenía por delante. Sin perder tiempo mandó buscar a uno de los oficiales que le inspiraban más confianza y también a un cierto capitán Han-Glat, un extranjero oriundo de Terekenalt, que sabía más que nadie, en el ejército sobre puentes, diques y movimientos del terreno. En cuanto se presentaron, él les contó lo que había ocurrido y los dejó en libertad para elegir las tropas que les parecieran más convenientes, hasta la mitad de las fuerzas totales, para efectuar una marcha sobre Kabin esa noche. Después de llegar debían ponerse sin demoras a componer la represa. El mismo, con el resto de los hombres, habría de unirse con ellos antes del anochecer del día siguiente.

Al atardecer ya habían partido: los soldados protestaban pero, al parecer, no iban a sublevarse. Hubo abundantes cojeras y el ritmo de la marcha era muy lento. De todos modos, esto era menos inquietante que la idea del estado en que iban a estar al llegar a Kabin. Sin embargo, lo probable era que Han-Glat sólo necesitara unas pocas horas para examinar la represa y decidir lo que había que hacer, y esto sólo les iba a permitir descansar un poquito.

A la mañana siguiente se levantó tan temprano que tuvo la satisfacción de poder despertar personalmente a algunos de sus oficiales. Pero el desánimo que notó en la tropa le produjo mucho menos satisfacción. Había corrido la noticia de que no sólo habría que hacer una marcha forzada sobre Kabin, con lluvias o sin ellas, sino que había muchísimo que hacer allí. Hasta las tropas más capaces tienden a tomar a mal que se les ordene realizar una tarea ardua después que se les ha hecho creer que su

trabajo está virtualmente concluido.

El campamento estaba alertado, las columnas estaban preparadas ya para la marcha y los piquetes, que habían sido revistados en sus puestos y habían comido, iban a ser llamados en último término cuando el comandante de guardia se presentó con un hombre de los montes, cojeando y ensangrentado. Era poco más que un muchacho: tenía la boca abierta y miraba alrededor con ojos asombrados, llevándose todo el tiempo una mano a la boca y lamiéndose una herida de los nudillos, que sangraba.

—Traigan al muchacho aquí —dijo Guel-Ethlin.

El joven se había recobrado y hablaba con dignidad. La historia era convincente. Decía que un enorme oso había aparecido en Ortelga probablemente Huyendo del incendio que había estallado más allá del Telthearna. Los isleños creían que esta aparición anunciaba el cumplimiento de una profecía según la cuál Bekla iba a caer un día ante el ejército invencible de la isla, y había provocado una sublevación dirigida por uno de los barones jóvenes. En medio de ésta, el gobernante previo y otros habían sido liquidados o desterrados. Guel-Ethlin se dio cuenta que esto, si era cierto, podía explicar la interrupción de la corriente normal de informaciones que llegaba al ejército de Bekla. En la tarde de ayer, decía el joven, los ortelganos se habían presentado repentinamente en Guelt, lo habían incendiado y habían asesinado al jefe antes de que éste pudiera organizar la defensa de la ciudad. Fanáticos e indisciplinados, habían arrasado el lugar y, al parecer, subyugado totalmente a la población. Muchos ciudadanos, al ver destruidos sus hogares y medios de vida, se habían pasado al ejército invasor por no tener nada mejor que hacer. Sin duda, decía el joven, no podía haber hombres más dispuestos que los ortelganos a labrar la ruina de Guelt. Ellos creían que el oso encamaba el poder de Dios, que marchaba junto con ellos, invisible, noche y día, que podía aparecer y desaparecer a voluntad y que, a su debido tiempo, iba a destruir a sus enemigos como un incendio quema las parvas. Siguiendo las órdenes del joven jefe —que era sin duda valiente y capaz, aunque estaba enfermo, al parecer— habían puesto un cerco de centinelas en tomo a Guelt para impedir que corrieran las noticias. El joven, sin embargo, había trepado a un precipicio empinado por la noche, trabajo que sólo había tenido que pagar con una mano malamente herida y, enterado de la existencia de los pasos, había hecho treinta kilómetros en seis horas, durante la noche y hasta el romper del día.

—¡Qué broma tan pesada! —dijo Guel-Ethlin—. ¿Por dónde cree él que pueden llegar y cuándo?

El joven creía, al parecer, que iban a llegar por el camino más directo y a la brevedad posible. Lo cierto es que era probable que ya hubieran iniciado la marcha. Dejando de lado las ganas de pelear, tenían pocos alimentos: no había virtualmente en Guelt alimentos disponibles. Tenían que pelear sin demora o iban a verse forzados a

dispersarse en busca de abastecimientos.

Guel-Ethlin asintió con la cabeza. Esto estaba de acuerdo con todas sus experiencias de rebeldes y campesinos sublevados. O peleaban en seguida o todo se desmoronaba.

—No me parece que puedan ir muy lejos —dijo Balaklesh, que tenía a su cargo el contingente lapano—. ¿Por qué no seguimos nuestra marcha hasta Kabin y dejamos que se deshagan en medio de las lluvias?

Como suele ocurrir, el mal consejo aclaró inmediatamente la mente de Guel-Ethlin y le hizo ver lo que había que hacer.

—No: eso no. Van a merodear durante meses. Grupos de bandoleros dedicados a asesinar y a saquear. Ninguna aldea va a estar segura. Y finalmente habría que formar otro ejército para combatirlos. ¿Creéis todos que lo que este muchacho dice es verdad? Todos asintieron.

—Entonces tenemos que destruirlos inmediatamente, o las aldeas van a decir que un ejército de Bekla no cumplió con su deber. Y debemos alcanzarlos antes de que bajen al camino de Guelt que lleva a la llanura, en parte para impedir el saqueo y en parte porque, una vez que estén en la llanura, podrán ir a cualquier lado. Podríamos perderles el rastro y los hombres no están en condiciones de perseguirlos de un lado para otro. Tenemos menos tiempo ahora que antes, cuando pensábamos ir a Kabin. Kapparrah: mantente cerca del jovencito. Lo vamos a necesitar como guía. Retiraos ahora y decid a vuestros hombres que debemos llegar esta tarde a los montes. Balaklesh: elige un centenar de lanceros de confianza y parte en seguida. Búscanos una buena posición defensiva al pie de las colinas. Mándanos un guía de vuelta y luego sigue adelante y trata de averiguar qué están haciendo los ortelganos.

Al cabo de una hora el cielo estaba cubierto de un horizonte al otro y el viento del Oeste soplaba sin parar. El polvo rojo se metía en los ojos, las orejas y las narices de los soldados, debajo de sus ropas, se mezclaba ásperamente con el sudor de sus cuerpos. Avanzaban tapándose las bocas y las narices con pedazos de tela o de cuero, refregándose todo el tiempo los ojos al no poder ver los montes que tenían por delante; cada compañía seguía a la delantera a través del polvo espeso que se inmiscuía por todos lados. Guel-Ethlin marchaba detrás de la columna, sobre el lado izquierdo, y desde aquí podía vigilar a los que tendían a apartarse y mantenerlos en cierto orden. El ritmo de la marcha decreció y sólo tres horas después del mediodía la compañía de vanguardia alcanzó el borde la llanura y, luego de hacer reconocimientos en un radio corto, encontró el camino que llevaba a Guelt, que serpenteaba entre los montecitos de mirtos y cipreses de las pendientes inferiores.

Después de haber andado un rato, llegaron a un desfiladero angosto donde los esperaban dos oficiales de la vanguardia Balaklesh, según informaron los oficiales, había encontrado una excelente posición defensiva a una distancia de unos dos mil

metros por delante, más allá de la desembocadura del desfiladero, y sus exploradores ya estaban allí desde hacía más de una hora. Guel-Ethlin prosiguió la marcha para reunirse con él y ver por sus propios ojos la posición. Era más o menos lo que él había estado pensando: una meseta alta de ochocientos metros de ancho, con algunas características favorables para tropas disciplinadas, capaces de mantener las formaciones y defender el terreno. Por delante, hacia el Norte, el camino hacía una brusca curva hacia abajo, a lo largo de un recodo boscoso. Del lado derecho había una floresta espesa y, a la izquierda, un precipicio. Al pie del recodo el terreno se abría y se elevaba un poco, entre peñascos y matorrales, hasta llegar a una cresta sobre la cual pasaba el camino antes de internarse en el desfiladero. Balaklesh había elegido bien. Contando con los peñascos como puntos defensivos naturales y la pendiente a favor de ellas las tropas que estuvieran en posición podían distribuirse convenientemente e iba a ser extremadamente difícil para el enemigo abrirse camino hasta la cresta. Y, sin embargo, a menos que lo lograran, no podían contar con proseguir la marcha hasta la llanura.

Bajo las nubes que seguían espesándose y los vahos más cercanos que circulaban, envolviéndolos, esperaron durante la tarde bochornosa y crepuscular. De cuando en cuando se oían truenos y en una ocasión un rayo cayó en el abismo a poca distancia, trazando una línea larga y roja sobre la roca gris. De algún modo los hombres habían husmeado al oso mágico. Los lanceros de Yeldashay ya habían compuesto una balada sobre sus hazañas hiperbólicas (y cada vez más subidas de color); y del otro lado de las líneas algún bufón del regimiento había aprovechado la ocasión para meterse dentro de una vieja piel de vaca y empezar a dar mugidos, con cabezas de flecha, imitando garras, en las puntas de los dedos.

Finalmente Guel-Ethlin, desde su puesto de comando en la mitad de la ladera, divisó los exploradores, que volvían monte abajo entre los árboles. Balaklesh corrió y lo alcanzó sin demora. Según dijo, se habían puesto muy pronto en contacto con la gente de Ortelga, que avanzaba tan velozmente que ellos mismos, ya cansados, apenas habían podido llegar antes. Mientras hablaba Guel-Ethlin y sus hombres pudieron oír, proveniente de los bosques más arriba, el rumor creciente y el tumulto de la muchedumbre que se acercaba. Después de decir una última palabra sobre la suprema importancia de no romper filas hasta no oír órdenes, Guel-Ethlin mandó sus oficiales a que ocuparan posiciones.

Mientras esperaba, oyó que unas gotas de lluvia le golpeaban el casco, aunque al principio no sintió nada en su mano tendida. Luego, una gasa ondulante de lluvia, que llenaba toda la distancia, envolvió el linde del desfiladero desde la izquierda. Un momento más tarde la visión de las zonas bajas se enturbió y una especie de suspiro ronco se elevó desde las filas de soldados a cada lado. Guel-Ethlin avanzó una media docena de pasos, como si quisiera ver más claro a través de la cortina moviente de

lluvia. Al hacerlo, una banda de hombres desgredados, de aspecto semi-salvaje y pertrechados con diversas armas, empezó a dar vuelta desordenadamente el recodo del camino más abajo y quedó absolutamente inmóvil al ver el ejército de Bekla en frente.

Los pasos de Guelt

El incendio de Guelt no formaba parte de las intenciones de Ta-Kominion. Y tampoco pudo él descubrir al responsable, pues cada uno de los barones alegaba desconocer la forma y el lugar en que se había iniciado el fuego. Ta-Kominion, con sus hombres de confianza, había llegado a la desdichada plazuela en el centro de la ciudad y se había encontrado con que dos de los lados ya estaban tomados por las llamas y que el cadáver del jefe yacía en el suelo con una espada clavada en la espalda, mientras una multitud de ortelganos se entregaba al saqueo y a la bebida. Él y Zelda, con un grupo de los hombres mejores, lograron imponer cierto orden y —como no había agua en el lugar, salvo la que podía extraerse de dos pozos y un arroyito de montaña, muy disminuido— pararon el fuego echando abajo las cabañas que daban al viento y sacando los postes de madera y la paja. Fue Zelda quien señaló que, a cualquier costo, había que impedir que ningún aldeano bajara a llevar las noticias a la llanura.

Ta-Kominion se sentó en un banco de una de las tenebrosas cabañas, llenas de moscas que zumbaban, tratando de convencer a cuatro o cinco ancianos de la ciudad, asustados y mudos, de que no quería hacerles ningún daño. De cuando en cuando se interrumpía, fruncía el ceño y luchaba con las palabras mientras las paredes se bamboleaban ante sus ojos y los ruidos que llegaban de afuera aumentaban y asaltaban sus oídos como conversaciones oídas detrás de una puerta que continuamente se abre y se cierra. Iba de un lado a otro, con la sensación de que tenía el cuerpo envuelto en cueros de vaca endurecidos. El antebrazo herido palpitaba y tenía una hinchazón blanda en la axila. Al abrir los ojos veía las caras de los viejos con la mirada clavada en él, una mirada llena de curiosidad cautelosa.

Habló del Señor Shardik, del destino revelado de Ortelga y de la inevitable derrota de Bekla, vio la incredulidad embotada y el miedo a las represalias y a la muerte, que ellos no podían arrancar de sus ojos. Por último, uno de ellos, tal vez más inteligente que los otros y que había estado calculando el probable efecto de lo que se le había ocurrido decir, contestó que el ejército de patrullaje del Norte, dirigido por el general Santil-ke-Erketlis debía estar cruzando en éstos momentos la llanura en su recorrido de las tierras de Kabin y más allá. ¿Tenía el joven señor intenciones de atacar a ese ejército o trataría de evitarlo? En cualquier caso, lo mejor, a su modo de ver, era no quedarse en Guelt, pues las lluvias eran inminentes y aun si no lo fueran —y se interrumpió, como dando a entender que él era un hombre que conocía su lugar y no tenía la presunción de dar consejos al jefe de un ejército tan magnífico.

Ta-Kominion, gravemente, le dio las gracias, fingiendo no darse cuenta que a ellos no podía importarles mucho que él fuera hacia adelante o hacia atrás, siempre que se fuera de Guelt. Probablemente los ancianos habían supuesto que él sólo

intentaba saquear una o dos aldeas de la llanura e irse de vuelta a los montes con su botín —armas, ganado y mujeres— a salvo de persecuciones por la llegada de las lluvias.

Sin embargo, en un principio, Ta-Kominion no había tenido más intención que la de ir al encuentro de las fuerzas enemigas y destruirlas, por poderosas que fueran, si se interponían en el camino que llevaba a Bekla. Sus seguidores, él lo sabía, no se iban a contentar con nada menos. Tenían la intención de pelear sin demoras, pues sabían que no podían ser derrotados. Shardik mismo ya les había mostrado lo que ocurría a sus enemigos, y para Shardik no podía haber diferencia si sus enemigos eran barones traidores de Ortelga o soldados patrulleros de Bekla.

La idea de la existencia del ejército de Bekla, con el cual el astuto anciano de Guelt había intentado inquietarlo, llenó a Ta-Kominion de una alegría intensa y salvaje, devolviéndole la fuerza de voluntad necesaria para movilizar su cuerpo enfermo y su mente afiebrada.

Ni por un momento se le ocurrió decidir si debía pelear o no. El Señor Shardik y él mismo ya habían decidido ese punto. Pero sobre él, como general de Shardik, caía la responsabilidad de elegir el cuándo y el dónde. Incluso esto no le llevó mucho tiempo, pues todos sus pensamientos llevaban a la única conclusión: había que marchar directamente sobre Bekla y luchar con el enemigo en cualquier punto de la llanura abierta en donde apareciera. Apenas había alimentos disponibles en Guelt, y los acontecimientos de la tarde le habían demostrado hasta qué punto era dudoso el ascendiente que él tenía sobre sus hombres. Las lluvias podían sobrevenir en cualquier instante, y pese al cordón de Zelda las noticias de que Guelt había caído en manos de los ortelganos no podía seguir mucho tiempo en secreto. Más inmediato que todo esto, porque era algo que sentía dentro de su propio cuerpo, estaba el conocimiento de que muy pronto él iba a ser incapaz de dirigir un ejército. Una vez ganada la batalla su enfermedad ya no importaba, pero el colapso antes de la lucha habría influido inquietud entre los hombres y miedo supersticioso. Por otra parte, él sólo debía dirigir la batalla. De otro modo, ¿cómo iba a llegar a ser el dueño de Bekla?

¿En dónde estaba el ejército de Bekla y cuándo iba a ser posible enfrentarlo? Muy probablemente podía esperar un encuentro en la llanura no después de pasado mañana. Este debía ser su plan. No podía trazar ninguno mejor: sólo podía ofrecer al Señor Shardik su valor y su celo para que él hiciera el uso de ellos que quisiera. En cuanto a Shardik, a él correspondía demorar las lluvias y ponerlas en el camino del ejército de Bekla.

¿En dónde estaba Shardik y qué había logrado Kelderek —si había logrado algo— desde que lo había dejado? No había vuelta que darle: el tipo era un cobarde. Pero la cosa no importaba si él podía de algún modo u otro llevar el oso hasta el ejército

antes de la lucha Si ganaban —y tenían que ganar— si llegaban a tomar a la misma Bekla... ¿cuál habría de ser entonces la posición de Kelderek? Y la Tuguinda —esta mujer inoperante pero molesta, que él había mandado de vuelta a Quiso con custodia — ¿qué se iba a hacer con ella? No podía haber ninguna autoridad que no reconociera la suya, la de Ta-Kominion. ¿Librarse de los dos, tal vez, y modificar también de algún modo el culto de Shardik? Más adelante habría tiempo de decidir estas cosas. Lo que importaba ahora era la batalla inminente.

De repente se sintió mareado y se sentó sobre los restos de una cabaña incendiada para recobrase.

Se puso de pie, se recostó un poco contra el poste de la puerta, todavía levantado, hasta que el mareo pasó y pudo volver a la cabaña. Los ancianos se habían ido. Llamó a Numiss y le dio un breve mensaje que debía llevar a Kelderek, subrayando que esperaba la lucha para dentro de dos días. En cuanto se cercioró que el hombre había aprendido de memoria sus palabras, le pidió a Zelda que le preparara un salvoconducto y se echó a dormir, dando órdenes de que todos estuvieran listos para continuar la marcha al amanecer del día siguiente.

Tuvo un sueño pesado, que no fue perturbado por el saqueo, las violaciones y la borrachera general que reinaron de nuevo al caer la noche y continuaron sin freno, ya que ni uno solo de los barones quiso arriesgarse a intentar parar la cosa. Cuando finalmente se despertó, se dio cuenta en seguida no sólo que estaba enfermo, sino que estaba peor de lo que nunca había estado en su vida. El brazo estaba tan hinchado que el vendaje le cortaba la carne, pero le pareció que no tenía fuerzas para aflojarlo. Los dientes le castañeteaban y tenía la garganta tan seca que casi no podía tragar; al incorporarse sintió detrás de los ojos un dolor palpitante. Se levantó y se arrastró hasta la puerta. Ráfagas de aire cálido soplaban del Oeste y el cielo estaba cubierto de nubes bajas.

El ejército sólo se puso en marcha una hora antes de mediodía. El ritmo de la marcha era lento; algunos soldados estaban atiborrados con lo que habían podido saquear —cacerolas, zapapicos, taburetes—, posesiones lamentables, sin valor, de gente más pobre que ellos. Muchos avanzaban con puntadas en la cabeza y ardor en el estómago. Ta-Kominion, incapaz ya de disimular su enfermedad, deambulaba en medio de un sueño confuso y perturbado. Apenas recordaba lo que había ocurrido esa mañana o lo que había hecho para poner a los hombres de pie. Podía recordar la vuelta de Numiss con el informe de que Shardik había sido narcotizado al precio de la vida de una sacerdotisa. Kelderek, decía el mensaje, esperaba alcanzarlos al anochecer. El último anochecer, pensaba Ta-Kominion, antes de que el ejército de Bekla sea destruido. Cuando la cosa estuviera hecha, él iba a descansar.

El angosto camino serpenteaba entre los despeñaderos boscosos, protegidos del viento, contra paredes de roca con helechos pardos, mustios por la falta de lluvia.

La horda informe recorrió más de tres kilómetros del camino y no había manera de transmitir las órdenes, salvo oralmente. Sin embargo, dos o tres horas después de mediodía, cuando ya estaba debajo de las brumas y las colinas más altas, se produjo un alto sin que se diera ninguna orden, y las varias divisiones y compañías que habían venido a reunirse con la vanguardia se disolvieron y descansaron en el claro de un bosque. Ta-Kominion cojeaba entre los hombres, charlando y chanceando con ellos como en medio de un trance, menos para alentados que para dejarse ver y saber por sí mismo en qué estado de ánimo estaban. Ahora que habían dejado atrás las zonas solitarias que los perturbaban y los inquietaban, el entusiasmo estaba volviendo y parecían tan dispuestos como siempre a dar batalla. Sin embargo Ta-Kominion, que siendo un adolescente de diecisiete años había luchado junto a Bal-ka-Trazet en Clenderzard y tres años después había dirigido la compañía local que su padre había mandado a Yelda para luchar en las guerras de los esclavos. Podía apreciar hasta qué punto era bisoño y poco maduro ser un punto a favor, pues en las primeras batallas los hombres gastan lo que ya no pueden recobrar más, de tal modo que esa batalla, incluso para aquellos para quienes no será la última, puede ser muy bien la mejor. Pero el precio que hay que pagar por este fervor poco experimentado suele ser muy grande. De tropas como éstas puede esperarse muy poco en lo que se refiere a movimientos disciplinados o firmeza bajo el ataque. La mejor manera de utilizar esta cualidad en bruto, no fogueada, consistía en llevarlos rápidamente a la llanura y dejarlos atacar al enemigo con todas sus fuerzas y en terreno abierto.

Tuvo un espasmo y los árboles que tenía ante sus ojos se disolvieron en círculos de color amarillo, verde y pardo, que giraban.

Alguien le estaba hablando. Abrió los ojos una vez más y levantó la cabeza. Era Kavass, el arquero de su padre, un hombre sencillo y decente que le había enseñado a usar el arco de niño. Con él había cuatro o cinco compañeros que —así le pareció a Ta-Kominion— habían logrado que viniera Kavass y le pidiera al comandante que resolviera un diferendo que había surgido entre ellos. El arquero, que era un hombre alto, tan alto como él, lo miraba con comprensión respetuosa y piedad. Como respuesta, él tuvo una mueca y se forzó a sonreír agriamente.

—¿Un poco de fiebre, señor, no? —dijo Kavass deferentemente. Todo en este hombre, su manera de pararse, su aspecto y el sonido de su voz, tendía a confirmar a Ta-Kominion en su puesto de jefe y al mismo tiempo subrayaba la humanidad común.

—Así parece, Kavass —contestó. Sus propias palabras resonaron dentro de la cabeza, pero no hubiera podido decir si estaba hablando a gritos o en voz baja—. Ya pasará. —Apretando los dientes para evitar el castañeteo no pudo oír lo que Kavass le respondió, y ya se daba vuelta cuando advirtió que todos estaban esperando su respuesta. Guardó silencio, pero miró fijamente a Kavass, como esperando que

añadiera algo más. Kavass pareció confundido.

—Bueno, lo que quise decir, señor... y con todo respeto, por supuesto... Cuando él salió a la orilla esa mañana y tú estabas con él, y te dijo que iba a aparecer de nuevo... que iba a estar aquí para asegurar que ganáramos la batalla —dijo Kavass.

Ta-Kominion continuó con la mirada clavada en él, adivinando el sentido de lo que decía. Los hombres se sintieron incómodos.

—No tiene nada que ver con nosotros —murmuró uno de ellos—. Esto no tiene nada que ver con nosotros.

—Bueno, la cosa es así, señor —siguió diciendo Kavass—. Yo fui uno de los primeros que estuvo a tu lado esa mañana, y cuando el Señor Shardik se fue al agua, tú nos dijiste que él sabía, que Ortelga estaba prácticamente tomada, y se fue a Ortelga... tal vez para mostrarnos el camino. Lo que los muchachos se preguntaban, señor, era si él iba a estar allí para hacer que ganáramos cuando nos presentáramos...

—Tenemos que ganar, ¿no es así, señor? —dijo otro de los hombres—. Es la voluntad de Shardik... la voluntad de Dios.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó un cuarto, un tipo receloso, de aire escéptico, con dientes ennegrecidos, que escupió al suelo. ¿Crees que un oso puede hablar? ¿Un oso que habla?

—No a ti —contestó Kavass con desdén—. Claro que no habla a sujetos como tú... o como yo, ¿para qué negarlo? Lo que dije es que el Señor Shardik dijo que íbamos a marchar sobre Bekla y que él mismo iba a estar allí. Así que es claro que habrá de aparecer cuando demos la batalla Si no confías en el Señor Shardik, ¿por qué estás aquí?

—Bueno, todo es según se vea... ¿no es así? —dijo el hombre de los dientes ennegrecidos—. Puede estar ahí y puede muy bien no estar. Todo lo que yo digo es que Bekla es un lugar duro de pelar. Hay soldados...

—¡Silencio! —gritó Ta-Kominion. Avanzó hacia el hombre tan firmemente como pudo, le asió la barbilla con una mano y le levantó la cabeza, tratando de fijar la mirada en la cara de él—. ¡Imbécil blasfemo! El Señor Shardik te puede oír... ¡Y también te puede ver! Pero tú... tú no lo verás hasta que llegue el tiempo indicado, porque él quiere probar tu fe.

El hombre, que por lo menos tenía veinte años más que Ta-Kominion, lo miró con aire enfurruñado, sin decir una palabra.

—Puedes estar seguro de esto —dijo Ta-Kominion con una voz que podía ser oída por todos los que estaban cerca—. El Señor Shardik quiere pelear por aquellos que confían en él. Y habrá de aparecer cuando ellos peleen... ¡se mostrará a aquellos que lo merezcan! Pero no a quienes hacen de su Dios una pulga.

Al alejarse pesadamente se preguntó de nuevo cuánto tiempo necesitaría Kelderek para alcanzarlos. Si Kelderek no alcanzaba al ejército, él iba a tener que enviar a

Zelda de vuelta para que lo viera y le hablara. En cuanto a él, ya no podía seguir mucho tiempo sin descansar. Tenía que echarse al suelo y dormir. Pero si lo hacía, ¿podría levantarse de nuevo?

Se reanudó la marcha. El ejército prosiguió el camino a través del bosque y la ladera de más allá. Ta-Kominion ocupó un lugar en la parte media de la columna, pues sabía que si se ponía en la retaguardia no iba a poder seguirlos. Por un rato se apoyó en el brazo de Numiss hasta que, al darse cuenta que el pobre hombre estaba exhausto, mandó buscar a Kavass para reemplazarlo.

Siguieron avanzando en la tarde bochornosa que se oscurecía. Ta-Kominion trataba de calcular a qué distancia por delante estaría la vanguardia. Hasta la llanura no debía haber más que unas pocas millas. Lo mejor habría sido enviar un mensajero a decirles que se detuvieran en cuanto la alcanzaran. En el momento en que iba a llamar al hombre que tenía más próximo resbaló, se torció un brazo y el dolor casi lo hizo caer al suelo. Kavass lo ayudó a levantarse.

—No voy a llegar, Kavass —murmuró.

—No te preocupes, señor —contestó Kavass—. Después de lo que dijiste a los muchachos, ellos van a pelear bien de todos modos, aunque tú tengas que quedarte sentado. La cosa ha estado dando vueltas, señor, la cosa que dijiste cuando estabas allá. La mayoría de ellos nunca vio al Señor Shardik cuando él vino a Ortelga, y quieren pelear para estar allí cuando él aparezca. Saben que él va a venir. De modo que, aunque tú tengas que descansar un poco...

De repente llegó a los oídos de Ta-Kominion un clamor confuso y distante, los gritos familiares, guturales, de los ortelganos y, claramente perceptibles, a intervalos rítmicos, el sonido más alto y claro de otras voces que gritaban al unísono.

Ta-Kominion se dio cuenta ahora que estaba delirante, pues era evidente que ya no podía distinguir la realidad de las alucinaciones. Pero también Kavass parecía escuchar.

—¿Puedes oír eso, Kavass? —preguntó.

—Sí, señor. Parece que hay lío. Parte de ese ruido no es de los nuestros, señor.

La conmoción estaba invadiendo la columna. Los hombres empezaban a correr colina abajo, mirando hacia atrás y gritando a los que estaban a la zaga. Kavass se arrojó sobre un hombre que corría, lo detuvo a la fuerza, lo sujetó cuando se debatía, lo tiró a un lado y volvió junto a Ta-Kominion.

—No puedo entender qué pasa, señor, pero allí abajo hay algo así como una pelea, o por lo menos es lo que me ha dicho.

—¿Pelea? —repitió Ta-Kominion. Por unos instantes no pudo entender qué significaba esa palabra. Tenía la visión nublada y, con ella, la curiosa sensación de que los ojos se le habían derretido y le goteaban por la cara, pese a que aún conservaba, aunque de modo fragmentario, el poder de la vista. Se llevó la mano a la

cara para secarse el líquido que corría. Sin duda ya no podía ver más. Kavass estaba gritando a su lado.

—¡La lluvia, señor, la lluvia!

Realmente era lluvia lo que le cubría las manos, le nublaba los ojos y llenaba los bosques con los sonidos sibilantes, como de hojas, que él había creído que provenían del centro de su cabeza. Marchó hacia el medio del camino y trató de descubrir por sí mismo lo que estaba ocurriendo al pie de la colina.

—¡Ayúdame a bajar hasta allá, Kavass! —gritó.

—Firme, señor, firme —dijo el arquero, tomándolo del brazo.

—¡Qué firme ni que...! —gritó Ta-Kominion—. Los que están allí abajo son de Bekla ¡y los idiotas nuestros los están atacando de a uno, sin esperar siquiera a que se desplieguen! ¿En dónde está Kelderek? ¡Las lluvias... esa maldita sacerdotisa... ojalá reviente... nos ha echado una maldición! ¡Ayúdame a bajar!

—Firme, señor —repitió el hombre, sosteniéndolo. Saltando, tropezando, arrastrándose, Ta-Kominion bajó el empinado camino, mientras el clamor resonaba cada vez más fuerte en sus oídos y empezaba a discernir el entrechoque de las armas, los gritos de los guerreros y los aullidos de los heridos.

De repente Zelda apareció entre las hojas, llamó a los soldados que estaban a su alrededor y señaló el campo abierto con su espada. Ta-Kominion gritó y trató de correr hacia él. Al hacerlo, sintió en el cuerpo un brusco tirón, seguido por una especie de derrame interno. Se llevó un tronco de árbol por delante y cayó con todo su peso sobre el camino. Al rodar se dio cuenta que ya no iba a poder levantarse, que nunca más se iba a levantar.

El rostro de Zelda apareció por encima de él, mirándolo y goteándole agua de lluvia en la cara.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ta-Kominion.

—Los beklanos —contestó Zelda— son menos que nosotros, pero no se arriesgan. Tienen el terreno a favor y no hacen más que mantenerse y cerrarnos el camino.

—¡Malditos sean! ¿Cómo llegaron aquí? Óyeme... todos tienen que atacar al mismo tiempo.

—¡Sí, si pudieran! No hay orden... nos lanzamos contra ellos en cuanto se muestran... cuando aparecen.

—Reúnelos... todos de vuelta... bajo los árboles... que formen de nuevo... ataca de nuevo —tartamudeó Ta-Kominion, articulando con un enorme esfuerzo las palabras. Su mente se hundía en una niebla. No le sorprendió encontrarse con que ya Zelda se había ido y estaba de nuevo frente a la Tuguinda en el camino a Guelt. Ella no decía nada y tenía un aire sumiso: sus muñecas estaban atadas con una venda empapada y mugrienta.

—¡Maldita! —gritó Ta-Kominion—. ¡Te estrangularé! —Se arrancó la venda y la herida profunda y supurante que tenía en el brazo derecho, y que durante más de dos días había estado segregando veneno y metiéndoselo en el cuerpo, quedó abierta sobre el polvo salpicado de lluvia del sendero en donde yacía. Por un momento irguió la cabeza, luego se dejó caer, abrió los ojos y gritó:

—¡Zelda!

Pero quien estaba a su lado era Kelderek, que se agachaba sobre él.

22

La jaula

En la última parte de la noche y ya avanzado el amanecer, que se presentó gris y esfumado detrás de las nubes que se amontonaban en el Este, Baltis y sus hombres acarrearón la jaula por encima de los bosques del Telthearna.

El oso yacía inerte, como muerto. Los ojos seguían cerrados, la lengua seca salía de la boca y con el traquetear del entablado la cabeza temblaba como vibra un bloque de piedra en el suelo de una cantera cuando las masas rocosas caen en derredor. Algunas de las muchachas, cubiertas de polvo y con las plantas de los pies ulceradas, se agarraban de la construcción desvencijada para impedir que se bamboleara con la marcha, mientras otras iban adelante, retirando piedras del camino y rellenando agujeros antes de que las ruedas los pasaran. Detrás de la jaula marchaba Sencred, el carpintero de carretas, atento a que las ruedas no cedieran y a que los ejes no se fueran a aflojar; de cuando en cuando daba orden de detenerse a los que tiraban de las sogas y se ponía a examinar las grampas.

Kelderek tiró de las sogas cuando le llegó su turno, junto con los otros, pero cuando finalmente se pararon a descansar —y las muchachas pusieron unas grandes piedras detrás de las ruedas, para sujetarlas— él y Baltis dejaron a los hombres y fueron a reunirse con Sencred y Zilthé, que estaba apoyada contra la jaula. Zilthé había metido un brazo entre los barrotes y acariciaba una de las patas delanteras del oso, con sus garras encorvadas y más largas que la mano de ella.

—Despierta, despierta: tienes que destruir a Bekla.

—Despierta, Señor Shardik, na kora, na ro —cantaba dulcemente, frotando su frente cubierta de sudor contra el hierro frío.

Lleno de repentina inquietud, Kelderek contempló el cuerpo del oso, quieto como un cadáver.

—¿Qué droga le dieron? ¿Estás segura que no lo han matado?

—No está muerto, señor —dijo Zilthé, sonriendo—. ¡Mira!

Desenvainó su cuchillo, se inclinó y lo puso delante de los hoyos de la nariz de Shardik. La hoja se empañó levemente y quedó limpia, se empañó y quedó limpia una vez más.

—El telthocarna es poderoso, señor; pero la que ahora está muerta sabía (nadie lo sabía mejor) cómo había que darlo. Él no morirá.

—¿Cuándo va a despertar?

—Tal vez al atardecer, o durante la noche. No sé decir.

—¿Podrá comer, entonces? ¿Beberá?

—Los seres que despiertan del sueño del theltocarna son siempre peligrosos. A menudo entran en un frenesí más violento que el que tenían antes del trance, y en

esos casos atacan todo lo que encuentran.

—Si lo que dices es cierto, entonces estos barrotes no lo van a retener.

—El techo no es bastante fuerte para retenerlo, de todos modos —dijo Sencred—. No tiene más que erguirse y el techo se va a rajarse como una costra de pastel.

—Tendremos que darle de nuevo la droga, entonces —dijo Kelderek.

—Lo mataría sin ninguna duda, señor —dijo Sheldra—. El theltocarna es un veneno: no se puede usar dos veces... No, no se puede usar dos veces en un plazo de diez días.

Hubo un murmullo de aprobación entre las muchachas.

—¿En dónde está la Tuguinda? —preguntó Nito—, ¿esta con el señor Ta-Kominion? Ella puede saber qué es lo que hay que hacer.

Kelderek no contestó y, volviendo sobre sus pasos, hizo poner de pie a los hombres.

Un hora después la marcha era más fácil: la subida era más pareja y el camino menos empinado. De acuerdo a lo que podía juzgar por el cielo turbio y vago, era cerca de mediodía cuando llegaron finalmente a Guelt. La plaza estaba cubierta de desechos, como si hubiera habido un altercado.

—Hay olor a jauría de monos —refunfuñó Baltis.

—Di a tus hombres que coman y descansen —dijo Kelderek—. Voy a tratar de averiguar cuándo se ha ido el ejército.

Atravesó la plaza, mirando a su alrededor, perplejo, las puertas cerradas y los callejones vacíos. De repente sintió un dolor agudo, como una picadura de insecto, en el lóbulo de la oreja izquierda. Se llevó la mano allí y, al retirarla, los dedos estaban cubiertos de sangre; al mismo tiempo comprendió que la flecha que lo había rozado se había clavado en la jamba de una puerta. Giró rápidamente sobre sus talones pero sólo vio otra calle desierta entre puertas cerradas y ventanas con postigos. Sin volver la cabeza, retrocedió lentamente hacia la plaza y se quedó a la espera de alguna señal de movimiento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Baltis, apareciendo detrás de él. Kelderek se tocó nuevamente la oreja y mostró los dedos. Baltis silbó.

—Está feo —dijo—. ¿Están tirando piedras?

—Fue una flecha —dijo Kelderek.

En ese instante se oyó el chirrido de una puerta cercana al abrirse. En el umbral apareció una vieja sucia, con ojos inflamados. Parecía bambolearse por obra del peso de una niña que llevaba en sus brazos. Cuando llegó cerca de Kelderek, éste se dio cuenta, con un sobresalto, de que la niña estaba muerta. La vieja dio unos pasos vacilantes hacia él y depositó a la niña en el suelo, a sus pies. Era una niña de unos ocho años, con sangre coagulada en los cabellos y los ojos, abiertos, cernidos por un flujo amarillo. La vieja, doblada y murmurando, siguió de pie ante él.

—¿Qué quieres, abuela? —preguntó Kelderek—. ¿Qué ha pasado?

—Creen que nadie ve. Creen que nadie ve —murmuró—. Pero Dios ve. Dios todo lo ve.

—¿Qué ha pasado? —preguntó de nuevo Kelderek, agachándose sobre el cuerpo de la niña y asiendo la delgada muñeca bajo los harapos.

—Sí, eso es, pregúntales a ellos... pregúntales qué pasó —dijo la vieja—. Si corres los alcanzaras. No es tan lejos... No han ido lejos.

En ese momento llegaron dos hombres, uno al lado del otro, por una de las esquinas. Mantenían la mirada fija ante ellos y sus rostros tenían la expresión tensa y resuelta de los que están conscientes de correr un riesgo. Sin hablar a Kelderek, asieron a la vieja por los brazos, la pusieron en medio de ellos y se la llevaron.

Kelderek y Baltis dejaron el cuerpo de la niña en el suelo y atravesaron de nuevo la plaza. Los hombres habían formado un círculo en torno a la niña y lanzaban miradas nerviosas en torno.

Creo que no debemos quedarnos aquí —dijo Sencred, señalando al derredor—. No somos bastantes para estar seguros.

Unos hombres se habían reunido en el extremo de una de las calles que daban sobre la plaza y hablaban entre ellos, gesticulando. Unos pocos estaban armados.

Kelderek se quitó el cinturón, dejó el carcaj y el arco sobre el suelo y avanzó hacia ellos.

—¡Cuidado! —gritó Baltis detrás de él. Kelderek no le hizo caso y siguió caminando hasta que estuvo a unos treinta pasos de los hombres. Levantó las dos manos abiertas y gritó:

—¡No queremos herirlos! ¡Somos amigos vuestros!

Hubo un estallido de risotadas sardónicas y un hombre grandote, de pelo gris y con el puente de la nariz roto, salió del grupo, y dijo:

—Ya hiciste bastante. ¡Déjanos en paz o te mataremos!

Kelderek sintió menos miedo que exasperación.

—¡Entonces tratad de matarnos, estúpidos! —gritó—. ¡Tratadlo!

—Ah, para traer a sus amigos de vuelta —dijo otro hombre—. ¿Por qué no vas y traes a tus amigos? No hace una hora que se fueron.

—Yo diría que hay que seguir el consejo —dijo Baltis, que se había acercado y estaba de pie junto a Kelderek—. Nada se gana esperando.

—¡Pero nuestra gente está cansada! —contestó Kelderek de mal tono.

—Va a estar mucho peor, hijo mío, si no salimos de aquí —dijo Baltis—. Vamos... no soy cobarde y tampoco lo son estos muchachos pero nada se gana quedándonos. —Luego, como Kelderek aún vacilaba, dijo a los hombres—: Mostradnos el camino, pues, y nos iremos.

Al oír esto, como una jauría de perros, todos dieron unos pocos pasos cautelosos

hacia adelante y se pusieron a gritar y hacer ademanes señalando hacia el Sur. En cuanto estuvo seguro de la dirección, Kelderek trazó una línea en el polvo del suelo, con el pie, y les advirtió que no debían cruzarla hasta que se hubieran retirado los ortelganos.

—Sí, Guelt puede pasarla sin vuestra ayuda —gritó Baltis, poniéndose a tirar de nuevo de las sogas para alentar a sus hombres cansados.

Se alejaron lentamente, mientras la gente de la ciudad los contemplaba, charlando y señalando el enorme cuerpo oscuro echado detrás de los barrotes.

Fuera de la ciudad el camino bajaba. Muy pronto llegó a ser tan empinado que la tarea ya no consistió en empujar la jaula, sino en sostenerla para que no se escapara cuesta abajo.

Poco tiempo después Kelderek notó que las ruedas estaban aflojándose y que toda la estructura se había desplazado y no encajaba bien. Consultó con Baltis.

—No vale la pena tratar de arreglarla. La verdad es que dentro de una o dos horas la maldita jaula se va a caer hecha pedazos. ¿Qué quieres que hagamos, muchacho? ¿Seguimos?

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —contestó Kelderek. Y lo cierto es que, a pesar de las penurias y de estar prácticamente exhaustos, ninguno de los hombres se había quejado. Pero cuando se pusieron a descansar en un punto en que el camino se ensanchaba y formaba un bosque abierto, por primera vez Kelderek se permitió pensar en qué habría de terminar la cosa. Aparte de las muchachas, que eran iniciadas en los misterios y que de todos modos no iban a poner en tela de juicio nada que él les hubiera ordenado hacer, ninguno de los que estaban con él tenía experiencia de la fuerza y la ferocidad que Shardik podía mostrar. Si se despertaba en medio del ejército de Ortelga y rompía su frágil jaula, ¿cuántos iban a ser ultimados por su furia? ¿Y cuantos más, en razón de esto, iban a quedar convencidos de que estaba enojado con Ortelga y la condenaba? Pero si les decía a Baltis y al resto que, por razones de seguridad, debían abandonar a Shardik ahora, ¿qué podría decirle él a Ta-Kominion después de haber dado éste orden de que se trajera a Shardik a cualquier costo?

Decidió seguir adelante hasta estar a la zaga del ejército. Entonces, si Shardik aún seguía inconsciente, él se adelantaría, informaría a Ta-Kominion y volvería con nuevas órdenes.

Pero ahora había que encontrar hombres bastante fuertes para aguantar las sogas. Después de las últimas doce horas algunos apenas eran capaces ya de poner un pie delante del otro. Pero incluso en esta situación extrema, la creencia apasionada en el destino de Shardik los llevaba a avanzar a tumbos, a arrastrarse, a trastabillar y seguir adelante.

Dentro de este mal sueño empezó a caer la lluvia, mezclándose con el sudor,

formando regueros salados sobre los labios hinchados, quemando las llagas abiertas, silbando entre las hojas, limpiando de polvo el aire. Baltis levantó la cabeza hacia el cielo, dio un paso en falso y tropezó con Kelderek.

—Lluvia —gruñó— ¡lluvia, muchacho! ¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Qué? —murmuró Kelderek, parpadeando como si el herrero lo hubiera despertado.

—¡Digo que es la lluvia, la lluvia! ¿Qué va a ser de nosotros ahora?

—¡Dios lo sabrá! —contestó Kelderek—. Seguiremos... seguiremos.

—Bueno... pero ellos no van a encontrar el camino hasta Bekla bajo la lluvia ¿Por qué no volvemos mientras sea posible... y salvamos nuestras vidas?

—¡No! —gritó Kelderek con pasión—. ¡No! —Baltis gruñó y no dijo nada más.

Muchas veces el cansancio hizo que se detuvieran y muchas veces reanudaron la marcha. Una vez Kelderek intentó contar el número de soldados, que disminuía, pero se confundió y abandonó el proyecto. En menos de una hora iba a estar oscuro. No había señales de ejército y Kelderek comprendió, con desesperación, que probablemente su banda de soldados sueltos y mojados se iba a ver forzada a pasar la noche en las estribaciones de los montes.

Baltis volvió junto a él.

—Las cosas no pintan bien, joven —dijo entre dientes—. Vamos a tener que pararnos muy pronto: se va a poner oscuro. Y, entonces: ¿qué vamos a hacer? Es mejor que tú y yo sigamos solos... Vayamos a buscar al joven barón y pidámosle ayuda. Pero te diré lo que pienso: él mismo va a tener que volver si quiere seguir vivo. Ya sabes lo que son las lluvias. Después de dos días ya ni una rata se puede mover. Mucho menos un hombre.

—¡Oye! —dijo Kelderek—. ¿Qué es ese ruido?

Habían llegado a la parte alta de una loma, donde el camino daba una curva y tomaba hacia abajo a través de una espesura boscosa. Al principio no había ningún ruido, luego, levemente, llegó a los oídos de Kelderek el ruido que había oído antes: gritos distantes, agudos e instantáneos como chispas voladoras, voces confundidas y que se superponían unas a otras como ondas en un estanque. Miró a uno y otro hombre. Todos le devolvían la mirada, esperando que él confirmara el único pensamiento de ellos.

—¡El ejército! —gritó Kelderek.

—Sí, pero ¿por qué gritan? —dijo Baltis—. Me parece que hay algo que anda mal.

Sheldra se adelantó y puso la mano en el brazo de Kelderek.

—¡Señor! —gritó señalando con la mano—. ¡Mira! ¡El Señor Shardik se está despertando!

Kelderek se volvió hacia la jaula. El oso, con los ojos todavía cerrados, se había

incorporado sobre el piso en una posición acurrucada, poco natural, que 110 parecía la posición de un ser que duerme, sino más bien la postura grotesca de algún insecto gigantesco, con la espalda arqueada y las patas recogidas bajo el cuerpo. La respiración era irregular, laboriosa, y en la boca se formaba espuma. Mientras ellos lo miraban, se movió, como incómodo, y luego, con un movimiento incierto e insensible de tanteo, levantó una pata hasta el hocico. Por un momento elevó la cabeza y los labios se recogieron como si fuera a mostrar los dientes; luego cayó de nuevo al suelo.

—¿Despertará ahora, en seguida? —preguntó Kelderek, encogiéndose involuntariamente al ver que el oso se movía una vez más.

—No en seguida, señor —contestó Sheldra— pero pronto lo hará... En menos de una hora.

Se oyeron claramente ruidos de batalla y, en medio de la gritería de los ortelganos, pudieron discernir un grito rítmico e intermitente, un sonido concertado, duro y compacto como el de un proyectil:

—¡Bek-la-Maut! ¡Bek-la-Maut!

—¡Empujad! —gritó Kelderek, sin saber muy bien qué decía—. ¡Empujad! ¡Shardik a la batalla! ¡Que el cansancio quede atrás! ¡Adelante!

Los hombres, chapoteando y tropezando en la lluvia, desataron las sogas mojadas, las engancharon del otro lado y empujaron la jaula cuesta abajo, sosteniéndola cuando corría más de lo debido. Sólo habían avanzado una corta distancia cuando Kelderek se dio cuenta que estaban más cerca de la batalla que lo que él había supuesto. La totalidad del ejército debía estar tomada, pues el clamor se extendía a derecha e izquierda. Avanzó un poco, pero no pudo ver nada a causa de los árboles espesos y la luz que decrecía. De repente un grupito de cinco o seis hombres llegó corriendo por la ladera, dándose vuelta y mirando por encima del hombro. Sólo dos de ellos llevaban armas. Uno, un pelirrojo huesudo, iba delante de los otros. Al reconocerlo, Kelderek lo tomó del brazo. El hombre profirió un grito de dolor, lanzó un juramento e intentó torpemente golpearlo. Kelderek dejó pasar la cosa y se limpió la mano ensangrentada en el muslo.

—¡Numiss! —gritó—. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Todo terminado! ¡Eso es lo que ha ocurrido! Todo el maldito ejército beklano está allí... a millares. ¡Sácalos de allí si puedes!

Kelderek lo agarró del pescuezo.

—¿Dónde está el señor Ta-Kominion? ¡Maldito seas! ¿Dónde?

Numiss señaló con la mano.

—Allí... tirado en el camino. ¡Está listo! —Se libró de él y desapareció.

La jaula, siempre cuesta abajo, estaba ya un poco detrás de Kelderek. Este llamó a Baltis:

—¡Espera! ¡Mantenía ahí hasta que yo vuelva!

—¡No se puede! ¡Es demasiado empinado! —gritó Baltis.

—¡Ponle estacas, entonces! —contestó Kelderek por encima del hombro—. Ta-Kominion...

—Demasiado empinado, te digo, muchacho. ¡Es demasiado empinado!

Kelderek corrió hacia abajo de la colina y tuvo un atisbo de árboles y de una ladera que ascendía hacia un terreno abierto, rocoso, por el cual los hombres de Ortelga estaban avanzando en su dirección. De más lejos, firmes como un redoblar de tambores, llegaban los gritos concertados del enemigo. No habría avanzado una distancia mayor que un tiro de flecha, cuando encontró a su hombre. Ta-Kominion yacía de espaldas en el camino. Los regueros formados por la lluvia, con su resaca de ramillas y hojas, se habían detenido en torno al cuerpo, lo rodeaban como si hubiera sido un tronco caído. A su lado, frotándose las manos, estaba en cuclillas un hombre de pelo gris: Kavass el arquero. De repente Ta-Kominion pronunció algunas palabras incoherentes y se golpeó un brazo. Kelderek corrió hacia él, se arrodilló a su lado y sintió que por la garganta le subía una arcada por el olor a gangrena y putrefacción.

—¡Zelda! —gritó Ta-Kominion. La cara blanca estaba horriblemente convulsionada; tenía la forma de la calavera y parecía más espantosa por la vida que aún brillaba en los ojos. Miró fijamente a Kelderek pero ya no dijo nada.

—¡Señor! —dijo Kelderek—. Lo que me pediste está cumplido. El Señor Shardik está aquí.

—¡Sh... Sh... Shardik!

—Shardik ha vuelto, señor.

De repente un bramido más fuerte que el mismo clamor de la batalla invadió el sendero, que formaba una especie de túnel bajo los árboles. Siguió un entrechoque y un resonar de hierros, un crepitar de maderas que se quiebran, gritos de pánico y un ruido de raspones y arrastres. La voz de Baltis gritaba: «¡Dejadlo, tontos!». Luego se oía el bramido, lleno de ferocidad y furor. Kelderek se puso de pie de un salto. La jaula se había soltado y rodaba cuesta abajo, traqueteando y saltando cuando las rudimentarias ruedas se hundían en el barro y chocaban contra alguna piedra de punta. El techo se había hendido en dos y los barrotes colgaban hacia fuera, algunos raspando el suelo, otros rozando a los lados, como aspas gigantes. Shardik se había erguido y estaba rodeado por pedazos de madera largos y astillados. La sangre le corría por un hombro y echaba espuma por la boca, golpeando los barrotes de hierro a su alrededor como los martilleros de Baltis nunca los habían golpeado. La punta de una estaca rota le había golpeado. La punta de una estaca rota le había entrado en el pescuezo y al moverse la agitaba a uno y otro lado, aullando de dolor y enojo. Con los ojos enrojecidos, lleno de espuma y de sangre, abriéndose paso con la cabeza entre las ramas más bajas de los árboles, que se cruzaban sobre el camino, se

lanzó a la batalla como un animal-dios del apocalipsis. Kelderek tuvo tiempo de arrojar sobre la orilla. La jaula pasó atronando a su lado, rechinando, sobre el mismo lugar en que él se había arrodillado, y tres de las ruedas, gruesas como el brazo de un hombre, pasaron por encima del cuerpo de Ta-Kominion, abriendo un canal sanguinolento entre la ropa, la carne y el hueso. La jaula siguió adelante, internándose entre los fugitivos de Ortelga como un carro demoníaco hasta que, al golpear de frente contra el tronco de un árbol, se ladeó y se hizo pedazos. Por unos instantes Shardik, tirado de espaldas, pataleó y se debatió buscando un punto de apoyo. Luego se puso de pie y, con la punta de la estaca todavía metida en el pescuezo, se abrió paso entre los árboles y marchó hacia el campo de batalla.

La batalla al pie de las colinas

Guel-Ethlin miraba a derecha e izquierda en la luz crepuscular la lluvia. Su línea permanecía invicta. Durante más de una hora las tropas de Bekla se habían limitado a mantener el terreno, rechazando los ataques furiosos pero fragmentarios de los ortelganos. Al cabo de un rato de ansiedad resultó claro que el enemigo, que lo había atacado tan inesperadamente como él había calculado, no poseía un comando central efectivo y atacaba sencillamente siguiendo órdenes de jefes individuales, grupo por grupo, de acuerdo a la decisión de cada barón. Comprendió que, aunque probablemente lo sobrepasaban en algo así como tres a dos, esto no tenía porque significar la derrota mientras el enemigo careciera de coordinación y disciplina auténticas. Sólo era necesario defender y esperar. Mientras los ortelganos continuaran efectuando ataques esporádicos sobre la línea, era bastante fácil para las compañías de Bekla no interesadas en la refriega ir hacia el interior y tratar de romper las líneas. Al caer la noche —muy pronto ahora— sus tropas ya iban a estar al límite de la resistencia, pero lo que habría que hacer entonces iba a depender del estado de cada ejército. Lo más prudente era volver a la llanura. Era improbable que estas tropas irregulares fueran capaces de seguirlos y ni siquiera, ahora que habían empezado las lluvias, de mantener el terreno. Los suministros de alimentos de ellos eran probablemente escasos, mientras que él contaba con raciones —de cierta clase— para dos días y, a diferencia del enemigo, iba a tener la oportunidad de requerir más si entraban en territorio amistoso.

Mantenerse firme hasta que oscureciera, pensaba Guel-Ethlin: esa era la cosa. ¿Por qué correr el riesgo de romper filas para atacar? Y después retirarse, dejando que la lluvia terminara con la tarea.

Otro ataque fue lanzado contra la ladera, esta vez directamente hacia su centro. Las tropas de Tonilda, formadas por soldados de segundo orden, si alguna vez los hubo, rompían filas en una especie de anticipación nerviosa y avanzaban con aire vacilante para enfrentarlos. Guel-Ethlin se adelantó, gritando:

—¡Firmes, firmes! ¡Tonilda viene!

Por lo menos, nadie hubiera podido decir que su voz de mando era floja. Era una voz que rajaba la algarabía como un martillo que rompe un pedernal. La gente de Tonilda retrocedió y volvió a formar líneas, mientras la lluvia les goteaba de los hombros. Unos instantes después el ataque de Ortelga se precipitó a través de los últimos metros golpeando como un pisón contra un muro. Entrechocaban las armas y los hombres avanzaban y retrocedían, resollando y jadeando como nadadores en aguas difíciles. Se oyó un grito y un hombre cayó fuera de las filas, llevándose las manos al estómago: se desplomó en el barro y allí quedó pataleando, semejante en su

desgracia desatendida a un pez magullado que echan a morir sobre la arena.

—¡Firmes! ¡Es Tonilda! —gritó de nuevo Guel Ethlin.

Un ortelgano pelirrojo y huesudo se precipitó dentro de un claro que había en las filas y corrió unos pocos pasos, mirando en derredor y blandiendo la espada. Un oficial se tiró contra él, erró el cuerpo cuando el hombre hizo un movimiento inesperado y lo hirió en el brazo. El hombre giró, dio un aullido y volvió corriendo por el mismo claro.

Detrás de las filas Guel-Ethlin, seguido por su abanderado, su trompeta y su criado, corrió sobre su izquierda hasta que estuvo más allá del punto de ataque. Luego, atravesando la formación frontal de los mercenarios de Deelguy, se volvió y miró la lucha a su derecha. Los ortelganos habían aprendido ahora, sin duda, —o habían encontrado un jefe sensato— a proteger los flancos de su ataque, habían roto la línea de Tonilda formando una cuña de unos sesenta metros de ancho. Peleaban, como ya lo habían hecho toda la noche, con una especie de ferocidad estulta, pródiga de vidas. El suelo barroso y pisoteado que habían ganado estaba cubierto de cuerpos. Y sus propias pérdidas aumentaban rápidamente, de ello no había ninguna duda. El ataque se había vuelto peligroso, y tenía que ser detenido y rechazado antes de que el enemigo lo reforzara. Se dio vuelta y se dirigió al comandante de línea que tenía más cerca —Kreet-Liss, un soldado secreto y reticente, capitán de los mercenarios de Deelguy. Kreet-Liss, aunque no por cierto un cobarde, siempre tendía a retobarse y era un aliado que súbitamente tenía dificultades para entender las frases beklanas más sencillas cuando las órdenes no eran de su agrado. Escuchó a Guel-Ethlin, a quien obligaba el ruido a gritarle casi al oído, cuando le dijo que hiciera retroceder a sus hombres, los colocara en el centro y contraatacara a los ortelganos.

—Sí, sí —gritó en su pesado acento finalmente— la cosa anda mal ahí. Mejor confiar en nosotros. ¿Eh, eh?

Los tres o cuatro barones jóvenes, de negras cabelleras enruladas, que lo rodeaban, sonrieron entre ellos, sacudieron un poco de lluvia de sus enlodados y multicoloridos atavíos y fueron a reunir a sus hombres. Cuando la gente de Deelguy retrocedió, Guel-Ethlin no pudo, en la luz que disminuía, atraer la atención de Shaltnekan, el comandante que estaba a su izquierda, a quien quería encargarle que llenara el claro. Envío a su sirviente con la orden.

El joven Shaltnekan y sus hombres se acercaban ahora con las cabezas inclinadas para evitar la lluvia que les azotaba las caras. Guel-Ethlin fue al encuentro de ellos, sacudiéndose los brazos contra el pecho, porque estaba empapado.

—¿No podríamos romper filas y atacarlos, señor? —preguntó Shaltnekan antes de que su superior pudiera hablar.

—Mis hombres están cansados de estar a la defensiva frente a esta horda de salvajes piojosos. Una buena arremetida y los deshacemos.

—De ningún modo —contestó Guel-Ethlin—. ¿Sabes acaso si no tienen reservas allí detrás, en los bosques? Nuestros hombres estaban cansados cuando llegaron aquí, y una vez que rompan filas van a ser pan comido para cualquiera. Lo único que podemos hacer es aguantar. Actualmente estamos bloqueando el camino a la llanura y, una vez que se den cuenta que no nos pueden mover, se van a venir abajo.

—Como digas, señor —dijo Shaltnekan— pero uno se siente a contrapelo quedándose quieto... cuando se podría hacer correr a esos bastardos por los montes como cabras.

—¡Y yo digo que hay que aguantar! —contestó vivamente Guel-Ethlin.

Guel-Ethlin caminó hacia la retaguardia, sintiendo la ropa mojada y pegajosa contra su cuerpo. El crepúsculo se acentuaba y tuvo que escudriñar unos instantes antes de divisar a Kreet-Liss. Corrió hacia él y llegó justamente en el instante en que los Deelguy se lanzaban al ataque. El grito concertado y rítmico de «¡Bek-la-Maut! ¡Bek-la-Maut!» fue repetido por toda la columna, pero se interrumpió en el centro, cuando los Deelguy se pusieron en contacto con el enemigo. Era claro que los ortelganos estaban dispuestos a pagar un precio caro para mantener la brecha que se había abierto. Tres veces rechazaron a los mercenarios, y cada vez que caía un enemigo, el ortelgano que se le oponía se agachaba rápidamente para apoderarse de las armas extranjeras que él creía que debían ser mucho mejores que las suyas, aunque unas y otras habían sido forjadas con hierro de Guelt.

De repente, un nuevo ataque de Bekla fue lanzado sobre el flanco derecho de Ortelga, y una vez más el grito firme y rítmico, «¡Bek-la-Maut!», se elevó sobre el clamor circundante. Guel-Ethlin, que había estado a punto de dar a Kreet-Liss la orden de atacar una vez más, trataba de escudriñar a su izquierda para descubrir lo que había ocurrido, cuando alguien le dio un tirón de la manga. Era Shaltnekan.

—Esos que atacan ahora son mis hombres, señor —dijo.

—¡En contra de las órdenes! —gritó Guel-Ethlin—. ¿Qué quiere decir esto? ¡Vuelve y...!

—Están a punto de aflojar en cualquier momento, señor, si no me equivoco —dijo Shaltnekan—. No querrás que los detenga ahora, cuando los están persiguiendo...

—¡No harás nada de eso! —contestó Guel-Ethlin.

—Señor —dijo Shaltnekan— si los dejamos salir del campo en forma más o menos ordenada, ¿qué se va a decir de nosotros en Bekla? No podríamos sobrevivir a eso. Tienen que ser derrotados. Hay que hacerlos pedazos. Y ahora es el momento de hacerlo, o van a desaparecer en la oscuridad.

No podía negarse que había sido una hermosa iniciativa, y tampoco podía negarse que era bastante fuerte el argumento de que la huida del enemigo, después de la batida que había sufrido, iba a ser mal visto en Bekla. Por otra parte, si los destruía,

su reputación iba a quedar establecida e iba a silenciar cualquier crítica posible do Santil-ke-Erketlis.

Los oficiales beklanos, obedientes a las órdenes, habían hecho detener a sus hombres en la línea defensiva original y los ortelganos corrían cuesta abajo sin que nadie los persiguiera, algunos ayudando a sus heridos o cargados del equipo que habían robado a los beklanos.

—¡Sigue, señor, sigue! —jadeó el muchacho—. ¡Termina con ellos!

Guel-Ethlin, ya decidido, se volvió hacia el trompa.

—Bueno, Lobo —le dijo, dirigiéndose a él por su apodo— ¡de nada sirve que estés ahí sin hacer nada! Romper filas: persecución general. ¡Y sopla con fuerza: que todos puedan oírle!

La trompa apenas acababa de sonar cuando va varias compañías beklanas empezaron a bajar las laderas: las de los extremos se dispersaban muy a lo ancho y trataban de volver al camino. Cada hombre esperaba superar a sus compañeros en el saqueo, no importaba de qué.

Sin duda iba a haber poco o nada que sacar de estos bárbaros, fuera de sus piojos, pero una pareja de esclavos se vendía a buen precio en Bekla, y siempre había la posibilidad de encontrar un barón con adornos de oro o incluso alguna mujer entre el equipo que quedaba detrás.

Guel-Ethlin también corrió entre los primeros, con su porta-estandarte a un lado y Shaltnekan del otro.

De cerca, desde alguna parte dentro del bosque, llegó un retumbo, un ruido como de molienda, que se fue acercando y se convirtió en un ruido de maderas rajadas y entrechoque de hierros. Inmediatamente después se oyó por encima del tumulto un rugido salvaje, como de algún animal grande que está dolorido. Luego unas ramas se apartaron frente a él y Guel-Ethlin quedó duro de horror, desprovisto de todo sentimiento que no fuera el pánico.

Ante él, a unos pocos metros de distancia, estaba de pie, con una altura que era más de dos veces la estatura de un hombre, un animal que no tenía cabida en el mundo de los mortales. Más que nada parecía un oso, pero un oso creado en el infierno para atormentar a los condenados con su mera presencia. Las orejas estaban agachadas, como las de un gato rabioso, los ojos tenían rojos resplandores en la luz que disminuía, una espuma ocre salía de entre unos dientes parecidos a cuchillos de los Deelguy. Sobre uno de los hombros —y esto casi lo enloqueció de miedo, pues era la prueba que la criatura no era humana— llevaba una estaca enorme y puntiaguda, que chorreaba sangre. También tenía cubiertas de sangre las garras encorvadas y una de las patas levantada por encima de la cabeza, como en un horrendo saludo de muerte. Sus ojos —los ojos de un ser enloquecido, que habita un mundo de crueldad y de dolor— miraban a Guel-Ethlin con una especie de oscura inteligencia, pero que

bastaba para su único propósito. Al encontrar esa mirada él dejó caer la espada de su mano y; al hacerlo, el animal le dio un golpe que le aplastó el cráneo y le hundió la cabeza entre los hombros.

Un momento después Shaltnekan cayó sobre él, con el pecho roto como un tambor aplastado. Kreet-Liss, trastabillando en la ladera mojada, intentó dar un golpe con su espada antes de que su garganta fuera desgarrada y convertida en una fuente de sangre. Y este golpe de espada, al herirlo, llenó al animal de una furia tan violenta de destrucción que todos los hombres se pusieron a gritar cuando se lanzó cuesta arriba entre ellos, tratando de deshacer y destruir. Los hombres de los lados, deteniéndose e intentando averiguar a gritos qué había ocurrido, sintieron que las tripas se les aflojaban al oír la noticia de que el oso-dios, más aterrador que ninguna criatura imaginada en los limbos inferiores de la fiebre y la pesadilla, había aparecido finalmente, había reconocido y había matado deliberadamente al general y a dos comandantes.

Desde las ondulantes líneas de Ortelga se elevó un grito de triunfo Kelderek, cojeando y bamboleándose de fatiga fue el primer hombre que emergió de los árboles gritando «¡Shardik, Shardik el Poder de Dios!» y luego, a los gritos de «¡Shardik! ¡Shardik!», últimos sonidos que llegaron a oídos de Ta-Kominion, los ortelganos se precipitaron cuesta abajo, arrasando el quebrado centro beklano. Pocos minutos después Kelderek, Baltis y una veintena de los otros llegaban a la desembocadura del despeñadero, delante de la cresta y, sin atender a su aislamiento, miraron a todos lados, dispuestos a enfrentarse con cualquiera que intentara buscar una huida. De Shardik, desvanecido en medio de la oscuridad que todo invadía, no había quedado ni imagen ni sonido.

Después de media hora, cuando, la noche ya había puesto fin al derramamiento de sangre, toda resistencia beklana se había apagado, Los ortelganos, siguiendo el terrible ejemplo que los había redimido de la derrota, no mostraron piedad: mataron a sus enemigos y despojaron a los cuerpos de armas y de escudos, hasta que estuvieron tan bien pertrechados como nunca lo estuvo fuerza alguna en la llanura de Bekla. Unos pocos de los hombres de Guel-Ethlin lograron escapar a Guelt.

Antes de medianoche el ejército, a quien Zelda y Kelderek habían hablado con tanto entusiasmo que ni siquiera se quedó para honrar a sus muertos, siguió cojeando en dirección a Bekla, proclamando las noticias de su victoria y de la total destrucción de las fuerzas de Guel-Ethlin.

Dos días más tarde, reducidos a las dos terceras partes de su fuerza por las fatigas y las privaciones de la marcha, los ortelganos, que avanzaban por el camino pavimentado que cruzaba la llanura, aparecieron ante los muros de Bekla: rompieron el portón labrado y dorado de Tamarrik —esa pieza única creada por el artesano Fleitil un siglo antes— después de sacudirla durante cuatro horas con un tambor

improvisado y al costo de más de quinientos hombres; derrotaron a la guarnición y a los ciudadanos, a pesar de la valerosa dirección del enfermo Santil-ke-Erketlis; saquearon y ocuparon la ciudad e inmediatamente se pusieron a pertrechar las fortificaciones contra riesgos de contraataques posibles en cuanto terminaran las lluvias.

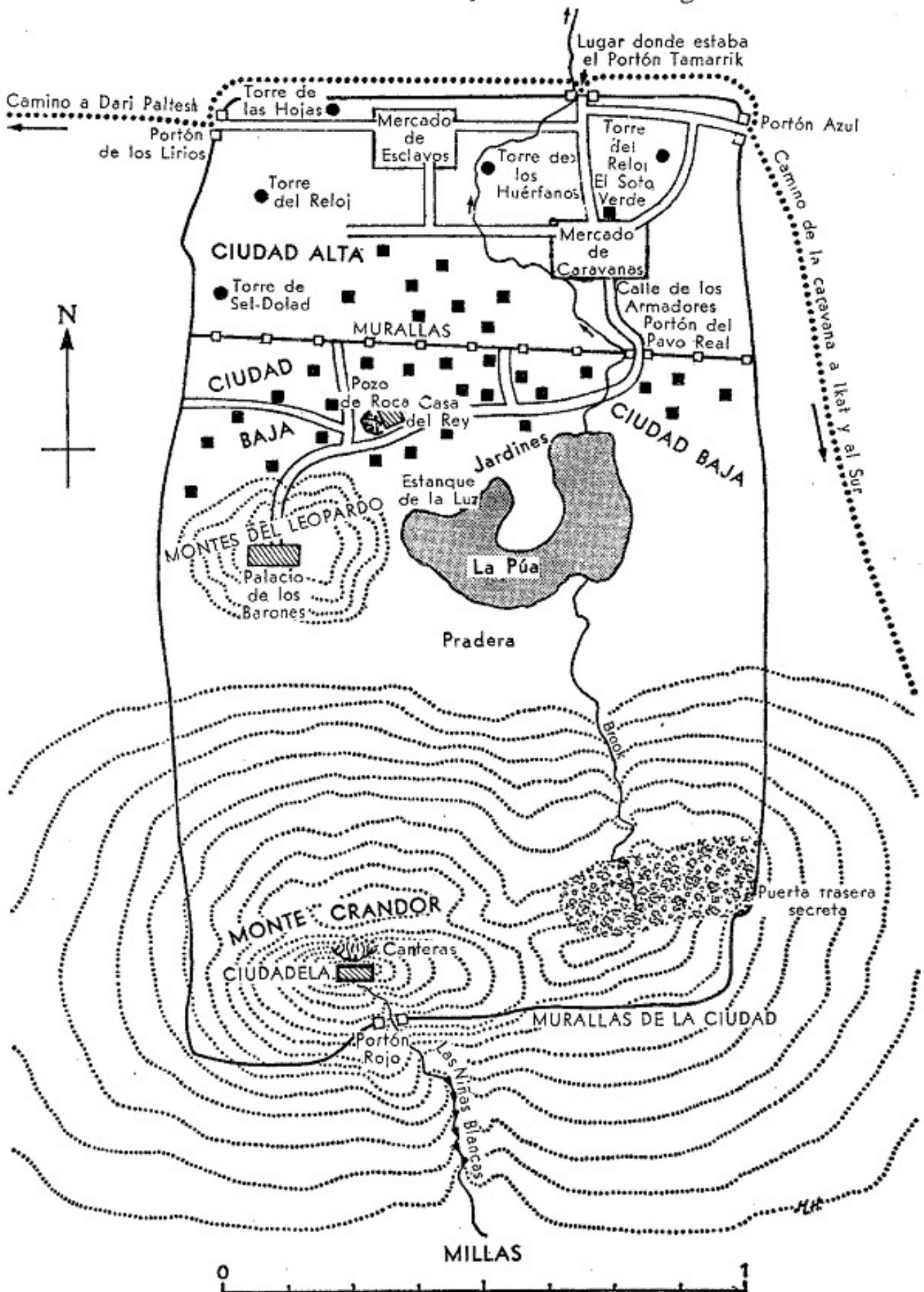
De este modo, en lo que sin duda debe haber sido una de las campañas más extraordinarias e imprevisibles que nunca se haya visto, cayó Bekla, capital de un imperio de provincias subyugadas que abarcaban 360 kilómetros cuadrados de extensión. De estas provincias, las más alejadas de la ciudad se escindieron y se declararon enemigas de los nuevos dirigentes. Las más próximas, ante la posibilidad de saqueos y el derramamiento de sangre de una resistencia, se pusieron bajo la protección de los ortelganos, de sus generales Zelda y Gued-la-Dan y de su misterioso rey-sacerdote Kelderek, llamado Crendrik, el Ojo de Dios.

Libro III

Bekla

Bekla

en la época de la conquista de los Ortelganos



24

Elleroth

¡Bekla, ciudad de mito y conjetura, oculta en el tiempo como Tiahuanaco en las fortalezas de los Andes, como Petra en los montes de Edom, como Atlantis bajo las aguas! Bekla de enigma y secretos, envuelta más profundamente en su misterio religioso que Eleusis la del trigo cosechado, que los gigantes de piedra del Pacífico o las tierras del Preste Juan. Sus muros grises y derruidos, —sobre cuyos parapetos sólo pasaban las nubes, en cuyos huecos soplaba el viento y cesaba como el clarín de Cracovia o la estatua de Memnón en las arenas— las estrellas que se reflejaban en sus aguas, las flores que perfumaban sus jardines se han convertido en palabras oídas en un sueño que no puede ser recordado. Su misma historia yace enterrada, ignota, monedas, cuentas y tableros de juego, calle bajo calle, almacén bajo almacén, chimenea bajo chimenea, ceniza bajo ceniza. La tierra ha sido cavada en Troya y en Micenas; la selva talada en torno a Zimbabué; y encerradas en mapas y relojes están las temibles ligas en tomo a Urumchi y Ulan Bator. Pero ¿quién dispersará la oscuridad lunar que cubre a Bekla o la elevará hasta la luz desde profundidades más solitarias y remotas que esas en donde Basoguigas y Etusa nadan en el silencio negro? Tan solo a través de cuentos se puede adivinar a veces, como las maderas enigmáticas y labradas de las Américas que flotaban siglos ha y llegaban a las costas de Portugal y España; o tal vez en sueños puede ser atisbado el enigma, desde las cubiertas de la flota imper-térrita de dioses y de imágenes que navegan de noche y que llevan a los pasajeros en bodegas que no son otras que las que llevaron, en su breve tiempo, a la mujer de Pilatos, a José de Canaán y a la prudente Penélope de Itaca con sus veinte gansos. Bekla la incomparable, el lirio del llano, el jardín de piedra esculpida y que danza, la ciudad que surge entre la bruma y el crepúsculo, leve como las huellas del mismo Shardik en selvas hace mucho tiempo desaparecidas.

Los muros se extendían por 10 km a la redonda, levantándose en el Sur para rodear la cumbre del monte Crándor, que corona con su ciudadela la ladera frontal de las canteras más abajo. Una serie de escalones empinados lleva a ese frente y desaparece a una altura de veinticinco metros, dentro de la boca de un túnel que corre a través de la roca y emerge a la luz crepuscular del gran granero-bodega. La otra entrada a la ciudadela es el llamado Portón Rojo en el muro del Sur, un arco bajo por el cual fluye una corriente desde su fuente interior hasta las varias cascadas —llamadas las Niñas Blancas— en la ladera graduada del Sur. Junto al Portón Rojo antiguos hombres trabajaron para ampliar y profundizar el cauce de la corriente y dejaron hecho, dos pies por debajo de la superficie del agua, un canal angosto y serpenteante de roca viva.

No era el monte Crándor que solicitaba la mirada del recién llegado a Bekla, sino

la cordillera de los Montes del Leopardo, más abajo, con sus terrazas de viñas, flores y tendriona cítrica. En la cresta, por encima de los jardines circundantes, se levantaba el Palacio de los Barones con su serie de torres que reflejaban la luz en sus balcones de mármol rosa y pulido. En total había veinte torres redondas, ocho a lo largo del Palacio, y cuatro a lo ancho, que se afinaban en los extremos, y la pared circular era tan tersa y simétrica que, a la luz del sol, ni un solo borde de piedra arrojaba sombra sobre la piedra de abajo, y la única negrura visible era la de las aperturas de las ventanas, redondas, trazadas como cerraduras, que daban luz a las escaleras en espiral. Muy arriba, tan arriba como árboles altos, los balcones circulares avanzaban como capiteles de columnas y sus suelos eran lo bastante anchos para que dos hombres pudieran caminar por ellos lado a lado. Las balaustradas de mármol eran idénticas en altura y forma, pero cada una estaba decorada de distinto modo, labrada a cada lado en bajorrelieve con imágenes de leopardos, azucenas, pájaros o peces; de tal modo que un señor podía decirle a su amigo: «Me veré contigo esta noche en la Torre Brama», o un amante a su amada: «Encontrémonos esta noche en la Torre de Trepis y contemplemos la puesta del sol antes de la cena». Por encima de estos maravillosos nidos de cuervos las torres culminaban en campanarios esbeltos, pintados de rojo, azul y verde, con postigos, y que encerraban sonoras campanas de cobre.

El Palacio mismo se levantaba dentro de sus torres y estaba a una distancia de varios metros de sus bases. Pero, y la cosa era maravillosa de ver, a la altura del techo, la parte de la pared que estaba detrás de cada torre se inclinaba hacia afuera, apoyada en gruesos puntales, la abrazaba y sobresalía un poco más allá, de tal modo que las torres mismas, con sus campanarios puntiagudos, parecían picas clavadas, a intervalos regulares, en las paredes, que soportaban el techo como un dosel es soportado en la periferia.

A cierta distancia del pie del Monte del Leopardo estaba el Pozo de Roca, recién excavado, e inmediatamente encima estaba la Casa del Rey, una construcción severa y cuadrada de habitaciones y corredores rodeados por un vestíbulo —en un tiempo cuartel para los soldados—, pero reservado ahora a otros usos y otro ocupante. Cerca, agrupados en el lado Norte de los jardines de cipreses y del lago que llamaban la Púa, había unos edificios de piedra, parecidos a los de Quiso, pero de mayor tamaño y más numerosos. Algunos de estos eran usados como viviendas por los jefes de Ortelga, y otros se reservaban para los huéspedes o las delegaciones de los pueblos de provincia, cuyas idas y venidas, con embajadas ante el rey, o peticiones que exponer ante los generales, eran incesantes en este imperio siempre en guerra a causa de sus discutibles fronteras. Más allá de los jardines de cipreses un camino amurallado conducía al Portón del Pavo Real, único camino a través de la rampa fortificada que dividía a la ciudad alta de la ciudad baja.

La ciudad baja, la ciudad propiamente dicha, con sus calles pavimentadas y callejones polvorientos, sus olores y clamores durante el día, su luz lunar y su perfume a jazmines por la noche, sus inválidos y mendigos, sus animales, sus mercancías, sus diseminadas huellas de guerra y de saqueo, sus puertas clausuradas y paredes ennegrecidas por los incendios —¿también pueden volver las ciudades desde la oscuridad?—. Aquí había una calle de cambistas; más allá, a ambos lados de una angosta avenida de acebos, se levantaban las casas de los joyeros, con ventanas altas y tapiadas y un par de recios mocetones en la entrada que debían informarse sobre las intenciones del forastero.

El mercado de ganado había sido quemado hasta los cimientos durante la guerra, y en una de las puertas vencidas y abiertas del templo de Kram alguien había pintarrajeado la imagen de un oso, dos ojos y un hocico amenazador, en medio de dos orejas redondas. El portón Tamarrik, esa maravilla, inferior tan solo al Palacio, había desaparecido para siempre; habían desaparecido las concéntricas esferas en filigrana, el reloj de sol con su gnomo fálico y su ninfoléptica espiral de las horas, los increíbles rostros que escudriñaban entre las hojas verdes del sicómoro, los grandes helechos y los líquenes de lenguas azules, el arpa de viento y el tambor de plata que resonaban solos cuando las palomas sagradas pidiendo comida se posaban en ellos al anochecer. Los fragmentos de la obra maestra de Fleitil, construida en una época en que nadie creía posible que la guerra pudiera llegar a Bekla, habían sido recogidos secretamente y con lágrimas amargas durante la noche antes de que Gued-la-Dan y sus hombres hicieran una inspección del edificio, buscando hombres para el trabajo obligatorio en una nueva pared que debía cerrar el hueco. Los dos portones que quedaban, el Portón Azul y el Portón de los Lirios, eran muy fuertes y enteramente adecuados al presente de Bekla y a su peligrosa condición de ciudad que no sabía distinguir entre amigos y enemigos.

En esta nebulosa mañana de primavera la superficie de la Púa, erizada por el viento del Sur, tenía el brillo mate y quebrado del cristal tallado. En los jardines de cipreses protegidos, había hombres que paseaban en grupos de a dos y de a tres, o sentados, a resguardo del viento, en las glorietas de siempreverdes. Algunos eran acompañados por sirvientes que caminaban detrás de ellos con capas, papel y material para escribir, mientras que otros, de voces ásperas e hirsutos como bandidos, estallaban de cuando en cuando en carcajadas o se palmeaban los hombros, revelando, pese a que trataban de ocultarlo, la falta de comodidad que sentían en este ambiente elegante y desusado. Después de un rato, una cierta inquietud, incluso impaciencia, empezó a notarse entre ellos. Evidentemente estaban esperando algo que se demoraba.

Por último, se vio la figura de una mujer que llegaba desde la Casa del Rey, con una capa escarlata y un cetro de plata en la mano. Hubo un movimiento general en

dirección a la puerta que llevaba al camino amurallado, de tal modo que, cuando la mujer lo alcanzó, cuarenta o cincuenta hombres ya esperaban allí. Al entrar ella, algunos formaron grupos a su alrededor; otros, con aire displicente, miraron á otra parte o pretendieron indiferencia, manteniéndose al alcance. La mujer, solemne y estólida en sus maneras, miró en derredor a los hombres y levantó una mano a guisa de saludo: la mano tenía anillos de madera carmesí. Empezó a hablar y aunque hablaba en beklano, era evidente que no era éste su idioma. La voz tenía las cadencias lentas y monótonas de la provincia de Telthearna y, como todos sabían, la mujer era una sacerdotisa de los conquistadores, una ortelgana.

—Señores: el rey os saluda y os da la bienvenida a Bekla. Da las gracias a cada uno de vosotros porque sabe que os preocupáis por la fuerza y la seguridad del imperio. Como ya sabéis...

En ese instante fue interrumpida por la explosión tartamudeante de un hombre grueso, de pelo liso y largo, que habló con el acento de un occidental de Paltesh.

—Señora Sheldra, *säiyet*, dinos, al rey... al señor Crendrik... ¿no le ha ocurrido nada malo?

Sheldra se volvió hacia él, muy seria, y lo miró fijamente, en silencio. Luego continuó diciendo:

—Como todos sabéis, él tenía intenciones de daros esta mañana audiencia en el Palacio, y asistir de tarde a la primera sesión del consejo. Pero se ha visto obligado a cambiar sus planes.

Se interrumpió, aunque nadie la había interrumpido. Todos escuchaban atentamente. Los transeúntes que estaban a cierta distancia se acercaron e intercambiaron miradas con las cejas levantadas.

—El general Gued-la-Dan debía llegar a Bekla anoche, junto con los delegados de Lapán oriental. Pero se han visto demorados inesperadamente. Un mensajero llegó hasta el rey en la madrugada con las noticias de que ellos no estarán aquí hasta esta noche. Por lo tanto, el rey os pide que tengáis paciencia un día más. La audiencia se celebrará a esta misma hora, mañana, y el Consejo se reunirá en la tarde. Hasta entonces sois huéspedes de la ciudad y el rey dará la bienvenida a quienes deseen cenar con él una hora después de la puesta del sol.

Un hombre alto, sin barba, que llevaba una capa de zorros sobre una túnica tableada, y una blusa de damasco purpúreo, adornada con tres espigas de maíz, se aproximó, meneándose elegantemente por la terraza, y volvió los ojos hacia la multitud, como si acabara de notarla por primera vez. Se detuvo, esperó un momento y le habló a Sheldra por encima de las cabezas de los otros, con el tono cortés, casi de disculpa, que tiene un caballero cuando interroga al sirviente de otro.

—Me pregunto qué puede haber demorado al general. ¿Acaso tú tendrías la amabilidad de decírmelo?

Sheldra no contestó inmediatamente y, al parecer, el dominio que tenía de sí misma no estuvo a la altura ni de la pregunta ni de quien la hacía. Se tuvo la impresión de que tomaba en cuenta la pregunta con la esperanza de ponerla de lado, como si fuera una especie de insecto molesto. No demostró ninguna confusión, en realidad, pero manteniendo los ojos fijos en el suelo se volvió, y evitó la mirada del hombre alto como una gobernante o cuidadora de casa adinerada que pierde compostura al verse obligada a contestar amablemente a alguna atención no buscada de amigos de la familia. Ya iba a retirarse cuando el recién llegado, inclinando sus lustrosa cabeza, y persistiendo en su manera amable y condescendiente, avanzó ágilmente entre la multitud y se puso a su lado.

—Tengo muchos deseos de saber qué pasa, porque, si no me equivoco, el ejército del general está ahora en la provincia de Lapán, y cualquier desgracia que pueda haberle ocurrido sería también una desgracia para mí. Estoy seguro de que, dadas las circunstancias, habrás de disculpar mi importunidad.

La respuesta de Sheldra, no fue digna de un heraldo regio, fue la frase torpe y malhumorada que podría contestar una mujer de servicio en las cocinas de un campesino acaudalado.

—Se quedó con el ejército, creo... Es decir, eso me han dicho. Ya está por llegar.

—Gracias —contestó el hombre alto—. ¿Había una razón para ello, sin duda? Estoy seguro que tú querrías ayudarme, si pudieras.

Sheldra echó atrás la cabeza, como una yegua molestada por las moscas.

—El enemigo que está en Ikat... el general Erketlis... el general Gued-la-Dan quería dejar todo asegurado antes de salir para Bekla Y ahora, señores, debo irme... Hasta mañana...

Abriéndose paso entre ellos casi a la fuerza se fue del jardín con un apuro torpe y muy poco sentador.

El hombre de la túnica con espigas de trigo marchó hacia una mata de plantas junto al lago y se puso a contemplar las grullas que comían mientras jugaba con un puñal de plata que tenía fijado al cinto por una hermosa cadena de oro. El viento hizo que se estremeciera, y se arrebujó mejor dentro de su capa, levantando el ruedo sobre la hierba húmeda con una especie de gracia estilizada, casi como la gracia de una muchacha en un salón de baile. Se había detenido a mirar el brillo escarchado, salpicado de lila, en los pétalos de unas salvis que había florecido antes de tiempo, cuando alguien le tiró de la manga desde atrás. Miró por encima del hombro. El hombre que llamaba su atención estaba de pie detrás de él y sonreía. Tenía un aspecto rudo y fogueado, el aire escéptico de un hombre que ha tenido muchas experiencias, que ha realizado progresos y ha obtenido la prosperidad en una escuela muy dura, y que contempla estas dos últimas cosas con un cierto desapego.

—¡Mollo! —grito el hombre alto, abriendo los brazos en un gesto de bienvenida

—. ¡Mi querido amigo: una agradable sorpresa! Creí que estabas en Terekenalt, sobre el Vrako, en las nubes, en cualquier lugar salvo aquí. Si no estuviera medio congelado en esta ciudad pestífera podría demostrarte todo el placer que siento al verte: solo puedo demostrarte la mitad...

Y, al decir esto, abrazó a Mollo, que pareció un poco confundido, aunque lo tomó a buena parte. Luego, asiéndolo de la mano a la distancia del brazo, como si fuera a dar un paso de baile cortesano, lo miró de arriba abajo, meneó lentamente la cabeza y siguió hablando como había empezado, en yeldashay, el idioma de Ikat y del Sur.

—¡Dilapidando, dilapidando! Sin ninguna duda lleno de cabezas de flechas arrancadas por los hombres de la tribu y botijas de las barracas de allá. Uno se pregunta por qué los agujeros que hicieron las primeras no pueden chupar un poco de las últimas. Pero ¡vamos!, explícame cómo te encuentras aquí y cómo está Kabin y todos esos simpáticos chicos acuáticos.

—Ahora soy el gobernador de Kabin —contestó Mollo con una sonrisa— de tal modo que el lugar ha decaído en la opinión del mundo.

—¡Mi querido amigo: te felicito! ¿De modo que las ratas de agua han alquilado los servicios de un lobo? ¡Muy prudente, muy prudente!

Y canturreó un estribillo:

Un ladrón de ganado le dijo a su mujer:

(San, tan... tan, te-te-ne-fe-ri)

«Quiero vivir bien por el resto de mi vida...».

—Eso es —dijo Mollo con una sonrisa— después de ese asuntito de las Guerras de los Esclavos, en que nos vimos metidos...

—Cuando me salvaste la vida...

—Cuando te salvé la vida (¡Dios me asista: debo haber estado enteramente chiflado!) no me pude quedar en Kabin. ¿Qué podía hacer yo allí? Mi padre ciego en el rincón de su chimenea y mi hermano mayor dedicado muy en serio, a que, ni Shraín ni yo, pudiéramos recibir nada de la herencia Shraín juntó cuarenta hombres y se unió al ejército de Bekla, pero a mí eso no me gustaba, y decidí seguir mi propio camino. Cabezas de flechas y botijas... bueno, tienes razón: eso es.

—Robo, saqueo y robo, como si dijéramos...

—Si uno no puede robarlo, uno tiene que luchar por ello, ¿no es así? Me hice útil. Terminé como gobernante de provincias del rey de Deelguy... un trabajo honrado, por una vez...

—¿En Deelguy, Mollo? Bueno, bueno...

—Bueno, bastante honrado, digamos. Me da bastantes dolores de cabeza y preocupaciones... Demasiada responsabilidad...

—Me puedo imaginar muy bien tus sentimientos al descubrirte a ti mismo en el Norte del Telthearna con el Fuerte Horrible a tu solo cuidado.

—En realidad fue la provincia de Klamsid. Bueno, es una manera de prepararse el nido, si uno tiene que sobrevivir. Allí estaba yo cuando me dieron la noticia de la muerte de Shraín... Lo mataron los ortelganos, hace cinco años ahora, en la batalla al pie de los montes, cuando Guel-Ethlin perdió su ejército. ¡Pobre muchacho! De todos modos, hará unos seis meses un mercader de Deelguy se me presenta y me pide un permiso de tránsito —una bestia repulsiva, viscosa, que responde al nombre de Lalloc—. Cuando quedamos solos me dice: «¿Eres el señor Mollo... de Kabin de las Aguas?». «Soy Mollo el gobernador, —le contesto—. Y suelo ser pesado con los aduladores viscosos». «¿Por qué dice eso, señor? —me dice—. No hay ninguna adulación».

—¡Ad-o-lación!, querrás decir.

—Bueno, sí, ad-o-lación. No puedo imitar ese acento asqueroso. «Vengo de pasar la temporada de las lluvias en Kabin —me dice— y te traigo noticias. Tu hermano mayor ha muerto y la propiedad es tuya. Pero nadie sabía dónde te podía encontrar. La ley te concede tres meses para el reclamo». «¿Y con eso a mí qué?», pensé. Pero más adelante me puse a meditar en la cosa y me di cuenta que tenía ganas de volver a casa. De modo que nombre a mi delegado como gobernador por propia autoridad, envié un mensaje al rey comunicándole lo que había hecho... y partí.

—¿Los habitantes quedaron muy afligidos? ¿Los cerdos lloraron lágrimas regias en los dormitorios?

—Puede ser que lo hayan hecho... No lo advertí. De todos modos, no se los puede distinguir de los habitantes. Fue un mal viaje en esa época del año. Casi me ahogué al cruzar el Telthearna de noche.

—¿Tenía que ser de noche?

—Bueno... estaba apurado...

—¿No querías ser visto...?

—No quería ser visto. Tomé el camino de los montes a través de Guelt. Quería ver el lugar en donde había muerto Shraín, decir unas pocas plegarias en su nombre y hacer una ofrenda. Ya me entiendes. ¡Dios mío! ¡Qué lugar espantoso! No quiero ni hablar de él... Los fantasmas deben ser más abundantes allí que las ranas en un pantano. No iría yo allí de noche ni por todo el oro de Bekla. De todos modos, Shraín está en paz y yo hice todo lo que había que hacer. Bueno, cuando tuve que atravesar el paso que lleva a la llanura —y tenía que pagar peaje en el extremo meridional, lo cual era nuevo— ya era el fin de la tarde y yo pensé: «No voy a llegar a Kabin esta noche. Iré a verlo al viejo Smarr-Torruin, ese que les daba de comer a los toros premiados cuando mi padre estaba vivo». Cuando llegué allí, sólo yo y un par de tipos... bueno, nunca habré visto un lugar más cambiado... sirvientes a montones,

todo hecho de plata, todas las mujeres de seda y alhajadas. Smarr era el mismo, sin embargo, y se acordaba bien de mí. Cuando estábamos bebiendo juntos después de la comida, yo le dije: «Al parecer, los toros son rendidores». «Oh, —me dijo— ¿no has oído? Me han hecho gobernador de los Montes y custodio del Paso de Guelt». «¿Cómo es posible una cosa semejante?», le pregunté. «Bueno —me dice— uno tiene que estar listo para saltar en el momento apropiado, cuando los tiempos son críticos... Es uno de esos casos de ganar o perder todo. Después oí lo que había ocurrido en la batalla al pie de los Montes. Supe que estos ortelganos tenían que tomar a Bekla: la razón era evidente... tenían que ganar. Vi la cosa muy claramente, pero al parecer nadie más podía verla. Me fui derecho a ver a los generales. Los alcancé cuando marchaban al Sur, atravesando la llanura hacia Bekla, y les prometí toda la ayuda que podía darles. Bueno, la noche antes de la batalla la mayor parte del ejército de Guel-Ethlin había sido enviado a Kabin para componer el dique... y si eso no es el dedo de Dios, ¿qué es?... Las lluvias empezaban, pero de todos modos esos beklanos, en Kabin, estaban a la zaga de los ortelganos cuando marchaban hacia el Sur. No es el tipo de riesgo que a un general le hace sentirse contento. Me arreglé para que les resultara imposible moverse. Reuní a mis hombres y destruí tres puentes, envié falsos informes a Kabin, intercepté a los mensajeros de ellos...». «Señor, —le digo a Smarr— ¡qué juego es éste de alcanzar a los ortelganos!». «En absoluto —me dijo Smarr—. Sé decir cuando el rayo está por caer y no necesito saber exactamente dónde. Te digo que los ortelganos tenían que ganar. Ese ejército a medias del pobre Guel-Ethlin se desmoronó sencillamente... Nunca luchó de nuevo. Salieron de Kabin bajo la lluvia, volvieron otra vez, recibieron medias raciones, hubo un amotinamiento, deserciones en masa. En el momento en que pudo llegar un mensajero de Santil-ke-Erketlis, una facción de los amotinados había tomado el mando, y casi habían ahorcado al pobre tipo. Buena parte de esto era obra mía, y ¿no dejé por cierto que el rey Crendrik se enterara?... Así fue como los ortelganos me hicieron gobernador del Pie de los Montes y Custodio del Paso de Guelt. Así fue, hijo mío, y un nombramiento muy lucrativo, por cierto». De repente Smarr me mira. «¿Has vuelto aquí a reclamar la herencia de la familia?», me pregunta. «Así es» —le digo—. «Bueno —me dice— tu hermano nunca me gustó. Era un tipo de puños duros, alborotador, pendenciero, pero tú estás bien. Hace falta un gobernador en Kabin. Hasta hace poco hubo allí un extranjero, un tal Orka-at, que estuvo antes al servicio de Bekla. El tipo sabe algo sobre la represa, algo que a los ortelganos no les puede ocurrir... pero lo acaban de asesinar. Bueno, tú eres un muchacho del lugar, así que a ti no te van a asesinar, y a los ortelganos les gustan los hombres del lugar, siempre que sientan que pueden confiar en ellos. Después de lo ocurrido, confían en mí, naturalmente, y si yo le digo una palabra al general Zelda, probablemente te nombrará». Bueno, en pocas palabras, me las arreglé para estar a la altura de la

recomendación de Smarr, y así fue como llegué a ser gobernador de Kabin.

—Ya veo. ¿Y tú tienes contacto con la represa desde las profundidades de tus conocimientos acuáticos, verdad?

—No tengo idea de qué hay que hacer con una represa, pero mientras esté aquí tengo intenciones de encontrar a alguien que lo sepa y llevármelo conmigo.

—¿Y ha venido aquí para intervenir en el Consejo tu encantador amiguito, el que se ocupa de la cría de toros?

—¿Smarr? Él, no. Envió un delegado. No es tonto.

—¿Cuánto tiempo has sido gobernador de Kabin?

—Hace tres días. Te digo: todo esto acaba de pasar. El general Zelda estaba reclutado en esta zona y, —así se presentó la cosa—. Smarr lo vio al día siguiente. No hacía más que una noche que yo había vuelto a casa cuando él me mandó un oficial a anunciarme que me habían nombrado gobernador y a ordenarme que me presentara personalmente en Bekla. Así que aquí me tienes, Elleroth, como ves, ¡y la primera persona con quien me encuentro eres tú!

—Elleroth Ban. Inclínate tres veces antes de dirigirme la palabra.

—Bueno, nos hemos convertido en una pareja prestigiosa, esa es la verdad. ¿Ban de Sarkid? ¿Cuánto tiempo hace que eres Ban Elleroth?

—Oh, hace unos pocos años. Mi pobre padre murió hace bastante tiempo. Pero dime, ¿cuánto sabes tú de Bekla nueva, la Bekla moderna y sus humanitarios y esclarecidos dirigentes?

En ese momento dos de los otros delegados los alcanzaron. Hablaban gravemente en ketrián-chistol, el dialecto del Terekenalt oriental. Uno de ellos, al pasar, dio vuelta la cabeza y continuó mirando seriamente por encima del hombro un rato, antes de retomar la conversación.

—Tendrías que ser más prudente —dijo Mollo—. Observaciones como esa no deben ser hechas en un lugar como éste, y mucho menos oídas.

—Querido mío, ¿hasta qué punto crees tú que entienden yeldashay estas calabazas cultivadas? Sus cuerpos apenas cubren púdicamente a sus mentes. Su incultura está indecentemente en cueros.

—No se puede decir. Discreción: eso es algo que he aprendido y estoy vivo para probarlo.

—Muy bien, satisfaremos tu deseo de conversaciones privadas, por decepcionante que sea la cosa. Allí hay un tipo con un bote, ¡eh, tú!, y sin duda tiene su precio, como todos en este mundo.

Y dirigiéndose al botero en un beklano excelente, como ya lo había hecho con Sheldra, sin que pudiera notarse ni rastro de acento yeldashay, le dio una moneda de diez meld, se ajustó la capa de zorros a la garganta, levantó el espeso cuello que le rodeaba la nuca y entró al bote seguido por Mollo.

Mientras el hombre remaba en dirección al centro del lago y las olitas golpeaban regularmente debajo de la popa, Elleroth mantuvo silencio, contemplando intensamente los campos de pastoreo que se extendían desde la orilla Sur de la Casa del Rey y doblaban por la orilla Oeste del lago hasta las estribaciones del Norte del Grandor a la distancia.

—Solitario, ¿verdad? —dijo finalmente, hablando siempre en yeldashay.

—¿Solitario? —contestó Mollo—. Yo no diría.

—Bueno, digamos poco frecuentado... y el terreno es terso y suave, sin obstáculos. Bueno —hizo una pausa sonriendo ante el ceño fruncido de Mollo, que no entendía.

—Para retomar el punto en que fuimos interrumpidos —tan dramáticamente—. ¿Qué más sabes de Bekla y de esos ribereños hechizados por un oso de Telthearna?

—Ya te dije... casi nada. Apenas tuve tiempo de averiguarlo.

—¿Sabías, por ejemplo, que después de la batalla al pie de las colinas, hace cinco años y medio, no enterraron a los muertos... ni los propios ni los de Guel-Ethlin? Los dejaron para que los comieran los lobos y los milanos.

—No me sorprende. He estado en ese campo, como te dije, y nunca me he alegrado más de salir de un lugar. Mis dos compañeros estaban casi locos de miedo... y era durante el día. Hice lo que debía hacer por Shraín y volví sin más.

—¿Viste algo?

—No, fue sólo lo que todos sentimos. Oh, ¿quieres decir los despojos de los muertos? No... no nos apartamos del camino, ¿sabes?, y los retiraron poco después de la batalla unos hombres que vinieron de Guelt, según me dijeron.

—Sí, los ortelganos, naturalmente, no se preocuparon. Pero no podía esperarse que lo hicieran, ¿verdad?

—En la época en que se ganó la batalla habían llegado las lluvias y caía la noche, ¿no es así? Estaban desesperados por llegar a Bekla.

—Sí, pero tampoco ningún ortelgano hizo nada después que Bekla cayó, aunque debe haber habido muchas idas y venidas entre Bekla y la isla del Telthearna. Considero esto muy tedioso como tema de contemplación L ¿y tú? Es mortalmente aburrido.

—Nunca había pensado en la cosa desde ese punto de vista.

—Empieza ahora.

El bote, al girar, había seguido primero la ribera sureña y después la ribera oriental de la Púa y, cuando se acercaron, las grullas huyeron chillando, en una bandada de alas blancas. Después de un rato Mollo dijo:

—Nunca he entendido por qué cayó la ciudad. La tomaron por sorpresa e irrumpieron por la puerta Tamarrik. Bueno, de acuerdo, la puerta Tamarrik era una tontería militar. Pero ¿qué estaba haciendo Santil-ke-Erketlis? ¿Por qué no intentó

mantener la ciudadela? Ese lugar podía resistir eternamente.

Señaló la cara abrupta de la cantera.

—Resistió —contestó Elleroth— mientras duraron las lluvias y después... un total de cuatro meses. Esperaba algún refuerzo de Ikat, e incluso de las tropas de Kabin... esas le interesaban a tu amigo de confianza, el criador de toros. Los ortelganos lo dejaron en paz por mucho tiempo... llegaron a sentir por él un sano respeto, diría... pero, cuando terminaron las lluvias y él todavía seguía allí, empezaron a preocuparse. Tenía que poner un ejército en campaña hacia Ikat, ¿sabes?, y no había nadie para mantener a Santil dentro de la ciudadela. Así que se libraron de él.

—Se libraron de él... ¿así no más? ¿Qué quieres decir? ¿Cómo?

Elleroth golpeó levemente la superficie con el borde de la mano, de manera que una medialuna fina y salpicada de gotas voló hacia atrás junto al bote.

—Mollo: parece que no has aprendido mucho sobre métodos militares durante tus viajes. Había muchos niños en Bekla, aunque no todos eran niños de la guarnición de la ciudadela. Ahorcaban cada mañana dos niños a la vista de la ciudadela. Y, naturalmente, había cantidad de madres que tenían libertad de ir a la ciudadela y suplicar a Erketlis que llegara a un acuerdo antes que los ortelganos se volvieran más inventivos. Después de algunos días él ofreció retirarse, siempre que se le permitiera marchar armado y llegar sin molestias a Ikat. Los ortelganos aceptaron esas condiciones. Tres días después intentaron asaltarlo cuando estaba en marcha, pero él había esperado algo por el estilo y logró desalentarlos con bastante contundencia. Eso sucedió cerca de mi casa en Sarkid: lo vi.

Mollo estaba a punto de contestar cuando Elleroth, sentado detrás del botero, habló de nuevo, sin que se notara cambio en su tono tranquilo.

—Vamos a chocar con un tronco flotante, que probablemente nos hará un agujero. El botero dejó de remar y volvió la cabeza.

—¿Dónde, señor? —preguntó en beklano—. No veo nada.

—Y yo veo que me entiendes cuando hablo yeldashay —contestó Elleroth— pero eso no es un crimen. Parece que está más frío y el viento ha refrescado. Creo que es mejor que nos lleves de vuelta, antes que pesquemos la fiebre del Telthearna. Te has portado muy bien: aquí tienes otros diez meld. Estoy seguro de que no charlarás.

—Que Dios te bendiga, señor —dijo el botero, tirando de un remo.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Mollo, cuando bajaron a tierra, en el jardín—. ¿A tu cuarto o al mío? Podemos seguir hablando allí.

—¡Vamos, Mollo, los arreglos para espionarnos deben estar terminados desde hace días! ¡Por Dios, esos instructores aficionados que tienes en Deelguy! Daremos un paseo por la ciudad... hay que esconder una hoja en el bosque, ¿sabes? Ahora, esa sacerdotisa que nos habló esta mañana... la que tiene cara de vaso de noche... ¿tú

dirías que ella...?

Siguieron hacia abajo, por el camino cercado, hasta el Portón del Pavo Real, y llegaron a la habitación pequeña y cercada llamada el Cuarto de la Luna, mientras el portero, sin ser visto, maniobraba el mecanismo que abría la puerta trasera. Sólo había comunicación entre la ciudad alta y la ciudad baja por esta puerta y los porteros, vigilantes y callados como sabuesos, no abrían a nadie que no conocieran. Cuando Elleroth siguió a Mollo a la ciudad baja, la puerta se cerró tras ellos, pesada, suave y chata, con sus goznes de hierro que sobresalían de las paredes a cada lado. Por unos momentos estuvieron aislados sobre el rumor de la ciudad, sonriendo el uno al otro como dos muchachos que van a zambullirse en una piscina.

La calle de los Armadores llevaba barranca abajo a la plaza con columnas que llamaban el Mercado de Caravanas, donde las mercaderías que llegaban a la ciudad eran pesadas y fiscalizadas por los funcionarios de la aduana. A un lado estaban los galpones, con sus plataformas de cargar y descargar y las balanzas de bronce de Fleitil, que podían pesar un carro y dos bueyes tan fácilmente como una bolsa de harina. Mollo miraba cómo se apilaban las pesas contra cuarenta lingotes de hierro de Guelt cuando un muchacho de cara mugrienta, harapiento, que cojeaba y se apoyaba en una muleta, tropezó con él y se hizo a un lado con una especie de torpe cortesía y se puso a mendigar.

—Ni padre ni madre, señor... una vida dura... dos meld no son nada para un caballero como tú... tienes cara generosa... es fácil ver que eres hombre de suerte... te gustaría encontrar una linda chica... ten cuidado aquí con los ladrones... hay muchos ladrones en Bekla... muchos rateros... tal vez un meld... necesitas quien te diga la buena ventura... tal vez quieres jugar... te espero aquí esta noche... ayuda a un pobre muchacho que hoy no ha comido...

La pierna izquierda había sido cortada por encima del tobillo y el muñón, envuelto en trapos sucios, no llegaba a un pie del suelo. Al moverse la pierna caía floja, como si no tuviera fuerza debajo del muslo. Había perdido un diente delantero, y cuando ceceaba sus monótonos e inexpresivos ofrecimientos y súplicas una saliva manchada de betel le bajaba por el labio inferior y el mentón. Tenía una mirada huidiza, cautelosa y mantenía el brazo derecho doblado a un costado, la mano abierta, el pulgar y los otros dedos curvados, como garras.

De pronto Elleroth se adelantó, agarró el mentón del muchacho y le hizo levantar la cara para mirarle los ojos. El muchacho lanzó un chillido y trató de retroceder, soltando más palabras, que salían ahora desfiguradas, porque Elleroth le sujetaba la mandíbula.

—Pobre muchacho, señor, no te hará daño, el caballero no dañará a un pobre muchacho, que no tiene trabajo, que las ha pasado muy mal, que puede ser útil...

—¿Cuánto tiempo hace que llevas esta vida? —pregunto Elleroth con severidad.

El muchacho tartamudeó, esquivándole la mirada.

—No sé, señor, cuatro años, cinco años, no hago mal, señor, seis años tal vez, lo que tú digas...

Elleroth, con la mano libre, levantó la manga del muchacho. Atado alrededor del antebrazo había una amplia banda de cuero y, debajo de ésta, la hoja de un hermoso cuchillo de mango de plata. Elleroth lo sacó y se lo tendió a Mollo.

—No te diste cuenta cuando te lo sacó, ¿verdad? Eso es lo malo de llevar el cuchillo en una vaina sobre la cadera. Vamos, no aúlles, muchacho, o haré que te azoten en el mercado...

—Pues yo haré que lo azoten, aúlle o no —interrumpió Mollo— vo...

—Un momento, querido amigo. —Elleroth, siempre sujetando el mentón del muchacho, le torció la cabeza a un lado y, con la otra mano, echó hacia atrás el pelo sucio. El lóbulo de la oreja tenía un agujero tan grande como una semilla de naranja. Elleroth tocó el agujero con el dedo y el muchacho empezó a llorar en silencio.

—¿Gensheld u arkon lowt tha? —dijo Elleroth, hablando en terekenalt, idioma que Mollo no conocía.

El muchacho, a quien las lágrimas no dejaban hablar, asintió con aire aporreado.

—¿*Genshed varon, shu varón il pekeronta*? —El muchacho asintió de nuevo.

—Oye —dijo Elleroth, volviendo a beklano— voy a darte un poco de dinero. Cuando lo haga, te insultaré y fingiré pegarte, porque si no lo hago centenares de mendigos saldrán como cuervos de todos los rincones del mercado. No digas nada, esconde el dinero y vete, ¿comprendes? ¡Maldición! —gritó, agarrando el hombro del muchacho y empujándolo—. ¡Fuera, no te me acerques! ¡Mendigos roñosos!... —se dio vuelta y se alejó, seguido por Mollo.

—Bueno, ¿qué demonios...? —empezó a decir Mollo. Se interrumpió—: ¿Qué pasa, Elleroth? No... no puedes estar llorando... ¿verdad?

—Mi querido Mollo, si no eres capaz de sentir el cuchillo que te sacan de una vaina que llevas en la cadera, ¿cómo pretendes observar sin errores la expresión de una cara tan tonta como la mía? Vamos a tomar un trago... me parece que no me vendría mal, y el sol se ha puesto fuerte ahora. Será agradable sentarse.

25

El Soto Verde

La taberna más cercana en la columnata, con una insignia que la anunciaba cómo «El soto verde», estaba al abrigo del viento, pero, de todos modos, en esta temprana época del año la calentaban con un brasero de carbón, puesto bastante bajo para impedir que las ráfagas enfriaran los pies. Las mesas estaban todavía húmedas por el lavado de la mañana y el salón, que enfrentaba la plaza, estaba adornado con alfombrillas de brillantes colores que, aunque un poco gastadas, estaban limpias y bien cepilladas. El lugar parecía frecuentado por la mejor clase de hombres que trabajaba o hacía negocios en el mercado: compradores, mayordomos de mansiones, encargados de caravanas, comerciantes y dos o tres funcionarios del mercado, con sus capas verdes de uniforme y sus redondos sombreros de cuero. Había calabazas y tendrionas secas que colgaban en redes de la pared, y berenjenas escabechadas, quesos, nueces y pasas en platos. Por una puerta trasera se podía ver el patio, con palomas blancas y una fuente. Elleroth y Mollo se sentaron en un rincón, y esperaron sin impaciencia.

—Bueno, Muerte, no vengas todavía —exclamó un joven caravanero de pelo largo, echando hacia atrás su capa para dejar libre el brazo al beber y mirando por encima del vaso de cuero, como si esperara a medias que el malhadado personaje apareciera de golpe en un rincón—. Tengo que hacer más plata en el Sur, y vaciar algunos vasos más aquí... ¿verdad, Tarys? —añadió dirigiéndose a una muchacha bonita, con una larga trenza negra y un collar de cuentas de plata que acababa de poner ante él una fuente de huevos duros con crema agria.

—Sí, es posible —contestó ella— hasta que te hagas matar en un viaje al Sur. Plata, plata... siempre vas a Zeray por plata...

—Ah, siempre voy... —se burló él, teniendo una hilera de monedas extranjeras, una bajo cada dedo, para que ella tomara lo que le debía—. Sírvete. ¿Por qué no me tomas a mí ahora, en lugar del dinero?

—Todavía no estoy tan pobre —replicó la muchacha, tomando tres monedas y atravesando el recinto. Tenía los párpados pintados de color índigo y se había prendido unas flores rojas de tectron en el corpiño. Sonrió a Mollo y Elleroth, no muy segura de cómo debía dirigirse a ellos, ya que, por un lado, eran extranjeros y evidentemente caballeros y, al mismo tiempo, habían observado sus coqueteos con el caravanero.

—Buenos días, hija mía —dijo Elleroth, hablando como si fuera el abuelo de la joven y, mirándola al mismo tiempo de arriba abajo, con un aire de admiración evidente que la dejó más confundida que antes—. Me pregunto si tienes verdadero vino del Sur... yeldashay, o simplemente lapano... Lo que se necesita beber en una

mañana como ésta es luz de sol.

—Hace mucho tiempo que no llega nada, señor, es una lástima —contesto la muchacha—. Es la guerra, ¿sabes? No se consigue.

—Estoy seguro que no aprecias los recursos de este espléndido establecimiento —contestó Elleroth, poniendo dos monedas de veinte meld en la mano de la muchacha—. Y siempre puedes echar el vino en una jarra, para que nadie vea lo que es. Pregunta a tu padre. Trae el mejor que tengas, siempre que sea... eh... bueno... antes del oso, ya sabes, de antes del oso. Lo reconoceremos si es del Sur.

Dos hombres pasaron por la entrada con cortinas encadenadas y llamaron a la muchacha en chistol, sonriéndole.

—¿Supongo que has tenido que aprender muchos idiomas con tantos admiradores? —dijo Mollo.

—Ellos tienen que aprender el mío si quieren que los atienda —sonrió ella, yéndose y asintiendo con la cabeza a Elleroth para indicar que iba a hacer lo que le había pedido.

—Bueno, supongo que siempre hay que paralles el carro a muchos Elleroth, echándose hacia atrás en el asiento, tomando una berenjena escabechada y metiéndose la mitad en la boca. ¡Lástima que tantos muchachos furiosos sigan insistiendo! ¿Te molestaría que siguiéramos hablando en yeldashay? Estoy harto de hablar beklano y mucho me temo que el deelguy ya no esté a mi alcance. Una ventaja de este lugar es que a nadie le parecerá demasiado raro, creo, si nos ponemos a hablar con toses o golpeamos la mesa con largos palitos de dientes. Un poco de yeldashay será para ellos parte del trabajo de toaos los días.

Ese muchacho a quien le diste dinero después que me robó el cuchillo... —dijo Mollo— ¿qué significaba, el agujero de la oreja? Parecías saber bastante bien lo que buscabas.

—¿No tienes ninguna sospecha, gobernador de la provincia?

—Ninguna.

—Ojalá puedas continuar sin tenerlas. Me dijiste que habías conocido en Deelguy a ese hombre que se llama Lalloc. Me pregunto si has oído hablar de Guenshed...

—No.

—¡Maldice la guerra, entonces! —gritó un hombre que acababa de entrar, evidentemente en respuesta a alguna frase del propietario, que estaba con él con los labios apretados, los hombros encogidos y las manos a cada lado—. ¡Trae cualquier cosa, pero pronto! ¡Salgo para el Sur en media hora!

—¿Qué noticias hay de la guerra? —gritó Elleroth, desde el otro lado del salón.

—Ah, va a volver a ponerse feo ahora que llega la primavera, señor —contestó el hombre—. No vendrá ya nada del Sur... quiero decir, por algunos meses. El general Erketlis está avanzando... es probable que llegue por el Este hasta Lapan, según he

oído.

Elleroth asintió. La muchacha llegó con una simple jarra de terracota, vasos de cuero y un plato de rábanos y berros. Elleroth llenó los dos vasos, bebió profundamente y la miró con la boca abierta, con una exagerada expresión de sorpresa y deleite. La chica se alejó, entre risitas.

—Mejor de lo que podía esperarse —dijo Elleroth—. Bueno, no te preocupes por ese pobre muchacho, Mollo. Es una excentricidad de mi parte. Ya te contaré algún día. De todos modos, no tiene nada que ver con lo que hablábamos en el lago.

—¿Cómo recobraron su oso? —preguntó Mollo, mascando un rábano y tendiendo las piernas hacia el brasero—. Lo que he oído... y si es verdad me asusta, y nadie me ha dicho nunca que no lo sea... es que el oso destrozó las líneas beklanas y mató a Guel-Ethlin como si supiera de quién se trataba. Es algo que todos te dirán en Deelguy, porque había un contingente deelguy en el ejército beklano, y el oso mató a su comandante al mismo tiempo... le abrió la garganta. Debes reconocer que es bastante raro.

—¿Y después?

—Después, cuando caía la tarde, desapareció el oso. Pero ya sabes dónde está ahora... allá en lo alto de la colina... —señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Ese hombre, Crendrik, el rey, pasó casi todo el verano siguiente tras huellas —replicó Elleroth—. En cuanto terminaron las lluvias, fue con sus sacerdotisas, o como las llamen, y recorrió toda la comarca desde Kabin hasta Terekenalt y desde Guelt hasta el Telthearna. Creo que antes era cazador. Bueno, lo fuera o no, lo cierto es que encontró al fin al oso, en una parte muy inaccesible de las colinas: e incendió toda la ladera, incluso dos desdichadas aldeas, para obligar al oso a bajar a la llanura. Después lo insensibilizó con una especie de droga, lo maniató con cadenas...

—¿Lo maniató? —interrumpió Mollo—. ¿Cómo es posible maniatar a un oso?

—Comprendieron que ninguna jaula podía guardarlo, según me han dicho, de modo que, cuando estaba dormido le ataron las patas a una cadena que le pasaba por el pescuezo, de manera que, cuando más pateaba, más se sofocaba. Después lo llevaron a Bekla en una plataforma abierta, sobre ruedas, en menos de dos días... más o menos unos noventa kilómetros. Los hombres se turnaban en grupos y en ningún momento se detuvieron. De todos modos el oso casi murió... no le gustaban mucho las cadenas, ¿sabes? Pero esto sólo demuestra, mi querido Mollo, la gran importancia que dan los ortelganos al oso, y hasta qué punto están dispuestos a ir lejos en todo lo que a él se refiere. Es posible que sean muchachos zambullidores del Telthearna, pero también es evidente que ese animal los inspira a grandes alturas.

—Lo llaman el Poder de Dios —dijo Mollo—. ¿Estás seguro de que no lo es?

—Querido Mollo, ¿qué quieres decir?... Deja que te llene ese vaso de cuero, me pregunto si tendrán más de este vino...

—Bueno, no veo otra manera de explicar todo lo que ha pasado. El viejo Smarr siente lo mismo... dice que no podían ganar. En el primer momento los beklanos no tuvieron noticias de lo que había pasado, después dividieron el ejército en dos, llegaron las lluvias y el oso mató a Guel-Ethlin justamente cuando los había vencido y nadie en Bekla se enteró de nada hasta que los ortelganos estuvieron encima... No dirás que todo eso es mera coincidencia...

—Sí, lo digo —replicó Elleroth, dejando su manera burlona e inclinándose para mirar fijamente a Mollo a la cara—. Un pueblo súper-civilizado se volvió complaciente y descuidado y dejó la puerta abierta a una tribu de salvajes fanáticos que, por una mezcla de suerte, traición y horrenda inhumanidad, logró usurpar el lugar de ellos por algunos años.

—¿Algunos años? ¡Ya han pasado cinco!

—Cinco años son pocos años. ¿Están acaso seguros? Sabes que no es así. Tienen como oponente a un general brillante y con base en un lugar tan cercano como Ikat. El imperio beklano está reducido a la mitad. Las provincias del Sur se han separado... Yelda, Belishba, acaso Lapán. Paltesh querría separarse y no se atreve. Deelguy y Terekenalt son enemigas cuando tienen tiempo para dedicar a sus propias dificultades. Los ortelganos serán derrotados este verano. Ese Crendrik... terminará en Zeray, no lo olvides.

—Son bastante prósperos: todavía hay mucho comercio en Bekla.

—¿Comercio? Sí, pero, me pregunto qué clase de comercio. Y basta mirar alrededor para darse cuenta hasta qué punto ha sido afectado incluso un lugar como éste. ¿Qué era lo que traía más prosperidad a Bekla? La construcción, la albañilería, los tallados... todo ese tipo de artesanía. Ese comercio está arruinado. No hay trabajo, los grandes artesanos se han ido quedamente a otra parte y estos bárbaros no entienden nada de esos trabajos. En cuanto a las provincias exteriores y los reinos vecinos, esos sólo envían ahora a Bekla un parroquiano ocasional. ¿Mucho comercio? ¿Qué clase de comercio, Mollo?

—Bueno el hierro viene de Guelt y el ganado...

—¿Qué clase de comercio, Mollo?

—¿Te estás refiriendo al comercio de esclavos? Bueno, hay comercio de esclavos en todas partes. La gente que pierde la guerra cae prisionera...

—Tú y yo hemos luchado juntos una vez para que las cosas siguieran así. Estos hombres están desesperados por comerciar para pagar por sus guerras y alimentar a los súbditos que han sometido... están desesperados por entablar cualquier tipo de comercio. De modo que las cosas ya no están quietas. ¿Qué clase de comercio, Mollo?

—¿Te quieres referir a los niños? Bueno, si quieres conocer mi opinión...

—Perdón, caballeros, ignoro si la cosa podrá interesar a los señores, pero me

dicen que el rey se acerca. Atravesará el mercado dentro de unos minutos. Y pensé que, como los caballeros parecen estar visitando la ciudad...

El propietario estaba de pie junto a ellos, sonreía con obsecuencia y señalaba a la distancia.

—Gracias —contestó Elleroth—. Muy cortés de tu parte. Tal vez... —deslizó otra moneda de oro en la mano del propietario— si pudieras conseguir un poco más de este excelente brebaje... ¡Qué chica encantadora es tu hija!... ¿O acaso tu sobrina? Deliciosa... volveremos en unos minutos.

Salieron a la columnata. La plaza estaba más calurosa y más poblada y los criados del mercado, con cántaros y largas escobas hechas de ramas retorcidas, caminaban de un lado a otro, quitando el polvo brillante y arenoso. A la distancia, en lo alto, el frente Norte del Palacio de los Barones permanecía en la sombra y el sol detrás brillaba aquí y allá sobre las balaustradas de mármol de las torres y los árboles de las terrazas de abajo. Mientras Mollo seguía mirando con renovada admiración, los gongs de los relojes de la ciudad dieron la hora. Unos momentos después oyó, en la calle por la cual él y Elleroth habían llegado esa mañana, el sonido de otro gong, más suave y de una sonoridad más profunda, más vibrante. Mollo se abrió paso entre los que estaban más cerca y estiró el pescuezo, escudriñando por encima riel brazo de las Grandes Balanzas.

Dos filas de soldados descendían de la colina y caminaban lentamente a los dos lados de la calle. Aunque estaban armados a la manera de Bekla, con yelmo, escudo y una espada corta, sus ojos oscuros, su pelo negro y recio, su apariencia salvaje mostraban que eran ortelganos. Tenían las espadas desenvainadas y miraban con aire vigilante. El hombre que llevaba el gong, que marchaba a la cabeza y entre las filas, estaba vestido con una capa gris bordeada de oro y una túnica azul bordada de rojo, con la máscara del Oso. El pesado gong estaba sostenido por el brazo izquierdo y en la mano derecha llevaba la vara y golpeaba suave y regularmente, anunciando que el rey se acercaba y marcando el paso a los soldados. Pero el ritmo no era de hombres que marchan, sino más bien de procesión solemne.

Detrás del hombre del gong venían seis sacerdotisas del Oso, con capas escarlatas y adornadas con joyas pesadas y bárbaras, collares de zitate y penapa, cinturones de bronce incrustado y cantidades de anillos de madera tallados, tan gruesos que los dedos de las manos cruzadas tenían que mantenerse separados. En medio de ellas caminaba la solitaria figura del rey-sacerdote.

A Mollo no se le había ocurrido la idea de que el rey no fuera llevado en una litera o un asiento, o tal vez en algún carro, con bueyes engalanados y cuernos dorados. Quedó sorprendido ante esta curiosa falta de ceremonia, ante este rey que marchaba entre el polvo del mercado, que se hacía a un lado para evitar un rollo de cuerda que estaba en su camino y que, un momento después, volvía la cabeza,

deslumbrado por un rayo de luz reflejado en un balde de agua. Lleno de curiosidad trepó con dificultad al plinto de la columna más cercana y miró sobre las cabezas de los soldados que pasaban.

La cola de la larga capa azul y verde del rey era levantada y sostenida detrás de él por dos sacerdotisas. Cada panel azul llevaba en oro la marca del Oso y cada panel verde el emblema del sol, —como un ojo con párpados y radiante— el Ojo de Dios. Su largo cetro, de pulida madera de zoán, estaba decorado con filigrana de oro, y de los dedos de sus guantes pendían unas garras combadas, de plata. Su porte, que no parecía ni de soldado ni de dirigente, poseía, de todos modos, una misteriosa y críptica autoridad, grave y ascética, la del hombre del desierto y del anacoreta. La cara morena, austera y retraída, era la de un hombre que trabaja a solas, la cara de un cazador, un poeta o un contemplativo. Era joven, pero parecía mayor que sus años, encanecido antes de tiempo, y tenía una tiesura en el movimiento de uno de los brazos que sugería alguna antigua herida mal curada. Sus ojos parecían clavados en alguna escena interior que no lo dejaba en paz, de modo que, incluso cuando miraba alrededor, levantando la mano de vez en cuando en un sombrío saludo a la multitud, parecía preocupado y casi turbado, como si sus pensamientos lucharan con alguna solitaria ansiedad más allá de las preocupaciones vulgares de sus súbditos, más allá de la riqueza y la pobreza, de la salud y la enfermedad, del apetito, el deseo, la satisfacción. Al caminar como otros hombres por la polvorienta plaza del mercado a la luz de la mañana, estaba separado de ellos por algo más que los soldados que lo flanqueaban y las silenciosas mujeres: estaba separado por la vocación arcana de una tarea inefable. Mientras Mollo contemplaba, llegaron a su mente las palabras de una antigua canción:

¿Qué grita la piedra al cincel?
Golpea, que tengo miedo.
¿Qué dice la tierra al labriego?
¡Ah, la hoja brillante!

Los últimos soldados se perdían en el extremo de la plaza; y cuando el sonido del gong ya no se oyó, volvieron a reanudarse los negocios en el mercado. Mollo se unió a Elleroth y juntos se dirigieron a «El soto verde» y ocuparon sus asientos. Faltaba menos de una hora para el mediodía y la taberna estaba más llena, pero como suele suceder, esto aumentaba el aislamiento de ellos.

—Bueno, ¿qué te ha parecido el regio muchacho? —preguntó Elleroth.

—No es lo que esperaba —contestó Mollo—. No me ha parecido el dirigente de un país en guerra: no me pareció estar a la altura.

—Querido amigo: eso se debe a que no entiendes las ideas dinámicas que

prevalecen en el extremo del río, donde todas las cañas se estremecen. Las cosas allí son determinadas por una especie de abracadabra, birlibirloque, chismografía y demás... y los grados de diferencia son muy sutiles, ¿sabes? Algunos bárbaros abren a los animales y observan portentos revelados en las humeantes entrañas, ¡ay, ay! Otros atisban el cielo esperando pájaros o tormentas, ¡las nubes... querido! Estos son lo que podría llamarse los métodos de sangre y trueno. Los muchachos del Telthearna emplean un oso. Final-mente todo es lo mismo... impide pensar a esas personas, y te aseguro que no son demasiado buenos en esto de usar la mente. Los osos, encantadoras criaturas... y cuento con muchos osos entre mis mejores amigos... tienen que ser interpretados como las entrañas y los pájaros, y es necesario encontrar alguna persona mágica que lo haga. Es verdad, ese hombre, Crendrik, no podría comandar un ejército en el campo de batalla ni administrar justicia. Es un campesino... bueno, de todos modos no pertenece a la nobleza. Es el maravilloso Qué-es-Eso que ha salido del Arco Iris... ¡una figura familiar, caramba, sí! Su monarquía es mágica: ha tomado a su cargo el ser mediador para su pueblo del poder del oso... el poder de Dios, como ellos creen.

—Y ¿qué hace, entonces?

—Ah, esa es una buena pregunta. Me alegro que la hayas hecho. ¿Qué hace, realmente? Todo menos pensar, de eso podemos estar seguros. No tengo idea de los métodos que emplea... probablemente el oso orina en el suelo y él descifra portentos en el humeante líquido. ¿Cómo quieres que lo sepa? Pero debe haber alguna especie de bola de cristal. Sé algo sobre ese hombre... y eso tiene valor real. Posee una habilidad curiosa para acercarse al oso sin ser atacado; parece que incluso lo ha tocado y se ha echado a su lado. Mientras pueda seguir haciendo eso, la gente creerá en su poder y, por lo tanto, en el de ellos mismos. Y sin duda eso explica, mi querido Mollo, su aire general de persona que se encuentra en una canoa que hace agua y que sabe muy bien que no puede nadar.

—Explica eso.

—Bueno, algún día, tarde o temprano, el oso se levantará de mal humor. Gruñidos, rugidos, resoplidos. ¡Caramba! Se podrá pedir desde ya asiento para ver la cosa desde ubicaciones interesantes. Ese, de una u otra manera, es el final inevitable que espera al rey-sacerdote al fin del camino. ¿Y por qué no? No tiene que trabajar, no tiene que luchar: obviamente tendrá que pagar por eso de alguna manera.

—Si es rey, ¿por qué anda por las calles con sus propios pies?

—Confieso que no estoy seguro, pero tal vez eso tenga que ver con el hecho de ser distinto de otros de su clase. Generalmente, entre estos palurdos, el sacerdote es él mismo una manifestación de Dios. Lo matan de vez en cuando, ¿sabes?, para que no lo olvide. Aquí el oso es la criatura divina y el caballero que hemos estado admirando representa, siempre que pueda seguir cerca del oso, una prueba de que el animal lo ha

elegido, y por lo tanto ha venido para hacerles el bien a él y a su pueblo, y a no dañarlos. La ferocidad del oso trabaja a favor de ellos y contra sus enemigos. Lo han arrinconado hasta que él, a su vez, se ha arrinconado. Tal vez todo el asunto resida en que es claramente vulnerable y, sin embargo, no ha sido dañado... una treta mágica. Por eso se da trabajo por demostrar que es un ser humano real y ordinario, recorriendo la ciudad todos los días.

Mollo bebió y reflexionó en silencio. Finalmente dijo:

—Eres como muchos hombres de Ikat...

—Vengo de Lapán, Lapán, amigo: de Sarkid, en verdad; no de Ikat.

—Bueno, como muchos de los sureños. Vosotros lo pensáis todo, y tenéis confianza en vuestras mentes y en nada más. Pero la gente aquí no es así. Los ortelganos han establecido su poder en Bekla...

—No lo han hecho.

—Lo han hecho, y principalmente por un motivo. No sólo porque han peleado bien, y no es sólo que haya habido muchos matrimonios con mujeres de Bekla... esas son cosas que vienen después del verdadero motivo, que es Shardik ¿Cómo es posible que hayan sobrevivido contra toda posibilidad, a menos que Shardik sea en verdad el poder de Dios? ¡Date cuenta lo que ha hecho por ellos! Mira lo que han conseguido en su nombre. Cualquiera que sepa lo que ha pasado...

—Al contarlo nada se pierde...

—Todos sienten ahora lo que Smarr sintió al principio... están destinados a ganar. No razonamos como los otros, vemos lo que tenemos ante los ojos, y lo que tenemos ante los ojos es Shardik y nada más.

Elleroth se apoyó en los codos, inclinó la cabeza sobre la mesa y habló en voz baja y con serenidad.

—Te diré algo, Mollo, algo que evidentemente no sabes; ¿te das cuenta que toda la adoración a Shardik, como se realiza aquí, en Bekla, es totalmente contraria al culto tradicional y ortodoxo de los ortelganos, del cual ese hombre llamado Crendrik no es y nunca ha sido jefe legítimo?

Mollo lo miró con fijeza.

—¿Qué?

—No me crees, ¿verdad?

—No pelearé contigo, Elleroth, tras todo lo que hemos pasado juntos, pero tengo autoridad en nombre de esta gente... han hecho mi fortuna, si quieres... y tú quieres que crea que son...

—Escucha —Elleroth lanzó una rápida mirada alrededor y después siguió—: No es la primera vez que esta gente ha dominado en Bekla. Hace mucho tiempo ya lo hicieron; y, en aquellos tiempos, también adoraban un oso. Pero no lo tenían aquí. Lo guardaban en una isla en el Telthearna... en Quiso. El culto era dirigido por

mujeres... no había rey-sacerdote, ni Ojo de Dios. Cuando finalmente perdieron Bekla y el poder, sus enemigos tuvieron cuidado de que no les quedara ningún oso. La sacerdotisa principal y las otras mujeres pudieron quedarse en la isla, pero sin el oso.

—Bueno, el oso volvió al fin. ¿No es acaso una señal segura?

—Oh, espera, mi bueno, mi honesto Mollo. No te he dicho todo. Cuando el oso volvió, como has dicho... cuando adquirieron este nuevo modelo... había una sacerdotisa principal en la isla... una mujer que tiene reputación de no ser tonta. Sabe más sobre enfermedades y curaciones que cualquier médico al Sur del Telthearna... o al Norte, creo. No cabe duda que ha efectuado curas muy notables.

—Creo que he oído algo de ella, ya que lo dices, pero nada en relación a Shardik.

—Cuando este oso apareció por primera vez, hace cinco o seis años, ella era jefe reconocido e indiscutido del culto, y su cargo se heredaba regularmente, Dios sabe desde hace cuánto tiempo. Y esa mujer no quiso tener nada que ver con el ataque a Bekla. Sostuvo siempre que ese ataque no era la voluntad de Dios, sino un abuso del culto del oso; como consecuencia, fue puesta en prisión virtual, con algunas sacerdotisas, en esa isla del Telthearna, aunque el oso... su oso... esté en Bekla.

—¿Por qué no la asesinaron?

—Ah, querido Mollo, siempre eres un realista tan penetrante, siempre vas al punto. ¿Por qué, en verdad, no la asesinaron? No lo sé, pero supongo que le tienen miedo como hechicera. Lo que indudablemente ha mantenido es su reputación de curandera. Por eso mi cuñado viajó doscientos kilómetros el último verano.

—¿Tu cuñado? ¿Ammar-Tiltheh está casada, entonces?

—Ammar-Tiltheh está casada. Ah, Mollo, me parece ver que una leve sombra cruza tu cara, proveniente, quizás, de antiguos recuerdos. Ella también tiene de ti muy tiernos recuerdos, y no olvida que te atendió aquella herida que tuviste la imprudencia de hacerte al salvarme. Bueno, Sildaín es un hombre audaz, inteligente... le tengo respeto. Hace cerca de un año se le envenenó un brazo. No se curaba, nadie en Lapán podía hacer nada, entonces, finalmente, decidió ir a ver a esa mujer. Tuvo mucho trabajo para llegar a la isla... parece que la tienen muy incomunicada. Pero al fin lo dejaron ir, en parte porque los sobornó y, en parte, porque pensaron que iba a morir si no lo hacían. Estaba ya bastante mal. Ella lo curó perfectamente... de manera muy sencilla en apariencia, aplicándole una especie de barro; eso es lo malo de los médicos, siempre nos imponen algo asqueroso, como beber sangre de murciélagos... ¿Quieres, más vino?... Pero cuando estuvo allí él aprendió algo... no mucho... de la extensión con que los ortelganos han abusado del culto del oso. Dije que no averiguó mucho porque parece que tienen miedo que la existencia misma de la sacerdotisa traiga dificultades, y la vigilan y la espían todo el tiempo. Pero Sildaín me dijo más o menos lo que te he dicho... que es una mujer

sabia, honorable y valerosa; que es la verdadera cabeza del culto del oso; que, según su interpretación de los misterios, no había señales divinas de que estuvieran destinados a atacar a Bekla; y que ese hombre, Crendrik, y el otro individuo... Minion, Pinion, como se llame... se apoderaron a la fuerza del oso para sus propios fines y que todo lo que se ha hecho desde entonces sólo ha sido una blasfemia: esa es la palabra justa.

—Me pregunto todavía, con más motivo, por qué no la han asesinado.

—Parece que las cosas son al revés... la echan de menos y no han abandonado la esperanza de convencerla que vuelva a Bekla. Pese a todo lo que ha hecho, ese hombre, Crendrik, le tiene gran respeto, pero aunque ha enviado muchas veces gente a suplicarle que viniera, ella ha rehusado siempre. No es como tú, Mollo: ella no quiere participar en ese robo y en este derramamiento de sangre.

—Nada de esto cambia el extraordinario éxito que han tenido y la confianza con que luchan. Tengo todos los motivos para apoyarlos. Me han hecho gobernador de Kabin y, adonde ellos vayan, iré.

—Bueno, a mí me han dejado como Ban de Sarkid, si de eso se trata. De todos modos, los «vivas» que doy por ellos quedan reducidos a dos. ¿Crees que podría vender el honor de Shardik por unos pocos meld de estos inmundos asesinos...?

Mollo le puso la mano en el brazo y lanzó una rápida mirada de costado, sin mover la cabeza. El propietario estaba de pie junto al asiento, aparentemente ocupado en acomodar el pábilo de una vela que estaba fijada a la pared.

—¿Podemos comer un poco de pan y queso? —dijo Elleroth en yeldashay. El propietario no dio señales de entender.

—Tenemos que irnos ahora, patrón —dijo Elleroth en beklano—. ¿Te debemos algo más?

—Nada, buenos señores, absolutamente nada —dijo el patrón, sonriendo y ofreciendo a cada uno un modelito chico, de hierro, de las Grandes Balanzas—. Permitid que os dé un pequeño recuerdo de la visita a «El soto verde». Las hace un vecino... las guardamos para los clientes especiales... estamos muy honrados... esperamos tener el mismo placer en otra ocasión... mi pobre casa... siempre seré feliz...

—Dile a Tarys que se compre alguna cosa bonita —dijo Elleroth, poniendo un meld sobre la mesa.

Ah, señor, eres muy bueno, muy generoso... estará encantada... es encantadora, ¿verdad? Claro que si queréis...

—Buenos días —dijo Elleroth. Y salieron a la columnata—. ¿Crees que quizás oculta sus habilidades lingüísticas? —preguntó, cuando se dirigían una vez más al mercado.

—Me gustaría saberlo —contestó Mollo—. No deja de extrañarme que tenga que

arreglar los pábilos a mediodía. ¿Y por qué arregla los pábilos a cualquier hora, ya que es trabajo de mujeres y tiene la muchacha para que lo ayude?

Elleroth daba vueltas entre las manos al feo modelito.

—Lo temía... lo temía. Debe creer que somos unos tontos de capirote. ¿Cree acaso que podemos no reconocer la marca de hierro de Guelt si la vemos? En cuanto al vecino que las hace... ha sido pesado en las Grandes Balanzas y ha sido declarado inexistente.

Colocó el modelo en el alféizar de una ventana que daba a la calle y después, como si sólo entonces se le ocurriera, compró algunas uvas en un quiosco vecino. Luego de poner con cuidado una uva en cada platillo, tendió las que quedaban a Mollo y ambos siguieron andando, comiendo uvas y escupiendo las semillas.

—¿Realmente importa que el hombre te haya entendido o no? —preguntó Mollo—. Te previne cuando lo vi allí de pie, pero eso se ha convertido para mí en una segunda naturaleza después de todos estos años. No creo que puedan acusarte con su testimonio, mucho menos condenarte a cualquier cosa seria. De todos modos, será su palabra contra la mía, y naturalmente yo no recuerdo haberte oído decir nada contra los ortelganos.

No temo ser arrestado por una cosa así —contestó Elleroth— pero de todos modos tengo motivos para no querer que esta gente conozca mis verdaderos sentimientos.

Entonces debes ser más cuidadoso.

—De veras que sí. Pero soy precipitado, ¿sabes?... ¡Un muchacho tan impetuoso!

—Ya lo sé —dijo Mollo con una risita—. ¿No has cambiado, eh?

—Casi nada. Y ahora recuerdo donde estamos. Este arroyo es una caída de la Púa que corre hacia lo que fue una vez el Portón Tamarrik. Si marchamos corriente arriba, siguiendo este grato sendero, llegaremos) cerca del Portón del Pavo Real, por donde nos hizo salir esta mañana aquel grosero individuo. Después quiero caminar más allá de la Púa, hasta los muros del lado Este del Crándor.

—¿Para qué?

—Te lo diré después. Por el momento, hablemos de cosas pasadas. Ammar-Tilthe quedará encantada al saber que tú y yo hemos vuelto a vernos. Sabes, si alguna vez tienes que irte de Kabin, siempre serás bienvenido en Sardik, y te quedarás allí todo el tiempo que quieras.

—¿Irme de Kabin? Es poco probable que lo haga hasta dentro de uno o dos años, aunque es muy amable tu ofrecimiento.

—Nunca se sabe, nunca se sabe. Siempre es cuestión de lo que se puede... eh... tolerar, creo. El humo sale muy recto y los vencejos también vuelan alto. Tal vez el tiempo sea mejor durante nuestra estadía de lo que me atrevía a esperar.

El rey de Bekla

El desnudo recinto, destinado a rancho de la soldadesca, era sombrío y mal ventilado, porque las únicas ventanas estaban cerca del techo, y el lugar había sido creado para ser usado en el atardecer y de noche. Era rectangular y formaba el centro del edificio de los cuarteles: las cuatro arcadas estaban rodeadas por un pasillo tras el cual estaban los cuartos de almacenaje y las armerías, los cuartos privados, los lavatorios, el hospital, los dormitorios y demás. Casi todos los arcos de las arcadas habían sido cegados con ladrillos por los ortelganos hacía unos cuatro años, y este trabajo, sin revoque entre las columnas de piedra, no sólo aumentaba la fealdad del recinto, sino que le daba también ese aire incongruente o de uso erróneo que suele instalarse en los edificios adaptados torpemente a un propósito que no es el que se tuvo originariamente. En el centro los mosaicos alternados de una parte del suelo habían sido retirados y reemplazados por cemento, en donde habían colocado una hilera de pesadas barras de hierro con una puerta en el extremo. Las barras eran altas —dos veces la estatura de un hombre— y se curvaban en la parte de arriba para terminar en picas que apuntaban hacia abajo. Las barras transversales —había tres hileras— aseguradas con cadenas a anillos colocados aquí y allá en las paredes y en el suelo. Nadie sabía cuál era la fuerza entera de Shardik, poro, con tiempo y todos los recursos de Guelt a su disposición, Baltis había hecho un buen trabajo.

En un extremo del recinto la abertura central de la arcada había quedado abierta y a ambos lados se había construido una pared en ángulo recto, cortando el pasillo de atrás. Estas paredes formaban un corredorcito entre el recinto y la puerta de hierro de la pared exterior. Desde la puerta una rampa descendía al Pozo de Roca.

Entre la puerta y los barrotes, el suelo estaba profusamente cubierto de paja y un olor a establo, mezcla de estiércol y orina, impregnaba el aire. Desde hacía algunos días Shardik permanecía adentro, inquieto e inapetente, aunque de pronto se sobresaltaba y se movía de aquí para allá, como acuciado por el dolor y buscando algún enemigo en quien vengarse. Kelderek, que observaba de cerca, rogaba continuamente con las mismas palabras que había usado hacía cinco años en la oscuridad del bosque: «Paz, Señor Shardik. Duerme, Señor Shardik. Tu poder es de Dios. Nada puede dañarte».

En la fétida tiniebla él, el rey-sacerdote, observaba al oso y esperaba noticias de que Gued-la-Dan hubiera llegado a la ciudad. El Consejo no iba a iniciarse sin Gued-la-Dan, porque los delegados de provincia se habían reunido primero con el propósito de satisfacer a los generales ortelganos en relación a la contribución de tropas, dinero y otros suministros requeridos para la campaña de verano, y en segundo lugar para oír lo que se considerara oportuno decirles de los planes ortelganos para la derrota del

enemigo. De estos planes Kelderek no sabía nada, aunque sin duda ya habían sido formulados por Zelda y Gued-la-Dan con ayuda de algunos comandantes subordinados. Antes de la iniciación del Consejo, los generales iban a buscar su consentimiento en hombre del Señor Shardik, y cualquier cosa que, en su plegaria y meditación, él pudiera encontrar dudoso o desagradable, podía, si quería, pedir que fuera cambiado en nombre de Shardik.

Desde el día en que Shardik había golpeado a los comandantes beklanos y desaparecido en el lluvioso crepúsculo de las colinas, la autoridad y la influencia de Kelderek se había hecho más grande de lo que había sido nunca la de Ta-Kominion. Ante los ojos del ejército era evidente que era él quien había hecho el milagro de la victoria, él quien primero había adivinado la voluntad de Shardik y la había obedecido. Kelderek mismo sabía sin duda alguna que él y no otro era el elegido de Shardik, y que debía llevarlo a la ciudad de su pueblo. Usando su propia autoridad había ordenado a Sheldra y las otras mujeres que salieran con él, en cuanto llegara la primavera, para buscar a Shardik hasta encontrarlo. Los barones ortelganos, aunque no discutían su autoridad, se habían opuesto con vehemencia a la idea de que su presencia mágica dejara la ciudad mientras Santil-ke-Erketlis no fuera derrotado en la ciudadela de Crándor; y Kelderek, impaciente ante la demora cuando volvieron los días cálidos, había reprimido su asco personal ante los métodos con que Zelda y Gued-la-Dan habían obligado al general beklano a evacuar su ciudadela. Este asco, pensaba, aunque fuera bastante natural en un hombre común, como él lo había sido una vez, era indigno de un rey, en quien el desprecio y la falta de piedad por el enemigo son una necesidad para su propio pueblo porque ¿cómo ganar guerras de otra manera? En todo caso el asunto estaba por debajo de su esfera de autoridad, porque él era un rey mágico y religioso, que se ocupaba de percibir e interpretar la voluntad divina; y por cierto no había ninguna cuestión religiosa implicada en la decisión de Gued-la-Dan de levantar una horca a vista de la ciudadela y colgar dos niños beklanos todos los días, hasta que Santil-ke-Erketlis consintiera en abandonar la ciudad. Sólo cuando Gued-la-Dan dijo a Kelderek que debía asistir a cada ahorcamiento en nombre de Shardik, él hizo conocer su propia voluntad al replicar de manera cortante que era él y no Gued-la-Dan quien había sido nombrado por Dios para discernir donde y en qué ocasiones su presencia era necesaria para la manifestación de los poderes que le había conferido Shardik. Gued-la-Dan, que secretamente temía ese poder, no había dicho más y Kelderek, por su parte, aprovechó lo que se había hecho sin tener que presenciárselo. Tras algunos días el general beklano consintió en marchar hacia el Sur, dejando a Kelderek libre para buscar a Shardik en las colinas al Oeste de Guelt.

De aquella ardua y larga búsqueda ni el oso ni el rey volvieron como habían ido. Shardik, gruñendo y luchando en medio de sus cadenas hasta quedar exhausto y casi

estrangulado, había sido llevado por la noche a la ciudad bajo un toque de queda forzoso a fin de que la gente no presenciara lo que podía parecer la humillación del Poder de Dios. Las cadenas le habían herido un lado del pescuezo y la articulación de la pata delantera izquierda; y las heridas se curaban con lentitud, dejándolo algo cojo y con una manera extraña y forzada de llevar la gran cabeza, que ahora movía de una a otra parte, como si todavía sintiera el tirón de la cadena, que ya no tenía. Muchas veces, los primeros meses, había sido violento, había golpeado los barrotes y las paredes con enormes manotazos que resonaban en el edificio como el martillo de un herrero. En una ocasión la nueva mampostería que cubría uno de los arcos se partió y cayó y, por un tiempo, el oso vagó por el pasillo de atrás, golpeando, hasta quedar agotado, las paredes externas. Kelderek había discernido en esto una señal propicia para atacar a Ikat; y de hecho los ortelganos, siguiendo su interpretación, habían forzado a Santil-ke-Erketlis a retirarse hacia el Sur a través de Lapán, sólo para ser obligados una vez más a detener su avance en los límites de Yelda.

De todos modos, en menos de un año Shardik se había vuelto taciturno y como aletargado, sufría de lombrices y padecía un prurito que le hizo rascarse furiosamente una oreja hasta que quedó rota y deformada. Sin la presencia de Rantzay y de la Tuguinda, e incómodo por la ferocidad continua y sombría del oso, Kelderek abandonó la esperanza que había tenido una vez de reiniciar la adoración cantada. De hecho todas las mujeres, aunque alimentaban asiduamente a Shardik, atendían, todas sus necesidades y limpiaban y se ocupaban del edificio que era ahora su morada, le temían tanto que, poco a poco, llegó a aceptarse que, acercarse al oso como no fuera detrás de los barrotes ya no formaba parte de sus obligaciones. Sólo Kelderek, entre todo el grupo, sabía en el fondo de su corazón que debía presentarse ante él, ofrecía su vida sin pedir recompensa y murmuraba una y otra vez, en su plegaria de entrega: «Senandril, Señor Shardik, acepta mi vida. Soy tuyo y nada te pido en cambio». Pero, de todos modos, incluso cuando rezaba, se contestaba a sí mismo: «Nada... fuera de tu libertad y mi poder».

En los largos meses de búsqueda, en el curso de los cuales habían muerto dos mujeres, había contraído malaria: esta fiebre volvía de vez en cuando y quedaba estremecido y sudando, sin poder comer y —especialmente cuando la lluvia golpeaba el techo de madera— se veía a sí mismo en medio de confusos sueños siguiendo nuevamente a Shardik que surgía de entre los árboles para destruir a las atónitas y aterradoras huestes de Bekla; otras veces buscaba a Melathys, sumergiéndose desde los Arrecifes a la luz de las estrellas hacia un fuego que retrocedía ante él, mientras, entre los árboles, la voz de la Tuguinda gritaba: «No cometas sacrilegio, sobre todo en este momento».

Llegó a conocer los días en que estaba seguro que Shardik no iba a hacer ningún movimiento, los días en que podía pararse junto al oso que parecía adormecido y

hablarle de la ciudad, de los peligros que la asediaban y de la necesidad de protección divina.

Incapaz de comprender qué verdad podía haber oculta en aquel terrible lugar, esa verdad hacia la cual, como el compás de una brújula, lo guiaba su inalterable devoción hacia Shardik, buscaba de todos modos, torpe y concienzudamente, obtener algún sentido de su sufrimiento, algún mensaje divino aplicable a la suerte de la gente y de la ciudad. Algunas veces sabía dentro de sí mismo que aquellos vaticinios eran todos mendaces, materia misma de los tramposos. Sin embargo, aquellos que sabía con más certeza que habían sido acuñados con la incomprensión, el reproche de sí mismo y un mero sentido del deber, resultaban luego realizados, daban de veras fruto; o, de todos modos, eran recibidos por sus seguidores como verdad evidente.

Shardik lo absorbía noche y día. Los despojos de Bekla —que eran para los barones, los soldados e incluso para Sheldra y sus compañeras un fin valioso en sí mismo— no lo atraían. Aceptaba el honor y la situación de rey, y el papel que daba ánimo y seguridad a los barones y al pueblo era desempeñado por él con un profundo sentido de la necesidad de ellos y de su propia adecuación, ya que Dios lo había elegido. Y sin embargo, cuando cavilaba en el tétrico recinto lleno de ecos, y contemplaba al oso en sus ataques de furor y en sus letargos, quedaba convencido que todo lo que había realizado —todo lo que parecía milagroso y casi divino en términos humanos— carecía de importancia frente a lo que quedaba por ser revelado. El poder de Shardik lo había tocado y, ante sus ojos y los ojos de otros, había entrado al mundo como emisario de Dios, había visto con certeza y claramente, a través del conocimiento divino que le habían impartido, la naturaleza de su tarea y lo que era necesario para realizarla. El alto Barón de Ortelga había demostrado ser de poco peso. Y había parecido de suprema importancia su determinación aparentemente suicida de llevar a Quiso la noticia de la llegada de Shardik. Pero ahora, aunque Shardik era señor en Bekla, esta percepción ya no le parecía suficiente. Continuamente era perseguido por la sensación intuitiva de que todo lo que había pasado hasta entonces apenas había rozado el borde de la verdad de Dios, que él era todavía ciego y había que buscar y encontrar una gran revelación, por la que había que rogar para que fuera concedida... una revelación del mundo ante cuya luz su propia situación y monarquía significarían tan poco para él como para la acurrucada criatura de la jaula, con su pelo erizado y su estiércol hediondo. Una vez, en sueños, se vio vestido y coronado para el festival de la victoria, que se celebraba todos los años al empezar las lluvias, mientras empujaba con un remo su balsa de cazador en la ribera Sur de Ortelga. Al despertar vio a Shardik paseando de un lado a otro entre los barrotes, no incorporó y, mientras avanzaba el alba, siguió un rato largo en una plegaria: «Toma todo lo demás, Señor Shardik; mi poder y mi reino si quieres. Pero dame ojos nuevos para percibir tu verdad... esa verdad a la que todavía no he

llegado. Senandril, Señor Shardik. Acepta mi vida si quieres, pero concédeme, a cualquier precio, encontrar lo que todavía estoy buscando».

No había nadie que no supiera que Kelderek era prisionero de una integridad que lo consumía, que no gozaba con las joyas y el vino, las mujeres, las flores y las fiestas de Bekla. «Ah, habla con el Señor Shardik —decían al verlo pasar por las calles y plazas siguiendo el suave resonar del gong—. Vivimos en el sol porque él carga sobre sí la oscuridad de la ciudad».

Para él su integridad no era forzada: estaba enraizada en la compulsión de descubrir la verdad que él sentía más allá de la fortuna que había hecho para Ortelga, más allá de su papel de rey-sacerdote. En sus profecías e interpretaciones no traicionaba su integridad, sino que buscaba un arreglo para ganar tiempo, puesto que quería lograr lo que buscaba. Kelderek, que hubiera narcotizado a Shardik para tener la certeza de no correr riesgos ante él en los días señalados en presencia del pueblo, que hubiera podido introducir sacrificios humanos o elaboradas en forma de adoración obligatoria, tan grande era la veneración que le tenían, soportaba en cambio el peligro mortal y el crepuscular aislamiento del recinto donde rezaba y meditaba continuamente sobre un misterio inasible. Esto era lo que iba a constituir el supremo don de Shardik a los hombres. Era esto que, por su tremenda naturaleza, trascendería —incluso justificaría— todo el mal hecho en el pasado, toda la violencia hecha a la verdad, incluso... incluso... y aquí la línea de sus pensamientos fallaba.

Porque el recuerdo de la Tuguinda no lo dejaba en paz, aunque los hechos habían demostrado claramente que Ta-Kominion había tenido razón y que la sacerdotisa hubiera frustrado el don milagroso de la victoria y la conquista de Bekla. Después que Shardik fue llevado a la ciudad y todas, salvo las provincias sureñas alrededor de Ikat, hubieron reconocido la regla de los conquistadores, los barones decidieron, con total acuerdo de Kelderek, que sería magnánimo y prudente enviar mensajeros a la Tuguinda para asegurarle que se había olvidado su error de cálculo y que había llegado el momento de que fuera a ocupar su puesto entre ellos; pese a todo lo que significaba ahora Kelderek, ningún ortelgano había perdido el terror numinoso por Quiso que le habían inculcado desde el nacimiento, y no pocos estaban inquietos al ver que, en la prosperidad, los nuevos jefes habían dejado de lado a la Tuguinda. Muchos habían esperado que Shardik, una vez recobrado, fuera llevado a Quiso, como en tiempos pasados. Pero Kelderek, desde el momento en que había salido de Bekla para buscar al oso, jamás había pensado en eso, porque si iba con Shardik a la isla de la Tuguinda, tendría que perder su supremacía como rey-sacerdote y, sin la presencia real de Shardik, no podía reinar en Bekla.

—Y ahora podemos subrayar esto con fuerza —dijo Gued-la-Dan a otros miembros del consejo de barones— porque no hay que equivocarse: ella ya no es la figura que teníamos en tiempos de Bel-ka-Trazet. Se equivocó al interpretar la

voluntad del Señor Shardik, y Ta-Kominion y Kelderek no se equivocaron. El honor de la Tuguinda es tan grande y no más que el que estemos dispuestos a concederle, que será medido de acuerdo a la extensión de su utilidad para nosotros. Y, como mucha gente todavía la honra, sería prudente consolidar nuestra seguridad trayéndola aquí. La verdad es que, si no viene, yo mismo la traeré.

Kelderek no dijo nada en contra de esta áspera apreciación, porque estaba seguro que la Tuguinda iba a alegrarse de recobrar su antiguo cargo y que, una vez que ella estuviera en Bekla, él podría ayudarla a recobrar su ascendiente sobre los barones.

Los mensajeros volvieron sin Neelith. Al parecer, en Quiso, había interrumpido el discurso que tenía preparado, se había arrodillado llorando a los pies de la Tuguinda, suplicando que la perdonara y afirmando apasionadamente que nunca más volvería a dejarla, mientras viviera. Tras oír lo que los demás tenían que decir, la Tuguinda les recordó que había sido mandada a Quiso como prisionera. No tenía, dijo, más libertad que la concedida ahora a Shardik para decidir por sí misma si podía ir o no ir a un lugar.

—Pero —dijo— podéis decir a los de Bekla que, cuando el Señor Shardik recobre otra vez la libertad, yo también recobraré la mía. Y podéis decir a Kelderek que, aunque piense lo contrario, yo estoy ligada como él, y él está ligado como yo lo estoy. Y que esto lo descubriré algún día.

Con esta respuesta se vieron forzados a volver.

—¡Qué harpía! —dijo Gueld-la-Dan—. ¿Cree acaso que está en situación de ocultar su resentimiento con discursos atrevidos, cuando ella está en el error y nosotros en la verdad? Cumpliré mi palabra: y no tardaré en hacerlo.

Gued-la-Dan estuvo un mes ausente, lo cual costó al ejército un serio revés táctico en Lapán. Volvió sin la Tuguinda y guardó silencio sobre el motivo, hasta que el relato hecho por sus criados, al ser interrogados por los otros barones, lo convirtieron en un hazmerreír a sus espaldas. Al parecer, había realizado dos intentos separados e infructuosos de desembarcar en Quiso. En cada caso un letargo había caído sobre él y los que estaban con él y la canoa se había deslizado junto a la isla. En la segunda ocasión había encallado en una roca, había zozobrado y él y sus compañeros apenas habían salvado la vida. Era evidente que la cosa le había costado cara. Durante muchos meses, incluso en el campo, evitó dormir solo y no quiso volver a viajar por agua.

Acaso para expiar el recuerdo de la Tuguinda, a Kelderek le importaba poco lo que comía o bebía, vivía una vida casta y dejaba que otros gastaran las riquezas que se consideraban adecuadas a la grandeza del rey. Muchas veces sentía que éste era el motivo, incluso cuando se preguntaba por milésima vez qué podía haber hecho para ayudarla. Intervenir en favor de ella hubiera sido declararse contra Ta-Kominion. Y, pese a su reverencia por la Tuguinda, él había apoyado con pasión a Ta-Kominion y

había estado dispuesto a seguirlo en cualquier aventura. Kelderek nunca había entendido el concepto que tenía la Tuguinda del poder de Shardik, en tanto que el de Ta-Kominion era claro.

El recuerdo de la Tuguinda nunca estaba lejos de su mente.

Ella había sabido lo que quería, y él no lo había sabido y se había engañado al suponer que ella iba a consentir en formar parte de los que tenían cautivo a Shardik en Bekla. A veces tenía ganas de renunciar a la corona y volver a Quiso a suplicar el perdón, como Neelith. Pero esto significaba dejar el poder y la búsqueda de la gran revelación, de cuya inminencia a veces estaba seguro. Además sospechaba que, si intentaba el viaje, los barones no iban a dejar con vida a alguien que les había sido hasta tal punto infiel.

Su refugio para escapar de este dilema era Shardik. Aquí no había una inmerecida recompensa de lujo, halagos o quejas, murmullos de placer por la noche, riquezas o adulación... aquí sólo había soledad, ignorancia y peligro. Cuando servía al Señor Shardik en medio del miedo y del sufrimiento del alma y del cuerpo, por lo menos no se acusaba a sí mismo de haber traicionado a la Tuguinda para su propio beneficio. Sólo una vez Shardik lo había atacado: había dado un manotazo cuando Kelderek franqueaba la puerta de barrotes, quebrándole el brazo izquierdo como si fuera una rama seca. Se había desmayado de dolor, pero Sheldra y Nito, que lo seguían, le habían salvado la vida, sacándolo fuera enseguida. El brazo se había soldado de manera torcida, aunque todavía podía usarlo. Y, dejando de lado las súplicas de las mujeres y los avisos de los barones, había continuado, en cuanto pudo hacerlo, plantándose de vez en cuando ante Shardik, pero el oso no había vuelto a mostrarse feroz. La verdad es que parecía indiferente a la presencia de Kelderek y muchas veces, después de levantar la cabeza para asegurarse que era él y no otro, seguía echado en la paja. En esos momentos Kelderek se le ponía al lado, y obtenía consuelo, mientras rezaba, con el conocimiento de que, pese a todo lo que había pasado, él y sólo él era el compañero humano y mediador de Shardik. En los cuatro años pasados desde su vuelta a Bekla con Shardik había participado de lleno en los consejos de los ortelganos y había mantenido no solo un buen número de espías sino también un cuerpo de consejeros con conocimientos especiales de las diversas provincias, sus características principales y sus recursos. Mucha de la información recibida tenía importancia militar.

En lo referente a los negocios, las aduanas y los impuestos, Kelderek se había dado cuenta muy pronto de que sus propias luces, aunque con fallas e inexperiencia, eran más seguras que las de los barones, y valoraba más claramente que ellos la vital importancia que tenía el comercio para el imperio. Durante meses había discutido, ante la indiferencia de Zelda y Gued-la-Dan, que ni la vida de la ciudad ni la guerra contra las provincias sureñas podían ser mantenidas únicamente con los despojos y

que era esencial mantener abiertas las rutas comerciales conocidas y no meter en el servicio militar a todos los artesanos jóvenes y capaces, a todos los traficantes y caravaneros que había dentro de los límites del imperio. Les había demostrado que en un año, los prósperos criadores de ganado y sus hombres, treinta, curtidores o veinte zapateros, podían no sólo ganarse la vida sino pagar bastantes impuestos para mantener en campaña dos veces el número existente de mercenarios.

Pero de todos modos los negocios habían declinado. Santil-ke-Erketlis, adversario más sagaz y experimentado que cualquiera de los jefes ortelganos, se había ocupado de que así fuera. El hijo del rey de Deelguy fue invitado a Ikat, lo trataron como conviene a un príncipe y, quizás no de manera fortuita, se enamoró de una dama noble de la ciudad, con quien se casó. Los recursos de las provincias rebeldes eran menores que los de Bekla, pero Santil-ke-Erketlis poseía olfato para husmear dónde un poco de gasto extra iba a ser provechoso. Los impuestos eran cada vez más difíciles de cobrar a un pueblo que sentía que le apretaban el cinto y Kelderek tuvo dificultades para pagar a los contratistas y artesanos que abastecían al ejército.

Había sido en este aprieto que había recurrido a una ampliación del tráfico de esclavos, Tal comercio había existido siempre en el imperio beklano, pero desde unos diez años antes de la conquista ortelgana había sido restringido. En los últimos días de gran prosperidad de Bekla, sin embargo, el número de grandes propiedades, mansiones y negocios había aumentado y, en consecuencia, también había aumentado la demanda de esclavos, hasta volverse provechoso para algunos hombres el convertirse en traficantes profesionales y abastecedores. Los secuestros e incluso la cría de seres humanos se habían extendido, al punto que varios gobernadores de provincia se habían visto obligados a protestar en nombre de los pueblos y ciudades que vivían en medio del terror —no sólo por las incursiones de los traficantes sino también por los esclavos prófugos que se convertían en salteadores— y de los ciudadanos respetables que habían sido ultrajados. Los esclavistas, sin embargo, no habían dejado de tener sostenedores, porque aquel comercio no sólo pagaba elevados impuestos, sino que daba trabajo a artesanos, como los roperos y los herreros; y, los compradores que visitaban Bekla traían dinero a los posaderos. El problema había llegado al punto culminante en el conflicto civil conocido como las Guerras de los Esclavos, cuando se habían librado media docena de campañas independientes en otras tantas provincias, con y sin la ayuda de aliados y mercenarios. De esta confusión Santil-ke-Erketlis, antiguo terrateniente yeldashay, de familia vieja pero no rica, había surgido como el jefe más destacado de ambos lados. Tras derrotar a los esclavistas en Yelda y Lapán, había enviado ayuda a otras provincias y finalmente había arreglado las cosas en la misma Bekla, con entera satisfacción de los Jeldril («gente a la antigua»), como se denominaba a su partido. El costo para el estado de la extradición de los traficantes y la liberación de todos los esclavos que demostraron

ser nativos del imperio había sido enfrentado en parte por el empuje de los constructores, albañiles y talladores, por los que siempre había sido famosa Bekla, y en parte por medidas (de las cuales la construcción del gran estanque de Kabin había sido una) que aumentaron la prosperidad de los campesinos y los pequeños granjeros.

De todos modos quedaban, no sólo en Bekla sino en varias ciudades de las provincias occidentales, hombres ni fluyentes que lamentaban la victoria de los Jeldril. Eran estos los que Kelderek había buscado y puesto en el poder local, tras un acuerdo por el cual ellos debían apoyar la guerra a cambio de la renovación de un comercio esclavista sin restricciones. Defendió esta política ante sus propios barones —algunos de los cuales recordaban incursiones esclavistas en la comarca central, cerca de Ortelga, quince o veinte años antes— en parte como «la necesidad obliga» y, en parte, señalando que el país no quedaba abierto a un comercio totalmente sin frenos. Un número fijo de traficantes obtenía permisos cada año para «tomar» nada más que la cuota permitida de mujeres y niños en determinados distritos de provincia. Una cuota de hombres capaces físicamente era concedida a cualquier traficante particular, pero la quinta parte debía entregarse al ejército. Naturalmente no se disponía de tropas suficientes y estos acuerdos se estiraban al ponerlos en práctica, tarea que quedaba en manos de los gobernadores provinciales. A todos los que se quejaban de lo que había hecho, Kelderek contestaba lo mismo:

—Restringiremos otra vez el tráfico de esclavos cuando termine la guerra; ayudadnos, pues, a ganarla.

—Muchos de los que son tomados como esclavos son vagabundos y criminales que los traficantes compran en las cárceles —aseguraba a los barones— e incluso en el caso de los niños, hay muchos que, de todos modos, siempre serían abandonados y maltratados por madres que no los quieren. Por otra parte, un esclavo siempre tiene posibilidad de prosperar si tiene suerte y es capaz.

Jan-Glat, un ex esclavo de Dios sabía dónde, que estaba ahora a cargo de las tropas pioneras y de construcción del ejército, había dado un poderoso apoyo a Kelderek, manifestando que cualquier esclavo bajo su mando tenía tanta posibilidad de promoción como un hombre libre.

El beneficio del tráfico era grande, especialmente cuando se supo que en Bekla había de nuevo un mercado de esclavos protegido por el Estado, con amplio surtido de mercadería, y los agentes de otros países descubrieron que valía la pena viajar hasta allí, pagar los precios del mercado y gastar su dinero. Pese a los argumentos en favor de lo que había hecho, —el mejor argumento eran las cuentas públicas—. Kelderek descu-brió que no sólo esquivaba el mercado, sino también las calles por donde pasaban las consignaciones de esclavos. Se despreciaba a sí mismo por esto; sin embargo, dejando a un lado la involuntaria piedad que sabía que era debilidad en un dirigente, tenía también el incómodo sentimiento de que podía haber en su política

alguna falla que él se esforzaba por no advertir. «La clase de expediente deletéreo y miope que uno puede esperar de un hombre común y un bárbaro» había escrito el antiguo gobernador Jeldril en una carta en que renunciaba a su cargo antes de huir a Yelda.

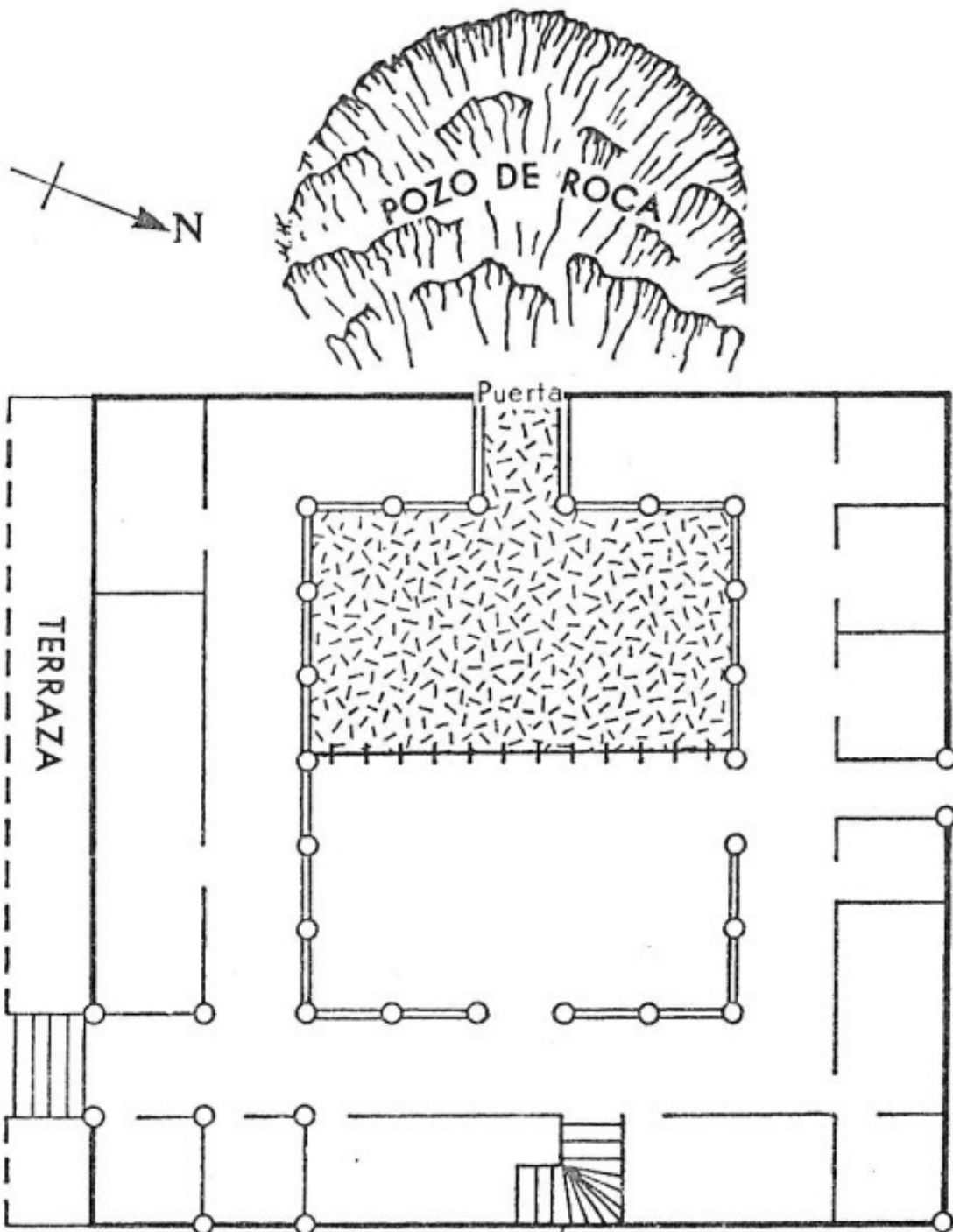
—¿Cree acaso que no sé tan bien como él que es un expediente? —comentó Kelderek a Zelda—. No podemos permitirnos ser bondadosos y tener generosidad hasta que no hayamos capturado Ikat y derrotado a Erketlis.

Zelda había estado de acuerdo y había añadido:

—Y, naturalmente, tampoco podemos enfrentar a tanta gente nuestra, incluso aunque no sean ortelganos. Ten cuidado que la cosa no se te escape de las manos.

Y Kelderek se encontró como un hombre en una urgente necesidad, que tiene cuidado de no escudriñar demasiado las especiosas afirmaciones de un prestamista afable. Aunque no tenía experiencia como dirigente, nunca había carecido de sentido común y había aprendido muy temprano en la vida a desconfiar de las hermosas apariencias y de cualquier premio demasiado fácil. «Cuando hayamos tomado Ikat — se dijo a sí mismo— podremos acabar con estos métodos vidriosos e inmediatos, ¡oh, Señor Shardik, danos otra victoria! Entonces terminaremos con el comercio de esclavos y estaré libre para buscar tu verdad». A veces, ante la idea de aquel gran día, las lágrimas brotaban de sus ojos con tanta facilidad como de las de un niño esclavo al recordar su patria.

La casa del Rey



- | | | | |
|-----------------------|---|----------------------|---|
| Barras | + | Paredes de ladrillo | ▬ |
| Area cubierta de paja | ⋈ | cerrando las arcadas | ▬ |
| Columnas | ○ | Escalones | ▬ |

El Consejo de Zelda

Kelderek pasó la mirada por el sombrío y cavernoso recinto, el templo de sangre más siniestro y bárbaro que hubiera albergado los trofeos de una tiranía. Debido a lo macilenta que era la luz de arriba, las antorchas, fijadas a soportes de hierro, ardían continuamente, y esto había descolorido la mampostería y las columnas de piedra, marcándolas con listas irregulares y oscuras, en forma de conos. En el aire inmóvil las llamas gruesas y amarillas se balanceaban, perezosas como gusanos en una tierra cavada en el invierno. De vez en cuando, un chorrito de resina llameaba a un lado, o estallaba un nudo con un crujido. El humo, que se estancaba en el techo y mezclaba su olor a pinos con el olor del oso, parecía el sonido crujiente de la paja que se hubiera hecho visible. Entre los soportes de las antorchas había unas panoplias fijadas en las paredes, espadas cortas y yelmos con orejeras de Belishba, los escudos redondos de cuero de los mercenarios de Deelguy y las lanzas con picas y bolas que Santil-ke-Erketlis había traído por primera vez al Norte, desde Yelda. Aquí también estaba el estandarte desgarrado y sangriento del Cáliz de Deparioth, que Gued-la-Dan en persona había tomado en la batalla de Sarkid dos años antes, abriéndose camino entre las empalizadas de ramas cruzadas del enemigo a la cabeza de doce hombres, ninguno de los cuales había dejado de ser herido cuando terminó la lucha. El Canathron de Lapán, con su cabeza de serpiente y sus alas de cóndor abiertas para volar, estaba enguinaldado con sarmientos de viña y pimpollos rojos, porque había sido traído a Bekla como una forzada (aunque dudosa) garantía de la lealtad de Lapán por unos sacerdotes rehenes a quienes se les permitía continuar el rito en forma atenuada. En el muro más lejano, como cúpulas amarillas a la luz de las antorchas, estaban alineadas las calaveras de los enemigos de Shardik. Se diferenciaban poco entre ellas, salvo en las formas de los dientes descubiertos, aunque dos o tres estaban partidas como arcilla vieja y una no tenía cara, sino unas meras astillas en torno a un maltrecho agujero desde la cabeza hasta la mandíbula. Las sombras de las órbitas se movían a la luz de las antorchas, pero hacía ya tiempo que Kelderek no prestaba atención a aquellos restos sin enterrar. Para él el despliegue era tedioso nada más que un mendrugo para los comandantes subordinados en campaña, entre los que de vez en cuando había alguno que afirmaba haber matado enemigos de rango y merecer, por lo tanto, la distinción de presentar las calaveras a Shardik. Las mujeres las mantenían limpias, aceitadas y alambradas, como habían hecho con sus azadas en los Arrecifes de Quiso. Y, sin embargo, pese a todos los recuerdos acumulados de la victoria y demás (pensaba Kelderek paseando de uno a otro lado del recinto, volviéndose ante el ruido de algo que se dejaba caer detrás de los barrotes) el lugar seguía siendo lo que siempre había sido, algo desordenado, impermanente, un lugar de almacenaje

más que un altar; tal vez porque la vida de la ciudad se había convertido en la de una base detrás de un ejército, una sociedad con pocos hombres jóvenes y muchas mujeres solitarias. ¿No había estado Shardik mejor servido entre las flores escarlata de trepsis junto al estanque, y en la selva crepuscular, seca, donde él se había internado por primera vez para ofrecerle su vida?

Cuando atrapamos un pez en la red —pensó— vemos que el brillo va desapareciendo lentamente de sus escamas. Pero: ¿hay otra manera de comer pescado?

Se volvió una vez más, esta vez al oír pasos que se aproximaban por el corredor. El gong del reloj cerca de la Puerta del Pavo Real no hacía mucho que había señalado la hora décima y no esperaba que Gued-la-Dan volviera tan pronto. Zilthé, un poco más vieja, pero todavía acicalada, rápida y de pasos ligeros apareció en el recinto, se llevó la palma de la mano a la frente y sonrió como una amiga. De todas las mujeres que habían venido desde Quiso o habían entrado a partir de entonces en el servicio de Shardik, sólo Zilthé poseía gracia y corazón leve, y el sombrío humor de Kelderek se suavizó al devolverle la sonrisa.

—¿Ha llegado ya el señor Gued-la-Dan?

—No, monseñor —replicó ella—. Es el general Zelda quien desea verte. Dice que espera que sea éste un momento conveniente, porque necesita hablarte en seguida. No lo ha dicho, monseñor, pero creo que desea verte antes de que llegue el general Gued-la-Dan.

—Iré a verlo —dijo Kelderek—. Espera junto al Señor Shardik, tú u otra No hay que dejarlo solo.

—Le daré de comer, monseñor, es la hora...

—Entonces pon la comida en el Pozo de Roca. Si va allí por un rato, tanto mejor.

Zelda esperaba en la terraza de sol que corría por el lado Sur del recinto, embozado en su capa roja oscura para defenderse de la brisa fría. Kelderek se le acercó y juntos caminaron por los jardines hacia los campos que quedaban entre la Púa y los Montes del Leopardo.

—¿Has estado vigilando al Señor Shardik? —preguntó Zelda.

—Durante varias horas. Está inquieto y agitado.

—Hablas como si fuera un niño enfermo.

—En estos momentos lo tratamos como si lo fuera. Es posible que no sea nada... pero estaría más contento si supiera con certeza que no está enfermo.

—Quizás... puede ser —Zelda hizo una pausa y después dijo solamente—: Muchas enfermedades terminan cuando llega el verano. Pronto mejorará.

Rodearon la ribera occidental de la Púa y empezaron a atravesar la pradera herbosa que quedaba más allá, hasta que Zelda se detuvo extrañado.

—¿Quién es ese individuo que viene hacia nosotros? —preguntó Zelda,

señalando.

Kelderek miró.

—Algún noble... un desconocido. Debe ser algún delegado de provincia.

—Un sureño por el aspecto... demasiado elegante para ser de alguna provincia norteña u occidental. Me pregunto por qué anda caminando por aquí solo.

—Supongo que es libre de ir a donde se le dé la gana. A muchos de los que visitan la ciudad les gusta decir que han recorrido todos los muros de la ciudad.

El desconocido se acercó, se inclinó graciosamente, con un movimiento algo afectado de su capa de piel, y pasó de largo.

—¿Lo conoces? —preguntó Zelda.

—Es Elleroth, Ban de Sardik... un hombre de quien he averiguado muchas cosas.

—¿Por qué? ¿No es caso seguro?

—Posiblemente sí... posiblemente no. Es raro que haya venido él mismo como delegado. Estuvo con Erketlis en las Guerras de los Esclavos... lo cierto es que era un notable jeldro en su época. No hay motivo para que haya cambiado de ideas, pero de todos modos, se me aconsejó dejarlo en paz y se me dijo que esto era más seguro que intentar librarme de él. Tiene mucha influencia y situación entre su gente y, dentro de lo que sé, nunca ha hecho ningún daño.

—Pero ¿nos ha ayudado?

—Se ha luchado tanto por Lapán que es difícil decirlo. Si un dirigente local se las arregla para estar bien con ambas partes, ¿quién se lo puede reprochar? No hay nada contra él, como no sea el informe de lo que era antes de nuestra llegada.

—Bueno, ya veremos lo que nos ofrece en el Consejo.

Zelda parecía no decidirse a hablar de lo que quería decir a Kelderek y, después de un rato, Kelderek retomó la conversación.

—Ya que hablamos de los delegados, debo mencionarte otro... el hombre recientemente nombrado como gobernador de Kabin.

—¿Mollo? ¿Qué hay con él? A propósito, ese hombre nos ha clavado la mirada, me pregunto por qué.

—No es raro que los desconocidos me miren —contestó Kelderek con débil sonrisa—. Ya estoy acostumbrado.

—Así debe ser, sin duda. Bueno, ¿qué pasa con Mollo? Smarr Torruín del Pie de las Colinas lo recomendó... dice que hace años que lo conoce. Parece un hombre excelente.

—Me he enterado que, hasta hace poco tiempo, era gobernador provincial en Deelguy.

—¿En Deelguy? ¿Y por qué se fue?

—Exactamente... ¿Fue acaso para tomar el patrimonio de una pequeña propiedad en Kabin? Me parece dudoso. Nuestras relaciones actuales con Deelguy son tensas y

difíciles... No sabemos qué pueden estar planeando. Me pregunto si debemos arriesgar ese nombramiento tuyo... podemos caer en una trampa. Un cuchillo en la espalda desde Kabin sería bastante malo en este momento.

—Creo que tienes razón, Kelderek. No sabía nada de esto. Hablaré yo mismo con Mollo, mañana. No podemos correr ningún riesgo en Kabin. Le diré que, después de todo, hemos decidido que necesitamos un hombre con conocimiento especial de la represa.

Volvió a guardar silencio. Kelderek torció un poco colina abajo, a la izquierda, pensando que, al sugerir de esta manera el regreso, se soltaría la lengua del barón.

—¿Qué piensas ahora de la guerra? —preguntó Zelda bruscamente.

—Pregunta a los milanos y a los cuervos, ellos saben —replicó Kelderek, citando un proverbio de los soldados.

—En serio, Kelderek... y enteramente entre nosotros.

Kelderek se encogió de hombros.

—¿Te refieres a las perspectivas? Tú las conoces mejor que yo.

—Has dicho que el Señor Shardik parece inquieto —persistió Zelda.

—No todos los estados de ánimo ni las enfermedades del Señor Shardik son portentos de la guerra. Si así fuera, un niño vería los presagios.

—Puedes creer, Kelderek, que no discuto tu intuición como sacerdote de Shardik... ni tu mis condiciones de general, espero.

—¿Por qué dices eso?

Zelda se detuvo y miró alrededor la pradera desaliñada ante ellos. Después se sentó en el suelo. Tras unos momentos de vacilación, Kelderek se unió a él.

—Sentarnos aquí puede no ser muy apropiado para nuestra dignidad —dijo Zelda — pero prefiero hablar donde nadie nos oiga Y te prevengo, Kelderek, que en caso de necesidad negaré haber hablado.

Kelderek no contestó.

—Hace más de cinco años que tomamos esta ciudad; y no hay nadie que haya participado en la campaña que no sepa que lo hicimos por voluntad de Shardik. Pero ¿cuál es ahora su voluntad? Me pregunto si soy el único que está perplejo sobre el punto.

—Me atrevería a decir que no lo eres.

—¿Sabes qué cantaban mis hombres después de la toma de Bekla? «El Señor Shardik ganó la batalla, con las chicas nos acostaremos al sol». Ya no lo cantan. Cuatro años de marchas, yendo y viniendo por las provincias sureñas, les han quitado todo el ánimo.

—¿Cuál fue la voluntad de Shardik al traernos a Bekla? ¿Fue lo que los hombres suponían... es decir, que fuéramos prósperos y fuertes por el resto de nuestras vidas? Si es así: ¿por qué sigue Erketlis en campaña contra nosotros? ¿Qué hemos hecho

para desagradar al Señor Shardik?

—Que yo sepa, nada.

—Shardik mató a Guel-Ethlin... él mismo dio el golpe... y, después de tomar Bekla, tú y yo y todos creímos que su voluntad era que derrotáramos a Erketlis y tomáramos Ikat. Entonces iba a haber paz. Pero eso no ha ocurrido.

—Ocurrirá.

—Kelderek, si no fueras rey de Bekla y sacerdote de Shardik, si fueras un gobernador de provincia o un comandante subordinado que me promete algo, yo diría: «Entonces es mejor que suceda cuanto antes». Así, directamente. Hace varios años que mis hombres luchan y mueren. Están dispuestos a seguir así otro verano, pero no tienen buen ánimo. La verdad, dejando de lado la voluntad de Shardik y hablando puramente como general, es que no veo motivos militares para que ganemos jamás esta guerra.

Alguien desde abajo pareció llamar al hombre de la torre. El hombre se inclinó sobre el parapeto, miró unos momentos hacia abajo y continuó esperando.

—Fue el Señor Shardik quien nos dio la victoria sobre Guel-Ethlin —prosiguió Zelda—. De no haber sido por lo que él hizo, nunca habríamos derrotado al ejército beklano... con una fuerza irregular como era la nuestra.

—Nadie ha dicho lo contrario. Ta-Kominion lo sabía antes de la batalla. Pero ganamos y tomamos Bekla.

—Ahora nos limitamos a contener a Erketlis. No podemos vencerlo... al menos no del todo. Hay muchos motivos para esto. Supongo que, cuando eras muchacho, has peleado, corrido carreras y demás. ¿No recuerdas que, algunas veces, sabías con certeza que el otro muchacho era mejor que tú? Como general, Erketlis es fuera de lo común, y la mayoría de sus hombres formaban parte del antiguo ejército sureño de patrullaje. Muchos sienten que están luchando por sus hogares y sus familias, y eso les hace soportar condiciones muy duras. No son como nosotros, invasores desalentados con la esperanza de obtener rápidos beneficios. Hace ya tiempo que nuestros hombres sienten que algo se les ha escapado de la red. Los alimentos de uno u otro tipo son fáciles de obtener en el Sur. No podemos privar de alimentos al ejército de Erketlis y ellos no necesitan mucho más. Pero su mera existencia nos crea dificultades. Mientras no sean derrotados, serán un foco de rebeldía y dificultades en cualquier parte del imperio, desde Guel hasta Lapán... tendrán antiguos jendril como simpatizantes y demás. Lo único que necesita Erketlis es mantenerse en campaña, pero nosotros debemos hacer algo más; tenemos que derrotarlo antes de devolver al pueblo de Bekla la paz y la prosperidad de la que lo hemos privado. Y la pura verdad es, Kelderek, que no tengo base... base militar... para suponer que podemos hacerlo.

El hombre en la Torre de la Serpiente empezó de pronto a agitar los brazos y señalar hacia el Sudeste. Después juntó las manos como bocina, gritó algo hacia

abajo y se fue del balcón.

—Gued-la-Dan estará aquí en menos de una hora —dijo Kelderek—. ¿Has hablado con él algo de esto?

—No, pero no tengo motivos para suponer que esté más satisfecho con nuestras perspectivas militares que yo.

—Y ¿qué opinas de la ayuda que esperamos mañana de los delegados al Consejo?

—Sea la que fuere, no bastará. Nunca ha bastado en el pasado. Debes entender que, por el momento, nos mantenemos en Lapán como podemos. No somos nosotros sino Erketlis quien piensa atacar.

—¿Puede hacerlo?

—Como sabes, recientemente ha recibido un refuerzo de Deelguy, dirigido por un barón de cuyas acciones el rey pretende no saber nada. Corren rumores de que Erketlis se considera ahora lo bastante fuerte para cubrir Ikat y atacarnos, y que proyecta internarse más hacia el Norte.

—¿Sobre Bekla?

—Eso dependerá del éxito que tenga una vez que empiece. Pero yo creo que dejará de lado a Bekla y procurará mostrar su poder en la comarca que está al Noreste de la ciudad. Supongamos, por ejemplo, que diga a los de Deelguy que los llevará al Norte en la marcha hacia su patria y que haga en el camino todo el daño que pueda. Supongamos que se encarguen ellos mismos de destruir la represa de Kabin.

—¿Y no puedes detenerlos?

—No lo sé, pero lo que propongo, Kelderek... y lo que nunca volveré a proponer si lo recibes de mala gana, es uno de dos caminos. El primero es que negociemos ya la paz con Erketlis. Nuestras condiciones serán que conservamos Bekla, con las provincias del Norte y toda la tierra que podamos conseguir al Sur. Esto, naturalmente, significa ceder Yelda, Belishba y probablemente Lapán, con Sarkid. Pero tendremos la paz.

—¿Y el segundo camino?

Por primera vez Zelda se volvió y miró de frente a Kelderek, mientras sus ojos oscuros y su barba quedaban enmarcados en el cuello rojo de la capa. Lentamente extrajo su cuchillo, lo sostuvo un momento entre el índice y el pulgar y después lo dejó caer, con el mango hacia arriba: el cuchillo se clavó y tembló en el suelo. Torciendo la nariz y olfateando, como si hubiera olido algo quemado, recogió el cuchillo y lo volvió a la vaina. La alusión no pasó por alto a Kelderek.

—Supe desde el principio... sí, aquella misma noche... que en cierto modo tenías en tus manos el destino de Ortelga. Antes que tú y Bel-ka-Trazet partieran para Quiso, tuve la certeza de que habías venido para traernos suerte y poder. Después, cuando los primeros rumores llegaron a Ortelga, creí en el regreso de Shardik, porque te había visto enfrentar la ira de Bel-ka-Trazet y comprendí que sólo la verdad podía

permitirte hacer eso. Fui yo quien aconsejó a Ta-Kominion que arriesgara la vida en el cruce del Cerco Muerto por la noche, para buscarte; y fui el primer barón que se unió a él al día siguiente, cuando bajó a tierra detrás del Señor Shardik. En la batalla del Pie de las Colinas, antes que Ta-Kominion llegara al campo, dirigí el primer ataque contra el ejército de Guel-Ethlin. Nunca dudé del Señor Shardik, y tampoco dudo ahora de él.

—Y entonces, ¿qué?

—¡Suelta al Señor Shardik! Suéltalo y espera lo que sea. Tal vez su voluntad es que no sigamos la guerra. Tal vez tenga otro propósito, enteramente distinto. Debemos estar listos para confiar en él, incluso para reconocer que hemos interpretado mal su voluntad. Si lo soltamos, tal vez nos revele algo desconocido. ¿Estás seguro, Kelderek, de que, después de todo, no negamos su propósito manteniéndolo en Bekla? He llegado a creer que ese propósito no puede ser la continuación de la guerra, porque, si así fuera, tendríamos que tener ahora el fin a la vista. En algún punto hemos perdido el hilo de nuestro destino. Suéltalo y ruega para que, en esta oscuridad en que vagamos, vuelva a poner las cosas en nuestras manos.

—¿Soltar a Shardik? —dijo Kelderek. No imaginaba nada menos favorable para la continuación de su reinado o para el secreto divino que todavía tenía que descubrir. A toda costa debía apartar a Zelda de aquella apresurada, supersticiosa idea, cuyas consecuencias podían ser imprevisibles—. ¿Soltar al Señor Shardik?

—Y seguirlo luego, confiando en lo que pueda pasar. Porque, si en verdad le hemos fallado, y ya que no ha sido el coraje o decisión en el campo de batalla, sólo hemos fallado por no confiar bastante en él.

Kelderek tuvo en la punta de la lengua decir que la Tuguinda había hablado una vez así y que Ta-Kominion había sabido cómo tratarla. Hizo una pausa, calculando cuál era la mejor manera de iniciar la delicada tarea de disuasión cuando ambos vieron a la distancia un criado que corría hacia ellos entre el pastizal. Se levantaron y lo esperaron.

—Mañana por la noche es el festival de fuego de la primavera —dijo Kelderek.

—No lo he olvidado.

—No diré nada de esto a nadie, y volveremos a hablar después del festival. Necesito tiempo para pensar.

El criado llegó junto a ellos, levantó la palma de la mano a la frente inclinada y esperó, tratando de contener su jadeo.

—Habla —dijo Kelderek.

—Monseñor, el señor Gued-la-Dan está casi aquí. Lo han avistado en el camino y llegará al Portón Azul en media hora.

En la ciudad, abajo, resonaban nuevamente los gongs marcando la hora, y el más lejano seguía de inmediato al que lo antecedía, como un eco. Kelderek pensó que si

retenía al criado, la conversación se interrumpía por el momento.

—Acompáñanos —dijo; y después a Zelda, cuando el hombre se puso en su puesto, detrás de ellos—: Yo y la sacerdotisa Sheldra iremos al encuentro de Gued-lad-Dan en el camino. ¿Quieres venir con nosotros?

Elleroth muestra la mano

—... Y haber dejado todo lo que tenía en Deelguy...

—Mantén la compostura, Mollo.

—No viviré dentro de estos condenados límites... tengo que estar por lo menos a diez días de viaje de ellos... ese maldito sacerdote del oso... ¿cómo es que se llama a sí mismo? Kildrik, ¿no?

—Sé razonable, Mollo. Cálmate. Tú no dejaste Deelguy con intenciones de convertirte en gobernador de Kabin, y mucho menos por ninguna promesa proveniente de Bekla. Te fuiste porque querías heredar la propiedad de la familia, según me dijiste. Nadie te ha quitado eso y no estás peor ahora que lo estabas la noche que comiste con tu amigo, el criador de toros.

—No seas ridículo. Todo el mundo en Kabin sabe que el general Zelda me nombró por recomendación de Smar. Tuve una larga reunión con los ancianos, antes de establecerme, para tratar la contribución de Kabin a la campaña de verano. Querían dar bastante poco... no somos una provincia rica, nunca lo hemos sido. «No os preocupéis, dije, convenceré a los de Bekla... trataré de que no quedéis arruinados por pagar la guerra». Y ¿qué crees que van a decir ahora? Dirán que me han echado porque no pude exprimir más a la provincia...

Tal vez lo hiciste.

—¡Maldición! ¡Nadie aquí me ha preguntado con cuánto íbamos a contribuir, de modo que no puede ser eso! Pero, sea lo que fuere, los terratenientes de Kabin quedarán convencidos de que los he abandonado de una u otra manera... que he jugado mal las cartas, quiero decir... y, ahora seré reemplazado por alguien que ni siquiera es un hombre del lugar, alguien que no tendrá escrúpulos en esquilmarlos. ¿Quién va a creerme cuando diga que no tengo la menor idea de por qué no fue confirmado el nombramiento? Tendré suerte si alguno no intenta matarme, de un modo u otro. No es que me importe mucho. ¿Conoces una manera mejor de enojar realmente a un hombre que prometerle algo y después quitárselo?

—En principio, no. Pero, mi querido Mollo, ¿qué esperabas cuando te metiste con esta banda del oso? Me sorprende que la posibilidad no se te haya ocurrido desde el principio.

—¿Acaso tú no te has metido también con ellos?

—En modo alguno: más bien al revés. En el momento en que irrumpieron en un mundo atónito, yo ya era Ban de Sarkid, y fueron ellos, cuando llegaron, los que me examinaron largamente y decidieron dejar las cosas como estaban; si hicieron bien en esto, es algo que habrá que ver. Pero no fui hacia ellos, con el sombrero en la mano, como hiciste tú, a pedir nombramiento lucrativo, a ofrecer, de hecho, contribuir a la

derrota de Santil y promover el tráfico de esclavos... Además, son terriblemente aburridos. ¿Sabes que, anoche, en la ciudad, hice averiguaciones sobre el drama? «Oh, no, dijo el viejo a quien pregunté, todo se ha detenido mientras dure la guerra. Nos dicen que no hay dinero para gastar, pero estamos seguros del motivo: los ortelganos no entienden el drama, y además formaba parte de la adoración de Cran». De veras me sentí terriblemente aburrido cuando dijo eso.

—Pero el hecho es, Elleroth, que tu posición como Ban de Sarkid ha sido confirmada en nombre de Shardik. No puedes negarlo.

—No lo niego, mi querido.

—¿El tráfico de esclavos es mejor con Shardik, entonces, de lo que era hace diez años, cuando tú y yo combatíamos junto a Santil?

—Si es una pregunta seria, no merece una respuesta seria. Pero ¿sabes?, no soy humanitario... no soy más que un terrateniente que procura vivir una vida razonablemente pacífica y ganar lo bastante para vivir. Es terriblemente difícil hacer que la gente se establezca y trabaje como se debe, cuando piensan que ellos o sus hijos pueden llegar a formar parte de la cuota de esclavos. Es raro, pero la cosa parece molestarlos. La esclavitud es una política miope... un mal negocio.

—Pero ¿por qué estás aquí, personalmente, por el asunto del oso?

—Tal vez como tú, para lograr el mejor acuerdo posible para mi provincia.

—Kabin está en el Norte; tiene que marchar con Bekla. Pero Lapán es una provincia sureña... una provincia disputada. Podrías declararte abiertamente a favor de Erketlis... separarte y llevar contigo a medio Lapán.

—Caramba, sí, podría. Me pregunto por qué nunca se me habrá ocurrido...

—Bueno, te burlas del asunto, pero te prevengo que las cosas no me parecen tan divertidas. No es haber perdido la gobernación lo que me molesta. Lo que no soporto es que me han dejado como idiota ante todos los que conozco desde muchacho. ¿Te das cuenta? «Mira, ahí viene; creyó que iba a ser gobernador y nos dijo lo que debíamos hacer. Y ha vuelto a casa con el rabo entre las piernas». «Oh, buenos días, señor Mollo, precioso tiempo, ¿verdad?». ¿Cómo volver ahora a mi propiedad? Te juro que haría cualquier cosa contra estos malditos ortelganos. E hiciera lo que hiciera, se lo merecerían, si no son capaces de manejar mejor un imperio. Soy como tú... es a los malos métodos a los que me opongo...

—¿Hablas en serio, Mollo?

—Sí, claro que sí. Me expondría a cualquier cosa para hacerles daño.

—En ese caso... eh... vamos a dar un paseo por algún lugar bonito y solitario, sin paredes o matorrales... ¡Qué preciosa mañana! ¿Sabes? Cada vez que veo el Palacio de los Barones me parece que expresa algo fresco, original y deliciosamente anti-ortelgano... ¿qué decía?... Ah, sí, en ese caso tal vez pueda guiarte, paso a paso, a la cumbre de una exaltación palpitante... o algo por el estilo...

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ¿sabes?, no soy, ay, el tipo sencillo y bueno que supones. Debajo de este bien lavado exterior late un corazón más negro que una cucaracha y casi igualmente valeroso.

—Bueno, es evidente que quieres decir algo. Dime sin vueltas... guardaré el secreto.

—Tal vez lo haga. Entonces, pues, debes saber que una vez, hace unos cinco años, cuando Santil atravesó Sarkid en la marcha desde Bekla hasta Ikat, se apoderó de mí la loca idea de reunir a mi gente y unirme a él.

—Me sorprendió que no lo hicieras. ¿Supongo que escamoteaste la cosa ante la idea de perder la propiedad y todo lo demás?

—Oh, escamoteé prácticamente sin parar... fue todo escamoteo. Sin embargo, me las arreglé para estar más o menos a punto de partir cuando Santil mismo vino a verme. Sí... al principio de una campaña desesperada, con todo por organizar y cuando Ikat iba a convertirse en una base de suministros militares, ese hombre notable tuvo tiempo de andar treinta y seis kilómetros para hablar conmigo y regresar por la noche. Creo que sabía que yo no iba a obedecer a nadie más.

—¿Y lo obedeciste? ¿Qué te dijo?

—Quiso que me quedara donde estaba y que presentara a Bekla un cuadro convincente de neutralidad benévola. Él pensaba que, si se hacía con habilidad, eso sería para él más útil que dejar que Sarkid fuera controlado por alguien nombrado por el enemigo. Naturalmente, tuvo razón. Siempre he detestado que la gente crea que no quise ir a pelear, pero las ventajas para Santil han sido mayores que las que hubiera obtenido si me pongo a gritar «¡Muere!» a un lancero ortelgano. De este modo se ha enterado de muchos detalles de los movimientos del maestro Gued-la-Dan, y del otro hombre, Zelda; y ambos han encontrado toda clase de dificultades cuando operan en las vecindades de Sardik. ¿Sabes?... Desaparecen los correos, suceden accidentes graciosos, las raciones ordenadas no son del gusto del pueblo y demás. Cualquier cosita que se nos ocurra. Creo que si no fuera por Sarkid, el flanco occidental de Santil habría sido arrollado hace tiempo y no habría podido mantener a Ikat. Pero la cosa requiere un manejo muy delicado. Gued-la-Dan es un cliente rudo, desagradable, y he tenido que ir muy lejos para convencerlo que prefiero su lado al otro. Durante años lo he mantenido creyendo que al fin de cuentas, y debido a mi influencia local y a mis conocimientos, es mejor mantenerme que reemplazarme. Apenas está enterado que mi amor a las travesuras infantiles me lleva a moverle el piso de vez en cuando.

—Comprendo. Y debí haberlo adivinado.

—Lo que sigue es el teatro de toda una vida. Tu pulso palpitará con mil pulsaciones... bueno, digamos, quinientas. Hace cosa de un mes Santil me hizo otra

visita nocturna, casualmente disfrazado de comerciante de vinos. Y me dijo que esta primavera, por primera vez, está bastante fuerte como para atacar con fuerza el Norte. Lo cierto es que tal vez en este momento ya haya iniciado una marcha que lo llevará al Norte de Bekla en menos tiempo del que se supone.

—Pero ¿no a Bekla?

—Depende del apoyo que encuentre. En el primer momento probablemente no intentará atacar Bekla, sino que marchará hacia el Norte a ver si algunas provincias se levantan a su favor. Lógicamente, tal vez encuentre la ocasión de derrotar algún ejército ortelgano y, si es así, no es hombre de perder la ocasión.

—Y ¿qué papel desempeñas tú? Porque obviamente desempeñas uno.

—Bueno, lo cierto es que soy esa criatura despreciable que se llama un agente secreto.

—¡Sal de ahí!

—Espero salir, a su debido tiempo. ¿Se te ha ocurrido que, si algo de veras desagradable pasara en Bekla cuando Santil inicie el ataque, esos individuos tan supersticiosos quedarían muy trastornados? De todos modos, se le ocurrió a Santil. Por eso he venido al Consejo como delegado.

—Pero ¿qué es lo que intentas hacer? ¿Y cuándo?

—Algo audaz, supongo, sería lo más apropiado. Se me había ocurrido la posibilidad de sacar de su cargo al rey o alguno de los generales, pero no creo que pueda hacerse. Perdí una ocasión bastante buena ayer por la tarde, por no estar armado, y no creo que se presente otra. Pero he estado pensando. La destrucción de la Casa del Rey y la muerte del oso... eso produciría un efecto calamitoso. La verdad es que la cosa podría desbordar, cuando las noticias lleguen al ejército.

—Pero no es posible, Elleroth. No podríamos triunfar con una cosa así.

—Con tu ayuda, creo que es posible. Mi intención es incendiar el techo de la Casa del Rey.

—¡Pero el palacio es de piedra!

—¿Los techos, mi querido Mollo? Los techos se hacen de madera. No se puede cubrir con piedra un recinto de ese tamaño. Debe haber vigas y travesaños que sostienen las tejas. Mira tú mismo... incluso hay pajas en el extremo... se puede ver desde aquí. El fuego marchará bien si le dejan tiempo.

—Lo verán en seguida... de todos modos el lugar está custodiado. ¿Cómo es posible trepar al techo con una antorcha o lo que necesites? No podrías acercarte sin que te detuvieran.

—¡Ah, aquí es donde me servirás incalculablemente! Escucha. Esta noche es el festival del fuego de la primavera. ¿Lo has visto alguna vez? A la caída de la noche apagan todas las llamas de la ciudad, hasta la oscuridad total. Después encienden el nuevo fuego y cada dueño de casa viene a encender en él una antorcha. Luego todos

se enloquecen. Habrá un brasero o alguna antorcha ardiendo en cada techo de la ciudad. Habrá una procesión de barcas en el Barb, llenas de luces, con el aspecto de dragones feroces... el agua las refleja, ¿sabes? Es muy bonito. Habrá un desfile de antorchas... cualquier cantidad de humo en las narices de la gente y tendrán los ojos deslumbrados. Esta noche o nunca un fuego en el techo de la Casa del Rey sólo será notado cuando sea demasiado tarde.

—Pero nunca dejan al oso sin guardias.

—Claro que no. Pero podremos encargarnos de ellos si estás tan enojado y lleno de deseos de venganza como dices. Ya he señalado un lugar por el que creo que podré trepar al techo; y, para estar seguro, he comprado una soga y un ancla. Cuando oscurezca, tú y yo encenderemos unas antorchas y nos dirigiremos al festival... armados bajo las capas, lógicamente, y más bien tarde. Iremos hacia la Casa del Rey y allí, en silencio, liquidaremos a los centinelas que encontremos. Después subiremos al techo y lo incendiaremos. Es casi seguro que habrá una sacerdotisa en el recinto para cuidar del oso... tal vez más de una. Si no las silenciamos, verán el fuego desde abajo. Así que tendrás que entrar y atacar a quien quiera que encuentres en el recinto.

—¿No sería mejor matar directamente al oso?

—¿Has visto alguna vez a ese oso? Es estupendamente grande... increíble. Habría que matarlo con muchas flechas pesadas. No tenemos un arco y no podemos llamar la atención comprando uno.

—Cuando el fuego arrecie, creo que el oso, simplemente, se meterá en el Pozo de Roca.

—Si ya ha anochecido, dejan caer la puerta entre el recinto y el pozo. Allí está en este momento.

—No me gusta la idea de atacar a una mujer con una espada... aunque sea una sacerdotisa ortelgana.

—Tampoco a mí me gusta; pero estamos en guerra, mi querido Mollo. No es necesario que la mates, pero tendrás que impedir que dé la alarma.

—Bueno, supongamos que lo consiga. El techo arderá y estará a punto de caer sobre el oso y tú habrás bajado y te me habrás unido. ¿Qué hacemos entonces?

—Desaparecer como fantasmas cuando canta el gallo.

—¿Dónde? El único acceso a la ciudad baja es por el Portón del Pavo Real. No hay nada que hacer.

—Creo que tenemos una buena posibilidad. Santil me aconsejó que examinara la cosa y lo hice, ayer por la tarde. Como sabes, los muros de la ciudad corren hacia el Sur y rodean totalmente Crándor; pero arriba, cerca del rincón Sudeste, hay un postigo sin uso en la pared. Santil me dijo que fue hecho hace tiempo por un rey, sin duda con algún propósito inconfesable que tenía. Ayer por la tarde fui hasta allí, como había sugerido Santil, y lo examiné. Estaba cubierto de matas y cañas, pero

cerrado sólo por dentro. No creo que nadie lo haya tocado desde hace años. Aceité los cerrojos y me cercioré de que puede abrirse. Si alguien ha ido después allí y vio lo que hice, mala suerte, pero dudo que así sea. Tuve un momento desagradable al volver, cuando tropecé con el llamado rey y el general Zelda, que marchaban en esa dirección, pero se dieron vuelta poco después de cruzarse conmigo. De todos modos, es nuestra mejor ocasión y debemos tomarla. Si podemos llegar a los barrancos más altos, más allá del Barb, sin ser atrapados, podremos muy bien pasar por esa puerta y unirnos al ejército de Santil en dos o tres días. Ningún perseguidor correrá más que yo, te lo aseguro.

—Creo que tenemos pocas posibilidades. El asunto es más que riesgoso. Y, si nos atrapan...

—Bueno, si prefieres no participar, mi querido Mollo, dilo en seguida. Pero dijiste que arriesgarías cualquier cosa para hacerles daño. En lo que a mí se refiere, no he guardado mi piel a salvo durante cinco años para venir aquí y no arriesgar nada. Santil desea un desastre resonante... y procuraré que lo obtenga.

—Supongamos que, después de todo, yo mate a la mujer... ¿no es mejor meterse entre la multitud y fingir ignorancia? Nadie podrá identificarnos, y el fuego puede ser accidental... chispas que ha traído el viento.

—Claro que puedes intentar eso si lo prefieres, pero seguramente descubrirán que el fuego no fue casual... tendré que desgarrar el techo para que se incendie como es debido. Sospecharán de mí... ¿y crees que no sospecharán también de ti, después del motivo que hoy té han dado? ¿Puedes confiar en resistir la sospecha y la investigación convincentemente por días interminables? Además, si el oso muere, los ortelganos estarán fuera de sí. Son capaces de torturar a todos los delegados de la ciudad para obtener una confesión. No, pensándolo, creo que prefiero mi postigo.

—Tal vez tengas razón. Bueno, si tenemos éxito y logramos unirnos a Erketlis.

—Sin duda no va a ser desagradecido, como te darás cuenta. Te irá mucho, mucho mejor que como gobernador de Kabin.

—De veras lo creo. Bueno, si no me entra el susto o tengo otro tropiezo antes de la noche, cuenta conmigo. Pero, por suerte, no tenemos que esperar mucho...

El festival del fuego

Al caer la tarde sobre las terrazas de los Montes del Leopardo, con un cielo verdoso, rayado de amarillo, en el Oeste y un aletear de murciélagos contra la última luz, la luna nueva, visible toda la tarde, empezó a lucir más brillante y parecía, al avanzar hacia su temprana puesta, frágil y tenue hasta ser casi insustancial. Todo abajo yacía en silencio, en una oscuridad iluminada por las estrellas, la ciudad más quieta que la medianoche, todos los fuegos apagados, todas las voces en silencio, no brillaba ni una luz, ninguna muchacha cantaba, no ardía ninguna llama, ningún mendigo pordioseaba. Era la hora del Apagón. Las calles estaban desiertas, las arenosas plazas, rastrilladas al terminar el día, estaban vacías, rayadas y desamparadas como estanques helados por el viento.

Arriba en la Torre de la Serpiente, Sheldra, envuelta en una capa que la abrigaba del aire nocturno, miraba hacia occidente, esperando que el cuerno inferior de la luna declinante se pusiera a la par del pináculo de la torre de Bramba, en la esquina opuesta. Cuando se puso, el vasto silencio de los campos se quebró con el grito ululante de «¡Shardik, el fuego del Señor Shardik!». Un instante después una lengua de llama oscura y dividida trepó por los diez metros de altura del tronco de pino embreado del techo del palacio, y apareció ante la ciudad de abajo como una columna de fuego en el cielo del Sur. A lo largo de las paredes que dividían la ciudad alta de la ciudad baja, el esperado llamado de la sacerdotisa fue contestado y repetido, mientras cinco llamaradas similares, aunque menores, se elevaron, una tras otra, desde los techos de los torreones equidistantes. Cada llamarada se irguió en la noche con la velocidad de un gimnasta que trepa por una cuerda, y los postes ardieron en oleadas largas y ardientes, pues el fuego brotaba de sus lados como agua. Por un momento estuvieron solos, señalando el ancho y el largo de la ciudad que yacía en la llanura como una gran balsa anclada en la pendiente del Crándor. Y mientras ardían sólo sus crepitaciones rompían el silencio que había vuelto tras el cese de los gritos de las torres, las calles empezaron a llenarse de un número creciente de gente que salía de las puertas: algunos simplemente se mantenían de pie como centinelas en la oscuridad, otros se abrían paso a tientas pero deliberadamente hacia el Mercado de Caravanas. Pronto muchos se reunieron allí; todos sin hablar, todos esperando con paciencia en la luz de la luna que se ponía, en una penumbra rodeada de llamas, una luz como de lechuzas, que apenas dejaba reconocer al vecino.

Entonces, a lo lejos, sobre los Montes del Leopardo, apareció la llama de una única antorcha. Se movió rápidamente, inclinándose, descendiendo, corriendo por las terrazas hacia la Púa, por los jardines hacia el Portón del Pavo Real, abierto esperando al corredor que había de entrar por la calle de los Armadores y llegar al

Mercado ante la reverente multitud que lo aguardaba. ¿Cuántos había allí reunidos? Centenares, miles. Muchos hombres y mujeres, cada uno jefe de una casa; jueces y funcionarios civiles, comerciantes extranjeros, contadores, constructores y carpinteros, la viuda respetable al lado de las muchachas alegres, picapedreros de duras mano; fabricantes de arneses y tejedores, los dueños de las posadas para labradores trashumantes, el propietario de «El soto verde», el guardián del hospicio de correos de provincia y más, muchos más: estaban de pie hombro contra hombro, en silencio, la única luz era el distante resplandor de las llamas altas que los habían convocado desde sus casas, y cada uno llevaba una antorcha sin encender, para buscar, como don de Dios, la bendición de la renovación del fuego. El corredor, un joven oficial de la casa de Gued-la-Dan, honrado con esta tarea en reconocimiento de valerosos servicios prestados en Lapán, llevaba su antorcha, encendida en el nuevo fuego del techo del palacio, hasta el plinto de las Grandes Balanzas, donde se detuvo al fin, callado y sonriente; esperó unos momentos para recobrar el aliento y estar seguro del efecto que producía antes de tender la llama al suplicante más cercano, un viejo envuelto en una capa verde remendada, que se apoyaba en un báculo.

—¡Bendito sea el fuego! —exclamó el oficial, en una voz que resonó por toda la plaza.

—¡Bendito sea el Señor Shardik! —replicó el viejo con voz quebrada y, al hablar, encendió su antorcha en la del joven.

Una hermosa mujer de edad mediana se adelantó llevando en una mano su antorcha y, en otra, una varita pintada de amarillo, en prueba de que representaba a su marido, ausente en la guerra. Había muchas como ella entre la multitud.

—¡Bendito sea el fuego! —gritó otra vez el joven oficial y ella contestó—: ¡Bendito sea el Señor Shardik!, —y lo miró a los ojos con una sonrisa que decía: «Bendito seas también tú, hermoso muchacho». Llevando en alto la antorcha encendida se volvió luego y se dirigió a su casa, en tanto que un nombre tosco y de contextura recia, vestido como un ganadero, ocupó su lugar ante el plinto.

No había amontonamiento ni prisa, sino una solemnidad medida y gozosa mientras se encendía antorcha tras antorcha. Ninguno debía hablar hasta que le hubieran concedido el don del fuego. Pero no todos esperaron a recibir directamente el fuego de la antorcha traída desde el palacio. Muchos, vehementes, tomaron el fuego que les ofrecían los que dejaban la plaza, hasta que por todas partes resonó el grito alegre de «¡Bendito sea el fuego»!, y «¡Bendito sea el Señor Shardik!»». Gradualmente la plaza se llenó de más y más puntos de luz, como chispas que se extienden en un hogar o en la superficie de un tronco ardiente. Pronto las llamas agitadas y danzantes flamearon en todas direcciones a lo largo de las calles, las lenguas libres parlotearon como pájaros a la primera luz y las lámparas reencendidas empezaron a brillar en una ventana tras otra. Después, sobre los techos de las casas,

de un extremo a otro de la ciudad, empezaron a arder fuegos menores. Algunos eran postes que imitaban los ya encendidos en las puertas y torres, otros braseros llenos de leña o fogatas más claras de gomas perfumadas y carbón salpicado de incienso. Empezó el festín y la música, la bebida en las tabernas, los bailes en las plazas. En todas partes el don de la luz y el calor de la noche manifestaba el poder sobre el frío y la oscuridad otorgado por Dios al Hombre, y sólo al Hombre.

Junto a la Púa en la ciudad alta, por encima del Portón del Pavo Real, otro mensajero más grave había llegado con su antorcha, nada menos que el general Zelda y su armadura completa reflejaba apagadamente la luz humeante mientras marchaba hacia las ditas que lamían la costa. Aquí también esperaban suplicantes, pero menos y no tan fervientes, ya que las emociones estaban modificadas por ese desprendimiento y contención llena de auto-conciencia que caracteriza a los aristócratas, ricos o poderosos cuando participan en las expansiones populares. La invocación de Zelda, «Bendito sea el fuego», fue dicha, es cierto, en voz muy alta, pero con tono formal y moderado, en tanto que la respuesta de «Bendito sea el Señor Shardik», aunque dicha con sinceridad, carecía de la integridad calurosa de las voces de las muchachas floristas o de los portadores del mercado de la ciudad baja, que quebraban dos horas de oscuridad y silencio con las palabras señaladas para comenzar una de las grandes festividades del año.

Kelderek, vestido de azafrán y escarlata y asistido por sacerdotisas de Shardik, esperaba en la terraza más alta de los Montes del Leopardo, contemplando la ciudad a sus pies. Alrededor de él ardían las sales, ungüentos y aceites preparados para el festival del fuego, misteriosos y espléndidos en combustión —azul de Martín Pescador, cinabrio, violeta, limón y verde berilo— cada fuego transparente, como una gasa, en su bol de bronce, llevado entre varas sobre los hombros de dos mujeres. Resonaban las campanas, como gongs, de las torres del palacio, y su armonía estremecedora vibraba sobre la ciudad, se apagaba y volvía como olas en una ribera. Mientras miraba el trozo de luna nueva se hundió al fin en el horizonte del Oeste y sobre el lago apareció la forma resbaladiza de un gran dragón, un monstruo que mostraba sus dientes de fuego, de ojos verdes y con garras, mientras de sus mandíbulas salía una pluma de humo blanco que iba quedando detrás a medida que avanzaba. Gritos de admiración y excitación estallaron: los gritos de batalla de los hombres jóvenes y los estilizados llamados de la cacería. Después cuando el dragón llegó al centro de la Púa, surgió a la vida desde la otra ribera una forma feroz, erguida sobre las patas traseras, de diez metros de alto, orejas redondeadas, largo hocico mostrando los dientes y levantando una pata con garras. Cuando los gritos de «¡Shardik, el fuego del Señor Shardik!» arreciaron e hicieron eco en los muros que rodeaban el jardín, la figura de un hombre desnudo, llevando una antorcha en cada mano, apareció entre las mandíbulas del oso. Por un momento se detuvo en la elevada

y (brillante plataforma; después saltó sobre el agua. Sujeta a sus hombros y desenvolviéndose, había una larga cinta de lona embreada que, al arder, daba la sensación de que el oso escupía fuego. El hombre, al zambullirse en el agua, se libró de sus arneses y empezó a nadar hacia la costa. Fue seguido por otro y ahora que la forma de una flecha ígnea lo que cayó al agua desde la boca del oso. Más y más velozmente llegaban los zambullidores, de manera que las formas flamígeras de espadas, lanzas y hachas brotaban de entre los dientes del oso para apagarse en el lago. Finalmente, cuando el dragón vomitando humo se deslizó bajo la imponente imagen de Shardik, un dogal ardiente cayó para rodear la proa que formaba su garganta. Las luces de los ojos calientes se apagaron y en medio de gritos de triunfo su aliento humeante fue muriendo, mientras flotaba, cautivo ante las resplandecientes patas de rescoldos.

Entretanto Kelderek y su séquito habían ya empezado a bajar las terrazas en lenta procesión. El canto de las sacerdotisas se elevaba alrededor de él, con un sonido que le oprimía el corazón, porque era la misma antífona que había oído por primera vez en los bosques occidentales de Ortelga. Entonces las voces de Rantzay y de la Tuguinda habían formado parte de un muro de sonido que rodeaba una cúspide sublime y espiritual, por encima del mundo del miedo y de la ignorancia. Pero su cara grave y enjuta no mostró signos exteriores de este recuerdo.

—Shardik —rogó— senandril, Señor Shardik. Acepta mi vida Redime al mundo y empieza por mí.

Y ahora estaba ya en el jardín, donde los señores y las damas retrocedían ante él y los barones levantaban las espadas saludando el poder otorgado por Dios al rey-sacerdote. El canto de las sacerdotisas moría a lo lejos, las campanas de cobre guardaban silencio, el feroz oso y el dragón habían terminado su lucha y habían sido consumidos por el fuego sin que nadie mirara. La gente a lo largo de la ribera acalló sus gritos, sus saluciones, y el distante ruido de la ciudad baja se elevó desde el pie de los muros. El rey-sacerdote avanzó solo, ante los ojos de los barones armados y los enviados de las provincias vasallas, hacia el borde del profundo estanque interno, el Estanque de la Luz. Allí, sin ayuda de hombre o mujer, debía despojarse de las pesadas vestiduras y de la corona y permanecer desnudo, en el penetrante aire de la noche, y meter los pies en sandalias de plomo puestas para él en el borde. Debajo, en lo profundo del estanque, ardía entre la oscuridad y el agua una única luz, una luz encerrada en una esfera de cristal hueca afirmada a la roca, alimentada por aire y que emitía su calor y humo por respiraderos escondidos. Este era el fuego de Fleitil, ideado hacía mucho tiempo para la adoración de Cran, pero que ahora formaba parte del festival de, Shardik. Por los peldaños que descendían hacia el agua debía marchar el rey, con los pies pesados que iban a llevarlo al suelo de] estanque, y después iba a soltarse y saldría del agua, trayendo el milagroso globo de luz. Ya se había

adelantado, tanteando cada escalón de piedra con pies cuidadosos y bajando lentamente, en un silencio quebrado sólo por el agua que le golpeaba las rodillas, los riñones, el pescuezo.

Pero ¡oh! ¿Qué tremebundo mido es ese que quiebra el reverente murmullo de los guerreros ortelganos y de los señores de Bekla, que corta como una espada el jardín repleto y el lago vacío? Las cabezas se vuelven, las voces se oyen. Un momento de silencio y volvió a repetirse; el rugido de un gran animal enfurecido, lleno de terror y de dolor; tan fuerte, tan feroz y salvaje que las mujeres se aferraron a los brazos de los hombres, como ante el ruido del trueno o de la lucha, y los muchachos fingieron despreocupación, no logrando ocultar el miedo involuntario. La dama Sheldra, que asistía al rey junto a los peldaños, se dio vuelta y quedó tensa, levantando una mano para proteger los ojos de la luz de las teas, mientras procuraba ver del otro lado del jardín la oscura silueta de la Casa del Rey. Cesaron los rugidos y fueron seguidos por golpes pesados, que vibraban, como si algún objeto blando pero macizo golpeará contra las paredes de aquel lugar cavernoso y lleno de ecos.

Kelderek, que ya había cobrado aliento para sumergirse y dejarse caer desde el último peldaño hasta el lecho del estanque, lanzó un grito inarticulado y trató de librarse de las pesadas sandalias. En el instante siguiente salió del agua y quedó goteando en el borde del pavimento. Los murmullos alrededor de él aumentaron, inamistosos y alarmados.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué está haciendo?... Interrumpir así la ceremonia trae mala suerte... Una acción desdichada que no acarrearé nada bueno... Sacrilegio...

Entre la multitud cercana una mujer empezó a llorar con gemidos de miedo, bruscos y nerviosos.

Kelderek, sin prestarles atención, se inclinó para volver a vestirse con las rígidas y pesadas vestiduras que yacían a sus pies. En su apresuramiento, sus manos tironearon de los broches, la túnica cayó de costado y, arrojándola lejos, empezó a abrirse camino, desnudo como estaba, en medio del grupo de sacerdotisas. Sheldra le puso la mano en el brazo.

—Monseñor...

—¡Déjame pasar! —contestó Kelderek, empujándola con rudeza.

—¿Qué pasa, Kelderek? —dijo Zelda, adelantándose y hablando en voz baja y rápida junto a su hombro—. ¡No seas tonto, hombre! ¿Qué vas a hacer?

—¡Shardik, Shardik! —gritó Kelderek—. ¡Sígueme, por Dios!

Corrió, mientras las ramas y las piedras herían sus pies descalzos. Sangrando, su cuerpo desnudo empujó y se abrió paso entre hombres con armaduras y mujeres que chillaban escandalizadas, cuyos broches y hebillas de cinturones le arañaban la carne. Un hombre intentó cerrarle el paso, y él lo hizo caer de un puñetazo, mientras gritaba de nuevo:

—¡Shardik, dejad pasar!

—¡Detente, vuelve! —gritó Zelda, persiguiéndolo e intentando retenerlo—. ¡El oso sólo está asustado por el fuego, Kelderek! ¡Es el ruido y el olor al humo que lo han inquietado! ¡No sigas con esta blasfemia! ¡Detenedlo! —gritó a un grupo de oficiales que estaba al frente.

Ellos miraron indecisos y Kelderek se abrió paso, tropezó y cayó, se levantó y volvió a precipitarse, con el cuerpo mojado y sucio de la cabeza a los pies con barro, sangre y la hojarasca del jardín. Grotesco en apariencia, tan sucio y desprovisto de dignidad como un desdichado hazmerreír de alguna barraca que ha sido desnudado, golpeado y perseguido por sus patanes compañeros en busca de una mezquina diversión, siguió corriendo, sin prestar atención a nada que no fuera el mido del recinto que ya tenía ante él. Al llegar a la terraza en donde el día anterior había estado con Zelda, detuvo y se volvió hacia los que lo seguían.

—¡El techo, el techo está incendiado! ¡Subid y apagadlo!

—¡Ha perdido el juicio! —exclamó Zelda—. Kelderek, no seas tonto, ¿no comprendes que esta noche arde un fuego en cada techo de Bekla? Por Dios te pido que...

—¡No allí! ¿Crees que no lo sé? ¿Dónde están los centinelas? ¡Qué los traigan... manda hombres a inspeccionar el otro extremo!

Se precipitó por la puerta del Sur y corrió por el pasadizo hasta el gran recinto.

Shardik se movía de un lado a otro, como un abeto cuando los leñadores lo sacuden por la base para aflojar las raíces, estaba erguido en el rincón más lejano del recinto, golpeando con sus enormes patas la puerta cerrada y rugiendo con rabia y terror mientras el fuego ardía con fuerza por encima de él. En el lomo tenía un tajo dentado del largo del antebrazo de un hombre y, cerca de él, había una lanza ensangrentada, evidentemente de una de las panoplias del muro, que debía haber caído de la herida al pararse sobre las patas traseras.

Ante los barrotes, dando la espalda a Kelderek, estaba un hombre armado con un arco. También debía haberlo sacado de la pared, porque de cada extremo colgaban todavía los ganchos de cuero que lo habían sujetado. Una flecha de cabeza pesada estaba puesta en la cuerda y el hombre, sin duda acostumbrado a aquel arma, la estaba maniobrando. Kelderek, desnudo y desarmado como estaba, se precipitó. El hombre se volvió y lo esquivó con rapidez, saco la daga y lo apuñaló en el hombro izquierdo. En el momento siguiente Kelderek se le había echado encima, mordiendo, arañando, pateando, hasta tirarlo al suelo. No sentía las heridas que recibía, ni el dolor de los pulgares cuando los apretó, casi hasta quebrarlos, en la garganta del hombre, en tanto que le golpeaba la nuca contra el suelo. Hundió sus dientes en él como una fiera, lo soltó un momento para golpearlo, después volvió a agarrarlo y lo desgarró, como un sabueso guardián desgarró a un ladrón que ha capturado en la casa

de su amo.

Cuando Zelda y los que lo acompañaban entraron en el recinto, trayendo el cuerpo de un centinela muerto y escoltando a Elleroth, Ban de Sarkid y enviado de Lapán, a quien habían apresado en el momento de bajar del techo, encontraron al rey cubierto de la cabeza a los pies de sangre y de mugre, sangrando por cinco o seis puñaladas y llorando al inclinarse sobre la joven sacerdotisa echada en el suelo. El cuerpo lacerado que tenía a su lado era el de Mollo, enviado de Kabin, que había sido desgarrado y golpeado hasta la muerte por las manos desnudas del rey.

Elleroth es condenado

Con una oleada de alivio como la que siente un niño cuando traen luz al cuarto oscuro en donde ha estado aterrado, Kelderek comprendió que había estado soñando. El niño deja de asustarse a sí mismo con la fantasía de que el armario de roble puede ser un animal agazapado, y acepta que la cara grotesca que lo miraba desde arriba es sólo el diseño de rayas entre las vigas del techo.

En la mente de Kelderek, que despertaba, la nebulosa topografía del pensamiento parecía girar sobre un pivote; el sueño y la realidad ocupaban los lugares correspondientes y conocía el verdadero aspecto y los rasgos de su situación. Comprendió que no había sido convocado a presentarse ante Bel-ka-Trazet —esto era un sueño— y, por lo tanto, a Dios gracias, no necesitaba inventar la mejor manera de defenderse. El dolor de su cuerpo era real de veras, pero no provenía de golpes recibidos de manos de los hombres del Gran Barón, sino de su lucha con el intruso del recinto... Después de todo no corría peligro de muerte, pero en cambio volvió a él el recuerdo de todo lo que había olvidado en sueños: la herida de Shardik, el recinto incendiado, Zilthé tirada sobre las piedras y sus propias heridas. ¿Cuánto tiempo había dormido? Súbitamente, como un muro que se desmorona en el punto más vulnerable, el progreso adormilado e indiscriminado del despertar fue quebrado al darse cuenta que no sabía qué había sido de Shardik. En seguida gritó: «¡Shardik!», abrió los ojos e intentó incorporarse... Era de día y estaba echado en su propia cama. Por la ventana del Sur, con vista sobre la Púa, brillaba un pálido sol. Parecía una o dos horas después del alba. Su mano izquierda estaba vendada... también el hombro, según pudo sentir, y el muslo opuesto. Mordiéndose los labios de dolor se incorporó y puso los pies en el suelo. Cuando lo hizo, Sheldra entró en el cuarto.

—Monseñor...

—Shardik... ¿qué ha sido del Señor Shardik?

—Monseñor, el general Zelda ha venido a hablar contigo. Tiene prisa. Dice que es importante.

Salió veloz, mientras él gritaba débilmente:

—Shardik, Shardik...

Sheldra volvió con Zelda, que estaba con botas y envuelto en una capa, como para emprender un viaje.

—¡Shardik! —exclamó él, e intentó ponerse de pie, pero volvió a caer sobre la cama—. ¿Está vivo? ¿Vivirá?

—Como el amo, como el hombre —replicó Zelda con una sonrisa—. Shardik está vivo, pero la herida es profunda y necesita descanso y cuidados.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Este es el segundo día desde que te hirieron.

—Te hemos dado una droga, monseñor —dijo Sheldra—. La hoja del cuchillo se te quebró en el muslo, pero pudimos sacarla.

—¿Y Zilthé? ¿Qué ha pasado con Zilthé?

—Está viva, pero el cerebro ha sido dañado. Quiere hablar, pero no encuentra las palabras. Pasará mucho tiempo, o nunca, antes de que pueda volver a servir al Señor Shardik.

—Kelderek —dijo Zelda— sin duda necesitas descanso; pero, de todos modos, debes escucharme porque tenemos poco tiempo y debo irme. Hay cosas que hacer, pero dejo a tu cuidado el ordenarías. Eso estará bien, porque toda la ciudad sólo desea servirte y obedecerte.

Saben que fuiste tú solo quien salvó la vida del Señor Shardik de manos de esos villanos.

Kelderek levantó la cabeza y lo miró en silencio.

—Ayer al alba —prosiguió Zelda— llegó a Bekla un mensajero del ejército de Lapán. Traía la noticia de que Santil-ke-Erketlis tras enviar una fuerza para distraer nuestra atención con un fingido ataque al Oeste de Itak, nos ha sobrepasado él mismo por el flanco oriental y marcha hacia el Norte, por Tonilda.

—¿Qué intenta hacer?

—No lo sabemos... es posible que no tenga una finalidad preconcebida, fuera de buscar el apoyo de las provincias orientales. Pero probablemente llegará a tener una meta que dependerá del apoyo que pueda obtener. Tenemos que seguirlo y procurar contenerlo, no cabe duda. Un general como Erketlis no empieza una marcha a menos que esté seguro de que le servirá de algo. Gued-la-Dan se fue ayer por la mañana. Yo me he quedado para la leva de otras tres compañías y algunos suministros extra... el gobernador de la ciudad te contará los detalles. Ahora parto, con todos los hombres que he logrado impresionar: me esperan en el Mercado de Caravanas; y temo que son un grupo que no vale mucho en verdad.

—¿Adónde vas?

—A Thettit-Tonilda. Nuestro ejército irá al Norte a la zaga de Erketlis, de modo que, en algún punto entre aquí y Thettit, tendré que cortarles el paso. Lo malo es que Erketlis consiguió mucho por sorpresa... es probable que se nos haya adelantado dos días.

—Me gustaría ir contigo.

—A mí también me gustaría. ¡Ojalá el Señor Shardik pudiera volver a unírseos para otra batalla! Puedo verlo todo... la oscuridad que cae y Erketlis aniquilado con un solo golpe de su pata ¡Cúralo, Kelderek; consévalo para todos nosotros! Te enviaré noticias... todos los días si es posible.

—Pero hay algo más que debo saber en seguida. ¿Qué sucedió hace dos noches?

¿Fue Mollo de Kabin, verdad, quien hirió al Señor Shardik? Pero ¿quién incendió el techo y por qué?

—Te lo diré —contestó Zelda— y fuimos tontos al no preverlo. Fue Elleroth, Ban de Sarkid, el que se cruzó con nosotros aquel día que caminábamos junto a la Púa. Si no hubieras hecho lo que hiciste al salir corriendo del estanque, el señor Shardik hubiera muerto a manos de esa preciosa pareja. El techo le habría caído encima a él y a Zilthé, y ambos traidores habrían escapado.

—Pero Elleroth... ¿también ha muerto?

—No. Lo tomaron vivo cuando bajaba del techo. Será tarea tuya hacerlo ejecutar.

—¿Hacerlo ejecutar? ¿Yo?

—¿Quién más? Tú eres rey y sacerdote de Shardik.

—Me da poco placer, incluso cuando recuerdo lo que intentó hacer. Matar en la batalla es una cosa; ejecutar, otra.

—Vamos, Kelderek, Juega-con-los-Niños, no podemos permitirnos que te vuelvas quisquilloso. Ese hombre ha asesinado a un centinela ortelgano y ha intentado un crimen sacrílego, maligno hasta más allá de lo creíble. Evidentemente debe ser ejecutado en tu presencia y la de todos los barones y delegados provinciales de Bekla. Lo cierto es que deberás requerir la presencia de todos los ortelganos de rango o de posición... quedan muy pocos en la ciudad y los ortelganos deben ser más numerosos que los delegados provinciales, por lo menos en la proporción de tres a uno.

Kelderek quedó en silencio, con la vista baja, tironeando de la manta. Al fin, avergonzado de su debilidad, preguntó, vacilante:

—Eh... ¿debe ser... torturado... quemado?

Zelda se volvió hacia la ventana que miraba hacia el Barb y contempló el agua. Después de un rato dijo:

—No es cuestión ni de permitirse la misericordia ni de satisfacer una venganza, sino de conseguir un efecto por motivos políticos. La gente tiene que ver morir a ese hombre y quedar convencida, por lo que se haga, que nosotros tenemos razón y él está en el error. Y si un hombre... digamos un bandido... tiene que ser ejecutado para impresionar a los pobres e ignorantes y evitar que quiebren las leyes, es mejor que muera una muerte miel, porque esa gente no tiene imaginación y llevan ellos mismos unas vidas duras, recias. Una muerte rápida no los impresiona mucho. Es necesario que ese hombre sea humillado y privado de su dignidad para que sus mentes mezquinas puedan aprender la lección. Pero, para hombres de mejor situación el asunto es otro. Si torturamos a un hombre como Elleroth de Sarkid, es probable que su coraje excite la admiración y la piedad de muchos delegados, que son hombres de rango y que quizás terminen sintiendo desprecio por nosotros. Aquí sería mejor tender a despertar respeto con nuestra clemencia. Aunque es justo que muera, es lamentable que tengamos que matar a ese hombre... y ahí tenemos que ceder. Es

asunto tuyo, Kelderek, pero, ya que me lo preguntas, te aconsejo que le hagas cortar la cabeza con una espada. Ya basta para un hombre de la categoría de Elleroth con que lo condenemos a muerte.

—Muy bien. Será ejecutado en el recinto, ante el Señor Shardik.

—Debí haberte prevenido: el fuego hizo mucho daño antes de que lo apagáramos. Baltis dice que el techo está en mal estado y que se necesitará cierto tiempo para repararlo.

—¿Es él el mejor juez? ¿Nadie más ha estado a ver?

—No sabría decirlo, Kelderek. Olvidas las noticias que te he dado sobre la guerra. Todo está dado vuelta y tienes que ver las cosas por ti mismo. El Señor Shardik es tu misterio, un misterio que has demostrado entender. Acerca del techo, sólo puedo decirte lo que me dijo el hombre. Ordena el asunto como mejor te parezca, con tal que Elleroth sea ejecutado ante todos los delegados. Y ahora, adiós. Cuida la ciudad tan bien como has cuidado al Señor Shardik y todo saldrá bien. Ruega por la derrota de Erketlis y espera las noticias.

Se fue y Kelderek, lleno de dolor y agotado, apenas pudo mantenerse despierto para que vendaran sus heridas antes de echarse otra vez a dormir.

Al día siguiente sin embargo, ya incómodo por la demora en comenzar la tarea y deseando que se hiciera y terminara cuanto antes, mandó llamar al gobernador de la ciudad y al comandante de la guarnición y trató de los preparativos. Decidió que la ejecución se haría en el recinto, en presencia de Shardik, ya que parecía justo y adecuado que Elleroth muriera en el escenario de su crimen. También, pensó, aquí más que en ninguna otra parte él sería visto como agente de Shardik, investido con la implacable y divina autoridad propia de alguien que condena a muerte a un aristócrata y al señor heredero de una provincia que tenía dos veces, el tamaño de Ortelga.

El techo del recinto, le dijeron, aunque en estado precario y aunque no podía ser reparado hasta que se trajeran pesadas vigas de madera para reparar el andamiaje central, no ofrecía, de todos modos, peligro para la asamblea.

—Según vemos la cosa, monseñor —dijo Baltis, volviéndose a medias en busca de la corroboración del maestro constructor de Bekla, que estaba a su lado— el techo es bastante seguro, a menos que se produjera una violencia real... revueltas, luchas o algo por el estilo. El techo está sostenido por las paredes, ¿sabes?, pero las vigas, quiero decir, los soportes transversales, están tan quemados que no resistirían unos sacudones fuertes.

—¿Acaso gritar puede ser peligroso? —preguntó Kelderek—. ¿O un hombre que lucha?

—Oh, no, monseñor, se necesita mucho más paraqué se desplome... como el buey de la vieja. Aunque no se repararan las vigas, es probable que resistan meses;

con todo... la lluvia caerá naturalmente por los agujeros.

—Bien —replicó Kelderek—. Podéis iros —después, volviéndose hacia el gobernador, dijo—: La ejecución tendrá lugar mañana por la mañana, en el gran recinto de la Casa del Rey. Te encargarás de que no menos de ciento cincuenta ortelganos y señores beklanos y ciudadanos estén presentes... más, si es posible. Ninguno debe traer armas, y los delegados provinciales deben ser separados y dispersados por el recinto... no más de dos delegados podrán estar sentados juntos. El resto lo dejo en tus manos. La dama Sheldra, de todos modos, se ocupará del Señor Shardik y tienes que verla mañana temprano y tomar en cuenta sus deseos. Cuando todo esté arreglado a tu entera satisfacción dile que venga aquí a buscarme.

El ascua ardiente

La noche se puso fría, a punto de helar, y poco después de la medianoche una niebla blanca empezó a invadir la ciudad baja, subió lentamente, cubrió las tranquilas aguas del Barb y se espesó en torno al Palacio y la ciudad alta, hasta que ya no fue posible ver de uno a otro edificio. Ahogaba las toses de los centinelas y el pataleo de sus pies para calentarse —¿o acaso era, pensó Kelderek, que estaba de pie envuelto en una capa frente a la ráfaga fría que entraba por la ventana de su cuarto, que se dan palmadas y patean el suelo para quebrar el silencio cercano y solitario?— La niebla entró en el cuarto y volvió más densa su respiración; las mangas, la barba estaban frías y húmedas al tacto. En un momento oyó sobre su cabeza un rumor de alas de cisnes que volaban sobre la niebla, con un sonido rítmico, no turbado que le recordó el lejano Telthearna. Se perdió en la distancia, conmovedor como el silbido de un pastorcito para los oídos de un hombre en la celda de una cárcel. Pensó en Elleroth, sin duda también despierto, y se preguntó si los dos habrían oído a los cisnes. ¿Quiénes eran sus guardias? ¿Le habrían permitido enviar algún mensaje a Shardik para arreglar sus asuntos, elegir algún amigo para que actuara en su nombre? ¿No le correspondía a él averiguar estas cosas... hablar con Elleroth? Se acercó a la puerta y gritó:

—¡Sheldra!

No hubo respuesta y Kelderek salió al corredor y volvió a llamar.

—Monseñor —contestó la muchacha adormilada y, poco después fue hacia él con una lámpara: la cara soñolienta asomaba por la capucha de la capa.

—Escucha —dijo él— iré a ver a Elleroth. Tú tienes que...

Vio la mirada atónita de ella cuando el sueño desapareció de su mente. Sheldra retrocedió un paso, levantó más alta la lámpara. En su cara él leyó la imposibilidad de lo que había dicho, las cabezas que se meneaban a sus espaldas, los cálculos de los soldados, las preguntas finales de Zelda y Gued-la-Dan; la glacial indiferencia del mismo Elleroth ante la solicitud fuera de lugar del curandero ortelgano; y como crecía y se expandía entre la gente del pueblo algún relato deformado.

—No —dijo— no importa. He dicho algo que no pensaba... el resto de un sueño. Vine a preguntarte si has visto al Señor Shardik desde el anochecer.

—Yo no, monseñor, pero dos mujeres están con él. ¿Quieres que baje?

—No —dijo él de nuevo—. Vuelvo a la cama. No es nada. La niebla me ha turbado... imaginé que al Señor Shardik le había ocurrido algo...

Ella siguió quieta: su cara espesa expresaba una sorpresa atónita. Él se dio vuelta, la dejó y volvió a su cuarto. La llama de la lámpara formaba un nimbo tristón en la niebla que flotaba en el aire. Se echó boca abajo en la cama, con la cabeza apoyada

en el brazo doblado.

Sin saber cómo fue presa de un presentimiento, una premonición tan vaga e indefinida que no podía desentrañarla. No, pensó, no podía ser adivinación de su parte. La pura verdad era que, pese al horror por la fechoría de Elleroth, sentía náuseas ante aquella muerte a sangre fría. «Debían haberlo matado cuando bajó del techo» exclamó en voz alta; se estremeció de frío y se cubrió con las mantas.

Dormitó un poco, despertó, dormitó y volvió a despertar. El pensamiento se disolvió en fantasía y, entre dormido y despierto, se imaginó saliendo de aquella ventana como de la fisura abierta en una caverna; y, al emerger, volvió a ver la luz de las estrellas los Arrecifes que descendían entre los árboles de Quiso. Estaba a punto de bajar por la pendiente hacia el fondo cuando se detuvo al oír detrás un ruido; se volvió y se encontró cara a cara con la Vieja bruja de Guelt, que se inclinó y se echó a sus pies.

Despertó con un grito. La niebla seguía llenando el cuarto, pero ya había una grisácea luz diurna y en el corredor oyó las voces de los criados. Sus heridas vendadas palpitaban y le dolían. Llamó, pidió agua y después, vistiéndose sin ayuda, dejó la corona y el cetro sobre la cama y se sentó a esperar a Sheldra.

Pronto llegó desde la terraza ruido de pasos y de voces bajas. Los que iban a asistir a la ejecución debían estar llenando el recinto. No miró, sino que siguió en el borde de la cama, con la mirada fija al frente y la oscura túnica cubriéndolo desde los hombros hasta el suelo. Elleroth, pensó, también esperaba; no sabía dónde; tal vez no muy lejos... tal vez lo bastante cerca para oír los pasos y las voces que disminuían y el silencio que volvía... un silencio atento, expectante.

Cuando oyó los pasos de Sheldra en el corredor se levantó bruscamente y llegó a la puerta antes que ella. Comprendió que quería evitar el oír la voz de la mujer, esa voz que no hubiera sonado diferente si viniera a decirle que el Señor Shardik había dado vida a los muertos y establecido la paz desde Ikat hasta el Telthearna. Cuando él atravesó el umbral ella esperaba ya y lo miró impasible, con una cara que no expresaba ni miedo ni excitación. Él saludó gravemente con la cabeza y ella, sin hablar, se volvió para precederlo. Detrás de Sheldra esperaban las otras mujeres, y sus vestiduras tiasas llenaban el estrecho corredor de pared a pared. Él levantó la mano para que cesaran los murmullos y preguntó:

—El Señor Shardik... ¿en qué estado de ánimo se encuentra? ¿Está incómodo por la multitud?

—Está inquieto, monseñor, y mira enfurecido alrededor —contestó una de las muchachas.

—Está impaciente por ver a su enemigo —dijo otra. Tuvo una rápida risita y se calló, mordiéndose los labios, cuando Kelderek volvió la cabeza y la miró fríamente.

Él dio una orden y ellas lo siguieron lentamente por el corredor, precedidos por el

retumbar del gong. Al mirar hacia abajo, cuando llegó a lo alto de la escalera, Kelderek vio la niebla que se infiltraba por el zaguán abierto y el joven soldado que estaba a la entrada y que levantó la mirada hacia ellos. Una de las muchachas tropezó y se sostuvo con una mano que resbaló sobre el muro. Apareció un oficial, miró a Sheldra, asintió y salió por la puerta Sheldra volvió la cabeza y murmuró:

—Ha ido a traer al prisionero, monseñor.

Entraron al recinto. Apenas pudo reconocerlo, porque parecía mucho más cerrado y pequeño. Este no era el gran espacio lleno de ecos y de llamas que surgían en la penumbra, donde había pasado tantas noches en soledad. Aunque las ropas de los espectadores eran de todos los tonos —algunos chillones y bárbaros como de nómades o de salteadores de caminos— en la húmeda tiniebla todo el brillo y la variedad se apagaban, como los colores de las hojas mojadas en otoño.

Habían cubierto el suelo con una mezcla de arena y viruta, de manera que ningún sonido provenía de sus pasos o de los pasos de las mujeres que lo precedían. En el centro del recinto se había dejado un espacio abierto frente a los barrotes y aquí, en una tentativa de aclarar y calentar el aire, se había instalado un brasero de carbón. El leve humo y el vaho iban de aquí para allá. Los hombres tosían y partes del combustible amontonado resplandecían cuando una ráfaga les daba más fuerza. Cerca del brasero había un grueso banco, donde los tres soldados encargados de la ejecución habían depositado su equipo: una larga espada de mango doble, una bolsa de afrecho para absorber la sangre y tres capas, cuidadosamente dobladas, para cubrir la cabeza y el cuerpo en cuanto se diera el golpe.

En el centro del espacio un disco de bronce había sido colocado en el suelo y sobre éste Kelderek, flanqueado por las mujeres a ambos lados, ocupó su sitio, enfrentando el banco y los soldados que esperaban. Por un instante le entrechocaron los dientes. Los apretó, levantó la cabeza y se encontró mirando a Shardik a los ojos.

El oso parecía insustancial, monstruoso, sombrío en la penumbra humeante y nebulosa, como algún espectro que hubiera emergido del fuego y que meditara oscuramente allí, en la media luz. Se había acercado a los barrotes y, parado sobre las patas traseras, miraba hacia abajo, con las manos apoyadas en las barras transversales de hierro. Visto entre el calor y el vaho del brasero su silueta temblaba, espectral e indistinta. Al mirarlo Kelderek quedó pasmado un instante, vencido por ese estado onírico que se tiene a veces en la fiebre, cuando la mente se engaña sobre el tamaño y la distancia de los objetos. A través de una gran distancia Shardik, a la vez oso y cumbre de montaña, inclinaba su divina cabeza para percibir a su sacerdote, diminuto en la llanura de abajo. En aquellos lejanos y gigantescos ojos Kelderek —y aparentemente sólo él, porque nadie se movió o habló— podía percibir inquietud, peligro, un desastre inminente, torvo y amenazador como el tronar de un volcán que ha estado largo tiempo en silencio.

También vio piedad por él, como si fuera él y no Elleroth la víctima condenada a arrodillarse ante el banquillo y Shardik su grave juez y verdugo.

—Acepta mi vida, Señor Shardik —dijo en voz alta y, al pronunciar las palabras familiares, despertó del trance. Las cabezas de las mujeres a ambos lados se volvieron hacia él, la ilusión desapareció, la distancia disminuyó a unos pocos metros y el oso, más de dos veces su propia estatura, se dejó caer sobre las cuatro patas y continuó su inquieto paseo de un lado a otro junto a los barrotes. Vio el pus de la herida aún no curada que tenía en el lomo y oyó el ruido de sus patas que pisaban la paja tupida y seca.

«No está bien» pensó y, olvidando todo lo demás, se hubiera adelantado en aquel mismo momento si Sheldra no le hubiera puesto la mano en el brazo, señalando con los ojos la abertura del pasadizo a la derecha.

Al lento y continuo redoblar del tambor dos filas de soldados ortelganos entraron al recinto, y sus pies sobre la arena eran tan silenciosos como habían sido los suyos. Entre ellos caminaba Elleroth, Ban de Sarkid. Estaba muy pálido, la frente sudorosa en el frío, la cara tensa y marcada por la falta de sueño; pero su paso era firme; y cuando giró los ojos a uno y otro lado pareció estar observando la escena en el recinto con un aire desprendido y condescendiente. Más allá de él Shardik había empezado a agitarse con más violencia, con una ferocidad inquieta y dominante de la que nadie en el recinto dejó de ser consciente; pero Elleroth lo ignoró, y su interés pareció concentrarse en la abigarrada masa de espectadores a la izquierda. Kelderek pensó: «Ya ha pensado en la mejor manera de mantener la dignidad y ha elegido el papel que va a representar». Recordó cómo una vez él mismo, seguro de la muerte inmediata, había esperado que el leopardo saltara desde el banco que tenía encima; y pensó: «Tiene tanto miedo que los ojos y los oídos se le nublan. Pero sabía que iba a ser así y ha ensayado estos momentos». Trajo a la mente el complot del que Elleroth era culpable y procuró recobrar la rabia y el odio que lo habían llenado la noche del festival del fuego: pero sólo tuvo una creciente sensación de miedo e inquietud como si una precaria torre de error apilado sobre error estuviera tambaleante y a punto de caer. Cerró los ojos pero sintió que se bamboleaba, volvió a abrirlos cuando cesaron los tambores, los soldados se apartaron y Elleroth se adelantó entre ellos.

Estaba vestido sencilla y elegantemente, en el estilo tradicional de un noble de Sarkid, como hubiera podido vestirse, pensó Kelderek, para festejar a sus arrendatarios en su provincia para recibir en una comida de amigos. Su veltron, en pliegues azafranados y blancos, era de tela nueva, bordado con seda, y las polainas acuchilladas estaban entrecruzadas con un intrincado paño de filigrana de plata en el que dos mujeres habían trabajado durante un mes. El largo alfiler que llevaba en el hombro también era de plata y muy sencillo, como el que hubiera podido tener cualquier hombre de buena posición. Kelderek se preguntó si sería el recuerdo de

algún camarada de las guerras de esclavos... quizás del mismo Mollo. No llevaba joyas, ni cadena en el cuello, ni brazaletes, ni anillos; pero, al adelantarse entre los soldados, sacó de la manga un pendiente de oro y una cadena, la deslizó sobre su cabeza y se la ajustó al cuello. Al reconocerla, hubo murmullos entre los espectadores: representaba un ciervo echado, el emblema personal de Santil-ke-Erketlis y su gente.

Elleroth se acercó al banquillo y se detuvo, mirando lo que allí había. Los que estaban cerca vieron que trato de dominar un rápido temblor. Después, inclinándose, palpó con el dedo el borde del tajo. Al erguirse, sus ojos encontraron los del verdugo y, con una sonrisa tensa, forzada, habló por primera vez.

—Sin duda sabes cómo usar este utensilio, porque de lo contrario no estarías aquí. Te daré poco trabajo y espero que hagas lo mismo por mí.

El hombre se inclinó torpemente, evidentemente sin saber qué debía contestar. Pero, cuando Elleroth le tendió una bolsita de cuero, diciendo:

—Que esto quede entre nosotros —el hombre tiró de los cordones, miró dentro de la bolsa y, con los ojos muy abiertos, empezó a tartamudear las gracias en palabras tan banales y fuera de lugar que parecieron a la vez vergonzosas y macabras. Elleroth lo hizo callar con un gesto, se adelantó para enfrentar a Kelderek e inclinó la cabeza en la fría sugerencia de un saludo formal.

Kelderek había dado orden al gobernador para que un heraldo describiera el crimen cometido por Elleroth y Mollo y terminara anunciando la sentencia de muerte. No hubo interrupciones cuando se hizo esto, y los únicos sonidos que se oían fuera de la voz del heraldo era el gruñido intermitente del oso y sus movimientos espasmódicos sobre la paja seca. «Todavía está afiebrado», pensó Kelderek. «Este trajín y la muchedumbre lo han inquietado y se demorará su curación». Cada vez que levantaba la vista encontraba la fría y despreciativa mirada del hombre condenado, una parte de su cara en sombras debido a la luz que provenía del brasero. Indiferente o real, no podía mirar de frente aquella indiferencia; y finalmente inclinó la cabeza, fingiendo estar abstraído, mientras el heraldo describía el techo ardiendo, la herida de Shardik y la manera enloquecida con que él había matado a Mollo en el recinto. Murmullos de presentimientos parecían rodearlo, intermitentes e impalpables como la ráfaga helada del pasadizo y las leves cintas de niebla que se arrastraban como telarañas por las paredes.

El heraldo cesó al fin y se hizo el silencio. Sheldra le tocó la mano y, recomponiéndose, empezó a mascullar para Elleroth, en imperfecto beklano, las palabras que había preparado.

—Elleroth, antiguo Ban de Sarkid, has oído el relato de tu crimen y la sentencia que se ha dado. Esta sentencia, que deberá llevarse a cabo ahora, es misericordiosa, como corresponde al poder de Bekla y a la divina majestad del Señor Shardik. Pero,

como nueva muestra de esa misericordia y del poder del Señor Shardik, que no tiene por qué temer a sus enemigos, te concedo ahora el derecho de hablar si lo deseas: tras lo cual te deseamos una muerte valerosa, digna y sin dolor, y llamamos a todos para que vean que la crueldad no forma parte de nuestra justicia.

Elleroth permaneció tanto tiempo en silencio que por fin Kelderek miró, pero sólo encontró una vez más su mirada fija y comprendió que el condenado debía haber esperado que él hiciera esto. Pero no podía sentir ira, ni siquiera cuando bajó nuevamente los ojos y Elleroth empezó a hablar en beklano.

Sus primeras palabras sonaron altas y débiles, con pequeñas pausas, como si le faltara el aliento, pero pronto se dominó y continuó de manera tensa pero más firme, ganando fuerza a medida que hablaba.

—Beklanos, delegados de las provincias y ortelganos. A todos los aquí reunidos hoy, en este frío y niebla del Norte, para verme morir, os agradezco por escucharme. Y, cuando un hombre muerto habla, no esperéis más que palabras simples.

En aquel momento Shardik se acercó de nuevo a los barrotes, se irguió sobre las patas traseras detrás de Elleroth y miró con intención a través del recinto. El resplandor del brasero lanzaba una luz ambarina sobre su pelambre, de manera que Elleroth dio la impresión de estar de pie ante una puerta elevada, iluminada por el fuego, hecha en forma de oso, de tamaño mayor que el natural. Dos o tres soldados miraron por encima del hombro, recelosos y fueron llamados al orden con una palabra dicha en voz baja por el oficial; pero Elleroth no volvió la cabeza y no les prestó atención.

—Sé que hay entre los presentes algunos que no vacilarían en reconocer que tienen por mí amistad, si no supieran que eso no serviría de nada; pero temo que algunos de vosotros estéis secretamente desilusionados y quizás... unos pocos... avergonzados de verme a mí, el Ban de Sarkid, traído aquí para morir como un criminal y un conspirador. A esos debo decir que, lo que puede parecer una muerte vergonzosa, no es sentida por mí como tal. Ni Mollo, que ha muerto, ni yo, que voy a morir, hemos quebrado ningún juramento hecho a nuestros enemigos. No hemos dicho mentiras y no hemos traicionado. El hombre que maté era un soldado, armado y que cumplía con su deber. Lo peor que puede decirse de nosotros es que una pobre muchacha, que vigilaba en el recinto, fue golpeada y dañada malamente, y en cuanto a esto, aunque yo no di el golpe, debo decir que lo lamento sinceramente. Pero debo decirlo y lo digo sencillamente, que lo que Mollo y yo hicimos fue una acción de guerra contra rebeldes y ladrones, y en contra de un culto bárbaro, cruel y supersticioso, en cuyo nombre se han realizado actos perversos.

—¡Silencio! —gritó Kelderek por encima de los murmullos y comentarios de atrás—. No hables más de eso, señor Elleroth, o me veré obligado a hacerte terminar el discurso.

—Terminaré bastante pronto —contestó Elleroth— si lo dudas, mago del oso, pregunta a los habitantes de Guelt; o a aquellos que aún recuerdan a aquel decente y honrado individuo, Guel-Ethlin y sus hombres... pregúntales. O puedes buscar más cerca, y preguntar a los que construyen horcas para niños en las pendientes de Crándor. Ellos te dirán cuán rápidamente tus ortelganos pueden cortar el aliento que necesita un hombre... o un niño... para hablar. De todos modos, no diré más sobre esto, porque ya he dicho lo que quería: mis palabras han sido escuchadas y hay otro asunto del que quiero hablar antes del fin. Es algo que concierne únicamente a mi hogar y a mi familia y a la casa de Sarkid, de la que pronto cesaré de ser cabeza. Por este motivo hablaré en mi propio idioma... pero no por mucho tiempo. Pido paciencia a los que no me entiendan. A los que me entiendan, pido ayuda después de mi muerte. Porque, aunque parezca la más tenue de las posibilidades, puede que en alguna parte, de alguna manera, alguno de vosotros tenga la ocasión de ayudarme cuando ya esté muerto, y remediar la desgracia más amarga que nunca haya ensombrecido el corazón de un padre y llevado el duelo a una casa antigua y honorable. Muchos de vosotros habéis oído el lamento conocido como «lágrimas de Sarkid». Escuchad pues, si no se derramarán por mí, como se derramaron antaño por el señor Deparioth.

Cuando Elleroth empezó a hablar en yeldashay, Kelderek se preguntó cuántos entre los presentes entenderían sus palabras. Había sido un error permitirle hablar. Pero este privilegio siempre había sido acordado en Bekla a cualquier noble condenado a morir, y quitárselo hubiera estropeado bastante el efecto de haberlo concedido una muerte misericordiosa. Por lo tanto, había aceptado la cosa, pensó con amargura, pero un hombre como Elleroth, con el dominio que tenía de sí mismo y su aplomo aristocrático, tenía forzosamente que anotarse un tanto y contribuir a mostrar a los ortelganos como toscos e incivilizados.

Bruscamente su atención fue solicitada por una alteración en el tono de la voz. Kelderek quedó atónito al ver el cambio que se había producido en la orgullosa y demacrada figura que tenía ante él. Elleroth, con ojos de súplica intensa, se inclinaba hacia adelante y hablaba con apasionada intensidad, mirando a unos y otros en el recinto. Kelderek, sorprendido, vio que tenía lágrimas en los ojos. El Ban de Sarkid lloraba; pero era evidente que no lloraba por su propia desventura, pues por aquí y allá, detrás de él, Kelderek pudo oír murmullos de simpatía y de aliento, Frunció el ceño en un esfuerzo por reavivar sus conocimientos de yeldashay y entender lo que Elleroth decía.

—... una miseria no distinta de la que sufren muchos hombres del vulgo... — pudo entender, pero perdió el hilo y no captó las palabras siguientes. Después—: ... crueldad a los inocentes y desamparados... larga búsqueda que no lleva a nada... — después de un rato entendió—: ...el heredero de una gran casa... —y después, en

medio de un sollozo—: ...el vil y vergonzoso comercio de esclavos de Ortelga...

A la derecha Kelderek vio a Maltrit, el capitán de la guardia, que llevaba la mano a la empuñadura de la espada y miraba rápidamente alrededor, mientras los murmullos crecían en el recinto. Le hizo una seña con la cabeza e indicó dos veces con la mano, la palma hacia arriba. Maltrit tomó una lanza, clavó la punta en el suelo y gritó:

—¡Silencio, silencio! —y una vez más Kelderek se forzó a mirar a Elleroth en los ojos.

—Ya debes haber terminado, señor —dijo—. Hemos sido generosos contigo. Te pido que nos pagues con contención y valor.

Elleroth hizo una pausa, como recobrándose tras sus palabras apasionadas, y Kelderek vio que a su cara gris volvía la expresión de alguien que lucha por dominar el miedo. Después, en un tono en que se casaban curiosamente la histeria dominada con un punzante desprecio, dijo en beklano:

—¿Contención y valor? Mi querido curandero y brujo orillero... creo que ambas cosas me faltan... casi tanto como a ti. Pero por lo menos yo tengo una ventaja... no tengo ya que seguir adelante. ¿Sabes? ¡Va a ser un camino tan largo el tuyo! No sabes hasta qué punto. ¿Recuerdas cuando saliste del Thelthearna listo para una juerga? Fuiste a Guelt... lo recuerdan bien, según me han dicho... y seguiste después. Fuiste a las colinas y vagaste en el atardecer y la lluvia. Y después tus forzudos muchachos destrozaron la Puerta Tamarrik... ¿lo recuerdas o tal vez no te diste cuenta de cómo era la cosa? Y después, claro, te viste metido en una guerra con personas que, inesperadamente, sintieron que no les gustaba. ¡Cuánto, cuánto camino recorrido! Por suerte ahora descansaré. Pero no tú, mí querido brujo del agua. No, no... el cielo se oscurecerá, caerá la lluvia y se borrará toda huella del camino recto. Estarás solo. Y tendrás que seguir. Habrá espectros en la oscuridad y voces en el aire, horrendas profecías se cumplirán, no lo dudo, y caras ausentes se presentarán a cada lado, como dice el refrán. Y tendrás que seguir. El último puente se desmoronará tras de ti y se apagarán las últimas luces, seguidas por el sol, la luna y las estrellas; todavía tendrás que seguir. Llegarás a regiones más desoladas y miserables que lo que jamás has soñado, lugares de pesar creados enteramente por esa mezquina superstición que tú mismo has fomentado desde hace tanto tiempo. Y tendrás que seguir.

Kelderek le había clavado la mirada, helado por la intensidad y convicción de las palabras. Sus propias premoniciones volvían, más cerca ahora, con un contorno más nítido... una sensación de soledad, peligro y calamidad cercana.

—La idea me da frío —dijo Elleroth, dominando el temblor con un esfuerzo—. Tal vez deba calentarme por un ratito antes que el hombre de la cortadora interrumpa estos instantes alegres y despreocupados.

Se volvió velozmente. En dos pasos estuvo junto al brasero. Maltrit se adelantó,

sin comprender la intención, fiero preparado para impedir cualquier irregularidad o acción desesperada; Elleroth simplemente le sonrió, sacudiendo la cabeza con tanta facilidad y gracia como si declinara los avances de la misma Hydraste. Después, cuando Maltrit retrocedió, en instintiva respuesta a sus maneras suaves y autoritarias, Elleroth, con aire selectivo, deliberadamente metió la mano izquierda en el brasero y sacó un carbón encendido. Sosteniéndolo con los dedos, como si presentara a la admiración de unos amigos una preciosa joya o un cristal artístico, miró nuevamente a Kelderek. El atroz dolor le había contraído la cara en una imitación asqueante de sereno buen humor y sus palabras, cuando surgieron, estaban deformadas — articulaciones grotescas, una aproximación al habla— que, sin embargo pudo ser entendida bastante bien. El sudor le corría por la frente y temblaba de dolor, pero no soltó el ascua que tenía en la mano y remedó horriblemente los modales de alguien que está a gusto entre camaradas.

—Ya ves... rey oso... tú sosteniendo un ascua ardiente... —Kelderek sintió olor a carne quemada, vio que los dedos se ennegrecían y supuso que debía haberse quemado hasta el hueso; sin embargo, transfigurado por los blancos ojos que se movían en la cara, siguió donde estaba—. ¿Cuánto tiempo seguirás? Arde, arde, horrible dolor, llevando este fuego ardiente...

—¡Detenlo! —gritó Kelderek a Maltrit. Elleroth se inclinó.

—No es necesario... gra... cías a todos. Vamos, dolorcito... —se bamboleo un momento, pero se recobró— dolorcito... nada como... el he... cho por los or... telganos, te aseguro. Apurémonos.

Con fingido descuido y sin mirar hacia atrás arrojó el carbón por encima del hombro, saludó con la mano a la multitud que colmaba el recinto, se dirigió a zancadas al banquillo, y se arrodilló. El carbón, que ardió más al volar por el aire, cayó entre los barrotes, sobre la paja en que Shardik se había detenido un momento en su inquieto paseo. En pocos segundos brotó un nido de fuego y las llamas, nítidas entre las briznas de paja, parecieron, al principio, tan quietas como esos musgos que crecen entre las ramas de los árboles, en los pantanos. Después empezaron a subir, nuevo humo se unió al aire neblinoso y un ruido crujiente se oyó cuando el fuego se extendió por el piso.

Con un grito penetrante y salvaje de terror, Shardik saltó hacia atrás, arqueando el enorme bulto del lomo como un gato que enfrenta un enemigo. Después, en medio del pánico, corrió por la extensión del recinto. Ciego, golpeó contra una de las columnas del lado opuesto y; al retroceder, a medias atontado, toda la pared vibro como con un golpe de pisón.

El oso se incorporó, se balanceó mareado, miró alrededor y de nuevo corrió alejándose del fuego, que se expandía rápidamente ahora. Golpeó los barrotes con todo su peso y siguió luchando, como si estuviera preso en una red. Al levantarse

sobre las patas traseras, una de las barras que iban desde los barrotes a la pared le apretó el pecho y, frenético, golpeó una y otra vez. El extremo incrustado en la pared fue arrancado, arrastrando las dos piedras en que lo habían empotrado.

En aquel momento Kelderek oyó sobre su cabeza un rumor como de molienda y, al mirar, vio una raja de luz en el techo, que lentamente se enangostaba. Al mirar fijamente comprendió que la gran viga que tenía encima se estaba moviendo, se balanceaba, lentamente giraba como una llave en una cerradura. Un momento más y uno de los extremos, que ya no se sostenía en la pared, empezó a raspar y abrirse paso en la mampostería, como el dedo de un gigante.

Al caer la viga, Kelderek se echó al suelo, alejándose de los barrotes. La viga cayó oblicua sobre los hierros, destrozándolos en un cuarto de la longitud total y en una profundidad de tres o cuatro pies. Después quedó allí, un extremo suspendido entre los hierros y el otro metido en la pared opuesta, los barrotes doblados y gachos, como briznas de hierba. Lentamente, toda la masa del descalabro continuó descendiendo. Detrás el fuego seguía extendiéndose y la paja y el aire se llenaron de humo.

Hubo gritos y el tumulto se extendió por el recinto. Muchos buscaban el camino más cercano para huir, otros procuraban mantener el orden o reunir a los amigos. En las puertas los soldados vacilaban, esperando las órdenes de los oficiales, que no podían hacerse oír en medio de la batahola.

Sólo Shardik —Shardik y otro ser— se movieron con seguridad, sin vacilar. Desde la paja que ardía, sobre los barrotes rotos, emergió el oso, arañando el hierro con un ruido como el que hace una brecha que se abre. Shardik, en la ferocidad del miedo, se abrió paso destrozando y trepando sobre los barrotes quebrados.

Y, del mismo modo que los que están al pie de una represa y viven o trabajan en el camino del agua, perciben con terror que un desastre que nadie ha previsto ha caído sobre ellos, inflexible y sin dejar otra salida que la inmediata huida enloquecida... del mismo modo los que estaban en el recinto comprendieron que Shardik se había soltado y estaba entre ellos.

Y como los que están más lejos de la represa al oír, estén donde estén, el rumor del muro_ que se desmorona, el rugido del agua y el tumulto inesperado, permanecen quietos, mirándose entre sí con los ojos muy abiertos, y reconocen los ruidos del desastre, pero todavía ignoran que lo que han oído significa nada menos que el trabajo de varios años estropeado, la destrucción de su prosperidad y el descrédito de su nombre —del mismo modo los que estaban en la ciudad alta, fuera del recinto, los centinelas que espían desde los muros, los jardineros y los pastores que tosían y temblaban trabajando en las riberas de la Púa, los criados de los delegados que haraganeaban en las puertas de sus amos, los jóvenes que abandonaban esa mañana las prácticas de arquería, las damas de la corte, arrebuajadas contra el frío y mirando

hacia el Sur desde el techo del Palacio de los Barones, esperando que el sol iluminara la ladera del Crándor y dispersara la niebla— ...todos oyeron la caída de la viga, el crujir de los barrotes y el tumulto que siguió. Cada uno a su manera comprendió que debía haber acaecido alguna calamidad y temerosos pero sin sospechar la verdad, empezaron a marchar hacia la Casa del Rey, interrogando a los que encontraban en el camino.

Cuando Shardik subió sobre la pila del naufragio, fragmentos de hierro y madera se desparramaron, se movieron y se hundieron bajo su peso. Por un momento se encaramó sobre la viga y quedó acurrucado, mirando hacia el recinto, como un gato en un travesaño que mira a los ratones que huyen chillando. Después, cuando la viga empezó a balancearse bajo su peso, saltó torpemente y aterrizó en las piedras, entre el brasero y el banquillo de los ajusticiados. Alrededor de él los hombres clamaban y empujaban, golpeándose y lastimándose en sus esfuerzos por escapar. Pero, en el primer momento, el oso no siguió avanzando, sino que permaneció amenazando de uno a otro lado, un movimiento atterradoramente expresivo de furia y de violencia a punto de estallar. Después se irguió sobre las patas traseras y miró, sobre las cabezas de los fugitivos, en busca de una salida.

Fue en aquel momento tremendo, cuando sólo unos pocos habían logrado abrirse paso a través de las puertas, y mientras Shardik permanecía aún amenazador sobre la multitud como un ogro atrida, que Elleroth se puso de pie. Apoderándose de la espada del verdugo, que tenía delante, corrió por el espacio desierto y vacío que rodeaba al oso, pasando muy junto a él. Una docena de hombres, apretujados y peleando, cerraban la entrada del Norte hacia el pasadizo, y por aquí se abrió paso, tajeando y empujando. Kelderek, todavía echado donde había saltado para evitar la caída de la viga, vio el brazo armado golpear y la mano izquierda contraída que colgaba a un lado. Después Elleroth desapareció por la arcada y la muchedumbre se cerró tras él.

Kelderek se incorporó sobre las rodillas e instantáneamente lo golpearon tirándolo al suelo. Su cabeza dio contra la piedra y él rodó atontado por el golpe. Cuando trató de mirar, vio a Shardik que desgarraba y pegaba, abriéndose paso hacia la misma puerta por la que él, con las mujeres, había entrado una hora antes en el recinto. Ya había tres o cuatro cuerpos que yacían en el camino del oso y, a ambos lados, los hombres clamaban histéricos y se pisoteaban, algunos golpeaban las columnas con las manos o trataban de trepar por la mampostería que cerraba las arcadas. Shardik llegó a la puerta y miró alrededor, grotescamente similar a un caminante que vacila antes de lanzarse fuera en una noche de tormenta. En el mismo momento la figura de Elleroth apareció un instante ante él, corriendo de izquierda a derecha del otro lado de la salida. Entonces el cuerpo de Shardik cerró toda la abertura, y cuando la atravesó, llegó desde lejos un único aullido aterrador.

Cuando Kelderek llegó a la puerta, lo primero que vieron sus ojos fue el cuerpo de un joven soldado, el mismo que le había clavado la mirada aquella mañana, en el momento de descender las escaleras. Estaba caído boca abajo, y del cuello casi separado del cuerpo manaba un torrente de sangre que se derramaba por el piso. Por aquí había salido el oso y las huellas sangrientas llevaban a la terraza y por la hierba. Kelderek las siguió hasta los jardines y se encontró frente a Shardik cuando el oso emergía de la densa niebla sobre la ribera. El oso, con un pesado trote, bordeó la orilla occidental de la Púa, pasó a su lado y desapareció en el declive pastoso de más allá.

Libro IV

Urtah y Kabin

El portillo

Cuentan... ah, se cuentan muchas cosas del paso de Shardik por Bekla, y de la manera en que inició su oscuro viaje hacia la imprevisible meta señalada por Dios. ¿Muchas cosas? ¿Por cuánto tiempo anduvo suelto dentro de los muros de Bekla, bajo la cumbre del Crándor? Quizás por el tiempo que tarda una nube, ante los ojos del que observa, en pasar por el cielo. Una nube cruza el cielo y uno ve un dragón, otro un león, otro una ciudadela con torreones o un promontorio azul con árboles. Algunos dicen lo que han visto y otros dicen lo que les han dicho... muchas cosas. Se dice que el sol se' oscureció cuando partió el señor Shardik, que las paredes de Bekla se separaron para dejarlo pasar, que las trepsis, antes blancas, han dado pimpollos rojos desde el día en que la huella de sus patas ensangrentó las flores al pasar. Se dice que Shardik derramó lágrimas, que un soldado levantando de entre los muertos se acercó a él con la espada desenvainada, que se volvió invisible para todos, salvo para el rey. Se contaron muchas cosas, y maravillosas. Pero ¿qué valor tiene el grano de arena en el corazón de una perla?

Shardik, avanzando en la niebla y espantando al ganado aterrado que, de paso hacia el mar, turba a los peces menores al cruzar un estanque, dejó la ribera Sur del lago y empezó a ascender la cuesta del áspero pastizal. Kelderek lo siguió, mientras oía tras de sí el tumulto y los clamores que se extendían por la ciudad. A la derecha el Palacio de los Barones se levantaba indistinto e irregular, como una isla de rocas altas a la caída de la noche; y al detenerse, vacilante acerca de la dirección que había tomado Shardik, una única campana empezó a repicar, ligera y rápida, desde una de las torres. Siguiendo las huellas del oso hasta un pedazo de terreno blando, se sorprendió al ver sangre fresca junto a ellas, ya que las huellas mismas no eran sangrientas. Unos momentos después, en un claro casual entre la niebla, volvió a ver nuevamente a Shardik, casi a tiro de flecha sobre el declive, y divisó entre sus omóplatos el tajo rojo de la herida reabierta.

Este era un toque de mala suerte que volvía más dificultosa su tarea, y meditó en la cosa mientras avanzaba con cautela. Volver a capturar a Shardik era sólo cuestión de tiempo, porque la Puerta del Pavo Real y la, Puerta Roja de la ciudadela eran las únicas salidas de la ciudad alta. Elleroth, igualmente, estuviera donde estuviere, no iba a poder trepar los muros, ya que sólo podía usar una mano. Sería mejor ahora, si lo encontraban, matarlo en el lugar, sin capturarlo de nuevo. Su culpa había sido demostrada al máximo. ¿Acaso no había hablado él mismo de una acción de guerra deliberada? Como fugitivo dentro de los muros era imposible que continuara mucho tiempo suelto. Sin duda Maltrit, aquel competente oficial de toda confianza, ya había salido en su búsqueda. Kelderek miró alrededor para ver si había alguien a quien

poder llamar. La primera persona a mano podía ser enviada a Maltrit con un mensaje: cuando encontraran a Elleroth tenían que matarlo en el acto. Pero ¿qué pasaría si los que lo buscaban tropezaban con Shardik en medio de la niebla? En aquel estado ofuscado y asustado, enfurecido además por el dolor de la herida que le había infligido Mollo, el oso iba a ser mortalmente peligroso... demasiado peligroso para que se pudiera intentar capturarlo por el momento. La única treta consistía en retirar todo el ganado de la ciudad alta, junto con todo lo que pudiera ser alimento, y dejar el Pozo de Roca abierto y con una trampa, esperando que el hambre obligara a Shardik a volver. Pero no se podía dejar que el Poder de Dios vagara solo, sin vigilancia ni atención, mientras todo su pueblo se protegía de él. Había que mostrar que el rey-sacerdote dominaba la situación. Además, era probable que Shardik empeorara antes de volver al foso. En aquel frío desa-costumbrado, herido y sin alimentos, podía morir incluso en las solitarias alturas orientales de Crándor, hacia donde parecía dirigirse. Había que vigilarlo —tanto de noche como de día— una tarea que no se podía confiar a ninguno de los que habían quedado en la ciudad. Si había que realizarla de veras, el rey debía dar el ejemplo.

Y el conocimiento que él tenía de Shardik, de su astucia y ferocidad, del fluir y refluir de la marea de su furor salvaje, le hizo abarcar la extensión del peligro.

Casi a trescientos metros sobre Bekla, una estribación corría hacia el Este desde la cumbre de Crándor. La línea del muro de la ciudad, aprovechando las rajaduras y los puntos abruptos en el flanco de la montaña, trepaba por el declive oriental de esta cresta y se volvía hacia el Oeste a la altura de la Puerta Roja de la ciudadela. Era un lugar salvaje, lleno de matorrales, que revelaba poco a los ojos de alguien que llegara desde abajo, y Kelderek, sudando en el aire frío y echando hacia atrás la pesada túnica que lo estorbaba, se detuvo bajo la cresta, escuchando y observando el bosquecito donde había visto a Shardik desaparecer entre los árboles. Un poco a la izquierda corría el muro, de unos seis metros de alto, y el cielo nublado mostraba aquí y allá su blancura por las estrechas troneras que daban sobre el declive exterior. A la derecha un arroyuelo saltaba por una barranca rocosa, desde la espesura. Era el último lugar por el cual un hombre en su sano juicio podía seguir a un oso herido.

No oía nada, fuera de los ruidos naturales de la ladera de la montaña. Un buitre, que voló sobre su cabeza, lanzó su grito áspero y plañidero y desapareció. Una brisa agitó los árboles y se esfumó. El rumor incesante y cercano del agua se convirtió al fin en el sonido del silencio... eso y el ruido todavía perceptible de la ciudad abajo. ¿Dónde estaba Shardik? No podía estar lejos, limitado como estaba por la curva del muro. O bien estaba ya del otro lado de la cresta y marchaba al Oeste, hacia la Puerta Roja, o lo que parecía más probable, se había refugiado entre los árboles. Si ahora estaba allí no podía moverse sin ser oído. No quedaba más remedio que esperar. Tarde o temprano uno de los soldados, buscando, se iba a acercar y él podría

mandarlo con un mensaje.

Bruscamente, desde los árboles de arriba, llegó ruido de madera que se astillaba y el rechinar y golpear de piedras que caían. Kelderek se sobresaltó. Mientras escuchaba, llegó el mismo grito que le había llegado desde los jardines de cipreses por la noche: un violento rugido de dolor, que nadie podía emitir fuera de Shardik. Ante esto, temblando de terror y moviéndose como en un trance, se abrió paso al tanteo por el sendero que ya había roto el oso entre los matorrales y las enredaderas y espío en la media luz, entre los árboles.

El bosquecillo estaba vacío. En el extremo oriental, donde los árboles y matas se apretaban contra el abrupto muro, había una abertura dentada e irregular, brillante a la luz del día. Al acercarse, con cautela, vio atónito que era un zaguán abierto. Varias piedras apiladas a los lados habían sido forzadas fuera de sus jambas y yacían esparcidas. La pesada puerta de madera, que se abría hacia afuera, debía haber sido dejada abierta por alguien que había pasado por allí, porque no había picaporte y los cerrojos estaban bajos. El gozne superior había sido removido de su sitio en la jamba y la puerta astillada estaba vencida, con el extremo de abajo metido entre la tierra. El arco de piedra, aunque dañado, estaba, todavía en su sitio, pero arriba, la sagita central estaba totalmente cubierta de sangre, como un arma arrancada de una herida.

En el lado interno del zaguán, donde un hombre debía detenerse para poner los cerrojos, Kelderek vio algo que brillaba a medias pisoteado en el suelo. Se inclinó y lo recogió. Era el emblema, de oro con el ciervo de Santil-ke-Erketlis, el pendiente todavía sujeto a la fina cadena arrancada.

Atravesó el zaguán. Debajo de él se levantaba la niebla desde la gran expansión de la llanura Beklana. Shardik, con el lomo y los hombros cubiertos de sangre, con la herida desgarrada de nuevo por la sagita del marco de la puerta, descendía la montaña unos setenta metros más abajo.

Al seguir de nuevo, abriéndose camino y sujetándose con las manos en las peñas, Kelderek empezó a darse cuenta que no estaba en condiciones de realizar una empresa larga o ardua. Mollo, antes de morir, lo había tajeado o desgarrado en una media docena de lugares y estas heridas curadas a medias, bastante soportables cuando estaba en su cuarto, empezaban ahora a palpitar y a lanzar punzadas de dolor a través de sus músculos. Una o dos veces trastabilló y casi perdió el equilibrio. Sin embargo, ni siquiera cuando sus pies inseguros hicieron rodar piedras ruidosas y sueltas por el declive, Shardik, que estaba allá abajo, se dio vuelta para mirar o prestar la menor atención y, al llegar al pie oriental del Crándor, continuó en la misma dirección. Por miedo a los salteadores, las matas a ambos lados del camino de las caravanas habían sido cortadas a una profundidad de un tiro de flecha. El oso cruzó el espacio abierto sin vacilar y entró en los terrenos salvajes de la llanura misma.

Kelderek, al acercarse al camino, se detuvo y miró la cara oriental a medida que

descendía. Le sorprendió que, aunque tantos viajaban por ese camino, nunca había oído hablar de la portezuela en la cresta oriental. El muro, según veía ahora, no seguía en modo alguno una línea recta, y estaba oculto por peñascos para quien mirara desde abajo. La portezuela debía quedar —y ya no dudaba que había sido puesta allí de manera deliberada— en algún ángulo oblicuo de la pared, porque no podía verla ya, aunque sabía dónde buscarla. Al volverse para seguir, preguntándose para qué dudoso propósito había sido hecha y maldiciendo la mala suerte a la que habría servido, vio un hombre que se acercaba por el camino desde el Sur. Esperó: el hombre se acercó y Kelderek vio que estaba armado y llevaba el bastón rojo de los correos del ejército. Aquí, por lo menos, había una oportunidad para mandar noticias a la ciudad.

Reconoció luego al hombre como a un ortelgano bastante mayor que él, un antiguo maestro arquero que estaba antes al servicio de la familia de Ta-Kominion. Era sorprendente que estuviera a su edad en servicio activo, aunque probablemente fuera por voluntad propia. En los antiguos días de Ortelga los muchachos habían cambiado su nombre de Kavass por el de «Viejo-Bésame-el-Culo», debido a la marcada deferencia y respeto con que trataba siempre a sus superiores. Excelente artesano, hombre honrado, sencillo e irritantemente infantil, parecía tener un verdadero deleite en afirmar que los que estaban por encima de él (fueran cuales fueran sus orígenes) sabían más que él y que la fe y la lealtad eran los primeros deberes de un hombre. Ahora, al reconocer al rey, desaliñado y solo en el camino, en seguida se llevó la palma de la mano a la frente y cayó sobre una rodilla, sin la menor muestra de sorpresa. Sin duda habría hecho lo mismo si lo hubiera visto adornado con trepsis y parado sobre la cabeza.

Kelderek le tomó la mano y lo hizo poner de pie.

—Eres viejo para correo, Kavass —dijo—. ¿No podían acaso mandar a un hombre más joven?

—Oh, me presenté como voluntario, monseñor —replicó Kavass—. Esos jóvenes de hoy en día no son tan de confiar como un hombre mayor, y cuando partí no se sabía si un correo podría llegar finalmente a Bekla.

—¿De dónde vienes, pues?

—De Iapán, monseñor. Nuestro grupo estaba adjunto al flanco derecho del ejército del general Gued-la-Dan, pero parece que él tuvo que hacer una marcha forzada y no se detuvo para decirnos dónde. Entonces el capitán me dijo: «Bueno, Kavass, ya que hemos perdido contacto con el general Gued-la-Dan, y parece que tenemos un flanco abierto a la izquierda, dentro de lo que puedo ver, es mejor que vayas a buscar órdenes de Bekla. Pregunta si debemos seguir aquí, si debemos retroceder, o qué».

—Dile de mi parte que inicie la marcha hacia Thettit-Tonilda. Debe enviar allí

otro correo en seguida, para enterarse dónde está el general Gued-la-Dan, y obtener nuevas órdenes. El general Gued-la-Dan puede necesitarlo mucho.

—¿A Thettit-Tonilda? Muy bien, monseñor.

—Ahora escucha, Kavass —y lo más sencillamente posible Kelderek explicó que Shardik y un enemigo escapado de Bekla estaban sueltos en la llanura, y que debían ser convocados unos exploradores para buscar al fugitivo y reemplazarlo a él en la tarea de seguir al oso.

—Muy bien, monseñor —dijo otra vez Kavass—. ¿De dónde deben venir?

—Yo voy a seguir al Señor Shardik lo mejor que pueda hasta que ellos me alcancen. No creo que vaya lejos o que marche muy de prisa. Sin duda podré enviar otro mensaje desde alguna aldea.

—Muy bien, monseñor.

—Otra cosa, Kavass. Tendré que pedirte prestada la espada y el dinero que tengas. Es probable que los necesite. También tendremos que cambiar de ropa, como en los viejos cuentos, y me pondré ese jubón y esos pantalones que llevas. Esta ropa no es buena para cazar.

—Llevaré tus ropas a la ciudad, monseñor. ¡Caramba, van a preguntarse qué he hecho hasta que se los diga! Pero no te preocupes... seguirás bien al Señor Shardik. Si hubiera más gente que confiara sencillamente en él, como tú y yo, sin preguntar nada, entonces el mundo andaría bien.

—Sí, claro. Bueno diles que se den prisa —dijo Kelderek, y sin más se internó por la llanura. Pensó que ya se había demorado bastante y que no iba a serle fácil volver a ver a Shardik. Sin embargo, al pensar inconscientemente en los términos del bosque que había conocido cuando ejercía su oficio, había olvidado que esta comarca era diferente. Casi en seguida volvió a ver al oso, ochocientos metros hacia el Noreste, avanzando tan tranquilamente como un viajero por un camino. Fuera de las chozas de una aldea distante, a la derecha, la llanura se extendía desierta hasta donde podían ver los ojos.

Kelderek no dudaba que debía seguir avanzando. En Shardik yacía todo el poder de Ortelga. Si se lo dejaba vagar solo y sin cuidados, se iba a volver claro a los ojos de los campesinos —sin duda había, muchos hostiles a los dirigentes ortelganos— que algo andaba mal. Las noticias de los lugares por donde andaba podían ser inventadas o escondidas. Alguien podía herirlo de nuevo, o quizás, matarlo mientras dormía. Ya había sido bastante difícil seguirlo cinco días años atrás, después de la caída de Bekla y la retirada de Santil-ke-Erketlis. Pese a su dolor y cansancio y al peligro implícito, a la larga iba a ser más fácil ahora seguir las huellas. Además, podía confiar en Kavass, y los exploradores seguramente iban a encontrarlos antes de la caída de la noche. Aunque débil, iba a estar a la altura de la tarea.

La aldea

Todo aquel día, con el sol avanzando en el cielo a sus espaldas, Kelderek siguió a Shardik, que proseguía. El paso del oso variaba poco. A veces iniciaba un pesado trote, pero después de hacer una corta distancia vacilaba y movía la cabeza repetidas veces, como para librarse de un dolor irritante. Aunque la herida entre los omóplatos ya no sangraba, era claro, por su paso inquieto y a tropezones, un aire general de incomodidad que no lo dejaba en paz. A menudo se erguía sobre las patas traseras y miraba la llanura en tomo y Kelderek, asustado y sin protección en aquel espacio abierto, se quedaba quieto o se dejaba caer de rodillas y se acurrucaba. Pero al menos era fácil no perderlo de vista a la distancia; y por muchas horas, a la distancia de un tiro de flecha o más, Kelderek avanzaba serenamente sobre la hierba o las matas, listo para huir si el oso se volvía y corría hacia él. Pero Shardik parecía no haberse dado cuenta de que lo seguían. Una vez, al llegar a un manantial, se detuvo para beber y chapotear en el agua; y otra vez descansó en un bosquecillo de mirtos, plantado como señal en tomo a uno de los manantiales usados, en tiempo inmemorial, por los pastores vagabundos. Pero ambas detenciones terminaron bruscamente; el oso parecía impacientarse de tanta demora y volvía a emprender la marcha por la llanura.

Dos o tres veces avistaron ganado que pastaba. A pesar de lo lejos que estaban, Kelderek percibió que las bestias se volvían y levantaban todas la cabeza, inquietas y desconfiadas ante la criatura desconocida que se acercaba. Kelderek esperó tener la suerte de poder llamar a algún muchacho pastor para enviarlo con un mensaje, pero siempre Shardik pasó bastante alejado de los rebaños y Kelderek, antes que dejarlo, prefirió esperar otra oportunidad.

Al caer la tarde dedujo por el sol que Shardik ya no se movía hacia el Noreste sino hacia el Norte. Habían penetrado profundamente en la llanura —todavía no sabía qué distancia— tal vez quince kilómetros al Este del camino que corría desde Bekla hasta las colinas de Guelt. El oso no daba señales de detenerse o de retroceder. Kelderek, que había esperado que vagara hasta encontrar comida y que durmiera después, no había previsto aquel viaje continuo, sin pausa para descansar o comer, de una criatura recientemente herida y tanto tiempo encerrada. Comprendió ahora que Shardik debía estar movido por una abrumadora determinación de escapar de Bekla, de no detenerse ante nada hasta haberla dejado muy atrás, y evitar en su trayecto todos los lugares en los que se refugiaba el hombre. El instinto lo llevaba hacia las montañas y podía llegar a ellas, si esa era su intención, en dos o tres días. Una vez en ese terreno iba a ser difícil capturarlo, la última vez había costado vidas y quemar parte de un sendero de una comarca en parte habitada. Pero, si podían reunirse ahora hombres suficientes, se lo podría hacer dar vuelta y, pese a lo peligroso que era,

llevarlo con antorchas y ruido hasta algún cercado o algún otro lugar seguro. En verdad iba a ser un asunto desesperado, pero, fuere cual fuere el resultado, lo más necesario era interrumpir su huida. Había que enviar un mensaje y tenían que mandarle ayuda.

Cuando el sol empezó a hundirse Kelderek estaba muy cansado y molesto por el dolor de la puñalada de la cadera. Concentrado en permanecer alerta ante Shardik, fue consciente sólo gradualmente, como un hombre que despierta, de distantes voces humanas y del mugir del ganado. Al mirar alrededor vio en una hondonada, lejos, a la izquierda, una aldea: cabañas, árboles y la mancha gris brillante de un estanque. Con facilidad podía haberla dejado de lado, porque las construcciones bajas y poco notables, irregulares de línea y casuales como las rocas o los árboles, parecían, en su mezcla de barro, gris y terracota, casi parte natural del paisaje. Todo lo que penetró en su visión y oído fatigados fue un poco de humo, el movimiento del ganado y los gritos lejanos de los muchachos que llevaban de vuelta los rebaños.

En este momento Shardik, que marchaba unos cuatrocientos metros por delante, se detuvo y se echó sobre sus huellas, como demasiado fatigado para seguir. Kelderek esperó, contemplando la débil sombra de una brizna de hierba junto a un guijarro. La sombra alcanzó y cruzó el guijarro, pero Shardik no se levantó. Finalmente Kelderek se dirigió a la aldea, mirando continuamente hacia atrás para estar seguro del camino recorrido.

Pronto llegó a un sendero, y éste lo llevó a los rediles del ganado en las afueras de la aldea. Allí había una batahola y los pastores charlaban excitados, recriminándose, lanzando gritos, golpeándose, empujándose y corriendo de aquí para allá, como si nunca hubiera sido guardado el ganado en unos corrales desde que empezó el mundo. Las flacas bestias ponían los ojos en blanco, se babeaban, topaban, bajaban y tendían las cabezas sobre los lomos mientras se amontonaban en los rediles. Hubo coletazos, olor a estiércol fresco y una nube de polvo flotó brillante en la luz del crepúsculo. Nadie notó a Kelderek, que se quedó quieto unos momentos, reconfortado y alentado por la escena familiar y antiquísima.

De repente, uno de los muchachos lo vio, lanzó un grito, señaló, estalló en llanto y empezó a tartamudear con una voz descompuesta por el miedo. Los otros, siguiendo su mirada, contemplaron con los ojos muy abiertos, dos o tres retrocedieron, con los nudillos apretados sobre la boca abierta. El ganado, abandonado a sí mismo, siguió entrando en los rediles por su propia cuenta. Kelderek sonrió y se adelantó, tendiendo ambas manos.

—No temáis —dijo al chico que estaba más cerca—, soy un viajero y yo...

El muchacho se dio vuelta y salió corriendo; y en seguida todo el grupo huyó, precipitándose entre los cobertizos, hasta que ninguno quedó a la vista. Kelderek, atónito, caminó hasta que estuvo entre las polvorientas casas. Aún no se veía a nadie.

Se detuvo y gritó:

—Soy un viajero de Bekla. Necesito ver al alcalde. ¿Dónde queda su casa? — Pero nadie contestó y, yendo a la puerta más cercana, golpeó en las maderas con el dorso de la mano. Un hombre con el ceño fruncido, que llevaba un grueso palo, abrió la puerta.

—Soy ortelgano y capitán en Bekla —dijo rápidamente Kelderek—. Si me haces daño esta aldea será quemada sin dejar huellas.

Adentro una mujer empezó a llorar. El hombre contestó:

—Ya han tomado la cuota. ¿Qué quieres?

—¿Dónde vive el alcalde?

El hombre señaló en silencio hacia una casa más grande, un poco apartada, hizo una seña con la cabeza y cerró la puerta.

El alcalde era canoso, astuto y digno, un hombre que sabía tomar su tiempo, que usaba las convenciones y la cortesía para medir a su hombre y lograr una oportunidad de pensar. Con impenetrable amabilidad saludó al desconocido, dio orden a sus mujeres y, mientras le traían, primero agua y una toalla delgada, luego comida y bebida (que Kelderek no hubiera rehusado aunque el sabor hubiese sido dos veces más rancio), habló con cuidado de las perspectivas del pastoreo de verano, del precio del ganado, de la sabiduría e invencible fuerza de los actuales dirigentes de Bekla y de la prosperidad que sin duda habían traído al país. Mientras lo hacía, sus ojos no perdían nada de la apariencia ortelgana del desconocido: sus ropas, su hambre y las heridas vendadas de la pierna y del antebrazo. Al fin, cuando evidentemente descubrió que había averiguado todo lo que podría averiguar y que no iba a sacar más ventajas esquivando el punto (fuera cual fuere), hizo una pausa, se miró las manos cruzadas y esperó en silencio.

—¿Podrías prestarme dos muchachos para un viaje a Bekla? —preguntó Kelderek—. Pagaré bien.

El alcalde siguió un rato en silencio, pesando sus palabras. Finalmente replicó:

—Señor: tengo la nota que me dio el gobernador provincial cuando pagamos nuestra cuota el último otoño. Te la mostraré.

—No entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Esta aldea no es grande. La cuota es dos muchachas y cuatro muchachos cada tres años. Lógicamente damos al gobernador un regalo en ganado, o le mostramos nuestra gratitud no aumentando el precio. Por dos años y medio no deberemos nada. ¿Tienes alguna orden?

—¿Orden? Aquí hay un error...

El alcalde lo miró bruscamente, oliendo algo turbio y dispuesto al ataque.

—¿Puedo preguntarte si eres un comerciante con licencia? Si es así, seguramente conoces los acuerdos impuestos a esta aldea.

—No tengo nada que ver con los comerciantes. Yo...

—Perdona, señor —dijo cortante el alcalde, y su tono se volvió algo menos deferente—. No puedo menos de encontrar eso difícil de creer. Eres joven, y, sin embargo, adoptas un aire de autoridad. Llevas las ropas mal ajustadas y... eh... probablemente adquiridas de un soldado. Es evidente que has caminado mucho, acaso por algún camino solitario, porque estabas muy hambriento; te han herido hace poco en varias partes... las heridas sugieren una lucha cuerpo a cuerpo más que una batalla... y, si no me equivoco, eres ortelgano. Me has pedido dos muchachos para un viaje a Bekla, según dices, y afirmas que pagarás bien. Tal vez, al oírte decir i-so, algunos alcaldes contestarían: «¿Cuánto?». Por mi parte, quiero conservar el respeto de mi pueblo y morir en mi cama, pero, dejando eso de lado, no me interesa tu tipo de propuesta. Todos somos aquí pobres, pero, sin embargo, esta gente es mi gente. Estamos obligados a obedecer la ley ortelgana, pero como te he dicho, hemos pagado durante dos otoños. No puedes forzarme a tratar contigo.

Kelderek se puso de pie.

—Te digo que no soy comerciante de esclavos. No me has entendido ¡en absoluto! Si soy un traficante de esclavos sin licencia, ¿dónde está mi gente?

—Eso es lo que me agradecería saber... dónde y cuántos son. Pero te prevengo que mis hombres están alerta y resistiremos hasta morir.

Kelderek volvió a sentarse.

—Señor, debes creerme... no soy un traficante de esclavos... soy un señor de Bekla. Si nosotros...

La profunda luz de afuera se llenó de pronto de clamores, hombres que gritaban, ruido de cascos de caballos y los mugidos del ganado aterrado. Las mujeres empezaron a chillar, las puertas se golpeaban y se oyeron pasos que corrían por el sendero. El alcalde se puso de pie cuando un hombre se precipitó dentro del cuarto.

—Una bestia, señor, algo como nunca se ha visto... una bestia gigante que se pone de pie... tres veces la altura de un hombre... rompió los barrotes del gran corral como si fueran astillas... el ganado se ha enloquecido... se ha espantado y ha salido a la llanura. ¡Oh, señor, el diablo... el diablo ha caído sobre nosotros!

Sin una palabra y sin vacilar el alcalde pasó junto a Kelderek y cruzó la puerta. Kelderek oyó que llamaba a sus hombres por el nombre, y su voz se volvía más débil a medida que se acercaba a los rediles, en el límite de la aldea.

Los senderos de Urtah

Desde la oscuridad de la llanura más allá de la aldea, Kelderek contemplaba el tumulto como un hombre que contempla, trepado a un árbol, una pelea abajo. El ejemplo dado por el alcalde tuvo poco efecto sobre los campesinos y no se logró ninguna acción concertada contra Shardik. Algunos habían puesto cerrojos en las puertas y era evidente que no pensaban salir. Otros habían salido —o por lo menos habían gritado a voz en cuello que salían— en una tentativa de recobrar, a la luz de la luna, todo el ganado que se pudiera encontrar. Un grupo de hombres con antorchas se atropellaba en tomo del aljibe en el centro de la aldea, pero no daba señales de apartarse de allí. Unos pocos habían acompañado al alcalde a los corrales y hacían lo que podían para reparar la empalizada e impedir que el ganado que quedaba tirara abajo las paredes. En una o dos ocasiones Kelderek vio la enorme silueta de Shardik moviéndose contra la temblorosa luz de las antorchas, mientras vagaba por las afueras de la aldea. Era evidente que temía poco aquellas llamas, tan similares a las que se había acostumbrado a ver durante su largo cautiverio. No parecía probable que los aldeanos lo atacaran.

Cuando finalmente la media luna emergió de entre las nubes, no sólo permitiéndole ver a la distancia sino volviendo a darle conciencia de la gran extensión de llanura nebulosa, Kelderek comprendió que Shardik se había ido. Sacando la corta espada de Kavass y rengueando hasta un brete vacío y roto, llegó primero hasta el cuerpo de la bestia que el oso había estado devorando y después tropezó con un ternero tembloroso y abandonado, atrapado por el casco en un poste partido. En la pasada media hora aquella indefensa criatura había estado más cerca de Shardik que ningún otro ser vivo, hombre o animal. Kelderek liberó el casco, llevó en brazos el ternero hasta el próximo corral y lo puso junto a un hombre que, dando la espalda, se inclinaba sobre la baranda. Nadie le prestó atención y por algunos momentos permaneció rodeando con el brazo al ternero, que le lamó la mano cuando volvió a ponerlo de pie. Después salió corriendo y se alejó.

Unos gritos confusos estallaron a la distancia y Kelderek se dirigió allí. Donde había miedo y clamor, era probable que Shardik no estuviera lejos. Tres o cuatro hombres pasaron junto a él, corriendo hacia la aldea. Uno gimoteaba de pánico y ninguno se detuvo o le habló. Apenas se habían ido cuando distinguió a la luz de la luna, la negrura lanuda de Shardik. Probablemente los había estado persiguiendo —tal vez habían, tropezado inesperadamente con él— pero Kelderek, al presentir el estado de ánimo y el furor del oso con su familiaridad de largos años, supo, por algo que no hubiera podido nombrar, que el oso había sido turbado más que enfurecido por aquellos traseros. Pese al peligro, su orgullo se rebeló ante la idea de unírseles en

la fuga. ¿Acaso no era él el señor de Bekla, el Ojo de Dios, el rey-sacerdote de Shardik? Mientras el oso se acercaba bajo la solitaria luz lunar, se echó al suelo boca abajo, con los ojos cerrados, la cabeza oculta entre los brazos y esperó.

Shardik llegó sobre él como una carreta con bueyes sobre un perro dormido en el camino. Una garra lo tocó: sintió las garras y las oyó tabletear. Sintió la humedad del aliento del oso sobre su cuello y sus hombros. Una vez más sintió la antigua exaltación y el terror, un transporte que lo mareaba, como alguien que se balancea sobre un precipicio en la cumbre de una montaña. Aquel era el misterio del rey-sacerdote. Ni Zelda, ni Gued-la-Dan, ni Elleroth, Ban de Sarkid, podían echarse así y poner sus vidas en el poder del Señor Shardik. Pero ahora no había nadie que lo viera y nadie iba a saberlo. Aquel era un acto de devoción más sincero entre él y Shardik que cualquiera de los que había realizado en Ortelga o en la Casa del Rey en Bekla. «Acepta mi vida, Señor Shardik —rogó en silencio— acepta mi vida, porque es tuya». Después, de pronto, se le ocurrió la idea: «¿Y si llegara ahora la gran revelación que he buscado tanto tiempo en Bekla, la gran verdad sin velos de Shardik?». ¿No podía ser este el momento, cuando él y Shardik estaban solos como no habían vuelto a estarlo desde el día en que había yacido indefenso ante el leopardo?

Pero ¿cómo reconocer el secreto y qué debía esperar? ¿Cómo iba a ser impartido? ¿Cómo una inspiración en lo profundo de su mente o por alguna señal exterior? ¿E iba entonces a morir o sería salvado para transmitir el secreto a la humanidad? Si el precio era su vida, pensó, que así fuera.

La enorme cabeza se inclinó muy abajo, olfateó a su lado, la brisa quedó cortada y el aire inmóvil como bajo el alero de una casa. «Hazme morir si es necesario», rogó. «Hazme morir... el dolor no es nada... pasaré a lodo el conocimiento, a toda la verdad».

Entonces Shardik se alejó. Desesperado, rogó una vez más:

—Una señal, Señor Shardik... oh, Señor, dame al menos una señal, algún indicio sobre la naturaleza de la verdad sagrada.

El sonido del aliento bajo y rugiente del oso se volvió inaudible antes que su paso dejara de hacer temblar el suelo.

Después, como alguien que vuelve a recoger un pesado fardo, empezó a seguir a Shardik por la noche, atravesando la llanura.

El oso siguió avanzando hacia el Norte y un poco hacia el Oeste, según podía ver por las estrellas. Se movieron toda la noche atravesando el cielo, y nada fuera de las estrellas se movió o cambió en aquella soledad. Había sólo un viento leve y continuo, el srip, srip de los pastos secos en torno a sus tobillos y de tanto en tanto, algún charco que brillaba suavemente, ante el que pudo arrodillarse para beber. Al llegar la primera luz, que subió por el cielo tan gradual y seguramente como una enfermedad

que se va apoderando del cuerpo, estaba cansado hasta el agotamiento. Al pasar un arroyuelo de corriente lenta sus pies descansaron sobre piedras tersas y parejas, pero el sentido de esto no atravesó en el primer momento la nube de la fatiga. Se detuvo y miró en tomo. Las piedras chatas se extendían a lo lejos, a la derecha y a la izquierda. Acababa de vadear el canal que corría desde la represa de Kabin hasta Bekla y estaba ahora en el camino pavimentado que llevaba a las colinas de Guelt.

A pesar de ser tan temprano miró a la distancia, en la débil esperanza de ver algún viajero, pero no vio a nadie; ni siquiera pudo divisar una choza o el humo distante de algún campamento de caminantes. Sabía que buena parte del camino corría por una comarca poco frecuentada; pero tal vez estuviera cerca de algunas de las estaciones donde acampaban los ganaderos y las caravanas, donde hubiera algunas cabañas, un manantial y un refugio desmoronado para el ganado. Pero no veía nada de esto. Era mala suerte haber llegado al camino a aquella hora y haber caído en un tramo, tan solitario. ¿Mala suerte o había sido acaso la astucia de Shardik que lo había hecho mantenerse alejado del camino hasta que sintió que podía cruzar sin ser visto? El oso ya estaba a alguna distancia y trepaba por la ladera opuesta. Pero Kelderek se demoró aún, tambaleante y mirando a uno y otro lado en medio de la desilusión y la frustración. Poco después comprendió que, aun en el caso de que alguien hubiera aparecido a la distancia, no hubiera podido hablar con esa persona y recobrar las huellas del oso, pero siguió en el camino, como si con una parte de la mente supiera muy bien que nunca más iba a posar sus ojos en aquella gran construcción del imperio que había conquistado y dominado. Al fin, con un largo suspiro que fue como un rugido, como alguien que, tras haber esperado ayuda en vano, ignora qué va a ocurrir ahora, se lanzó hacia el punto en que Shardik había desaparecido sobre la cumbre.

Una hora más tarde, después de subir dolorosamente hasta lo alto de otra meseta, casi dos millas al Noroeste, se encontró de pronto mirando una tierra sorprendentemente distinta. Ya no era una llanura solitaria de hierbas esparcidas, sino un gran recinto natural, cuidado y frecuentado. A lo lejos sierras redondeadas marcaban el límite lejano y entre él y este límite yacía un fértil valle verde, que se extendía por varias millas. Se dio cuenta que aquella era una única y enorme pradera de pastoreo, en la cual, separados, pastaban ya tres o cuatro rebaños en el amanecer. Pudo ver dos aldeas, y en el horizonte unas huellas de humo sugerían otras, que obtenían alimento del verde lugar.

No lejos de él, en una hondonada profunda, el terreno estaba quebrado —dentado en verdad— de la manera más curiosa, y Kelderek lo contempló maravillado. Era como si, en épocas idas un gigante hubiera marcado y arañado la superficie de la llanura con una horquilla puntiaguda. Aquellos tajos o aberturas, rudamente paralelos y de casi igual longitud, se tendían uno junto al otro por espacio de casi un kilómetro.

Tan abruptas y estrechas eran aquellas extrañas gargantas que, en cada una, las ramas de los árboles que se tendían de una a otra pendiente, casi se tocaban y cerraban la abertura. Cubierta de este modo, la profundidad de los cañones no podía verse. El sol, que brillaba detrás de la meseta en donde Kelderek estaba de pie, intensificaba las sombras que, según supuso, debían ser perpetuas dentro de aquellos bosques casi subterráneos. Un los bordes la hierba crecía alta y ningún sendero parecía llegar allí desde punto alguno. Mientras contemplaba la brisa se detuvo un momento, la sombra de las nubes en la llanura onduló en largas olas y en las hondonadas las hojas de las ramas más altas, que apenas se elevaban entre la hierba que las rodeaba, se sacudieron todas a la vez y quedaron quietas.

Ante esto Kelderek sintió un rápido estremecimiento de terror, el atisbo de una amenaza que no podía definir. Era como si algo —algún espíritu que habitara esos lunares— se hubiera despertado, lo hubiera observado y se hubiera apresurado ante lo que percibía. Pero no podía ver nada, como no fuera, es verdad, el arqueado Imito de Shardik abriéndose camino hacia la más cercana de las tres aberturas. Lentamente pisoteó la alta hierba y se detuvo en el borde, volviendo la cabeza a uno y otro lado y mirando hacia abajo. Después, tan suavemente como una nutria que se escabulle en el banco de un río, desapareció en el escondite del despeñadero.

Ahora iba a dormir, pensó Kelderek; había pasado un día y una noche desde su fuga, y ni siquiera Shardik podía vagar desde Bekla hasta las montañas de Guelt sin descansar. No cabía duda que, si la llanura hubiera ofrecido alguna cubierta o refugio, se hubiera detenido antes. Para Shardik, criatura de colinas y bosques, la llanura debía ser en verdad un lugar maligno, y su nueva libertad tan incómoda como el cautiverio del que había escapado. Las hondonadas estaban sin duda desiertas, incluso debían ser evitadas por los pastores, porque sin duda eran un peligro para el ganado y muy probablemente su misma rareza las convertía en objeto de temor supersticioso. La enmarañada penumbra, que no olía ni a bestia ni a hombre, debía parecer a Shardik un escondrijo oportuno. Lo cierto es que tal vez no tuviera ganas de salir de allí, a menos que se viera forzado a buscar comida.

Cuanto más pensaba Kelderek más le parecía que la hondonada ofrecía una excelente oportunidad de capturar a Shardik antes de que llegara a las montañas. Su abrumado ánimo se fue levantando mientras planeaba lo que convenía hacer. Esta vez debía convencer a toda costa a la gente local de su buena fe. Iba a prometerles sabrosas recompensas —cualquier cosa que pidieran, de hecho: liberarlos de las tarifas del mercado, de la cuota de esclavos, del servicio militar— siempre que mantuvieran a Shardik en la hondonada hasta que volvieran a capturarlo. Tal vez no fuera tan difícil. Unas pocas cabras, algunas vacas... allí ya debía haber agua. Un mensajero podía llegar a Bekla antes del anochecer y la gente para ayudarlo podría estar aquí antes del atardecer del día siguiente. Había que decir a Sheldra que trajera

consigo las drogas necesarias.

¿Si por lo menos no estuviera tan agotado! También él tema que dormir, si no quería desplomarse. ¿Podía acaso echarse aquí confiando en que Shardik siguiera en la hondonada cuando despertara? Pero antes de dormir debía enviar el mensaje a Bekla. Tenía que llegar a una de las aldeas; pero antes había que encontrar algunos pastores y convencerlos de que custodiaran la hondonada hasta que él volviera.

De repente, oyó voces un poco alejadas y se volvió con rapidez. Dos hombres, que sin duda habían subido por el declive antes de que él los oyera caminaban lentamente, alejándose por la meseta. Parecía raro que no lo hubieran visto o, en caso de haberlo visto, que no le hubieran hablado. Llamó y corrió hacia ellos. Uno era un joven de unos diecisiete años, el otro un hombre viejo y alto, de aire solemne y autoritario, envuelto en un manto azul, que llevaba un báculo tan alto como él. Realmente no parecía campesino y Kelderek, al detenerse ante él, pensó que al fin se le había dado vuelta la suerte y que tenía ante sí a alguien capaz de entender lo que necesitaba y de tratar de procurárselo.

—Señor —dijo Kelderek— te ruego que no me juzgues por las apariencias. La verdad es que estoy agotado tras vagar un día y una noche en la llanura y necesito mucho tu ayuda. ¿Quieres sentarte conmigo, porque creo que ya no puedo tenerme en pie... y dejar que te diga por qué estoy aquí?

El viejo puso la mano sobre el hombro de Kelderek.

—Dime primero —dijo con gravedad, señalando con el báculo hacia los despeñaderos— si lo conoces, el nombre de esos lugares que tenemos abajo.

—No lo sé. Nunca he estado aquí antes. ¿Por qué me preguntas?

—Sentémonos. Lo siento por ti, pero, una vez que estás aquí, ya no necesitas seguir vagando.

Kelderek, tan confundido por la fatiga que ya no podía medir las palabras, empezó diciendo que era el rey de Bekla. El viejo no mostró sorpresa ni incredulidad, asintió con la cabeza y no apartó la mirada, que expresaba una especie de severa y despreñada piedad, como la de un verdugo, o un sacerdote ante el altar de los sacrificios. Tan turbadora era esta mirada que, tras unos momentos, Kelderek apartó los ojos y habló mirando hacia el valle verde y los extraños despeñaderos. No dijo nada de Elleroth y Mollo o de la marcha hacia el Norte de Santil-ke-Erketlis, pero habló de la caída del techo del palacio, de la huida de Shardik y de cómo lo había seguido, había perdido a sus compañeros en la niebla y enviado un mensajero casualmente encontrado, con órdenes de que sus soldados lo siguieran y se reunieran con él. Habló de su viaje por la llanura y, señalando al pie de la colina, contó como Shardik —cuya captura era de máxima importancia— se había refugiado en uno de los despeñaderos donde sin duda dormía.

—Y ten la seguridad de una cosa, señor —terminó diciendo enfrentando los

impávidos ojos una vez más y forzándose a sostener la mirada— cualquier daño que se nos haga al Señor Shardik o a mí será terriblemente castigado en cuanto sea descubierto... y lo será. Pero la ayuda de tu gente... porque presiento que eres aquí un hombre de importancia... para que el Señor Shardik vuelva a Bekla, será apreciada con la máxima generosidad. Cuando terminemos la tarea, pide cualquier recom-pensa razonable y te será concedida.

El viejo siguió en silencio. Kelderek, intrigado, sintió que, aunque el hombre lo había escuchado con atención, no estaba preocupado ni por el miedo a la venganza ni por la esperanza de la recompensa. Una rápida mirada al joven le mostró únicamente que el muchacho esperaba hacer lo que su amo ordenara.

El viejo se levantó y ayudó a Kelderek a ponerse de pie.

—Ahora necesitas dormir —dijo, hablando con voz afable pero firme, como un padre que habla a un hijo tras escucharle su cuentito de las aventuras del día—. Voy contigo...

La impaciencia se apoderó de Kelderek, junto con la perplejidad: aparentemente se prestaba muy poca atención a sus palabras.

—Necesito comida —dijo—, y hay que mandar un mensajero a Bekla. No es lejos... un hombre puede llegar a Bekla a la caída de la tarde, aunque te aseguro que mucho antes tropezará con algunos de mis soldados en el camino.

Sin decir más el viejo hizo una seña al joven, que se puso de pie, abrió su morral y lo puso en las manos de Kelderek. Allí había pan negro, queso de cabra y media docena de tendrionas secas, sin duda lo último que quedaba del almacenamiento de invierno. Kelderek, decidido a mantener la dignidad, dio las gracias con un movimiento de cabeza y puso el morral en el suelo, a su lado.

—El mensaje... —empezó de nuevo.

Pero el viejo seguía sin decir nada y por encima del hombro el joven dijo:

—Yo llevaré tu mensaje, señor. Iré en seguida.

Mientras Kelderek le hacía repetir dos o tres veces el mensaje y las instrucciones, el viejo siguió apoyado en el báculo, mirando el suelo. Su aire no era precisamente abstraído sino paciente y contenido, como el que podría tener algún señor o barón que, durante un viaje, espera que su criado vaya a preguntar cuál es el camino a seguir o a interrogar al posadero. Cuando Kelderek pagó al joven, recalcando que iba a recibir mucho más, primero al transmitir el mensaje y luego cuando regresara con los soldados, el muchacho no miró el dinero, dio las liradas con una inclinación y partió sin más. Kelderek, desconfiado, lo siguió hasta perderlo de vista. Después se volvió hacia el viejo, que no se había movido.

—Gracias por tu ayuda, señor —dijo— te aseguro que no lo olvidaré. Como dices, necesito dormir, pero no debo alejarme del Señor Shardik, porque, si por casualidad vuelve a vagar, mi deber sagrado es seguirlo. ¿Puedes disponer de un

hombre que vigile junto a mí y me despierte si es necesario?

—Iremos a esa hondonada oriental —contestó el viejo. Ahí encontrarás un lugar a la sombra y yo enviaré a alguien a que vigile mientras duermes.

Apretándose con la mano los ojos doloridos, Kelderek hizo una última tentativa de quebrar la grave reserva del otro.

—Mis soldados... grandes recompensas... tu gente te bendecirá... confío en ti, señor... —perdió el hilo de sus pensamientos y tartamudeó en ortelgano— es una suerte haber venido aquí...

Dios te ha enviado. A nosotros nos toca cumplir Su voluntad replicó el viejo. Aquello, pensó Kelderek, debía ser la frase hecha para agradecer a un huésped o un viajero. Recogió el morral y se apoyó en el brazo que le ofrecía su compañero. En silencio bajaron el declive, entre las pequeñas cúpulas de los hormigueros, los matorrales pastosos y las conejeras, hasta que llegaron a la hierba alta que rodeaba las hondonadas. Aquí, sin una palabra, el viejo se detuvo, se inclinó y ya se alejaba cuando Kelderek comprendió que se iba.

—Volveremos a encontrarnos —gritó, pero el otro pareció no haber oído. Kelderek se encogió de hombros, tomó el morral y se sentó a comer.

El pan era duro y hacía tiempo que las frutas habían perdido el zumo. Al acabar de comer todo lo que había, tuvo sed. No había agua, a menos que hubiera algún manantial o estanque en alguna de las grietas; pero estaba demasiado cansado para buscar en las tres. Decidió examinar la más cercana —parecía poco probable que Shardik estuviera alerta o que lo atacara— y si no veía u oía agua, simplemente tendría que pasarse sin beber hasta quedar dormido.

Las hierbas enmarañadas y las breñas le llegaban casi a la cintura. En verano, pensó, el lugar debía ser prácticamente intransitable, una verdadera espesura. Había andado solo unos pasos cuando tropezó con un objeto duro, se inclinó y lo recogió. Era una espada, herrumbrosa casi hasta quebrarse, que tenía la empuñadura adornada con un diseño de flores y hojas en una plata ennegrecida desde hacía tiempo: la espada de un noble. La maniobró, sobre la hierba, preguntándose cómo habría llegado allí y, al hacerlo, la hoja se desprendió como una costra vieja y cayó entre las ortigas. Kelderek tiró también la empuñadura y se volvió.

Visto de cerca, el borde de la grieta parecía todavía más inclinado y abrupto que a la distancia. En verdad había algo siniestro en aquel lugar, descuidado y estéril en medio de la tierra feraz de alrededor. También había algo extraño en el susurro de la brisa entre las hojas, un gemido intermitente y profundo, como el de un viento invernal en una gran chimenea, aunque débil, como lejano. Y ahora, para su fantasía desvelada, fue como si los lados de la grieta se abrieran en una herida, como los bordes de un gran tajo hecho con un cuchillo. Llegó al borde y miró.

Las copas de los árboles más bajos se tendían abajo. Había un zumbar, un volar

de los insectos y la titilación de las hojas. Dos grandes mariposas, recién despiertas del sueño invernal, agitaban las alas rojas como sangre a corta distancia de sus ojos. Lentamente su mirada recorrió la extensión despareja de ramas y volvió al declive empinado a sus pies. Soplaban el viento, las ramas se movían y súbitamente, como un hombre que se da cuenta que el sonriente desconocido con quien conversa es en realidad un loco que piensa atacarlo y asesinarlo. Kelderek retrocedió, agarrándose aterrado a las matas.

Debajo de los árboles había sólo oscuridad, la oscuridad de una caverna, una oscuridad de aire viciado y sonidos débiles, huecos. Más allá de los troncos más bajos, el terreno, desnudo y pedregoso, se convertía poco a poco en penumbra y luego en negrura. Los ruidos que oía eran ecos; como los de un pozo, pero magnificados al surgir de una profundidad mayor, inimaginable. El aire frío sobre la cara traía un olor tenue y atroz, no a podredumbre, sino de un lugar que nunca ha conocido la vida o la muerte, un abismo sin fondo, sin luz y nunca visitado desde el principio de los tiempos. En una fascinación de horror, echado sobre la barriga, tanteó en busca de una piedra y la tiró entre las ramas. Al hacerlo un confuso recuerdo emergió a la superficie de su mente, la noche, el miedo y el portador de un destino desconocido se movían en la oscuridad; pero su terror actual era demasiado agudo, y el recuerdo lo dejó, como un sueño. La piedra se abrió paso entre las hojas, golpeó una rama y desapareció. No hubo otro ruido. ¿Tierra blanda... hojas secas? Arrojó otra piedra, apuntando bien al centro de la pantalla cóncava de hojas. Ningún ruido indicó el instante en que había tocado tierra.

Y Shardik... ¿dónde estaba? Kelderek, con su sudor en la palma de las manos, la planta de los pies cosquilleada por el miedo al abismo sobre el que se asomaba, espía en las tinieblas buscando por lo menos algún reborde. No lo había.

De repente, a medias rogando, a medias desesperado, gritó con fuerza:

—¡Shardik, Señor Shardik!

Y entonces fue como si todos los espectros malignos y los fantasmas que caminan por la noche, contenidos en aquella negrura, hubieran sido liberados y corrieran hacia él. Sus gritos abominables ya no eran ecos, no debían nada a su propia voz. Eran las voces de la fiebre, de la locura, del infierno. A la vez profundas e insoportablemente agudas, lejanas y deslizándose entre los nervios de sus oídos, pinchando sus ojos y metiéndose en sus pulmones como un polvo inmundo que lo sofocaba, le hablaron con maligno deleite de una eternidad de condenación, en la cual el mero espectáculo de ellos en las tinieblas era un tormento intolerable. Sollozando, escondiendo la cabeza entre los brazos, Kelderek se arrastró hacia atrás, acurrucándose y tapándose los oídos. Poco a poco los sonidos se desvanecieron, su percepción normal volvió, y, al calmarse, cayó en un sueño profundo.

Durmió largas horas, sin sentir el sol de la primavera ni las moscas que se

posaban en sus miembros. Cuando al fin despertó, fue primero consciente de la luz del día —la luz del fin de la tarde— y después de un confuso resonar de voces humanas que se parecían un poco a las terribles voces de la mañana. Pero, ya fuera porque no estaba junto al abismo o porque no era él quien gritaba, estas voces no inspiraban el terror de las otras. Supo que aquellas eran voces de hombres vivos, junto con ecos naturales. Se incorporó con cuidado y miró alrededor. A la izquierda, en el lado Sur de la grieta, donde Shardik había desaparecido aquella mañana, tres o cuatro hombres trepaban y corrían. Eran unos hombrecitos desarrapados y llevaban lanzas, uno arrojó la suya al huir y era evidente que estaban aterrados. Mientras miraba, otro tropezó, cayó y se incorporó sobre las rodillas. Después las matas del borde se abrieron y apareció Shardik y permaneció un momento mostrando los dientes, antes de caer sobre el hombre arrodillado y matarlo en el segundo en que éste iba a gritar. Después se volvió y empezó a abrirse paso por el borde hacia el lugar donde estaba tendido Kelderek. Kelderek estaba postrado sobre la hierba alta, conteniendo el aliento, y el oso cruzó a cinco pasos. Pudo oír su respiración: un sonido líquido y ahogado, como el que hace un hombre herido a quien le falta el aire. En cuanto se atrevió, Kelderek miró. Shardik se alejaba. En su pescuezo había una nueva y profunda herida, un agujero rasgado que sangraba.

Kelderek corrió por el borde de la grieta hasta los hombres, que se habían reunido alrededor del cuerpo de su compañero. Cuando Kelderek se acercó, los hombres recogieron las lanzas y lo enfrentaron, cambiando rápidamente unas palabras en un tupido dialecto beklano.

—¿Qué habéis hecho? —gritó Kelderek—. ¡Por el hálito de Dios, te haré quemar vivo por esto! —y con la espada en la mano amenazó al hombre más cercano, que retrocedió, apuntando con la lanza.

—Atrás, señor —gritó el hombre— no nos obligues a...

—¡Vamos, mávalo ahora! —gritó otro.

—No —intervino con rapidez el tercero—. El nunca fue al Estrel. Y después de lo que ha pasado...

—¿Dónde está vuestro maldito jefe, sacerdote o como se llame? —gritó Kelderek—. El viejo de la capa azul. ¡Él os ha mandado a esto! ¡Y yo confié en ese traidor mentiroso! Juro que todas las aldeas de esta maldita llanura arderán. ¿Dónde está ese viejo?

Se interrumpió, atónito, cuando el primer hombre súbitamente dejó caer la lanza, se acercó al borde de la grieta y lo miró, señalando hacia abajo.

—Apartaos, entonces —dijo Kelderek—... no... com-pletamente... allí... ¡no confío en vosotros, asesinos comedores de mierda!

Una vez más se arrodilló al borde del abismo. Pero aquí los primeros metros del declive se inclinaban ligeramente. No muy lejos, semioculto entre los árboles, había

mi desfiladero nivelado y pastoso; con un pequeño estanque. Shardik al echarse allí, había aplastado y achatado la hierba. En la mitad del estanque, boca abajo, estaba el cuerpo de un hombre, envuelto en una capa azul. La parte de atrás del cráneo estaba hecha trizas hasta los sesos y, cerca, yacía la punta ensangrentada de una lanza. En ninguna parte se veía el asta. Tal vez había caído al abismo.

Al oír un movimiento detrás, Kelderek se incorporó de un salto. Pero el hombre que se había acercado no estaba armado.

Ahora puedes irte, señor —murmuró, mirando fijamente a Kelderek y temblando como ante un ser sobrenatural—. Nunca he visto antes una cosa así, pero sé lo que espera a quien sale vivo del Sendero. Ahora que lo has visto, habrás comprendido que está más allá de nosotros y de nuestro poder. Es la voluntad de Dios. Pero ¡en su nombre, señor, no nos hagas daño y vete!

Y entonces los tres cayeron de rodillas, juntaron las manos y lo miraron con un miedo tan patente y tanta súplica, que Kelderek no supo qué pensar.

—Nadie te tocará ahora, señor —dijo al fin el primer hombre— ni nosotros ni nadie. Si quieres, iré contigo adonde tú quieras, hasta los límites de Urtah. Pero ¡vete!

—Bien —dijo Kelderek—, vendrás conmigo y si alguno de vosotros, bastardos alimentados a bosta, me traiciona, tú serás el primero en morir. No... deja la lanza y vamos.

Pero al cabo de unos kilómetros soltó al miserable y abyecto rehén, que parecía tenerle miedo como a un espectro salido de entre los muertos; y una vez más siguió solo, cautelosamente, la forma distante de Shardik, que avanzaba por el valle hacia el Norte.

El prisionero de Shardik

Poco a poco llegó a Kelderek la conciencia de que era un vagabundo en una comarca desconocida, sin amigos, lejos de toda ayuda, apurado por la necesidad y rodeado de peligros. Solo fue más tarde cuando comprendió que también se había convertido en prisionero de Shardik.

Era evidente que el oso se había debilitado más con la última herida. Su paso era más lento y, aunque seguía marchando hacia las colinas —ahora claramente visibles en el horizonte norteño—, con la misma decisión, se detenía más veces a descansar y de vez en cuando mostraba su inquietud con bruscos retrocesos y movimientos crispados. Kelderek, que ahora temía menos el ataque brusco y sin salvación posible, lo seguía más de cerca, y a veces gritaba:

—¡Valor, Señor Shardik! —o bien—: ¡Paz, Señor Shardik, tu poder es de Dios! —En una o dos ocasiones le pareció que Shardik reconocía su voz y que incluso obtenía consuelo.

La noche llegó bruscamente y aunque Shardik descansó varias horas tendido a la vista, en campo abierto, Kelderek no pudo permanecer tranquilo; paseaba de un lado a otro y vigilaba a la distancia hasta que, cuando por fin terminó la noche, el oso se paró de golpe, tosiendo penosamente, y se puso otra vez en marcha: su laboriosa respiración se oía en el silencio.

El hambre de Kelderek se volvió desesperada y más tarde esa mañana, al ver a la distancia a dos pastores que colocaban un vallado, corrió casi un kilómetro hasta llegar a ellos, con intención de pedir cualquier cosa —una cáscara, un hueso— sin perder de vista a Shardik. Ante su sorpresa, lo trataron amistosamente; eran unos hombres sencillos que evidentemente se compadecían de su necesidad y su fatiga y estuvieron dispuestos a ayudarlo cuando les dijo que, aunque estaba ligado por un voto religioso a seguir a la gran criatura que podían ver a la distancia, tenía una desesperada necesidad de enviar un mensaje a Bekla. Alentado por la buena voluntad de ellos, les contó su escapada del día anterior. Cuando terminó, vio que los pastores se miraban entre ellos miedosos y consternados.

—¡El Sendero! ¡Que Dios se apiade de nosotros! —murmuró uno.

El otro puso medio pan y un poco de queso en el suelo y retrocedió, diciendo:

—Ahí tienes comida —y después como el hombre de la lanza—: No nos hagas daño, señor... pero vete. —Y en esto ambos fueron más rápidos que Kelderek, porque emprendieron la fuga dejando sus tijeras de podar y sus martillos donde estaban entre las vallas.

Aquella noche Shardik enderezó a una aldea y por ella pasó Kelderek, sin ser visto ni provocado por nadie, como si hubiera sido un fantasma o un espíritu maldito

de leyenda, condenado a vagar invisible para los ojos terrenos. En las afueras Shardik mató dos cabras, pero los pobres animalitos hicieron poco ruido y no se dio alarma. Cuando terminó de comer, el oso se alejó cojeando y Kelderek comió también, acurrucado en la oscuridad, y desgarrando la carne fresca y caliente con los dedos y los dientes. Más tarde durmió, demasiado cansado para preguntarse si Shardik se habría ido cuando despertara.

El canto de los pájaros llegó a sus oídos antes de que abriera los ojos y, en el primer momento, aquello pareció natural y esperado, el ruido familiar del amanecer, hasta que recordó, con un instantáneo sobresalto del corazón, que ya no era un muchacho de Ortelga sino un miserable hombre solo, echado en la llanura de Bekla. Pero en la llanura, como él sabía, apenas había árboles y, por lo tanto, tampoco pájaros, como no fueran buitres y alondras. En aquel momento oyó hablar muy cerca a unos hombres y, sin moverse, abrió a medias los ojos.

Estaba echado cerca del sendero por el que había seguido a Shardik en la noche. A su lado, las moscas se apiñaban ya en la pata de cabra que él había descoyuntado y traía consigo. La comarca ya no era del todo una llanura, sino un terreno arbolado cortado por campitos y huertos frutales. A poca distancia, la baranda de madera de un puente mostraba el punto donde el sendero cruzaba el río, y, más allá, había una selva tupida y enmarañada.

Cuatro o cinco hombres estaban a unos veinte pasos de él; hablaban en voz baja y hacían muecas en dirección a Kelderek. Uno llevaba un mazo y los otros toscos machetes en forma de hoz, el único instrumento de labranza de los campesinos. Sus expresiones airadas tenían también algo de incierto y, cuando Kelderek comprendió que probablemente eran el dueño de las cabras y sus vecinos, también, se dio cuenta que debía haberse convertido en una imagen de terror; armado, escuálido, harapiento y sucio, con la cara y las manos manchadas de sangre seca y un cuarto de carne cruda al lado. Se puso de pie de un salto: los hombres se sobresaltaron y retrocedieron. Pero, aunque eran campesinos, tenía que tomarlos en cuenta. Tras una breve vacilación los hombres avanzaron hacia él y se detuvieron sólo cuando Kelderek desenvainó la espada de Kavass, apoyó la espalda contra un árbol y los amenazó en ortelgano, sin preocuparse de que le entendieran, cobrando ánimo ante el sonido de su propia voz.

—Deja esa espada y ven con nosotros —gruñó uno de los hombres.

—¡Ortelgano... de Bekla! —gritó Kelderek, señalándose.

—¡Un ladrón, eso es lo que eres! —dijo otro, un viejo—. En cuanto a Bekla, queda muy lejos y no van a ayudarte, porque tienen ya bastantes dificultades, según he oído. Pero has cometido un delito, seas quien seas. Ven con nosotros.

Kelderek guardó silencio esperando que se precipitaran sobre él; los hombres seguían vacilando y, después de un momento, él empezó a retroceder, sin perderlos de

vista, por el sendero. Lo siguieron, gritando amenazas en su dialecto, que Kelderek apenas entendía. Gritó también enojado, y, tanteando con la mano izquierda la baranda del puente que tenía detrás, ya iba a volverse y correr cuando súbitamente uno de los hombres señaló detrás de él, con una sonrisa de triunfo. Kelderek se volvió con rapidez y vio dos hombres que se acercaban por el otro lado del puente. Evidentemente habían iniciado una amplia cacería del ladrón de cabras.

El puente no era alto y Kelderek estaba a punto de saltar por el parapeto —aunque esto sólo hubiera servido para prolongar la cacería— cuando todos los hombres, los que estaban al frente y los que venían por atrás, gritaron y corrieron dispersándose en todas direcciones. Inconquistable y decisivo como la caída de la noche sobre un campo de batalla, Shardik había salido del bosque y estaba cerca del sendero, parpadeando a la luz del sol y hurgando lastimeramente su cuello herido con su enorme pata. Lentamente, como dolorido, se acercó al borde del arroyo y bebió, agazapado sólo a unos pasos del puente. Después, con los ojos opacos, el hocico reseco y el pelo erizado se alejó cojeando a protegerse en la espesura.

Kelderek siguió en el puente, sin pensar ya si los campesinos iban a volver. Al comienzo de este día, el cuarto desde que había salido de Bekla, se sentía casi agotado, más allá del mero agotamiento del cuerpo, con una duda total respecto al futuro y una nostalgia, como la que se apodera de los abrumados soldados de un ejército que está perdiendo, pero que aún no ha perdido, una batalla, y que desean, a toda costa abandonar la lucha, descansar, pase lo que pase, aunque saben que, hacer esto significa que la lucha sólo puede reanudarse con gran desventaja. El músculo de la pantorrilla izquierda estaba tenso y le dolía. Dos de las puñaladas de Molí o, la del hombro y la de la cadera, palpitaban continuamente. Pero más desalentador que esto era el saber que había fracasado en la tarea que se había impuesto, pues ahora era imposible capturar a Shardik antes de que llegara a las colinas. Al mirar hacia el Norte, sobre los árboles, vio claramente las cuestas más cercanas, verdes, pardas y purpúreas en la luz matinal. Quizá estaban a unos diez kilómetros de distancia. Shardik también las había visto probablemente. Llegaría allí a la caída de la noche. Ahora habría que pasar semanas —quizás meses— persiguiéndolo en aquella comarca, ya que era un oso viejo, despabilado y desesperado a consecuencia del primer „ cautiverio. Sin remedio, los ortelganos debían emprender la más abrumadora de todas las tareas: la que consiste en poner al derecho lo que nunca debió torcerse.

Aquella mañana él se había salvado de ser herido, o probablemente muerto, porque era poco probable que la ruda justicia de los campesinos perdonara a un ortelgano, y ¿quién iba a creer ahora que él era el rey de Bekla? Era sólo un rufián armado, obligado a mendigar o robar para comer, que podía seguir su camino a riesgo de perder la vida o algún miembro. ¿De qué utilidad era para él ahora seguir persiguiendo a Shardik? El camino pavimentado debía estar a medio día de distancia

hacia el Este... quizá menos. Había llegado el momento de volver, de convocar a sus súbditos y proyectar los próximos pasos a tomar en relación a Bekla. ¿Habrían atrapado a Elleroth? Y ¿qué noticias habían llegado del ejército en Tonilda?

Emprendió la marcha hacia el Sur, decidido a seguir por un tiempo el arroyo y tomar hacia el Este sólo cuando estuviera lejos de la aldea. Pronto su paso se volvió más lento, más vacilante. Había marchado casi dos kilómetros cuando se detuvo frunciendo el ceño y golpeando los matorrales de pura perplejidad. Ahora que realmente había dejado a Shardik, empezó a ver su situación a una luz distinta, deprimente. Las consecuencias del regreso eran incalculables. Su monarquía y poder en Bekla eran inseparables de Shardik. Si él había llevado a Shardik a la batalla del Pie de las Colinas, era Shardik que lo había llevado al trono de Bekla y lo había mantenido allí. Más aún: la fortuna y el poder de los ortelganos se apoyaban en Shardik y en la continuidad de su propio y extraño poder de plantarse ante él desarmado. ¿Podía regresar tranquilamente a Bekla con la noticia de que había abandonado al herido Shardik y ya no sabía dónde estaba, ni siquiera si estaba vivo o muerto? Con la guerra en la situación actual, ¿qué efecto tendría esto sobre su pueblo? Y ¿qué iban a hacerle a él?

Después de una hora de dejar el puente, Kelderek volvió allí y siguió corriente arriba hacia el extremo Norte del bosque. Aquí no había huellas: se escondió y esperó. Fue sólo por la tarde cuando apareció Shardik otra vez y continuó su lento viaje... alentado quizás ahora por el olor de las colinas en el viento del Noroeste.

Shardik desaparece

A la tarde del día siguiente Kelderek estaba a punto de desplomarse. El hambre, el cansancio y la falta de sueño habían trabajado su cuerpo como las cucarachas un techo, el herrumbre una cisterna o el miedo el corazón de un soldado... tomando siempre un poco más, dejando un poco menos que oponer a las fuerzas de la gravedad, el clima, el peligro y el miedo. Ya el rey de Bekla no existía, pero de esto no se había dado cuenta el cazador ortelgano.

Shardik llegó al borde de las colinas un poco después del alba. El lugar era salvaje y solitario, la comarca cada vez más áspera. Kelderek trepó entre árboles densos o entre rocas desmoronadas, donde muchas veces no podía ver treinta pasos al frente. A veces, siguiendo el sentimiento intuitivo de que aquél debía ser el camino tomado por el oso, llegaba a un claro, sólo para ocultarse cuando Shardik surgía de la selva a sus espaldas. A cada momento su vida estaba en peligro. Pero en el oso se había producido un cambio —un cambio que, con el correr de las horas, se hizo más evidente para Kelderek— impregnando de piedad sus propios sufrimientos y, finalmente, de miedo por lo que pudiera suceder.

Como en la espléndida casa de una gran familia, donde una vez han brillado las luces en cantidad de ventanas por la noche y han llegado coches trayendo parientes, amigos y las noticias han ido y venido como verdadera evidencia y medio de grandeza y autoridad en toda la comarca de los alrededores, pero donde ahora el señor, viudo, con su hijo muerto en el campo de batalla, ha perdido ánimo y ha empezado a declinar, como en una casa semejante arden algunas velas, encendidas en el crepúsculo por un viejo criado que hace lo que puede y debe dejar necesariamente el resto, así, los fragmentos de la fuerza y la ferocidad de Shardik titilaban, y eran como una sombra que sugería la presencia de lo que habían sido. Seguía vagando, sin peligro de ataques, pues ¿quién iba a atreverse a atacarlo?... Pero casi, o por lo menos así parecía, casi sin fuerzas para defenderse. En una ocasión, al tropezar con el cuerpo de un lobo muerto hacía poco, hizo una penosa tentativa de comerlo. A Kelderek le pareció que la vista del oso se había debilitado y de esto, tras un tiempo, empezó a sacar ventaja, siguiéndolo de más cerca de lo que él o la más ágil de las muchachas hubiera osado en los antiguos tiempos de Ortelga; y de este modo pudo prolongar su aguante, aunque disminuía la esperanza de encontrar, en aquella soledad, nadie que lo ayudara o llevara noticias a Bekla.

Por la tarde treparon un abrupto valle y emergieron sobre una cresta que corría hacia el Este, sobre los bosques; y por aquí continuaron el lento y misterioso viaje. Una vez Kelderek, despertando de una fantasía diurna en la cual sus dolores parecían adormiladas moscas prendidas de su cuerpo, vio el oso al frente, sobre una roca alta,

destacándose contra el cielo y contemplando la llanura de Bekla, abajo. A Kelderek le pareció que el animal ya no podía avanzar más. Su cuerpo estaba agobiado de manera no natural y, cuando finalmente se movió, un hombro quedó más bajo en una especie de contracción. Pero cuando él mismo llegó a la roca vio a Shardik que ya cruzaba el ramal y estaba tan lejos como antes.

Al pie de la cresta se encontró en la parte alta de un terreno desolado limitado a lo lejos por bosques, como los que habían atravesado el día anterior. No había señales de Shardik.

Fue en ese momento, cuando empezó a fallar la luz, que las facultades de Kelderek se desintegraron al fin. Le faltaron por igual la fuerza y el pensamiento. Quiso buscar las huellas del oso, pero olvidó el terreno que ya había examinado y después olvidó lo que estaba buscando. Al llegar a un manantial bebió y después, metiendo los pies para aliviarlos en el agua, grito por el dolor feroz, penetrante. Encontró un sendero estrecho —no más del paso de un conejo— entre las matas y avanzó por allí a gatas, murmurando: «Acepta mi vida, Señor Shardik», aunque ya no entendía el sentido de las palabras. Procuró incorporarse, pero la vista se le nubló, unos sonidos le llenaron los oídos, como agua, y supo que eran irreales.

El sendero llevaba a una cañada seca, y permaneció allí largo tiempo con la espalda apoyada contra un árbol, contemplando sin ver la marca negra que un rayo había trazado en la roca opuesta, en forma de lanza quebrada.

Ya había oscurecido cuando al fin llegó arrastrándose al otro extremo. Su colapso físico —porque no podía andar— trajo el sentimiento de una criatura a quien le falta el movimiento, pasivo como un árbol en el viento o una caña en la corriente. Su última sensación fue la de yacer postrado, estremecido y queriendo avanzar mientras se aferraba a las fibrosas hierbas con las manos.

Cuando despertó era de noche, la luna estaba entre nubes y la soledad se extendía ante él, amplia e indistinta. Se sentó, tosiendo, y en seguida sofocó el ruido poniendo un brazo contra la boca. Tenía miedo.

Súbitamente se sobresaltó, contuvo el aliento y volvió la cabeza, escuchando, incrédulo. ¿En verdad había oído o sólo imaginado el sonido de voces no lejanas? No, no había nada. Se incorporó; y descubrió que ahora podía caminar, aunque lentamente y con dolor. Pero ¿hacia dónde debía ir y con qué propósito? ¿Hacia el Sur, en dirección a Bekla? ¿O debía procurar encontrar algún refugio y permanecer allí hasta que amaneciera en la esperanza de tropezar nuevamente con Shardik?

Y entonces, sin duda alguna, por un instante, oyó un lejano clamor de voces en la noche. Vino y se fue; pero esto no es raro, porque venía de muy lejos y lo que había llegado a su oído debía ser una gritería momentánea y fuerte. Si la distancia y su propia debilidad no lo engañaban, debía haber muchas voces. ¿Era posible que el ruido proviniera de alguna aldea en donde se realizaba alguna festividad? No se veían

luzes. Ni siquiera estaba seguro de la dirección del sonido. Pero, ante la idea de un techo y comida, de descansar seguro entre hombres y terminar con la soledad y el peligro, empezó a apresurarse —o más bien a trastabillar— en cualquier dirección y en ninguna hasta que, comprendiendo su insensatez, se sentó nuevamente a escuchar.

Finalmente —no pudo decir después de cuánto tiempo— el ruido llegó de nuevo a él, percibido y luego muriendo en su oído, como una ola que se agota entre cañaverales altos y nunca llega a la costa. Liberada y al mismo tiempo sofocada, como si una puerta lejana se hubiera abierto un momento y cerrado luego con alguna reunión dentro. Pero no era el mudo de una invocación o de una fiesta, sino un desorden tumultuoso de revuelta y confusión. A él la cosa en sí le importaba poco —una ciudad levantada era, de todos modos, una ciudad— pero ¿qué ciudad en aquel lugar? ¿Dónde se encontraba? Y ¿podía estar seguro de obtener ayuda cuando superan quién era?

Se dio cuenta que nuevamente se abría camino a tientas hacia lo que ahora le parecía la dirección del sonido. La luna, todavía oculta entre nubes, daba escasa luz, pero pudo sentir y ver que estaba bajando suavemente la colina, entre peñascos y arbustos, acercándose a lo que parecía una masa más oscura en la casi oscuridad: podía ser terreno boscoso o la ladera de una colina al frente.

La capa se le enredó en una zarza y se volvió para desenredarla. En este momento, desde alguna parte, a la distancia de un tiro de piedra en la oscuridad, llegó un grito de dolor, como de un hombre que ha recibido una herida atroz. La sorpresa, como un rayo que hubiera caído cerca, momentáneamente lo privó de la razón. Mientras esperaba, temblando y mirando fijamente la oscuridad, oyó un resoplar rápido y fuerte, seguido por algunas palabras ahogadas en Beklano proferidas por una voz que cesó como un hilo que cortan.

—¡Me dará una bolsa llena de oro!

En seguida volvió el silencio, no quebrado por el más leve rumor de lucha o de huida.

—¿Quién está ahí? —gritó Kelderek.

No hubo respuesta, ni ruido. El hombre, fuera quien fuere, estaba muerto o desmayado. ¿Quién... qué... lo había herido? Kelderek se dejó caer sobre una rodilla, desenvainó la espada y aguardó. Procurando controlar la respiración y sus intestinos que se aflojaban, se agazapó aún más mientras la luna brillaba un instante y volvía a ocultarse.

El miedo lo inhabilitaba y comprendió que estaba demasiado débil para dar un golpe.

¿Era Shardik que había matado al hombre? ¿Por qué no se oía nada? Miró el cúmulo de nubes vagamente iluminado y, más allá, un trozo de cielo abierto. En cuanto volviera a salir la luna, debía estar listo para mirar alrededor y actuar.

Abajo, al pie de la cuesta, los árboles se movían. El viento que los agitaba iba a llegar hasta él en unos momentos. Esperó. No llegó ningún viento, pero el rumor entre los árboles aumentó. No era el susurro de las hojas, no eran las ramas lo que se movía. Hombres se movían entre los árboles. Sí, sus voces... seguramente... ya se habían ido... no, volvían otra vez... las voces que había oído... ¡sin duda posible eran voces humanas! ¡Eran voces de ortelganos... incluso pescaba aquí y allá alguna palabra... ortelganos que se acercaban!

Tras tantos peligros y sufrimientos ¡un increíble golpe de buena suerte! ¿Qué había pasado y dónde estaba ubicado el lugar al que había llegado? ¿Era posible que, de manera inexplicable, hubiera tropezado con soldados del ejército de Zelda y Guedla-Dan que podían, después de todo, haber marchado por todas partes en los últimos siete días, o más probablemente, hombres de su propia guardia en Bekla, que lo buscaban a él y a Shardik, como se había ordenado? Lágrimas de alivio llegaron a sus ojos y su sangre ardió, como para un encuentro de amantes. Mientras esperaba, vio que la luz aumentaba. La luna estaba casi al borde de las nubes. Las voces estaban ahora más cerca, descendían la colina entre los árboles: Con un grito se precipitó por la cuesta hacia ellos, gritando:

—¡Soy Crendrik, soy Crendrik!

Era un camino, un sendero hecho de pisadas, que descendía hacia el bosque. Era evidente que los soldados, que marchaban en la noche, estaban también en este camino. En un momento vería sus luces, porque seguramente llevaban luces. Tropezó y cayó, pero luchó por ponerse de pie y se apresuró, siempre gritando. Llegó al pie de la cuesta y se detuvo, mirando a uno y otro lado, entre los árboles.

Había silencio: ni voces ni luces. Contuvo el aliento y escuchó, pero no llegó ningún sonido desde el camino de arriba. Gritó con toda la voz:

—¡No os vayáis! ¡Esperad, esperad! —y los ecos se desvanecieron y murieron.

Por el declive abierto detrás de él llegaron gritos de furor y miedo. Parecían extrañamente lejanos, fluctuaban, morían y volvían, como las voces de los hombres enfermos cuando procuran hablar de cosas pasadas hace tiempo. En el mismo momento el último velo de nubes dejó a la luna, el suelo ante él quedó envuelto en una luz nebulosa y reconoció el lugar en que estaba.

En una pesadilla un hombre puede sentir que lo tocan en el hombro, volverse y encontrar la mirada vidriosa y llena de odio de su enemigo mortal, que sabe está muerto; puede abrir la puerta de un cuarto que le es familiar y caer en un pozo lleno de gusanos; puede contemplar como se marchita la sonriente cara de su amada, como cae y se pudre ante sus ojos, hasta que los dientes que reían quedan rodeados por la desnuda y amarilla calavera. ¿Y qué pasaría si esas cosas —tan imposibles de ocurrir, tan horrendas que parecen entrevistas por una ventana que se abre sobre el infierno— no fueran sueños sino que, destruyendo de golpe todo fragmento vivo de certidumbre,

llevaran a la mente, como el cocodrilo a su presa, al fondo, a un plano más bajo e increíble de realidad, donde la razón y el juicio, tratando de aferrarse enloquecidos, descubrieran que todos los soportes ceden en la oscuridad? Allí, a la luz de la luna, corría el camino desde Guel: en la desnuda, ondulada meseta, entre peñascos y arbustos, hasta la cúspide sobre la que se vislumbraban las rocas de la garganta de más allá. A la derecha, en la sombra, estaba la línea de la hondonada que había protegido el flanco de Guel-Ethlin, y detrás de él se levantaban los bosques donde, cinco años atrás, Shardik había emergido como un demonio sobre los jefes beklanos.

El declive estaba salpicado por montículos, y un poco más lejos aparecía la masa oscura de túmulos mayores, sobre los que crecían dos o tres árboles nuevos. Junto al camino había una piedra chata y cuadrada, toscamente tallada, con el emblema de un halcón y algunos símbolos de escritura. Uno de estos, inscripción corriente en las calles y plazas de Bekla, significaba: «En este lugar...». Alrededor, sin que se viera un hombre, débiles sonidos de batalla crecían y disminuían, como olas, tan semejantes a los ruidos del día y de la vida, como un alba neblinosa se parece a un claro mediodía. Gritos y furor y muerte, órdenes desesperadas, sollozos, súplicas de misericordia, el ruido de las armas, el golpear de los pies, todos leves y apenas sentidos, como las patas filamentosas de un enjambre de inmundos insectos sobre la cara de un hombre herido, que yace indefenso en un charco de sangre. Kelderek, cubriéndose la cabeza con los brazos, se balanceó, gritando con los tartamudeos de un idiota, un habla que bastaba para conversar con los malignos muertos, palabras suficientes para articular la locura y la desesperación. Como una hoja que, tras haber vivido todo el verano en la rama, es arrancada en otoño y barrida por los aires turbulentos y rugientes hacia la empapada oscuridad de abajo, igualmente separado, arrastrado, agotado y descartado se sentía.

Cayó al suelo tartamudeando y sintió una caja torácica sin enterrar que cedía bajo su peso. Se bamboleó en la luz blanca, entre tumbas, sobre armas herrumbradas y rotas, sobre una rueda que cubría los restos de un desdichado que, años antes, se había metido debajo de ella buscando una vana protección. La breña que le llenaba la boca se convirtió en gusanos, la arena en sus ojos fue el pestilente polvo de la corrupción. Su capacidad de sufrimiento se hizo infinita mientras, pudriéndose con los caídos, se disolvía en innumerables granos suspendidos sobre las oleadas de voces, que eran tragadas y avanzaban para quebrarse una y otra vez en la ribera de aquel desolado campo de batalla donde, sobre él más atrozmente que sobre cualquier otro que allí estuviera perdido, sin que nada lo previniera, los muertos asesinados descargaban su miseria desenterrada y su malignidad.

¿Quién puede describir el camino hasta el fin del sufrimiento, cuando ya nada puede soportarse? ¿Quién puede expresar la visión insoportable de un mundo creado sólo para el horror y el tormento, la lucha del escarabajo semiaplastado y pegado al

suelo por sus propias entrañas; el pez quebrado que se agita, picoteado por las gaviotas sobre la arena; el mono moribundo lleno de gusanos; el joven soldado sin vísceras, que chilla entre los brazos de sus camaradas; el niño que llora solo, herido para toda la vida por el abandono de aquellos que han seguido sus propios egoísmos? Sálvanos, oh Dios, colócanos donde podamos ver el sol y comer un poco de pan hasta el momento de la muerte, y no pediremos nada más. Y cuando la serpiente devore al pichón caído ante nuestros ojos, entonces nuestra indiferencia es Tu misericordia.

En la primera luz del alba Kelderek se puso de pie, ya un hombre nuevo nacido del pesar, con la memoria perdida, sin propósito, incapaz de distinguir la noche del día o al amigo del enemigo. Ante él, a lo largo de la cresta, translúcido como un arco iris, estaba el campo de batalla beklano, la espada, el escudo y el hacha, el estandarte con el halcón, las largas lanzas de Yelda, los chillones adornos de Deelgy; y les sonrió, como un niño que ríe y chilla y despierta para ver alrededor de su lecho rebeldes y amotinados, que vienen para sumar su asesinato al de los demás. Pero, mientras miraba, se desvanecieron como imágenes en el fuego, las armas se convirtieron en el primer resplandor de la mañana sobre las rocas y arbustos. Y siguió vagando en busca de ellos, de los soldados, recogiendo en la marcha flores de colores que le llamaban la atención, comiendo hojas y hierbas, y secando con un jirón arrancado de sus ropas harapientas, un largo tajo que tenía en el antebrazo. Siguió el camino hacia la llanura, sin saber dónde estaba, y descansando con frecuencia porque, aunque el dolor y la fatiga le parecían ahora la condición normal del hombre, procuraba aliviarlos. Un grupo de caminantes que lo alcanzaron le tiraron un pan viejo, al ver que era inofensivo, y este pan, al probarlo; le recordó que era bueno para comer. Cortó un bastón y con él cuando marchaba, golpeaba y hacía sonar las piedras, porque el frío de la sorpresa suprema lo acompañó todo el día. El sueño que obtenía era interrumpido, porque soñaba continuamente con cosas que no podía recordar del todo: de fuego y un gran río, de niños esclavizados que gritaban y de un animal lanudo con garras, informe y alto como un árbol.

¿Cuánto tiempo vagó y quiénes le dieron refugio y lo ayudaron? La lástima que inspira la desgracia se siente más fácilmente cuando es claro que quien sufre no debe ser temido, e incluso seguía armado, nadie podía temer a un hombre que cojeaba apoyado en un bastón, mirando alrededor y sonriéndole al sol. Algunos, por las ropas, creían que era un soldado que había desertado, pero otros decían: «No, debe ser un vagabundo un poco imbécil, que ha robado el atuendo de un soldado o, quizás, por necesidad, ha despojado a algún muerto». Iba hacia el Este, como antes, pero cada día avanzaba sólo unos escasos kilómetros porque se sentaba ratos largos al sol en lugares solitarios y, generalmente, iba por comarcas poco frecuentadas al pie de las colinas; él sentía que aquí, entre todos los lugares, quizás volvería a toparse con aquella poderosa criatura que recordaba a medias y a la cual, según le parecía había

perdido, y con cuya vida su vida estaba de alguna manera sombría pero fundamental, ligada. Tenía mucho miedo al ruido de voces distantes y raras veces se acercaba a una aldea, aunque una vez dejó que un pastor borracho lo llevara a su casa, le diera de comer y le quitara, ya fuera como robo o en pago, la espada.

Tal vez vagó cinco o seis días. No podía haber pasado más tiempo cuando un anochecer, al avanzar lentamente por el reborde de las colinas bajas, vio allá abajo los techos de Kabin —Kabin de las Aguas— aquella agradable ciudad enmurallada con sus vergeles al Sudeste y, más cerca, al Norte, la sinuosa longitud de una represa que corría entre dos canales verdes; la superficie, ondulada y deslizándose en el viento, sugería algún flexible animal enjaulado detrás del dique, con su complejo de rejas y compuertas. La gente estaba allí muy atareada; pudo ver mucho movimiento dentro y fuera de los muros; y mientras esperaba en la ladera, mirando un montón de chozas y el humo que llenaba las praderas de afuera de la ciudad, se dio cuenta que había un grupo de soldados —ocho o nueve— que se acercaba entre los árboles.

Kelderek se puso de pie de un salto y corrió hacia ellos, levantando una mano a guisa de saludo y gritando:

—¡Esperad, esperad!

Los soldados se detuvieron, contemplaron sorprendidos la confianza de aquel harapiento vagabundo y se volvieron indecisos hacia su trizat, un veterano paternal con una cara estúpida y bondadosa y el aspecto de alguien que, habiendo alcanzado el máximo de sus posibilidades en el servicio, sólo aspiraba ahora a una vida tranquila.

—¿Qué es esto, trizat? —preguntó uno cuando Kelderek se plantó ante ellos, con los brazos cruzados, mirándolos de arriba a abajo.

El trizat echó hacia atrás su yelmo de cuero y se frotó la frente con la mano.

—No sé —dijo al fin— alguna trampa de mendigo, supongo. Vamos —dijo, poniendo la mano sobre el hombro de Kelderek— aquí no vas a conseguir nada: es mejor que desaparezcas, como un buen muchacho.

Kelderek le retiró la mano y lo miró de frente.

—Soldados —dijo con firmeza— un mensaje... Bekla... —hizo una pausa, frunciendo el ceño cuando lo rodearon; después volvió a hablar:

—Soldados... Senandril, el Señor Shardik... mensaje... Bekla... —se interrumpió de nuevo.

—¿Nos quiere tomar el pelo, eh? —dijo uno de los hombres.

—No me parece, no lo creo —dijo el trizat—. Parece saber lo que busca. Es probable que sepa que no entendemos su idioma.

—¿Y cuál es ese idioma? —preguntó el hombre.

—Ortelgano —dijo el primer soldado, escupiendo en el suelo— dice algo sobre su vida y un mensaje...

—Entonces puede ser importante —dijo el trizat— pudiera ser, si es ortelgano y

trae un mensaje de Bekla. ¿Puedes decimos quién eres? —preguntó a Kelderek, que enfrentó su mirada, sin contestar.

—Creo que viene de Bekla pero que algo le ha trastornado el juicio... algún choque... ese tipo de cosas —dijo el primer soldado.

—Así debe ser —dijo el trizat—, debe ser un ortelgano que ha estado trabajando en secreto para el señor Elleroth el Manco, quizás... y es probable que esos cerdos de Bekla lo hayan torturado... ya sabéis lo que hicieron al Ban... le quemaron totalmente la mano, los hijos de puta... o tal vez se haya enloquecido con toda esta marcha hacia el Norte, para encontramos.

—Pobre diablo, parece que está listo —dijo un hombre moreno, con un ancho cinturón de cuero repujado de Sarkid que llevaba el emblema de las espigas de trigo—. Debe haber caminado hasta caer exhausto. Después de todo, nosotros no podríamos estar mucho más al Norte si lo intentáramos, ¿verdad?

—Bueno —dijo el trizat— sea lo que se quiera, es mejor que lo llevemos con nosotros. Tenemos que hacer un informe al caer la tarde, y el capitán podrá encargarse de él entonces. Oye —dijo, levantando la voz y hablando muy lentamente, para tener la certeza de que el desconocido, que estaba parado a dos pies de distancia, podía entender un idioma que no conocía—: Tú... venir... con... nosotros. Tú... dar... mensaje... al... capitán... ¿sabes?

—Mensaje —replicó Kelderek en seguida, repitiendo la palabra Yeldashay—. Mensaje... Shardik... —se interrumpió y estalló en un ataque de tos, apoyándose en su cayado.

—Bueno, no te preocupes ya —dijo el trizat tranquilizador, mientras se ajustaba el cinturón, que había aflojado para hablar—. Nosotros... —señaló haciendo mímica con las manos— llevarte... ciudad... capitán... ¿entiendes? Es mejor que lo ayudéis —añadió volviéndose hacia dos hombres que estaban al lado—. De lo contrario, tardaríamos toda la noche en llegar.

Kelderek con los brazos sobre los hombros de los soldados como apoyo, descendió la colina. Estaba contento de recibir aquella ayuda, que le daban bastante respetuosamente, porque sabían qué rango ocupaba aquel hombre. Él, por su parte, apenas entendía alguna palabra de su conversación, y de todos modos estaba preocupado tratando de recordar cuál era el mensaje que debía enviar, ahora que al fin había encontrado los soldados que se habían desvanecido tan misteriosamente en el amanecer. Tal vez, pensó, les había sobrado algo de comida.

La mayor parte del ejército acampaba en las praderas junto a los muros de Kabin, porque la ciudad y sus habitantes eran tratados con clemencia, y en los edificios que se habían incautado o sólo había sitio para los oficiales importantes, sus ayudantes y criados y los especialistas, como exploradores y pioneros, que estaban bajo el mando directo del comandante en jefe. El trizat y sus hombres, que pertenecían a estos

grupos, franquearon las puertas de la ciudad en el momento en que iban a cerrarlas por la llegada de la noche y desatendiendo las preguntas de camaradas y curiosos, llevaron a Kelderek a una casa bajo la muralla del Sur. Aquí un joven oficial que llevaba las estrellas de Ikat lo interrogó, primero en yeldashay y luego, al ver que apenas entendía, en beklano. Al oír esto, Kelderek dijo que traía un mensaje. Apremiado, repitió:

—Bekla —pero no pudo decir más; y el joven oficial, que no deseaba intimidarlo y estaba apiadado de su aspecto hambriento y lleno de mugre, dio órdenes para que lo dejaran lavarse y le dieran cama y comida.

A la mañana siguiente uno de los cocineros, un tipo bondadoso, estaba lavándole nuevamente el brazo herido, cuando entró en el cuarto un oficial de más edad, acompañado por dos soldados, y lo saludó con cortesía franca.

—Me llamo Tan-Rion —dijo en beklano— debes disculpar nuestra prisa y curiosidad, pero, para un ejército en campaña, el tiempo es siempre precioso. Necesitamos saber quién eres. El trizat que te encontró dice que te acercaste voluntariamente y dijiste que traías un mensaje de Bekla. Si traes tal mensaje; quizás podrías dármelo.

Dos comidas completas y un sueño nocturno largo y cómodo, junto con las atenciones del cocinero, habían calmado y, en cierto modo, normalizado a Kelderek.

—El mensaje... debe mandarse... a Bekla —dijo entrecortado— pero... ya hemos perdido... la mejor ocasión.

El oficial pareció intrigado.

—¿A Bekla? ¿Entonces no nos traes un mensaje?

—Yo... tengo que mandar un mensaje.

—¿Tu mensaje tiene algo que ver con la lucha en Bekla?

—¿La lucha? —preguntó Kelderek.

—¿No sabes que ha habido un levantamiento en Bekla? Se inició hace unos nueve días. Dentro de lo que sabemos, se sigue combatiendo. ¿Vienes de Deelguy o de dónde?

La confusión volvió a apoderarse de la mente de Kelderek. Quedó en silencio y el oficial se encogió de hombros.

—Lo lamento... veo que no estás en tus cabales... pero el tiempo apremia. Tendremos que registrarte... para empezar.

Kelderek, para quien la humillación ya no era algo nuevo no hizo resistencia cuando los soldados, sin urgencia y con una especie de ruda cortesía, iniciaron su tarea. Colocaron lo que encontraron sobre el alféizar de la ventana... un pan reseco, una tira de cuero de remendón, una piedra de segador que había encontrado dos días antes en una zanja, un puñado de hierbas secas aromáticas que la mujer del guardián de la puerta le había dado contra los piojos y las infecciones y un talismán hecho en

piedra de vetas rojizas, que debía haber pertenecido a Kavass.

—Está bien, compañero —dijo uno de los soldados, tendiéndole el jubón—. Tranquilo ahora. Casi hemos terminado, no te asustes.

De pronto el otro soldado lanzó un silbido, juró conteniendo el aliento y, sin una palabra, tendió al oficial la palma de la mano con un objeto pequeño y brillante, que relumbraba al sol. Era el emblema del ciervo de Santil-ke-Erketlis.

El señor sin Mano

El oficial, atónito, tomó el emblema y lo examinó, pasando la cadena por el anillo y apretando con cuidado el cierre, como tomándose tiempo para pensar. Finalmente, con una incertidumbre que no había mostrado antes, dijo:

—¿Quieres tener la amabilidad de decirme... estoy seguro que entiendes por qué debo saberlo... si esto te pertenece?

Kelderek tendió la mano en silencio, pero el oficial, tras vacilar un momento, meneó la cabeza.

—¿Vienes aquí en busca del comandante en jefe? ¿Eres acaso miembro de su casa? Si me lo dices, facilitarás mi tarea.

Kelderek, cuya memoria empezaba ahora a recordar mucho de lo que le había pasado después de Bekla, se sentó en la cama y escondió la cabeza entre las manos. El oficial esperó con paciencia a que hablara. Al fin Kelderek dijo:

—¿Dónde está el general Zelda? Si esta aquí, debo verlo inmediatamente.

—¿El general Zelda? —replicó el oficial, atónito.

Uno de los soldados le habló en voz baja y juntos se dirigieron al extremo del cuarto.

—Si este hombre no es ortelgano, señor —dijo el soldado— yo lo soy.

—Ya lo sé —contestó Tan-Rion—. Y ¿qué hay con eso? Es algún agente del señor Elleroth que ha perdido el juicio.

—Lo dudo, señor. Si es ortelgano, evidentemente no es oficial de la casa del comandante en jefe. Ya le has oído preguntar por el general Zelda. Estoy de acuerdo en que algún golpe le ha trastornado el cerebro, pero mi idea es que se ha metido en medio del ejército enemigo sin darse cuenta. Si se piensa en ello, es dudoso que esperara encontrarnos aquí, en Kabin.

Tan-Rion meditó.

—Pero es posible que ese emblema haya llegado a sus manos por medios honestos. En su caso, podría ser nada más que una señal para demostrar por quién está trabajando. Nadie sabe la clase de gente rara que puede estar en contacto con el general Erketlis o que ha llevado mensajes en los últimos meses. Supongamos, por ejemplo, que el señor Elleroth haya utilizado a este hombre cuando estaba en Bekla. ¿Tienes idea de cuándo se espera el regreso del general Erketlis?

—No lo esperan hasta pasado mañana, señor. Se ha enterado que hay una gran columna de esclavos en marcha al Oeste de Thettit-Tonilda, en dirección a Bekla; alcanzarla a tiempo significa una marcha bastante dificultosa, de modo que el general ha tomado unos cien hombres del regimiento de Falaron y ha dicho que él mismo se encargará de la tarea.

—¡Es muy de él! Sólo temo que intente este tipo de cosas con demasiada frecuencia. Bueno, en tal caso supongo que debemos guardar este hombre hasta que él vuelva.

—Sugiero que preguntemos al Señor Sin Mano... al señor Elleroth... si quiere verlo. Si lo reconoce, como creo que supones, al menos sabremos dónde estamos, aunque el hombre no se recobre lo bastante para decirnos nada.

Tras algunas nuevas preguntas infructuosas a Kelderek, Tan-Rion, con dos soldados, lo llevó fuera de la casa, hacia las murallas de la ciudad. Aquí, caminando bajo el sol primaveral, veían por un lado la ciudad y, por el otro, las chozas y vivaques del campamento en las praderas exteriores. El humo de las fogatas era llevado por la brisa y en la plaza del mercado había una multitud que se congregaba obedeciendo a los estilizados llamados de un pregonero con una capa roja.

Descendieron de la muralla por unos peldaños cerca de la puerta por la que Kelderek había entrado en la ciudad la noche antes y, atravesando una plaza, llegaron a una gran casa de piedra donde había un centinela a la puerta. Kelderek y su escolta fueron llevados a un cuarto que había pertenecido antes al mayordomo de la casa, mientras Tan-Rion, tras unas palabras con el capitán de la guardia, acompañó al oficial por las dependencias, hasta llegar al jardín.

El jardín, verde y formal, estaba a la sombra de unos árboles de adorno y unos matorrales de lexis, cresset púrpura y la planella de penetrante aroma, que abría ya sus florecitas salpicadas de tila en el temprano sol. En el medio, murmurando en el lecho de guijarros, corría un arroyuelo canalizado desde la represa. En el borde conversaba Elleroth con un oficial yeldashay, un barón de Deelguy y el gobernador de la ciudad. Estaba flaco y pálido, la cara consumida por el dolor y las recientes privaciones. La mano izquierda, que llevaba en cabestrillo, estaba metida hasta la muñeca en un gran guante acolchado de corteza de abeto, que cubría y protegía las vendas de abajo. Su túnica color azul cielo, regalo del guardarropas de Santil-ke-Erketlis (porque había llegado en harapos al ejército) estaba bordada en el pecho con las espigas de trigo de Sarkid, y la hebilla de plata de su cinturón llevaba el emblema del ciervo. Caminaba apoyado en un bastón y los que lo acompañaban adecuaban cuidadosamente su paso al de él. Saludó cortésmente con la cabeza a Tan-Rion y al comandante de la guardia, que se mantenían apartados, con deferencia, esperando que se les permitiera hablar.

—Naturalmente —decía Elleroth al gobernador— no puedo decir lo que decidirá el comandante en jefe. Pero es evidente que el saber si el ejército permanecerá aquí, o durante cuánto tiempo, depende de los movimientos del enemigo, y también del estado de nuestros suministros. Estamos bastante lejos de Ikat —sonrió— y no nos querrán aquí mucho tiempo si comemos todo lo que tienen y los sacamos de sus casas. El ejército ortelgano está en medio de su propio país, o de lo que llaman su

país. Creo que deberíamos buscarlos y presentarles pronto batalla, antes que la balanza deje de inclinarse a nuestro favor. Puedo asegurar que esto es lo que piensa el general Erketlis. Al mismo tiempo, hay dos motivos excelentes por los que convendría quedarse aquí un poco de tiempo, siempre que podáis tolerarnos... y os aseguro que, a la larga, no saldréis perdiendo. En primer lugar estamos haciendo lo que intentábamos... algo que el enemigo nunca supuso que pudiéramos hacer y que no podríamos haber hecho sin la ayuda de Deelguy... —hizo una leve reverencia al barón, un hombre moreno y pesado, vistoso como un guacamayo—. Creemos que, si continuamos reteniendo la represa, el enemigo se verá obligado a atacarnos con desventaja. Por su parte, es probable que estén esperando para saber si vamos a permanecer aquí. De manera que debemos darles la impresión de que así es.

—¿No pensarás destruir la represa, monseñor? —pregunto ansioso el gobernador.

—Sólo como último recurso —contestó alegremente Elleroth— pero estoy seguro que, con vuestra ayuda, eso no será nunca necesario, ¿verdad? —el gobernador contestó con una sonrisa que era como una mueca, y tras unos momentos Elleroth continuó:

—El segundo motivo es que, mientras estemos aquí, queremos dar caza a tantos traficantes de esclavos como sea posible. No sólo hemos capturado ya a varios que tienen permisos del llamado rey de Bekla, sino a dos o tres que no los tienen. Pero, como sabéis, la comarca más allá del Vrako, directamente hacia Zeray y hasta el abismo de Linsho, es salvaje y remota. Aquí estamos a las puertas: Kabin es la base ideal desde la que podemos buscarlos. Si ganamos tiempo, nuestras patrullas podrán registrar toda la zona. Y, lo creáis o no, hemos recibido una oferta de ayuda muy consistente de Zeray mismo.

—¿De Zeray, monseñor? —dijo el gobernador, incrédulo.

—De Zeray —contestó Elleroth—. Y me has dicho, ¿verdad? —prosiguió dirigiéndose con una sonrisa a Tan-Rion, que seguía esperando— que tenías informes de por lo menos un traficante de esclavos sin licencia que se supone está más allá de Vrako en este momento, o ya en marcha hacia Tonilda...

—Sí, monseñor —replicó Tan-Rion— el traficante de niños, Guenshed, un hombre cruel y malo, de Terekenalt. Pero Trans-Vrako va a ser una comarca difícil de recorrer, y es probable que se nos escape, incluso ahora.

—Bueno, tenemos que hacer todo lo posible. Así que...

—¿Alguna noticia de tus dificultades, monseñor? —exclamó el oficial, impaciente, en yeldashay.

Elleroth se mordió los labios e hizo una pausa antes de contestar.

—Me temo que no... por el momento. Así que... —prosiguió volviéndose rápidamente hacia el gobernador— vamos a necesitar toda la ayuda que puedas darnos. Y quisiera que me informaras cuál es la mejor manera de alimentar y dar

suministros al ejército si nos quedamos aquí un poco más. Tal vez tengas la amabilidad de pensarlo y charlaremos con el comandante en jefe cuando regrese. Sinceramente queremos evitar que tu gente sufra y, como he dicho, pagaremos honradamente por su ayuda.

El gobernador estaba a punto de retirarse cuando Elleroth añadió súbitamente:

—A propósito, la sacerdotisa de la isla de Telthearna... la curandera ¿le has dado un salvo conducto, como te pedí?

—Sí, monseñor —contestó el gobernador— ayer a mediodía. Hace unas veinte horas que se ha ido.

—Gracias.

El gobernador se inclinó y se perdió entre los árboles. Elleroth permaneció inmóvil, contemplando una trucha en el borde del arroyo, inmóvil, como no fuera por el meneo de la cola. La trucha se precipitó luego corriente arriba y él se sentó sobre un banco de piedra, acomodó el brazo en el cabestrillo y sacudió la cabeza, como ante un pensamiento que lo preocupaba y lo inquietaba. Finalmente recordó a Tan-Rion y lo miró con una sonrisa interrogadora.

—Perdón por molestarte, señor —dijo rápidamente Tan-Rion—. Pero ayer por la noche una de nuestras patrullas trajo a un ortelgano que andaba vagando, que hablaba de un mensaje que debía enviar o que traía de Bekla. Esta mañana le encontramos esto y he venido en seguida a mostrártelo.

Elleroth tomó el emblema del ciervo, lo miró, se sobresaltó, frunció el ceño y lo examinó atentamente.

—¿Qué aspecto tiene ese hombre? —preguntó al fin.

—Como todos los ortelganos, señor —replicó Tan-Rion— es grandote y moreno. Es difícil decir más... está exhausto... medio muerto de hambre y trastornado. Debe haberlas pasado muy mal.

—Lo veré en seguida —dijo Elleroth.

Las calles de Kabin

Al ver a Elleroth la memoria de Kelderek, hasta ese momento recobrada a medias, como la seguridad de un nadador cuyos pies flojos, mientras flota, han tocado tierra, o la conciencia de alguien que está dormido y despierta, cuyo oído ha percibido sin reconocer todavía que lo que oye es el canto de los pájaros y el sonido de la lluvia, se aclaró tan inmediatamente como la superficie nebulosa de un espejo limpiado por una mano impaciente. Las voces de los oficiales yeldashay, el estandarte con estrellas que flotaba en los muros sobre el jardín, las casacas que llevaban los soldados que lo rodeaban... todo esto adquirió en el momento un único y aterrador sentido. Kelderek lanzó un rápido y sofocado grito, trastabilló y hubiera caído si los soldados no lo hubieran sujetado por debajo de los brazos. Él luchó entonces brevemente, después se recobró y quedó mirando fijamente, tenso y con los ojos desorbitados, como un pájaro en la mano de un hombre.

—¿Cómo has llegado aquí, Crendrik? —preguntó Elleroth.

Kelderek no contestó.

—¿Buscas refugiarte de tu propia gente?

Kelderek meneó la cabeza mudo y pareció a punto de desmayarse.

—Sentémonos —dijo Elleroth.

No había otro banco y uno de los soldados corrió a traer un taburete de la casa. Al volver, dos o tres guardias que hacían de centinelas lo siguieron y espionaron entre los árboles, hasta que el trizat les ordenó bruscamente que volvieran a su puesto.

—Crendrik —dijo Elleroth, inclinándose hacia Kelderek, que estaba agobiado sobre el taburete—. Vuelvo a preguntarte. ¿Has llegado aquí como fugitivo de Bekla?

—Yo... no soy un fugitivo —replicó Kelderek en voz baja.

—Sabemos que ha habido un levantamiento en Bekla. ¿Dices que eso nada tiene que ver con tu venida aquí, solo y exhausto?

—No sé nada de eso. Dejé Bekla una hora después de ti... salí por la misma puerta.

—¿Me perseguías?

—No.

La cara de Kelderek estaba tensa. El comandante de la guardia pareció a punto de golpearlo, pero Elleroth levantó la mano y esperó, mirándolo intensamente.

—Seguía al Señor Shardik. Es la tarea que Dios me ha encomendado —exclamó Kelderek con súbita violencia y levantando la vista por la primera vez—. Lo he seguido desde Bekla hasta las colinas de Guelt.

—¿Y después?

—Lo perdí... y después tropecé con tus soldados.

Tenía sudor en la frente y el aliento salía entrecortado.

—¿Creíste que eran tus soldados?

—No importa lo que haya creído.

Elleroth buscó un momento entre un montón de pergaminos y cartas que yacían a su alrededor en el banco.

—¿Es este tu sello? —preguntó, tendiendo un papel.

Kelderek miró.

—Sí.

—¿Qué es este papel?

Kelderek no contestó.

—Te diré qué es —dijo Elleroth—, es un permiso que concediste en Bekla a un hombre llamado Nigon, autorizándolo para entrar en Lapán y tomar una cuota de niños como esclavos. Tengo aquí varios papeles similares.

El odio y el desprecio de los hombres que estaban cerca fue como la opresión de la nieve que aún no ha caído desde un cielo de invierno. Kelderek, agobiado sobre el taburete, temblaba como ante un frío intenso.

—Bueno —dijo Elleroth de golpe, levantándose del banco— he recuperado este emblema, Crendrik, y tú no tienes nada que decirnos, según parece; por lo tanto, volveré a mi trabajo y es mejor que tú vuelvas al tuyo de seguir buscando al oso.

Tan-Rion contuvo de golpe el aliento. El joven oficial yeldashay se adelantó.

—Monseñor...

Otra vez Elleroth levantó la mano.

—Tengo motivos para hacer esto, Dethrin. Si alguien tiene derecho a dejar en libertad a este hombre, ese soy yo.

—Pero, monseñor —protesto Tan-Rion— este hombre maligno... el rey-sacerdote de Shardik en persona... la Providencia lo ha puesto en nuestras manos... el pueblo...

—Te doy mi palabra que ni él ni el oso pueden dañarnos ahora. Y si es sólo una venganza lo que te preocupa, te ruego que convencas al pueblo que la olvide, para hacerme un favor. He recibido una información que me convence que debemos dejar a este hombre con vida.

Las benévolas palabras fueron dichas con una decisión firme, que no dejaba lugar a discusiones. Los oficiales guardaron silencio.

—Irás hacia el Este, Crendrik —dijo Elleroth—. Eso nos conviene a los dos, ya que no solo es la dirección opuesta a Bekla, sino también la dirección que ha tomado el oso.

Desde la plaza, afuera, se oía crecer el ruido; murmullos, quebrados por gritos de furia, gritos rencorosos e inarticulados, y las voces más agudas de los soldados, tratando de contener a la multitud.

—Te daremos comida y calzado nuevo —dijo Elleroth— y eso es todo lo que puedo hacer por ti. Me doy cuenta que estás bastante mal, pero, si te quedas aquí, te harán pedazos. No debes olvidar que Mollo era de Kabin. Debes entender esto claramente: si alguna vez vuelves a caer en poder de este ejército, puedes darte por muerto. Repito: serás muerto. No podré salvarte de nuevo —se volvió hacia el comandante de la guardia—. Que le den una escolta hasta el recodo de Vrako, y di al pregonero que informe que es mi deseo personal que nadie lo toque.

Saludó con la cabeza a los soldados, que nuevamente agarraron a Kelderek por los brazos. Ya empezaban a llevarlo cuando bruscamente se resistió.

—¿Dónde está el Señor Shardik? —gritó—. ¿Qué quieres decir con eso de que ya no puede dañarte?

Uno de los soldados lo agarró del pelo y le echó atrás la cabeza, pero Elleroth, con un gesto indicó que lo soltaran y lo enfrentó de nuevo.

—No hemos hecho daño a tu oso, Crendrik —dijo—. No es necesario.

Kelderek le clavó la mirada, temblando. Elleroth se interrumpió un momento. El ruido de la multitud llenaba ahora el jardín y los dos soldados que esperaban se miraron de reojo.

—Tu oso se está muriendo, Crendrik —dijo con deliberación Elleroth—. Una de nuestras patrullas tropezó con él en las colinas hace tres días y lo siguió hacia el Este, hasta que vadeó el alto Vrako. No les cabe duda. También he recibido otras noticias. No importa cómo... de que tú y el oso salieron vivos del Sendero de Urtah. Lo que te haya pasado en el Sendero, tú lo sabes mejor que yo, pero es por esto que te dejamos con vida. No quiero tomar parte en una sangre requerida por Dios. Vete ahora.

En el cuarto del mayordomo uno de los soldados asomó la cabeza y escupió a Kelderek en la cara.

—Bastardo inmundo —dijo— ¿le quemaste la mano, eh?

—Y ahora él dice que te soltemos —dijo otro soldado— ¡a ti, maldito, podrido ortelgano, traficante de esclavos! ¿Dónde está su hijo, eh? Tú te encargaste de oso, ¿eh? ¡Fuiste tú quien dijo a Guenshed lo que debía hacer!

—¿Dónde está su hijo? —repitió el primer soldado, pero Kelderek no contestó y permaneció con la cabeza baja, mirando el suelo.

—¿No me has oído? —y tomando en la mano el mentón de Kelderek lo obligó a mirar hacia arriba y le clavó una mirada de desprecio.

—Te he oído —logró balbucear Kelderek, con la voz deformada porque el soldado lo mantenía aferrado— pero no sé a qué te refieres.

Ambos soldados lanzaron unas breves carcajadas burlonas.

—Oh, no —dijo el segundo soldado— ¿no eres acaso el hombre que volvió a imponer el tráfico de esclavos en Bekla?

Kelderek asintió, sin hablar.

—Ah, ¿lo reconoces? ¿Y naturalmente no sabes que el hijo mayor del señor Elleroth desapareció hace más de un mes y que nuestras patrullas lo han buscado desde Lapán a Kabin? No estás enterado de nada, ¿verdad?

Levantó la mano abierta y rió cuando Kelderek retrocedió.

—No sé nada de eso —replicó Kelderek— pero ¿por qué echáis la culpa de la desaparición del muchacho al comercio de esclavos? Un río, algún animal feroz...

El soldado lo miró fijamente un momento y luego, al parecer no convencido de que Kelderek no sabía más de lo que decía, contestó:

—Sabemos quién tiene al muchacho. Es Guenshed, de Terekenalt.

—Nunca he oído hablar de él. Ningún hombre así llamado tiene permiso para traficar en las provincias beklanas.

—Vas a enojar a las estrellas —replicó el soldado—. Todos han oído hablar de ese cochino inmundo. Es posible que no le hayan otorgado licencia en Bekla... ni siquiera tú te atreverías a darle permiso. Pero trabaja para los que tienen licencias... si es que se puede llamar trabajo a eso.

—¿Y dices que ese hombre se ha apoderado del heredero del Ban de Sarkid?

—Hace un mes, en Lapán Oriental, capturamos a un traficante de nombre Nigon, junto con tres capataces y cuarenta esclavos. ¿No irás a decirnos que no conoces tampoco a Nigon?

—Recuerdo a Nigon.

—Él dijo al general Erketlis que Guenshed tenía al muchacho y marchaba al Norte, por Tonilda. Desde entonces las patrullas han buscado en Tonilda, hasta Thettit. Si Guenshed estuvo allí alguna vez, ahora ya no lo está.

—Pero ¿cómo queréis que yo esté enterado de esto? —exclamó Kelderek—. Si lo que dices es verdad, no comprendo por qué Elleroth me ha dejado con vida, o por qué vosotros no me la quitáis.

—El te ha perdonado, posiblemente —dijo el primer soldado— es un gran caballero, ¿verdad? Pero nosotros no lo somos, ¡hijo de puta, traficante de esclavos! Si alguien sabe dónde está Guenshed, ése eres tú. ¿Qué andabas haciendo aquí y de qué otra manera es posible que Guenshed haya escapado?

Tomó un pesado palo de medir que estaba sobre la mesa del mayordomo y rió cuando Kelderek se protegió con el brazo.

—¡Basta! —gritó el comandante de la guardia, apareciendo en la puerta—. Ya habéis oído lo que ha dicho el Sin Mano. ¡Dejadlo en paz!

—Si es que ellos lo dejan en paz, señor —contestó el soldado—. Escúchalos —acercó un taburete a la ventana alta, se paró encima y miró. El ruido de la multitud había aumentado, aunque las palabras no eran inteligibles—. ¡Estos sólo lo dejarán en paz si se los pide el Sin Mano!

Sentado en un rincón Kelderek cerró los ojos y procuró ordenar sus pensamientos,

dando vueltas una y otra vez en su cabeza a las palabras que le había dicho Elleroth. Si Shardik se estaba muriendo... pero Shardik no podía estar muriéndose. Si Shardik se moría... si Shardik moría, ¿qué le quedaba a él en el mundo? ¿Por qué seguía brillando el sol? ¿Cuál era ahora la intención de Dios?

Siguió sentado tan tenso y quieto que finalmente los guardias dejaron de prestarle atención y ya no lo vigilaron, y Kelderek miraba la pared, como si viera allí un vacío enorme e incomprensible, que se extendía de polo a polo.

El hijo de Elleroth —su heredero— ¿había caído acaso en manos de un traficante de esclavos sin licencia? Él sabía —¿quién mejor?— cuán posible era la cosa. Había oído hablar de aquellos hombres, había recibido muchas quejas de sus actividades en los lugares remotos de las provincias beklanas. Sabía que, dentro de los dominios ortelganos, los esclavos eran capturados ilegalmente y nunca llegaban al mercado de Bekla, sino que los llevaban al Norte atravesando Tonilda y Kabin, o al Oeste, por Paltesh, para ser vendidos en Katria o Terekenalt. Aunque las penalidades legales eran pesadas, mientras durara la guerra las probabilidades que tenía un traficante sin licencia de ser capturado eran remotas.

Y aquel hombre Guenshed, fuera quien fuere, ¿se había apoderado del hijo y heredero del Ban de Sarkid! Sin duda iba a pedir un rescate, si lograba llevarlo a salvo hasta Terekenalt. Pero ¿por qué motivo inconcebible, con tal pesar en el corazón y una tal desgracia causada por el odiado rey-sacerdote de Bekla, Elleroth había insistido en salvarle la vida? Por un rato meditó sobre este acertijo, pero no encontró la respuesta. Sus pensamientos volvieron a Shardik, y finalmente casi cesó de pensar, y dormitó donde estaba, sin dejar de oír, más penetrante que el ruido de la multitud, el gotear de un alero en la saliente de la ventana. El comandante de la guardia regresó y con él un robusto oficial de barba negra, armado y con yelmo, que miró fijamente a Kelderek, golpeando la pierna impacientemente con la vaina.

—¿Es este el hombre?

El comandante de la guardia asintió.

—¡Entonces vamos, por Dios, mientras todavía podemos contenerlos! Yo quiero vivir, si a ti no te importa. Toma este paquete... hay calzado y comida para dos días... son órdenes del Ban. Después te cambiarás el calzado.

Kelderek lo siguió por el corredor y el patio en dirección a la vivienda del portero. Bajo el arco, detrás del portal cerrado, unos veinte soldados formaban dos filas. El oficial hizo que Kelderek se ubicara en el centro y después, tomando posición detrás de él, lo agarró del hombro y le habló en el oído.

—Debes hacer lo que yo te diga, si no quieres arrepentirte. Vas a atravesar esta maldita ciudad hasta la puerta Este, porque, si no lo haces yo no lo hago, y es adónde vas. Ahora están tranquilos, porque les han dicho que es el deseo personal del Ban, pero si algo los provoca, podemos damos por muertos. No les gustan los traficantes

de esclavos y los carniceros de niños, ¿sabes? No digas una palabra, no muevas esos brazos malditos, no hagas nada; y, sobre todo, sigue marchando, ¿entiendes? ¡Adelante! —gritó el trizat que estaba al frente—. ¡En marcha y que Dios nos ayude!

Se abrió el portal, los soldados avanzaron y Kelderek se vio de pronto en medio de un sol deslumbrante que le daba directamente en los ojos. Cegado, trastabilló, e inmediatamente sintió la mano del capitán en el sobaco, sosteniéndolo y empujándolo.

—Si te detienes, te hago llevar por delante.

Velos de colores flotaban ante sus ojos, lentamente se disolvían y se desvanecían para dejar ver el camino a sus pies. Se dio cuenta que estaba inclinado, con el cuello tendido hacia adelante, mirando hacia abajo, como un mendigo que se apoya en un bastón. Enderezó los hombros, echó hacia atrás la cabeza y miró alrededor.

El choque inesperado fue tan grande que quedó petrificado y levanto la mano hacia la cara, como para protegerse de un golpe.

—¡Adelante, caramba!

La plaza estaba llena de gente; hombres, mujeres y niños de pie a cada lado del camino, apiñados en las ventanas, trepados a los techos. Ninguna voz hablaba, no se oía un murmullo. Todos lo miraban en silencio, cada par de ojos lo seguía sólo a él, mientras los soldados marchaban atravesando la plaza. Algunos hombres hicieron gestos y amenazaron con el puño, pero nadie dijo una palabra. Una muchacha con traje de viuda estaba con las manos juntas y las lágrimas corrían por sus mejillas, a su lado una mujer vieja temblaba continuamente mientras tendía el pescuezo y su boca entreabierta se contraía en una especie de mueca.

Dejaron la plaza y entraron en una calle estrecha y empedrada, donde los pasos resonaron entre los muros. Procurando con toda su voluntad mirar sólo al frente. Kelderek siguió sintiendo el silencio y la mirada de la gente como un arma levantada sobre él. Encontró la mirada de una mujer que tendió el brazo, haciendo la señal contra el mal, y Kelderek dejó caer una vez más la cabeza, como un esclavo amilanado que espera un golpe. Se dio cuenta que respiraba con dificultad, que sus pasos eran más rápidos que los de los soldados, que casi corría para mantenerse entre ellos. Se vio tal como debía aparecer a la multitud: consumido, encogido, despreciable, corriendo ante el capitán como una bestia que llevan por un campo.

La calle llevaba a la plaza del mercado y allí, también, estaban las innumerables caras y el terrible silencio. Ninguna mujer discutía, ningún comerciante anunciaba sus mercaderías; cuando se acercaron a la fuente. —Kabin estaba llena de fuentes— el chorro vaciló y cesó de manar. Se preguntó quién lo habría cerrado tan a tiempo, o si se habría detenido por sí solo; después trató de adivinar cuánto faltaba aún para la puerta oriental, cómo sería esa puerta y qué órdenes iba a dar el capitán.

Pero estos pensamientos en ningún momento impedían su horror ante el silencio y

los ojos que no se atrevían a enfrentar. Si no era una fantasía enfermiza de su propio miedo y angustia, había en esta muchedumbre una tensión creciente, como la que se siente antes de que estalle la lluvia. «Tenemos que llegar allí —murmuró— a toda costa. Señor Shardik, tenemos que llegar antes que estalle la tormenta».

Sus pensamientos, como los de un niño abandonado, volvían al recuerdo de la pérdida y el dolor, volvían a las palabras de Elleroth en el jardín. «Tu oso se está muriendo, Crendrik».

—Cállate y sigue —dijo el oficial con los dientes apretados.

Kelderek ignoraba que había hablado en voz alta. El polvo fue levantado por una súbita ráfaga de viento, y, sin embargo, de todos los ojos que lo rodeaban, ninguno pareció cerrarse. El camino tenía ahora un declive: subían. Avanzó, dejando caer la cabeza como un buey que lleva una carga cuesta arriba, contemplando el suelo mientras caminaba. Dejaron la plaza del mercado, pero el silencio tiraba de él hacia atrás, el silencio era un hechizo que no lo soltaba. El peso de los miles de ojos era un fardo que nunca podría llevar a lo alto de esta cuesta, hasta la puerta del Este. Vaciló y entonces, tropezando con el capitán al retroceder, volvió la cabeza y murmuró:

—No puedo seguir.

Sintió la punta de la daga del capitán que le pinchaba la espalda, por encima de la cintura.

—¡Ban de Sarkid o no, te mataré antes que les pase algo a mis hombres!
¡Adelante!

De pronto el silencio fue quebrado por el grito de un niño. El ruido fue como el estallido de una llama en la oscuridad. Los soldados, que se habían detenido vacilantes cuando Kelderek tropezó, lo rodearon y, el capitán se sobresaltó, como si hubiera oído una trompeta y todas las cabezas se volvieron hacia el ruido. Una niña, de unos cinco o seis años había corrido para atravesar el camino antes de la llegada de los soldados, pero había tropezado y caído de cabeza y ahora lloraba en el suelo, tal vez no de dolor sino por la torva apariencia de los soldados a cuyos pies estaba tendida. Una mujer salió de entre la multitud, recogió a la niña y se la llevó, y el sonido de su voz tranquilizó y calmó a la criatura, resonando por la pradera.

Kelderek levantó la cabeza y aspiró profundamente el aire. El ruido había quebrado la tela invisible y tremebunda en la cual, al igual que una mosca sujeta por un hilo pegajoso, había perdido casi la fuerza para luchar. Como cuando los hombres rompen al fin la trinchera seca, junto al río, en donde han estado reparando una canoa, y el agua invade, trayendo a la canoa a su verdadero elemento y levantándola hasta que flota, igualmente el sonido de la voz de la niña devolvió a Kelderek la simple voluntad y determinación de los hombres comunes de soportar y sobrevivir, pase lo que pase. Le habían perdonado la vida: no importaba por qué; cuanto antes se fuera de esta ciudad, tanto mejor. Si el pueblo lo odiaba, él tenía una respuesta: se

iría.

Sin decir más al capitán, siguió marchando una vez más, hundiendo los talones en la arena blanda mientras ascendía por la colina. La gente se acercaba ahora más, los soldados la apartaban con las astas de las lanzas, el capitán gritaba:

—¡Atrás, atrás! —Dejando a la gente, dobló una esquina en lo alto y se encontró ante la puerta de la torre, la puerta abierta y la guardia afuera y a ambos lados para impedir que nadie los siguiera fuera de la ciudad. Marcharon bajo el arco lleno de ecos. Sin mirar alrededor, Kelderek oyó chirriar la puerta, oyó un golpe y se corrieron los cerrojos.

—No te detengas —dijo el capitán, siempre cerca de él.

Descendieron una colina entre árboles y llegaron al vado rocoso de un torrente que bajaba desde las sierras boscosas, a la izquierda. Aquí los hombres, sin esperar órdenes, rompieron filas, se arrodillaron a beber o se echaron sobre la hierba. El oficial nuevamente agarró el hombro de Kelderek y lo hizo volverse, de manera que quedaron frente a frente.

—Este es el Vrako, el límite de la provincia de Kabin, como debes sin duda saberlo. La puerta oriental de Kabin seguirá cerrada una hora por orden del Ban y yo mantendré cerrado este vado durante el mismo tiempo. Debes cruzar el vado y después puedes ir adonde te dé la gana —hizo una pausa—. Otra cosa: si el ejército recibe órdenes de patrullar al Este del Vrako, te buscaremos; y no volverás a escapar.

Hizo una inclinación de cabeza para mostrar que no tenía más que decir, y Kelderek, al oír detrás los gruñidos amenazadores de los soldados —uno le arrojó una piedra que golpeó una roca junto a su rodilla— tambaleando tomó por el vado y se alejó.

Libro V

Zeray

A través del Vrako

En Bekla había oído hablar de la comarca al Este de Kabin —el estercolero del imperio, la había llamado uno de sus gobernadores provinciales— una provincia sin haciendas y sin gobierno, sin rentas públicas y sin ninguna ciudad. Sesenta kilómetros abajo de Ortelga doblaba el Telthearna, trazando una gran curva, para correr hacia el Sur, más allá de la extremidad oriental de las montañas de Guelt. Al Sur de estas montañas y al Oeste del Telthearna había un remoto yermo de mesetas boscosas, pantanos y riachos y selva, sin caminos ni viviendas, como no fuera algunas aldeas miserables cuyos habitantes vivían de la pesca, de cerdos semisalvajes y de lo que podían extraer del suelo. En tal región buscar y encontrar a un hombre era prácticamente imposible. Muchos criminales y fugitivos habían desaparecido en estas soledades. Había un proverbio beklano: «Mataría a Fulano si valiera el viaje a Zeray». Las madres decían a los muchachos rebeldes y desobedientes: «Terminarás en Zeray». Se rumoreaba que desde el lugar desolado —porque no podía ser considerado un pueblo— donde el Telthearna se angostaba hasta formar un estrecho de menos de un cuarto de cuatrocientos metros, un hombre que pagara podía ser llevado a la ribera oriental sin que se le hicieran preguntas. En tiempos pasados, incluso el ejército patrullero del Norte había fijado el límite oriental de sus marchas en Kabin, y ningún cobrador de impuestos o asesor cruzaba el Vrako por temor a perder la vida. Tal era la comarca en que Kelderek había entrado ahora y el lugar en el cual, por la misericordia de Elleroth iba a seguir vivo Lodo el tiempo que le fuera posible.

Tras sacar del morral el calzado nuevo se lo puso y caminó rápidamente un trecho por el sendero cubierto de maleza. Era muy probable, pensó, que una vez que abrieran el portal y dejaran libre el vado, alguien lo siguiera, esperando alcanzarlo y matarlo. Porque, aunque sabía que era probable que muriera en aquella comarca, y encontraba en sí mismo pocos deseos de salvar la vida, estaba decidido a no perderla en manos de cualquier yeldashay u otro enemigo de Shardik. Al cabo de una hora llegó a un lugar donde un sendero aún más salvaje se abría hacia el Norte, a la izquierda, y por aquí siguió, abriéndose paso por un tiempo entre los matorrales para evitar dejar huellas en el sendero mismo.

Al fin, un poco antes de mediodía, como no había visto ni oído a nadie desde que cruzara el Vrako, se sentó al borde de un arroyo y, después de comer, meditó sobre lo que debía hacer. Por debajo de todos sus pensamientos, como una roca sumergida en un estanque revuelto, estaba la convicción de que había pasado un misterioso, y no por eso menos real, linde espiritual, y que ya nunca podría volver atrás. ¿Cuál era el sentido de la aventura del Sendero de Urtah, noticia que los pastores habían

escuchado con tanta reverencia y miedo? ¿Qué le había ocurrido al perder el sentido en el campo de batalla, cuando quedó a merced de los muertos no vengados? ¿Y por qué Elleroth había perdonado la vida a alguien cuyo gobierno había dado como resultado la pérdida de su propio hijo?

Meditando sobre estos hechos incomprensibles, comprendió que habían sofocado la fuerza y la fe que habían ardido en el corazón del rey-sacerdote de Bekla. Sentía que ahora era poco menos que un fantasma, un alma agostada que habitaba un cuerpo gastado por los pesares.

La más profunda de todas las campanas que doblaban en su corazón era la noticia que le había dado Elleroth sobre Shardik. Shardik había cruzado el Vrako y se suponía que se estaba muriendo... en esto no podía haber engaño. Y si él, Kelderek, todavía apreciaba en algo la vida, lo mejor era aceptar la cosa. En una comarca como ésta, buscar a Shardik era sólo provocar peligros y dificultades que ya ni su cuerpo ni su mente eran capaces de enfrentar. Probablemente iban a asesinarlo o moriría en los bosques de las colinas. Shardik, vivo o muerto, era irrecuperable; y en busca de la más remota posibilidad de vivir, Kelderek tenía que marchar hacia el Sur, lograr de algún modo llegar al Norte de Tonilda y después unirse al ejército ortelgano.

Pero una hora después subía nuevamente en dirección al Norte, manteniéndose, sin tentativas de ocultarse o de protegerse, en el sendero que se internaba por las colinas bajas. Elleroth, pensó con amargura, lo había juzgado con bastante precisión: «Os doy mi palabra que ni él ni el oso pueden dañarnos ahora». En verdad no, porque él era el sacerdote de Shardik y nada más. Temeroso del desprecio de Ta-Kominion e influido por él en la creencia de que la voluntad de Dios era que Shardik conquistara Bekla, había permanecido inmóvil cuando ataron a la Tuguinda como a un criminal, y se estableció él mismo como mediador del favor de Shardik ante el pueblo. Sin Shardik él no era nada; invocador de la lluvia que masculla en una sequía, un mago cuyos hechizos habían fracasado. Volver a Zelda y Gued-la-Dan con las noticias (si es que ya no lo sabían) de que Elleroth estaba con los yeldashay y Shardik perdido para siempre era firmar su propia sentencia de muerte. No perderían ni un día en librarse de una figura que representaba la derrota. Elleroth lo sabía. Y sabía que Kelderek, fueran cuales fueren las esperanzas con que lo tentara la fortuna, era incapaz de separar su destino del destino del oso. Y fue por esto que, como sabía —o suponía que sabía, pensó Kelderek con un súbito arranque de impugnación desolada— que Shardik estaba muriendo, no había visto peligro en dejar con vida al rey-sacerdote.

Pero ¿por qué había llegado al extremo de imponer su voluntad en este asunto a los que lo rodeaban? ¿Sena posible, se preguntó Kelderek, que su propia persona estuviera marcada por alguna señal, visible para alguien como Elleroth, la señal de estar maldito, de haber pasado por sufrimientos merecidos hasta una inviolabilidad

final en la que debía permanecer ahora, esperando el castigo de Dios?

Incluso en aquella notoria tierra de nadie no había esperado un vacío tan total. En todo el día no encontró un alma, no oyó una voz, no vio humo. Cuando la tarde se convirtió en atardecer, se dio cuenta que estaba forzado a pasar la noche en el claro. En otras épocas, como cazador, había pasado a veces la noche en el bosque, pero rara vez solo y nunca sin fuego ni armas. Enviarlo del otro lado del Vrako sin dejarle siquiera un cuchillo, y sin medios para encender el fuego: ¿no habría sido proyectado después de todo, como una manera cruel de darle muerte? Y Shardik —a quien ya nunca iba a encontrar— ¿estaba ya muerto Shardik? Sentado con la cabeza entre las manos se sumergió en una especie de olvido que no era sueño, sino más bien el agotamiento de una mente incapaz ya de aferrarse al pensamiento, que resbalaba y patinaba como ruedas en el barro de las lluvias.

Cuando finalmente levantó la cabeza, vio inmediatamente entre las matas un objeto tan familiar que, aunque había sido escondido con cuidado, se sorprendió de no haberlo percibido antes. Era una trampa, una trampa de madera, como las que él mismo había tendido en épocas pasadas. Tenía como anzuelo un pedazo de carne podrida y fruta seca, pero no habían sido tocadas y el palo sujetaba todavía la piedra que debía caer.

Faltaban unas dos horas para la caída de la noche, y, como él bien sabía, los que dejan sin visitar las trampas por la noche suelen encontrarse al día siguiente con que animales carroñeros han llegado primero. Raspó con una rama las huellas de sus pasos, trepó a un árbol y esperó.

En menos de una hora oyó que se acercaba alguien. El hombre que apareció era moreno, robusto y de pelo revuelto, vestido en parte con pieles y, en parte, con ropas viejas y harapientas. Un cuchillo y dos o tres flechas estaban metidos en su cinturón, y llevaba un arco. Se inclinó, examinó la trampa bajo las matas y ya se volvía cuando Kelderek lo llamo. El hombre se sobresaltó, sacó de golpe el cuchillo y se metió en la espesura. Kelderek comprendió que, si no quería perderlo del todo, debía arriesgarse. Se dejó caer al suelo gritando:

—¡Por favor no te vayas! ¡Necesito ayuda!

—¿Qué quieres, entonces? —contestó el hombre, invisible entre los árboles.

—Un techo... y un consejo. Soy un fugitivo, un desterrado... lo que quieras. Estoy en dificultades.

—¿Quién no las tiene? ¿Estás de este lado del Vrako, no?

—Estoy desarmado. Puedes ver por ti mismo —tendió el bolso, levantó los brazos y se volvió hacia una y otra parte.

—¿Desarmado? Entonces estás loco —el hombre salió entre las matas y se acercó. Era, en verdad, un rufián de aspecto amenazador, moreno y con el ceño fruncido, una mucosidad amarillenta que le manaba de los ojos y una cicatriz desde la

boca hasta el cuello que le recordó la de Bel-ka-Trazet.

—No estoy en situación de hacer alguna treta o discutir un acuerdo —dijo Kelderek—. Esta bolsa está llena de comida y nada más. Tómala y dame refugio por esta noche.

El hombre recogió el bolso, lo abrió y miró, volvió a arrojarlo a Kelderek y asintió. Después, volviéndose, se puso en marcha en la dirección por la que había venido. Después de un rato dijo:

—¿Nadie te sigue?

—No desde que crucé el Vrako.

Siguieron en silencio. Kelderek estaba sorprendido por la total ausencia de curiosidad amistosa que generalmente se da en los encuentros entre desconocidos. Si el hombre se preguntaba quién era él, de dónde venía y por qué, era evidente que no pensaba preguntarlo; y había en él algo que hizo que Kelderek dedujera que, por su parte, era mejor que no hiciera preguntas. Comprendió que aquel debía ser el tipo normal de trato en este país con vergüenza del pasado y desesperanza sobre el futuro, la cortesía de las prisiones y los manicomios. De todos modos, tal vez fuera permitido algún tipo de pregunta, porque después de un rato el hombre le espetó:

—¿Has pensado lo que vas a hacer?

—Todavía no... morir, creo.

El hombre le lanzó una mirada penetrante y Kelderek se dio cuenta que había hablado de más. Aquí los hombres eran como bestias a la defensiva, desafiantes hasta que los hacían pedazos. Toda la comarca, como la cueva de un salteador de caminos, se dividía en matones y víctimas, el último lugar para hablar de la muerte, ya fuera en broma o aceptación. Confundido y demasiado agotado para disimular, dijo:

—Bromeaba. Tengo una idea, aunque es probable que te parezca raro. Busco un oso que se supone anda por estos sitios. Si pudiera encontrarlo...

Se interrumpió porque el hombre, con la boca y la mandíbula tendida hacía adelante, le clavaba la mirada de sus ojos supurantes con una mezcla de miedo y rabia, la rabia de quien ataca todo lo que no entiende. Pero no dijo nada y, después de un momento, Kelderek tartamudeó.

—Es... la verdad. No quiero tomarte de tonto...

—Mejor que no lo hagas —contestó el hombre—. ¿Entonces no estás solo?

—Nunca he estado más solo en mi vida.

El hombre sacó el cuchillo, agarró a Kelderek por la muñeca y lo obligó a ponerse de rodillas. Kelderek miró la cara violenta, contraída.

—¿Qué es eso del oso, entonces? ¿En qué andas... qué sabes de la otra... la mujer, eh?

—¿Qué otra? Por el amor de Dios, no sé a qué te refieres.

—¿No lo sabes?

Sin aliento, Kelderek meneó la cabeza y tras unos instantes el hombre lo soltó.

—Mejor que vengas y veas, mejor venir y ver. Pero cuidado, nada de trampas.

Siguieron marchando, el hombre siempre aferrado a su cuchillo y Kelderek con ciertas ganas de huir entre los bosques. Sólo su agotamiento lo retenía, porque probablemente el hombre lo iba a perseguir, lo iba a alcanzar y lo iba a matar. Cruzaron una cresta y descendieron una barranca hasta un arroyo estancado y triste. Había humo entre los árboles. Un pedazo de terreno sobre la ribera, en cierto modo despejado, estaba lleno de huesos, plumas y otras basuras. A uno de los lados, cerca del agua, había una choza torcida, sin chimenea, hecha de ramas, palos y barro. Había enjambres de moscas, tres o cuatro pieles tendidas a secar y algunos pájaros negros —grajos o cuervos— metidos en una jaula de madera sobre el terreno pantanoso. El lugar, como una canción fuera de tono, parecía una ofensa al mundo, para la cual el único remedio posible era el olvido total.

El hombre nuevamente asió de la muñeca a Kelderek y lo condujo y en parte lo arrastró hacia la cabaña. Una cortina de pieles polvorientas colgaba de la entrada. El hombre sacudió la cabeza e hizo señas con el cuchillo, pero Kelderek, estupidizado por la fatiga, el miedo y el asco, no entendió que debía entrar primero. El hombre, agarrándolo del hombro, lo empujó, de modo que cayó contra la cortina. La hizo a un lado, bajó la cabeza y entró.

Las paredes rodeaban un único espacio maloliente y en un extremo ardía un fuego. Había poca luz porque, fuera de la puerta encortinada y de un agujero en el techo, por el cual escalaba un poco del humo, no había aberturas; en un rincón, sin embargo, distinguió una forma humana, envuelta en una capa y sentada dándole la espalda, en un tosco banco junto al fuego. Mientras trataba de ver, inclinándose y evitando el cuchillo que lo pinchaba por detrás, la figura se levantó, se dio vuelta y lo miró. Era la Tuguinda.

40

Rúvit

A veces nos vemos enfrentados por un hecho vergonzoso del pasado, un hecho acabado pero no borrado, como las ruinas de la casa de un hombre pobre que un señor egoísta mandó destruir porque así le convenía, o el cuerpo de un niño no deseado, que el río arroja sobre una orilla; así, tropezamos inesperadamente con una acusación que ninguna bravuconada puede desafiar y ninguna lengua ágil dejar de lado, una acusación que no se hace en voz alta, ante los oídos del mundo, sino tranquilamente, cara a cara, sin rabia, tal vez incluso sin palabras, a alguien que no está preparado para enfrentar su propia confusión, culpa y remordimiento. Los que han sido profundamente heridos, como los espectros, no necesitan hablar a sus opresores y acusarlos ante la multitud. Mucho más terrible, de lejos, es su inesperada y silenciosa reaparición en algún lugar retirado, a una hora inesperada.

La Tuguinda estaba de pie junto al banco, con los ojos entornados por el humo. Por un rato no lo reconoció. Después se sobresaltó y echó hacia atrás la cabeza. En el mismo instante Kelderek, con un sollozo brusco y penetrante se metió la mano entre los dientes, se volvió y ya estaba casi en la entrada cuando fue empujado violentamente hacia atrás y cayó al suelo. El hombre, cuchillo en mano, lo observaba, mordiéndose los labios y resoplando con una excitación de fiera. Este individuo, comprendió Kelderek en aquel instante atroz, era alguien para quien el asesinato era trabajo y deporte de todos los días. En su mente ofuscada la violencia cuelga siempre, precariamente, como una espada de un hilo; el miedo o la fuga del otro excita tan poderosamente como se excita un gato al ver escurrirse a un ratón. Este era un bandido que había sobrevivido y tenía la cabeza a precio, algún asesino a sueldo que ya no era útil a sus empleadores y había atravesado el Vrako antes de que algún espía lo denunciara. ¿Cuántos vagabundos solitarios habría matado en este lugar?

El hombre, inclinado sobre él, respiraba con un jadeo bajo y rítmico. Kelderek, apoyado en el codo, procuró en vano devolver la mirada insana con una expresión de autoridad. Cuando sus ojos se cerraron, la Tuguinda habló desde atrás.

—¡Cálmate, Rúvit! Conozco a este hombre... es inofensivo. No debes herirlo.

—Estaba escondido en el bosque y habló del oso. «Trampas, pensé, trampas. Hazlo marchar, no le digas nada, así es. Averigua lo que busca, averigua y...».

—No te hará nada, Rúvit. Ven a reanimar el fuego y después de la cena volveré a lavarte los ojos. Deja ese cuchillo.

Llevó al hombre gentilmente hasta el fuego, hablándole como a un niño, y Kelderek los siguió, no sabiendo qué hacer. Al oír la voz de la Tuguinda se le llenaron de lágrimas los ojos, y las secó sin una palabra. El hombre ya no le prestó atención y Kelderek se sentó en un taburete desvencijado, observando a la Tuguinda,

que se arrodilló para abanicar el fuego, puso una marmita y movió las brasas con un tizón roto. Una vez lo miró, pero él bajó la vista; y cuando volvió a mirarla, ella estaba ocupada con una lámpara de arcilla, que preparó y después encendió con una rama. La pálida y única llama lanzaba sombras por el suelo y, cuando llegó la oscuridad, pareció iluminar menos la destartalada cabaña que servir, mientras goteaba y se agitaba con las ráfagas que penetraban por las paredes mal construidas, como recuerdo de cuán indefensos estaban todos aquellos que, como Kelderek, tenían la desdicha de ser como ella, visibles y solitarios en esta triste comarca.

La Tuguinda había envejecido, pensó, y tenía la expresión de alguien que ha sufrido pérdidas y desilusiones. Sin embargo era inextinguible; un fuego que queda en los rescoldos, un árbol despojado por el huracán invernal. En aquel horrible lugar, sin ayuda y sin seguridad, sola con un hombre que la había traicionado y otro medio loco y probablemente asesino, su autoridad se afirmaba con tranquilidad y firmeza; en parte una autoridad tan mundana como la de algún granjero honrado y astuto que charla y convence que es mejor no intentar engañarlo. Pero detrás de aquel fondo abierto del espíritu percibía, como lo había percibido hacía tiempo —y comprendió que incluso el desposeído y asesino Rúvit debía sentirlo, del mismo modo que un perro percibe la alegría o el pesar en una casa— la comarca más profunda y misteriosa de la fuerza de ella. Poseía no sólo la inmunidad de la sacerdotisa, del peregrino y del médico, sino también la que le confería el misterio al cual servía, el poder que había sentido aun antes de conocerla, cuando había estado acurrucado en la canoa que se deslizaba hacia Quiso en la oscuridad: No era de extrañar, pensó, que Ta-Kominion hubiera muerto. No era sorprendente que la terca y feroz ambición que lo había cegado a la fuerza de la Tuguinda, lo hubiera envenenado sin remedio.

Se puso a considerar la forma de su propia muerte. Algunos, o así le habían dicho, habían arrastrado sus vidas más allá del Vrakó, hasta que los precios que habían puesto sobre sus cabezas, e incluso la naturaleza de sus crímenes, quedaron olvidados, y sólo la propia desesperación y las mentes confundidas les impidieron volver a las ciudades donde ya no había nadie que pudiera recordar lo que habían hecho. Esta supervivencia no era para él. Shardik —¡si tan sólo pudiera encontrarlo!— por lo menos le iba a tomar la vida que tantas veces él le había ofrecido; iba a tomar su vida antes de que el despreciable deseo de sobrevivir en cualquier forma lo transformara en una criatura como Rúvit.

Perdido en estos pensamientos oyó poco o nada de lo que estaba pasando entre Rúvit y la Tuguinda cuando esta terminaba de preparar la comida. Vagamente estaba consciente de que, si bien Rúvit se había quedado tranquilo, tenía siempre miedo de la oscuridad que llegaba, y que la Tuguinda lo estaba animando. Se preguntó cuánto tiempo habría vivido aquí el hombre, enfrentando solo la noche, qué habría ocurrido para que esta vida —una vida dura, sin duda, incluso para un fugitivo que había

pasado el Vrako— fuera la única que se atrevía a vivir.

Después de un tiempo la Tuguinda le trajo comida y, al pasársela, posó un instante la mano en su hombro. Él no dijo nada, y sólo agachó la cabeza con aire abatido, incapaz de encontrarle la mirada. Pero una vez que hubo comido, como suele ocurrir, algunos jirones de espíritu volvieron a él involuntariamente. Se sentó más cerca del fuego y se puso a contemplar a la Tuguinda, que enjugaba la supuración de los ojos de Rúvit y los lavaba con una infusión de hierbas. Él se mostraba tranquilo y dócil con ella y, por momentos, casi parecía ser lo que hubiera sido si el mal no lo hubiera consumido: un ganadero correcto y estúpido, tal vez, o algún tabernero de maneras ásperas.

Durmieron vestidos sobre el suelo, como lo imponía la necesidad. La Tuguinda no se quejó de la suciedad o de la falta de comodidades: ni siquiera de los parásitos, que no los dejaban en paz. Kelderek durmió poco, porque desconfiaba de Rúvit tanto en lo que a sí mismo se refería como en lo que se refería a la Tuguinda: al parecer sin embargo, el pobre hombre aprovechó la oportunidad de una noche de sueño sin temores supersticiosos, pues no se movió hasta la mañana.

Poco después de despuntar el día Kelderek encendió el fuego, encontró un balde de madera y, contento de levantarse en el aire fresco, se dirigió hacia la orilla, se lavó y volvió con agua para la Tuguinda. No podía decidirse a despertarla, pero volvió a salir de nuevo a la primera luz del sol. Su resolución no había cambiado. En verdad, veía ahora en sí mismo un abismo como el que había contemplado desde la llanura de Urtah. La maldad blasfema en la que había participado, que Ta-Kominion había infligido a la Tuguinda, era tan sólo parte de un mal más vasto, de mayores alcances, de su propia conducta; el sacrilegio contra Shardik mismo y todo lo que había derivado de ello. Rantzay, Mollo, Elleroth, los niños vendidos como esclavos en Bekla, los soldados muertos, cuyas voces habían revoloteado a su alrededor, en lo oscuro, aparecieron punzantes, lastimados y agudos en su mente, mientras permanecía de pie junto al riachuelo. Cuando la Puerta Tamarrik se había derrumbado finalmente, recordó, había habido una gran ruptura central, desde la cual habían irradiado fisuras y grietas, fragmentos de madera exquisitamente labrada, pedazos de plata abollados, imágenes aplastadas, ya irreconocibles en las ruinas. Los ortelganos habían vociferado y saludado, prorrumpiendo en medio del desastre con gritos de «¡Shardik, Shardik!».

Sus lágrimas corrían en silencio. «¡Acepta mi vida, Señor Shardik! ¡Oh, Dios, toma mi vida!».

Oyó unos pasos detrás de él y, dándose vuelta, vio que su plegaria había sido oída. A una distancia de unos pocos metros estaba Rúvit parado, mirándolo con un cuchillo en la mano. Él se arrodilló, ofreciendo su garganta y su corazón, y abriendo los brazos, como si éste fuera un huésped esperado.

—¡Golpea pronto, Rúvit! ¡Antes de que tenga tiempo de asustarme!

Rúvit lo contempló un momento asombrado; luego, envainando el cuchillo, dio un paso hacia adelante con una sonrisa oblicua y astuta, tomó la mano de Kelderek y lo hizo levantarse.

—¡Bah, bah, bah, viejo! ¡No hay que tomar las cosas de ese modo! Al principio se vuelve difícil la cosita, pero las anguilas se hacen al desuello, ya sabes lo que se dice: nunca hay que mirar atrás al Vrako, porque te vuelve loco. Yo estaba por matar un pájaro. Algunos le retuercen el pescuezo: yo siempre les corto la cabeza. —Miró por encima del hombro hacia la puerta que tenía detrás y murmuró—: ¿Sabes una cosa? Esa mujer es una sacerdotisa; es lo que es. Si puede volver, va a tener que poner una palabrita a mi favor, aunque ayer quería verte muerto. Pero no es así. ¡Ah...! Pon una palabrita por mí, me dice. Es la verdad. ¿Crees que es la verdad? ¿O no?

—Es la verdad —contestó Kelderek—. Podría conseguirte un indulto en cualquier ciudad, desde Ikat hasta Dellguy. Es para raí que no lo puede conseguir.

—Tienes que hacerte olvidar aquí, muchacho, hacerte olvidar, esa es la cosa. Cinco años, diez años, hazte amigo de las pulgas por diez años, como se dice.

Mató el pájaro, lo desplumó y lo destripó, dejando las vísceras sobre el suelo. Volvieron juntos a la cueva. Dos horas más tarde Kelderek, después de haber dado a Rúvit lo que quedaba de la comida que había traído de Kabin, se puso en marcha con la Tuguinda bordeando la orilla de la bahía.

La leyenda de los Senderos

Él seguía sin atreverse a hablar del pasado. Por último dijo:

—¿Adónde vas, Säiyet?

Ella no contestó inmediatamente y, después de un rato, preguntó:

—Kelderek, ¿estás buscando al señor Shardik?

—Sí.

—¿Con qué fin?

Él se sobresaltó, recordando el extraño poder que ella tenía de discernir más de lo que se había hablado. Si había percibido su intención, sin duda iba a tratar de disuadirlo, aunque Dios sabía que ella era, entre todos, la persona con menos razones para desear que su vida se prolongara. Luego se dio cuenta de lo que ella estaba pensando.

—El Señor Shardik nunca volverá a Bekla —dijo—. Es algo bastante seguro. Y tampoco he de volver yo.

—¿No eres rey de Bekla?

—Ya no.

Dejaron la bahía y empezaron a seguir un camino que llevaba hacia el Este, sobre la otra cadena de montes. La Tuguinda subía lentamente y en más de una ocasión se detuvo a descansar. «No tiene ya fuerzas para esta vida», pensó él. «Incluso en caso de que no hubiera peligro, ella no debería estar aquí». Empezó a preguntarse cómo podría convencerla de que había que volver a Quiso.

—Säiyet: ¿por qué has venido aquí? ¿También buscas tú a Shardik?

—Recibí noticias en Quiso de que el Señor Shardik se había ido de Bekla, y luego que había atravesado la llanura hasta los montes que están al Oeste de Guelt. Naturalmente, me puse a buscarlo.

—Pero ¿por qué, Säiyet? No debiste haber emprendido ese viaje. Las dificultades...

—Te olvidas, Kelderek —la voz era dura—. Como Tuguinda de Quiso estoy obligada a seguir al Señor Shardik mientras eso sea posible... Es decir, mientras el Poder de Dios no esté sometido al poder de los hombres.

Él guardó silencio, lleno de vergüenza; pero más tarde, cuando ella marchaba adelante, monte abajo, él preguntó:

—¿Y tus mujeres?... ¿Las otras sacerdotisas? ¿Te fuiste sola de Quiso?

—No: me llegaron noticias también a mí del avance hacia el Norte de Santil-ke-Erketlis. Yo ya sabía que él tenía intenciones de movilizarse en la primavera y que contaba con tomar a Kabin. Neelith y otras tres muchachas salieron para Kabin conmigo íbamos con la intención de buscar al Señor Shardik desde allí.

—¿Hablaste con Erketlis?

—Hablé con Elleroth de Sarkid, quien me contó cómo había escapado de Bekla. Estaba bien dispuesto hacia mí, porque hace cierto tiempo curé al marido de su hermana un brazo emponzoñado. También me dijo que el Señor Shardik había atravesado el Vrako por las estribaciones que están al Norte de Kabin, dos días antes.

—¿Dices que Elleroth te trató como amigo?... Y, sin embargo, ¿cómo te dejó partir sola, sin escolta, a través del Vrako?

—Él no sabe que yo he atravesado el Vrako. Elleroth se mostró amistoso conmigo, pero hubo una cosa en que no pudo hacer nada. No quiso darme ayuda para encontrar al Señor Shardik o salvar su vida. Para él y para sus soldados no es nada más que el dios de sus enemigos y de todas las cosas contra las que ellos luchan —hubo una pausa y luego, con un temblor momentáneo en la voz añadió—: dijo que era... el dios de los traficantes de esclavos.

Kelderek no sabía que se podía sufrir tan amargamente.

—Me habló de su hijo —siguió diciendo 19 Tuguinda— y después de eso ya no le pregunté nada más de él. También me dijo que algunos de sus soldados se habían encontrado con el Señor Shardik en las colinas y estaban seguros de que estaba muriéndose. Le pregunté por qué no lo habían matado y me contestó que habían tenido miedo de intentarlo. Así es que yo misma no creo que el Señor Shardik esté muriendo. En ese instante él iba a hablar, pero ella continuó:

—Había confiado en que Elleroth me iba a dar algunos soldados para que nos acompañaran a través del Vrako. Pero cuando me di cuenta que era inútil pedir, le dejé creer que teníamos intenciones de volver a Quiso, pues sin duda habría tratado de impedir que yo cruzara sola el Vrako.

—¿No podía alguna de las muchachas ir contigo, Säiyet?

—¿Crees que las traería a este país... la cocina de los ladrones de este mundo? Me suplicaron que las dejara venir. Yo les dije que volvieran a Quiso. Y como están obligadas por juramento a obedecerme, así lo hicieron. Después soborné a los guardias del vado y una vez que atravesé el río me dirigí hacia el Norte, como tú.

—Säiyet, ¿adónde intentas ir ahora?

—Creo que Shardik está tratando de volver a su propio país. Marcha en dirección al Telthearna y lo va a cruzar si puede. Por lo tanto, yo me voy a Zeray, a esperarlo a lo largo de la costa Oeste. Y si ya ha cruzado a nado el Telthearna, podemos oír algo de esto en Zeray.

—Tal vez Elleroth tenía razón. Shardik puede estar muriendo, porque después de salir de Bekla lo hirieron cruelmente.

Se detuvo, se dio vuelta y lo miró fijamente.

—¿Elleroth te dijo eso?

Él meneó la cabeza.

Ella se sentó pero no dijo nada más y continuó mirándolo con ojos llenos de incertidumbre e interrogación. Él, buscando nuevas palabras, tuvo finalmente una salida:

—Säiyet, los Senderos de Urtah... ¿Qué misterio tienen?... ¿Qué sentido tienen?

Al oír esto, ella dejó escapar una bocanada de aire, como de miedo y consternación; luego, recobrándose, contestó:

—Sería mejor que me dijeras lo que tú mismo sabes.

Él le dijo cómo había seguido a Shardik fuera de Bekla y como habían atravesado la llanura. Ella escuchaba en silencio hasta que él llegó a la aventura en Urtah, pero cuando se refirió a su despertar y a Shardik herido, trepando desde el Sendero para espantar a sus atacantes, se echó a llorar amargamente, con sollozos sonoros, como las mujeres cuando lloran a los muertos. Asustado por este intenso dolor en alguien en quien él siempre había pensado como un ser con el cetro extendido sobre todas las calamidades que acechan al corazón del hombre, esperó con paciencia desesperanzada, pétrea, sin intentar inmiscuirse en el dolor de ella, pues sentía que éste manaba de algún amargo conocimiento que también él iba a poseer muy pronto.

Finalmente, tranquilizándose un poco, ella empezó a hablar; tenía la voz de una mujer que, después de enterarse de alguna pérdida irreparable, entiende que a partir de ese punto su vida no ha de ser nada más que una espera de la muerte.

—Me has preguntado, Kelderek, por los Senderos de Urtah. Te diré lo que sé, aunque es muy poco, porque el culto es un secreto guardado y que hereda cada generación y que tanto temor suscita que nunca oí hablar de nadie que se haya atrevido a tratar de penetrar en estos misterios. De todos modos, aunque yo, gracias a Dios, nunca he visto los Senderos, sé un poco de ellos... lo poco que se me dijo por ser la Tuguinda de Quiso. Nadie conoce la profundidad de los Senderos, porque nunca nadie ha descendido hasta sus profundidades y ha vuelto. Algunos dicen que son las bocas del infierno y que las almas de los malvados entran allí de noche. Dicen también que basta mirar hacia abajo y gritar hacia ellos para suscitar un tormento capaz de enloquecer a un hombre.

Kelderek, con los ojos fijos en la cara de ella, asintió.

—Es verdad.

—Nadie conoce la antigüedad de este culto ni sabe en qué consiste. Pero puedo decirte esto. Siempre, durante centenares de años el misterio de ellos en Urtah ha sido la retribución de los malvados... Es decir, de aquellos cuya retribución fue ordenada por Dios. Muchos son malvados, como tú lo sabes, pero no todos los malvados encuentran el camino hasta los Senderos. Este... es lo que siempre he entendido, es el modo de este asunto aterrador. El hacedor de mal es alguien cuyo crimen clama al cielo, más allá de toda restitución o perdón, uno cuya vida, al continuar, mancilla la tierra misma. Y es siempre gracias a algún accidente que él llega, al parecer, a Urtah:

él ignora la naturaleza del lugar adonde su viaje lo ha llevado. Puede estar solo o acompañado, pero él siempre cree que es por casualidad o por algún asunto propio que ha ido a parar a Urtah por su propia voluntad. Pero los que allí observan, los que lo ven llegar... ellos lo reconocen como lo que es y saben qué tienen que hacer. Le hablan amablemente y lo tratan con cortesía, pues por muy atroz que sea su crimen el deber de ellos no es odiarlo, como el rayo no odia al árbol. Son tan sólo los agentes de Dios. Y tampoco le tenderán trampas. Hay que mostrarle el lugar y preguntarle si conoce su nombre. Sólo cuando él contesta «No», ellos deben persuadirlo de que vaya a los Senderos. Aun entonces tiene que...

Se detuvo de golpe y miró a Kelderek.

—¿Entraste al Sendero?

—No, Säiyet. Como te decía, yo...

—Ya se lo que me dijiste. Te estoy preguntando, ¿estás seguro de que no entraste en el Sendero?

Él la miró fijamente, frunciendo el ceño; después asintió con la cabeza.

—Estoy seguro, Säiyet.

—Él tiene que entrar al Sendero por cuenta propia. Una vez que lo ha hecho, nada puede salvarlo. La tarea de ellos consiste en matarlo y arrojar el cuerpo a las profundidades del Sendero. Algunos de los que han muerto allí han sido hombres de rango y de poder, pero todos han sido culpables de algún hecho cuya vileza y crueldad se apodera de las mentes de quienes oyen mencionar la cosa. Habrás oído hablar de Hypsas: él provenía de Ortelga.

Kelderek cerró los ojos, golpeándose la rodilla con una mano.

—Me acuerdo. Dios quisiera que no.

—¿Sabes que murió en los Senderos? Intentó escapar a Bekla o tal vez a Paltesh, pero finalmente llegó a Urtah.

—No lo sabía. Sólo dicen que desapareció.

—Muy pocos saben lo que te he contado. Y son sacerdotes y gobernantes en su mayoría. El rey Manvarizón, de Terekenalt, el abuelo del rey Karnat el Alto. Ese quemó viva a la mujer de su hermano muerto, junto con el hijo de ella, su sobrino, el rey por derecho, cuya vida y trono había jurado defender. Cinco años después estaba en la llanura de Bekla a la cabeza de su ejército y llegó a Urtah con unos cuantos de sus hombres y el propósito, según creía él, de espiar la región para sus fines. Se acercó corriendo al Sendero, huyendo tan sólo de un pastorcito que estaba apacentando ovejas, o de algún otro muchachito que nadie podía ver. Vieron que desenvainaba la espada, pero la tiró al suelo mientras corría, y sin duda sigue allí donde cayó, porque ninguna posesión de la víctima es recogida nunca, enterrada o destruida.

—¿Dices que todos los que entran a los Senderos deben morir?

—Sí, a partir de ese momento su muerte es segura. Puede haber algún aplazo, pero es raro, casi desconocido. Una vez en cien años, tal vez, ocurre que la víctima sale viva del Sendero: en ese caso nadie la tocará, pues ese es un signo de que Dios la ha santificado e intenta utilizar su muerte para algún propósito misterioso y sagrado que él conoce. Hace mucho, mucho tiempo hubo una mujer que huyó con su amante atravesando la llanura de Bekla. Sus dos hermanos, hombres duros y crueles, la siguieron, pues tenían intenciones de matar a los dos, y ella notó que su amante tenía miedo. Estaba decidida a salvarlo. Se escapó de noche y fue hasta donde estaban durmiendo sus hermanos, por amor a él, pero no se atrevió a matarlos sino que los cegó en medio del sueño. Más tarde, en qué forma no lo sé, llegó sola a Urtah, y allí fue apuñalada y su cadáver se tiró al Sendero. Pero esa noche salió de allí viva, aunque herida casi de muerte. La dejaron salir y murió al dar a luz un niño. Ese niño fue el héroe U-Deparioth, el liberador de Yelda y el primer Ban de Sarkid.

—¿Es por eso que Elleroth conoce lo que me has contado?

—Sabe eso y más, porque la Casa de Sarkid ha sido honrada por los sacerdotes de Urtah desde esos días hasta ahora. Sin duda debe haber tenido noticias de lo que ocurrió al Señor Shardik y a ti en Urtah.

—¿Cómo es posible que yo nunca haya oído hablar de los Senderos en Bekla? Sabía muchas cosas, pues había hombres a sueldo que debían contarme todo. Pero nunca oí hablar de esto.

—Pocos lo saben, y de esos ninguno te lo diría.

—¡Tú me lo has dicho!

Ella se echó a llorar una vez más.

—Ahora creo lo que Elleroth me dijo en Kabin. Ahora sé por qué sus hombres no hirieron al Señor Shardik y por qué te perdonaron la vida. Sin duda a él no le dijeron que tu no habías entrado en el Sendero. Tenía que insistir en que se perdonara tu vida, pues en cuanto supo que el Señor Shardik, y tú, como supuso, habíais salido vivos de los Senderos, entonces debe haber sabido que nadie debe ser tocado so pena de sacrilegio. La muerte de Shardik ha sido señalada por Dios y es segura... ¡segura!

Parecía abrumada por el dolor.

Kelderek le tomó la mano.

—¡Pero Säiyet! ¡El Señor Shardik no es culpable de nada malo!

Ella levantó la cabeza, mirando los tétricos bosques.

—Shardik no ha cometido nada malo —se volvió y lo miró francamente a los ojos—. Shardik... no ¡Shardik no ha hecho nada malo!

El camino de Zeray

Él no sabía adonde llevaba el sendero, ni siquiera si la dirección era al Este, porque los árboles eran espesos y ellos avanzaban a media luz, bajo un tupido techo de ramas. Varias veces tuvo tentaciones de abandonar del todo la leve indicación de un camino e ir sencillamente monte abajo, buscar un arroyo y seguirlo, una receta de viejo cazador que, como él sabía, suele llevar a un caserío o aldea, aunque no siempre fácilmente. Pero se dio cuenta que la Tuguinda no estaba en condiciones de hacer tal viaje. Desde que habían reanudado la marcha ella había hablado poco y caminaba — así le parecía a él— como alguien que va adonde no desea. Nunca antes le había parecido a él tan abatida de espíritu. Recordó la forma en que una vez, en el camino de Guelt, había marchado con deliberación monte abajo, impertérrita ante el humillante arresto a manos de Ta-Kominion. Él pensó que ella había confiado en Dios entonces. Ella había sabido que Dios puede permitirse esperar y, por lo tanto, también ella. Aún antes de haber enjaulado él a Shardik, a costa de la vida de Rantzay, la Tuguinda había sabido que iba a llegar el momento en que se le iba a pedir que siguiera al Poder de Dios. Ella había reconocido, cuando éste llegó, el día de la liberación de Shardik de la prisión en la que él lo había puesto. Lo que ella no había previsto era Urtah —el destino ordenado por el sangriento dios-animal de los ortelganos, en cuyo nombre sus seguidores habían...

Incapaz de soportar estos pensamientos, echó la cabeza hacia atrás, golpeándose la frente con una mano y azotando los matorrales con su bastón. La Tuguinda no pareció advertir esta súbita violencia y caminaba lentamente, como antes, con la mirada fija en el suelo.

—En Bekla —dijo él, interrumpiendo el silencio— yo sentí muchas veces que estaba cerca de un gran secreto que iba a ser revelado por intermedio del Señor Shardik, un secreto que iba a mostrar a los hombres finalmente el significado de sus vidas en la tierra; cómo proteger el futuro, cómo vivir seguros. Ya no iban a ser más ciegos e ignorantes, sino siervos de Dios, enterados de cómo quiere Él que se viva. Sin embargo, aunque he sufrido mucho, tanto despierto como dormido, nunca conocí ese secreto.

—La puerta estaba cerrada —contestó ella desganadamente.

—Fui yo quien la trancó —dijo él, y guardó silencio una vez más.

Avanzada la tarde salieron por fin de los bosques y llegaron a un caserío miserable, tres o cuatro cabañas junto a un arroyo. Dos hombres que no pudieron entenderlo y que chapurreaban entre ellos una lengua que él nunca había oído, lo tantearon de la cabeza a los pies, pero no hallaron nada que robar. También habrían manoseado y tanteado a la Tuguinda si él no hubiera tomado a uno de ellos por la

muñeca y no lo hubiera apartado de un empujón. Evidentemente ellos pensaron que las posibilidades de ganar no valían la pelea, porque retrocedieron mascullando juramentos, o algo que lo parecía, y haciendo ademanes para que se fuera. Antes que la Tuguinda y él se hubieran alejado a una distancia de una pedrada, sin embargo, una mujer enjuta y harapienta llegó corriendo detrás de ellos, les tendió un pedazo de pan duro y, con una sonrisa que dejaba ver unos dientes ennegrecidos, señaló hacia las cabañas. La Tuguinda devolvió la sonrisa, aceptando la invitación sin dar señales de miedo, y él, sintiendo que poco importaba lo que pudiera ocurrirle, no se opuso. La mujer, que hizo unas reconvenções chillonas a dos hombres que estaban de pie a cierta distancia, hizo sentar a los invitados en un banco que estaba junto a una de las cabañas y les trajo unos tazones de sopa chirle, con una especie de raíz gris e insípida que dejaba al romperse unas hilachas fibrosas en la boca. De cuando en cuando uno de los hombres ceñudos se acercaba y le ofrecía una taza de vino débil, agrio, que bebía primero para mostrar que no había peligro. Kelderek bebió y le dio gravemente las gracias a su anfitrión; después contempló la salida de la luna y más tarde, invitado a entrar a una de las cabañas, se echó a dormir en el suelo.

En medio de la noche Kelderek se despertó y vio otro hombre que estaba sentado con las piernas cruzadas junto a un fuego muy débil. Por un rato se sentó junto a él sin hablar, pero finalmente, cuando el hombre se inclinó para mover el fuego con una rama; él señaló hacia el arroyo cercano y dijo: —¿Zeray?— El hombre asintió con la cabeza y, apuntando hacia él repitió —¿Zeray?— luego, cuando él asintió a su vez, tuvo una risa breve e hizo la mímica de un hombre que huye y mira hacia atrás en busca de perseguidores. Kelderek se encogió de hombros y no dijo nada más; los dos siguieron sentados, uno al lado del otro, hasta que rompió el día.

No había ningún sendero junto al arroyo y la Tuguinda y él siguieron el cauce arduamente a través de otro tramo de selva, de dónde emergía para precipitarse en una serie de caídas por una ladera rocallosa. De pie en la parte alta miró en derredor hacia la llanura de abajo. Por algunos kilómetros, hacia la izquierda, las montañas formaban una línea en dirección al Este. Siguiendo la cadena con la mirada pudo divisar, muy lejos hacia el Este, una línea delgada, plateada, tenue y constante bajo la luz del sol. La señaló.

—Eso debe ser el Telthearna, Säiyet.

Ella asintió, y después de unos instantes él dijo:

—No creo que el Señor Shardik pueda nunca llegar hasta ahí. Y si no lo podemos rastrear cuando lleguemos, supongo que ya nunca sabremos qué se hizo de él.

—O tú o yo —contestó ella— encontraremos de nuevo al Señor Shardik. Lo vi en un sueño.

Después de mirar intensamente un rato en dirección al Sudeste, la Tuguinda marchó hacia adelante, monte abajo, entre las grandes piedras tumbadas.

—¿Qué viste, Säiyet? —preguntó Kelderek cuando se pararon a descansar.

—Estaba buscando indicios de Zeray —contestó ella— pero, naturalmente, desde tan lejos no se puede ver nada. —Y él, aceptando el malentendido, que podía ser deliberado de parte de ella o no, no le preguntó nada más sobre Shardik.

Desde el pie de la ladera se extendía una vasta zona pantanosa, donde se hundían hasta las rodillas mientras marchaban siguiendo la corriente entre charcos y matas de juncos.

Atravesaron el pantano en unas horas y llegaron finalmente a un camino y luego a una aldea, la única que se había visto al Este del Vrako, y la más pobre y miserable que él nunca había visto. Estaban descansando a cierta distancia de ésta cuando un hombre que llevaba un hato de ramas pasó al lado de ellos y Kelderek, dejando a la Tuguinda sentada junto al camino, lo alcanzó y preguntó una vez más qué camino había que seguir hasta Zeray. El hombre señaló hacia el Sudeste, contestando en beklano:

—Medio día de viaje, más o menos. No llegarás antes que anochezca.

Luego, en voz más baja y echando una mirada a la Tuguinda, añadió: —¡Pobre vieja! ¡Que gente como ésta tenga que ir a Zeray!— Sin duda Kelderek lo miró severamente, porque él añadió sin demora: —No es asunto mío... No tiene buena facha: eso es todo. Un poco de fiebre, tal vez—. E inmediatamente prosiguió su camino con su fardo, como asustado ya de haber hablado demasiado en este país en donde el pasado era algo así como astillas filosas enterradas en las mentes de los hombres, y una palabra imprudente equivalía a dar un paso en falso en la oscuridad.

Apenas habían llegado a las primeras chozas y la Tuguinda se apoyaba pesadamente en el brazo de Kelderek, cuando un hombre les cerró el camino. Estaba sucio, no sonreía y tenía tatuajes azules en las mejillas y el lóbulo de una oreja atravesado por un hueso afilado del largo de un dedo. No se parecía a nadie que Kelderek hubiera visto entre las multitudes de varias razas de Bekla, pero cuando habló lo hizo en un beklano deformado y espeso, en que cada palabra se desplazaba para dejar entrar a la siguiente.

—¿Venir dónde?

Kelderek señaló hacia el Noroeste, donde el sol empezaba a hundirse.

—¿Lugar altos árboles? ¿De allá tú caminar?

—Sí, desde más allá del Vrako. Vamos a Zeray. Permíteme que te ahorre la molestia —dijo Kelderek—. No tenemos nada que valga la pena y esta mujer, como ves, ya no es joven. Está rendida.

—Enferma. Lugares árboles altos enfermos muchos. No sentarse aquí. Irse.

—No está enferma. Sólo cansada. Te ruego que...

—¡No sentarse! —gritó el hombre duramente—. ¡Fuera!

La Tuguinda le iba a hablar cuando, de repente, el hombre volvió la cabeza y

lanzó un grito; otros hombres empezaron a surgir de las chozas. El hombre tatuado gritó: «¡Mujer enferma!» en beklano, y siguió hablando en otro idioma. Los otros cabeceaban afirmativamente y decían: «¡Ay, ay!». Después de unos instantes la Tuguinda, dejando el brazo de Kelderek, se volvió y empezó a caminar lentamente de vuelta al camino. Él la siguió. Al llegar a su lado una piedra le golpeó el hombro, de modo que tambaleó y se apoyó en él. Una segunda piedra raspó el polvo que teman a sus pies y la próxima golpeó a Kelderek en un talón. Detrás de ellos se oía una algarabía. Sin mirar a su alrededor, él bajó la cabeza para evitar las piedras, puso un brazo alrededor de los hombros de la Tuguinda y casi la arrastró, casi la condujo por donde habían venido.

Kelderek fue con ella hasta una mancha de hierba y se sentó a su lado. La Tuguinda temblaba, estaba jadeando, pero después de unos instantes abrió los ojos y se incorporó a medias, mirando hacia el camino.

—¡Malditos sean estos, bestias! —murmuró la Tuguinda. Luego encontrando la mirada de él, rió—. ¿No sabías Kelderek, que hay momentos en que todo el mundo dice malas palabras? Y yo tuve hermanos una vez, hace mucho tiempo. —Se puso la mano sobre los ojos y se balanceó un instante—. Esa bestia tenía razón, sin embargo. No estoy bien.

—No has comido nada en todo el día, Säiyet...

—No importa. Si podemos encontrar algún lugar en donde echamos y dormir, llegaremos mañana a Zeray. Creo que allí podremos encontrar ayuda.

Dando vueltas por el terreno cercano, se encontró con un montón de juncos secos y haciendo con ellos una especie de refugio se sentaron, apretados el uno contra el otro para tener calor. La Tuguinda estaba inquieta y afiebrada. Hablaba en sueños de Rantzay y Sheldra y de las hojas de otoño que eran barridas de los Arrecifes. Kelderek se mantuvo despierto, atormentado por el hambre y el dolor que tenía en el talón. Las estrellas se movían a lo lejos y, contemplándolas, se quedó dormido.

Poco tiempo después del alba, por miedo a los aldeanos, despertó a la Tuguinda y la condujo a través de una bruma baja, blanca y fría, como la que había atravesado Elleroth cuando lo iban a ejecutar. Verla reducida a esta debilidad, conteniendo la respiración cuando se apoyaba en él y forzada a descansar después de unos pocos pasos, como un mendigo ciego, no sólo le oprimió el corazón sino que lo llenó de temores, el temor de alguien que ve un portentoso en el cielo y teme el augurio. La Tuguinda, como cualquier otra mujer de carne y hueso, no estaba a la altura de las dificultades y peligros de esta tierra; como cualquier otra mujer, podía enfermarse; tal vez morir. Al contemplar esta posibilidad, comprendió que siempre, incluso en Bekla, la había sentido de pie, llena de compasión e inaccesible, entre él y la quemante verdad de Dios. Él, el impostor, le había robado a ella todo lo de Shardik: su presencia física, su ceremonia, el poder y la adulación; todo esto era de los hombres.

Todo salvo el invisible fardo de responsabilidad que llevaba el mediador señalado de Shardik, el conocimiento interior de que si ella fracasaba no había ningún otro. Había sido ella y no él quien por más de cinco años había soportado un peso espiritual que se había vuelto doblemente pesado por el mal comportamiento que él había tenido con Shardik.

Si ella había de morir ahora, de modo que nada quedara entre él y la verdad de Dios, entonces él, por carecer de la sabiduría y la humildad necesarias, no habría de ser capaz de ponerse en su lugar. Había sido descubierto en sus pretensiones y la última acción del rey-sacerdote fraudulento debía ser no buscar la muerte a manos de Shardik, porque de eso era indigno, sino más bien arrastrarse como una cucaracha que huye de la luz hasta algún rincón de este país de perdición a esperar cualquier muerte que pudiera sobrevenirle por enfermedad o por violencia. Mientras tanto el destino de Shardik seguiría siendo desconocido: desaparecería sin ser visto por nadie, sin ser atendido, como un gran peñasco que se desprende desde una ladera y va rompiendo su camino hacia abajo, descansando finalmente en las selvas sin caminos de más abajo.

Después de todo aquello que había tenido lugar ese día, él sólo recordaba un incidente. Pocos kilómetros más allá de la aldea se encontraron con un grupo de hombres y mujeres que trabajaban en un campo. A cierta distancia de los otros había dos mujeres descansando. Una tenía un niño que amainanaba y las dos, mientras reían y charlaban, comían de una canasta de mimbre. A una distancia de ochocientos metros él convenció a la Tuguinda que debían echarse a descansar, le dijo que volvería pronto y marchó velozmente hacia el campo. Se acercó a las dos mujeres sin ser visto, se presentó súbitamente, robó la canasta y echó a correr. Ellas gritaron pero, como él había calculado, sus amigos se tomaron tiempo en alcanzarlas y no hubo persecución. Ya se había perdido de vista, había devorado la mitad de la comida, se había librado de la canasta y se había reunido con la Tuguinda casi antes de que ellas decidieran que unos pocos bocados de pan y fruta seca no valían la pérdida de trabajo de una muchacha tonta. Al proseguir la marcha con su talón lastimado, forzando a la Tuguinda a tragar los restos de pan y las pasas de uva que había traído, pensó que el hambre y la miseria habían encontrado en él un alumno competente. El mismo Rúvit no podría haberlo hecho mejor, a no ser que hubiera hecho callar a las mujeres con su cuchillo.

Ya llegaba la noche cuando comprendió que debían estar cerca de Zeray. Habían visto poca gente en todo el día, y nadie les había hablado o molestado, sin duda en razón de su pobreza, que los proclamaba indignos de ser robados, en parte, y también a causa de la evidente enfermedad de la Tuguinda. No habían tenido que atravesar más zonas boscosas, y Kelderek había seguido la dirección Sudeste en dirección al sol, a través de un yermo, interrumpido por aquí y por allá por lastimosos campos de

pastoreo y pedazos de tierra arada. Por último llegaron hasta los juncos y las juncias, hasta la orilla de una bahía que él adivinó que debía ser uña entrada del mismo Telthearna. Lo bordearon tierra adentro cierto tiempo, siguieron la desembocadura y llegaron a la ribera meridional; marcharon al lado y, cuando se ensanchó, él pudo ver, más allá de la boca de la bahía, al Telthearna mismo, que era aquí más angosto que en Ortelga y tenía una corriente muy fuerte: la ribera oriental parecía rocosa a la distancia, por encima del agua. Pese a su desesperación, una especie de eco sordo e involuntario de placer lo invadió, una iluminación sofocada del espíritu, débil como el nimbo de la luna detrás de unas nubes blancas. Esa agua había mojado las juncias de Ortelga. Había acariciado el derruido pasaje de Ortelga. Trató de indicárselo a la Tuguinda, pero ella se limitó a menear la cabeza con aire cansado, casi, incapaz de seguir la dirección del brazo de él. Si ella moría en Zeray, pensó él, su último deber consistiría en asegurarse que las noticias fueran llevadas a Quiso. A pesar de lo que ella había dicho, no había muchas esperanzas de encontrar ayuda en una colonia remota y miserable, poblada casi totalmente (era lo que él siempre había entendido) por fugitivos de la justicia provenientes de media docena de países. Podía ver ahora los alrededores, bastante parecidos a los de Ortelga: cabañas y humo de leña, pájaros que trazaban círculos y en el aire del atardecer, donde la luz del sol empezaba a desvanecerse, el fulgor del Telthearna.

—¿En dónde estamos, Kelderek? —murmuró la Tuguinda. Se apoyaba casi con todo su peso en el brazo de él y tenía la cara gris y cubierta por el sudor. Él la ayudó a beber de un manantial claro y luego la acompañó hasta un montículo herboso que estaba cercano.

—Estamos en Zeray, Säiyet, supongo.

—¿Y éste... este lugar?

Él miró en derredor. Estaban en lo que parecía ser una especie de jardín salvaje, descuidado, en el que crecían flores primaverales y árboles relucientes. Por todas partes había riberas bajas y montículos, como el montículo en que estaban sentados; él advirtió que varios de ellos estaban marcados groseramente con piedras o pedazos de madera clavados en el suelo. Algunos parecían nuevos, otros viejos y gastados. A cierta distancia había cuatro o cinco montículos de tierra recién removida, sin hierba y cubiertos con unas pocas flores y unas cuentas negras.

—Este es un cementerio, Säiyet. Debe ser el camposanto de Zeray.

Ella asintió con la cabeza.

—A veces en estos lugares hay un cuidador que espanta de noche a los animales. Tal vez... —Se interrumpió y tosió, pero luego prosiguió, haciendo un esfuerzo:

—Tal vez pueda decirnos algo de Zeray.

—Descansa aquí, Säiyet. Iré a ver.

Avanzó entre las tumbas y apenas había dado unos pasos cuando vio a corta

distancia, la figura de una mujer de pie que oraba. Le daba la espalda y tanto ella como el túmulo que tenía a su lado se perfilaban contra el cielo. A los lados de la tumba había tablas labradas y pintadas, que le daban el aspecto de un gran ropero decorado, en contraste con los descuidados montículos de alrededor, poseía una especie de grandeza. En un extremo habían plantado un palo muy erguido con un pendón, pero la tela colgaba floja, y él no pudo distinguir la divisa. La mujer, vestida de negro y descubierta, como de duelo, parecía joven. Él se preguntó si esa tumba que estaba visitando sola sería la de su marido, y si habría muerto de muerte natural o violenta. Esbelta y graciosa, se recortaba en el cielo pálido, con los brazos extendidos y las manos levantadas con las palmas hacia arriba. Estaba inmóvil, como si para ella la belleza y la dignidad de esta postura tradicional constituyeran una plegaria tan devota como cualesquiera palabras o pensamientos que pudieran proceder de su mente. «Esta», pensó él, «es una mujer a quien le resulta natural expresar sus sentimientos —incluso el dolor— con su cuerpo tanto como con sus labios. Si Zeray cuenta con una mujer capaz de esta gracia, tal vez no esté del todo mal».

Ya se disponía a ir hacia ella cuando el repentino pensamiento de su propia apariencia lo hizo vacilar y apartarse. Desde que había salido de Bekla no había visto ni una sola vez su propio reflejo, pero recordó a Rúvit, como un animal de movimientos torpes y ojos enrojecidos, y a los hombres hediendos y harapientos que habían empezado por indagar y después se habían mostrado cordiales. No podía saber por qué esta mujer estaba sola aquí. Tal vez las mujeres jóvenes en Zeray salían solas, aunque de acuerdo a todo lo que había oído del lugar, esto no parecía probable. ¿Acaso sería una cortesana que estaba llorando a su amante favorito? Cualquiera fuera la razón, la vista de él la iba a alarmar, probablemente la iba a hacer huir. Pero no podía tenerle miedo a la Tuguinda, e incluso podría sentir piedad por ella.

Volvió sobre sus pasos hasta la orilla.

—Säiyet, hay una mujer cerca que está rezando, una mujer joven. Si yo me aproximo a ella solo, se va a asustar. Si te ayudo y marchamos lentamente, ¿podrías venir conmigo?

Ella asintió con la cabeza, mojándose los labios secos y tendiéndole las dos manos. Él la ayudó a levantarse y sostuvo sus vacilantes pasos entre las tumbas. La joven seguía de pie, inmóvil, con los brazos levantados, como solicitando paz y bendiciones para su amigo o amante muerto, envuelto en tierra a sus pies. La postura, —como él se dio cuenta— ya se había vuelto penosa después de cierto tiempo, pero ella no parecía sentir la molestia, ni las moscas importunas ni la soledad del lugar, absorbida en su pena silenciosa y contenida.

Cuando estaban cerca de la tumba, la Tuguinda tosió de nuevo y la mujer, sorprendida, se dio vuelta rápidamente. El rostro era joven, y, aunque todavía hermoso, parecía enflaquecido por penurias y marcado —como él había adivinado—

por las arrugas de un dolor ya establecido. Al ver los ojos de ella, que se abrieron llenos de sorpresa y de miedo, él murmuró rápidamente.

—Habla, Säiyet, o se va a escapar.

La mujer los miraba como si fueran fantasmas; los nudillos de sus manos juntas se apretaban contra la boca abierta y, de repente, a través de su rápida respiración, llegó un grito sofocado. Pero ni corrió ni se dio vuelta para correr, limitándose a mirar fijamente, con asombro incrédulo. El también estaba quieto, con miedo de moverse y tratando de recordar lo que la consternación de ella le sugería. Entonces, en el momento en que él vio que las lágrimas de ella empezaban a correr, la mujer cayó de rodillas, mirando fijamente a la Tuguinda con la mirada de una niña que es hallada inesperadamente por una madre que la busca y que aún no sabe si habrá de mostrarse solícita o enojada. De repente, en una pasión de llanto, se arrojó al suelo, agarró los talones de la Tuguinda y le besó los pies.

—Säiyet —gritó, en medio de sus lágrimas— ¡oh, perdóname! ¡Perdóname, Säiyet, y podré morir en paz!

Levantó la cabeza y los miró, con la cara descompuesta, angustiada por el llanto. Y entonces Kelderek la reconoció y supo en dónde había visto antes esa mirada de miedo. Era Melathys que estaba echada ante ellos, asida de los pies de la Tuguinda.

Una ráfaga de viento que venía del río sopló entre los árboles, agitando y abriendo el pendón, como si algún transeúnte lo hubiera desplegado indolentemente con la mano y lo hubiera dejado caer de nuevo. Por un instante el emblema, una serpiente de oro, se vio claramente, caracoleando como viva; luego cayó y desapareció una vez más entre los pliegues del pendón oscuro.

El relato de la sacerdotisa

—Cuando él llegó —dijo Melathys— cuando él llegó junto con Ankray, hacía ya bastante tiempo que yo estaba aquí, el suficiente para saber que tarde o temprano iba a morir en una u otra forma. Durante el viaje por el río, antes de llegar a Zeray, supe ya lo que podía esperar de los hombres cuando me hacía falta comida o albergue. Pero el viaje fue en un comienzo fácil, aunque yo no lo sabía, todavía estaba alerta y confiada. Tenía un cuchillo, sabía usarlo y siempre estaba allí el río que me podía llevar más allá. —Dejó de hablar, mirando rápidamente a Kelderek que, entorpecido por la primera comida plena que había hecho desde que había salido de Kabin, estaba sentado junto al fuego, bañando sus pies lacerados en una tina con agua caliente y hierbas.

—¿Ha llamado?

—No, Säiyet —dijo Ankray, voluminoso a la luz de la lámpara. Había entrado al cuarto mientras ella hablaba.

—La Tuguinda está ahora durmiendo. A menos que te haga falta algo, iré ahora a velar junto a ella.

—Sí, vela por una hora. Después iré yo mismo a dormir en su cuarto. Dejo a tu cargo las necesidades del señor Kelderek. Y recuerda, Ankray, que cualquier cosa que haya ocurrido al Gran Barón en Ortelga, el señor Kelderek está en Zeray. Este viaje lo arregla todo.

—Ya sabes lo que dicen, Säiyet. En Zeray la memoria tiene un aguijón agudo y el sabio la evita.

—Así, me han dicho. Ve, pues.

El hombre salió, agachándose bajo el dintel, y Melathys, antes de seguir hablando, llenó el jarro de madera con un áspero vino que estaba en una botija de piel de cabra que colgaba de la pared.

—Pero no se sigue a partir de Zeray. Todos los viajes terminan aquí. Muchos, cuando llegan por primera vez, creen que podrán cruzar el Telthearna, pero ninguno, dentro de lo que yo sé, lo ha hecho. La corriente de la mitad del río es horriblemente fuerte y dos kilómetros más abajo está la Garganta de Beril, de la cual nadie puede salir vivo en medio de las caídas y las rocas despedazadas.

—¿Nadie toma el camino de tierra?

—En la provincia de Kabin, si se sabe que un hombre ha cruzado el Vrako desde el Este, se lo mata o se lo obliga a volver.

—Lo puedo creer.

—Al Norte de aquí, cincuenta o sesenta kilómetros corriente arriba, las montañas bajan casi hasta la orilla. Hay una quebrada, Linsho, la llaman, de un ancho de no

más de ochocientos metros. Los que viven allí hacen pagar a los viajeros un peaje antes de dejarlos proseguir. Muchos pagaron todo lo que poseían por llegar al Sur, pero ¿quién podría pagar por ir al Norte?

—¿Nadie?

—Kelderek: veo que no sabes nada de Zeray. Zeray es una roca a la que los hombres se aferran por poco tiempo antes de que la muerte los arrastre. No tienen hogares ni pasado ni futuro, ni esperanza, ni honor, ni dinero. Somos ricos de vergüenza y de nada más. En una ocasión yo vendí mi cuerpo por tres huevos y un vaso de vino. En un principio fueron dos huevos, pero me impuse en el regateo. Conocí a un hombre al que mataron por una moneda de plata y que resultó sin valor para el asesino, porque no la pudo comer, ni gastar, ni usar como arma. No hay mercado en Zeray, no hay sacerdote, ni panadero, ni zapatero. Los hombres cazan cuervos vivos y los crían para comerlos. Cuando yo llegué, el comercio no existía. Aun ahora existe a cuenta gotas, como habré de explicarte. Un grito en la noche pasa inadvertido y las posesiones que un hombre tiene las debe llevar de un lado a otro: no las puede dejar en el suelo.

—¿Pero esta casa? Tienes comida y vino. Y la Tuguinda, gracias a Dios, está en una cama cómoda.

—Las puertas y las ventanas están fuertemente trabadas... ¿te diste cuenta? Sí, tienes razón. Aquí tenemos un poco de comodidades: cuánto tiempo habrán de durar es otra cosa, como habrás de ver cuando termine mi historia.

Eché un poco más de agua caliente en la tina de Kelderek, sorbió su vino, inclinándose sobre el fuego y extendiendo sus hermosos brazos y su cuerpo a uno y otro lado, como bañándose en el calor y la luz. Finalmente siguió diciendo:

—Dicen que a las mujeres les deleita ser deseadas, y tal vez sea así... Algunas y en alguna otra parte. He gritado de miedo mientras dos hombres que se odiaban lucharon con cuchillos para decidir cuál de los dos iba a imponérseme. He sido arrastrada fuera de una cabaña incendiada de noche por el hombre que mató a mi compañero de lecho mientras estaba durmiendo. En menos de tres meses he sido de cinco hombres: dos de ellos fueron asesinados, y el tercero se fue de Zeray después de intentar apuñalarme. Como todos los que dejan el lugar, se fue no por querer ir a otro, sino por miedo de quedarse aquí. No me jacto, Kelderek, créeme. Estos no son asuntos de los que uno se pueda jactar. Mi vida ha sido una pesadilla. No había ningún refugio... ningún lugar donde esconderse. En total no había cuarenta mujeres en Zeray: viejas harpías, ramera, muchachas que vivían aterrorizadas porque estaban demasiado enteradas de algún crimen atroz. Llegué aquí como sacerdotisa virgen de Quiso, cuando todavía no había cumplido veinte años. —Guardó un instante de silencio y luego dijo—: Antiguamente en Quiso, cuando pescábamos el bramba, usábamos carnadas vivas. Dios me perdone; nunca podría volver a hacer eso. Una vez

trate de quemarme la cara en el fuego, pero no tuve bastante valor, como no lo tuve para enfrentar al Señor Shardik. Una noche estaba con un hombre llamado Glabrón, un natural de Tonilda de quien tenían miedo incluso en Zeray. Cuando un hombre es bastante temido aquí, se forma una banda en torno a él, que se dedica a matar y a robar, a meter comida en sus estómagos y mantenerse vivos por un rato. Estas bandas logran asustar a otros en los lugares de pesca, acechan a los recién llegados o les tienden trampas y cosas por el estilo. A veces se ponen a hacer incursiones por las aldeas que están más allá de Zeray, aunque por lo general es muy poco lo que obtienen por sus afanes. Hay poca cosa que encontrar aquí. Los hombres pelean y roban por mantenerse vivos y nada más. Un hombre que no sabe pelear o robar puede contar con vivir tal vez tres meses. Tres años es un buen término de vida para los hombres más fuertes en Zeray. Hay una especie de taberna cerca de la orilla en este extremo del pueblo. Le llaman «El Soto verde», por algún lugar que está en Ikat, creo, ¿o es en Bekla?

—En Bekla.

—Ikat o Bekla, nunca oí que la bebida que allí sirven pudiera volver ciegos a los hombres, ni que el tabernero vendiera ratas y lagartos como comida. Glabrón consiguió una magra manutención a cambio de no destruir el lugar y protegerlo de otro como él. Era vanidoso sí, en Zeray era vanidoso y sentía el placer de ser envidiado por otros: que lo vieran comer cuando estaban hambrientos o insultarlos cuando estaban asustados. Oh, sí, y también atormentaba la lujuria de ellos mostrándoles lo que tenía para sí. «Me llevas allí demasiado seguido», le dije. «Por amor de Dios, ¿no es bastante que yo sea tu propiedad y que el cuerpo de Keriol esté flotando en el Telthearna? ¿Qué diversión encuentras en agitar un hueso ante perros hambrientos?». Glabrón nunca discutía con nadie, y conmigo menos que con nadie. Yo no estaba allí para hablar y él tenía tanta facilidad con las palabras como un cerdo. Esa noche habían tenido un golpe de suerte. Unos días antes un cuerpo había sido arrojado a la costa con un poco de dinero encima, y dos de los hombres de Glabrón habían ido tierra adentro y habían vuelto con una oveja. Ellos mismos se comieron la mayor parte de la carne, pero cambiaron el resto por bebidas. Glabrón se emborrachó tanto que yo estaba más asustada que nunca. En Zeray la vida de un hombre nunca está en tanto peligro como cuando está borracho. Yo conocía a sus enemigos y esperaba ver llegar a uno u otro en cualquier momento. Estaba bastante oscuro en la habitación y la luz de una lámpara es un raro lujo aquí. Pero de repente noté que dos forasteros habían entrado. Uno tenía la cara casi escondida bajo el borde de una gran capa de piel y otro; un hombre corpulento, me miraba y le murmuraba algo a su compañero. Eran sólo dos frente a los seis o siete de Glabrón, pero supe lo que iba a ocurrir allí y estaba loca de deseos de disparar.

»Glabrón estaba cantando una canción obscena, o creía que estaba cantando. Yo

le tiré de la manga y lo interrumpí. Miró alrededor un instante y luego me dio un revés en la cara con el dorso de la mano. Había vuelto a cantar cuando el extranjero embozado se acercó a la mesa. La capa siempre le cubría la cara, y sólo uno de los ojos aparecía sobre el borde. Dio una patada a la mesa y la hizo trastabillar, de modo que todos lo miraron.

»—No me gusta tu canción —le dijo a Glabrón en beklano—. No me gusta la forma en que tratas a esta mujer. Y tampoco me gustas tú.

»En cuanto habló, supe quién era. Pensé: “No lo puedo aguantar”. Quería advertirle, pero no logré decir una palabra. Glabrón no contestó nada durante unos segundos, no por haber quedado especialmente desconcertado, sino porque tenía la costumbre de proceder con lentitud y calma cuando mataba a un hombre. Le gustaba producir un efecto, era parte del miedo que inspiraba, y hacer que la gente viera que él mataba con deliberación, no en un ataque de rabia.

»—¡Ah! ¿Así que no te gusta? —dijo finalmente, cuando se cercioró que todo el cuarto estaba escuchando—. Me pregunto con quién tengo el honor de hablar. ¿Puedes decírmelo?

»Soy el diablo —dijo el otro hombre—. Vengo a buscar tu alma, y no estoy ni un minuto adelantado. —Al decir esto dejó caer el brazo. Naturalmente, nunca lo habían visto antes, y, en aquella luz mortecina, la cara que mostró no era la de un ser humano. Todos eran hombres supersticiosos, ignorantes, con malas conciencias, sin religión, y con mucho miedo a lo desconocido. Se apartaron a saltos de él, maldiciendo y atropellándose unos a otros. El Barón ya había desenvainado la espada y en el mismo momento le cortó a Glabrón el pescuezo, me asió del brazo, tajeó a otro hombre en el camino y salió a lo oscuro conmigo y con Ankray, antes de que nadie tuviera tiempo de sacar un cuchillo.

»No te contaré el resto de la historia esta noche. Más adelante tendremos tiempo. Pero supongo que puedes creer que nadie parecido a Bel-ka-Trazet ha sido visto aquí antes. Durante tres meses él y yo y Ankray nunca dormimos a la vez. En seis meses se convirtió en señor de Zeray, con hombres a sus espaldas en quienes podía confiar para que hicieran lo que él ordenaba.

»Él y yo vivimos en esta casa, y la gente me solía llamar su reina, parte en broma y parte en serio. Nadie se atrevía a mostrarse irrespetuoso conmigo. Creo que no habrían podido creer la verdad: Bel-ka-Trazet nunca me tocó. “Dudo que te hayas formado una buena opinión de los hombres”, me, dijo una vez, “y en cuanto a mí, es muy poco lo que me queda en lo que se refiere a propia estima. Por lo menos mientras esté vivo puedo honrar a una sacerdotisa de Quiso, y eso será lo mejor para los dos”. Sólo Ankray conoce ese secreto. El resto de Zeray debe haber creído que nuestro destino era la esterilidad, o tal vez que sus heridas...

»Y aunque nunca estuve enamorada de él, sentí agradecimiento por su

compostura, y de todos modos lo respetaba y admiraba, y habría consentido en ser su consorte si ese hubiera sido su deseo. La mayor parte del tiempo estaba cabizbajo y malhumorado. Los placeres aquí son bastante escasos, pero él nunca tenía ganas de nada, como si se estuviera castigando por la pérdida de Ortelga. Tenía una lengua mordaz, hiriente, y no albergaba ilusiones».

—Recuerdo.

—«No me pidáis que salga con vosotros», dijo una vez a sus hombres. «Algún oso podría correrme corriente abajo». Ellos entendieron la referencia a él, porque si bien nunca les había contado la historia, a Zeray habían llegado noticias de la batalla al pie de los montes y de la caída de Bekla en poder de los ortelganos. Cuando alguna cosa salía mal, él tenía la costumbre de decir «conseguíos un oso. Así las cosas saldrán mejor». Pero, aunque lo temían, confiaban en él, lo respetaban y lo seguían sin vacilaciones. Como ya dije, no había nadie aquí que pudiera ponerse ni de lejos frente a él. Valía demasiado para Zeray. Supongo que cualquier otro Barón, forzado a huir como él, habría cruzado hasta Deelguy o se habría dirigido a Ikat, o incluso a Terekenalt, pero él... Él odiaba la compasión, como un gato odia al agua. Había sido su orgullo, su amarga naturaleza, lo que lo había llevado a Zeray como un asesino que huye. En realidad gozaba sumiéndose en la miseria y los peligros del lugar. «Aquí se podría hacer mucho», me dijo un atardecer, cuando estábamos pescando en la orilla. «Hay terrenos pasables en la llanura que rodea a Zeray y bastante madera en los bosques. Nunca podría ser una provincia rica, pero podría lograr una situación bastante buena si los campesinos no estuvieran muertos de miedo y hubiera caminos hasta Kabin y Linsho. Ley, orden y un poco de comercio: es todo lo que hace falta. Si no me equivoco, es aquí que el Telthearna está más cerca de Bekla. Antes de morirnos tendremos dos sogas bien gruesas tendidas entre esos estrechos y una balsa que va a correr entre ellos. No en balde soy ortelgano: sé lo que se puede hacer con una soga; también sé fabricarlas. Es más fácil que circundar el Cerco Muerto, te lo aseguro. Piensa lo que sería abrir una ruta de comercio en el Este: Bekla pagaría cualquier cosa por usarla.

»Podrían venir y anexar la provincia —dije.

»Podrían intentarlo —me contestó— pero está más defendida que lo que nunca estuvo Ortelga. Hay sesenta kilómetros desde el Vrako a Zeray y treinta son de selva espesa y montes, difíciles de atravesar mientras a alguien no se le ocurra abrir un camino, que podríamos deshacer cuando se nos antojara. Te digo, muchacha: todavía nos vamos a reír últimos del oso.

»Lo cierto es que ni siquiera Bel-ka-Trazet hubiera podido traer la prosperidad a un lugar como Zeray, porque no contaba ni con barones ni con hombres de calidad y no podía estar en todas partes. Lo que pudo hacerse, él lo hizo. Castigó los robos, los asesinatos, y puso fin a los saqueos del interior. Convenció o sobornó a unos cuantos

campesinos para que trajeran madera y lana y trataran de enseñar carpintería y cerámica a los habitantes de tal modo que la ciudad pudiera trocar lo que fabricara. Hacíamos trueque de pescado seco y de juncias para techos y esteras, todo lo que podíamos. Pero, comparado incluso con Ortelga, el comercio era muy escaso, un asunto endeble, sencillamente a causa de los hombres que habían venido aquí, como sabes, los criminales no pueden trabajar y ni siquiera teníamos un camino. Bel-ka-Trazet lo comprendió y hace ahora menos de un año ideó un nuevo proyecto.

»Nosotros sabíamos lo que había estado ocurriendo en Ikat y en Bekla, aquí llegaron fugitivos de las dos ciudades. Bel-ka-Trazet había quedado impresionado con lo que había oído de Santil-ke-Erketlis y por último decidió intentar un acuerdo con él. La dificultad consistía en que teníamos muy poco que ofrecer. Como decía el Barón, éramos como el hombre que trata de vender un buey cojo o un cacharro torcido. ¿Quién se iba a tomar la molestia de venir y ocupar Zeray? Incluso a un general que no enfrenta un ejército enemigo en el campo, no le valía la pena iniciar la marcha desde Kabin. Lo hablamos entre nosotros una y otra vez y finalmente Bel-ka-Trazet ideó un ofrecimiento que él pensó que podía ser atrayente para Santil y también para los nuestros. Su idea era hacerle saber a Santil que, si alguna vez marchaba hacia el Norte, tomara o no a Bekla, podía anexarse de paso a Zeray. Nosotros lo íbamos a ayudar en cualquier forma. En particular lo íbamos a ayudar a cerrar la apertura de Linsho en el Norte, cercando a todos los traficantes de esclavos que hubieran huido al Este del Vrako para escaparle. También le íbamos a decir que con carpinteros y sogueros expertos, con la labor de sus propios hombres siguiendo las órdenes de estos, iba a ser posible construir una balsa para atravesar los estrechos del Telthearna. Entonces, si todo salía bien, se podría construir un camino desde Kabin a Zeray; y para realizar estas empresas, si eran de su gusto, nosotros podíamos colaborar en cualquier forma. Finalmente, si no le asustaba alistar hombres en Zeray, le íbamos a mandar todos los que encontráramos, siempre que él les otorgara indultos.

»Los cinco o seis hombres a quienes el Barón llamaba sus consejeros estuvieron de acuerdo en que este ofrecimiento representaba la posibilidad de seguir vivos, en Zeray o fuera de Zeray, en el caso de que la gente de Yeldashay aceptara venir. Pero iba a ser difícil hacerle llegar un mensaje a Santil. Al Este del Vrako hay solamente dos salidas. Una es por el Norte, a través de la quebrada de Linsho; la otra está en el Oeste y atraviesa el Vrako en las cercanías de Kabin. Más al Sur de Kabin el Vrako es impasable, a lo largo de toda la frontera con Tonilda hasta su confluencia con el Telthearna. Los hombres desesperados encuentran la manera de llegar a Zeray, pero incluso hombres más desesperados no pueden inventar otra salida.

»Pensamos que iba a ser imposible a cualquiera llegar hasta Ikat Yeldashay, pero por lo menos contábamos con un hombre que estaba dispuesto a intentarlo. Se llama

Elstrit. Era un muchacho de unos diecisiete años que, en vez de abandonar a su padre, se había juntado con él cuando éste había huido del Terekenalt. No sé lo que su padre había hecho, pues murió antes de llegar a Zeray y Elstrit había tenido que vivir de su propia inventiva desde entonces, hasta que tuvo la buena idea de unir su suerte a la de Bel-ka-Trazet. No sólo era fuerte y astuto, sino que tenía la ventaja de no ser un criminal conocido y no tener un precio sobre su cabeza. Inteligente o no, de todos modos tenía que intentar cruzar el Vrako en Kabin. Fue al Barón que se le ocurrió la idea de forjar para él un contrato de traficante de esclavos en Bekla. En Kabin debía decir que trabajaba para Lalloc, un conocido traficante de niños, y que contaba con la protección de los ortelganos en Bekla, que siguiendo instrucciones de Lalloc había entrado a la provincia de Zeray por la quebrada de Linsho y que viajaba por ella con el propósito de ver si el país ofrecía buenas perspectivas para una incursión en busca de esclavos. Ahora iba de vuelta a Bekla a informar a Lalloc; después, más tarde, en cuanto llegara a la provincia de Yelda, podría destruir el falso contrato. El ardid era bastante endeble pero el sello en el contrato era una falsificación excelente del sello del oso de Bekla (un notabilísimo falsificador la había hecho para nosotros) y sólo nos quedaba esperar buena suerte. Elstrit cruzó el Vrako hará unos tres meses, poco tiempo después de las lluvias, y lo que ha sido de él ulteriormente no lo sabemos: ni siquiera si llegó o no a Ikat.

»Un mes después de esto el Barón cayó enfermo. Muchos se enferman en Zeray. No es raro: la suciedad del lugar, las ratas, los piojos, las infecciones, la tensión y el miedo continuos, el peso de la culpa y la pérdida de la esperanza. El Barón había tenido una vida dura y, a pesar suyo, estaba declinando. Puedes imaginar la forma en que lo cuidábamos Ankray y yo. Éramos como hombres en tierra de animales feroces, que encienden un fuego de noche y rezan para que llegue el amanecer. Pero el fuego se apagó... se apagó».

Las lágrimas se agolparon en sus ojos y ella los enjugó bruscamente, escondió por un instante la cara entre las manos y luego, exhalando un hondo suspiro, continuó:

—Una vez habló de ti. «Ese muchacho Kelderek», dijo, «yo lo habría matado si la Tuguinda no nos hubiera mandado buscar esa noche. Ya no le deseo ningún mal, pero por el bien de Ortelga espero que pueda terminar lo que inició». Unos pocos días después habló a nuestros hombres lo mejor que pudo, para ese entonces ya estaba muy débil. Les recomendó que no ahorraran esfuerzos para obtener noticias de las intenciones de Santil, y que si había la más mínima esperanza, a cualquier costo mantuvieran el orden en Zeray hasta que él llegara. «De otro modo, vais a estar todos muertos en menos de un año», dijo. «Y el lugar va a estar peor de lo que nunca estuvo antes de que hubiéramos empezado». Después de esto, sólo Ankray y yo estuvimos con él hasta que murió. Fue una muerte ardua. Era algo que podía esperarse ¿verdad? Lo último que dijo fue: «El oso... decidles que el oso...». Me incliné sobre él y le

pregunté: «¿Qué hay con el oso, señor?», pero el ya no habló más. Contemplé su rostro, ese terrible rostro que se deshacía como la cera de una vela gastada. Cuando desapareció, hicimos lo que había que hacer. Cubrí sus ojos con un pedazo de lienzo mojado, y recuerdo cómo, cuando estábamos enderezando los brazos, el paño rebalsó, de modo que los ojos muertos se abrieron y yo los vi mirándome, clavándose en los míos.

»Ya has visto su tumba. Hubo corazones acongojados y corazones asustados en el momento en que ocurrió. Ha pasado ya más de un mes y a partir de ese día Zeray se ha hundido cada vez un poco más, se nos ha ido escapando siempre un poco más de las manos. Todavía no la hemos perdido, pero te diré cómo son las cosas. La mitad de los hombres de Zeray se preguntan si habrán de atreverse a desafiarlos. A partir de ahora algunos lo van a intentar. Conozco a nuestros hombres, los hombres del Barón. Sin él no se podrán mantener unidos. Es sólo una cuestión de tiempo.

»Todas las tardes voy a su tumba y rezo pidiendo ayuda y liberación. A veces Ankray viene conmigo, o tal vez algún otro, pero por lo general voy sola. En Zeray no hay modestia y yo ya estoy más allá del miedo. Mientras nadie intente insultarme, yo lo interpreto como un signo de que seguimos teniendo algún poder en el lugar, y no está de más comportarse como si uno creyera que lo tiene. A veces he rezado para que viniera el ejército de Santil, pero la mayor parte del tiempo no empleo palabras y simplemente le ofrezco a Dios mis esperanzas y mis anhelos, y mi presencia en la tumba del hombre que me honró y me respetó.

»En Quiso la Tuguinda solía decirnos que la verdadera confianza en Dios era toda la vida de una sacerdotisa. Dios puede permitirse esperar, solía decirme. Dios puede permitirse esperar, ya sea para convertir a los incrédulos, para recompensar a los justos o para castigar a los malvados. Con Él todo llega al fin. Nuestro trabajo no sólo consiste en creer eso, sino en mostrar que lo creemos en todo lo que decimos y hacemos».

Melathys se echó a llorar amargamente, y siguió llorando mientras hablaba.

—Ya no tenía en mi mente recuerdos de la forma en que llegué a Zeray y de los motivos que tuve. Mi traición, mi cobardía, mi sacrilegio, acaso pensé que mis sufrimientos habían borrado todo eso, habían cavado una zanja entre mí y la sacerdotisa que había roto sus votos, que había traicionado al Señor Shardik y había faltado a la Tuguinda. Esta noche, cuando me di vuelta y vi quién estaba detrás de mí... ¿sabes que pensé? Pensé: «Ha venido a Zeray a buscarme, a renunciar a la cosa o a perdonarme, a condenarme o a llevarme de vuelta a Quiso». Como si no hubiera sido mancillada cuarenta veces. Me eché a sus pies e imploré su perdón, le dije que yo no valía bastante para que ella hiciera por mí lo que yo creía que ella había hecho, le rogué tan sólo que me perdonara y me dejara morir. Ahora sé que es cierto lo que dijo. Dios... —Y dejando caer la cabeza entre los brazos, que tenía cruzados sobre la

mesa, sollozó amargamente—: Dios puede esperar, Dios puede permitirse el esperar.

Kelderek le puso una mano en el hombro.

—Vamos —dijo—, no hablaremos más esta noche. Apartemos estos pensamientos y pensemos tan sólo en las tareas que tenemos por delante. A menudo, en momentos de perplejidad, eso es lo mejor. Es un gran consuelo en la adversidad. Ve a buscar a la Tuguinda. Duerme al lado de ella y mañana nos reuniremos.

Tan pronto como Ankray le tendió la cama, Kelderek se echó en ella y durmió como no había dormido desde los días de Bekla.

El descubrimiento del corazón

Mota tras mota, la luz del sol del mediodía avanzaba por la pared y desde la distancia se oía el *Chong... Chong* lento de un hacha en el bosque. La Tuguinda, con los ojos cerrados, había fruncido el ceño como alguien a quien atormenta el ruido y se movía a uno y otro lado, incapaz al parecer de encontrar un instante libre de molestia. Kelderek le enjugaba el sudor de la frente con un paño que mojaba en una jarra que estaba junto a la cama. Desde la mañana temprano ella había estado entre el sueño y la vigilia, no reconocía ni a Melathys ni a él y de cuando en cuando pronunciaba unas cuantas palabras inconexas o sorbía un poco de vino con agua de un vaso que le acercaban a los labios. Una hora antes del mediodía Melathys, ayudada por Ankray, había partido para conversar con los antiguos seguidores del Barón e informarlos de las noticias, y había dejado a Kelderek a que atendiera la puerta y vigilara solo hasta la vuelta de ella.

Los hachazos cesaron y Kelderek se sentó en medio del silencio, tomando a veces la mano de la Tuguinda entre las suyas, y hablándole con la esperanza de que, despertando, pudiera tranquilizarse. Sentía el pulso de ella acelerado por sus dudas, y el brazo, como pudo ver ahora, estaba hinchado e inflamado con arañazos recientes que él reconoció como hechos con espinas de trazada. No dijo nada de estos, ni de un corte profundo en el pie, que Melathys había descubierto y curado la noche anterior.

Lenta como la luz del sol, su mente repasaba todo lo sucedido. Los días que habían pasado desde su partida de Bekla eran en sí mismos como un abismo de tiempo al cual hubiera descendido paso a paso, y del cual emergía ahora por un breve tiempo antes de la muerte. Después de todo, él no tenía necesidad de expiar su blasfemia buscando esa muerte, pues esta última parecía inevitable, por mucho que pudieran cambiar los acontecimientos.

Si Erketlis vencía y no enviaba tropas al Este del Vrakó, ya fuera por no haber recibido nunca el mensaje de Bel-ka-Trazet o porque no había encontrado favor con él, tarde o temprano él iba a morir de manera violenta o de enfermedad en Zeray o en el intento de huir de ella. Pero si las tropas de Erketlis atravesaban el Vrakó, lo alcanzaban en Seray o en otra parte y era bastante probable que tuvieran los ojos abiertos en relación a él, él sabía, porque Elleroth le había dado su palabra al respecto, que lo iban a matar. Si Erketlis era vencido, Zelda y Gued-la-Dan, probablemente al llegar a Kabin, iban a mandar soldados a través del Vrakó en busca de Shardik. Y en cuanto se supiera que Shardik estaba muerto, ya no se iban a molestar por su antiguo rey-sacerdote. Y si el desacreditado rey-sacerdote intentaba volver de Zeray, ya fuera a Bekla o a Ortelga, no se le iba a tolerar que siguiera vivo.

Ya nunca más habría él de representar e imitar como un mono la parte de

mediador de Shardik ante el pueblo. Nunca más sería ya el visionario de corazón íntegro que, sin miedo, en su exaltación de inspiración divina, había marchado y dormido junto a Shardik en los bosques de Ortelga. ¿Por qué, entonces, a pesar de su resolución, tomada cuatro días antes en la cueva de Rúvit a pesar de su vergüenza y remordimiento, que no cedían, no encontraba ahora en sí mismo la voluntad de vivir? Mera cobardía, supuso. O tal vez quedaba en él alguna brizna de orgullo que lo alentaba a imaginar una muerte deliberada de expiación, que se rebelaba ante la perspectiva de morir por una espada de Ikat o el cuchillo de un criminal de Zeray. Cualquiera fuera la razón, ahora se había puesto a pensar si no era mejor intentar por muy desesperadas que fueran las posibilidades de éxito, traer primero a la Tuguinda de vuelta a Quiso y luego, tal vez, huir a alguna región más allá del Telthearna. Pero la mera supervivencia, lo comprendió mientras reflexionaba, no era el único motivo que había cambiado su temprana resolución de morir.

A su mente volvió la imagen de la muchacha hermosa, vestida de blanco, que había caminado de noche por la terraza iluminada por las llamas sobre los Arrecifes de Quiso, la muchacha cuyo miedo en los bosques de Ortelga había suscitado en él nada más que compasión y el deseo de protegerla y consolarla. Ella, como él, había encontrado inesperadamente la cobardía y el propio engaño en su corazón, y, después de creer sin duda que Shardik no contaba con una sierva más leal y más devota, había aprendido con vergüenza que la verdad era otra. Desde entonces había tenido que sufrir aún más. Al abandonar a Shardik y arrojarse sobre el mundo, había encontrado la miseria de éste, no su placer. La culpa, la crueldad y el miedo debían haber destruido casi en ella el poder natural de amar a cualquier hombre o de buscar seguridad o dicha en el amor de un hombre. Pero y aquí, soltando la mano de la Tuguinda él se puso de pie y empezó a caminar de un lado a otro por la habitación, tal vez ese poder era todavía rescatable; tal vez no había sido ahogado más allá de toda posibilidad de recuperación por alguien que estaba dispuesto a valorarlo por encima de todo.

La Tuguinda lanzó un quejido y su rostro se contrajo, como si sintiera dolor. Él se acercó a la cama y se arrodilló, rodeándole los hombros con un brazo.

—Descansa, Säiyet, estás entre amigos, quédate tranquila.

Ella hablaba en voz muy baja y él le acercó la oreja a los labios.

—¡Shardik! ¡Hay que hallar... al Señor Shardik!

No dijo nada más. Él volvió a sentarse a su cabecera.

Comprendió ahora que su amor por Melathys había estado latente desde un principio en su corazón. Y sin duda él había sido consciente de su admiración y respeto por ella, pero ¿cómo podía él, el cazador sucio y harapiento que había caído al suelo sin sentido, aterrado ante la magia de Quiso, haber sospechado entonces que ese deseo había sembrado su semilla en su corazón? Desear a una sacerdotisa de

Quiso: sólo albergar esa idea era sacrilegio. Y, sin embargo, desatendido como si hubiera hecho germinar una vida independiente y sola, muy por debajo de su preocupación intensa por Shardik, este críptico amor se había enraizado. En su piedad por Melathys, comprendería ahora, había habido una satisfacción no reconocida por descubrir que la debilidad humana la alcanzaba incluso a ella; que ella, como cualquier otro mortal, podía necesitar sin duda aliento y ayuda.

Pensó también en su castidad no forzada en Bekla, en su indiferencia por el lujo del que podía disponer y la suntuosidad exterior de su realeza; de su continua percepción de una verdad que aún le faltaba. El gran secreto que debía ser impartido por medio de Shardik, el secreto de vida que él nunca había encontrado, éste, lo seguía sabiendo, no era un invento. Él no lo confundía con su amor no correspondido por Melathys. Sin embargo, y ahora frunció el ceño, confundido e incierto, de algún modo misterioso los dos estaban vinculados. Con ayuda del segundo, tal vez pudiera él hallar al primero.

Como había señalado la Tuguinda, la conquista de Bekla nada tenía que ver con la verdad de Shardik, había servido tan sólo para dificultar la búsqueda y entorpecer la revelación divina de esa verdad. Ahora que Shardik se había perdido para siempre, él había despertado, como un borracho en un pozo, y recordaba su locura, mientras la mágica criatura entre las vasijas de fuego se había convertido en una fugitiva desdichada, familiarizada con el miedo, la lujuria y la violencia. El error y la vergüenza, pensó, eran el destino inevitable de la humanidad; pero de todos modos lo aliviaba pensar que también Melathys tenía parte en esta amarga herencia. Si por lo menos él hubiera podido salvar la vida de ella y llevar a la Tuguinda a lugar seguro, entonces hubiera podido solicitar por lo menos el perdón de la Tuguinda y, si Melathys consentía en ir con él, irían muy lejos y él olvidaría hasta el nombre mismo de Shardik, de quien había demostrado ser indigno.

Al oír el llamado de Melathys, más allá del patio, salió y levantó la tranca de la puerta. La muchacha traía la noticia de que Farrass y Thrild, dos hombres de la escolta del Barón en los que ella creía que se podía confiar, estaban dispuestos a hablar con él si él se llegaba hasta ellos. Le pidió a Ankray que viajara con él, como guía, y se dispuso a atravesar Zeray.

Pese a todo lo que había oído, no estaba preparado para la pobreza y la mugre, los rostros cerrados y macilentos que lo miraban al pasar, las miasmas de la necesidad, del miedo y de la violencia, que parecían surgir de la roña que estaba pisando. Los seres que pasó en la zona del desembarcadero tenían las mejillas hundidas y los rostros grises, estaban sentados o echados en actitudes desgastadas y miraban fijamente el agua agitada en la mitad del canal y la desierta orilla del Este, más allá. No vio tiendas y no había nadie ocupado en ningún oficio, salvo un niño barrigudo y tembloroso, con una canasta, que avanzaba por el agua playa que le llegaba a las

rodillas, agachándose y buscando... Kelderek no pudo saber qué. Al llegar a su destino, como alguien que despierta de un sueño, sólo pudo recordar pocos detalles: retenía una impresión indiferenciada de amenazas percibidas más que observadas, de miradas duras que él no había querido enfrentar. Una o dos veces, en verdad, se había detenido y había tratado de mirar a su alrededor, pero Ankray, sin intentar por ello advertírsele, había logrado hacerle ver que era mejor continuar la marcha.

Farrass, un hombre alto, de rostro enjuto, vestido con ropas rotas que le quedaban demasiado chicas 7 con un machete en el cinturón, estaba sentado oblicuamente, con un pie levantado sobre un banco, y miraba cautelosamente a Kelderek, frotándose todo el tiempo con un trapo una llaga que le supuraba en la mejilla.

—Melathys dice que tú eras el rey ortelgano de Bekla.

—Es verdad, pero de ningún modo estoy buscando autoridad aquí.

Thrild, moreno; delgado y de movimientos rápidos, se sonrió cuando él se inclinó sobre el alféizar de la ventana, con una astilla de madera de alumbrar entre los dientes.

—Tanto mejor, pues aquí no hay nada que agarrar.

Farrass vaciló, indeciso, como todas las personas del Este del Vrakó, antes de hacer preguntas sobre el pasado. Finalmente, encogiéndose de hombros, como un hombre que decide que la única manera de terminar con una tarea desagradable es ponerse a la obra, preguntó:

—¿Te depusieron?

—Caí en manos del ejército Yeldashay en Kabin. Me perdonaron la vida pero me mandaron del otro lado del Vrakó.

—¿El ejército de Santil?

—Sí.

—¿Están en Kabin?

—Hace seis días estaban.

—¿Por qué te dejaron ir?

—Uno de los oficiales principales los convenció. Tenía sus razones para ello.

—¿Y elegiste venir a Zeray?

—Me topé con una sacerdotisa de Ortelga en la selva, una mujer que en un tiempo fue amiga mía. Ella estaba buscando, bueno... estaba buscando a Bel-ka-Trazet. Ahora está enferma en la casa del Barón.

Farrass asintió con la cabeza. Thrild sonrió nuevamente.

—Tenemos visitas distinguidas.

—La peor clase —contestó Kelderek—. Yo sólo quiero salvar mi vida y la de la sacerdotisa... ayudándoos, tal vez.

—¿Cómo?

—A vosotros corresponde el decirlo. Yo tengo una muerte segura si caigo por segunda vez en manos del ejército Yeldashay. De modo que si Santil acepta el ofrecimiento de Bel-ka-Trazet y envía tropas a Zeray, es probable que la cosa se presente mal para mí, a menos que vosotros podáis convencerlos de que me den un salvoconducto para salir de aquí. Es el trato que aspiro a realizar con vosotros.

Farrass, con la barbilla en la mano, contemplaba el suelo, frunciendo el ceño y meditando. Por una vez más, fue Thrild quien habló.

—No debes hacerte ilusiones sobre nosotros. El Barón tenía cierta autoridad cuando estaba vivo, pero sin él tenemos cada vez menos. Estamos seguros por el momento en lo que a nosotros mismos se refiere. Y eso es todo lo que se puede decir. Muy poca atención van a prestar los Yeldashay a cualquier pedido que nosotros les hagamos.

—Ya nos has hecho un favor —dijo Farrass—, por haber traído noticias de que Santil estaba en Kabin. ¿No sabes si alguna vez recibió el mensaje del Barón?

—No. Pero si él cree que hay traficantes de esclavos fugitivos de este lado del Vrako, es muy posible que las tropas de Yeldashay ya lo hayan cruzado. Sea así o no, creo que deberías enviarle sin más otro mensajero y tratar por todos los medios de sostener aquí la situación hasta obtener una respuesta.

—Si está en Kabin —contestó Farrass—, lo mejor que podemos esperar, aunque tal vez no sea esta tu opinión, es ir nosotros mismos con Melathys y pedirle que nos deje seguir hasta Ikat.

—Farrass aquí nunca creyó realmente en el proyecto de Santil de tomar Zeray —dijo Thrild—. Ahora que el Barón ha muerto, estoy de acuerdo con él. El Barón hubiera estado dispuesto a ofrecer el lugar... nosotros, no. Lo mejor que podemos hacer nosotros es ir y encontrarnos con la gente de Ikat en Kabin. Tienes que entender nuestra posición. Nosotros no intentamos mantener la ley y el orden. Cualquier tipo en Zeray tiene libertad de asesinar y robar, mientras no se vuelva tan peligroso que resulte más conveniente para nosotros matarlo en vez de dejarlo tranquilo. Sólo muy pocos de los hombres que viven aquí han cometido algún crimen serio. Si se enteraran que hemos invitado a los soldados de Ikat a venir y ocupar la ciudad, se lanzarían detrás de nosotros como ratas acorraladas. A nosotros no nos conviene tratar de llevar a cabo el proyecto del Barón.

—Pero en Zeray no hay riquezas. ¿Por qué matan y roban aquí?

Thrild levantó las manos.

—¿Por qué? Para comer. ¿Por qué otra cosa va a ser? En Zeray la gente tiene hambre. El Barón colgó una vez a dos deelguys porque habían matado un niño y se lo habían comido. En Zeray la gente come gusanos de canasto... escarban el fondo del río buscando skapas de barro y las cuecen en la sopa. ¿Conoces el gylon?

—¿La mosca transparente? Sí. Yo me crié en el Telthearna ¿sabes?

—Aquí en el verano hay enjambres que cubren las riberas. La gente los caza a montones y los come con mucho gusto.

—Es tan sólo porque aquellos de nosotros que dimos nuestro apoyo al Barón sabemos que tenemos que mantenernos unidos o morir —dijo Farrass—, que ninguno de nosotros ha tratado de tomarle su mujer. Una pelea entre nosotros significaría el fin de todo. Pero la cosa no puede durar. Alguien tiene que intentar algo. La mujer es bonita.

Kelderek se encogió de hombros, manteniendo una expresión indiferente.

—Imagino que ella puede elegir por sí misma... cuando llegue el momento.

—No en Zeray. Pero, de todos modos, ese problema ya está resuelto. Debemos ir a Kabin y ella vendrá con nosotros, sin duda. Tu sacerdotisa ortelgana también, si quiere vivir.

—¿Cuándo? Tiene una fiebre alta.

—Entonces no podemos esperarla —dijo Thrild.

—Yo la llevare al Norte cuando se mejore —dijo Kelderek—. Ya os he dicho por qué me es imposible ir a Kabin, ahora o más tarde.

—Si fueras al Norte empezarías a dar vueltas hasta que te mataran. Nunca podrías pasar la quebrada de Linsho.

—Me dijiste que os había traído buenas noticias ¿No me podéis ayudar en hada?

—No te ayudaremos quedándonos aquí. Si los ikats nos escuchan, intentaremos convencerlos de que manden buscar a tu sacerdotisa de Ortelga, y podrás intentar tu suerte con ellos cuando vengan. ¿Qué más puedes esperar? Estamos en Zeray.

45

En Zeray

—¡Malditos cobardes! —dijo Melathys—. ¡Y no hace cuarenta días que el Barón está en su tumba! Si yo fuera el general Santil, los mandaría de vuelta a Zeray y los haría ahorcar en la costa. Hubieran podido muy bien mantener la plaza por seis días. Eso nos hubiera dado tiempo suficiente para que alguien llegara hasta Kabin y volviera con cien soldados. Pero no: prefirieron escaparse.

Kelderek estaba de pie, dándole la espalda y contemplando el patiecito. Cautelosamente dijo:

—Si se piensa como están las cosas, sería mejor que te fueras con ellos.

Ella no contestó y; después de unos instantes, él se dio vuelta. Ella sonreía.

—No es raro que a una persona tan poco meritoria como yo se le ofrezca una segunda oportunidad. Puedes creerme: no tengo intenciones de abandonar otra vez a la Tuguinda.

—Si llegas a Kabin con Farrass y Thrild, estarás segura. En cuanto ellos se hayan ido, ya no lo estarás aquí. Tendrías que pensar seriamente en eso.

—La seguridad en esas condiciones no la quiero. ¿Creíste que estaba histérica cuando hablé junto a la tumba del Barón?

Él se disponía a contestarle, pero ella se dirigió a la puerta y gritó, llamando a Ankray.

—Ankray: los hombres del Barón dejan Zeray esta noche o mañana y van a Kabin. Esperan alcanzar el ejército del general Santil-ke-Erketlis. Creo que deberías ir con ellos por tu propia seguridad.

—¿Entonces tú también partes, Säiyet?

—No; el señor Kelderek y yo nos quedaremos con la Tuguinda.

Ankray vio a uno y a otro y se rascó la cabeza.

—¿Y la seguridad, Säiyet? El Barón siempre dijo que el general Erketlis iba a llegar aquí un buen día, ¿no es cierto? Es por eso que mandó buscar a ese muchacho Elstrit...

—El general Erketlis puede venir aquí todavía, si tenemos suerte. Pero Farrass y los demás prefieren irse y buscarlo dondequiera que esté. Estás en libertad para irte con ellos, y probablemente sea esto lo más prudente.

—Si me permites que te lo diga, Säiyet, lo dudo. Dudo de mi seguridad entre esos hombres. Prefiero quedarme aquí, entre la gente de Ortelga, si me entiendes. El Barón siempre solía decir que el general Santil iba a llegar. De modo que supongo que vendrá.

—Como quieras, Ankray —dijo Kelderek—. Pero si no llega, este lugar se va a volver aún más peligroso para todos nosotros.

—A mí me parece, señor, así lo veo yo, que si eso ocurre, tendremos que irnos a Kabin por nuestra propia cuenta. Pero el Barón no querría que yo dejara a Sacerdotisas de Ortelga que se las arreglaran solas, incluso contigo al lado. —¿No tienes miedo de quedarte, entonces?

—No, señor —contestó Ankray—. El Barón y yo nunca tuvimos miedo de nadie en Zeray. En cuanto al Barón, él siempre solía decir «Ankray, recuerda que tú tienes una buena conciencia y ellos no la tienen». Por lo general, él...

—Está bien —dijo Kelderek—. Me alegro que veas así las cosas. Pero ¿crees —preguntó volviéndose a Melathys— que pueden intentar *obligarnos* a que nos unamos con ellos?

Ella lo miró con ojos muy abiertos, solemnemente, de modo que él volvió a ver la mujer que había desenvainado la espada de Bel-ka-Trazet y le había preguntado qué era.

—Pueden intentar persuadirme, si ese es el gusto de ellos, pero dudo que lo hagan. No olvides que me he pescado la fiebre de la Tuguinda y que es una fiebre contagiosa. Eso es lo que se les dirá, si vienen.

—Ruego a Dios que no la hayas pescado en serio —dijo Kelderek. Y comprendió en una llamarada de apasionada admiración que, a pesar de todo lo que ella sabía de Zeray, su decisión de quedarse, tomada con placer más que con decisión, no le inspiraba miedo sino una alegría exaltada por recobrar la propia estima. Para ella la aparición de la Tuguinda en el cementerio había sido primero un milagro y luego un acto de increíble amor y generosidad; y aunque conocía ahora el relato verdadero del viaje de la Tuguinda, seguía atribuyéndolo de todos modos a Dios. Pese a lo que Kelderek había visto en la tumba del Barón no había creído hasta ahora que todo lo que ella había sufrido en Zeray le había producido menos aflicción que el recuerdo de su huida de Ortelga.

La Tuguinda no parecía estar mejor: seguía atormentada por una inquietud continua. Al caer la tarde Ankray se quedó con ella, mientras Melathys y Kelderek utilizaron lo que quedaba de la luz del día para cerciorarse del estado de las cerraduras y las barras y examinar los alimentos y las armas. El Barón, explicó Melathys, había contado con ciertas fuentes de suministros que él había mantenido en secreto, que no había revelado ni siquiera a sus próximos, pues él y Ankray iban de cuando en cuando de noche y volvían con media cabra o media oveja desde la aldea que estaba río arriba. La casa estaba bastante bien abastecida de carne. También había sal en abundancia y cierta cantidad del vino áspero.

—¿Pagaba? —preguntó Kelderek, contemplando con satisfacción las rotundeces de las tinajas de salmuera y pensando qué nunca creyó que iba a llegar a tener gratitud a Bel-ka-Trazet.

—La principal forma de pago era una garantía a los aldeanos de que no iban a

tener molestias con Zeray. Pero él era muy hábil para encontrar o hacer cosas que se podían vender. Construíamos flechas, por ejemplo, y agujas de hueso. Yo también tengo ciertas habilidades. Todos los habitantes de Quiso tienen que labrar sus propios anillos, pero yo puedo labrar la madera mejor aún, créeme. ¿Te acuerdas de esto? Le empiezo a tomar el gusto.

Era el cuchillo de Bel-ka-Trazet. Kelderek lo reconoció en seguida. Lo extrajo de la vaina, y acercó la punta a sus ojos. Ella lo contemplaba, sorprendida, y él rió.

—Tengo mejores razones para acordarme de él que cualquier otro hombre de Ortelga, supongo. Vi a este cuchillo y al Señor Shardik por primera vez el mismo día. Ese día en que también te vi a ti por primera vez. Te contaré la historia a la hora de la cena. ¿Él no tenía una espada?

—Aquí la tienes. Y un arco. Yo todavía tengo mi propio arco. Lo escondí en cuanto llegamos a Zeray, pero lo recobré cuando me uní al Barón. Mi cuchillo de sacerdotisa me lo robaron, naturalmente, pero el Barón me dio otro, el de un hombre que había muerto, supongo, aunque nunca me lo dijo. Es un trabajo grosero, pero la hoja es buena. Ven aquí, déjame que te lo muestre...

La Tuguinda seguía sumida en su árido sueño, un sueño tan poco reparador como un fuego sofocado y humeante, del cual parecía más víctima que beneficiaria. Tenía la cara inerte y chupada como Kelderek nunca la había visto, la carne en los brazos y la garganta se veía floja y gastada. Ankray cocinó una sopa de carne salada y la puso a enfriar, pero sólo pudieron mojarle los labios: tragar era imposible. Cuando Kelderek sugirió ir a buscar un poco de leche, Ankray se limitó a menear la cabeza sin levantar la mirada del suelo.

—No hay leche en Zeray —dijo Melthys—, ni queso, ni manteca. No los he visto en cinco años. Pero tienes razón: habría que darle alimentos frescos. Carne salada y fruta seca no son cura para una fiebre. Esta noche no podemos hacer nada. Duerme tú primero, Kelderek. Yo te despertaré después.

Pero no lo despertó, contenta evidentemente de velar y de dormir un poquito, tal vez, junto a la Tuguinda hasta la mañana. Fue Ankray, que volvía de una temprana expedición, hecha por cuenta propia, quien lo despertó con la noticia de que Farrass y sus compañeros se habían ido de Zeray en la noche.

—¿Sin ninguna duda? —preguntó Kelderek, mientras se echaba agua fría sobre la cara y los hombros, palmoteándose.

—Supongo que no, señor.

Kelderek no había esperado que se fueran sin hacer algún intento de forzar a Melathys a ir con ellos, pero cuando él le transmitió las noticias, ella se mostró menos sorprendida.

—Supongo que cada uno debe haber tenido la intención de convertirme en su propiedad —dijo ella—. Pero tenerme con ellos en esa zona que se extiende entre

este lugar y Kabin, entorpeciendo la marcha y provocando peleas... No me sorprende que Farrass haya decidido dejarme. Probablemente esperó que en cuanto yo me enterara por ti de las intenciones de ellos, iba a correr a suplicarles que me llevaran. Como no lo hice, pensó que así me iba a mostrar la poca importancia que tengo para ellos. Estaban resentidos ¿sabes?, porque suponían, naturalmente, que el Barón era mi amante, pero lo temían y lo necesitaban demasiado para mostrarlo. De todos modos, me pregunté ayer si no intentarían forzarme a ir con ellos. Por eso es que te encomendé que les dijeras que Santil estaba en Kabin. Quería estar fuera cuando ellos lo supieran.

—¿Por qué no me advertiste que debía ocultárselo a ellos? Podrían haber venido a buscarte.

—Si se enteraron por algún otro y uno nunca sabe qué noticias habrán de llegar a Zeray, deben haber tenido fuertes sospechas de que se las habíamos ocultado. Probablemente se hubieran vuelto contra nosotros entonces, y eso habría sido muy desagradable.

Hizo una pausa, arrodillándose ante el fuego, y dijo:

—Tal vez yo quería que se fueran.

—El peligro para ti es mayor ahora que se han ido.

Ella sonrió y siguió contemplando el fuego. Finalmente contestó:

—Tal vez... y tal vez no. Recuerda lo que me contaste que había dicho Farrass: «Alguien tiene que intentar la cosa pronto». De todos modos, sé donde preferiría estar en cambio. Todo ha cambiado mucho para mí ¿sabes?

Más tarde, él la convenció que debía quedarse en la casa, de modo que la gente, al no verla ya, pudiera suponer que se había ido con Farrass y Thrild. Ankray, cuando se le contó la cosa, asintió con aire aprobatorio.

—Es seguro que va a haber líos, señor —dijo—. Esto se va a tomar un día o dos antes de explotar, pero cuando un lobo se va fuera, un lobo viene dentro, como dicen.

—¿Crees que nos pueden atacar aquí?

—No necesariamente, señor. Podría muy bien ocurrir que no lo hicieran. Tendremos que ver cómo se presentan los hechos, Pero supongo que estaremos aquí sanos y salvos cuando llegue el general Santil.

Kelderek no le había dicho a Ankray lo que esperaba en este caso, y tampoco se lo dijo ahora.

Más avanzada la tarde, Kelderek tomó un cuchillo y algunos enseres de pesca, dos cañas con sedales hechos de hilo retorcido y cabellos, tres o cuatro anzuelos pequeños de madera templada al fuego y una pasta hecha con grasa animal y frutas secas y se dirigió a la orilla. No notó ningún cambio, en comparación con el día anterior, en los movimientos apocados y el vagar sin objeto de los hombres que veía. Aunque algunos habían echado sus cañas de pescar desde un promontorio que

avanzaba sobre las aguas, el lugar no parecía muy apropiado para un pescador. Después de contemplarlos un rato se alejó sin llamar la atención, corriente arriba, y llegó finalmente al cementerio y su cala. También había aquí unos pocos pescadores. Pero ninguno de ellos le dio la impresión de ser experimentado o acucioso. Esto lo sorprendió, pues de acuerdo a lo que había oído la ciudad dependía en buena medida de lo que pescaba y los pájaros que cazaba.

Rehízo el camino que había hecho dos días antes, se internó por la isla hasta la costa de la cala, y allí encontró un lugar en donde, con ayuda de un árbol que tendía sus ramas sobre el agua, pudo hacer el cruce. Media hora más tarde había llegado a la ribera del Telthearna y había encontrado lo que estaba buscando un manantial profundo con árboles y matorrales que servían de protección.

Fue satisfactorio comprobar que no había perdido sus antiguas habilidades. Aquí, por lo menos, había algo que podía hacer y una pena, pensó amargamente, haber dejado la cosa. Quizá si Shardik nunca se hubiera presentado en Ortelga hubiera seguido siendo un cazador y un pescador, él, Kelderek-Juega-con-los-Niños, sin ver más allá que su habilidad solitaria y penosamente adquirida y los juegos por la tarde en la orilla. Apartó estos pensamientos y se puso a atender seriamente su trabajo.

Después de permanecer cierto tiempo tendido y oculto, echando el anzuelo y poniéndose al acecho con atención minuciosa, pescó un pez que debió manejar con mucho cuidado al fin la caña, hasta que salió a la superficie y reveló ser una trucha de buenas dimensiones. Pocos minutos después logró sacarlo, metiéndole el pulgar y otro dedo en las agallas. Luego, chupándose los arañazos, que sangraban, echó de nuevo el anzuelo. Hacia el atardecer ya había pescado tres truchas más y una perca, había perdido un anzuelo, cierta cantidad de sedal, y estaba corto de carnada. El aire era aguachento y fresco, el cielo que clareaba estaba cubierto de nubes tenues, y no podía ni oír ni oler a Zeray. Por cierto tiempo se mantuvo junto al manantial, preguntándose si lo mejor no sería, cuando se recobrara la Tuguinda irse del todo de Zeray, y, ahora que se acercaba el verano, vivir y cazar al aire libre, como habían vivido en Ortelga durante los días de la cura y los primeros vagabundeos de Shardik. De este modo iban a estar menos expuestos a un asesinato que en Zeray y, con la ayuda de Ankray, él iba a poder proveerlos bastante bien. En cuanto a su propia vida, si llegaban las tropas de Erketlis sus posibilidades de escapar, aun en el caso de que hubieran puesto un precio a su cabeza, iban a ser mejores que si se ponía a esperarlos en Zeray. Decidió que habría de exponerle la idea a Melathys esa noche, dobló cuidadosamente el hilo de la caña, atravesó sus peces en un palo y emprendió la marcha de vuelta.

Ya anochecía cuando atravesó la cala, pero, escudriñando en dirección a Zeray por entre la niebla que ya había cubierto la orilla y parecía avanzar tierra adentro, no vio ni una sola lámpara iluminada. Lleno de un miedo repentino y más inmediato que

el que nunca había sentido ante esta caterva de pillos redomados, cortó la rama de un árbol antes de continuar su viaje. No había estado solo a descubierto y después del ano-checer, desde la noche en el campo de batalla. Y ahora, cuando se acentuaba el poniente, se sentía cada vez más inquieto y nervioso. Sin ánimos para enfrentar el cementerio, volvió rápidamente hacia la derecha y empezó a marchar a tumbos entre charcos de barro y parcelas de hierba salvaje, tan alta como su cabeza. Cuando llegó finalmente a los alrededores de Zeray, no pudo decir en qué dirección estaba la casa del Barón. Las casas y las covachas estaban diseminadas como hormigueros en un campo. No había calles o caminos definibles, como en una ciudad de verdad: ni paseantes ni transeúntes, y aunque ahora podía ver, por aquí y por allá débiles rajadas de luz en las ranuras de las puertas y los postigos, sabía que no era prudente llamar. Durante una hora —o menos de una hora, tal vez, o más— vagó a tientas en lo oscuro, sobresaltándose a cada ruido y apresurándose a pegar la espalda contra la pared más cercana; a medida que avanzaba, esperaba a cada instante un golpe en la nuca. De repente, en un momento en que se puso a mirar las popas estrellas visibles a través de la bruma, y en que trató, de darse cuenta qué dirección estaba siguiendo, comprendió que el techo que se perfilaba tenuamente contra el cielo era el de la casa del Barón. Avanzó rápidamente hacia ella y tropezó con un bulto blando, cayendo de bruces en el barro. Inmediatamente se abrió una puerta cercana y aparecieron dos hombres: uno de ellos llevaba una luz. Apenas tuvo tiempo de ponerse de pie antes de que ellos lo alcanzaran.

—¿Te llevaste la cuerda por delante, eh? —dijo el hombre de la luz, que tenía un hacha en la mano. Hablaba en beklano y, al ver que Kelderek lo entendía, continuó—: Para eso está la cuerda, claro. ¿Qué estás fisgoneando por aquí, eh?

—Yo no... Volvía a casa —dijo Kelderek, mirándolos atentamente.

—¿A casa? —El hombre tuvo una rápida risa—. Es la primera vez que alguien la llama así en Zeray.

—Buenas noches. Lamento haber molestado.

—No tanta prisa —dijo el otro hombre, dando un paso a un lado.

—¿Conque pescador, eh? —De repente tuvo un sobresalto, levantó la antorcha y le echó una ojeada a Kelderek—. ¡Diablos! —dijo—. Te conozco. ¡Tú eres el rey ortelgano de Bekla!

El primer hombre también lo miró atentamente.

—¡Vaya si lo es! —dijo—. ¿No lo eres? ¿No eres el rey ortelgano de Bekla, el que hablaba con el oso?

—No seáis ridículos —dijo Kelderek—. Ni siquiera sé lo que estáis diciendo.

—Nosotros fuimos beklanos en un tiempo —dijo el segundo hombre— hasta que tuvimos que correr para acuchillar a un hijo de puta ortelgano que por cierto lo merecía. Supongo que ahora te llegó el turno. ¿Conque perdiste tu oso, no?

—Nunca en mi vida he estado en Bekla, en cuanto al oso, nunca lo vi.

—Sin embargo, eres ortelgano —dijo el segundo hombre—. ¿Crees que no nos damos cuenta de eso? Hablas la misma basura que todos ellos...

—Y yo os digo que nunca salí de Ortelga hasta que vine aquí, que no reconocería al oso si lo viera. ¡A la mierda con él oso!

—¡Grandísimo embustero!

El primer hombre blandió el hacha. Kelderek lo golpeó con su mazo, se dio vuelta y echó a correr. La antorcha se apagó cuando ellos se pusieron a seguirlo y tuvieron que detenerse. Una vez más se vio frente a la puerta del fondo y la golpeó con fuerza, gritando: «¡Ankray!, ¡Ankray!». Ellos se echaron a correr detrás de él. Él gritó de nuevo, dejó caer los pescados, asió su mazo y miró en derredor. Oyó que estaban levantando los cerrojos. La puerta, se abrió. Ankray apareció a su lado, sosteniendo una lanza en lo oscuro y profiriendo palabrotas, como un campesino que lleva un toro con un palo. Kelderek, bastante dueño de sus nervios para recoger sus pescados, dio un empujón a Ankray dentro del patio, se metió y trancó la puerta detrás de ellos.

—Gracias a Dios no fue peor, señor —dijo Ankray—. He estado esperándote desde el anochecer. Estaba pensando que tal vez te habías metido en un aprieto. La sacerdotisa estaba muy nerviosa. Siempre es peligroso en cuanto se pone oscuro.

—Ha sido una suerte para mí que estuvieras esperando —contestó Kelderek—. Gracias por tu ayuda. Al parecer, a éstos no les gustan los ortelganos.

—No se trata de ortelgano, señor —dijo Ankray con aire recriminatorio—, nadie está seguro en Zeray cuando cae la noche. El Barón siempre...

Melathys apareció en la puerta interior, sosteniendo una lámpara en la cabeza y mirando en silencio. Acercándose, él notó que estaba temblando. Él sonrió, pero ella lo miró adustamente, remota y pálida como la luna a la luz del día. Siguiendo un impulso, sintiendo que esto era perfectamente natural, le rodeó los hombros con un brazo, se agachó y le besó la mejilla.

—No te enojés —dijo—. He aprendido mi lección: te lo prometo. Y, por lo menos, tengo algo que mostrar por ello —se sentó junto al fuego y echó un leño—. Tráeme un balde, Ankray, que voy a destripar estos pescados También agua caliente, si tienes. Estoy inmundo. —Luego dándose cuenta que la muchacha todavía no había dicho una palabra, le preguntó—: ¿Cómo está la Tuguinda?

—Mejor. Creo que ha empezado a recuperarse.

Sonrió ahora, e inmediatamente él notó que la natural ansiedad de ella, su alarma ante los ruidos de la refriega en la calle, su tendencia a enojarse con él, no habían sido nada más que nubes sobre el sol. «Tú también», pensó, mirándola. La presencia de ella estaba penetrada de una nueva calidad, a la vez natural, complementaria e intensificadora, como la que imparte la nieve a un pico de montaña o una paloma a un arrayán. Donde otros no hubieran notado nada, él advertía claramente el cambio, tan

real como las ramas de primavera que verdean con sus primeras hojas. La cara de ella ya no estaba tensa. Su compostura y sus movimientos, la misma cadencia de su voz, eran más suaves, más amables y más reposados, contemplándola ahora, él no necesitó conjurar sus recuerdos de la hermosa sacerdotisa de Quiso.

—Se despertó esta tarde y charlamos un rato. La fiebre había bajado y pudo comer un poco. Ahora está durmiendo mucho más tranquila.

—Son buenas noticias —contestó Kelderek—. Yo temía que hubiera pescado alguna infección, alguna peste. Ahora creo que no ha sido nada más que cansancio y tensión nerviosa.

—Todavía está débil. Por cierto tiempo necesitará descanso y tranquilidad: también hay que conseguirle alimentos frescos; espero que podamos. ¿Eres un brujo, Kelderek, que puedes conseguir truchas en Zeray? Son casi las primeras que he visto. ¿Cómo lo hiciste?

—Sabía dónde había que buscarlas y qué había que hacer.

—Es un preanuncio de buena suerte. Créeme, por favor. Yo lo creo. Pero quédate aquí mañana. No vuelvas a salir... Ankray irá a Lak. Si vuelve antes del caer de la noche, se va a tomar todo el día.

—¿Lak? ¿Dónde está Lak?

—Lak es la aldea de la que te hablé y que está unos quince kilómetros al Norte. El Barón solía decir que era su armario secreto. Glabrón, en una ocasión, robó y asesinó allá a un hombre, de modo que cuando el Barón lo mató, yo tomé, mis medidas para que ellos se enteraran de la cosa. Él les prometió que ya no iban a ser molestados desde Zeray y más tarde, cuando llegó a tener poder —en fin, el poder que llegó a tener— solía enviarles unos pocos hombres en la estación de las cosechas y cuando ellos construyen sus cabañas, cualesquiera hombres en los que podía confiar. Por último, uno o dos obtuvieron permiso para establecerse en Lak. Esto formaba parte de otro proyecto del Barón de poner hombres de Zeray por toda la provincia. Como tantos de nuestros proyectos, nunca fue muy lejos por falta de material; por lo menos se logró algo: nos permitió tener una despensa particular. Belka-Trazet nunca pidió nada a Lak, pero nosotros hicimos trueques, como te dije, y los ancianos creyeron prudente enviarle regalos de cuando en cuando. Sin embargo, a partir del momento en que él murió, ellos deben haber estado esperando los acontecimientos, porque no hemos tenido mensajes, y cuando estaba sola me daba miedo enviar tan lejos a Ankray. Ahora que tú estás aquí, él podrá ir y tantear suerte. Tengo un poco de dinero que le puedo dar. En Lak lo conocen, por supuesto, y tal vez nos den algunos alimentos frescos en agradecimiento por los tiempos idos.

—¿No estaríamos más seguros allá... nosotros cuatro?

—Claro que sí... si nos aceptan. Si Ankray tiene mañana oportunidad, le va a contar al jefe la huida de Farrass y de Thrild y le hablará de la Tuguinda y de ti. Pero

tú sabes, Kelderek, lo que son las mentes de los ancianos de aldea: mitad bueyes, mitad zorros, como se dice. El antiguo miedo a Zeray debe haberles vuelto, y si les mostramos que tenemos apuro por irnos te preguntarán por qué y tendrán más miedo. Si pudiéramos refugiarnos en Lak, tal vez podríamos encontrar un modo de salir de la trampa, pero todo depende de no mostrar apuro. Por otra parte, no podemos irnos hasta que la Tuguinda esté bien. Lo más que podrá hacer Ankray mañana es ver cómo está el lugar. ¿Has terminado con tus pescados? Muy bien. Cocinaré tres y guardaré los otros dos. Esta noche nos vamos a dar una fiesta, porque para decirte la verdad — y bajó la voz, fingiendo secreto, se inclinó hacia él sonriendo y hablando detrás de la mano—. ¡Ni Ankray ni el Barón fueron nunca capaces de pescar!

Una vez que comieron y que Ankray, después de beber el vino agrio en homenaje a la habilidad del pescador, se fue a hacer guardia junto a la Tuguinda, mientras entretejía nuevo hilo de pescar con hebras extraídas de una vieja capa y un mechón de cabellos de Melathys, Kelderek, sentado cerca de la muchacha, de modo de poder hablar en voz baja, le contó todo lo que había ocurrido desde el día, en Bekla, cuando Zelda le había dicho por primera vez que no creía en la derrota de Erketlis. Las cosas que más lo habían avergonzado las contó sin ocultar nada, mirando al fuego y como si estuviera solo, pero ni por un instante perdía la sensación de la simpatía de su oyente, para quien las vejaciones, las penas y las vergüenzas eran tan familiares como habían llegado a serlo para él. Cuando habló de la explicación de la Tuguinda de lo que había ocurrido en los Estreles, y de la muerte ordenada y ahora inevitable de Shardik, sintió que la mano de Melathys se apoyaba delicadamente en su brazo. Él la cubrió con la suya, y fue entonces como si el deseo que tenía de ella se apoderara de él y apagara el fluir de su historia. Se quedó callado y finalmente ella dijo:

—¿Y el Señor Shardik? ¿Dónde está ahora?

—Nadie lo sabe. Cruzó el Vrako, pero yo creo que debe estar muerto ya. He querido muchas veces estar yo muerto, pero ahora...

—Entonces, ¿por qué viniste a Zeray?

—¿Por qué realmente? Por la misma razón que tendría otro criminal. Para la gente de Yeldashay yo soy un traficante de esclavos a quien han puesto fuera de la ley. Me echaron al otro lado del Vrako, y una vez allá, ¿adónde puede ir un hombre, fuera de Zeray? Por otra parte, como sabes, me encontré con la Tuguinda. Aunque hay otra razón. O, por lo menos, es lo que creo. Yo he mancillado y pervertido el poder divino de Shardik, de tal modo que lo único que queda ahora para Dios es su muerte. Esa desgracia y esa muerte serán requeridas de mí, y ¿dónde las he de esperar, sino en Zeray?

—Sin embargo, hablaste de salvar nuestras vidas yendo a Lak...

—Sí, y si es posible, lo haré. Un hombre en la tierra no es nada más que un animal, y ¿qué animal no trata de salvar su vida cuando queda alguna posibilidad de

hacerlo?

Ella retiró la mano.

—Oye entonces la sabiduría de una mujer cobarde, la hembra de un asesino, una sacerdotisa mancillada de Quiso. Si tratas de salvar tu vida, la perderás. Puedes aceptar la verdad de lo que me dijiste y esperar humilde y pacientemente el resultado, o también puedes correr a uno y otro lado de esta tierra, de esta jaula de ratas, como cualquier otro fugitivo, sin admitir nunca lo que ha ocurrido y utilizando nuevos dolos para ganar un poco de tiempo, hasta que ya no queden ni dolos ni tiempo.

—¿El resultado?

—Un resultado tiene que haber. Desde que me di vuelta y vi a la Tuguinda de pie junto a la tumba del Barón, he llegado a entender muchas cosas... Más de las que puedo poner en palabras. Pero es por eso que estoy aquí contigo y no con Farrass y Thrild. A los ojos de Dios hay sólo un tiempo y una historia, y de ellos todos los días dé la tierra y todos los acontecimientos humanos son partes. Pero eso sólo puede ser descubierto: no se lo puede enseñar.

Asombrado y subyugado por las palabras de ella, se sintió sin embargo reconfortado de que ella lo considerara digno de su solicitud, pese a que entendió —o creyó entender— que ella le estaba aconsejando que se resignara a la muerte. Muy pronto, para prolongar el tiempo de estar sentado cerca de ella, él preguntó:

—Si vienen los yeldashay puede ser que ayuden a la Tuguinda a volver a Quiso. ¿Volverías entonces con ella?

—Soy... lo que sabes. Nunca podré volver a poner los pies en Quiso. Sería sacrilegio.

—¿Qué vas a hacer?

—Te lo he dicho: esperar el resultado. Kelderek, tienes que tener fe en la vida. Yo he recobrado mi fe en la vida. ¡Oh, si lo entendieran! La tarea de los deshonrados y los culpables no es la lucha por redimirse, sino sencillamente la tarea de esperar, de nunca dejar de esperar, con esperanzas de redención. Muchos yerran al perder la creencia de que todavía son hijos e hijas.

Él meneó la cabeza, contemplando el rostro sonriente, coloreado por el vino, de ella, con tal expresión de asombro que ella lanzó una carcajada y luego, inclinándose para avivar el fuego, a medias murmuró, a medias canturreó el estribillo de una canción de cuna de Ortelga que él hacía mucho tiempo que había olvidado.

¿Adónde va la luna detrás de la laguna?

Deja tranquila esa cabeza: la pobre está muy vieja.

—¿No sabías que yo la conocía verdad?

—Estás contenta —dijo él con envidia.

—Y tú también lo estarás —contestó ella, tomándole las manos entre las suyas—. Sí, incluso si tenemos que morir. Bueno, basta ya de enigmas para una noche. Es hora

de dormir. Pero te diré algo más fácil, algo que tú puedes entender y creer. Él la miró con aire expectante y ella dijo enfáticamente:

—¡Es el mejor pescado que he comido en Zeray! ¡Sigue pescando!

El Kynat

Al abrir los ojos a la mañana siguiente, Kelderek supo sin más que había sido despertado por un ruido desacostumbrado. Con incertidumbre, se quedó quieto, como al acecho de un animal. De repente el raído se oyó de nuevo, tan cercano que tuvo un sobresalto. Era la llamada del Kynat: dos notas tersas aflautadas, la segunda más alta que la primera, seguidas de un trino que se interrumpía de golpe. Y en ese instante mismo estuvo de vuelta en Ortelga, vio el fulgor del Telthearna reflejado en el interior del techo de la cabaña, sintió el olor de la leña verde y oyó a su padre que silbaba mientras afilaba el cuchillo en una piedra. El hermoso pájaro, purpúreo y dorado, llegaba al Telthearna en la primavera, pero raras veces se quedaba y continuaba viaje hacia el Norte. A pesar del maravilloso plumaje, matarlo traía mala suerte, pues con él venía el verano y distribuía bendiciones, anunciando las buenas nuevas a todos «¡Kynat, Kynat! ¡Cherrrr-ak!» («Kynat, Kynat, dirá»). Héroe bienvenido y propicio de muchas canciones y sagas, se lo oía y se lo bendecía durante un mes, y después se iba dejando detrás, como un regalo, la mejor estación del año. Al acecho y mordiéndose el labio inferior, Kelderek se acercó a la ventana, levantó sigilosamente el grueso barrote, abrió una hendidura en el postigo y miró hacia afuera.

El Kynat, a menos de unos diez metros de distancia, estaba parado en el caballete del techo, del otro lado del patiecito. El vivo púrpura del pecho y de la espalda brillaba en la primera luz del sol, más espléndido que un estandarte de emperador. La cresta, de púrpura y oro, estaba erecta, y el amplio despliegue de la cola, con plumas bordeadas de oro, se abría sobre el declive gris de las tejas, refulgentes como una mariposa posada en una piedra. Visto de tan cerca el pájaro era increíblemente hermoso, con un esplendor que estaba más allá de todo lo que él había visto. El crepúsculo sobre el río, la orquídea colgante en la sombra mohosa, las llamas translúcidas y coloreadas del incienso y las resinas de los templos, ondulando en sus cuencos de cobre... nada podía sobrepasar a este pájaro, desplegado en el silencio matinal como un testamento, un ejemplar visible de la belleza y la humildad de Dios. Mientras Kelderek lo contemplaba, abrió repentinamente las alas, dejando ver el plumón azafranado de debajo de las alas, abrió el pico y llamó de nuevo: «¡Kynat, Kynat, dirá!». Después se fue en dirección Este, hacia el río.

Kelderek abrió el postigo y quedó deslumbrado bajo el sol que acababa de iluminar la pared. En ese mismo instante otro postigo se abrió y Melathys, en camisón, con los brazos desnudos y el largo pelo suelto, se asomó a la ventana, como tratando de seguir con la mirada el vuelo del Kynat. Ella, al ver a Kelderek, se sobresaltó un segundo y luego, sonriendo, señaló en silencio al pájaro, como un niño a quien los gestos le son más naturales que las palabras. Kelderek asintió y levantó la

mano, haciendo la señal utilizada por los mensajeros de Ortelga y los cazadores que vuelven para indicar buenas nuevas. Comprendió que ella, como él, había sentido el accidente de ser vista semidesnuda como algo que se aceptaba sencillamente entre ellos; no que no tuviera importancia, como no la habría tenido en medio de la conmoción de un incendio o algún otro desastre, sino que su significado quedaba alterado, como si la ocasión fuera festiva y cambiara el impudor en feliz extravagancia, adecuada a la ocasión. Para decirlo sencillamente, él pensó que el Kynat la había sacado de sí misma porque ella no era esa clase de mujer. Y cuando este pensamiento le pasó por la cabeza, también comprendió que él ya no pensaba en ella como la mujer que una vez había sido sacerdotisa de Quiso o esposa de Bel-ka-Trazet. La forma en que él entendía había sobrepasado estas imágenes, que ahora se abrían como puertas y lo hacían entrar en una realidad interior más cálida e indivisa. A partir de ahora, en su mente, Melathys habría de ser una mujer que él conocía y, cualquiera fuera el frente que ella presentara al mundo, él como ella, lo iba a ver desde el interior, consciente de mucho, sino todo, que quedaba oculto a los demás. Notó que estaba temblando. Rió y se sentó en la cama.

Lo que había ocurrido —él lo sabía— encerraba una contradicción. Después de todo lo que había sufrido, ella sin duda sentía impaciencia ante las ideas convencionales de pudor. En cualquier caso, su conducta era motivada por sensibilidad y no por inmodestia. Llevada por su admiración al Kynat, había sabido muy bien que él iba a entender que esto no era una invitación, en el sentido que Thrild o Rúvit lo habrían entendido. Ella había estado segura de que él iba a aceptar lo que había visto como parte del placer en común que habían tenido en ese instante. Ella no se habría comportado de esta manera delante de otro hombre. De tal modo que en realidad había habido una invitación en un nivel más profundo de confianza, en el cual la formalidad e incluso la corrección podían ser usadas o apartadas enteramente según sintieran ellos que favorecía o perjudicaba el mutuo entendimiento. Dentro de este marco, el deseo podía esperar para encontrar su lugar señalado.

Hasta este punto, aunque era nuevo para él y fuera de cualquier experiencia que él hubiera tenido de los tratos entre hombres y mujeres, Kelderek entendía. Su excitación se intensificó. Tenía sed de Melathys, de su voz, de su compañía, de su mera presencia, con exclusión de todo lo demás. Tomó la decisión de salvar la vida de ella y la suya propia, sacarla de Zeray, dejar para siempre detrás las guerras de Ikat y de Bekla, la agria vocación que le había caído encima sin buscarla y la esperanza estéril que había albergado una vez de descubrir el gran secreto que habría de ser impartido por medio de Shardik. Llegar a Lak y desde allí, de algún modo, escapar con la mujer que le había devuelto el deseo de vivir. Si la cosa podía hacerse, él la iba a hacer. Si a ella le era posible amar a un hombre, él habría de ganarla con un fervor y una constancia que no tendrían igual. Se puso de pie, extendió las manos y empezó a

rezar con apasionada gravedad.

Se oyó un leve bastonazo en el embaldosado del patio. Kelderek se volvió, sobresaltado, y vio a Ankray que estaba de pie junto a la ventana, con capa y encapuchado, con una bolsa sobre el hombro, una espada en el cinto y una especie de jabalina o de daga. Se llevó un dedo a los labios y Kelderek fue hacia él.

—¿Te vas a Lak? —preguntó.

—Sí, señor. La sacerdotisa me ha dado un poco de dinero, que yo voy a hacer durar. Tendrás que trancar la puerta detrás de mí. Se me ocurrió que te lo podía decir sin que la sacerdotisa lo supiera: en el camino hay un hombre muerto, un forastero, me parece, tal vez un recién llegado, son los primeros a quienes les ocurre la cosa, en general. Tendrás que ser muy cuidadoso cuando yo no esté. Si yo estuviera en tu lugar, señor, no dejaría solas a las mujeres. No se sabe qué puede ocurrir ahora en esta ciudad.

—Pero ¿no eres tú acaso quien tiene que tener cuidados? —contestó Kelderek—. ¿Crees que debes ir?

Ankray rió.

—Oh, esos a mí no me agarran, señor —dijo—. El Barón siempre decía, «Ankray», decía el Barón, «les vas a dar una y yo los voy a recoger». Bueno, después de todo, no es necesario que los levantes, señor, ¿verdad? De modo que si yo voy y me tiro unos cuantos será lo mismo, señor, ¿verdad?

Aparentemente muy satisfecho con esta muestra de irrefutable lógica, Ankray se recostó cómodamente contra la pared.

—Sí, señor —dijo— el Barón siempre decía: «Ankray, tú los vas a tirar...».

—Te acompañaré hasta el portón —dijo Kelderek, dejando la ventana. Abrió los candados del portón del patio y fue el primero en salir a la calle vacía. El muerto estaba boca arriba, a unos treinta metros de distancia, con ojos abiertos y brazos extendidos. La carne de la cara y de las manos tenían una tonalidad pálida, como de cera. Su postura despatarrada, indecorosa, junto a los pocos jirones de ropa que le quedaban en el cuerpo, hacían que más que un cadáver pareciera un montón de basura, algo roto y desechado. Un dedo había sido cortado, sin duda para robar un anillo, y el muñón mostraba un círculo rojo en la pálida mano.

—Bueno, ya ves como es —dijo Ankray—. Me voy yendo, pues. Si quieres hacerme caso, señor, déjalo ahí: otros se ocuparán de él. De eso puedes estar seguro. Si por cualquier motivo no vuelvo antes de que oscurezca, tal vez podrías tener la bondad de esperar en el patio, como yo esperé anoche. Pero no voy a papar moscas.

Bamboleo la bolsa y se alejó, lanzando miradas muy despiertas en derredor.

Kelderek trancó la puerta y volvió a la casa. Ankray había puesto en orden y barrido la cocina, pero no había encendido el fuego, de modo que Kelderek se estaba lavando con agua fría cuando entró Melathys, trayendo un traje de color rojo oscuro y

otros atavíos. Kelderek, con la cabeza inclinada sobre el balde, le sonrió, sacudiéndose el agua de los ojos y las orejas.

—Esto era del Barón —dijo ella— pero esa no es razón para que esté ahí doblado y guardado. Te va a caer mucho mejor que tu ropa de soldado y es mucho más cómoda.

Dejó la ropa, llenó una jarra para la Tuguinda y se fue.

Mientras se vestía, él se preguntó si éste habría sido el traje que llevaba Bel-ka-Trazet cuando había huido de Ortega. Si no lo era, tenía que haberlo robado a algún enemigo eliminado, pues era inconcebible que una túnica como ésta se hubiera obtenido en Zeray. El mismo Elleroth, pensó con malicia, se la habría puesto con confianza. La tela era excelente, pese a estar teñida de rojo oscuro, y el tejido era tan fino que las costuras eran casi invisibles. Como Melathys había dicho, era un traje muy cómodo, flexible y suave, y el solo hecho de tenerlo encima parecía alejarlo un poco de sus tétricos vagabundeos y de los sufrimientos que había tenido que soportar.

La Tuguinda, más flaca, y con los ojos hundidos, estaba sentada, recostada contra la pared de la cabecera de la cama, mientras Melathys la peinaba. Kelderek Je tomó una de las manos entre las suyas y le preguntó si quería que le trajera algo de comer. Ella meneó la cabeza.

—Más tarde —contestó, y después de un rato de silencio:

—Kelderek, gracias por haberme traído a Zeray. Y tengo que pedirte perdón por haberte engañado en un punto.

—¿Por engañarme, Säiyet? ¿Cómo?

—Naturalmente, yo sabía lo que le había ocurrido al Barón. Todas las noticias llegan a Quiso. Contaba con encontrarlo aquí, pero no te lo dije. Me di cuenta que estabas muy abatido y cansado y me pareció mejor no preocuparte más. Pero él no te hubiera hecho daño: ni a ti ni a mí.

—No tienes por qué pedirme perdón, Säiyet, pero ya que lo haces, te lo doy con mucho gusto.

—Melathys me dijo que, ahora que el Barón se fue, no hay posibilidades para nosotros de encontrar ayuda en Zeray.

Ella suspiró profundamente, mirando sus manos iluminadas por el sol sobre la frazada, con una expresión tan decepcionada y sin esperanzas que él tuvo el impulso, como suele ocurrir a los que sienten piedad, de decir más de lo que sabía.

—No te preocupes, Säiyet. Es cierto que este es un lugar de pillastres y algo peor, pero cuando tú estés bien, nos iremos, Melathys, tú, yo y el hombre del Barón. Hay una aldea en el Norte, no lejos, donde creo que podremos hallar refugio.

—Melathys me habló. El sirviente irá hoy a ese lugar. ¿No estará en peligro ese pobre hombre?

Kelderek rió:

—Hay una persona que no teme por él: es él mismo.

La Tuguinda cerró los ojos con aire fatigado, y Melathys puso a un lado el peine.

—Debes descansar ahora, Säiyet —dijo ella—. Y debes tratar de comer algo. Voy a la cocina, porque hay que encender el fuego antes de poder cocinar.

La Tuguinda asintió con la cabeza, sin abrir los ojos. Kelderek siguió a Melathys fuera de la habitación. Una vez que él preparó las ramas, ella las encendió con un fragmento de vidrio curvo que recibía directamente un rayo de sol.

Más tarde, cuando el día, avanzando hacia el cenit, llenó el patio con un calor como de verano, Melathys sacó agua del aljibe, lavó los trapos de cocina y los tendió a secar al sol. De vuelta en la casa sombreada, se sentó en el angosto alféizar, secándose el pescuezo y la frente con un trapo áspero en vez de una toalla.

—En otras partes las mujeres pueden ir a lavar la ropa al río: es algo que se da por supuesto —dijo ella—. Para eso están los ríos: lavado y comadreo. No en Zeray.

—¿Y en Quiso?

—En Quiso éramos menos solemnes que lo que tú puedes suponer. Aunque yo estaba pensando en cualquier aldea o ciudad en donde la gente común y buena puede vivir su vida sin miedo: sí y sin arrastrar la vergüenza detrás de ellos como una cadena. ¿No sería hermoso, no sería como un milagro, ir a un mercado, regatear con el tendero, detenerse en el camino a comer algo que uno ha comprado honrada y decentemente, darle una parte a algún amigo mientras uno comadrea junto al río? Me acuerdo de estas cosas... las muchachas de Quiso estaban muy enteradas de lo que pasaba en la isla, ¿sabes? Desde ciertos puntos de vista éramos más libres que otras mujeres. Ser privados de esos placeres escasos y comunes que la gente honrada da por supuestos: eso es la prisión, eso es el castigo, esa es la pena y la pérdida. Si la gente valorara estas cosas en lo que valen, daría más crédito a la confianza y a la común honradez de las que dependen.

—Tienes ciertas compensaciones. La mayoría de las mujeres no pueden usar esas palabras —contestó Kelderek—. La vida de una muchacha de aldea es muy estrecha: cocinar, tejer, los niños, golpear ropa sobre las piedras.

—Tal vez —dijo ella—, tal vez. Los pájaros cantan en los árboles, encuentran su pareja, se unen, hacen nidos. No saben nada más. —Lo miró sonriendo y tironeando lentamente el trapo a uno y a otro lado de la cabeza—. También es limitada la vida de los pájaros. Pero caza 1uno, ponlo en una jaula y verás si no aprecia lo que ha perdido.

Él tuvo tantos deseos de tomarla en sus brazos que, por unos instantes, la cabeza le dio vueltas. Para esconder sus sentimientos se agachó sobre el cuchillo y terminó de arreglar el anzuelo.

—También cantas —dijo él—. Te he oído.

—Sí. Si quieres, cantaré ahora. A veces cantaba para el Barón.

Ella se levantó, miró subrepticamente a la Tuguinda, salió del cuarto y volvió con un hinnari sencillo, sin ornamentos, de color de la madera clara de sestuaga, muy gastado en el teclado. Lo puso en manos de él. Estaba combado y bastante desafinado.

—No digas ni una palabra contra él —dijo ella—. Por lo que sé, es el único que hay en Zeray. Lo encontramos flotando en el río. El Barón se metió su orgullo en el bolsillo y suplicó a la gente de Lak que le mandara cuerdas. Si se rompen, no se podrá reponerlas.

Sentándose de nuevo en el alféizar, tironeó un rato las cuerdas, ajustando y forzando los ásperos tonos del hinnari hasta un afinamiento pasable. Luego, mirándose la falda como si cantara para sí misma, entonó la vieja balada de U-Depariorh y de la Flor Plateada de Sharkid.

Al terminar ella guardó silencio y él tampoco dijo nada, porque sabía que no era necesario hablar. Ella tocó distraídamente las cuerdas un rato y, como si siguiera un impulso, de pronto se puso a cantar una ronda, «El gato pescador», que los niños de Ortelga, por generaciones, habían cantado y representado en la orilla. Él no pudo evitar una risa de placer al verse tomado así de sorpresa, porque ni había oído la canción ni había pensado en ella desde que se había ido de Ortelga.

—¿Entonces has vivido en Ortelga? —preguntó él—. No me acuerdo de ti cuando eras niña.

—No la aprendí en Ortelga: la aprendí en Quiso.

—¿Tú fuiste niña en Quiso? —No recordaba lo que Rantzay le había dicho una vez—. Entonces... ¿cuándo...?

—¿No sabes cuándo llegué a Quiso? Te lo diré. Nací en una granja de esclavos en Tonilda, y si llegué a conocer a mi madre, no me acuerdo. Esto ocurrió antes de las guerras de los esclavos, y nosotros no éramos nada más que mercancías que se preparan para ser vendidas. Cuando tenía siete años la granja fue tomada por Santilke-Erketlis y los Heldril. Un capitán herido había hecho el viaje hasta Quiso para que lo curara la Tuguinda, y nos llevó a mí y a una chica llamada Bría y propuso educarnos para sacerdotisas. Bría se escapó antes de que llegáramos al Telthearna, y nunca supe qué fue de ella, pero yo me convertí en la hija de los Arrecifes.

—¿Eras feliz?

—¡Oh, sí! Tener un hogar, un pueblo bueno y sabio que te ama y que te cuida, después de formar parte del personal de una granja de esclavos... no puedes imaginar lo que es. Pero el daño que se hace a un niño maltratado no es incurable ¿sabes? Todos eran buenos; me mimaron, me fue bien. Era inteligente, crecí y llegué a creer que era un don de Dios para Quiso. Esa es la razón por la cual, cuando llegó el momento, no estaba preparada para un sacrificio verdadero como la pobre Rantzay. —Guardó un momento de silencio y luego dijo—: Desde entonces he aprendido.

—¿Te entristece la idea de no volver nunca a Quiso?

—No ahora: te lo he dicho. Ahora veo claramente que...

Él la interrumpió.

—¿No es demasiado tarde?

—¡Oh sí! —Contestó ella— siempre es demasiado tarde. —Se levantó y, pasando junto a él para ir al cuarto de la Tuguinda, se inclinó, de tal modo que con los labios le rozó la oreja—. No, nunca es demasiado tarde. —Unos momentos después ella le pidió que entrara y ayudara a la Tuguinda a ocupar una silla junto al fuego, mientras ella preparaba la cama y barría el cuarto.

En la última parte de la tarde el sol se volvió más fresco y el patio se ensombreció. Se sentaron fuera, cerca de la higuera junto a la pared, Melathys en un banco, bajo la ventana abierta de la Tuguinda, y Kelderek en el borde del aljibe. Al cabo de un rato, perturbado por el recuerdo que le traía el leve chapoteo y los susurros que provenían del fondo del aljibe, se levantó y empezó a juntar la ropa que ella había tendido esa mañana.

—Hay una parte que no se ha secado, Melathys.

Ella se estiró perezosamente, arqueando la espalda y levantando la cara hacia el cielo.

—Se va a secar.

—No esta noche.

—¡Bah, bah! Uf...

—La puedo tender en la azotea, si quieres. Allí todavía hay sol.

—No hay manera de subir.

—En Bekla todas las casas tienen escalones hasta el techo.

—En la ciudad de Bekla vuelan los cerdos y el vino hace glu-glu en los ríos...

Él miro los cinco metros de pared, eligió un lugar y trepó por la áspera mampostería, se aferró con ambas manos al parapeto y se izó. Por el lado de adentro había una caída de treinta centímetros hasta el chato techo de piedra. Lo tanteó cautelosamente, pero era bastante sólido y bajó. Las piedras estaban calentadas por el sol.

—¡Tírame la ropa y la tiendo!

—Debe estar sucio.

—Dame una escoba, entonces. ¿No podrías...?

Se interrumpió, mirando hacia el río.

—¿Qué pasa? —gritó Melathys con una nota de ansiedad en la voz.

Kelderek no contestó y ella hizo de nuevo la pregunta, con más urgencia.

—Hay hombres del otro lado del río.

—¿Qué? —Lo miró incrédulamente—. Es una orilla desierta; no hay una aldea en sesenta kilómetros, es lo que me han dicho. Nunca he visto allí un hombre desde que

estoy aquí.

—Bueno: ahora puedes.

—¿Qué están haciendo?

—No puedo darme cuenta. Parecen soldados. La gente de este lado parece estar tan sorprendida como tú.

—Ayúdame a subir, Kelderek.

Después de algunos intentos, ella logró trepar bastante alto para que él asiera sus muñecas y la levantara. Al llegar al techo se arrodilló inmediatamente detrás del parapeto y le hizo señas a él para que la imitara.

—Hace un mes habríamos podido estar de pie tranquilamente en un techo de Zeray. Creo que no lo haría ahora.

Los dos miraron hacia el Este. A lo largo del desembarcadero de Zeray, los curiosos se habían juntado en grupos y hablaban entre ellos, señalando hacia el río. En la otra ribera, a casi ochocientos metros de donde estaban ellos arrodillados en el techo, una banda de unos cincuenta hombres estaba dedicada a alguna actividad entre las rocas.

—Ese hombre de la izquierda está dando órdenes. ¿Ves?

—Pero ¿qué es lo que lleva?

—Estacas. Mira, esa que está más cerca. Debe tener el largo de un palo mayor en una cabaña ortelgana. Supongo que levantarán una choza. Pero ¿para qué?

—¡Vaya uno a saber! Una cosa es segura: no puede tener nada que ver con Zeray. Nunca nadie ha cruzado este estrecho: la corriente es demasiado fuerte.

—¿Son soldados, no?

—Creo que sí... O tal vez alguna expedición de caza.

—¿En un desierto? Mira: han empezado a cavar. Y allí tienen dos grandes mazos. De tal modo que cuando hayan hundido bastante esas estacas para poder golpear en las-cabezas, las van a meter aún mas.

—¿Para hacer una choza?

—Bueno... Habrá que esperar para ver. Probablemente...

Él se interrumpió cuando ella le puso una mano en el hombro y lo apartó del parapeto.

—¿Qué pasa?

Ella bajo la voz.

—Posiblemente nada. Pero había ahí un hombre que nos miraba desde abajo, uno de tus amigos de anoche, supongo. Sería mejor bajar ahora, en caso de que se le haya ocurrido entrar en la casa. De todos modos, cuanto menos atención atraigamos, tanto mejor, y ojos que no ven, mente que no piensa. Es una buena máxima en este lugar.

Después de ayudarla a bajar, él cerró y aseguró los postigos de las pocas ventanas de la pared de afuera, llevó la pesada lanza de Ankray al patio y se puso a escuchar

un rato; Sin embargo, todo estaba tranquilo y finalmente volvió al interior de la casa. La Tuguinda estaba despierta, y él se sentó cerca del pie de la cama contento de oírlas mientras ella y Melathys hablaban de antiguos días en Quiso.

Iba a anochecer muy pronto. Siempre sumido en sus pensamientos, dejó a las mujeres juntas y salió al patio a esperar a Ankray. Estaba recostado contra el portón trancado, atento a cualquier ruido de gente que llegara, y se preguntaba si no sería mejor volver a subir al techo cuando, al levantar la mirada, vio a Melathys que estaba en el corredor de entrada. La luz llameante del atardecer la envolvía de la cabeza a los pies y mostraba la caída larga de sus cabellos como una sombra tersa y suave, como el ribete encrespado de una ola. Como un hombre que se da vuelta una vez más para contemplar embelesado el arco iris, por su maravillosa belleza, como si nunca lo hubiera visto antes, así fue conmovido Kelderek al ver a Melathys. Detenido por la mirada fija de él y captando, por así decirlo, el eco de sí misma en sus ojos, la muchacha se quedó quieta, sonriendo un poco, como si quisiera decirle que estaba muy contenta de darle placer, hasta que él decidiera relevarla de su mirada.

—No te muevas —dijo él, a la vez suplicante e insistente, y ella no demostró confusión ni embarazo, sino una dignidad gozosa, espontánea y natural como la de una bailarina. De repente, presa de una ilusión como la que había tenido en el vestíbulo de la Casa del Rey en Bekla, cuando esperaba que los soldados trajeran a Elleroth, y cuando vio a Shardik a la vez como un oso y como una lejana cumbre de montañas, él creyó ver en ella el alto árbol zoán en la orilla de Ortelga, rodeado de una glorieta de ramas de helecho junto al borde del agua. Sin apartar los ojos de ella, Kelderek atravesó el patio.

—¿Qué ves? —preguntó Melathys, mirándolo con una ligera explosión de risa; y Kelderek, recordando el poder de las sacerdotisas de Quiso, se preguntó si tal vez ella no habría suscitado la imagen del zoán en su mente.

—Un árbol muy alto junto al río —contestó él—. Un mojón para quien vuelve a casa.

Y, tomando las manos de ella en las suyas, las llevó a sus labios. Al hacerlo se oyó en la puerta del patio un golpeteo rápido y perentorio, seguido inmediatamente por un desagradable ruido, como de befa, y la voz de Ankray que se elevaba:

—¡Vamos, vamos! Idos de una vez, ¡y mucho cuidado!

Las noticias de Ankray

Kelderek se lanzó tras su espada, corrió y levantó los cerrojos; Ankray, con la espada desenvainada en la mano, agachó la cabeza y entró de espaldas en el patio, dejando caer su bolsa del hombro cuando Kelderek cerró el portón.

—Espero que todo ande bien, señor, para ti y las sacerdotisas —dijo, extrayendo la daga de su cinturón y sentándose en el borde del aljibe para quitarse sus pernils embarrados—. Hice lo que pude por volver lo más pronto posible, pero hay mucho que andar en este torcido país.

Kelderek, al no encontrar nada que decir, se limitó a asentir con la cabeza; luego, deseando no parecer distante a este buen hombre que había arriesgado su vida por ellos, le puso una mano en el hombro y sonrió.

—No, aquí no ha pasado nada —dijo—. Es mejor que entres, te laves y bebas algo. Déjame que te recoja la bolsa... Eso es ¡Caramba!

—¡Qué pesada! ¿Entonces no te ha ido demasiado mal?

—Bueno... sí y no —contestó Ankray, agachándose para entrar al pasillo—. Pude recoger unas pocas cosas, por cierto. Tengo un poco de carne fresca, en caso de que la sacerdotisa quiera comer algo esta noche.

—Yo la cocinare —dijo Melathys, trayendo un recipiente de agua caliente, con hierbas maceradas, que puso en el suelo—, ya has hecho bastante por un día. No, no seas tonto, Ankray: te voy a lavar los pies y basta. Quiero echarles un vistazo. Para empezar, hay un tajo. Quédate quieto.

—Hay tres botijos de vino llenos en esta bolsa —dijo Kelderek, mirando dentro— y también hay carne, dos quesos y unos panes. Aquí hay aceite y... ¿qué es esto? ¿Tocino? Y un poco de cuero. Tienes que ser fuerte como cinco bueyes para arrastrar todo esto por quince kilómetros.

—Cuidado con los anzuelos y las hojas de los cuchillos, señor —dijo Ankray—. Están flojos, pero yo sé dónde los pongo.

—Bueno, sean cuales fueren tus noticias, comamos primero —dijo Kelderek—. Si este es el *Sí*, lo mejor es que le saquemos el mejor provecho posible antes de que empieces por el *No*. Vamos, bebe un poco de este vino que has traído. ¡A tu salud!

Había pasado más de una hora: se había cocinado y se había comido. Ankray y Kelderek, después de salir para echar un vistazo a la casa, probar los postigos trancados desde afuera, y cerciorarse de que todo estaba en orden, volvieron y se encontraron con que Melathys había retirado dos lámparas de la cocina y las había añadido a la que ya estaba en el cuarto de la Tuguinda. Esta dio la bienvenida a Ankray y le dio las gracias, elogiando su fuerza y su valor y le hizo preguntas con tanta cordialidad que él se puso a hacerle un relato de las aventuras del día, con tanta

soltura como si se las estuviera contando al Barón. Ella le dijo que acercara una silla y se sentara, y él lo hizo sin cortedad.

—¿Tienen todavía buenos recuerdos del Barón en Lak? —preguntó Melathys.

—¡Oh, si, Säiyet! —contestó el hombre—. Dos o tres de ellos me preguntaron si yo creía que no había peligro en venir aquí a rendir homenaje a la tumba. Les dije que iba a fijarles un día para que vinieran, así no habría dificultades con el paradero. Ellos, la gente de Lak, tienen muy buena opinión del Barón.

—¿Tuviste oportunidad de decirles lo que ocurrió o de averiguar si podremos ir ahí?

—Bueno, esa es la cosa, Säiyet: no puedo decir que llegué tan lejos. ¿Sabes? No pude hablar ni con el jefe ni con ninguno de los notables. Al parecer, están todos muy ocupados con esta historia del oso. Estaban en una especie de reunión que iba a tratar el punto, y aún seguían en ella cuando yo tuve que volverme.

—¿El oso? —preguntó vivamente Kelderek—. ¿Qué oso? ¿Qué quieres decir?

—Nadie sabe qué hacer con la cosa —replicó Ankray—. Dicen que es brujería. No hay un solo hombre de ellos que no esté asustado, porque en esta región nunca se había visto un oso y, por lo que puedo darme cuenta, éste no es un ser natural.

—¿Qué te dijeron? —preguntó Melathys, con los labios blancos.

—Bueno, Säiyet, parece que desde hace diez días se han puesto a atacar el ganado por las noches. Hay corrales rotos y animales muertos. Una mañana encontraron a un hombre con la cabeza deshecha y otra vez encontraron un tronco de árbol, que tres hombres no hubieran podido mover, que había sido levantado de una brecha que estaba tapando. Hallaron rastros de un animal grande, pero nadie logró saber qué era y todos tienen miedo de indagar. Y hace tres días, algunos hombres estaban pescando cuando, a cierta distancia de la costa, ven al oso que se acerca a beber. Parece que era tan grande que no podían creer a sus propios ojos. Dijeron que estaba flaco y enfermo, al parecer, aunque feroz y temible. Los miró desde la otra orilla y se fue sin mas. Los hombres con los que hablé están seguros de que es un demonio; en cuanto a mí, yo no le tendría miedo, porque creo que es bastante claro quién es.

Ankray guardó silencio. Ninguno de sus oyentes habló y él prosiguió.

—Es un oso que hirió al Barón cuando éste era joven; y cuando nos fuimos de Ortelga después de la lucha. Todo aquello tuvo que ver con brujerías y un oso, o por lo menos es lo que yo siempre entendí. El Barón solía decirme: «Ankray», me decía, «me habría ido mejor si hubiera sido un oso. Me gustaría haberlo sido: es la mejor manera de hacer un reino con nada, créeme». Por supuesto, yo creía que estaba bromeando, pero ahora... Bueno, Säiyet, si hay un hombre que vuelve a aparecer en forma de oso, ese hombre tiene que ser el Barón, ¿no te parece? Los que lo vieron dicen que estaba horriblemente lastimado y herido, desfigurado y todo machucado en el pescuezo y los hombros... creo que esto es la prueba. Ahora en Lak no hay nadie

que se anime a alejarse mucho; tienen el ganado acorralado y mantienen hogueras encendidas toda la noche. No hay ninguno que se anime a salir a cazar al oso. Hasta corre un extraño rumor que dice que ha salido vivo del infierno.

La Tuguinda habló.

—Gracias, Ankray. Hiciste muy bien y entendemos perfectamente por qué no pudiste hablar con el jefe. Te has merecido un buen sueño. No hagas nada más esta noche. ¿Estamos?

—Está bien, Säiyet. Ninguna molestia, por cierto. Buenas noches, Säiyet. Buenas noches, señor.

Se fue, llevando la lámpara que Melathys le pasó en silencio. El ruido de sus pasos se fue desvaneciendo pero, Kelderek seguía inmóvil, mirando el piso como un hombre que, en una posada o en una tienda, espera que, escondiendo la cara, no habrá de reconocerlo algún acreedor o enemigo que ha entrado inesperadamente. En la otra habitación un leño cayó al fuego y, a través de los postigos, llegó el ruido cristalino y repetido del croar de las ranas. Kelderek seguía sentado y nadie hablaba. Cuando Melathys cruzó la habitación y se sentó en el banco que estaba junto a la cama, Kelderek se dio cuenta que su actitud se había vuelto poco natural, y forzada, como la de un perro que, por miedo a un rival, se mantiene rígido contra la pared. Y, sin mirar directamente a las mujeres, se puso de pie, tomó la segunda lámpara del estante que tenía a un lado y se acercó a la puerta.

—Voy... voy a volver... Hay algo... dentro de poco...

Había puesto la mano en el picaporte, y, por un instante, con una mirada involuntaria, vio el rostro de la Tuguinda sobre la pared en sombras. Los ojos de ella encontraron los suyos: él los apartó. Salió, cruzó la otra habitación y, fue al cuarto en que dormía y una vez aquí apagó la lámpara y se quedó parado como una vaca en un campo.

¿Qué ascendiente, qué poder retenía Shardik sobre él? ¿Había sido en verdad por propia voluntad o por la de Shardik que él había dormido junto al oso en la selva, se había zambullido de cabeza en las profundidades del Telthearna y finalmente se había alejado de Bekla y de su reino, a través de terrores y humillaciones que nadie podía imaginar, hasta Zeray? Él había creído que Shardik estaba muerto; y si no muerto ya, muriéndose en algún lugar remoto. Pero no estaba muerto y no estaba lejos; y noticias de Shardik habían llegado ahora —¿era por su voluntad que habían llegado?— al hombre a quien Dios había elegido desde el principio para ser despedazado, justamente como había predicho la Tuguinda. A él le habían hablado de sacerdotes de otras tierras que eran prisioneros de sus dioses y sus pueblos, que permanecían aislados en sus templos y palacios hasta el día ritual de su muerte-sacrificio. Él, pese a ser sacerdote, no había conocido estas cárceles. Pero ¿había sido engañado al imaginar que estaba en libertad de renunciar a Shardik, de huir para salvar su vida, de

tratar de vivir entera y únicamente para la mujer que amaba?

Se sobresaltó al oír unos pasos y en el instante siguiente Melathys entró al cuarto, que estaba en penumbra. Sin decir una palabra él la tomó en sus brazos y la besó una y otra vez —sus labios, sus cabellos, sus párpados— como si quisiera esconderse entre los besos, como un animal perseguido entre las hojas verdes. Ella se aferraba a él, no decía nada, respondía con su simple docilidad, como alguien que se baña en un manantial y elige para su placer permanecer bajo la cascada que sobre él se precipita, sin dejarlo respirar. Finalmente él se tranquilizó y, acariciándole el rostro con las manos sintió en sus dedos las lágrimas que la luz de la lámpara no habían revelado.

—Amor mío —murmuró—, princesa mía, hermosa joya mía, ¡no llores! Te sacaré de Zeray. Pase lo que pase, nunca, nunca te dejaré. Nos iremos y llegaremos a algún lugar seguro, para los dos. ¡Pero créeme! —él sonrió—. No tengo nada en el mundo y todo lo sacrificaré por ti.

—Kelderek —ella lo besó ahora suavemente, tres o cuatro veces, y luego apoyó la cabeza en el hombro de él—. Querido mío. Mi corazón es tuyo hasta que el sol se apague. Oh, ¿ha habido alguna vez un lugar más tétrico, una hora más espantosa para declarar el amor?

—¿Cómo podría ser de otro modo? —contestó él—. ¿Cómo dos seres como nosotros podríamos haber descubierto que somos amantes, salvo encontrándonos en el fin del mundo, donde todo el orgullo se ha perdido y todos los rangos y posiciones se dejan de lado?

—Me adiestrará para tener esperanza —dijo ella—. Rezaré por ti todos los días cuando no estés. Pero envíame noticias en cuanto puedas.

—¿Irme? —contestó él—. ¿Adónde?

—¡A Lak! ¡Con el Señor Shardik! ¿A qué otro lugar?

—Querida —dijo él— tranquiliza tu espíritu. He prometido que nunca te dejaré. He terminado con Shardik.

Al oír esto ella se puso de pie y, extendiendo hacia atrás los dos brazos, con las palmas apoyadas en la pared, lo miró incrédulamente.

—Pero... pero tú oíste lo que dijo Ankray... ¡todos lo oímos! El Señor Shardik está en la selva cerca de Lak... herido, ¡tal vez muriéndose! ¿No crees que es el Señor Shardik?

—Una vez, ¡ay!, no hace mucho, quise buscar la muerte a manos de Shardik por el daño que le había hecho a él y a la Tuguinda. Ahora quiero vivir por ti, si me aceptas. Oye, querida. El día de Shardik ha terminado para siempre. Y, por todo lo que sé, los días de Bekla y de Ortelga también. Estas cosas no tienen por qué preocuparnos ahora. Nuestra tarea es conservar nuestras vidas —las vidas de esta casa— hasta que vayamos a Lak, y entonces ayudar a la Tuguinda a volver a Quiso. Después de esto seremos libres, ¡tú y yo! Iremos a Deelguy o a Terekenalt... más

lejos si quieres. A cualquier parte en donde podamos vivir una vida tranquila y humilde, vivir como la gente sencilla que nacimos para ser. Tal vez Ankray vendrá con nosotros. Si tenemos resolución, tal vez tendremos oportunidad de ser felices finalmente, lejos de estas cargas que el espíritu de los hombres no ha sido hecho para soportar, de estos misterios que no están hechos para que uno hurgue en ellos.

Ella meneó lentamente la cabeza, mientras las lágrimas caían de sus ojos.

—No —murmuró— no. Debes ir a Lak mañana a la madrugada y yo debo quedarme aquí con la Tuguinda.

—Pero... ¿qué debo hacer?

—Eso se te mostrará. Pero ante todo debes mantener un corazón humilde y receptivo y la voluntad de escuchar y obedecer.

—No es nada más que superstición y locura —exclamó él—. ¿Cómo puedo yo, justamente yo, seguir siendo un siervo de Shardik, yo, que lo he perjudicado y maltratado más que ningún hombre... más que el mismo Ta-Kominion? Piensa tan sólo en el peligro que hay para ti y la Tuguinda en permanecer aquí con nadie más que Ankray. Este lugar está ahora lleno de peligros. En cualquier momento va a ser como si cincuenta Glabrones se hubieran levantado de la tumba...

Al oír esto ella gritó y se dejó caer al suelo, sollozando amargamente y cubriéndose la cara con los brazos, como si quisiera tapar estas palabras intolerables. Afligido, él se arrodilló a su lado, le acarició los hombros, le habló como se habla a un niño y trató de levantarla. Finalmente ella se incorporó, cabeceó con una especie de cansada desesperanza, como si ya aceptara lo que él había dicho de Glabrón.

—Ya sé —dijo ella—. Estoy loca de miedo ante la idea de Zeray. Nunca podría sobrevivir eso de nuevo... no ahora. Pero de todas maneras debes irte. —De repente, pareció que tomaba valor, como si realizara un acto forzado por propia voluntad—. No vas a estar mucho tiempo solo. La Tuguinda se recuperará y entonces iremos a Lak y te encontraremos. ¡Lo creo! ¡Lo creo! ¡Oh, querido, como lo deseo... como rezo para que esto sea así! Será la voluntad de Dios.

—Melathys: te digo que no voy. Te quiero. No te voy a dejar en este lugar.

—Uno u otro de nosotros le fallamos al Señor Shardik alguna vez —contestó ella—. Pero no lo haremos de nuevo... no ahora. Él nos ofrece a los dos redención y, ¡por los Arrecifes!, lo haremos, ¡aunque esto signifique la muerte! —Tendiéndole las manos, ella lo miró con la autoridad de Quiso en la cara, pese a que la llama de la pálida lámpara dejaba ver huellas de lágrimas en sus mejillas.

—Vamos, mi querido y único amado, volveremos ahora con la Tuguinda y le diremos que tú irás a Lak.

Por un instante él vaciló. Luego se encogió de hombros.

—Está bien. Pero te advierto que voy a decir lo que pienso.

Ella recogió la lámpara y él la siguió. El fuego había disminuido mucho, y,

cuando pasaron junto al cerco, él pudo oír el chasquido diminuto, evanescente, agudo, de las piedras que se enfriaban y los rescoldos que se apagaban. Melathys dio unos golpes en la puerta del cuarto de la Tuguinda; esperó unos instantes y luego entró. Kelderek la siguió. El cuarto estaba vacío.

Melathys, apartándolo a un lado en medio de su apresuramiento corrió hasta el portón del patio. Él gritó:

—¡Espera! No hay necesidad de... —Pero ella ya había levantado las trabas y, cuando él llegó al portón, vio la llama de la lámpara de ella del otro lado del patio, tranquila en el aire sereno. La oyó llamar y corrió. El cerrojo de la puerta exterior estaba en su lugar, pero la tranca había sido levantada. Sobre la madera, dibujado a la disparada, al parecer, con un palo chamuscado, se veía un signo en forma de estrella.

—¿Qué es? —preguntó él.

—Es el signo grabado en la piedra Tereth —murmuró ella, abstraída—. Invoca el Poder de Dios y su protección. Sólo la Tuguinda puede trazarlo sin sacrilegio. ¡Oh, Dios! No pudo trancar los cerrojos, pero pudo hacer esto antes de irse.

—¡Pronto! —gritó Kelderek—. ¡No puede estar lejos! —Atravesó corriendo el patio y golpeó en los postigos, gritando:

—¡Ankray, Ankray!

La luna daba bastante luz y no tuvieron que ir lejos. La Tuguinda estaba en el lugar en donde había caído, a la sombra de una pared de barro a medio camino de la costa. Cuando ellos se acercaban, dos hombres que estaban inclinados sobre ella se alejaron, sigilosos como gatos. Tenía un moretón extenso en la nuca y estaba sangrando por la boca y la nariz. La capa que se había echado sobre sus ropas, sumariamente puestas, estaba en el barro, a unos pies de distancia, donde los hombres la habían tirado.

Ankray la recogió como si hubiera sido una niña y juntos volvieron todos: Kelderek con el cuchillo en la mano se daba vuelta todo el tiempo para cerciorarse que no los seguían pero nadie los molestó y Melathys estaba esperando para abrir el portón del patio. Una vez que Ankray dejó a la Tuguinda sobre la cama, la muchacha la desnudó y no encontró ninguna lastimadura grave, salvo el golpe en la base del cráneo. Melathys veló a la cabecera toda la noche, pero al amanecer la Tuguinda no había recobrado la conciencia.

Una hora más tarde Kelderek, armado y provisto de dinero, de alimentos y del anillo sellado de Bel-ka-Trazet, partió hacia Lak.

Libro VI

Guenshed

Más allá de Lak

Era la tarde del día siguiente; bastante calurosa, ya en esta temprana primavera, como para acallar a los pájaros y extraer de la selva la fragancia húmeda, vaporosa, de las hojas jóvenes y la vegetación germinal. El Telthearna resplandecía, serpenteaba veloz y silencioso en dirección a Lak y el estrecho de Zeray más abajo. Desde un poco al Norte de Lak una región de selva se extendía por varias millas hasta el campo abierto que rodeaba la Quebrada de Linsho, que lo separaba de las estribaciones y las montañas más allá. Era desde los extremos meridionales de esta selva, densa y en buena parte sin senderos, que el oso había atacado a las majadas y los rediles de Lak.

La orilla era aquí fragmentada, indeterminada, y ondulaba formando una serie de promontorios. Entre estos, el río penetraba y trazaba calas y rías, algunas de las cuales se internaban casi hasta media milla hacia adentro. Era un lugar desolado, poco frecuentado, salvo por los pescadores que venían en sus canoas.

Kelderek estaba al pie de un árbol de ollaconda, cubierto casi totalmente en medio de la espesura y con gruesas raíces visibles que se extendían por todos lados, como cuerdas.

En la cálida sombra, el silencio y la soledad, él deliberaba sobre una hazaña tan desesperada que, incluso ahora, cuando había decidido realizarla, esperaba a medias que algo lo detuviera o que se lo impidiera la presencia de pescadores o algún viajero que viniera por la orilla. Si llegaban los pescadores, pensaba Kelderek, él habría de tomarlo como un presagio: los llamaría y les pediría que lo llevaran de vuelta a Lak en su canoa. Nadie se iba a enterar de nada por ello, pues a nadie se le había dicho lo que él intentaba hacer. En verdad era esencial, para su propósito, que nadie supiera.

Si la Tuguinda aún estaba viva, él sabía que Melathys nunca la iba a dejar. Habría de permanecer en Zeray, desafiando los peligros de este maléfico lugar; y si la Tuguinda se recobraba más adelante, la iba a acompañar a Lak, no para escapar de Zeray, sino tan sólo para estar más cerca de Shardik, tal vez para buscarlo ella misma. Pero si la Tuguinda moría —o si ya estaba muerta— a Melathys, aunque no era ya sacerdotisa de Quiso, no se la iba a poder convencer de que no debía asumir ahora el deber de la Tuguinda de encontrar a Shardik; incluso, reflexionó amargamente, de tratar de adivinar la voluntad de Dios en cualesquiera accidentes que pudieran sobrevenir en los últimos días de un animal moribundo y feroz. Este residuo de una religión árida y sin sentido, que ya le había traído tantas penas, se levantaba entre él y la única posibilidad que tal vez iba a tener de escapar de Zeray con la mujer que amaba.

¡Y qué animal! ¿Pudo haber un tiempo, en verdad, en que él había amado a Shardik? ¿Era cierto que él había desafiado a Bel-ka-Trazet por amor a él, que lo

había considerado la encamación del Poder de Dios y le había rezado para que aceptara su vida? Lak, adonde él había llegado al mediodía del día anterior y dónde había pasado la noche, estaba llena de odio por Shardik, como un fuego está lleno de calor. Allí solo se hablaba de la maldad, la astucia, y la ferocidad del oso. Era más peligroso que la inundación, más imprevisible que la peste, una maldición como ninguna aldea había conocido nunca. Había destruido no solo animales sino que, perversamente, había roto la labor paciente de meses: empalizadas, cercos, cobertizos, jaulas, estanques de pesca. La mayoría creía que era un diablo y le temía en consecuencia. Dos hombres, cazadores experimentados, que se habían arriesgado a internarse en la selva con la esperanza de atraparlo o de matarlo, habían sido hallados sin vida: era claro que él los había tomado de sorpresa. Los pescadores que lo habían visto en la orilla estaban todos de acuerdo en que habían sentido algo maligno en su presencia, como la de una serpiente o una araña venenosa.

Kelderek, mostrando el sello de Bel-ka-Trazet pero diciendo tan sólo que había, sido enviado desde Zeray a buscar ayuda para proyectar un viaje al Norte de los sobrevivientes de la casa dpi Barón, había hablado con el notable principal del pueblo, un hombre de edad que evidentemente sabía poco o nada de Bekla, de la religión de Ortelga o de su guerra con la lejana Yeldashay. A Kelderek, como hombre de Bel-ka-Trazet, le había mostrado una cortesía cautelosa, y le había hecho preguntas, tan acuciosas como creyó poder hacerlas, sobre el estado de las cosas en Zeray y lo que posiblemente iba a ocurrir en ese lugar. Era claro que pensaba que, muerto el Barón, había muy poco que ganar al ayudar a la mujer del Barón.

—En cuanto a ese viaje al Norte —dijo gesticulando, mientras se rascaba entre los hombros y haciendo una señal a un sirviente para que le sirviera a Kelderek un vino acre y turbio— no hay razón para intentarlo mientras nosotros estemos en esta penosa situación. Los hombres no querrán internarse en la selva o hacer incursiones por la orilla. Se podría hacer si el animal se alejara, o si muriera... —Se quedó callado, contemplando el suelo y meneando la cabeza. Después de un rato continuó:

—He pensado que en pleno verano... durante los calores... podríamos tal vez incendiar la selva, pero eso sería demasiado peligroso. El viento... suele soplar hacia el Norte. —Se interrumpió de nuevo y después añadió:

—Linsho, ¿no quieres ir a Linsho? La gente que ellos dejan pasar por Linsho son los que pueden pagar. Es así como subsisten los que allí viven. —En su voz había una nota de envidia.

—¿Y si cruzáramos el río? —preguntó Kelderek, pero el jefe se limitó a menear la cabeza una vez más—. Un lugar desierto... Te roban y te matan. —De repente levantó la mirada: sus ojos eran claros como la luna cuando emerge detrás de unas nubes—. Si empezáramos a llevar hombres a través del río, la cosa llegaría a ser sabida en Zeray. —Y arrojó la borra de su vino sobre el suelo mugriento.

Fue mientras estaba echado y despierto antes del amanecer (y rascándose tan ágilmente como el notable) que el proyecto desesperado y secreto entró en su mente. Si Melathys iba a ser alguna vez suya sola, entonces Shardik tenía que morir. Si él se ponía a esperar que Shardik muriera, iba a ser muy posible que Melathys muriera antes. Debía saberse que Shardik estaba muerto —las noticias iban a llegar a Zeray— pero no debía saberse que había muerto de muerte violenta. Sólo el jefe debía ser informado de esto antes de que la cosa se llevara a cabo. La condición para él debía ser el secreto, y el precio de Kelderek, pagable ante la presentación de las pruebas del éxito, una escolta hasta Linsho para él, las dos mujeres y su sirviente, junto con cualquier otra cosa que fuera necesaria para pagar el paso a través de la Quebrada.

Una hora más tarde, mientras seguía reflexionando en su plan sin decir nada del lugar adonde iba, tomó el camino del Norte a lo largo de la orilla. Si Shardik había dejado algunas huellas, había que encontrarlas sin guía. Matarlo, en el caso de que fuera posible, iba a ser la más difícil y peligrosa de las tareas, una tarea que no se podía emprender sin previo conocimiento de los alrededores de la selva y los lugares que frecuentaba el oso en sus idas y venidas en tomo a Lak. Al llegar a la primera de las calas, entre las lomas que parecían islas, Kelderek inició una cuidadosa búsqueda de huellas, excrementos y algunos otros indicios de la presencia de Shardik.

El poder de Shardik se estaba debilitando, se hundía, se desvanecía. Su muerte estaba decretada, era requerida por Dios. ¿Por qué, entonces, su sacerdote no habría de acelerar lo inevitable? Y, sin embargo, al aproximarse a él como enemigo —con intención de matarlo— pensó en quienes lo habían hecho, en Bel-ka-Trazet, en Guel-Ethlin, en Molí o, en los que guardaban los Estreles de Urtah. También pensó en Gued-la-Dan que había intentado, temerariamente, imponer su voluntad sobre Quiso. Y entonces, en el mismo momento de darse vuelta, de abandonar su resolución, volvió a ver el rostro manchado de lágrimas de Melathys, que se levantaba hacia el suyo a la luz de la lámpara, y sintió su cuerpo apretado contra el suyo, ese cuerpo vulnerable que permanecía en Zeray como una oveja abandonada por pastores en una colina olvidada. Ningún peligro, natural o sobrenatural, era demasiado grande para ser enfrentado si con ello él lograba llegar a tiempo para salvar la vida de ella y convencerla de que nada era más importante que el amor que ella sentía por él. Luchando contra su creciente sensación de molestia, continuó pacientemente la búsqueda.

Un poco antes de mediodía, al llegar al extremo de uno de los promontorios parecidos a islas, vio debajo un estanque en la boca de una ría. Se acercó a la ribera, se arrodilló a beber entre las piedras y, al levantar la cabeza, vio inmediatamente ante él, a la distancia de unos metros, sobre la orilla barrosa de la ría, unas huellas de oso, claras como un sello sobre cera. Mirando en derredor, quedó casi convencido de que éste era el lugar del que habían hablado los pescadores. Era evidentemente un

bebedero habitual, marcado tan claramente por el oso que incluso un niño habría notado los signos; y sin duda había sido visitado por el animal el día anterior.

El haber visto las huellas antes de que sus propios pies hubieran marcado el barro fue un golpe de suerte que iba a convertir en un simple juego de paciencia el ver al oso mismo. Lo que le hacía falta era un lugar seguro en donde esconderse y observar. Chapaleando en las aguas playas, avanzó hasta la ría siguiente, a una distancia de una pedrada del estanque en donde se había arrodillado a beber. Desde aquí volvió a trepar al promontorio hasta el árbol de ollaconda y, cerciorándose de que podía observar la orilla de la ría, se echó entre las raíces a esperar. El viento, como había dicho el notable, venía del Norte, la selva a su izquierda era tan densa que nadie podía acercarse sin ser oído y, en último término, siempre podía tomar hacia el río. Aquí estaba tan protegido como se podía estarlo, dentro de lo razonable.

A medida que pasaba lentamente el tiempo, con el movimiento de las nubes, el zumbido del viento y los gritos roncros y repentinos de las aves sobre el río, Kelderek se puso a pensar en la forma en que podría matar a Shardik. Si no se había equivocado y éste era un lugar adonde el oso venía regularmente a beber, la oportunidad que se le ofrecía era buena. Nunca había tomado parte en una cacería de osos, y tampoco había oído hablar de ninguna, salvo el noble beklano de quien le había hablado Bel-ka-Trazet, y que lo había intentado. Por cierto, un arco solitario parecía demasiado peligroso e inseguro. El beklano pudo haber pensado muchas cosas treinta años antes, pero él no creía que fuera posible matar a un oso con este único medio. El veneno tal vez fuera apropiado, pero no lo tenía. Tratar de fabricar alguna clase de trampa era completamente absurdo. Cuanto más pensaba en las dificultades, más forzado se veía a la conclusión de que el asunto era imposible a menos que la vitalidad y la fuerza del oso estuvieran tan debilitadas que él pudiera retenerlo con una cuerda bastante larga y traspasarlo con flechas. Pero ¿cómo se ata a un oso? Otras ideas extravagantes le pasaron por la mente: capturar serpientes venenosas y, de algún modo, hacerlas caer desde arriba en bolsas, mientras el oso bebía; colgar una lanza pesada y... Se interrumpió, lleno de impaciencia. Todo lo que podía hacer por el momento era esperar al oso, observar el estado en que estaba, su comportamiento, y ver si se presentaba alguna idea en el momento.

Fue tal vez tres horas más tarde, cuando él ya había abandonado un poco su vigilancia, apoyaba la frente sudorosa en un brazo y se preguntaba, al cerrar los ojos para defenderlos del resplandor del río, cómo se las arreglaría Ankray para conseguir más comida cuando se consumiera la que había en casa, que oyó ruidos como de un animal que se acercara entre los matorrales más allá de la cala. En el momento siguiente —tan tranquila y tan rápidamente pueden materializarse los acontecimientos más fatídicos y más largamente esperados— Shardik estaba delante de él, sentado en el borde del estanque.

El mugriento, desgredado animal, estaba demacrado, como hambriento. Su piel parecía una lona sostenida torpemente sobre la estructura de sus huesos. Los movimientos tenían un cansancio vacilante, trémulo, como los de un viejo mendigo, gastado por los rechazos y la enfermedad. La herida de la espalda, a medias curada, estaba cubierta con una costra lívida, rajada, que se abría y cerraba a cada movimiento de la cabeza. La herida abierta y supurante de la nuca estaba inflamada y como rasguñada por las uñas del animal. Los ojos inyectados en sangre miraban ferozmente a todos lados, como buscando alguien sobre quien vengar su miseria; pero al poco tiempo la cabeza, en el acto mismo de beber, cayó hacia adelante en las aguas playas como si mantenerla erguida fuera un trabajo demasiado penoso.

Por último el oso se levantó, y, mirando hacia uno y otro lado, clavó la mirada en la maraña de raíces entre las que se había escondido Kelderek. Pero no vio nada, al parecer, y, mientras Kelderek lo seguía contemplando a través de una angosta abertura, se dio cuenta que al animal le interesaba menos lo que podía ver que lo que podía oír y oler en el aire. Aunque no lo había percibido en su escondite, algo lo estaba intranquilizando al parecer, algo en la selva y que no estaba lejos. Si esto era así, era evidente que, de todos modos, no estaba tan perturbado, ya que no se iba. Por cierto tiempo permaneció en el agua playa, dejando caer más de una vez la cabeza como antes, con el objeto —según entendió Kelderek— de lavar y refrescar la herida que tenía en la nuca. Luego, ante su gran sorpresa, el animal empezó a vadear desde el estanque hasta las aguas más profundas. Kelderek lo contempló, asombrado, avanzar hacia una roca que estaba más entrada sobre el río. El pecho del animal, ancho como una puerta, se sumergió, luego sus hombros y finalmente, aunque con dificultades, nadó hasta la roca y emergió apoyándose en el borde. Aquí se sentó y se puso frente a la lejana orilla oriental. Después de un rato pareció que iba a zambullirse en la corriente, pero por dos veces se detuvo. Luego una especie de desgano pareció apoderarse de él. Se rascó distraídamente y se echó sobre la roca, como podría hacerlo un perro viejo, casi ciego, en el polvo, cubriéndose la cara con las patas delanteras. Kelderek recordó que la Tuguinda había dicho: «Está tratando de volver a su país. Quiere llegar al Telthearna y lo cruzará si puede». Y si una criatura como esta es capaz de llorar, entonces Shardik estaba llorando.

Ver el fracaso de la fuerza, la ferocidad que se vuelve indefensa, el poder y el dominio marchitados por el dolor como las plantas por la sequía no sólo suscita piedad sino también —y tan naturalmente— aversión y desprecio.

Ante la vista interior de Kelderek surgió una vez más la figura de Melathys, de pie, en la luz del poniente, Melathys la que había sido inalcanzable, la que dos días antes había tenido él en sus brazos y que le había dicho, con lágrimas, que lo amaba; ella, que con alegre valor había asumido tan levemente los peligros y el mal en que él se había visto obligado a dejarla; ella, que en sí misma compensaba, y con mucho, su

perdido reino y su fortuna desaparecida. Nuevamente nació en él odio contra la bestia sarnosa y decrepita que estaba sobre las rocas, fuente e imagen de la superstición que había convertido a Melathys en un puta de bandoleros y a Bel-ka-Trazet en un fugitivo, que había llevado a la Tuguinda a los umbrales de la muerte y ahora se levantaba entre él y su amor. ¡Y esta maldita criatura todavía tenía poder para frustrarlo y arrastrarlo a los abismos con él! Y cuando pensó en todo lo que había perdido y en todo lo que aún podía perder —que probablemente iba a perder—, cerró los ojos y se mordisqueó la muñeca, presa de colérica frustración.

«¡Maldito seas!», gritó en el silencio de su corazón. «¡Maldito seas, Shardik, y tu supuesto Poder de Dios! ¿Por qué no nos salvas de Zeray a nosotros, que hemos perdido todo lo que poseíamos por ti, a nosotros, a quienes has arruinado y engañado? No: no puedes salvarnos. ¡Ni siquiera puedes salvar a las mujeres que te han servido con sus propias vidas! ¿Por qué no te mueres y dejas libre el camino? ¡Muere, muere, Shardik, muere!».

De repente llegó a sus oídos algo parecido a tenues sonidos de palabras humanas, proveniente del interior de la selva. Sintió miedo, pues desde la noche en el campo de batalla había quedado en él un horror a las voces distantes de personas invisibles. Eran extraños ruidos, misteriosos y no fáciles de explicar, parecidos no tanto a voces de hombres como a voces de niños, de niños que lloraran, doloridos o angustiados. Se puso de pie de golpe y, al hacerlo, oyó, más alto que las voces, el ruido de un cuerpo que golpeaba contra el agua, muy cercano. Miró hacia atrás y retrocedió horrorizado al ver que el oso estaba subiendo la ribera del río. El animal lo miraba con ojos brillantes. Se sacudió el agua de la piel y le mostraba ferozmente los dientes. Presa de pánico, se volvió y trató de abrirse camino entre los matorrales, rompiendo las enredaderas y la maleza que encontraba por delante. No podía saber si el oso lo estaba persiguiendo. No se atrevía a mirar atrás, pero proseguía siempre hacia arriba; y apenas sentía los arañazos y las heridas que cubrían sus miembros. De repente después de abrirse paso en una maraña de ramas entrecruzadas, se encontró con que le faltaba el suelo bajo los pies. Se agarró a una rama que se partió bajo su peso, perdió el equilibrio y cayó hacia adelante por la empinada pendiente de la cala, que cerraba el promontorio por su lado de tierra. Golpeó con la frente la raíz de un árbol y rodó inconsciente sobre el suelo, boca abajo y a medias inmerso en el barro y las aguas playas.

El traficante de esclavos

Dolor, sed, un resplandor verde de luz y un murmullo recurrente. Kelderek dejó que sus ojos semiabiertos se cerraran y, frunciendo el ceño al hacerlo, sintió algo apretado y duro que le rodeaba la cabeza. Levantó una mano y con los dedos empezó a frotar una banda de tela tosca, que le rodeaba una sien y seguía por encima de la órbita. Apretó y el dolor surgió como una llamarada bajo los globos de los ojos. Gimió y dejó caer la mano.

Ahora recordó al oso, pero ya no le tenía miedo. Algo —¿qué?— le había dicho que el oso se había ido. La luz del día —apenas la podía tolerar bajo sus párpados— estaba más avanzada: debía haber pasado bastante tiempo desde que él había caído, pero no era esto lo que lo había tranquilizado. Su mente empezó a aclararse y, a medida que lo hacía, se volvió consciente una vez más de la aspereza del lienzo que le rodeaba la frente. Y, como un ruido ominoso, que primero se oye débilmente a la distancia y luego más fuerte a medida que se acerca, y que en el momento de la repetición impone su inquietante sentido al hombre que empezó oyéndolo con indiferencia, del mismo modo que los sentidos de Kelderek se despabilaban, el significado del lienzo se le iba imponiendo.

Giró la cabeza, se tapó los ojos con una mano y los abrió. Yacía en la orilla de la cala, cerca de la playa barrosa en donde había caído. Las huellas de su cuerpo todavía se podían ver en el barro y también los surcos que habían hecho sus pies cuando lo habían arrastrado hasta el punto en donde ahora estaba. Del lado de la costa había un hombre sentado, que lo estaba mirando. Cuando los ojos de Kelderek vieron a este hombre, ninguno de los dos habló ni cambió la dirección de la mirada. El hombre estaba sucio y harapiento, tenía cabellos pajizos, hirsutos, y una barba algo más oscura, párpados pesados y una cicatriz blanca a un lado de la barbilla. La boca permanecía un poco abierta y le daba un aire abstraído, tristón; los dientes que se veían estaban descoloridos. En una mano tenía un cuchillo y con la punta se acariciaba y retocaba los dedos de la otra mano.

Kelderek sonrió y, pese al agudo dolor detrás de los ojos se incorporó sobre los codos. Escupiendo barro y hablando con cierta dificultad, dijo en beklano:

—Si eres tú quien me sacó de allí y me puso esta venda en la cabeza, gracias. Creo que me salvaste la vida.

El otro asintió levemente dos veces con la cabeza, pero no dio más señales de haber oído. Aunque los ojos seguían fijos en Kelderek, la atención parecía concentrada en limpiarse rítmicamente, con la punta del cuchillo, la uña de cada dedo.

—Entonces, el oso se fue —dijo Kelderek—. ¿Qué te trajo aquí? ¿Estás cazando

o estás de viaje?

El hombre tampoco contestó y Kelderek, recordando que estaba más allá del Vrako, se maldijo por haber cometido la tontería de hacer preguntas. Seguía sintiéndose débil y mareado, pero probablemente eso iba a pasar en cuanto se pusiera de pie. Lo mejor que podía hacer ahora era volver a Lak antes de anochecer y ver qué se podría hacer después de comer y dormir. Levantó una mano y dijo:

—¿Me ayudas a levantarme?

Al cabo de un rato el hombre, sin moverse, dijo en un ortelgano defectuoso pero inteligible:

—¿Estas muy lejos de tu isla, no?

—¿Cómo sabes que soy ortelgano? —preguntó Kelderek.

—Lejos —repitió el hombre.

A Kelderek se le ocurrió tantear buscando el bolsillo en que había traído el dinero con el que había venido de Zeray. No estaba. Y tampoco estaban ni su comida ni su cuchillo. Esto no lo sorprendió, pero algunas otras cosas sí lo sorprendieron. Puesto que el hombre le había robado, ¿por qué lo había arrastrado hasta aquí y por qué le había vendado la cabeza? ¿Por qué se había quedado vigilándolo y por qué, dado que evidentemente no era ortelgano, le había hablado en ortelgano? Y dijo una vez más, en ortelgano ahora:

—¿Me ayudas a levantarme?

—Sí, levántate —dijo el hombre en beklano, como contestando a otra pregunta. Su interés a medias tomado pareció volverse más directo al inclinarse hacia él con aire alerta.

Kelderek, apoyándose en una mano, y empezando a usar su pierna izquierda, sintió un repentino tirón en el talón derecho. Miró hacia abajo. Los dos taloneos estaban maniatados y entre ellos había una cadena liviana, del largo de su antebrazo.

—¿Qué es esto? —preguntó con una súbita explosión de alarma.

—Levántate —repitió el hombre. Por su parte, él se levantó y dio tres pasos hacia Kelderek con el cuchillo en la mano.

Kelderek se arrodilló y luego se puso de pie, pero se habría caído si el hombre no lo hubiera sostenido del brazo. Era más bajo que Kelderek. Le lanzó una mirada penetrante: tenía piernas combadas y el cuchillo estaba pronto. Al cabo de unos instantes, sin mover los ojos, echó la cabeza a un lado.

—Por ahí —dijo en ortelgano.

—Espera —dijo Kelderek— espera un momento. Dime... —mientras él hablaba el hombre le agarró la mano izquierda, se la puso delante y con la punta del cuchillo le dio un pinchazo bajo una uña. Kelderek gritó y retiró la mano.

—Por ahí —dijo el hombre, haciendo de nuevo un movimiento de cabeza y agitando el cuchillo delante de la cara de Kelderek, de modo que tuvo que apartarla a

uno y otro lado.

Kelderek se volvió y, con la mano del hombre en el brazo, empezó a tambalearse sobre el barro. A cada paso la cadena, corta entre sus talones, le frenaba el largo natural del paso. Varias veces tropezó y, finalmente, se puso a andar a pasitos breves, escudriñando el suelo en busca de cualquier irregularidad que pudiera hacerlo tropezar. El hombre, que marchaba a su lado, silbaba desentonadamente entre dientes, y este sonido, intensificado a veces de repente, lo hacía sobresaltarse a Kelderek, anticipando algún nuevo ataque. Lo cierto es que, de no haber sido por el hombre, habría caído al suelo de pura debilidad y por la náusea que le provocaba la herida de debajo de la uña.

¿Qué clase de hombre era éste? Por su ropa y la facilidad con que hablaba en ortelgano, no era probable que fuera un soldado de Yeldashay. ¿Cuál podía ser la explicación de que se hubiera tomado la molestia de salvar, en una región salvaje y pantanosa, a un extranjero desposeído, a quién ya había robado? Kelderek, que se chupaba el dedo, seguía perdiendo sangre por debajo de la uña herida. Si el hombre era un trastornado —¿por qué no, más allá del Vrako?, ¿qué otra cosa había sido Rúvit?— todo lo que él podía hacer era mantenerse alerta y esperar cualquier oportunidad que pudiera presentarse. Pero la cadena iba a ser un serio inconveniente, y el hombre mismo, a pesar de su corta estatura, era sin duda un adversario muy inquietante.

Levantó la mirada al oír un repentino rumor de voces. No habían caminado mucho, tal vez no más de un tiro de arco desde la ría. El terreno era todavía pantanoso y la selva espesa. Por delante había una pradera, entre árboles por aquí y por allá, y pudo divisar gente que iba de un lado a otro, aunque no vio fogata ni ninguna de las cosas que se ven en los campamentos. El hombre dio un solo grito, sin palabras, una especie de ladrido, pero no esperó contestación y siguió guiándolo hacia adelante, como antes. Ya habían llegado a la pradera cuando la cadena lo hizo tropezar de nuevo y Kelderek cavó al suelo. El hombre, dejándolo donde había caído, siguió caminando.

Sin aliento y cubierto de barro, Kelderek rodó y miró a un lado. El lugar —se dio cuenta inmediatamente— estaba lleno de una considerable cantidad de gente, y con el temor de haber caído finalmente en manos de los yeldashay, se incorporó y miró rápidamente en derredor.

Salvo por el hombre mismo, sentado ahora a cierta distancia, que estaba hurgando en una bolsa de cuero, todos los que estaban en la pradera eran niños. No había nadie que pudiera tener más de trece o catorce años. Un muchacho que estaba cerca, con labio leporino y llagas en la barbilla, lo miraba a Kelderek con una fijeza vacía, soñolienta, como si acabara de despertarse. Más lejos, un niño que tenía un tic continuo en la cabeza lo miraba con ojos muy abiertos, con la quijada colgante, en

una especie de rictus de alarma sorprendida. Al mirar en esta dirección Kelderek se dio cuenta que muchos de los niños eran defectuosos y tenían un aire desganado y enfermizo, como gatos hambrientos en un albañal. Casi todos, como él, tenían cadenas en los talones; de los dos que podía ver y que no estaban encadenados, había uno con una pierna atrofiada, y el otro tenía por encima de los talones unas llagas abiertas producidas por los grillos. Los niños estaban sentados o echados en silencio, en el suelo. Alguno dormía, otro defecaba en cuclillas, otro temblaba continuamente, otro buscaba insectos entre la hierba y los comía. Las criaturas conferían una calidad fantasmal a la luz verde del lugar, como si éste fuera un estanque y ellos peces en un mundo de silencio, cada cual ocupado enteramente en su propia conservación y sin prestar ninguna atención a los demás.

El hombre, en consecuencia, debía ser un traficante de esclavos que se especializaba en niños. El número de los que tenían permiso de trabajo en el imperio beklano estaba fijado: cada uno había sido autorizado por Kelderek después de realizarse investigaciones en las gobernaciones de provincia, de acuerdo a cuotas especificadas y precios aprobados en el lugar; una segunda cuota no se podía reclutar en el mismo lugar hasta después de haber pasado cierto tiempo establecido. Los traficantes trabajaban por intermedio de los gobernadores de provincia y bajo protección de éstos: tenían obligación de no pasar la cuota y pagaban precios aprobados; en cambio obtenían cuando era necesario, escoltas armadas para sus viajes a los mercados de Bekla, Dari-Paltesh, o Thettit-Tonilda. Era probable que este hombre, al viajar con un grupo de niños esclavos hacia Bekla, hubiera sido cortado por el avance yeldashay y, en vista del valor de la mercadería, hubiera decidido, en vez de abandonarla, huir con ella del otro lado del Vrako. Pero ¿cuál de los traficantes era éste? No se habían emitido muchos permisos y Kelderek que, interesado en averiguar todo lo posible sobre ganancias y porcentajes exigibles había hablado con la mayoría de los traficantes en una u otra ocasión, trató de recordar ahora las caras de cada uno de ellos. Entre las que podía recordar, ninguna correspondía a la de este hombre. En ningún momento se habían validado más de diecisiete autorizaciones en el imperio, y de éstas casi ninguna, ya obtenida, había sido trasferida a un segundo poseedor: y ¿quién, una vez que le había echado la mano encima, podía abandonar una ocupación tan lucrativa? En veinte nombres, Kelderek no podía recordar el de este hombre y, sin embargo, debía ser uno de ellos. ¿O sería —y aquí Kelderek sintió un sobresalto repentino de descon-fianza— un traficante no autorizado, uno de esos de quienes le habían hablado y que estaba supeditado a las mayores penalidades, uno de esos que obtenía esclavos en cualquier forma, a veces raptándolos, a veces asustando y aterrorizando aldeas remotas, o también comprando niños idiotas, deformes o con deficiencias que los volvían indeseables a quienes deseaban venderlos? Y lo hacían secretamente, a traficantes autorizados, o a cualquiera

dispuesto a comprar. Él sabía que estos hombres operaban en el imperio, y también conocía su reputación de dureza y crueldad, de tratos deshonestos y de costumbre de echar mano encima de todo lo que podían encontrar. «Todos los traficantes de esclavos son traficantes de la desgracia», le había dicho un oficial yeldashay en una ocasión, cuando lo interrogaban, «pero hay algunos —esos de los que tú pretendes no saber nada— que se arrastran por la región como ratas inmundas, rascando los restos mismos de la miseria para lograr beneficios, y de éstos te considero responsable, porque el que construye un granero sabe que las ratas van a venir». Kelderek lo había dejado hablar y más adelante, cuando estaba aún más indignado, el oficial había dado una buena cantidad de información útil.

De repente los recuerdos de Kelderek fueron interrumpidos por el más inesperado de los ruidos: la risa de un niño. Levantó la mirada y vio una niña, tal vez de unos cinco años, no encadenada, que corría por la pradera y miraba por encima del hombro a un niño alto y rubio. El muchacho, a pesar de sus cadenas, corría detrás de ella, evidentemente jugando, porque se mantenía atrás y pretendía, como se hace al jugar con niños muy pequeños, que la niña había logrado escaparse. El niño, aunque delgado y pálido, parecía menos desdichado que los otros. La niña casi había llegado junto a Kelderek cuando tropezó y cayó de bruces. El niño alto, alcanzándola, la ayudó a levantarse y la sostuvo entre sus brazos, acunándola para reconfortarla e impedir que se pusiera a llorar. En esta tarea se dio vuelta un instante hacia Kelderek y sus miradas se encontraron.

El que capta de repente la entonación de una canción que hace años que no oye, o el perfume de flores que florecían en su puerta cuando él jugaba entre ellas, se encuentra de repente arrebatado, lo quiera o no, y a veces con lágrimas, a la profundidad del tiempo pasado, recobra por unos instantes la sensación de ser otra persona a quien la vida tocaba con dedos más livianos que los que ha aprendido a soportar desde entonces. Con un estremecimiento no menor Kelderek se sintió ser de nuevo el Ojo de Dios, el Señor Crendrik, rey-sacerdote de Bekla; y en ese instante recordó el olor de la niebla y de las ascuas de carbón, el agrio gusto en la boca y el murmullo detrás de él cuando estaba frente a los barrotes en la Casa del Rey, tratando de mirar ojos que no osaba enfrentar: los ojos del condenado Elleroth. Luego el rapto pasó y se encontró mirando perplejo a un niño que acunaba en sus brazos a una niña rubia.

En ese momento el traficante de esclavos se puso de pie y gritó:

—¡Eh, Shauter! ¡Bled! ¡En marcha! —Y dejando la bolsa en el suelo, atravesó el campo e hizo sonar los dedos para hacer que los niños se pusieran de pie. Sin volver a hablar, los agrupó en un extremo. Se paró junto al niño alto, que seguía mirándolo con la niña en sus brazos. La niña trataba de esconder la cara y mientras lo hacía, el muchacho le puso una mano en el hombro. Al cabo de unos instantes fue evidente

que el traficante quería subyugar al muchacho y forzarlo a obedecer sin palabras ni golpes. Tenso y rebelde, el muchacho le sostuvo la mirada. Finalmente, hablando un beklano defectuoso, con un fuerte acento yeldashay, dijo:

—No es bastante fuerte para soportar esto mucho tiempo y no sacarás ninguna ganancia si muere. ¿Por qué no la dejas en los alrededores de la próxima aldea por donde pasemos?

El traficante extrajo su cuchillo. Entonces, mientras el muchacho seguía esperando la respuesta, el hombre sacó del cinturón un objeto de hierro en forma de dos semicírculos, cada uno con toscas púas en cada extremo y unidos por una barra corta. El muchacho vaciló un momento: luego bajó la mirada, apretó los labios y, siempre con la niña en brazos, se alejó para unirse con los otros niños.

En ese mismo instante un adolescente con la cara contraída, un poco mayor que el resto, con un ojo que bizqueaba llegó corriendo hasta Kelderek. Tenía puesta una túnica de cuero rota y manejaba un bastón flexible, del largo de su brazo.

—¡Vamos, tú también! —exclamó el muchacho en una especie de mugido salvaje, como el que podría emitir un campesino al gritarle a un animal que le ha hecho perder la paciencia—. ¡Qué mierda! ¡Ven!

Kelderek se puso de pie y lo miró.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó.

—¡No me contestes! —gritó el muchacho, levantando el bastón—. ¡Ponte ahí y mucho cuidado!

Kelderek se encogió de hombros y marchó lentamente hasta el grupo de niños que estaba en el extremo de la pradera. Debía haber, calculó, unos veinte o veinticinco, todos varones, con edades que oscilaban, dentro de lo que él hubiera podido decir, entre los catorce y los nueve o diez años, aunque era difícil estar seguro de esto, porque su aspecto era atroz, como él nunca había visto en niños de Bekla u Ortelga. Un olor a mugre rancia emanaba de ellos y nubes de moscas revoloteaban en torno a sus cabezas. Un niño, recostado contra un tronco de árbol, tosía continuamente, doblándose en dos, mientras un flujo mucoso, disintérico, le corría entre las piernas. Una mosca se le paró en una oreja y él la espantó. Kelderek, siguiendo el movimiento, notó que el lóbulo estaba perforado y ulcerado. Miró a otro niño: también tenía una oreja agujereada. Sorprendido, fue mirando uno tras otro y en cada caso vio que el lóbulo de la oreja derecha estaba perforado.

El traficante de esclavos, que llevaba ahora la bolsa junto con un pesado arco que había puesto encima de ella, pasó junto a él y se dirigió al grupo. Aquí lo estaba esperando un segundo muchacho. Él también, como el que le había gritado a Kelderek, llevaba un palo y estaba vestido con una túnica de cuero. Bajo y rechoncho, parecía más un enano que un jovencito. La espalda estaba abultada por una especie de jiba y los largos cabellos le llegaban hasta los hombros, tal vez para

disimular de algún modo su deformidad. Cuando os niños empezaron a movilizarse siguiendo al traficante, Kelderek notó que todos bajaban la mirada cuando pasaban junto a este niño-enano. El muchacho, por su parte, miraba fijamente a uno tras otro, inclinándose hacia cada uno con el cuerpo tenso y las rodillas dobladas, como si tuviera que hacer un esfuerzo para contenerse de saltarles encima y golpearlos. Kelderek sintió que le tocaban la espalda; se dio vuelta y encontró los ojos del niño alto que, mientras caminaba, había tomado a la niña por los talones y la llevaba sobre los hombros, como una bolsa.

—Ten cuidado de no mirar a Bled cuando pases —murmuró el muchacho— si te encuentra la mirada se te va a echar encima. —Entonces, como Kelderek, sorprendido, frunció el ceño, añadió:

—Está loco, o es como si lo estuviera.

Todos, con las cabezas desviadas, pasaron junto a la figura jibosa y siguieron a los otros niños en dirección al bosque. El ritmo de marcha era tan lento que Kelderek tenía tiempo de agacharse y desenredar su cadena cuando ésta se enganchara. Después de un rato, el muchacho le dijo de nuevo en voz baja:

—Te resultará más fácil si caminas exactamente detrás del muchacho que va al frente y pones cada pie justo delante del otro: de tal modo la cadena no tiene que enredarse.

—¿Quién es ese hombre? —susurró Kelderek.

—¡Por Dios! ¿No lo sabes? —preguntó el muchacho—. Guenshed... ¿Nunca oíste hablar de él?

—Una vez, en Kabin, oí ese nombre: pero... ¿de dónde es? No es un traficante de esclavos beklano...

—Es... es el peor de todos. Oí hablar de él mucho antes de soñar en verlo, mucho menos de soñar que iba a caer en sus manos. ¿Viste cómo me amenazó con la trampa de moscas ahora mismo, cuando estaba tratando de hablarle por Shara?

—¿El caza-moscas? —preguntó Kelderek—. ¿Qué es eso?

—Es ese objeto que lleva en el cinturón. Te fuerza a tener la boca abierta, tan abierta... y no la puedes cerrar. Ya sé... ¿No parece tan terrible, verdad? Así pensaba yo antes. Mi padre se avergonzaría de mí, supongo, pero no podría volver a soportarlo, no podría soportar dos horas de eso.

—Pero...

—Cuidado. No dejes que Shauter te oiga.

Guardaron silencio cuando el joven de la cara torcida pasó junto a ellos para desenredar la cadena de un niño que había tropezado y que, al parecer; era demasiado débil para arreglárselas solo. Un poco más tarde, cuando empezaron a marchar de nuevo, Kelderek dijo:

—Dime algo más sobre este hombre y dime cómo fue que caíste en sus manos.

¿Tú eres un yeldashay, verdad?

—Mi nombre es Radu, heredero de Elleroth, ban de Sarkid.

Kelderek comprendió que, desde un principio, se había dado cuenta de quién era el muchacho. No contestó y, al cabo de un rato, el muchacho dijo:

—¿No me crees?

—Sí, te creo. Te pareces mucho a tu padre.

—¿Cómo? ¿Lo conoces?

—Sí. Es decir, lo he visto.

—¿Dónde? ¿En Sarkid?

—En... Kabin.

—¿Kabin de las Aguas? ¿Cómo? ¿Cuándo estuvo ahí?

—No hace mucho. Lo cierto es que todavía puede estar ahí.

—¿Con el ejército? ¿Quieres decir que el general Santil está en Kabin?

—Allí estaba hace poco tiempo.

—Si mi padre estuviera aquí, mataría a este cerdo en un instante.

—¡Cuidado! —dijo Kelderek, pues la voz del muchacho se había elevado históricamente—. Deja que cargue a esa niña. Ya la has llevado bastante tiempo.

—Está acostumbrada a mí. Puede llorar.

Pero Shara, a medias dormida, siguió tan quieta sobre el hombro de Kelderek como lo había estado sobre el de Radu. Kelderek sintió sus huesos: era muy liviana. Por vigésima vez se detuvieron, esperando que continuaran los niños del frente.

—Me dijeron en Kabin —dijo Kelderek— que habías caído en manos de este hombre. ¿Cómo ocurrió eso?

—Mi padre había salido a hacer una visita secreta al general Santil... Ni siquiera yo sabía adonde había ido. Uno de nuestros arrendatarios nos dijo que Guenshed estaba en la provincia. Yo me estaba preguntando qué habría querido mi padre que yo hiciera, qué habría querido oír que yo había hecho, cuando estuviera de vuelta. Decidí no decirle nada a mi madre en relación a Guenshed: ella me habría dicho que no debía alborotar el ambiente. Me pareció que lo mejor sería ir a hablar con mi tío Sildaín, el marido de la hermana de mi padre. Siempre nos habíamos, llevado bien. Supuse que iba a saber qué había que hacer. Llevé conmigo a mi propio sirviente y emprendí la marcha.

Hizo una pausa.

—¿Y te topaste con el traficante de esclavos? —pregunto Kelderek.

—Actué como un niño: ahora me doy cuenta. Toroc y yo estábamos descansando en un bosque y habíamos dejado de lado toda vigilancia. Guenshed disparó contra Toroc una flecha que le atravesó la garganta: sabe usar el arco. Yo todavía estaba arrodillado junto a Toroc cuando Shauter y Bled aparecieron y me dieron de golpes. Guenshed no tenía ninguna idea de quién era yo. Yo no me había ocupado de

ponerme ropa especial. Cuando se lo dije, Shauter fue partidario de dejarme en libertad, antes de que toda la región se alborotara, pero Guenshed no quiso saber nada. Supongo que tiene de algún modo intenciones de volver a Terekenalt y pedir un rescate. Obtendría más de ese modo que vendiéndome como esclavo.

—Es evidente que no estaba interesado en apoderarse de tu sirviente.

—No. Y también es extraño que te haya capturado a ti. Es muy sabido que sólo se ocupa de niños. Como sabrás tiene mercado de ellos.

—¿Su mercado?

—En Terekenalt. ¿Sabes lo que hace? Ni siquiera los otros traficantes quieren tocar la mercadería de él. A los varones los castran y los venden a... bueno, a la gente que los quiere comprar. Y las chicas... supongo que a las chicas les pasa algo peor.

—Pero aquí no hay chicas... salvo esta chiquita que estaba contigo.

—Había chicas... antes. Te diré lo que ocurrió después que me capturaron. Guenshed siguió hacia el Este... No pasó por Paltesh. Nunca se nos dijo la razón, naturalmente, pero creo que probablemente todo Sarkid estaba detrás de él, buscándome. Todas las rutas que llevaban a Paltesh deben haber estado vigiladas. Cuando llegamos a Lapán oriental él ya tenía más de cincuenta niños entre varones y mujeres. Había una chica más o menos de mi edad, llamada Reva, una chica amable y tímida que nunca había salido de su casa. No sé como llegó a ser vendida por Guenshed. Shauter y Bled solían... Ya me entiendes.

—¿Guenshed permitía eso?

—¡Oh, no, naturalmente se suponía que no debían hacerlo! Pero no está muy seguro de ellos, ¿sabes? No puede prescindir de ellos cuando está en sus expediciones, y además saben demasiado. Probablemente podrían encontrar una manera de volverse contra él si quisieran. Guenshed no emplea veedores, como los otros traficantes de esclavos. Tiene un método mucho mejor. Elige muchachos especialmente crueles y malvados y los educa para veedores. Cuando vuelve a Terekenalt, creo que suele librarse de ellos y busca nuevos para el próximo viaje. De todos modos, esto es lo que me han dicho.

—¿Por qué trabajan para él entonces?

—En parte porque es mejor ser veedor que esclavo, pero hay más que eso. Él elige muchachos sobre los que tiene poder, porque lo admiran y quieren llegar a ser como él.

—¿Y la chica de la que me hablaste?

—Se mató.

—¿Cómo?

—Una noche, cuando estaba con Bled. Se las arregló para sacarle el cuchillo del cinturón. Él estaba demasiado atareado para notarlo y ella se clavó el cuchillo.

—Es una pena que no lo haya apuñalado a él y no se haya echado a correr.

—A Reva nunca se le hubiera ocurrido eso. Era un ser indefenso y estaba fuera de sí.

—¿En dónde cruzaste el Vrako? —preguntó Kelderek—. ¿Cómo lo hiciste?

—Nos encontramos con otro traficante de esclavos en el Lapán oriental, un hombre llamado Nigon que tenía un permiso de trabajo dado por las autoridades de Ortelga. Oí a Nigon cuando le advirtió a Guenshed que el ejército de Santil marchaba hacia el Norte, a buen ritmo, y que lo mejor era apartarse si era posible. El mismo Nigon tenía intenciones de volver a Bekla.

—Pero no lo hizo. Fue tomado prisionero por los yeldashay.

—¿De veras? Me alegro. Bueno, no había ningún sentido en que Guenshed tratara de ir a Bekla. Allí no tenía permiso de trabajo. De tal modo que fue al único lugar adonde podía ir a Tonilda. Anduvimos como fuego en la selva, pero cada vez que nos deteníamos se nos decía que los yeldashay nos estaban pisando los talones.

—¿Cómo ha podido sobrevivir esa niña?

—Tendría que haber muerto hace unos días, pero yo la llevo en brazos casi todo el tiempo. Yo y otro muchacho al que llamamos la Liebre. Tengo con ella una obligación jurada. Es la hija de uno de nuestros arrendatarios. Mi padre daría por supuesto que yo me tengo que ocupar de ella en todas formas: y me ocupo.

El joven Bled se puso a marchar junto a ellos y por un rato avanzaron en silencio. Kelderek podía ver a los niños que iban al frente, tropezando y arrastrándose con cabezas bajas, silenciosas y apáticas como bestias de carga. Cuando Bled se adelantaba un poco en la cola, haciendo silbar su bastón en el aire, nadie se atrevía a levantar la mirada.

—Cuando nos acercábamos a Thettit-Tonilda, Guenshed se enteró que los yeldashay estaban va al Oeste de nosotros y seguían marchando hacia el Norte. Prácticamente nos iban a cortar el camino entre Guelt y Kabin. En Thettit él vendió a todas las chicas, salvo a Shara. Sabía que no iban a poder sobrevivir al viaje que pensaba hacer.

Shara se movió y gimoteó en el hombro de Kelderek. Radu se inclinó, la acarició y le murmuró al oído, acaso una broma entre ellos, pues la niña chasqueó la lengua, y tratando de repetir lo que él le había dicho, volvió a sumirse en su sueño liviano.

—¿Nunca has estado en el Norte de Tonilda? —pregunto el muchacho.

—No, sé que es salvaje y solitario.

—No hay caminos y, de noche, es horriblemente frío. No teníamos frazadas y Guenshed no quería encender hogueras por temor a las patrullas yeldashay. De todos modos teníamos un poco de pan y de carne salada. Sólo uno de los muchachos se vino abajo. Era al atardecer. Guenshed lo colgó de un árbol y nos hizo formar cerco alrededor hasta que se murió. No sé cuánto más hubiera podido obtener de ese niño; se hubiera dicho que lo podía hacer descansar una noche y esperar a ver si andaba por

la mañana. Te digo que con él no es una cuestión de dinero; creo que daría su vida por hacer una crueldad.

—¿Se enojó... supongo?

—No se puede saber si está enojado o no. Su violencia se parece a la de un insecto, es repentina y fría y uno siente que no es natural... algo que es menos que humano, algo que espera muy quieto hasta que golpea como el relámpago... ¡Shshshshsh!...

Habían llegado a la orilla de una ría y aquí Shauter ordenó a los niños que se metieran uno tras otro en el agua. Guenshed, con el agua hasta la cintura, tomaba a cada uno y lo empujaba hacia la otra orilla, donde era recibido por Bled. Kelderek, con la niña en brazos, se metió en el espeso limo, y hubiera caído si Guenshed no lo hubiera sujetado. Los veedores proferían incesantemente palabrotas contra los niños, pero Guenshed no decía una palabra. Cuando por último todos habían cruzado, tendió la mano a Bled, salió del agua y miró el conjunto de los niños, haciendo sonar sus nudillos. Los que se habían echado se incorporaron trabajosamente y después de unos instantes, el traficante de esclavos se internó de nuevo en la selva.

—Cuando vimos finalmente el Vrako, nos quedamos muy asustados. Era un torrente impetuoso, como de medio tiro de flecha de ancho y lleno de grandes rocas. No podía creer que Guenshed tuviera intenciones de cruzarlo con treinta niños exhaustos.

—Pero el Vrako es infranqueable más abajo de Kabin —dijo Kelderek—. Todos lo saben.

—Él intentó el cruce en Thettit. Había enviado a Sháuter por el camino de Kabin, con ropa de vaquero, y le había dado dinero para sobornar al centinela de paso. Pero aparentemente lo descubrieron. A Sháuter no le habían dicho que nos buscara en el recodo del río, cuando éste dobla hacia el Este; pero aun así, le llevó a Guenshed medio día encontrarlo. Es un lugar salvaje y desolado.

—Pero ese plan, ¿qué era?

—Guenshed había comprado una buena cantidad de sogas embreadas en Thettit, y unos doscientos metros de cuerda de Ortelga. Había cortado en pedazos la cuerda, y cada uno llevaba un pedazo. Él mismo juntó después los pedazos. Es muy minucioso. Cuando todo estuvo listo, tiró una flecha sobre el río con uno de los extremos de la soga embreada sujeta a ella. Luego ató la soga a la cuerda y Sháuter se encargó de que estuviera tirante. Era todo lo que pudo hacer, a causa de la corriente. Envolvieron la soga en estacas, a cada lado, y las clavaron en el suelo, pero con la corriente y el peso de la soga no quedó muy tirante que digamos... pero fue así que tuvimos que atravesar el Vrako.

Kelderek no dijo nada, imaginando el ruido ensordecedor del torrente y los niños exhaustos y aterrados, bamboleándose sobre las aguas.

—Hubo siete ahogados. La Liebre se ahogó... perdió el punto de apoyo y se hundió como una piedra. No lo volví a ver. Yo, cuando estaba en la mitad del cruce, estaba seguro de que no iba a poder seguir.

—¿Shara?

—Ese era el problema. Le até las muñecas alrededor de mi pescuezo. Fabriqué una especie de tubo con una corteza enroscada de árbol y se lo puse en la boca, para darle oportunidad de respirar en caso de que la cabeza quedara bajo el agua. Pero naturalmente se asustó y empezó a debatirse y casi nos ahogamos los dos. Dámela de vuelta ahora.

Kelderek le dio la niña y Radu la tomó en sus brazos, canturreando suavemente, poniendo la boca cerca de la oreja de ella. Después de un rato continuó:

—Lo que he aprendido es que un hombre malvado se vuelve muy fuerte. Guenshed es fuerte porque es malvado. El mal lo protege, de tal modo que puede hacer su trabajo. Dentro de pocos días podrás ver lo que quiero decir. —Se quedó callado un instante y luego con seriedad añadió:

—Pero Guenshed no es el único que tiene la culpa de nuestra desgracia.

—¿Cómo? ¿Quién fuera de él?

—El enemigo: los ortelganos que reanudaron el tráfico de esclavos.

—No le dieron permiso de trabajo a Guenshed.

—No, pero ¿qué creyeron que iba a pasar? Si dejas entrar a los perros, entran las moscas.

Kelderek no contestó y, por un largo rato, continuaron su marcha de caracol detrás de los niños, agachándose de tanto en tanto para desenredarse las cadenas. Finalmente Radu dijo:

—¿Estás seguro que el ejército del general Santil está en Kabin?

—Sí; vengo de allí.

—¿Y viste allí a mi padre?

—Sí, lo vi.

Agacharon la cabeza al pasar junto a Bled, que estaba con las rodillas dobladas y el bastón a medias levantado en la mano. Sólo después de haberlo alcanzado a él, e incluso haberse adelantado, Kelderek habló de nuevo:

—Debemos estar cerca del anochecer. ¿Cuándo se detiene, por lo general?

—¿Estás cansado? —preguntó Radu.

—Todavía me siento mareado por la herida que tengo en la cabeza y el dedo me duele mucho. Guenshed me metió el cuchillo bajo una uña.

—Le he visto hacer eso más de una vez —dijo Radu—. Déjame que le eche un vistazo. Habría que atarla. —Rompió un jirón de sus harapos y lo ató al dedo de Kelderek—. Tal vez tengamos oportunidad de lavar esto más adelante. Dudo que avance mucho más esta noche.

—¿Tienes alguna idea de por qué Guenshed quiere quedarse conmigo? —preguntó Kelderek—. Me dijiste que había matado a tu sirviente y que sólo se ocupa de niños. ¿Ha tomado alguna vez a otros hombres o mujeres adultos, que tú sepas?

—No; a nadie. Pero sea cual fuere su razón, astuta y perversa tiene que ser.

Poco después se detuvieron en una franja de terreno abierto, barroso, que se extendía hasta la costa del Telthearna, sobre la derecha. Kelderek dio por supuesto que, desde el momento de su captura, debían haber recorrido tal vez nueve kilómetros. Adivinaba que Guenshed quería llegar a Linsho y que, después de pagar el peaje de la Quebrada, iba a tomar hacia la izquierda, en dirección a Terekenalt, por agua o por tierra. Si él no se las arreglaba para escaparse antes de que el viaje se prolongara demasiado, entonces iba a perder para siempre a Melathys y probablemente no iba a saber lo que había sido de ella o de la Tuguinda.

Al oír la orden de detenerse, casi todos los niños se echaron a tierra, en donde quiera que estuvieran. Algunos se quedaron inmediatamente dormidos. Uno o dos se acurrucaron y empezaron a hablar en voz baja. Ninguno, salvo Shara, demostraba la más mínima energía, el menor ánimo. Shara se había despertado e iba de un lado a otro, recogiendo hojas brillantes y guijarros de colores que le llamaban la atención. Cuando se los trajo a Radu, éste hizo una especie de collar de hojas, como una cadena de margaritas, y se la colgó del pescuezo. Kelderek, sentado junto a ellos, se esforzaba por entablar amistad con la niña —que parecía estar un poco asustada de él— cuando de repente, levantando la mirada, vio a Guenshed que se acercaba con Shauter y Bled a la zaga. El traficante llevaba una especie de instrumento envuelto en un atado de harapos. Los tres pasaron detrás de Kelderek y él ya se había dado vuelta hacia Shara cuando sintió que lo agarraban de los hombros y lo tiraban hacia atrás. Le abrieron los brazos a ambos lados del cuerpo y gritó cuando Guenshed y Bled le apoyaron las rodillas sobre sus muslos. Inclinandose sobre él, el traficante dijo:

—¡Abre la boca o te hago saltar todos los dientes!

Kelderek obedeció, jadeando, y al hacerlo tuvo la visión de Sháuter, aferrado a sus talones y sonriéndole a Guenshed. El traficante metió su hato de harapos en la boca de Kelderek y arrancó la venda que éste tenía alrededor de la cabeza.

—Está bien, adelante, sigue —dijo a Bled—. Tuércele la cabeza para este lado.

Bled torció la cabeza de Kelderek hacia la izquierda, y éste sintió en seguida que le pinchaban y le atravesaban el lóbulo de la oreja derecha. Un estremecimiento de intensísimo dolor le cruzó el pescuezo y el hombro. Tuvo una convulsión en todo el cuerpo que casi lo libró de los dos muchachos. Cuando volvió en sí los tres lo habían dejado y ya se alejaban.

Kelderek se arrancó los harapos de la boca y se llevó la mano a la oreja. Los dedos se llenaron de sangre; también manaba sangre del hombro. El lóbulo estaba totalmente atravesado. Inclino la cabeza, respirando profundamente, y la intensidad

del dolor empezó a disminuir. Levantando la mirada, vio a Radu a su lado. El niño le echó a un lado sus cabellos largos y apelmazados y le mostró su oreja, también agujereada.

—No te lo advertí —dijo Radu—. Como no eres un niño, no estaba seguro de que te lo fuera a hacer.

Kelderek, mordiéndose la mano, se recuperó lo bastante para hablar.

—¿Qué es?... ¿Una marca de esclavitud?

—Es para dor... para dor... para dormir —murmuró un niño parpadeando, de cara blanca, que estaba cerca—. Sí, sí, sí... para dormir.

Rió con aire estúpido, cerró los ojos y apoyó la cabeza en las manos juntas, haciendo una pantomima tonta.

—Voy pronto a... a... a casa —dijo de repente, abriendo de nuevo los ojos y volviéndose hacia Radu.

—Sin parar —replicó Radu, con el tono de quien repite una frase hecha.

—Bajo tierra —concluyó el muchacho—. Tú... ¿hambre? —Radu asintió con la cabeza y el muchacho volvió a su silencio embotado.

—Por la noche nos pasan a todos una cadena por las orejas —dijo Radu—. Sháuter me dijo una vez que todo niño que pasó alguna vez por las manos de Guenshed tiene una oreja agujereada.

Se levantó y fue a buscar a Shara, que había ido a esconderse entre los matorrales al ver que llegaba Guenshed.

Poco después Sháuter y Bled distribuyeron a los niños un poco de carne salada y un puñado de fruta seca. Algunos se acercaron al río a beber agua, pero la mayoría se contentó con beber de las charcas sucias y de los pozos que estaban a mano.

Cuando Kelderek y Radu, junto a Shara, se dirigían al río, Sháuter fue al encuentro de ellos con el bastón en la mano.

—Tengo que vigilarlos —dijo a Kelderek con una especie de maliciosa amabilidad—. ¿Conque te estás aclimatando, eh? ¿Qué tal lo pasamos? Me alegro, me alegro...

Kelderek ya había notado que, si bien todos los niños tenían terror a Bled, que estaba evidentemente trastornado, que era casi un demente, algunos parecían tener una especie de incierta relación con Sháuter que, de cuando en cuando, estuviera o no practicando alguna crueldad, asumía una cierta manera jocosa que no es rara en los tiranos.

—¿Me puedes decir por qué estoy aquí? —pregunté—. ¿De qué le puedo servir a Guenshed?

Shauter dejó escapar un risita.

—Estás aquí para ser vendido, compañero —dijo—, una vez que te corten las bolas, supongo.

—¿Qué le pasó al veedor a quien sustituiste? —preguntó Kelderek—. Supongo que lo conocías...

—¿Si lo conocía? Lo maté —contestó Sháuter.

—¡Ah!...

—Cuando volvimos a Terekenalt el tipo estaba hecho trizas —dijo Sháuter—. Un día una muchacha de Dari le arañó la cara y se la dejó hecha un desastre. Él ni siquiera pudo pararla. Esa noche, cuando Guenshed estaba borracho, dijo que si alguien quería pelearlo y matarlo, le regalaba el empleo. Yo lo maté, sin más... lo estrangulé en el medio del patio, mientras unos cincuenta chicos nos miraban. El bueno de Guenshed no podía más de risa. Esa es la forma en que yo me cuido las bolas, compañero. ¿Te das cuenta?

Llegaron a la ribera del río y Kelderek, metiéndose en el agua hasta las rodillas, bebió y se lavó. Sin embargo, el cuerpo seguía transido de dolor. Al pensar en su propia situación y en la de Melathys y la Tuguinda, fue presa de desesperación y, en el camino de vuelta, no encontró ánimos para realizar un nuevo intento de hablar con Sháuter. También el muchacho parecía estar pensativo, pues no dijo nada más, y se limitó a dar órdenes a Radu de recoger a Shara y llevarla en brazos.

A la media luz y en medio de la bruma que se estaba levantando, Guenshed empezó a chasquear los dedos, convocando a un niño tras otro. Cada uno de ellos se acercaba y se paraba frente a él, el traficante le examinaba los ojos, las orejas, las manos, los pies, y los grillos, así como las heridas y lastimaduras que hallaba. Aunque muchos de los niños estaban lacerados y dos o tres parecían a punto de derrumbarse, ninguno era atendido, y Kelderek llegó a la conclusión de que Guenshed se limitaba a revisar su material y quería cerciorarse de la capacidad que tenían de continuar la marcha. Los niños estaban inmóviles, con las cabezas agachadas y las manos a los lados, ansiosos por verse libres de la inspección lo más pronto posible. Un muchacho que temblaba sin parar, dando un salto a cada movimiento de Guenshed, fue dejado de pie allí, mientras el traficante seguía examinando a los otros. Otro niño, que no podía mantenerse quieto, y que murmuraba y se frotaba las llagas de la cara y de los hombros, fue silenciado con la trampa de moscas, hasta que Guenshed terminó con él.

Sháuter y Bled, que recibían a los niños cuando estos dejaban al traficante, los juntaban en grupos de tres y cuatro, unidos por cadenitas que pasaban por los lóbulos de las orejas. Cada cadena estaba sujetada en uno de los extremos por una barra corta de metal y el otro extremo se enganchaba en el cinturón o la muñeca de un veedor. Cuando los arreglos estuvieron hechos, todos se echaron a dormir en donde estaban, sobre el suelo pantanoso.

Kelderek, encadenado como el resto, había sido separado de Radu y, puesto entre dos niños menores, esperaba a cada instante que un movimiento del uno o el otro

raspara su lóbulo herido como con los dientes de un serrucho. Sin embargo, se dio cuenta que estos compañeros, más prácticos que él en atenuar las penurias, iban a molestarlo menos a él que él a ellos. Apenas se movían y habían aprendido la manera de mover las cabezas sin tironear de la cadena. Al cabo de un rato descubrió que los dos se habían acercado a él, cada cual por su lado.

—¿No estás acostumbrado a esto, verdad? —murmuró uno de los niños en un tosco dialecto paltesh que él apenas pudo entender.

—¿Te compró hoy, no?

—No me compró. Me encontró en la selva. Sí; fue hoy.

—Así me pareció. Tienes olor a carne fresca... los nuevos, muchas veces tienen... Pero no les dura. —Se interrumpió tosiendo. Escupió sobre el suelo, entre ellos, y luego dijo—: Hay que tratar de dormir muy juntos. Da más calor y la cadena queda floja, ¿ves?... Y así no tira cuando alguien se mueve.

Los dos niños estaban llenos de pulgas y rascaban continuamente los inmundos harapos que cubrían sus cuerpecitos flacos. Muy pronto, sin embargo, Kelderek no fue más consciente del hedor, sino tan solo del barro en donde estaba acostado y la palpitación de su dedo herido. Para distraer sus pensamientos le dijo a uno de los niños en voz baja:

—¿Cuánto hace que estás con este hombre?

—Imagino que cerca de dos meses, ahora. Me compró en Dari.

—¿Te compró? ¿A quién?

—A mi padrastro. Mi padre murió cuando estaba con el ejército del general Guel-Ethlin. Entonces yo era muy chico. Mi madre se puso a vivir con este hombre el invierno pasado... y él no me quería. Soy sucio, como ves. Vinieron los traficantes y él me vendió.

—¿Y tu madre no trató de impedirlo?

—No —contestó el muchacho con voz indiferente—. Supongo que tú tenías comida, ¿no? ¿Él te la quitó?

—Sháuter dijo que no había ni mierda que comer —murmuró el niño—. Dijo que tal vez iban a comprar un poco antes de esto, pero no hay donde comprar nada.

—¿No sabes por qué Guenshed vino a este bosque? —preguntó Kelderek.

—Hay soldados —dijo Sháuter.

—¿Qué soldados?

—No sé. A él no le gustan los soldados. Por eso puso la cuerda sobre el río. Para alejarse de los soldados. Tienes hambre, ¿verdad?

—Sí.

Trató de dormir, pero no había paz. Los niños gemían, hablaban en sueños, gritaban en medio de pesadillas. Las cadenas resonaban, algo se movía entre los árboles, Bled se ponía de repente de pie de un salto, temblando como un mono y

haciendo retumbar las cadenas que estaban fijadas en él. Levantando la cabeza, Kelderek pudo ver la figura agachada del traficante a cierta distancia, con los brazos enlazados sobre sus rodillas. No tenía el aire de un hombre que trata de dormir. ¿Acaso, como el mismo Kelderek, estaba consciente del peligro de los animales salvajes o era posible tal vez que no necesitara dormir, que nunca durmiera?

Por último se sumió en una especie de somnolencia y, cuando despertó no hubiera podido decir cuánto tiempo había pasado.

Un hombre puede ser obligado a salir en medio de un frío intenso, pero en el momento de hacerlo es consciente que el futuro es desesperado y sus posibilidades de sobrevivir son escasas. Pero esta misma reflexión, que se presenta en ese momento no bastará a doblegar su espíritu o a llenar su espíritu de desesperación. Es como si siguiera llevando, envuelto en el centro de su valor, un residuo de fe protectora y de calor, que primero debe ser penetrado y disuelto, poco a poco, hora tras hora, tal vez día tras día, por la soledad y el frío, hasta que los últimos residuos se dispersan y la tremenda verdad —que en un comienzo sólo percibió en su mente— la siente ahora en el cuerpo y la tiene en su corazón. Así fue en el caso de Kelderek. Ahora, en la noche, con los ruidos agudos y feos de la desdicha a su alrededor, y el dolor que le trepaba al cuerpo como cucarachas en una casa oscura, le pareció que bajaba a revisar su situación desde un nivel aún más bajo, para sentir más hondamente y percibir más claramente su naturaleza, desprovista de toda esperanza real. Ahora creía en la perspectiva que tenía por delante —el pasaje de Linsho y el largo viaje por el Telthearna, pasando Quiso y Ortelga hasta Terekenalt; y después la esclavitud, antecedida tal vez por la abyecta mutilación de la que Sháuter le había hablado. Lo peor de todo era la pérdida de Melathys, y el pensamiento de que ninguno de los dos iba a saber nunca más lo que había sido del otro.

Era Shardik quien lo había traído a esto; Shardik que lo había perseguido con malevolencia sobrenatural, vengándose de todo lo que el rey-sacerdote había hecho para abusar de él y explotarlo. Había recibido justamente la maldición de Shardik y en su castigo había arrastrado no sólo a Melathys sino a la Tuguinda misma; a ella que había hecho todo lo posible, a pesar de todos los obstáculos que surgieron en su camino, para mantener la adoración de Shardik libre de traición. Con esta amarga reflexión se quedó de nuevo dormido.

50

Radu

Cuando se despertó, ya era el amanecer y, en cuanto se movió, un ciempiés del largo de su mano, granate y sinuoso, le salió de debajo del cuerpo y se alejó serpenteando. Sháuter estaba destrabando las cadenas y guardándolas en su bolsa. La selva estaba enronquecida por las llamadas de los pájaros. Cuando el sol empezó a brillar, el suelo humeó y por todos lados se veían moscas que zumbaban en tomo a los excrementos y los orines que quedaban de la noche. Un niño que estaba cerca tosía sin cesar y los otros, a su alrededor, elevaban sus tiernas voces vociferando palabrotas y obscenidades. Dos de los niños se pusieron a pelear por un pedazo de cuero que uno le había robado al otro, hasta que el bastón de Bled, entre maldiciones, los llamó al orden.

Sháuter repartió puñados de fruta seca y vigiló mientras los niños comían, con el bastón levantado y listo para intervenir en caso de robo o pelea. Le hizo una guiñada a Kelderek y le pasó un segundo puñado.

—Mucho cuidado: es para ti solo, ¿eh? —murmuró—. Y pronto.

—¿Es todo lo que habrá hasta esta noche? —contestó Kelderek, asustado ante la idea de tener que andar todo el día.

—Es más o menos lo que quedó —dijo Sháuter, siempre en voz baja—, él dice que no habrá más hasta que llegemos a Linsho, y eso se supone que será mañana por la noche. Se me ocurre que no sabía cómo iba a ser este lugar. Si salimos vivos de aquí, será que tenemos suerte.

Kelderek, mirando rápidamente a ambos lados, murmuró:

—Yo podría sacarte vivo de aquí.

Sin esperar una respuesta, se arrastró hasta donde estaba Radu, dándole de comer a Shara de su propia porción.

—No puedes hacer eso —dijo—. Tienes que mantener tu propia fuerza si quieres estar en condiciones de ocuparte de ella.

—Lo he hecho antes —contestó Radu—, mientras ella esté bien, yo también lo estaré. —Se volvió hacia la niña—. Pronto volveremos a casa. ¿Verdad? —dijo—. Y me vas a mostrar el nuevo ternero, ¿verdad?... cuando estemos en casa, ¿no es cierto?

—Derecho bajo tierra —dijo un niño que estaba cerca. Pero Shara se limitó a asentir y a hacer cuadros con las piedras.

Muy pronto se pusieron en movimiento, siguiendo a Guenshed hacia la orilla del río. Una vez allí, el traficante tomó corriente arriba, avanzando a lo largo de la orilla abierta y pedregosa.

Ahora que ya no estaban entre los árboles densos y era posible ver toda la

columna, Kelderek entendió, como no había entendido el día anterior, por qué el avance se interrumpía tantas veces y era tan lento. Vio un grupo de seres exhaustos no lejos de la desintegración total. El traficante mismo parecía estar enterado de la precaria condición de su gente. Ahorraba los golpes y ordenaba frecuentes descansos, permitiendo a los niños que bebieran y se lavaran los pies.

Más tarde, cuando él y Radu estaban echados y contemplaban el refulgente río al mediodía, Kelderek, manteniendo cuidadosamente la voz baja, dijo:

—Sháuter debe saber que ya ha conseguido todo lo que se puede conseguir de Guenshed, y sin duda debe tener miedo de volver a Terekenalt. Lo mejor que podría hacer es desertar, echarse a correr y llevarnos con él. Yo sé cómo se puede sobrevivir en esta clase de comarca. Podría salvarle su vida y también la nuestra, si pudiera hacer que confiara en mí. ¿Crees que Guenshed le ha hecho alguna promesa?

Por un rato Radu no contestó nada, mirando de lado las aguas playas y acariciando las manos de Shara. Por último dijo:

—Guenshed significa más para él de lo que tú crees. No sé si entiendes: lo ha convertido.

—¿Convertido?

—Es por eso que le tengo miedo a Guenshed. Ya sé que todos tememos su crueldad. Pero hay algo que me inspira más miedo.

—No debes dejar que te acobarde —dijo Kelderek—. No es nada más que una bestia despreciable... un ladrón abyecto, mezquino y estúpido.

—Lo fue en un tiempo —contestó Radu— pero eso ocurrió antes de obtener el poder que ansiaba.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué poder?

—En lo que a él se refiere, ya no es asunto de ladrones y hombres honrados —dijo Radu—. Ha ido más allá de eso. En un tiempo no era más que un arribista cruel y repulsivo. Pero el mal lo fortaleció. Ha pagado su precio y a cambio de eso obtuvo poder. Todavía no lo sientes, pero lo sentirás. Se le ha concedido el poder de hacer malos a los demás... de hacerles creer en la fuerza del mal, de inspirarlos para que se vuelvan tan malos como él. Lo que él ofrece es la alegría del mal, no simplemente dinero o seguridad, o algo que tú y yo podamos entender. Es capaz de hacer que algunas personas quieran dedicar sus vidas al mal. Es lo que le hizo a Bled, sólo que Bled no es nada más que un pobre muchacho abandonado, a quien los suyos vendieron. No se trata del mucho o poco tiempo que va a durar con Guenshed o de lo que habrá de obtener. Lo admira... quiere darle todo lo que tiene. No piensa en recompensas. Quiere vivir su vida golpeando, hiriendo y aterrando. Sabe que no es bastante capaz para esto, pero de todos modos espera mejorar.

—Todo esto que dices es pura fantasía, ¿sabes? —dijo—. La cabeza te vuela por culpa del hambre y las privaciones.

—Mi cabeza vuela: eso es muy cierto —contestó Radu. Y cabeceó en dirección a Shara—. Es por ella que no me ha dejado ir. Guenshed quería que fuera veedor en lugar de Bled. Bled se le ha convertido en un problema: no se puede confiar en que no va a dejar a los niños inválidos o a matarlos. Ya mató tres niños a partir de Lapán.

—¿Y si fueras veedor, eso no te daría la posibilidad de escapar?

—Tal vez... De escapar de cualquiera, pero no de Guenshed.

—Pero ¿trató de convencerte sólo con palabras? ¿No te amenazó? Me dijiste que en una ocasión usó contigo la trampa de moscas.

—Eso fue porque yo lo golpeé a Sháuter para que no se metiera con Shara. Guenshed nunca amenazaría a un muchacho con la idea de convertirlo en veedor. Un muchacho que va a ser veedor tiene que querer serlo. Tiene que admirar a Guenshed por cuenta propia y tratar de vivir a su nivel. Naturalmente, Guenshed quiere cobrar el dinero de rescate por mí, pero si logra convencerme de ser veedor, eso va a significar para él aun más, creo. Él quiere sentir que contribuyó a convertir al hijo de un noble en alguien tan maligno como él.

—Pero mientras no te amenace, no tendrás por qué cederle, supongo...

Radu guardó silencio, como vacilando antes de confiar en Kelderek. Luego dijo deliberadamente:

—Dios ha cedido. Es eso o Él no tiene poder sobre Guenshed. Te diré algo que nunca olvidaré: antes de Thettit había aquí un muchacho grandote, torpe, llamado Bellin. Nunca hubiera podido cruzar el Vrakó: era demasiado pesado y un poco tonto. Guenshed lo puso a la venta junto con las niñas. El hombre que lo compró le dijo a Guenshed que quería convertirlo en un mendigo profesional que trabajara para él. Dijo que él maneja-ba varios y vivía de lo que ellos le traían. Quería que mutilaran a Bellin, para suscitar piedad en su trabajo. Guenshed le cortó a Bellin las manos y hundió las muñecas en brea hirviente para parar el derrame de sangre. Le cobró al hombre cuarenta y tres meld. Dijo que ese era su precio por esa determinada tarea.

Dándose vuelta, rompió unas hojas de un matorral y empezó a comerlas. Después de unos momentos Kelderek lo imitó. Las hojas eran agrias y fibrosas, y las mascaba vorazmente.

—¡Vamos, vamos! —gritó Sháuter, golpeando la superficie del agua con el palo—. ¡En marcha, basuras!

¡Linsho, es ahí donde está el queso, no aquí!

Radu se puso de pie, trastabilló un instante y tropezó con Kelderek.

—Es el hambre —dijo—. Pasará dentro de poco. —La llamó a Shara, que llegó corriendo con un pedazo de junco coloreado, atado como una pulsera alrededor de su brazo flaco—. Si algo he aprendido, es que el hambre es una forma de tortura. Si hay más comida para los veedores que para los esclavos, cuando lleguemos a Linsho, creo que todavía soy capaz de hacerme veedor. La crueldad y el mal: no hay que ir

demasiado profundamente dentro de nadie para hallarlos. Basta cavar un poco, ¿sabes?

La Quebrada de Linsho

Más avanzada la tarde, llegaron a un amplio recodo del río y Guenshed una vez más enderezó tierra adentro para cortar la península. El calor húmedo de la selva se había convertido en un tormento. Algunos niños no tenían ya bastantes fuerzas para espantarse las moscas de las caras, y se les ordenó que formaran grupos más compactos y se sostuvieran apoyándose los unos en los hombros de los otros, de tal modo que avanzaban como una siniestra multitud de inválidos, y muchos mantenían cerrados los ojos, negros de insectos. El niño que estaba delante de Kelderek lloraba continuamente con un llanto bajo y rítmico —¡ahuuú, ahuuú!— hasta que, por último Bled se precipitó sobre él en medio de un torrente de palabrotas, pinchándole las piernas con la punta de su bastón. El niño cayó ensangrentado, y Guenshed se vio forzado a dar un descanso mientras le restañaban las heridas. Hecho esto, se sentó de espaldas junto a un árbol, silbando entre dientes y hurgando en el fondo de su bolsa.

Kelderek tuvo un impulso y se le acercó.

—¿Podrías decirme por qué me has tomado prisionero y cuánto esperas sacar de mí? Puedo prometerte una gorda suma si me dejas en libertad... más de lo que puedes ganar si me vendes como esclavo.

Guenshed no levantó la mirada ni contestó. Kelderek se inclinó sobre el pelo pajizo del traficante de esclavos y habló poniendo más apremio en la voz.

—No puedes creer lo que te digo. Te ofrezco más de lo que podrías sacar de mí en cualquier otra forma. No soy lo que parezco. Dime cuánto quieres por dejarme ir.

Guenshed cerró la bolsa y se puso lentamente de pie, secándose las manos sudadas en los muslos. Algunos de los niños que estaban cerca levantaron la mirada, esperando, asustados, el chasquido de los dedos. Guenshed, no miraba a Kelderek, y este tenía la extraña impresión de que lo había oído y no lo oía, como un hombre que puede pasar por alto los ladridos de un perro cuando está ensimismado en sus propios sentimientos.

—Puedes creerme —insistió Kelderek—, en Ortelga, por donde supongo que van a pasar, yo...

Como un pez que se lanza sobre su presa, la mano de Guenshed se levantó y asió el lóbulo agujereado de la oreja de Kelderek entre dos dedos. Cuando le metió la uña del pulgar en la herida Kelderek dio un grito y trató de agarrarle la muñeca. Antes de que pudiera hacerlo, el traficante le dio un rodillazo entre las piernas, soltándole al mismo tiempo la oreja para permitirle que se doblara y cayera al suelo. Luego, inclinándose, recogió su bolsa, metió los brazos en las correas y se las subió a los hombros. Dos o tres de los niños cuchichearon vagamente. Uno le tiró un palo a Kelderek. Guenshed, siempre con aire distraído, chasqueó los dedos y, cuando los

niños empezaron a tironearse unos a otros y Sháuter se puso en funciones, Guenshed marchó a la parte delantera de la columna e hizo señas al primer muchacho para que le tomara el cinturón.

Kelderek abrió los ojos y se encontró con que Shara lo estaba mirando.

—¿Te lastimó, verdad? —dijo, hablando en una especie, de dialecto yeldashay.

Él asintió con la cabeza y se incorporó pesadamente.

—Nos lastima a todos —dijo ella—. Un día se va a ir. Radu me dijo.

El miedo y la ira se agitaron en él, como se agitan las nubes de barro en un estanque.

Sháuter se acercó, asió la mano de Kelderek y la puso sobre el hombro de Radu, que iba delante de él.

Una hora más tarde habían llegado a la orilla y acamparon por la noche. Kelderek descubrió que no tenía una idea clara de la distancia que habían avanzado durante el día. Quince kilómetros a lo sumo, supuso. Guenshed tenía intenciones de atravesar la Quebrada de Linsho al día siguiente. ¿Habría comida? ¿Podrían descansar? Sin duda Guenshed tenía que darse cuenta que había que descansar. El hambre interfería en su mente como la lluvia que empaña un paisaje sobre una llanura. Sus pensamientos, resbalando como dedos mojados, no podían abarcar nada. ¿Habría comida en Linsho? ¿No habría algún momento en que dejaran de marchar en fila, en que no hubiera que agacharse para aflojar la cadena? Tal vez Guenshed no le pegara en Linsho, tal vez el dolor que tenía en el dedo iba a disminuir. Estas eran las cosas que uno podía esperar: pero él debía tratar de mirar más allá, considerar, debía considerar qué era lo mejor que podía hacerse...

—¿En qué estas pensando? —preguntó Radu.

Kelderek trató de reír y se golpeó la cabeza.

—En el lugar en donde nací hay un refrán: «golpea la madera, si quieres, pero ¿se irán los bichos?».

—¿Dónde es eso?

Él vaciló.

—Ortelga, pero ahora no importa.

Después de un silencio, Radu dijo:

—Si alguna vez vuelves allí...

—Derecho bajo tierra —dijo Kelderek.

—¿Sabes lo que queremos decir, cuando decimos eso?

Shara llegó corriendo hasta ellos por la orilla, tomó la mano de Radu y se puso a hablar con tal velocidad que Kelderek no podía entenderla, señalando el punto por donde había llegado.

A cierta distancia había una espesa maraña de enredaderas, cubiertas con llamativas flores en forma de cometa, que caía como un telón entre el linde de la

selva y la selva misma. Mirando el punto que señalaba Shara, vieron que todo el follaje estaba trémulo, palpitaba leve pero rápidamente, vibraba con alguna extraña e inexplicable energía propia. No podía verse ningún animal ni pájaro, pero por un espacio tan ancho como la pared de una cabaña, las hojas y las flores palpitaban espasmódicamente y los largos sarmientos ondulaban con una especie de violencia liviana y veloz. La niña, asustada pero fascinada, miraba por encima del hombro de Radu. Uno o dos de los otros niños los estaban rodeando y también miraban con curiosidad. El mismo Radu parecía esperar la llegada de algún extraño ser.

Kelderek levantó a la niña en sus brazos.

—No hay nada que temer —dijo—. Te dejaré ver, si quieres. No es nada más que un mamboretá que está cazando... varios, probablemente.

Radu los siguió por la ribera. Vistas de cerca, las flores de la enredadera exhalaban un pesado perfume y grandes insectos con alas de color azul oscuro, tan anchas como la palma de la mano de un hombre, llegaban y se alejaban en el aire crepuscular. Arriba, en una flor abierta, un insecto que había caído en poder de una mantis luchaba por liberarse. Se podía ver la forma alargada de la mantis a medias escondida entre las hojas, que con las patas de adelante tenía aferrado al insecto, del que se había apoderado cuando revoloteaba en tomo a la flor.

—¡Volved de una vez, malditos! —gritó Sháuter, avanzando hacia ellos a lo largo de la ribera—. ¿Qué demonios creéis que estáis haciendo?

—No te inquietes —contestó Radu, cuando volvían y se unían a los otros niños que ya se agrupaban en tomo a Sháuter, a la espera de sus raciones de comida—. Como sabes, apenas podemos alejarnos.

Sobrevino la oscuridad y los niños, acostándose a dormir, fueron una vez más encadenados por las orejas. Kelderek, separado de Radu como antes, quedó en el extremo interno de la cadena, con' Sháuter a un lado y al otro el niño que había sido maltratado por Bled esa tarde. En la oscuridad este último había reanudado su llanto continuo y monótono, pero Sháuter, en caso de oírlo, pensó probablemente que no podía extraerse ninguna diversión de un intento de hacerlo callar. Al cabo de un rato Kelderek extendió la mano hacia el niño, pero éste, se retrajo y, después de unos instantes de silencio, empezó a sollozar con más fuerza. Sháuter, de todos modos, no dijo nada, y Kelderek, con miedo de lo que éste podría hacer, y demasiado cansado y desanimado para insistir en sus torpes intentos de consuelo, dejó que su compasión y otros restos de su pensamiento se disolvieran en el sueño, mientras los mosquitos, no molestados, se posaban en sus miembros.

—¡Despierta! ¡Vamos, despierta!

Era la cara de Sháuter, encima de la suya, que mascullaba algo con aire de apremio; sintió el aliento fétido, la picazón de los mosquitos, las piedras que pinchaban bajo la columna vertebral y la débil luz del día que se refugiaba en el cielo,

más allá del Telthearna. Se oían los gemidos de los niños en el sueño y el tintineo de las cadenas contra las piedras.

—¡Soy yo, idiota de porquería! No hagas ruido. Te he quitado la cadena de la oreja. Si no quieres ir a Terekenalt, entonces ven ¡por la madre que te parió!

Kelderek se levantó. Sentía la piel como una hoja lacerada por picaduras irritantes, y el río le daba vueltas delante de los ojos. Dio un paso adelante, resbaló y cayó sobre las piedras. Alguien que no era ni Rantzay ni Sháuter, estaba hablando.

—¿Qué estabas haciendo, Sháuter, eh?

—Nada —contestó Sháuter.

—¿Le sacaste la cadena, no? ¿Adónde ibais?

—Tenía ganas de cagar, ¿no? ¿Crees que le voy a permitir que me cague encima?

Guenshed no contestó, pero sacó su cuchillo y se puso a apretar la punta contra la yema de un dedo, y luego contra otra. Al cabo de unos instantes se abrió la ropa y orinó encima de Sháuter. El muchacho se mantuvo tieso como un poste mientras esto ocurría.

—¿Te acuerdas de Kevennat, no? —murmuró Guenshed.

—¿Kevennat? —preguntó Sháuter, con una voz que una incipiente histeria empezaba a quebrar—. ¿Qué tiene que ver Kevennat con esto? ¿Quién habla de Kevennat?

—¿Te acuerdas del aspecto que tenía cuando terminamos con él?

Sháuter no contestó, pero al apretarle Guenshed el lóbulo de la oreja entre dos de sus dedos fue presa de un temblor irrefrenable.

—¿Ves? No eres nada más que un niño tonto, Sháuter. ¿Te das cuenta? —dijo Guenshed, torciéndole lentamente la oreja, de modo que Sháuter tuvo que arrodillarse en las piedras—. Un niño tonto, ¿no lo eres?

—Sí —murmuró Sháuter.

La punta del cuchillo le rozó los párpados cerrados y trató de echar la cabeza hacia atrás, pero el dolor de la oreja se lo estorbó.

—¿Ves bien, Sháuter, verdad?

—Sí.

—¿Seguro que ves bien?

—¡Sí, sí!

—¿Te das cuenta de lo que quiero decir, no?

—¡Sí!

—Sólo que yo voy por todos lados... ¿No es así, Sháuter? Si yo anduviera por allí, tú también estarías, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Haces bien tu trabajo, Sháuter, verdad?

—Verdad, sí, verdad.

—¡Qué raro! Pensé que tal vez no era así, que eras como Kevennat.

—No, no. ¡Los trato peor que Bled! ¡Todos me tienen miedo!

—Quédate tranquilo, Sháuter. Te voy a hacer un favor. Voy a limpiarte las uñas con la punta de mi cuchillo. Pero no querría que la mano se me fuera...

El sudor corría por la cara de Sháuter, por el labio superior, por el labio inferior, mordido entre los dientes, por la barbilla babosa. Cuando finalmente Guenshed lo soltó y se alejó, envainando el cuchillo en su cinturón, avanzó hacia las aguas playas, pero volvió en un instante. En silencio se lavó, volvió a poner la cadena en la oreja de Kelderek, la ajustó a su cinturón y se echó en el suelo.

Media hora más tarde el mismo Guenshed hizo la distribución de la última ración de comida que quedaba: migajas y fragmentos rascados del fondo de la bolsa.

—La comida que viene está en Linsho, ¿entendido? —dijo Sháuter a Radu—. Trata que todos entiendan eso. O llegamos hoy a Linsho de algún modo, o tenemos que empezar a comemos los unos a los otros.

Kelderek peinaba con sus dedos el pelo de Shara, y buscaba las pulgas. Aunque había comido lo que le habían dado, se sentía tan débil y tan atormentado por el hambre que ya no era capaz de recapacitar. Shara se sintió molesta y se alejó hacia la orilla.

—Alguien le robó sus piedritas de colores después que nos soltaron esta mañana —dijo Radu.

Kelderek no contestó, pues de repente había hecho un importante descubrimiento: es fútil gastar energía en palabras. El lenguaje —se daba cuenta ahora— implicaba un gran esfuerzo estéril. Mantenerse derecho, caminar, desenredar la cadena, recordar que había que evitar la mirada de Bled: todas estas eran cosas para las que había que tener energía almacenada.

Estaban de nuevo en marcha, sin duda, porque su cadena tintineaba sobre las piedras. Pero la marcha ya no era la misma. ¿En qué era diferente? ¿En qué habían cambiado todos? Con los ojos de su mente tenía la impresión de mirarlos desde arriba cuando doblaban el camino, siguiendo la costa. Iban de un lado para otro, como hormigas sobre una piedra, pero mucho más lentamente; como torpes escarabajos en el otoño, que realizan sus idas y venidas lerdas por las largas millas de los tallos de la hierba. Y ahora entendía claramente, aunque sin interesarse, lo que había ocurrido. Habían pasado a formar parte del mundo de los insectos, en el cual todo es simple; y a partir de ahora se iba a vivir sencillamente, sin preocuparse por la volición consciente. Sus cortas vidas iban a terminar pronto, presas del invierno, presas de criaturas más grandes, presas las unas de las otras; pero esto era realmente algo que no interesaba a nadie.

Fascinado aún y preocupado por esta nueva intuición, se encontró con que estaba tratando de evitar un obstáculo que casi lo había hecho tropezar. Algo bastante suave

y pesado, aunque cedía, algo que tenía ramas dentro: un hato de harapos con palos metidos. La cadena se había enredado en esto, y ahora ya estaba suelta, sí, por supuesto, el obstáculo era un cuerpo humano —esta era la cabeza— ahora le había pasado por encima, lo había dejado atrás y las piedras volvían a ser como antes. Cerró los ojos ante el resplandor del río y se fijó empecinadamente la tarea de mantenerse derecho y dar un paso tras otro: un paso, otro, otro.

De repente se oyó un grito detrás de él.

—¡Detente! ¡Detente!

Como una burbuja que revienta fuera del barro negro su mente se elevó lentamente hasta el antiguo mundo en donde se oía, se veía y se entendía. Se dio vuelta y vio a Radu, que tenía a Shara a su lado, arrodillado sobre un cuerpo que yacía sobre las piedras. Varios de los niños, sorprendidos como él por el grito, se habían parado y avanzaban con aire incierto hacia ellos. Desde algún punto, adelante, Sháuter aullaba:

—¿Qué mierda está pasando?

Él retrocedió. Radu sostenía la cabeza de un niño en un brazo y le echaba agua sobre la cara. Era el niño a quien Bled había maltratado el día antes. Tenía los ojos cerrados y Kelderek no pudo darse cuenta si estaba respirando o no.

—Caminaste encima de él —dijo Radu—. Le caminaste por encima ¿No lo sentiste?

—Sí... no. No sabía lo que estaba haciendo —contestó Kelderek estólidamente.

Shara tocó la frente del niño y trató de tirar de los harapos que le cubrían el pecho.

—¿Se cayó, eh? —dijo a Radu—. No tiene cadenita. —Siguió diciendo en tono cantarino—, no tiene cadenita. ¡Para ir a Leg-bai-lí! ...

Luego, interrumpiéndose al ver a Guenshed que se aproximaba hacia ellos:

—¡Radu! ¡Viene él!

Guenshed se paró junto al niño, lo empujó con el pie, puso una rodilla en tierra y palpó el corazón. Luego se puso de pie, miró a los otros niños e irguió la cabeza. Ellos se apartaron y Guenshed miró a Kelderek y a Radu por encima del cuerpo.

Guenshed no dijo nada, dejó que su presencia los hiciera llegar por sí solos a la única conclusión posible: que estaban sencillamente gastando los últimos y escasos restos de sus energías. Y cuando hizo sonar los dedos, ellos bajaron los ojos, y, con Shara a su lado, siguieron a los niños y no se molestaron en mirar hacia atrás. Ellos y Guenshed eran ahora totalmente de la misma opinión.

Un poco más lejos, sobre la orilla, Sháuter dio orden de detenerse. Se echaron entre los niños, pero nadie les hizo ninguna pregunta. Guenshed volvió, limpió el cuchillo en el agua y luego, dando órdenes a Bled de tomar a su cargo la expedición se fue con Sháuter corriente arriba. Cuando volvió, media hora más tarde, inició la

marcha tierra adentro, a través de los bosques.

Cuando empezó a anochecer, avanzaban pesadamente por un declive largo y suave, y la selva alrededor de ellos parecía volverse menos espesa a medida que avanzaban. Entre los árboles, Kelderek pudo divisar un sol poniente rojo, y esto suscitó en él una especie de sorpresa embotada. Se dio cuenta, haciendo un esfuerzo, que desde que habían salido de Lak no había visto ni una sola vez el sol después de mediodía. Debían estar ahora en el borde Norte de la selva.

Al llegar a la parte alta del declive, Guenshed esperó a que llegara el último de los niños antes de avanzar entre la maleza de los alrededores de la selva. De repente se detuvo, tratando de escudriñar y protegiendo sus ojos del sol. Kelderek y Radu, parándose detrás de él, se vieron ante el extremo Norte de la maléfica tierra que habían atravesado ahora de uno a otro extremo, desde las Riberas del Vrako hasta la Quebrada de Linsho.

Las nubes ocultaban a medias el pico que estaba más al Este, que se elevaba como una torre por encima del Telthearna, con una ladera empinadísima, que caía casi a pico sobre el río. Entre el agua y los peñascos arbolados al pie de la montaña se extendía una angosta franja de tierra llana a una distancia algo mayor que un tiro de flecha: la Quebrada de Linsho. Pudo divisar casuchas y volutas de humo que ascendían hacia los campos de Deelguy en la otra ribera. Un sendero llevaba fuera de la Quebrada, corría un poco junto a la corriente y después se internaba y ascendía por la ladera, cruzaba frente a ellos a menos de media milla y desaparecía en el Suroeste, más allá del extremo del bosque que estaba a su izquierda. Algunas cabras estaban bajo cobertizos y una manada de vacas pastaba, una tenía una campanilla de tintineo sordo, que le colgaba del cuello, vigiladas por un muchachito que estaba sentado y tocaba una flauta de madera; un buey viejo, a la distancia de toda la cuerda que lo sujetaba, estaba comiendo la hierba más verde que podía alcanzar.

Pero no era a la luz dorada, al ganado o al niño que tocaba la flauta que Guenshed estaba mirando con una cara que parecía la de un diablo enfermo por la frustración de la pérdida. Junto al sendero había un terreno que estaba cercado con una empalizada de madera y se veía un fuego que ardía en una trinchera angosta. Un soldado con un casco de cuero estaba sentado en cuclillas, fregando cacerolas, mientras otro carpía leña con una pica. Junto a la empalizada habían levantado un mástil y en él flotaba una bandera: tres espigas de trigo sobre fondo azul. Cerca, otros dos soldados estaban frente a la selva: uno, sentado sobre la hierba, estaba comiendo; el otro estaba de pie, apoyado en una alabarda. La situación era clara. La Quebrada había sido ocupada por un destacamento de Sarkid que pertenecía al ejército de Santil-ke-Erketlis.

—¡Maldito sea Dios! —exclamó Guenshed contemplando el sosiego pastoral y resplandeciente de la ladera. Sháuter, que llegó de atrás, contuvo el aliento y quedó enmudecido, mirando como un hombre puede mirar las ruinas humeantes de su

propia casa. Los niños guardaban silencio: algunos, por su debilidad, por su estado enfermizo, no comprendían; otros presentían con miedo la rabia y la desesperación de Guenshed, que allí estaba de pie, contrayendo y aflojando las manos sin decir palabra.

De repente Radu se lanzó hacia adelante. Los harapos flotaron en tomo a él cuando levantó ambos brazos sobre la cabeza, haciendo ademanes como un niño idiota que tiene un ataque.

—¡Ah, ah! —gritó Radu con voz enronquecida—. ¡Sar...! —trastabilló, cayó y se levantó por partes, como una vaca—. ¡Sharkid! —murmuró tendiendo las manos, y luego, con voz apenas más alta:

—¡Sharkid, Sharkid!

Con gestos deliberados, Guenshed recogió su arco, que estaba al lado de su mochila, y puso una flecha en la cuerda. Luego, recostándose contra un árbol, esperó a que Radu, nuevamente, tomara aliento. El grito del muchacho, cuando llegó, fue como el de un niño enfermo, débil y destemplado. Una vez más gritó, como un pájaro, y luego cayó sobre las rodillas, sollozando y retorciéndose las manos entre la maleza. Guenshed, empujando a Sháuter hacia atrás por el hombro, esperó como un hombre puede esperar a que un amigo acabe de hablar con un transeúnte en la calle.

—¡Oh, Dios! —exclamó Radu llorando—. ¡Ayúdanos, Dios! ¡Por favor, Dios mío, ayúdanos!

Shara se despertó a medias sobre la espalda de Kelderek y murmuró:

—¡Leg-bai-lí! ¡Se fue a Leg-bai-lí! —y se quedó de nuevo dormida.

Como un hombre que van a juzgar puede, de todos modos, detenerse en el camino a escuchar la canción que una mujer está cantando; como el ojo de alguien a quien acaban de informar que tiene una enfermedad mortal puede distraerse fuera de la ventana y demorarse un instante a contemplar el fulgor de algún pájaro de brillantes colores entre los árboles; como algún reo despreocupado podría beber un trago y bailar una briosa danza sobre el patíbulo, así, al parecer, no sólo la inclinación de Guenshed sino también su autoestima lo llevaban ahora, como a su propio desastre, a detenerse unos momentos para gozar de la única y singular desgracia de Radu. Miró a los niños, como invitando a quien deseara hacerlo a que ensayara su voz llamando a los soldados. Observándolo, Kelderek fue presa de un horror mortal, como el de un niño que contempla la excitación crispada y fría de un violador, sintió que los dientes se le entrechocaban y que los esfínteres se le abrían. Se sentó en el suelo, apenas bastante dueño de sí mismo para dejar resbalar a la niña a su espalda y ponerla a su lado en el suelo.

En ese instante se oyó una voz áspera que surgía de unos matorrales cercanos.

—¡Guensh, digo! ¡Guensh!

Guenshed se dio vuelta bruscamente, tratando de escudriñar con sus ojos

deslumbrados por el sol la sombría floresta que tenía detrás. No había nada que ver, por un instante después la voz se oyó de nuevo.

—¡Guensh! ¡No vayas allí, Guensh! ¡Por amor de Dios, danos una mano!

Un tenue rizo de humo se elevaba de un pedazo de terreno en medio de la maleza, pero el resto estaba tan tranquilo como la pendiente herbosa de al lado. Guensh hizo una seña con la cabeza a Sháuter y el muchacho se acercó lenta y de mala gana, con todo el valor que pudo juntar. Desapareció entre los matorrales y un momento después se le oyó gritar:

—¡Porquería de mierda!

Guenshed seguía sin decir nada, y se limitó a hacer una señal a Bled para que se uniera a Sháuter. Por su parte, siguió con la atención puesta en Radu y Kelderek. Al cabo de un rato los dos muchachos salieron de los matorrales junto con un hombre carnoso, de labios gruesos y ojos pequeños, que gesticulaba de dolor y se bamboleaba entre ellos, arrastrando un morral por el suelo. La pierna izquierda de sus bombachas, que alguna vez habían sido blancas, estaba empapada en sangre, y la mano que tendía a Guenshed estaba roja y pegajosa.

—¡Guensh! —dijo—. ¡Guensh! ¡Tú me conoces! ¿No es cierto? No me dejes aquí. ¿Verdad que me sacas de aquí? No vayas allí, Guensh, te agarrarán lo mismo que a mí. No podemos quedarnos aquí ni tú ni yo... Van a venir, Guensh, ¡van a venir!

Kelderek, observando desde el lugar donde estaba, pudo recordar de repente al hombre. Este despojo manchado de sangre no era nada menos que el opulento traficante de esclavos de Deelguy, Lallo; gordo, insinuante, emperifollado, con las maneras demasiado familiares y obsecuentes a la vez de un sirviente que hace carrera. Suntuosamente vestido y sonriendo entre sus desdichadas y cuidadas mercaderías, había tenido la costumbre de publicitarse a sí mismo en Bekla como «el traficante de esclavos de alta categoría, el proveedor de la aristocracia. Necesidades especiales serán discretamente consideradas». Kelderek también recordó cómo había empezado a llamarse a sí mismo «U-Lallo», hasta que Gued-la-Dan le ordenó que terminara con su impertinencia y se pusiera en su lugar. Poco había ahora en él del fatuo de un mundo equívoco cuando se arrastraba a los pies de Guenshed, escupiendo miedo y cansancio, con su túnica amarilla, mugrienta y con la propia sangre coagulada sobre sus gordas nalgas. La correa del morral le rodeaba la muñeca y en una mano sostenía un braserillo de barro, como los que llevan algunos viajeros en viajes largos y que alimentan con ramaje y hojarasca. Era de este que provenía el humo.

Por un instante los ojos de Lallo, cuando recorrieron el grupo de los niños, se detuvieron en Kelderek: pero esta sorpresa momentánea —Kelderek pudo percibirlo— se debió nada más que a la presencia de un adulto entre los esclavos. Lallo no lo

reconoció: ¿cómo hubiera reconocido al antiguo rey-sacerdote de Bekla? Guenshed siempre permanecía en silencio, mirando enfurruñado a Lallo, cubierto de sangre, como si estuviera tratando de averiguar —y sin duda de esto se trataba— en qué forma podría convertir este encuentro inesperado en una ventaja. Finalmente dijo:

—¿Van tan bien las cosas, Lallo? ¿Has estado en alguna historia, al parecer?

El otro extendió sus manos ensangrentadas, encogió los hombros, levantó las cejas y agitó la cabeza a uno y otro lado.

Yo estaba en Kabin, Guensh, cuando los sikats llegaron al Norte. Pensé que tenía bastante tiempo para volver a Bekla, pero me fui demasiado tarde... ¿sabías que los soldados corren de ese modo, Guensh? ¿Lo sabías? Me cortaron y no pude volver a Bekla (con una mano hizo un gesto hacia abajo, como de cortar). No había gobernador en Kabin... El nuevo gobernador, un tipo llamado Mollo, había sido ultimado en Bekla, decían... El rey lo habría matado con sus propias manos. Nadie quería recibir dinero para protegerme. Así que atravesé el Vrako. Yo pensaba: «Me quedaré aquí hasta que la cosa pase. Yo con mis lindos chicos, los que compré». Así que caímos en una aldea asquerosa, y tuve que pagar... pagar nada más que para que no me asesinaran. Un día me encuentro con que los soldados de Ikat atraviesan el Vrako y buscan por todas partes a los traficantes de esclavos. Me voy al Norte... ¡ay que horrible!, con idea de comprar tal vez el tránsito por Linsho. Pero no atravieso el bosque, tomo por el sendero y me encuentro de repente con los soldados. ¿Cómo voy a saber que los sikats van a llegar antes allí? Ladrones asquerosos: me toman los chicos y todas las cosas por las que había pagado. Dejo todo y corro a la selva. Allí una flecha me atraviesa el muslo. ¡Dios mío, qué dolor! Se ponen a buscarme, no mucho tiempo... No, no tienen mucho que buscar, los muy canallas. Saben que aquí no hay comida, no hay refugio, no hay donde ir. ¡Santo Dios, Guensh! ¿Qué vamos a hacer ahora? Si atraviesas estos árboles te agarran —nos están esperando— alguien me dijo que mataron a Nigon, que mataron a Nindulla...

—Nigon ha muerto —dijo Guenshed.

—Sí, sí. ¿Me puedes ayudar, Guensh? ¿Cruzamos el Telthearna y llegamos a Deelguy? Acuérdate de todos los chicos y las chicas que te compré, Guensh, que siempre te compraba y no digo que...

De repente Sháuter dio un silbido y tiró de la manga a Guenshed.

—¡Mira esos hijos de puta! —señalando con el dedo. A unos ochocientos metros de distancia, sobre el declive iluminado por el sol donde estaba la casilla del guarda, veinte o treinta soldados se acercaban por la selva, arrastrando sus largas picas detrás de ellos, sobre la hierba. A una señal del oficial, extendieron la línea, abriéndose a derecha e izquierda a medida que se acercaban a los alrededores.

A ninguno de los niños, y tampoco a Radu o a Kelderek, se les ocurrió que podían ni siquiera ahora, gritar o tratar de llegar hasta los soldados. ¿Acaso Guenshed no les

había permitido probarse a sí mismos que no podían hacerlo?

Su dominio, esa fuerza maligna de la que ya había hablado Radu los envolvía, helada, inalcanzable, visible tan sólo en sus efectos, se inmiscuía en sus espíritus con un poder religioso de enfriar y de subyugar. Era algo que estaba dentro de ellos, en sus cuerpos hambrientos, en sus corazones, en sus mentes congeladas. Ni Dios mismo hubiera podido derretir este frío o contrariar en lo más mínimo la voluntad de Guenshed. Kelderek, esperando que Bled mirara a otra parte y no viera su lenta y torpe lucha, levantó una vez más a Shara en sus brazos, tomó al dócil Radu de la mano y siguió al traficante de esclavos que se internaba, en la selva.

Subieron a los terrenos altos, a lo largo de la cresta de la baja cordillera que habían recorrido más temprano esa tarde; Lalloc se tambaleaba junto a Guenshed y continuamente suplicaba que no lo dejaran atrás. Mientras tanto mascullaba, aunque entre susurros y frases desconectadas por la falta de aliento, pero Guenshed no respondía. Sin embargo, aunque podría haber parecido desatento a los niños o al gordo proveedor de niños bonitos, a Kelderek le pareció que, de todos modos, estaba muy alerta dentro de sí mismo; como un gran pez que se esconde bajo un arrecife, al acecho de la más leve oportunidad para lanzarse entre las piernas de los hombres que han tendido la red y esperando, inmóvil, que su quietud pueda hacerles creer que ya se ha ido.

La aldea en ruinas

Y ahora empezó, entre los niños esa desintegración final que tan sólo el miedo a Guenshed había logrado detener tanto tiempo. A pesar de la niebla de ignorancia y terror que los envolvía, hubo una cosa clara para todos. Los planes de Guenshed habían fracasado. Tanto él como sus veedores estaban asustados y no sabían qué iban a hacer ahora. Bled caminaba ensimismado, agobiado y murmurando, con los ojos fijos en el suelo. Sháuter se mordisqueaba continuamente una mano y todo el tiempo su cabeza, con la boca abierta y los ojos cerrados, caía hacia delante, como la de un oso que no puede sostener su peso. De los tres emanaba la desesperación, como murciélagos que llegan revoloteando desde una cueva, más y más a medida que decrece la luz. Los niños empezaron a rezagarse. Varios que habían caído o se habían echado al suelo seguían en el mismo lugar, porque Guenshed y sus flageladores compartiendo ahora el mismo terrible destino de sus víctimas, no tenían ni voluntad ni ánimo para hacerlos poner de pie a latigazos.

Era claro que a Guenshed ya no le importaba que los niños estuvieran vivos o muertos. No les prestaba atención, pero apresuraba su propio paso, preocupado tan sólo por distanciarse de los soldados. Sólo mantenía una constante vigilancia sobre Kelderek y Radu y les ordenaba, cuchillo en mano, que marcharan delante de él y no se detuvieran por nada.

Del mismo modo que, cuando dos animales han peleado, el vencido parece achicarse en el momento en que se aleja, Radu había sufrido una regresión: de adolescente, había vuelto a ser niño. El orgullo con que había llevado sus harapos y sus llagas, como si hubieran sido insignias honoríficas de la casa de Sharkid había sido reemplazado por un abatimiento fatigado, como el que tiene el sobreviviente de una catástrofe. Iba con aire incierto de un lado al otro, como incapaz de elegir por sí mismo la dirección, y una vez, cubriéndose el rostro con las manos, tuvo un acceso de llanto que sólo se paró cuando le faltó el aliento. Al levantar la cabeza sus ojos que se encontraron con los de Kelderek, tenían una expresión de desesperación y de pánico, como los de un animal que mira desde una trampa.

—Tengo miedo de morir —murmuró.

Kelderek no encontró respuesta a esto.

—No quiero morir —repitió Radu con desesperación.

—¡Vamos! —dijo Guenshed ásperamente, desde atrás.

—¡Eran los soldados de mi padre!

—Ya lo sé —contestó Kelderek—. Puede ser que nos encuentren todavía.

—No, no ocurrirá. Guenshed nos matara antes. ¡Oh, Dios, le tengo tanto miedo! No lo puedo ocultar ya más.

—Si los soldados nos encuentran, sin duda me van a matar a mí —dijo Kelderek—. ¿Sabes? Yo fui enemigo de tu padre. Ahora parece extraño.

Sorprendido, Radu le lanzó una rápida mirada; pero al mismo tiempo Shara, despierta por fin, empezó a agitarse sobre los hombros de Kelderek y a gimotear de hambre y desolación.

—¡Hazla callar! —dijo Guenshed.

Radu, con cierta dificultad, la tomó de los hombros de Kelderek, pero, al hacerlo, resbaló, de tal modo que la niña lanzó un grito agudo de miedo. Guenshed cubrió la distancia que de ellos los separaba en cuatro pasos, asió a Radu por el hombro con una mano y tapó la boca de la niña con la otra.

—Si grita de nuevo, la mato —dijo.

Radu, asustado, se apartó de él, murmurando algo a Shara. Ella quedó en silencio y, por último, prosiguieron el avance entre los árboles.

—No me voy a morir —dijo Radu con un poco más de compostura—. No mientras ella me necesite. Su padre es uno de nuestros arrendatarios, ¿sabes?

—Me lo habías dicho.

Ya era casi oscuro y no había señales de persecución. Kelderek ya no tenía idea de cuántos niños seguían aún con ellos. Trató de mirar a su alrededor, pero no pudo enfocar la mirada, y luego no fue capaz de recordar por qué se había puesto a mirar. La debilidad traída por el hambre parecía haber destruido en él la vista y el oído. Su mente bailaba, unas punzadas de dolor febril le atravesaban la cabeza. Cuando vio en tomo unas paredes de piedra, no hubiera podido decir si éstas eran reales o creaciones de su mente trastornada.

Sháuter lo había asido del brazo y lo estaba sacudiendo.

—¡Párate! ¡Párate! ¡Maldito seas! ¿Estás sordo o qué te pasa? ¡Dije que te pararas! —dijo el muchacho, con algo que se parecía a la cordialidad humana—. Es mejor que te sientes, compañero, te hace falta un descanso. Siéntate aquí.

Kelderek se sentó en el borde de una roca. A su alrededor vio lo que una vez había sido un claro: grupos de árboles cubiertos de enredaderas y lianas. Había paredes de rocas apiladas, sin cemento, otras piedras tumbadas por aquí y por allá, otras puestas de punta; fragmentos de muros y marcos, todos sin puertas, los techos caídos con agujeros que dejaban ver el hueco ennegrecido de las chimeneas. Cerca se elevaba una eminencia rocosa, que sin duda en un tiempo había sido utilizada para estas construcciones; al pie de ella corría un hilo de agua que formaba un estanque superficial, y el caudal de éste, que se iba perdiendo por una abertura entre las piedras que lo cercaban, bajaba hacia el Telthearna lejano. Del otro lado del estanque el cerco de piedra estaba cubierto a medias por ramas de la viña trepsis, y unas pocas flores escarlatas ya habían florecido.

—¿En dónde estamos? —preguntó Kelderek—. Sháuter, ¿en dónde estamos?

—¿Cómo diablos quieres que sepa? —contestó Sháuter—. Una aldea abandonada o algo por el estilo, ¿no? Aquí no ha habido nadie en una mierda de años... Pero ¿qué pasa? —siguió diciendo el muchacho, con una violencia sofocada—. Esto es lo mismo que estar muertos ya.

—Es un lugar que sirve para morir lo mismo que cualquier otro, ¿no? Para mí, es para mí —dijo Kelderek—. Se parece a otro lugar... había un estanque y trepsis.

—Está ido —dijo Radu—. Ve a tomar agua, Shara querida Yo iré dentro de un momento.

—¿Llegamos pronto a casa?, —preguntó la niña—. Dijiste que íbamos a casa, ¿no? Tengo hambre, Radu.

—Pronto vamos a casa, querida —dijo Radu—. No esta noche, pero pronto. No llores. Mira, los niños grandes no lloran. Yo te cuidaré.

—Los soldados van a llegar —susurró— los soldados de Sarkid nos llevarán a casa. Pero este es un secreto entre tú y yo.

—Me siento mal —dijo ella— estoy enferma. Quiero agua.

Le besó el brazo con labios secos y tambaleó hasta el estanque.

—Tengo que cuidarla —dijo Radu. Se pasó la mano por la frente y cerró los ojos—. Su padre es uno de nuestros arrendatarios, ¿sabes? ¡Oh, ya te lo dije! También yo estoy enfermo. ¿Crees que esto es una peste?

—Radu —dijo Kelderek—. Me voy a morir. Estoy seguro. El estanque y la enredadera trepsis me han sido enviados como una señal. Aunque lleguen los soldados, me voy a morir, porque entonces ellos me matarán.

—Guenshed —dijo Radu—. Guenshed quiere estar seguro de matarnos. O el diablo, que ahora utiliza su cuerpo: tiene intención de matarnos.

—La cabeza te flota, Radu. Escúchame. Hay algo que necesito pedirte.

—No: lo del diablo es verdad. Es porque la cabeza me flota que lo puedo ver. Si a un hombre le gusta el infierno, y hace obra de infierno, entonces los diablos se apoderan de su cuerpo antes que muera. Es lo que el viejo guarda del portón me dijo una vez en Sarkid: entonces yo no lo entendí, pero ahora lo entiendo. Guenshed se ha convertido en un diablo. Me inspira miedo de muerte... su simple vista. Creo que podría matarme de miedo si la cosa se le ocurriera.

Kelderek tanteó, buscando el brazo de Radu, como un ciego.

—Radu, escúchame. Quiero pedirte perdón, y pedir perdón a tu padre también, antes de morir.

—¿Mi padre? Tú no conoces a mi padre. La cabeza te flota, como a mí.

—Entonces te corresponde a ti perdonarme en nombre de tu padre y en nombre de Sarkid. He sido el más grande enemigo de tu padre. Nunca me preguntaste mi nombre. Mi nombre es Kelderek de Ortelga. Pero te enteraste de mi existencia como Crendrik.

—¿Crendrik? ¿El rey-sacerdote de Bekla?

—Sí: yo fui una vez el rey de Bekla. No importa cómo vine a parar aquí. Esa es la justicia de Dios, porque fui yo quien introdujo el tráfico de esclavos aquí en Bekla y di licencia a los traficantes en pago por el dinero que me daban para pagar la guerra con Santil-ke-Erketlis. Si es cierto que la muerte salda todas las deudas y los males, entonces te ruego que me perdones. Ya no soy más el hombre que cometió esos hechos.

—¿Realmente vas a morir? ¿Estás seguro? ¿No se puede hacer nada?

Era un niño sorprendido y asustado el que miraba a Kelderek en la última luz.

—Me ha llegado la hora de morir. Es lo que sé ahora. Los soldados de Ikat me habrían matado en Kabin, pero tu padre lo impidió. Cuando me envió a través del Vrako, me dijo que si me encontraban de nuevo, me iban a matar. De modo que moriré, a manos de los soldados o a manos de Guenshed.

—Si mi padre pudo perdonarte entonces, Crendrik, yo te perdono ahora. Oh, ¿qué importa? ¡Esa niña va a morir! Guenshed la matará: ¡lo sé! —gritó el muchacho.

Antes de que Kelderek pudiera contestar, Guenshed ya estaba encima de ellos, silencioso en la oscuridad. Hizo sonar sus dedos y los dos se pusieron lentamente de pie, temblando y encogiéndose como animales que temen a un amo cruel. Ya iba a hablar cuando Lalloc se acercó y Guenshed se volvió hacia él, dejándolos en donde estaban.

—No vas a sacar mucho de ellos, Guensh —dijo Lalloc—. No te ocupes de ellos. No, no, ni siquiera yo te podría pagar mucho por ellos. Es muy poco lo que pierdes, realmente muy poco.

—De todos modos, guardo estos dos para mí —contestó Guensh.

—Ninguno de los dos vale la pena, Guensh. No ahora. No podrás venderlos nunca y, si nos agarran con ellos, ¿qué te parece? Bastante difícil es salir de aquí, no tenemos nada que comer y hay que intentar salir, Guensh. Hay que tratar de llegar hasta Deelguy, del otro lado. Es lo único que podemos hacer ahora.

Guenshed se sentó sobre la pared rota, mirando ante él con aire desanimado. Los anillos de Lalloc tintinearón cuando él se frotó nerviosamente las manos.

—Guenshed: esta noche no podemos intentarlo. Dejémoslo para mañana. En cuanto haya luz. Puedes meterte allí... esa tiene un poco de techo. Encendemos un fuego: de afuera no se verá. Oye, Guensh, tengo un poco de bebida, bebida buena, fuerte. Nos quedamos ahí, sin querer se viene la mañana y cruzamos el río. ¿Eh?

Guenshed se puso lentamente de pie y empezó a apoyar la punta del cuchillo en la yema de un dedo tras otro. Finalmente hizo un movimiento cerrado de cabeza y dijo:

—Me lo guardo para mí.

—Bueno, lo que tú digas, Guensh. Sí, sí, pero ya no te sirve para nada. Ninguno de ellos te sirve para nada. Déjalos. Ya no nos hacen falta. En este momento no

pueden ir a ninguna parte: están terminados, no hay nada que hacer con ellos. Mañana nos vamos.

—Lo guardo para mí —repitió Guenshed.

Shara se acercó lentamente a Radu, tapándose la cara con un brazo. Al poner la mano en la mano del muchacho, Guenshed les lanzó una mirada con ojos que parecían los de una serpiente, llenos de una malevolencia fría y universal. Radu se agachó para levantarla, pero estaba demasiado débil, cayó sobre una rodilla y, al hacerlo, se encontró con la mirada de Guenshed. Se irguió a medias, al parecer como si quisiera correr, pero cuándo Guenshed lo tomó de la oreja agujereada, Radu jadeó:

—¡No! ¡No! ¡No lo haré! ...

—¿No ves? No eres nada más que un muchachito tonto, ¿no es así Radu? —dijo Guenshed, retorciéndole la oreja lentamente, de modo que Radu cayó de rodillas—. Nada más que un chiquito tonto, ¿no eres eso?

—Sí.

Guenshed acercó la punta del cuchillo a un párpado de Radu, pero luego, como si se sintiera cansado de lo que había empezado a hacer, metió el cuchillo en la vaina, lo hizo poner de pie y lo arrastró hasta la cabaña derruida donde Lalloc ya estaba arrodillado y soplaba sobre las ascuas de su fuego, haciéndolo llamear. Shara se tambaleaba al lado de ellos y el sonido de su llanto se volvió inaudible cuando pasaron el umbral. Al quedarse solo en la oscuridad, Kelderek se dejó caer al suelo; pero más tarde —no hubiera podido decir cuánto tiempo después— se arrastró en cuatro patas hasta la cabaña más cercana y en ella se quedó dormido.

Conversación en la noche

Le habían dado un grupo de niños esclavos que debía llevar al Palacio de los Barones, pero los niños eran tan posados que él no los pudo cargar y debió arrastrarlos detrás de él paso a paso. El camino pasaba por una montuna y d seguía al Señor Shardik a través de florestas empinadas y siniestras, llenas de los espíritus de soldados muertos, que soplaban y cuchicheaban entre las ramas. Finalmente el camino se volvió tan empinado y el peso era tan grande que tenía que ponerse a gatear, y de este modo llegaba por último a la cumbre. El palacio de los varones estaba en la cumbre misma, pero al irse acercando comprendió que no era nada más que madera chata pintada en un marco y mientras la miraba, se hizo trizas y rodó montaña abajo.

Al despertar se arrastró hasta la puerta y trató de echar una ojeada a las estrellas. Había hojas o nubes que las tapaban. Lo mejor que podía hacer era intentarlo, pensó. Si, ahora era demasiado tarde —la mitad de la noche o más tarde— tanto Guenshed como Lalloc podían estar durmiendo: si estaban durmiendo, tal vez él pudiera libertar a Radu y a Shara... tal vez incluso podría matar a Guenshed con su propio cuchillo.

La noche era intensamente oscura, pero había una dirección en la que pudo divisar un distante parpadeo luminoso, en parte tapado, o así parecía, por una especie de telón. Dio unos pocos pasos hacia esta luz y descubrió que se había equivocado en cuanto a la distancia, pues estaba cerca, muy cerca. Una capa había sido echada sobre el marco sin puerta, por el que Guenshed había hecho pasar a Radu al anochecer. Llegó hasta allí, se arrodilló y acercó un ojo a una de las rendijas, a través de las cuales pasaba la luz.

Paredes de piedra y un piso de guijarros —nada más— y un fuego débil en la chimenea del otro lado. En el rincón más apartado, Radu y Shara dormían sobre las piedras desnudas. Radu estaba tirado, inmóvil, pero Shara gimoteaba sin parar, nerviosa y evidentemente enferma.

Guenshed, con un largo bastón en una mano, estaba sentado sobre su mochila, contemplando las llamas y espantando malhumoradamente un enjambre de insectos que se habían trepado a la punta de un leño que ardía. Kelderek tuvo de nuevo la fantasía de que este hombre nunca dormía o que, como un insecto, sólo dormía en ciertas estaciones. Del lado opuesto, Lalloc estaba sentado torpemente en un leño, apoyando su pierna herida en la sana. Contra la mochila de Guenshed había una botija de vino y, después de unos instantes, el traficante la recogió, bebió y se la pasó a Lalloc. Kelderek, viendo que la idea del rescate era impracticable, ya se iba a retirar cuando Lalloc habló. Movidio por la curiosidad, pese a que la mente le flotaba y a que estaba comido por los insectos, escuchó.

—¿No siempre estuviste en esta clase de trabajo, verdad? —preguntó Lalloc, frotándose la pierna—. ¿Cuánto tiempo hace que te conozco, Guensh... tres años?

—No siempre —contestó Guenshed.

—¿Qué eras?... ¿Soldado, tal vez?

Guenshed se inclinó y tiró un escarabajo a las llamas.

—Era ayudante del verdugo en Terekenalt.

—¿Es buen trabajo? ¿Se hace plata?

—Uno vive —dijo Guenshed.

Hubo un silencio.

Lalloc echó otra rama al fuego y empinó la bota de vino. En el rincón Shara se retorció sobre el suelo, balbuceó unas palabras y se mojó los labios reseco, sin despertar.

—¿Los ortelganos te dieron una oportunidad? ¿No?

—No me quisieron dar la licencia... hijos de puta. Eso ya lo sabes.

—¿Por qué no quisieron?

—Dicen que demasiados niños quedan estropeados. Lo más probable es que yo no haya tenido la plata para sobornar a alguien y conseguir la licencia.

Lalloc chasqueó la lengua, pero se interrumpió cuando Guenshed le lanzó una mirada severa.

—Bueno, no me río. No, no. Pero hace falta estilo, Guensh, hace falta estilo para ser traficante de esclavos. ¿Por qué no tienes buenos veedores? Veedores que no dejen morir a los niños, que no les peguen en los lugares en donde las marcas se ven... ¿Me entiendes? Que se las arreglan para que tengan buen aspecto, que les enseñan a mostrar una buena facha a los compradores.

Guenshed se dio un puñetazo en la palma de la mano.

—Muy bien para ti, ¿eh? Sí, pero yo tengo que trabajar con elementos baratos. Para los chicos no hacen falta veedores. Basta con elegir otro par de chicos... Y uno se libra de ellos en cuanto se da cuenta de que ya saben más de lo que uno quiere que sepan. Tú... tú sólo compras a otros traficantes. ¿Verdad? ¿No tienes capital con qué trabajar? Yo tengo que salir y conseguirlos baratos. Tengo que darme todo el trabajo, correr todos los riesgos... No tengo licencia. Entonces vienes tú, me los compras y los vendes más caros. ¿No es así?

—¿Para qué tienes a esa chiquita? —preguntó Lalloc—. Me dijiste que te habías librado de todas las chicas en Tonilda. ¿Por qué no la vendiste a ésa?

—¡Ah... para mantenerlos en orden! Fue por eso —dijo Guenshed, señalando a Radu con el pulgar.

—¿Cómo?

—Es un tipo curioso —dijo Guenshed—. Es lo más inteligente que nunca hice. El mayor riesgo que corrí. Si la cosa sale, haré una fortuna; y todavía puede salir. Es un

joven aristócrata... trabajo de rescate, una vez que lo lleve de vuelta a Terekenalt. Mientras lo tenga a él, no me importa perder el resto. No lo puedo romper, todavía no... Con esa clase de gente nunca se sabe... Ni siquiera cuando ellos mismos creen que están rotos. La chiquita es lo mejor para mantenerlo en orden. Mientras esté dispuesto a cuidarla, no va a intentar hacer nada... ¿verdad? La broma fue cuando se me acercó en Thettit y me dijo que quería ocuparse de ella, cruzar con ella el Vrako... Era un riesgo, se podía haber ahogado. Pero valía la pena, para no tener problemas con él. Esta clase de gente te crea muchos líos. Orgullo. ¡Ah, sí, él es demasiado superior para tipos como tú y como yo!... Pero lo voy a quebrar antes de lo que se puede creer al noble caballero... Haré que azote a los niños para que le den de comer, y no voy a tener que levantar un dedo para forzarlo: verás si no lo logro.

—¿Quién es? —preguntó Lalloc.

—¡Ah!... ¿Quién es?... —Guenshed hizo una pausa para producir efecto—. Es el heredero del Ban de Sarkid.

Lalloc silbó.

—Bueno, Guensh, bueno, no me sorprende que el lugar esté lleno de ikats... ¿Eh? ... Has hecho bien. Y ahora sabemos por qué nunca dejan de buscar, ¿no? Tenemos mucho que agradecerte, Guensh...

—Doscientos mil meld —dijo Guenshed—. ¿No vale la pena correr un riesgo? Y tú me dijiste que debíamos cruzar el río en la mañana, ¿no?

—¿Quién es el otro, Guensh...? El hombre... Yo creía que sólo te ocupabas de muchachos y chicas.

—¿No lo sabes? —contestó Guenshed—. Deberías saberlo, mugriento e hijo de puta como eres.

Lalloc dejó de beber, mirando por encima de la bota de vino con cejas arqueadas y ojos reflexivos. Luego el vino se depositó en su hueca caverna y él meneó la cabeza y la bota a la vez.

Es el rey Crendrik eso es —dijo Guenshed—. Es el que fue rey-sacerdote de Bekla. El tipo del oso.

Lalloc casi dejó caer la bota de vino; la sujetó a tiempo y la bajó lentamente, asombrado.

Lo encontré tirado, sin sentido, en un pantano, a cincuenta kilómetros al Sur de aquí —dijo Guenshed—. No sé como llegó allí, pero lo reconocí en seguida. Lo había visto en Bekla, lo mismo que tú. En fin, ese no se va a escapar. Sabe que los ikats lo van a matar.

Lalloc lo miró con aire interrogativo.

—La cosa es así —dijo Guenshed, removiéndolo el fuego—. Yo soy listo y los mantengo a él y al muchacho. Si es necesario, dejo el resto, pero a estos dos los guardo de todos modos. Bueno, ahora sabemos que el Ban de Sarkid está luchando a

favor de los ikats. Si alguna vez me atrapan los ortelganos —como recordarás no tengo licencia— podré decirles que el hijo del Ban está conmigo, se los puedo entregar, y es muy probable que queden tan contentos que me dejen ir. Pero si nos capturan los ikats, les entrego a Crendrik: es lo mismo, van a estar muy contentos de conseguirlo y entonces nos dejarán ir. Crendrik no tiene otro valor, naturalmente, pero el muchacho tiene mucho, si logramos salir de aquí. Por la forma en que están saliendo las cosas, lo más posible es que seamos rodeados por los ikats y no por los ortelganos, de tal modo que yo cuento con Crendrik.

—¿Pero si los ikats te pescan con el muchacho, Guensh?

—No lo harán —dijo Guenshed—. Me ocuparé de que eso no pase. Nunca me van a agarrar con ningún niño... Y tampoco encontrarán los cuerpos.

Se puso de pie bruscamente, rompió dos o tres ramas con una rodilla y las echó al fuego. Kelderek podía oír el golpeteo de la nuca de Shara contra las piedras, mientras se agitaba y gritaba en sueños.

—¿Cuál es el proyecto, entonces? —preguntó Guenshed—. ¿Cómo te las arreglarás para cruzar el Telthearna?

—Bueno, es un gran riesgo, Guensh, pero es la única salida que tenemos. Hay que intentarlo. De otro modo, los ikats nos agarran sin vuelta. Allá abajo hay una aldea —la llaman Tissarn— una aldea de pescadores junto al río...

—Ya sé... Ayer tomé tierra adentro para evitarla. Bueno, dejamos todo, vamos allá, encontramos algún hombre, le pagamos todo lo que tengo, nos da una canoa, un bote, cualquier cosa, antes de que lleguen los ikats. Cruzamos y llegamos a Deelguy. La corriente es fuerte, vamos río abajo un buen trecho. De todos modos, siempre cruzando. Es la única forma en que podemos intentarlo.

—¿Y no estarán vigilando la aldea? Es por eso que la evité.

—Tenemos que intentarlo, Guensh.

—Llevaremos al muchacho.

—Eso no me gusta. En Deelguy soy hombre buscado ¿sabes? No quiero que nadie nos vea. Tal vez averiguan quién es el muchacho, descubren que somos traficantes de esclavos... ¿cómo se puede saber?... En Deelguy no es legal.

Guenshed no dijo nada.

—Guensh: estoy muy mal herido. Guensh: tú eres mi amigo. ¿Estás conmigo? ¿Me ayudas?

—Claro que te voy a ayudar. No te preocupes.

—No. Júralo, Guensh. Jura que eres mi amigo, jura que estarás conmigo, que siempre me vas a ayudar, ¿sí? ¡Por favor, júralo, Guensh!

Guenshed se acercó y le apretó la mano.

—Te juro que seré tu amigo, Lalloc, y que te apoyaré. Dios me está oyendo.

—¡Oh, gracias, Guensh, gracias a Dios que te encontré! Nos va a ir bastante bien.

Ahora durmamos un poquito, ¿eh? Pero lo primero que hacemos en cuanto amanezca es irnos, ¿eh? No hay tiempo que perder, ¿sabes?

Se envolvió pesadamente en la capa, se echó junto al fuego, pareció hundirse, casi desaparecer dentro del sueño, como una piedra que echan a un pozo.

Kelderek se apartó para gatear en la oscuridad, pero las pupilas de sus ojos, contraídas por la luz de la fogata, no dejaban entrar ninguna imagen desde la noche que lo rodeaba. Esperó, y al hacerlo comprendió que no sólo no sabía adonde debía ir, sino que tampoco importaba. Guenshed no iba a dormir: de esto estaba seguro. Sólo podía alejarse gateando, inerte, por la selva y pasar hambre hasta que los soldados lo encontraran, o quedarse a esperar la luz del día y la voluntad de Guenshed. Un buey que llevan al matadero ¿puede elegir el camino de la derecha o el de la izquierda? «Llevaremos al muchacho». Pero Guenshed no lo iba a llevar a él, a Kelderek, del otro lado del Telthearna... No había ningún provecho en hacerlo. Y si no lo mataba, lo iba a dejar en la orilla para que lo tomaran los soldados.

Una horrible desesperación se apoderó de él. Poniéndose de pie, extendió los brazos, escudriñando en lo oscuro y tratando de distinguir la forma de las ruinas que lo rodeaban. Logró percibir algo: una forma oscura sobre su derecha, baja, pero discernible contra lo que parecía un hueco entre los árboles. Se agachó, se arrodilló y trató de verla más claramente contra el cielo. Mientras lo hacía, la masa se movió y, al mismo tiempo, llegó a sus narices un olor que le trajo inmediatamente el recuerdo de la paja, de las antorchas humeantes, y las arcadas de ladrillo de la Casa del Rey en Bekla: el olor rancio y fétido del oso.

Por un largo momento le pareció a Kelderek que ya debía estar muerto. El estanque y la trepsis los había aceptado como una premonición de su muerte. Que Guenshed supiera quien era él, que lo hubiera sabido desde un principio y tuviera la intención, si se presentaba la oportunidad, de sacar ganancia de él entregándolo a la muerte, esto lo había golpeado plenamente, con el sentido de desolación que siempre acompaña al descubrimiento de lo que creíamos estaba oculto y, en realidad, era conocido todo el tiempo por nuestro enemigo. Ahora, en medio de esto, en su último extremo, invisible, inaudible, Shardik, había surgido de las extensiones de la selva, Shardik, al que él había visto muy lejos en el Sur tres días antes. A Kelderek no se le ocurrió preguntarse si había llegado para vengarse o por compasión. Sencillamente el terror de lo increíble inundó su mente deshecha.

Nuevamente el bulto oscuro se movió contra el cielo, y ahora un gruñido sordo mostró que estaba cerca, más cerca que lo que había parecido, a unos pasos de distancia. Kelderek, apretándose contra la pared del refugio de los traficantes de esclavos se cubrió la cara con las manos, gimoteando de terror.

Al hacerlo, un horrendo aullido se oyó dentro. Fue seguido por otro y otro, por maldiciones, golpes, el ruido de algún objeto pesado sacudido contra el suelo, de

luchas convulsivas y, finalmente, un jadeo largo y sofocado. La capa que cubría la abertura fue tirada a un lado y se pudo ver la luz del fuego, que iluminó por un instante dos ojos rojos y brillantes en lo oscuro y una forma negra, grande, que giró y se tambaleó alejándose, desapareciendo entre las paredes desmoronadas. Luego volvió el silencio, interrumpido tan sólo por un sonido arrastrado, brusco, que finalmente cesó, y el jadeo penoso de alguien que termina su tarea ajustando la capa al hueco de la puerta. La luz del fuego quedó tapada y Kelderek, consciente tan sólo de que Shardik se había ido y que él estaba vivo, se arrastró hasta el primer surco que encontró y allí se echó, no sabiendo si estaba dormido o despierto.

La roca hendida

Por debajo de la primera luz que se insinuaba por el cielo, el río resplandecía con un gris turbio y mate: la superficie era tersa y el fluir imperceptible desde las alturas de donde vuelan los gansos migratorios en su viaje hacia el Norte. Al Sur de la quebrada de Linsho la selva estaba inmóvil, cubriendo como una piel lanuda el cuerpo de la tierra de la que nacía. El vuelo súbito de algún pájaro no turbaba aún el sosiego. Ni una brisa se movía, ni un reflejo de luz se veía en los árboles. Las alas de las grandes mariposas estaban apretadamente plegadas.

El cuerpo de Lalloc yacía fuera del zaguán en donde había trastabillado, con el cuchillo de Guenshed clavado en la espalda. Los pies habían tropezado en el escalón y las rodillas, al caer, se habían hundido en la tierra blanda por el peso del voluminoso cuerpo. Los brazos estaban extendidos hacia adelante, uno sobre el suelo, con la palma hacia abajo y los dedos metidos en la tierra, como cavándola, el otro estaba tendido como un brazo de nadador, aunque rígido por la muerte. La cabeza estaba ladeada y la boca abierta. Dos tajos profundos habían arrancado casi la mejilla izquierda, que caía debajo del mentón como un colgajo sangriento, dejando ver los dientes astillados y apretados. La ropa estaba tan empapada en sangre, tanto vieja como reciente, que apenas retenía otro color. Guenshed estaba arrodillado junto al estanque, lavándose los brazos en el agua y limpiándose las uñas con la punta de su cuchillo. Su morral yacía abierto sobre el suelo, detrás de él, y había puesto fuera dos o tres grilletes de talón. Otras diversas piezas de metal estaban apartadas, a un lado, con la evidente intención de abandonarlas. Después de cerrar el morral aligerado y echárselo a la espalda, ajustó la cuerda al arco, se metió cinco o seis flechas en el cinturón y reanimó el fuego que ardía bajo la marmita, todavía rampante, agregando hojarasca y ramas verdes.

Sus movimientos eran silenciosos y, de cuando en cuando, se detenía con aire incierto y se ponía a escuchar a la media luz los rumores de la selva que despertaba. Cuando oyó un débil rumor de pasos en la maleza que estaba más allá del estanque, se puso inmediatamente a un lado y, con una flecha ya lista en el arco, acechó. En ese momento Sháuter emergió de entre los árboles.

Guenshed bajó el arco y caminó hacia donde estaba el muchacho, que se había puesto a mirar el cuerpo muerto sobre el suelo. Sháuter se dio vuelta, sobresaltado, y retrocedió, llevándose una mano a la boca.

—¿Conque trataste de hacer una caminata por la noche, Sháuter? ¿No? —dijo Guenshed, casi en un susurro—. ¿Viste algunos soldados?

Era claro que Sháuter estaba a medias atontado, tal vez de miedo, tal vez de hambre, tal vez de falta de sueño, tal vez de las tres cosas. Aunque intentó contestar,

por unos instantes no logró articular nada inteligible. Finalmente dijo:

—Bien, bien; pero ¿volví o no? ¡Quiero esta mierda de vida! ¿O no?

—¿De modo que es por eso que volviste? —dijo Guenshed, mirándolo con una especie de curiosidad reticente.

—Claro que he vuelto —gritó Sháuter—. En la selva... allá... —Se calló haciendo una señal hacia la espesura—. Eso no es un ser vivo —exclamó—. Vino por ti... lo han mandado para ti... —se incorporó sobre las rodillas—. ¡No fui yo quien mató a Kevennat! ¡Fuiste tú!

Ya no fue capaz de contenerse y miró rápidamente por encima del hombro.

—Esa cosa, ese ser... si es un ser y no un diablo... Era más grande que esa roca, te digo. Cuando marchaba, movía el suelo, casi tropecé con él en lo oscuro. ¡Si habré corrido! ...

—¿Es por eso que volviste? —repitió Guenshed, después de una pausa. Sháuter asintió. Luego, volviendo a ponerse lentamente de pie, miró de nuevo el cuerpo y dijo con indiferencia:

—Tú lo mataste, ¿no?

—No nos servía de nada, ¿verdad? —dijo Guenshed—. Si nos encontraban en compañía de él, todo estaba terminado. Pero le saqué la plata. Vamos. Ponlos en marcha.

—¿Los llevas a ellos? —preguntó Sháuter sorprendido. ¡Por amor de Dios! ¿Por qué no nos echamos a correr? ¡A cualquier parte!...

—Levántalos —dijo Guenshed—. Ponles a todos la cadena, muñeca a muñeca, y mantenlos en orden mientras lo haces.

Su dominio llenó el lugar como el agua en una inundación desarraigando y ahogando todas las otras voluntades. Aquellos niños que, mareados por el hambre y las privaciones, habían pasado la noche entre las ruinas, ahora, incapaces de pensar en huir o en esconderse, obedecieron a Sháuter como lo habían obedecido desde hacía ya tanto tiempo, sintiendo que emanaba de Guenshed, mientras avanzaban a tumbos por el campo abierto, un poder más maligno que el que nunca había mostrado. Ahora, cuando su suerte se había derrumbado, cuando su crueldad había quedado ya libre de las restricciones que había impuesto hasta ahora la esperanza del lucro, marchó entre ellos lleno de una excitación intensa, con los ojos brillantes, y ellos, horrorizados, se estremecieron. Kelderek, saliendo a gatas del surco en donde se había tirado, sintió que este mismo poder lo hacía ponerse de pie y luego, con pasos tambaleantes, lo hacía acercarse hasta el borde del estanque, donde Guenshed estaba de pie esperándolo. Enterado de la voluntad de Guenshed, permaneció en silencio hasta que Sháuter lo encadenó, engrillándolo por la muñeca a un niño de pelo liso, cuyos ojos se movían sin cesar. Este niño, a su vez, estaba encadenado a otro y así sucesivamente, hasta que todos quedaron eslabonados. Kelderek no se sorprendió

ni de que Sháuter hubiera vuelto ni de que Lalloc hubiera encontrado su fin. Estas cosas, comprendía ahora, no necesitaban explicación. Ellos y todo el resto —el hambre, la enfermedad, el dolor y las penurias— ocurrían porque la voluntad de Guenshed era esa.

Sháuter levantó la mirada después de afirmar el último grillo, asintió con la cabeza y retrocedió. Guenshed tanteando la punta de su cuchillo, sonreía en la luz del día, que se intensificaba.

—Bueno —dijo por último Sháuter— ¿nos ponemos en marcha?

—Trae a Radu —contestó Guenshed, señalando con el dedo.

En torno a ellos los rumores de la selva aumentaban: chillidos de pájaros y zumbidos de insectos. Uno de los niños vaciló sobre sus pies, se aferró al compañero que tenía al lado y luego cayó, arrastrando a otros dos más don él. Guenshed no los tomó en cuenta y los niños siguieron en el suelo.

Radu estaba de pie junto a Kelderek. Mirando de reojo, Kelderek vio que la postura del jovencito expresaba el miedo del que había hablado el día anterior. Los hombros estaban agachados, las manos se aferraban al cuerpo y los labios estaban muy apretados.

—Buenos días, Radu —dijo Guenshed cortésmente.

El verdugo vulgar, a quien le ha sido entregado alguien que fue en un tiempo un refinado caballero, ahora pálido de terror, quebrado y condenado, no puede excluir de su trabajo cierto deleite personal y una inclinación natural a tomar las cosas a chacota.

—Ten la bondad de acompañar a Sháuter, Radu —dijo Guenshed—. Te ruego, pon ese cadáver donde nadie lo vea.

—¡Qué mierda! ¿Hasta cuándo? —gritó Sháuter, pero encontró la mirada de Guenshed y se calló. Kelderek, dando vuelta la cabeza con el permiso tácito de Guenshed, observó a los dos muchachos que se esforzaron por levantar el cadáver corpulento, manchado de sangre y que lo llevaron (y en parte arrastraron) a través del umbral en el que había caído Lalloc antes de morir.

Cuando volvieron, Guenshed dio un paso hacia adelante y tomó suavemente a Radu de los hombros.

—Radu —dijo con una especie de alegría serena—, ve y trae a Shara aquí. ¡No te demores!

Radu lo miró a través de los dedos de sus manos.

—¡No puede moverse! ¡Está enferma! ¡Quizá esté muriendo! —hizo una pausa y luego gritó—: ¡Tú lo sabes muy bien!

—Tranquilo, tranquilo —dijo Guenshed—. Ve y tráela, Radu.

—Ve a traerla, Radu —repitió Guenshed, muy sereno.

Kelderek oyó el llanto de Shara antes de ver a Radu, que la traía en brazos. Shara

se debatía y el muchacho apenas la podía sostener. Su voz, mientras trataba de tranquilizarla y consolarla, apenas se oía por encima del llanto asustado y casi delirante de ella.

—¡Radu, Radu, déjame, Radu! ¡No quiero ir a Leg-bai-lí!

—Tranquila, querida, tranquila —decía Radu, agarrándola torpemente en el momento en que trataba de serenarla—. Volvemos a casa. ¿Te acuerdas que te lo prometí?

—Me duele —dijo la niña llorando—. Vete, Radu; me duele.

Miró a Guenshed sin reconocerlo: su propia mugre la cubría como cubren los cascotes las calles de una ciudad derrumbada. Saliva sucia le bajaba por el mentón y se escarbaba con gesto débil los mocos secos pegados a los hoyos de la nariz. De repente gritó de nuevo, sin duda dolorida, y un chorro delgado de orina, empañada y blancuzca como leche, mojó los brazos del muchacho.

—Vamos, vamos; dámela, Radu —dijo Guenshed, tendiendo las manos.

Kelderek levantó la mirada y vio los ojos de Guenshed, brillantes y voraces como los de una gigantesca anguila, a cada lado de su boca abierta.

—Hace demasiado ruido —dijo Guenshed en voz baja, lamiéndose los labios—. Dámela, Radu.

En el instante en que Kelderek intentó dar un paso adelante, comprendió que Radu se había negado a obedecer a Guenshed. Sintió el brusco tirón de la cadena en la muñeca y oyó la palabrota que dijo el niño a quien estaba atado. Simultáneamente, Radu se dio vuelta y, con la cabeza de Shara apoyada blandamente en su hombro, empezó a alejarse.

—No, no, Radu —dijo Guenshed, con la misma voz tranquila—. Ven aquí.

Radu no le hizo caso y siguió avanzando, con la cabeza inclinada sobre su caiga.

Guenshed emitió un gruñido, extrajo su cuchillo y lo lanzó contra el muchacho. No dio en el blanco y Guenshed se precipitó sobre él, le arrancó a la niña de los brazos y le dio un golpe que lo tiró al suelo. Por un instante permaneció inmóvil, sosteniendo a Shara entre las manos. Luego le clavó los dientes en un brazo y, antes de que pudiera gritar, la tiró dentro del estanque. Sháuter que corrió hacia ellos, fue puesto de lado, y Guenshed saltó detrás de la niña dentro del agua.

El cuerpo de Shara rompió la superficie del estanque con un chasquido brusco. Se sumergió pero, en seguida, levantando la cabeza, se incorporó, arrodillándose en el agua playa. Kelderek vio que levantaba los puños y, como una criatura de meses, tragaba aire para gritar. Cuando gritó, Guenshed avanzó en el agua, la tiró hacia atrás y la sumergió, pisoteándola. Poniendo un pie sobre el pescuezo de la niña, miró en derredor y se puso a rascarse los hombros, mientras la conmoción primero de las olas y luego de las ondas, se fue aplacando. Antes de que se tranquilizara el agua, Shara, apretada entre el pedregullo y los guijarros de colores del fondo, había cesado ya de

luchar.

Guenshed salió del estanque y el cuerpo, con la cara vuelta hacia arriba, se elevó a la superficie; los cabellos, oscurecidos por el agua, flotaban alrededor de la cabeza. Guenshed marchó velozmente hasta el punto donde Radu yacía en el suelo, lo obligó a ponerse de pie, recogió el cuchillo y luego, haciendo sonar sus dedos para Sháuter, señaló colina abajo, hacia el río. Kelderek oyó el jadeo del adolescente cuando se daba prisa por ponerse a la cabeza de la columna.

—Vamos, vamos —mascullaba Sháuter—, vamos antes de que nos mate a todos. ¡En marcha, vamos, en marcha!

Por sí solos; los niños no habrían podido dar ni cien pasos, no habrían podido sentarse derechos en un banco o quitarse los harapos infectados de bichos. Invalidados, enfermos, hambrientos, apenas conscientes de lo que los rodeaba, sabían sin embargo que estaban en las manos de Guenshed. Era él quien tenía poder de hacer caminar a los cojos, hacer marchar a los enfermos y lograr que los hambrientos se sobrepusieran a su debilidad. Ellos no lo habían elegido a él, sino que él los había elegido. Sin él no podían hacer nada, pero ahora él habitaba en ellos y ellos en él. Él había vencido al mundo, de tal modo que la vida se había convertido en algo sencillo, sin distracciones, que consistía en avanzar, siguiendo la voluntad de él, hasta la meta que él había señalado.

Kelderek, tambaleándose colina abajo, entre los árboles, no podía sentir más que el resto. «La niña ha muerto», pensaba. «Guenshed la mató». Bueno, estas cosas se han vuelto corrientes entre nosotros, y con esto puedo estar seguro de que mi propia maldad ha completado su obra en mí. Si aún quedara en mi un corazón, ¿no tendría que llorar por esto? Pero no quiero nada, salvo el evitar nuevos dolores.

El cuerpo de Bled yacía oculto a medias por la maleza. Había señales de violencia a su alrededor: tierra removida y ramas rotas. Los ojos estaban abiertos, pero en la muerte el brillo demencial los había abandonado, y los miembros ya no remantaban la posición agazapada. Eran estos los que aumentaban el aparente tamaño de Bled, como una araña viva es magnificada en la mirada de quienes la temen por su vigilante atención y la posibilidad de correr repentina y velozmente sobre sus patas arqueadas. Ahora Bled tenía el aspecto de una araña muerta: pequeño, feo e inofensivo. Sí, y también repulsivo, porque un lado de la cabeza había sido aplastado y el cuerpo se veía flojo y flácido, como si hubiera sido estrujado por la mano de un gigante. Del lado izquierdo el jubón estaba desgarrado y la carne al descubierto estaba lacerada por cinco tajos paralelos, separados y profundos.

Aun en el caso de haber estado más afiebrado, más débil, Kelderek no habría dejado de reconocer las huellas que estaban junto al cadáver. Eran tenues, porque el suelo estaba cubierto de musgo y enredaderas, pero aun en el caso de haber sido más tenues, él no habría dejado de reconocerlas. La muerte del muchacho debía ser

reciente: a lo sumo dos horas, y consciente de esto hizo una señal a los niños para que guardaran silencio y se puso a escuchar atentamente.

Sin embargo, no pudo acallar a Sháuter, que se tiró al suelo, presa de supersticioso terror. Guenshed, que se acercó con Radu, que tenía la cintura atada con una cadena, apenas logró hacerlo poner de pie.

—Mierda, mierda —decía el adolescente, debatiéndose—. Te lo dije. ¿No te lo dije? Es el diablo, Guenshed. ¡Ha venido a buscarnos a todos! Te digo que lo vi, los vi en lo oscuro...

Guenshed lo abofeteó y Sháuter cayó encima de Radu, que estaba quieto como un poste y miraba sin ver delante de él mientras Sháuter mascullaba aleo, babeándose y tratando de asirse de sus manos. Kelderek, a quien le parecía muy posible que Shardik estuviera bastante cerca para oír, observó a Guenshed con la intención de averiguar si prestaba atención a las huellas o las reconocía por lo que eran. Tenía la esperanza de que no se diera cuenta y las primeras palabras de Guenshed le demostraron que efectivamente estaba en lo cierto.

—Parece que lo agarró algún animal —dijo Guenshed—. Es lo que se merece por esconderse y tratar de huir en lo oscuro. Bueno, reanímate, Sháuter; te voy a dar una oportunidad. Voy a ser bueno contigo, Sháuter. Aquí no hay ningún diablo, no eres nada mas que un tonto, es de los ikats que tienes que cuidarte. Ahora tenemos que actuar sin demora. ¿Entiendes? Tú ve ahora a la izquierda, tan lejos como puedas, es de ese lado que van a venir. Si husmeas alguna llegada, ve a esa roca que está sobre la orilla, esa que tiene una hendidura, ¿ves? Allí estaré yo. Si tienes intenciones de entregarte a los ikats, es mejor que no lo hagas. Te van a ahorcar de un árbol antes de que puedas chillar. ¿Entendido?

Sháuter hizo una señal de asentimiento y, ante otro gesto de Guenshed, tomó la dirección de la izquierda, siguiendo una línea paralela a la orilla del Telthearna, que ahora era visible debajo, con sus aguas verdes que reflejaban las copas de los árboles.

Monte abajo; cada palpitación del pulso era una punzada dolorosa detrás de los globos de los ojos, apretaba una mano contra un ojo, el gozne de la cadena le cortaba las muñecas y la visión era nublada por el mismo esfuerzo que hacía por ver. Monte abajo; y un susurro de llanto, como el llanto de una niña; debía ser una ilusión. No llores, Melathys, querida mía, no llores por mi muerte. ¿Adónde habrás de ir ahora? ¿Qué será de ti? ¿Llegaron alguna vez los soldados a Zeray? Un mensaje... pero él nunca me entregará a los soldados, antes me va a matar con sus propias manos. El Señor Shardik... Después de todo, moriré antes que el Señor Shardik... Nunca conoceré el gran propósito por el que Dios solicitaba su muerte. Lo traicioné... Tenía intenciones de matarlo. Melathys de Quiso, Melathys que jugaba con la espada del Barón. No podíamos esperar misericordia: un hombre común y una mujer lanzados a cosas demasiado grandes para ellos. ¡Si hubiera escuchado a la Tuguinda en el

camino de Guelt! Perdóname, Säiyet, dentro de una hora estaré muerto. Si la niña pudo morir, también puedo morir yo. He sido yo quien hizo posible el trabajo de este hombre cruel, he sido yo quien trajo a Lalloc y a la gente como él a Bekla.

Monte abajo; no resbales, no arrastres la cadena. El sol debe haber salido, deslumbra ahora sobre las aguas, refulge bajo los árboles. El dolor me atraviesa la mano, desde el dedo herido. Conduje a centenares a la desdicha y la muerte, y la Tuguinda podría haberlos salvado a todos. Le temía a Ta-Kominion, pero ahora ya es demasiado tarde. Es Radu, es Radu que llora, Guenshed lo ha quebrado, finalmente. Seguiré viviendo para asesinar a otros niños, estará del otro lado del río cuando los soldados encuentren a la niña en el estanque. ¿Lo viste, Dios? ¿Ves cómo sufren los niños? Antes a mí me llamaban Kelderek-juega-con-los-Niños. ¿Por qué manifestaste el Señor Shardik a un hombre como yo, que no hizo más que traicionarlo a él y derrotar Tu propósito?

La maleza se ponía más espesa cerca del río. Kelderek se detuvo, vacilante, y Guenshed lo alcanzó: llevaba el arco en una mano y en la otra tenía a Radu, sujeto por el hombro. El muchacho estaba amordazado con un pedazo de soga. La cabeza de Radu caía sobre el pecho y los brazos colgaban a los lados. Guenshed empezó a moverse a través de la maleza, en dirección a la orilla, haciendo señas a Kelderek y los niños para que los siguieran en silencio.

Kelderek salió a la orilla. El sol, sobre las aguas, resplandeció en sus ojos. Inmediatamente llegó a una bahía pequeña, una especie de ría semicircular rodeada por un barranco empinado, de tal vez dos veces la altura de un hombre. En el borde la maleza había sido cortada en profundidad, unos dos o tres pasos para formar un camino que, a cada lado de la ría, llevaba a la orilla. A unos pocos metros a la derecha, formando ángulo recto con este camino y obstruyéndolo a medias, estaba la roca alta y hendida que Guenshed había contemplado desde la selva de arriba. A la izquierda de ellos, amarrada a la orilla de la ría, había una canoa con redes, arpones y otros enseres de pesca. Pero a cierta distancia de la canoa podía divisarse, entre los árboles, un grupo de cabañas y el humo que se levantaba de algunas.

—¡Mierda! —murmuró Guenshed, echando una rápida mirada entre los árboles—. ¡Ya tenemos la cosa!

Desde la selva llegó de repente un llamado alto, dulcísimo, casi humano en su claridad consonántica. Un instante después un relámpago de púrpura y oro refulgió entre los árboles. Era un pájaro de colores tan vivos a la luz del sol que incluso los niños hambrientos y afiebrados lo miraron maravillados.

—¡Kynat! —cantó el pájaro—. ¡Kynat chrrr-ak! ¡Kynat, Kynat dirá!

El plumón azafrañado de la parte interna de las alas, brillante como un fuego de alquimista, se mostraba y ocultaba alternativamente al volar el ave. Trazó unos círculos sobre la ría, revoloteó un momento, desplegó el oro ribeteado de su cola y

luego se posó en la proa del bote amarrado.

«¡Kynat dirá!» cantó mirando alerta, con ojos brillantes, a los seres miserables y famélicos, que estaban en la orilla, como si tuviera la intención de darles a ellos y a nadie más su mensaje. Kelderek, al oír la llamada del pájaro, levantó la mirada, buscándolo, pero sólo pudo ver unos grises y unos verdes que giraban, manchados por los rayos dorados de la luz del sol. Luego, cuando el pájaro cantó de nuevo, vio el patio en Zeray y vio a Melathys que se asomaba entre los postigos. Mientras él la contemplaba, ella desaparecía, y a él le pareció verse a sí mismo marchando por los bosques oscuros, y sus lágrimas, que caían de risco en risco, desaparecían finalmente en una extrema oscuridad más vieja que el mundo.

—¡Kynat, dirá! —dijo el pájaro, Y Kelderek volviendo en sí, lo vio posado cerca, por encima del agua, y vio a Guenshed de pie con el arco tendido y una flecha que apuntaba a la cabeza. Con un movimiento repentino y pesado, como el de un leño calcinado que se derrumba en el fuego, se lanzó hacia adelante: la cadena se puso tensa y cayó sobre Guenshed en el instante en que éste disparaba. La flecha desviada raspó la proa de la cadena, haciendo que se balanceara y girara hacia el punto de amarra, de modo que se formaron ondas en el estanque. El pájaro, abriendo sus fabulosas alas, se levantó por los aires y se alejó volando río abajo.

—¡Dan cuatrocientos meld por ellos! —gritó Guenshed. Luego, frotándose la muñeca izquierda en el punto en donde había recibido el latigazo de la cuerda del arco, dijo muy tranquilamente:

—Oh, señor Créndrik, tengo que reservarte un tiempo especial, ¿verdad? Es algo que tengo que hacer.

Había en él ahora una exaltación confiada, más temible aunque su crueldad; la exaltación del ladrón que se da cuenta que no hay nadie en la casa, salvo una mujer indefensa, a la que puede violar y además robar. El dinero de Lalloch estaba seguro en su cinturón y, encadenado a su muñeca, tenía un rehén de esclavos. A sus pies, indefenso pero no insensible, por suerte, yacía el hombre que una vez le había negado una licencia comercial en Bekla.

Con la celeridad y la destreza de una larga práctica, Guenshed soltó a Kelderek y a Radu y, alargando sus cadenas con otra que hizo pasar a través del agujero de las orejas, los ató a un árbol. Kelderek se puso en cuclillas, mirando fijamente al agua y no dando ninguna señal de estar enterado de lo que estaba pasando. Luego el traficante, haciendo sonar sus dedos por última vez, llevó a los niños a lo largo del camino que estaba a su izquierda, hasta uno de los extremos de la ría.

La canoa estaba amarrada a una gran piedra agujereada, como las que usan los pescadores a guisa de ancla. Guenshed, agachándose, puso primero su mochila a bordo y después dos paletas que estaban tiradas en la orilla. Por último pasó la cadena a través de la piedra-ancla y la ató a la muñeca del niño que tenía más cerca.

Completadas sus preparaciones, dejó a los niños y subió velozmente la cuesta.

En el momento en que llegaba junto a Radu y Kelderek, Sháuter salió de entre la maleza, como una exhalación. Mirando en derredor con aire enloquecido, corrió hasta donde estaba Guenshed, con un cuchillo en la mano.

—¡Los ikats, Guenshed, los ikats! ¡Han formado una columna y vienen por el bosque! ¡Deben haber empezado a buscarnos al amanecer!

—¿Cuánto tardarán en llegar aquí? —preguntó Guenshed fríamente.

—Se toman su tiempo, andan husmeando por todas partes, se meten en la maleza; pero ¡van a estar aquí muy pronto puedes estar seguro!

Guenshed no contestó, pero, volviéndose hacia Kelderek y Radu, los soltó y sopló las varitas y las hojas encendidas del brasero que siempre llevaba consigo. Luego puso encima la punta de su cuchillo.

—Ahora, Radu, escúchame —dijo—. En primer lugar; vas a meter este cuchillo en los ojos del señor Crendrik... en los dos ojos. Si no lo haces, yo te haré a ti lo mismo. ¿Entendido? Después de esto vendrás conmigo, soltarás la piedra de amarre y la echarás al agua. En esa forma dejaremos arreglado al grupito que queda atrás. Después tú y yo y Sháuter, si no cambio de idea, podemos emprender la marcha. No hay mucho tiempo, de modo que date prisa.

Asió a Kelderek por el hombro y lo forzó a arrodillarse a los pies de Radu. Este, siempre amordazado, dejó caer el cuchillo que Guenshed le había puesto en la mano. El cuchillo se clavó en el suelo, soltando una voluta de humo que provenía de algún fragmento al rojo. Guenshed, después de recogerlo y calentarlo de nuevo, se lo volvió a dar a Radu y, al mismo tiempo, le torció el brazo izquierdo detrás de la espalda, arrancándole la mordaza y tirándola al agua.

—¡Por amor de Dios! —gritó Sháuter, desesperado—. ¡Te digo que no tenemos tiempo para estos juegos, Guenshed! ¿No puedes esperar a que lleguemos a Terekenalt para divertirme? ¡Los ikats, los ikats vienen! ¡Mata a ese hijo de puta, si lo piensas hacer!, pero ¡vamos de una vez!

—¡Mata toda esa mierda! —murmuró Guenshed, estático—. Vamos Radu, hazlo. Hazlo, Radu. Te guiaré la mano, si quieres, pero lo vas a hacer.

Como en medio de un trance, privado de su voluntad, Radu, ya había levantado el cuchillo cuando, de repente, con un movimiento convulsivo, logró soltarse de los brazos de Guenshed.

—¡No! —gritó—. ¡Kelderek!

Como despertado por el grito, Kelderek se puso lentamente de pie. Tema la mandíbula colgante y puso su mano, con la uña partida de un dedo, cubierta con una costra mugrienta e hinchada, por delante en un débil gesto de defensa. Después de un instante, mirando a Guenshed pero hablando con incertidumbre como dirigiéndose a otro, dijo:

—Será como Dios lo quiere, señor. El asunto es más importante que tu cuchillo.

Guenshed le quitó el cuchillo a Radu y le dio una cuchillada que le abrió una larga herida en el brazo. Radu quedó en silencio y quieto donde estaba.

—¡Oh, Crendrik! —dijo Guenshed, asiéndolo de la muñeca y levantando nuevamente el cuchillo.

—¡Crendrik de Bekla!

—Mi nombre no es Crendrik: es Kelderek Juega-con-los-Niños. Deja en paz a ese niño.

Guenshed golpeo por segunda vez. La punta del cuchillo entró entre los huesos pequeños del codo y lo hizo caer una vez más de rodillas, mientras intentaba inútilmente golpear a Guenshed. En el mismo instante Sháuter, profiriendo un grito, hizo una señal, indicando el borde de la selva.

A mitad de la distancia entre los niños amarrados a la piedra y el punto más alto, donde estaba de pie Guenshed, sobre el centro de la ría, la maleza se abrió y una rama voluminosa cayó sobre el camino, rodó y resbaló lentamente hasta el agua. Un momento después la abertura se hizo más grande aún y dejó ver el cuerpo de un ser enorme y lanudo. Shardik estaba de pie en el barranco; mirando a los cuatro seres humanos que estaban más arriba.

Ah, Señor Shardik: supremo, divino, enviado por Dios desde el fuego y el agua. ¡Señor Shardik de los Arrecifes! ¡Tú, que despertaste entre las trepsis de los bosques de Ortelga, y caíste prisionero de la avidez y la maldad del corazón del Hombre! ¡Shardik el victorioso, el prisionero de Bekla, señor de las heridas sangrientas! ¡Tú, que atravesaste el llano, que retornaste vivo de los Estreles, Señor Shardik de la selva y la montaña, Shardik del Telthearna! ¿También tú has sufrido hasta la muerte como un niño indefenso en manos de hombres crueles, cuando la muerte no quiere venir? ¡Señor Shardik: sálvanos! Por tus heridas que queman como fuego y se pudren, por haber cruzado a nado el profundo río, por el trance hipnótico y por tu salvaje victoria, por la larga prisión y el largo y vano viaje, por tu pasión, tu dolor, tu desvalimiento y la amargura de tu sagrada muerte: ¡salva a tus hijos, que te temen y no te conocen! ¡Entre los helechos y las rocas y el río, por la belleza del Kynat y la sabiduría de los Arrecifes, escúchanos, mancillados y perdidos, que hemos apurado tu vida y que te llamamos! ¡Muramos, Señor Shardik, muramos contigo, pero salva a tus niños de este hombre malvado!

Era evidente que el oso estaba cerca de la muerte. Su enorme cuerpo, deformado y enflaquecido por las privaciones, no era nada más que huesos y piel sarnosa. Una garra colgaba, rota y hendida, y esto formaba parte sin duda de una herida más grave en la pata, que manejaba torpemente y levantaba al marchar. El hocico reseco y los labios estaban partidos y la cara deformada sugería una especie de fusión o desintegración de los rasgos. El cuerpo gigantesco, que la vida ya estaba

abandonando, era como una pajarera en ruinas de la que han huido los pájaros vistosos, y en la que los pocos que quedan sólo sirven para intensificar la sensación de pérdida y tristeza en el corazón de quienes la ven.

El oso había sido sorprendido, al parecer, por alguna alarma en la selva que dejaba detrás, pues después de dar vuelta la cabeza a uno y otro lado, cojeó junto al borde del estanque, como si quisiera continuar huyendo de algo. Cuando se acercó a los niños, estos retrocedieron chillando de terror y él en ese instante se detuvo, se dio vuelta, pasó junto al lugar de donde había emergido y dio unos pasos vacilantes por el barranco. Sháuter, enloquecido de terror, se puso a romper las enredaderas espesas y las plantas pinchudas que estaban al lado, pero no logró abrirse paso y cayó al suelo.

—¡Maldición! —dijo Guenshed entre dientes—. Ya está medio muerto. ¡Vamos! —gritó como agitando los brazos como arriando ganado—. ¡Vamos! ¡Salgamos de aquí!

Dio un paso hacia adelante, pero en ese momento el oso recogió el labio, mostrándole los dientes, y se levantó, tambaleante, sobre sus patas traseras. Guenshed retrocedió.

—¿Por qué no corremos? —gimoteó Sháuter—. ¡Salgamos de aquí, Guenshed, por amor de Dios!

—¿Cómo? ¿Por eso? —dijo Guenshed—. ¿Dejar la canoa y todas las salidas que tenemos? Caeríamos de cabeza entre los ikats. Esta maldita bestia no nos va a asustar, no a esta hora del día. Te lo digo, ya está medio muerto. Sólo tenemos que matarlo, eso es todo.

Su arco seguía tirado donde lo había dejado después de disparar contra el Kynat y, recogéndolo, sacó una flecha de su cinturón. Kelderek, todavía de rodillas, desangrándose por un brazo, lo asió por el talón.

—¡No! —jadeó—. ¡Nos va a atacar! ¡Nos hará pedazos, créeme!

Guenshed le dio un golpe en la cara y Kelderek cayó de lado. En ese instante se oyeron voces lejanas en la selva: un hombre daba una orden y otro le contestaba.

—No temas —dijo Guenshed—, no te preocupes, hijo mío. Le meteré tres flechas dentro antes de que pueda pensar en venírseme al humo. Te diré; conozco una o dos cosas. No se va a abalanzar contra mí.

Sin sacarle al oso los ojos de encima, tanteó hacia atrás, arrancó una tira larga de los harapos de Radu y la ató rápidamente al asta de la flecha, un poco encima de la cabeza, dejando las dos puntas colgando, como una guirnalda o una cinta en los cabellos de una niña.

Al oír el rumor de voces, el oso se había puesto en cuatro patas. Por unos instantes se balanceó a uno y otro lado, pero luego, como si se sintiera débil, se paró y una vez más enfrentó al traficante en el camino.

—Sháuter —dijo Guenshed— ¡sopla ese brasero!

Sháuter, comprendiendo lo que Guenshed intentaba hacer, sopló el brasero hasta avivar el fuego y lo sostuvo con manos temblorosas.

—Tenlo quieto —susurró Guenshed.

La flecha ya estaba puesta en la cuerda y Guenshed bajó el arco para que uno de los extremos del trapo cayera dentro del brasero. El trapo ardió y, cuando la llama tomó cuerpo, Guenshed dobló el arco y tiró. La llama corrió hacia atrás y todo el eje, al parecer, ardió en el aire.

La flecha, se incrustó profundamente debajo del ojo izquierdo del oso, dejando pegado a la cara el harapo encendido. Con un aullido atroz, el animal retrocedió, llevándose las patas a su máscara de fuego. La piel seca prendió fuego y empezó a quemarse: primero las orejas, después una pata, luego el pecho, donde se habían incrustado fragmentos, del harapo incendiado. El animal golpeaba las llamas, gimoteando como un perro. Al retroceder unos pasos, Guenshed tiró de nuevo, y la segunda flecha entró en el hombro derecho, cerca del cuello.

Como fuera de sí, Kelderek volvió a ponerse de pie. Una vez más, tuvo la impresión de estar en la batalla al pie de los montes, rodeado por el griterío de los soldados, el pisoteo de los que huían, el olor del suelo removido. Lo cierto es que pudo ver ahora claramente delante de él a los soldados de Bekla, y en sus oídos sonaron los rugidos de Shardik en el instante de salir de entre los árboles. Shardik era una antorcha encendida que los iba a consumir a todos, una carga de fuego de la cual no había escape. La ira de Shardik llenaba la tierra y el cielo, la venganza de Shardik iba a quemar al enemigo y lo iba a hacer polvo. Vio que Guenshed se daba vuelta y corría por el camino y se metía con trabajo en la hendidura de la roca. Vio a Sháuter arrojado a un lado y a Radu que caía encima de él. Dio un salto y gritó:

—¡Shardik! ¡Shardik, el poder de Dios!

Shardik, con la flecha clavada en la cara, se acercó a la roca en que Guenshed se había metido. Sin agacharse, metió una pata ennegrecida en la hendidura. Guenshed la apuñaló y el oso, rugiendo, la retiró. Luego golpeó de nuevo y partió la roca en dos.

La parte de arriba de la roca se rajó como una cáscara de nuez y luego, cuando Shardik la golpeó de nuevo, se rompió en tres pedazos enormes, que se bambolearon y cayeron a las aguas de abajo. Una vez más golpeó, un golpe mortal: sus garras desgarraron la cabeza y los hombros del enemigo. Luego trastabilló y se aferró a la roca, temblando y lentamente se desplomó sobre la base hecha pedazos.

Kelderek y Radu, que contemplaban la escena, vieron una figura que salía gateando de la base de la hendidura. Radu gritó y, por un instante, la figura se volvió hacia él, como si pudiera oír. Tal vez podía, pero no tenía ojos ni cara, sólo una gran herida, una masa de carne sanguinolenta, salpicada con dientes y huesos rotos, en la cual no se podían distinguir rasgos humanos. De esta pulpa sanguinolenta salían

tenues gemidos, como los de un gato, pero sin palabras, pues no tenía boca, no había labios. Tropezó con un árbol y gritó atrozmente; al retroceder se vieron fragmentos de corteza y ramitas metidas en su máscara blanda y roja. Ciegamente levantó las manos ante el árbol, como si quisiera evitar los golpes de algún cruel torturador, pero no había nadie cerca. Luego dio tres pasos trabados, tropezó, y, sin emitir sonido alguno, cayó sobre el borde. El chasquido de la caída llegó desde abajo. Radu gateó hacia adelante y miró sobre el borde, pero nada se elevó hasta la superficie. La vaina del cuchillo flotaba en medio de sangre en el agua, y la trampa de moscas estaba deshecha junto a los pedazos de roca: esto fue todo lo que quedó del malvado y cruel traficante de esclavos, del hombre que se había vanagloriado de poder enloquecer a un niño de miedo, de un miedo peor que los golpes.

Kelderek se arrastró hasta la roca y se arrodilló al lado, llorando y golpeando la piedra. Una enorme pata, gruesa como un travesaño, colgaba junto a su cara. La tomó entre sus manos y gritó:

—¡Oh, Shardik, Shardik, Señor mío, perdóname!

¡Debí haber entrado a los Estreles por ti! ¡Ojalá hubiera muerto por ti! ¡Oh, Señor Shardik: no te mueras, no te mueras!

Levantando la mirada vio los dientes como tablillas, la boca con el labio recogido en un gesto inmóvil, las moscas que ya se paseaban por la lengua que salía, la pelambre ennegrecida y chamuscada hasta la carne, la flecha que estaba clavada en la cara. El hocico puntiagudo señalaba hacia el cielo, resaltaba como una cuña. Kelderek golpeó la roca con las manos, sollozando de desesperación. Una mano lo asió por el hombro y lo sacudió rudamente, despertándolo. Al levantar la cabeza reconoció que el hombre que estaba a su lado era un oficial del ejército yeldashay; las espigas de trigo de Sarkid estaban bordadas en un hombro. Detrás de él estaba su tryzat, joven y fogueado, con la espada a mano por cualquier emergencia y una expresión de sorpresa y desdén en la fiera mirada que contemplaba, sin comprender, el cadáver aplastado contra la roca y los tres vagabundos sucios que se arrastraban al pie.

—¿Quién eres? —dijo el oficial—. ¡Vamos, contéstame, hombre! ¿Qué estás haciendo aquí y por qué están estos niños encadenados a esa piedra? ¿Qué ibas a hacer?

Siguiéndole la mirada, Kelderek vio unos soldados que estaban junto a los niños en la ribera, y, un poco más lejos, entre los árboles, un grupo de aldeanos de pie, cuchicheando.

El oficial tenía olor a carnicería limpia: el olor que tiene el comedor de carne para el que no la come. Los soldados se paraban con tan poco esfuerzo como los árboles en primavera. Sus correas estaban aceitadas, sus arneses brillaban, sus ojos se movían velozmente a uno y otro lado, sus voces dominantes los unían como dioses que se

comunican tersamente entre ellos. Kelderek miró al oficial a la cara.

—Mi nombre es Kelderek-Juega-con-los-Niños —dijo tartamudeando—, y mi vida... y mi vida... Para los yeldashay, no tengo derecho a la vida. Estoy dispuesto a morir y sólo pido que se me permita enviar un último mensaje a Zeray.

—¿Qué quieres decir? —dijo el oficial—. ¿Por qué dices que no tienes derecho a la vida? ¿Eres el traficante de esclavos que cometió esos horrendos crímenes? Esos niños que encontramos en la selva... enfermos, hambrientos... muriéndose, por lo que pude ver... ¿Eso es obra tuya?

—No —dijo Kelderek—. No. Yo no soy el traficante de esclavos. Ha muerto, por el Poder de Dios.

—¿Quién eres, entonces?

—¿Yo? Soy... soy el gobernador de Bekla.

—¿Crendrik? ¿El rey de Bekla? ¿El sacerdote del oso?

Kelderek asintió con la cabeza y puso una mano sobre la inmensa piel que se levantaba como una pared por encima de él.

—El mismo. Pero el oso... el oso ya no os molestará más. Lo cierto es que él nunca os molestó. La molestia provino de hombres mal orientados y pecaminosos, y yo fui el peor de ellos. Di a tus soldados que no se burlen del que ha muerto. Era el Poder de Dios, que vino a los hombres, y los hombres hicieron befa de él. Y a Dios ha vuelto.

El oficial, desdeñoso y sorprendido, consideró que era mejor evitar la conversación con este pajarraco ensangrentado y mal oliente que hablaba de Dios y de sus ganas de morir. Se volvió hacia su trizat, pero al hacerlo otra figura lo tomó del brazo: un niño con el pelo apelmazado, el cuerpo enflaquecido, con las uñas negras y rotas y una cadena en sus talones. El niño lo miró con autoridad y dijo expresándose en perfecto yeldashay:

—No debes hacer daño a ese hombre, capitán. Envía, por favor, un mensajero a mi padre, dondequiera que esté, con la noticia de que nos han encontrado. Nosotros...

Se interrumpió y habría caído al suelo si el oficial, en el colmo de la perplejidad ahora, no lo hubiera sostenido por los hombros.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo. ¿A qué viene todo esto, eh? ¿Quién es tu padre y quién eres tú, si se puede saber?

—Soy... soy Radu, hijo de Elleroth, el Ban de Sarkid.

El oficial tuvo un sobresalto y, al tenerlo, soltó al muchacho, que cayó al suelo, aferrándose a la roca partida y sollozando:

—¡Shara! ¡Shara!

Libro VII

El poder de Dios

55

Tissarn

La boca seca. Resplandor de agua reflejado debajo de un techo de cañas y palos. Una luz crepuscular, roja y lenta. Una especie de tejido tosco, áspero contra el cuerpo. Un ruido pequeño, urgente, como de arañazos. ¿Un ratón cercano o algún hombre más lejos? Dolor, muchos dolores, no agudos, sino profundos y persistentes, el cuerpo sumergido en dolor, dedo, oreja, brazo, cabeza, estómago, la respiración entrecortada por el dolor. Reseco: vacío de hambre; la boca seca de sed. Y, sin embargo, una sensación de alivio, de estar en manos de gente que no iba a hacer daño. No sabía dónde estaba, pero sabía que ya no estaba con Guenshed. Guenshed estaba muerto. Shardik lo había destrozado y Shardik estaba muerto.

Los que lo rodeaban; esos —fueran quienes fueren— que se habían tomado el trabajo de ponerlo en la cama, sin duda iban a dejarlo allí por el momento. No podía pensar más, no podía pensar en el futuro. Dondequiera que estuviese, debía estar en manos de los yeldashay. Radu había hablado con el oficial. Tal vez no lo mataran, no sólo porque —y esto era muy vago, una intuición de tipo infantil de lo que era y no era posible— Radu había hablado con el oficial, sino también a causa de su desolación y sus sufrimientos. Se sentía investido, por sus sufrimientos, de una especie de inmunidad. No sabía qué iban a hacer con él, pero estaba seguro de que no iban a matarlo. Su mente se puso a vagar.

Con los ojos cerrados gimió, lamiendo sus labios secos, atormentado por el dolor como por moscas. Cuando abrió de nuevo los ojos —no por el deseo deliberado de ver, sino por el momentáneo alivio que el cambio iba a traer antes que el dolor lo venciera y nuevamente avanzara por su cuerpo— vio una vieja de pie junto a la cama, sosteniendo una vasija de barro con las dos manos. Él la señaló y después indicó su boca. Ella asintió, sonriendo, le puso la mano detrás de la cabeza y acercó la vasija a sus labios. Era agua. Él bebió y dijo sin aliento:

—Más —y ella asintió, se fue y regresó con la vasija llena. El agua era fresca y nueva, debía haberla sacado ahora mismo del río.

—¿Te sientes muy mal, pobre muchacho? —preguntó la mujer—. Debes descansar.

Él asintió y murmuró:

—Pero tengo hambre —y entonces se dio cuenta que la mujer había hablado en un dialecto parecido al ortelgano y que, sin darse cuenta él había contestado en ese idioma. Sonrió y dijo:

—Soy de Ortelga.

La mujer contestó:

—Gente del río, como nosotros —y señaló corriente arriba, según el supuso.

Procuró hablar de nuevo, pero la mujer meneó la cabeza, puso una mano suave y arrugada sobre su frente unos instantes y después se fue. Él quedó adormilado... Guenshed... Shardik muerto... ¿cuánto tiempo hacía?... Y después de un rato la mujer volvió con un bol de caldo hecho de pescado y alguna legumbre que él no conocía. Comió débilmente, como pudo, y ella pinchó los trozos de pescado con un palillo puntiagudo y se los dio, sosteniéndole la mano y chasqueando la lengua ante el dedo herido. Otra vez él pidió más, pero la mujer dijo:

—Más tarde, más tarde... no hay que comer mucho al principio... duerme ahora.

—¿Te quedarás aquí? —preguntó él, como un niño, y ella asintió. Después él señaló hacia la puerta y dijo—: ¿Soldados?

Ella asintió nuevamente y entonces él recordó a los niños. Pero, cuando intentó preguntar por ellos, ella volvió a repetir:

—Duerme ahora —y en verdad, con la sed apagada y la comida caliente en el estómago, le resultó fácil obedecerla, y se sumergió en las profundidades como una trucha entrevista que se aleja de los ojos del pescador.

Una vez despertó en la oscuridad y la vio sentada a la luz de una lamparita humeante, cuya llama brillaba verdosa a través de __ una pantalla de cañas delgadas. Nuevamente lo ayudó a beber y después a hacer sus necesidades, haciendo a un lado la vacilación y la vergüenza, de él.

—¿Por qué no duermes ahora? —murmuró él.

Y ella contestó sonriendo:

—Vamos, todavía no darás a luz —por lo que él coligió que la mujer debía ser la partera de la aldea. La broma le recordó nuevamente a los niños.

—¿Y los niños? —suplicó—. ¿Los niños esclavos? —pero ella volvió a apretar su mano suave y arrugada contra la frente de él.

—¿Sabes? Antes me llamaban Kelderek-Juega-con-los-Niños —dijo él. Después su cabeza giró... ¿acaso lo había narcotizado?... Y volvió a quedar dormido.

Cuando despertó comprendió que era de tarde. Tenía la cabeza más clara y se sintió más liviano, limpio, y algo menos dolorido. Iba a gritar llamando a la vieja cuando comprendió que había ya alguien sentado junto a la cama. Volvió la cabeza. Era Melathys.

Le clavó la mirada incrédulo, y ella sonrió con la expresión de alguien que ha traído un regalo costoso e inesperado a un amante o un amigo querido. Se llevó el dedo a los labios, pero, un momento después, viendo que aquello no serviría para contenerlo, se dejó caer de rodillas junto a la cama y puso su mano en la mano de él.

—Soy real —murmuró—, pero no debes excitarte. Estás enfermo... herido y exhausto. ¿Recuerdas lo mal que has estado?

Él no contestó, pero llevó la mano de ella a sus labios. Después de un rato, Melathys dijo:

—¿Recuerdas cómo llegaste aquí?

Él quiso menear la cabeza pero desistió, cerrando los ojos por el dolor. Después preguntó:

—¿Dónde estoy?

—Se llama Tissarn... es una aldea de pescadores, muy pequeña... más chica que Iak.

—¿Cerca... cerca de dónde...?

Ella asintió.

—Viniste aquí caminando... los soldados te trajeron. ¿No recuerdas?

—No recuerdo nada.

—Has dormido unas treinta horas. ¿Quieres volver a dormir?

—No, todavía no.

—¿Necesitas algo?

Él sonrió débilmente.

—Es mejor que me mandes a la vieja.

Ella se puso de pie.

—Si quieres... —pero después sonriendo por encima del hombro, dijo:

—Cuando llegué estabas asqueroso... como si alguien en Tissarn pudiera notar una cosa semejante. Te desnudé y te lavé de pies a cabeza. De todos modos, la mandaré, si prefieres.

—¿En ningún momento me desperté?

—Ella me dijo que te había dado una droga. También volví a vendarte el brazo. Lo habían apretado demasiado.

Más tarde, al caer la tarde y cuando los patos empezaron a chapotear y moverse, en los reflejos del techo —comprendió ahora que la choza debía estar suspendida sobre el agua— ella volvió para darle de comer y después se sentó junto a la cama. Estaba vestida como una mujer yeldashay, con un largo metían azul, sujeto debajo de los pechos que caía hasta los tobillos. El hombro estaba sujeto con un fino broche emblemático —las espigas de Sarkid, trabajadas en plata. Siguiendo su mirada ella rió, lo desprendió y lo puso sobre la cama.

—No, no he cambiado, amor. Es sólo otra parte de la historia. ¿Cómo te sientes ahora?

—Débil, pero menos dolorido. Cuéntame la historia. ¿Sabes que el Señor Shardik ha muerto?

Ella asintió.

—Me despertaron para que viera su cuerpo en la roca. ¿Qué puedo decir? Lloré por él. No hablemos de eso ahora... debes descansar y no inquietarte.

—¿Los yeldashay no piensan matarme, por lo tanto?

Ella meneó la cabeza.

—Puedes estar seguro de eso.

—¿Y la Tuguinda?

—Queda tranquilo y te contaré todo. Los yeldashay entraron en Zeray la mañana después de tu partida. Si te hubieran encontrado, sin duda te habrían matado. Registraron la ciudad buscándote. Fue misericordia de Dios que te hubieras ido cuando te fuiste.

—Y yo... yo lo maldije por esa misericordia. ¿Farrass los trajo, entonces?

—No, Farrass y Thrild... recibieron su merecido. Encontraron a los yeldashay a mitad de camino de Kabin, y éstos los trajeron de vuelta con la sospecha de que eran traficantes de esclavos que huían. Tuve que ir y hablar por ellos para que los yeldashay los liberaran.

—Comprendo. ¿Y tú?

—La casa del Barón quedó bajo el mando de un oficial del grupo de Elleroth... un hombre llamado Tan-Rion.

—Lo conocí en Kabin.

—Eso me dijo, pero ya te contaré luego. En el primer momento estuvo frío y poco amistoso, hasta que se enteró que la dama enferma era la Tuguinda de Quiso. Después puso todo lo que tenía a nuestra disposición... cabras, leche, aves y huevos. A los yeldashay parece irles muy bien en el campo, pero naturalmente vienen de Kabin, que creo que han exprimido hasta secarlo, dentro de lo que pude entender. Lo primero que Tan-Rion me dijo fue que se había hecho un armisticio con Bekla y que Santil-ke-Erketlis estaba negociando con Zelda y Gued-la-Dan en algún lugar no lejos de Thettit. Sigue allí, por lo que sé.

—Entonces... ¿para qué mandar tropas yeldashay al Vrako? ¿Por qué? —seguía con miedo.

—Deja de excitarte, querido. Quédate tranquilo y te explicaré. Sólo hay doscientos yeldashay de este lado del Vrako y Tan-Rion me dijo que Erketlis no sabía nada de eso hasta que dejaron Kabin. No fue él quien dio la orden, ¿sabes?

Hizo una pausa y Kelderek, obediente, no dijo una palabra.

—Elleroth dio la orden por iniciativa propia. Dijo a Erketlis que lo había hecho por dos motivos: primero, para rodear a los traficantes de esclavos fugitivos, particularmente a Lalloc y a Guenshed... los peores de todos, dijo, y estaba, decidido a atraparlos... y segundo para asegurarse de que alguien enfrentara a los deelguy si lograban cruzar el río. Sabía que habían empezado a preparar una balsa.

Hizo una nueva pausa y Kelderek siguió en silencio.

—Elstrit llegó a Ikat, ¿sabes? Sabía que podía hacerlo. Dio a Erketlis el mensaje del Barón, y parece que la idea de la balsa atrajo tanto al comandante de los deelguy que estaban con Erketlis que en seguida mandó un mensaje al rey de Deelguy sugiriendo que se enviaran pioneros a la banda oriental, para empezar a trabajar

frente a Zeray e iniciar la balsa. Creo que tenía la noción de que cualquier refuerzo enviado desde Deelguy para unirse al ejército podía evitar cruzar las montañas de Guelt. De todos modos, esos fueron los hombres que tú y yo vimos aquella tarde, cuando estábamos en el techo. Siguen allí, pero, cuando me fui, ninguno había cruzado el estrecho. La verdad es que no sé cómo van a hacerlo.

»Pero Elleroth tenía una tercera razón más importante, según me dijo Tan-Rion... más importante para él, de todos modos. Iba a buscar a su pobre hijo; y, si no lo encontraba, no sería por no buscarlo como era debido. Había ocho oficiales en total en la compañía Sarkid que entró en Zeray, y todos habían jurado a Elleroth, antes de salir de Kabin, que encontrarían a su hijo aunque tuvieran que recorrer palmo a palmo toda la provincia. En cuanto estuvieron en Zeray veinticuatro horas y se enteraron de todo lo que había que saber... es decir, que Guenshed no estaba allí, que nadie lo había visto u oído, siguieron río arriba. Ya habían enviado un destacamento hacia el Norte, para cerrar el desfiladero de Linsho. Debe haber sido unos dos días después que saliste de Zeray.

—Entonces apenas lo hice a tiempo —dijo Kelderek.

—Fui al Norte con los yeldashay, y lo hice por orden expresa de la Tuguinda. Ella recobró el conocimiento hacia el anochecer del día en que te fuiste. Estaba muy débil y, naturalmente, en ese momento todavía temíamos que la casa fuera atacada por los rufianes que la habían herido. Pero en cuanto llegaron los yeldashay y el miedo de ser asesinadas desapareció de nuestra mentó, ella empezó de nuevo a hacer planes. Es muy fuerte, ¿sabes?

—¡Claro que lo sé! ¿Quién puede saberlo mejor?

—La noche antes de que los soldados salieran de Zeray, ella me dijo lo que debía hacer. Dijo que con Ankray y dos oficiales ella estaría perfectamente a salvo; y yo tenía que ir al Norte. Le recordé que yo era la única mujer de la casa.

—Entonces es mejor que tú o Tan-Rion me traigan alguna chica decente de ikat —dijo— pero tienes que ir al Norte, querida. Los yeldashay no están en busca del Señor Shardik; buscan al hijo de Elleroth. Pero tú y yo sahornos que Shardik y Kelderek vagan en algún punto entre este lugar y Linsho. Nadie puede prever la muerte santa y sagrada que está destinada al Señor Shardik, pero debe llegar. En cuanto a Kelderek, está en gran peligro; y sé lo que hay entre tú y él como si me lo hubieras dicho. Los yeldashay creen que él y Shardik son sus enemigos. Eres necesaria como amiga y como sacerdotisa y, si me preguntas lo que debes hacer, te contestaré que Dios te indicará el camino.

«¿Sacerdotisa?» —dije—. ¿Dices que soy sacerdotisa?

«Aíres sacerdotisa, contestó. Yo digo que eres sacerdotisa y tienes mi autorización para actuar como tal. Es como mi sacerdotisa que debes ir al Norte con los soldados y descubrir lo que debes hacer».

Melathys se interrumpió unos momentos para recobrar el dominio de sí misma. Al fin prosiguió:

—Por eso... me puse en marcha, como sacerdotisa de Quiso. Fuimos a Iak y allí me enteré primero que Shardik y luego tú habías estado allí, y que tú te habías ido. Ya no se sabía nada de ti. Al día siguiente los yeldashay empezaron a avanzar al Norte, hacia Linsho, y exploraron el bosque de pasada. Tan-Rion había prometido a la Tuguinda cuidar de mí y fue él quien me dio este metían de Yeldashay. Tenía la tela... creo que la había comprado en Kabin... quien sabe para quién... una mujer de Iak lo hizo siguiendo sus órdenes. «Estarás perfectamente entre los hombres si pasas por una muchacha yeldashay», me dijo. «Saben quien eres, pero eso les dará la idea de que deben respetarte y cuidarte». También me dio este emblema.

Se interrumpió sonriendo y recogió el emblema.

—Muchacha popular: ¿quieres que lo tire al río?

Él meneó la cabeza.

—No es necesario. Además es posible que eso me excite, ¿no te parece? Sigue.

Ella volvió a dejar el emblema sobre la manta.

—Al segundo día de dejar Iak, por la mañana, encontramos el cuerpo de un niño... de unos diez años... tirado sobre la ribera. Estaba atrozmente flaco. Lo habían matado a puñaladas. Tenía la oreja agujereada y huellas de cadenas en los tobillos. Los soldados se enfurecieron. Fue entonces cuando empecé a preguntarme si los traficantes de esclavos te habrían matado. Estaba enloquecida de angustia y, Dios me perdone, pensaba más en eso que en el Señor Shardik.

»A mitad de la tarde estaba caminando por la ribera con Tan-Rion y su trizat cuando llegaron dos canoas siguiendo la corriente, dirigidas por un oficial yeldashay, dos soldados y dos aldeanos de Tissarn. Así nos enteramos que habían encontrado a Radu y que Guenshed y Lalloc estaban muertos. El oficial nos contó cómo el Señor Shardik había dado la vida para salvar a Radu y a los niños, y cómo había dividido la roca. Fue como un milagro, dijo, como un viejo cuento increíble.

»Los yeldashay, lógicamente, sólo pensaban en Radu, pero yo interrogué al oficial hasta enterarme que habías estado con Guenshed y que Shardik también te había salvado. “Herido, febril y casi enloquecido”, dijo el oficial, pero no creyeron que fueras a morir.

»Una de las canoas fue a Zeray, y yo hice que Tan-Rion me diera un lugar en la otra, la que regresaba. Remontamos el río toda la noche, cerca de la costa, contra la corriente, y llegamos a Tissarn poco después del alba. Primero me dirigí hacia el Señor Shardik, como debía hacerlo por mi honor y mi deber. Nadie lo había tocado; y, tal como había dicho la Tuguinda, supe lo que tenía que hacer. Tan-Rion ya había iniciado los preparativos. No puso dificultades cuando se lo pedí. Los yeldashay sienten de una manera muy distinta en relación al Señor Shardik, ¿sabes?».

—Pero he hablado demasiado, querido, no debo cansarte más por esta noche...

—Una pregunta —dijo Kelderek— sólo una. ¿Qué ha sido de Radu y los niños?

—Todavía están aquí. He visto a Radu. Ha hablado de ti como de un amigo y un camarada. Está débil y muy angustiado —hizo una pausa—. ¿Había una chiquita?

Kelderek contuvo el aliento y asintió.

—Han mandado llamar a Elleroth —dijo Melathys—. Los otros niños... no los he visto. Algunos se están recobrando, pero me han dicho que algunos están bastante mal, pobrecitos. Por lo menos están en buenas manos. Ahora debes volver a dormir.

—Y tú también, mi querida Viaja-toda-la-Noche. Ambos debemos dormir.

—Buenas noches, Kelderek Juega-con-los-Niños. Mira, ya se ha ido la luz del día. Le pediré a la vieja Dirion, Dios la bendiga, que traiga su lámpara y se quede a tu lado hasta estar segura de que te has quedado dormido.

La muerte de Shardik

Aunque ya estaba completamente oscuro podía oír, a cierta distancia, el ruido de hombres que trabajaban: gritos concertados, rítmicos, como si estuvieran colocando objetos pesados en sus lugares; martilleos, astillazos y el golpear de las hachas. Un débil resplandor de antorchas se percibía desde algún punto cerca del río. En una ocasión, cuando un gran chapuzón fue seguido por gritos particularmente fuertes, Dirion, sentada junto a la lámpara, chasqueó la lengua, reprobando. No dio ninguna explicación, sin embargo, y, después de un rato, él dejó de pensar qué demanda guerrera urgente podía haber caído sobre los soldados en aquel remoto lugar donde, dentro de lo que sabía, no amenazaban enemigos. Quedó dormido y cuando despertó, el ondular de la luz lunar se veía en el techo y Melathys estaba sentada junto a la lámpara. Desde afuera un centinela yeldashay gritó: «Todo en orden», con el tono inexpresivo, estilizado, de quien cumple con la rutina.

Pero mucho más avanzada la noche, cuando despertó, gimiendo y luchando porque soñaba con Guenshed, era Melathys quien estaba a su lado. De algún modo se había golpeado la uña. El dolor era atroz y ella lo consoló como se consuela a los niños o a los animales, repitiendo las mismas frases con voz segura, tranquila.

—Bueno, bueno, ya pasará el dolor; tranquilo, tranquilo... —Hasta que él sintió que en verdad era ella quien le calmaba el dolor.

Cuando la oscuridad empezó a diluirse en la primera luz, él seguía despierto, dócil, escuchando el río y los crecientes ruidos de la mañana... los pájaros, el tantán de una cacerola y el chasquido de ramas que alguien quebraba con la rodilla.

Advirtió que, por primera vez desde que había salido de Ortelaga, disfrutaba de esos ruidos, que lo colmaban, como en otros tiempos, con la esperanza del día.

Sin embargo, después de comer y cuando Melathys le cambió las vendas, volvió a quedar dormido y despertó poco antes de mediodía cuando un rayo de sol casual le dio en los ojos. Se sintió más fuerte, evidentemente dolorido, pero no ya como una víctima indefensa. Después de un rato puso los pies en el suelo, se paró, mareado, agarrándose a la cama, y miró alrededor.

Su cuarto y otro formaban el piso superior de una cabaña bastante grande: suelo y paredes de madera, con un techo estilo ortelgano de cañas y palas, sobre postes de zetlapa. El lado Este, detrás de la cabecera de la cama, era una galería, semiamurada y abierta sobre el río, que corría abajo, muy cerca.

Se bamboleó hasta la pared de la galería y se apoyó contra ella, mirando por encima del Telthearna a la distante ribera de Deelguy. Todo estaba tan tranquilo que, después de un rato, su oído percibió el sonido de una respiración. Se volvió y, mirando hacia el cuarto contiguo, vio a Melathys dormida sobre una cama baja y

tosca como la suya. No era menos hermosa al dormir, con los labios cerrados, la suave frente, sus anchos y curvados párpados, pensó, como olas que golpeaban sus mejillas con las oscuras crestas de las pestañas. Esta era la muchacha, que, por su causa, había dormido muy poco la noche anterior, y nada antenoche. Él había sido devuelto a ella gracias a Shardik, a quien una vez había maldecido, había querido matar.

Se volvió otra vez hacia el río y por largo tiempo permaneció apoyado en la baranda, contemplando las lentas nubes y sus imágenes reflejadas.

Se incorporó para orar, pero no pudo levantar el brazo herido y tras un corto rato, vencido por la debilidad, tuvo que apoyarse de nuevo en el pretil. Por largo tiempo sus pensamientos no formaron palabras, se demoraron sólo en su pasada ignorancia y voluntad de poder. Pero, extrañamente, aquellos pensamientos le hacían bien, no provocaban vergüenza ni inquietud, se convirtieron finalmente en un fluir de humildad y gratitud. El misterioso don de la muerte de Shardik, ahora lo sabía, trascendía toda la vergüenza y la culpa personal, debía ser aceptado sin demorarse en su propia indignidad, del mismo modo que un príncipe que llora la muerte de su padre debe contener su pesar y ser fuerte para asumir, como un legado sagrado, las responsabilidades y cuidados del estado, que han recaído en él. Pese a la humanidad y a toda la locura, Shardik había completado su tarea y había vuelto a Dios. Para su antiguo sacerdote, sumergirse en su propio dolor y penitencia, hubiera sido traicionarlo de nuevo, ya que la naturaleza de la sagrada verdad inmanente a esa tarea era un misterio que debía ser alcanzado por medio de la plegaria y la meditación. Y ¿después?, pensó. ¿Después qué?

Debajo de él, las piedras yacían limpias en la ribera vacía. El mundo, pensó, era muy antiguo. «Haz conmigo lo que quieras hacer», murmuró. «Estoy esperando, al fin».

Oyó que se acercaban los soldados, en el primer momento no reconoció el ruido. Después, a medida que se acercaban, lo que había sido un único ruido, se convirtió en muchos. Ruido de pasos, tintineo de armas, voces, una tos, una orden gritada, la áspera reprimenda de un trizat. Debía haber muchos soldados, más de cien, adivinó; y, por los ruidos, estaban armados y equipados. Melathys siguió durmiendo mientras ellos pasaban, sin ser vistos por él, por el lado que daba a tierra de la cabaña.

Cuando las pisadas ya se perdían, oyó de pronto voces en yeldashay que hablaban abajo. Después golpearon la puerta: Dirion abrió y se dirigieron algunas palabras, pero en voz demasiado baja para que él pudiera entenderlas. Al cabo de un rato, Dirion subió por la escalerilla del extremo de la galería. Cuando estaba ya en la mitad del cuarto lo vio de pronto, se sobresaltó y empezó a reprenderlo y a empujarlo hacia la cama. Sonriendo. Kelderek preguntó:

—¿Qué hay? ¿Qué pasa?

—Bueno, el joven oficial, naturalmente —contestó ella viene a buscar a la Säiyet... para llevarla a la ribera. Están listos para hacer la hoguera y debo despertarla. Ahora vuelve a la cama, querido.

En aquel momento Melathys despertó, tan silenciosamente como emerge la luna detrás de las nubes, sus ojos se abrieron y miraron sin rastros de sueño. Ante su sorpresa, ella ni lo miró y dijo con rapidez a Dirion:

—¿Ya es tarde? ¿Ha venido el oficial? —Dirion asintió y se le acercó. Kelderek la siguió con lentitud, se acercó también a la cama le tomo la mano.

—¿Qué pasa? —repitió—. ¿Qué buscan esos soldados?

Ella lo miró gravemente a los ojos.

—Es el Señor Shardik —contestó—. Debo hacer... lo que está ordenado.

Al comprender, él contuvo el aliento.

—¿El cuerpo?

Ella asintió.

—La manera ordenada es muy antigua... tan antigua como Quiso. La misma Tuguinda no recuerda toda la ceremonia, pero lo que debe hacerse es bastante claro, y Dios no rechazará lo más que podemos ofrecerle. Por lo menos, el Señor Shardik tendrá unas exequias adecuadas y honrosas.

—¿Cómo se hará?

—¿La Tuguinda nunca te lo dijo?

—No —contestó con tristeza Kelderek—. No. Tampoco me ocupé de aprenderlo.

—Irá por el río en una balsa ardiente —después, poniéndose de pie, tomó ambas manos de Kelderek entre las suyas y dijo:

—Kelderek, amor mío, debí habértelo dicho, pero ya no podía demorarse más la cosa y esta mañana parecías aún muy cansado y débil.

—Estoy bastante bien —contestó él con firmeza—. Voy contigo. No te opongas.

Ella pareció a punto de contestar, pero él añadió:

—Debo ir a toda costa.

Se volvió hacia Dirion:

—Si el oficial yeldashay está todavía abajo, salúdalo en mi nombre y pídele que me ayude a bajar la escalerilla... —Ella meneó la cabeza pero se fue sin discutir, y él dijo a Melathys:

—No te demoraré, pero, de alguna manera, debo vestirme decentemente. ¿Qué ropa vas a llevar?

Ella señaló un armario toscamente armado, sin pulir, que estaba en el extremo del cuarto desnudo y él vio tirado encima un simple vestido limpio, de anchas mangas y cuello alto, teñido, un poco descuidadamente, de rojo oscuro... el «único vestido bueno» de una muchacha de campo.

—Son gente buena —dijo—. La mujer del alcalde me dio la tela... era de ella... y

sus mujeres me lo hicieron ayer —sonrió—. En cinco días me han dado dos vestidos nuevos.

—La gente te quiere.

—Puede ser útil. Pero ven, querido, ya que no voy a intentar disuadirte, tenemos que darnos prisa. ¿Qué ropa llevarás?

—Los yeldashay me ayudarán —se dirigió rengueando hasta el pie de la escalera que Dirion subía trabajosamente por segunda vez, cargada con un balde de agua fría. Melathys dijo en beklano:

—El lavarse es como la ropa. Pero ella es la bondad misma. Dile al oficial que no tardaré.

El oficial yeldashay había seguido a Dirion hasta la mitad de la escalera y, al mirar hacia abajo, Kelderek reconoció a Tan-Rion.

—Dame la mano, por favor —dijo—. Me he recuperado bastante como para ir hoy contigo y la sacerdotisa.

—Ignoraba esto —contestó Tan-Rion, evidentemente tomado de sorpresa—. Me habían dicho que no podrías hacerlo.

—Con tu ayuda podré —dijo Kelderek—. Te suplico que no te niegues. Para mí este deber es más sagrado que el nacimiento y la muerte.

Como respuesta Tan-Rion le tendió la mano. Cuando Kelderek bajaba penosamente la escalerilla, Tan-Rion dijo:

—¿Seguiste a tu oso a pie desde Bekla hasta aquí?

Kelderek vaciló.

—En cierto modo... sí, creo que sí.

—Y el oso salvó al hijo del señor Elleroth.

Kelderek, dolorido, sintió una leve impaciencia.

—Estuve allí... —sintiéndose débil, se apoyó contra la pared del cuarto de abajo, al que había llegado—. ¿Podrías... quizás tus hombres puedan... encontrarme ropas decentes?, cualquier cosa limpia y decente servirá.

Tan-Rion se volvió hacia los soldados que esperaban junto a la puerta, hablando en su idioma. Uno le contestó, frunciendo el ceño y evidentemente perplejo. Él volvió a hablar, con más rudeza y ambos se alejaron de prisa.

Kelderek logró salir tambaleando de la cabaña y se dirigió a la costa, se quitó la camisa tosca, como una bolsa, que había usado en la cama y se arrodilló para lavarse con una sola mano, en el agua playa. El agua fría lo hizo recobrarse y quedó sentado, con la cabeza bastante clara, en un banco, mientras Tan-Rion lo secaba con la camisa a falta de algo mejor. Los soldados volvieron: uno traía un bulto envuelto en una capa.

Tan-Rion hizo una señal de asentimiento y se volvió hacia él.

—Te han traído sus propias ropas. Sugieren que te las pongas y laves la capa de

los centinelas nocturnos encima. Creo que no se puede hacer más en tan poco tiempo. No estará mal.

—Lo agradezco —dijo Kelderek—. ¿Pueden ellos... podrá alguien sostenerme? Estoy más débil de lo que creía, ¿sabes?

Uno de los soldados, al notar su torpeza y el evidente miedo a lastimarse el brazo izquierdo, pesadamente vendado, se había ya adelantado y lo había ayudado con aquellas ropas desconocidas. Era el uniforme regular de un soldado de infantería yeldashay. El hombre le ató la capa al cuello y después puso el brazo sano de Kelderek sobre sus hombros. En aquel momento Melathys bajó la escalerilla, se inclinó con gravedad ante Tan-Rion, tocó un instante la mano de Kelderek y después encabezó la marcha por la calle de la aldea.

Fuera, entre las chozas, una doble fila de soldados sarkid, con toda la panoplia, esperaban. Todos llevaban las espigas de trigo en el hombro izquierdo. Eran lanceros y, al acercarse la sacerdotisa de Quiso, seguida por su propio oficial y el pálido sacerdote-rey-ortelgano, que cojeaba, y que había sufrido junto al hijo del Ban, saludaron golpeando los extremos de bronce de las lanzas sucesivamente, con un sonido apagado y envolvente, sobre la tierra pisoteada. Melathys se inclinó ante el trizat y ocupó su lugar al frente, entre las dos filas. Kelderek, siempre apoyado en el hombro del soldado, se situó a unos pasos detrás de ella. Después de unos momentos ella se volvió y le habló.

—¿Estás siempre decidido, amor? —murmuró.

—Si vamos despacio... podré hacerlo.

Melathys sonrió al soldado, le dio las gracias con un cabeceo, volvió a su lugar, miró a su alrededor y luego, dejando que el trizat y sus hombres la siguieran, se puso en marcha con el mismo paso lento y solemne. Kelderek avanzó cojeando, respirando con dificultad, pesadamente apoyado en el hombro del soldado. El Telthearna estaba a la izquierda y se dio cuenta que iba al Sur, saliendo de la aldea, hacia el lugar en donde había muerto Shardik.

«Ah, Señor Shardik —rezó en silencio—, el imperio era orgullo y locura. Lamento mi ceguera, y también lamento todo lo que sufriste entre mis manos. Pero, por los otros, no por mí, te suplico que no nos dejes para siempre sin la verdad que viniste a revelar. No porque la merezcamos, sino por tu gracia y por la piedad que te inspira la impotencia del Hombre».

El pie le resbaló y trastabilló, pero se aferró al hombro de su compañero.

—¿Estás bien, amigo? —murmuró el soldado—. Firme. Ya llegamos, ¿sabes?

Kelderek levantó la cabeza y miró al frente. Las dos filas se abrían ahora, apartándose y, frente a él, Melathys seguía avanzando sola. Entonces recordó dónde estaba. Habían llegado a la parte de la ribera situada entre los aledaños del Sur de la aldea y la caleta boscosa donde Shardik había muerto. Podía ver que estaba repleto,

pero en el primer momento no entendió qué gente era ésta que rodeaba el pedregoso espacio abierto hasta el que había seguido a Melathys.

Un miedo brusco se apoderó de él.

—Espera —dijo al soldado—, espera un momento.

Se detuvo, siempre apoyado en el hombre, y miró alrededor. Desde todos los lados los rostros se volvían hacia él y los ojos se clavaban expectantes. Comprendió por qué había tenido miedo. Había conocido antes aquello... los ojos, el silencio. Pero, como para transformar las maldiciones que lo habían hecho salir de Kabin, todo el mundo lo miraba con admiración, con piedad y con gratitud. A la izquierda estaban los aldeanos: hombres, mujeres y niños, todos de luto, con la cabeza cubierta y los pies descalzos. Reunidos detrás de la fila de soldados, que ahora se habían detenido y daban el frente en orden extendido, cubrían la ribera hasta el borde del agua. Aunque por natural temor reverente y sentimiento de la ocasión no se apresuraron, no pudieron menos de agitarse mientras unos a otros señalaban y levantaban a sus hijos para que vieran a la hermosa sacerdotisa de Quiso, y al hombre sagrado que había sufrido tan amargos golpes y crueldades por defender la verdad y el poder de Dios. Muchos niños traían flores: trepsis y lirios del valle, planellas, enredaderas verdes y largas guirnaldas de pimpollos de melikón. De pronto, por su propia cuenta, se adelantó un muchachito que miró gravemente a Kelderek, dejó un ramo a sus pies y volvió en seguida junto a su madre.

Con un extraordinario sentimiento de dicha grave y solemne, como nunca había conocido, Kelderek se esforzó en avanzar hacia la ribera. Pero aún no veía el río, porque, entre él y Melathys, un tercer grupo lo enfrentaba: una única fila, paralela al borde del agua que se extendía entre los aldeanos y los soldados. En el centro estaba Radu, pálido y consumido, vestido como Melathys con las ropas de un aldeano, la cara desfigurada por machucones y con un brazo en cabestrillo. A cada lado lo acompañaban cinco o seis niños esclavos; aparentemente todos los que habían tenido fuerzas para ponerse de pie y andar. De pronto se sobresaltó, reconociendo en un extremo de la fila a Sháuter, que enfrentó su mirada un segundo y después apartó con rapidez los ojos.

Cuando Melathys se detuvo, los soldados retiraron los bancos, los niños se apartaron y, por primera vez, Kelderek vio el borde del agua y el río más allá.

Una hoguera ardía sobre las piedras, un poco al extremo de la ribera del lado de la fila de soldados. El día era brillante y claro, sólo se veía una leve huella de humo, y el aire por encima temblaba, deformando el paisaje distante. Pero él apenas notó esto y quedó de pie, como un niño, con una mano apretada contra la boca abierta, contemplando lo que veía inmediatamente ante él.

En el agua playa estaba amarrada una pesada balsa, más grande que el suelo de una cabaña-vivienda, hecha de troncos atados con enredaderas. Estaba cubierta con

paja apilada, leños y ramas secas, sobre los que habían echado flores y ramas verdes. Encima de este gran lecho, oprimiéndolo, como una fortaleza se asienta sobre el terreno en que se levanta, yacía el cuerpo de Shardik. Estaba echado de lado, tan naturalmente como si durmiera, con una pata delantera extendida y las garras rozando casi el agua. Los ojos estaban cerrados —los párpados cosidos quizás, pensó Kelderek, notando los cuidados y sacrificios que los aldeanos y los soldados se habían impuesto en la tarea de preparar para su funeral al Poder de Dios— pero el largo hocico, si alguna vez estuvo atado, había reventado ahora los lazos, de manera que los labios mostraban amenazadoramente los dientes puntiagudos. La pobre cara herida había sido limpiada, pero, pese a todo lo que los soldados habían hecho, no se borraban las heridas y los sufrimientos de Shardik. Ni tampoco el pelo, larga y cuidadosamente peinado, la falta de briznas y espinas, el lustre con aceite, podía disfrazar la hambrienta desolación del cuerpo. No era posible que Shardik pareciera pequeño, pero sí menos colosal; como si se hubiera contraído con el apretón de la muerte. Había un leve olor a cadáver y Kelderek se dio cuenta que Melathys desde el momento en que supo las noticias, había comprendido la necesidad de apresurarse, sabiendo que apenas iba a tener tiempo de cumplir con todo lo que deseaba la Tuguinda. Había hecho bien, pensó, y más que bien. Entonces, al dar unos pocos y penosos pasos hacia adelante, su línea de visión se hizo directa y percibió lo que había estado oculto hasta entonces.

Entre las patas delanteras de Shardik yacía el cuerpo de Shara. Una pata tendida tapaba los pies de la niña, y la cabeza levantada de ella yacía sobre la otra. Estaba con la cabeza descubierta, vestía una camisola blanca y las manos cruzadas sobre un ramo de trepsis escarlatas, su pelo rubio había sido peinado cayendo sobre los hombros y alrededor del cuello le habían puesto un hilo de piedras de colores. Aunque tenía los ojos cerrados, no parecía estar dormida. Su débil cuerpo y su cara eran los de un niño muerto, agotado y ceroso: también más limpio, más quieto, y más tranquilo de lo que Kelderek lo había visto nunca en vida. Apoyando la cabeza en el hombro del soldado, Kelderek sollozó sin frenos, como si la ribera estuviera desierta.

Kelderek se apoyó en el brazo que lo sujetaba y miró una vez más la balsa en el momento en que Melathys pasaba ante él y se dirigía a hablar con Tan-Rion. Pese a la deuda que tenían con los yeldashay, habló como era debido, con la autoridad que le había sido conferida y no como alguien que pide un favor.

—Capitán —dijo— según el antiguo rito de Quiso no debe haber armas en un lugar consagrado al Señor Shardik. Te lo digo, pero dejo a tu cargo hacer lo que consideres mejor.

Tan-Rion tomó muy bien la cosa. Vaciló sólo un momento, asintió, después se dirigió a sus soldados y los hizo marchar una breve distancia a lo largo de la ribera. Allí todos los hombres clavaron sus lanzas y dejaron al lado su cinturón, el espadín y

el cuchillo. Cuando volvieron, se detuvieron y formaron. Melathys avanzó por el agua playa y permaneció inmóvil ante la balsa, con los brazos tendidos hacia Shardik y la niña muerta.

Habló en ortelgano, idioma bastante desconocido para los yeldashay, aunque bastante bien entendido por los aldeanos de Tissarn. Primero pronunció la invocación tradicional de Quiso al Señor Shardik, seguida por una secuencia de plegarias cuyos períodos, arcaicos y hermosos, brotaban sin vacilación de sus labios. Después, volviéndose a enfrentar a los oyentes y pasando a un equilibrado tono narrativo, habló de cómo habían encontrado a Shardik en Ortelga y cómo su vida había sido salvada por las sacerdotisas de Quiso; de cómo había salido vivo del Estrel; de su sufrimiento ordenado y de su muerte sagrada salvando al heredero de Sarkid y a los niños esclavos del poder del mal. Kelderek, al escuchar se sorprendió menos del dominio que ella tenía, que de la autoridad y humildad presentes a la vez en su voz y en su actitud. Era como si la muchacha que había conocido se hubiera vaciado para convertirse en un vaso que desborda palabras antiguas, suaves y universales como piedras, y como si permitiera con esto que el pesar y la piedad ante la muerte, común a todas las criaturas, manara no desde, sino a través de ella. Por su boca, parecía, los muertos hablaban a los que no habían nacido, como arena que cae grano a grano por la cintura de un reloj de vidrio. La arena terminó al fin de pasar y la muchacha permaneció inmóvil, con la cabeza inclinada, los ojos cerrados, las manos apretadas contra el cuerpo.

El silencio fue quebrado por la voz del joven oficial abanderado que como maestro de coro, inició el hermoso lamento yeldashay llamado a veces «El Dolor de Deparioh», pero más vulgarmente conocido como «Las Lágrimas de Sarkid». El lamento, que narraba el sagrado nacimiento y la juventud de U-Deparioh, liberador de Yelda y fundador de la casa de Sarkid, se canta aún hoy, aunque quizás haya cambiado a través de los siglos; del mismo modo que, como dicen, las formas de las constelaciones sufren cambios que ningún hombre vive lo bastante para percibir. Los soldados retomaron el lamento, el solemne canto se hizo más fuerte y resonó como un eco por la ribera de Deelguy.

*Entre las espigas yacía la muchacha,
en amargo dolor yacía,
herida y sola por la maldición del Estrel,
dio a luz el héroe Deparioh, en Yelda encadenada.*

El soldado que estaba junto a Kelderek cantaba con los demás, y las palabras, que salían sin pensar de su boca, expresaban para él el sentimiento de formar parte de cosas más grandes que sí mismo, su pueblo, su patria, y esos recuerdos, de él y no de

otros hombres, que eran su participación en la vida humana.

*No conoció padre ni madre
entre extranjeros como esclavo trabajó,
desterrado, lejos de su patria,
el Señor Depariorh, la espada de Dios.*

El portador del estandarte se adelantó, sosteniendo ante sí el emblema de las Espigas de Trigo, y desde el otro extremo salió a su encuentro un aldeano llevando una red entre los brazos. Juntos se volvieron hacia el río y marcharon hacia Melathys, pasaron a ambos lados de ella, chapalearon en las aguas y pusieron sus cargas sobre la balsa. Radu, que los seguía, posó por un momento la mano sobre las grises garras de Shardik, y después en la frente de Shara. Al volver a la orilla encendió una antorcha en la hoguera y esperó erguido, manteniendo ante sí la llama.

*¡Si encontrarte pudiera, oh fuerte Señor Depariorh,
si pudiera apretar tu mano en la mía!
Tus hazañas en Yelda no se olvidan,
y de Sarkid las lágrimas te honran.*

El canto se fue apagando. Cuando ya no se oyó, Melathys levantó la cabeza y lanzó un largo grito ululante que recordó instantáneamente a Kelderek la ciudad de Bekla sumida y silenciosa en la oscuridad sagrada, el peso de sus pesadas vestiduras y el súbito brotar de la llama en el cielo de la noche.

—¡Shardik, el fuego del Señor Shardik!

—¡El fuego del Señor Shardik! —contestaron los aldeanos.

Radu se acercó lentamente sobre las piedras y tendió a Kelderek la antorcha caliente.

Por unos momentos Kelderek, confundido ante la vivacidad de sus recuerdos, vaciló sin comprender qué se le pedía que hiciera. Después, cuando su mente se aclaró, se sobresaltó y dio un paso atrás, levantando la mano, como para rechazar. Radu se dejó caer sobre una rodilla, ofreciendo siempre el fuego.

—Creen que eres tú quien debe hacerlo, señor —murmuró el soldado—. Supongo que estás dispuesto.

En el silencio Kelderek oía el crujido de la llama y, más allá el chapoteo del agua. Clavando los ojos en la balsa, se adelantó, tomó la antorcha que le tendía Radu y descendió hacia la ribera donde seguía esperando Melathys, con la cabeza baja.

Ahora estaba solo en el agua, nada se interponía entre él y la niña muerta, más cerca de Shardik de lo que nunca había estado desde el día en que salió vivo del

Estrel. Los cuerpos yacían ante él: la mole del oso, como una piedra de molino vista contra la pared de un molino, marcada por las cuerdas con que la habían arrastrado y por el desgarrón de la flecha en la máscara contraída y hambrienta.

Se preguntó si esperaban que hablara o que rezara: después vio que no tenía tiempo, porque la antorcha se había consumido mucho y debía usarla en seguida.

—¡*Senandril*, Señor Shardik! —gritó—. ¡Acepta nuestras vidas, Señor Shardik, el que murió por los Niños!

Sumergido hasta la cintura en al agua, sujetándose en el borde de la balsa con la mano izquierda herida, lanzó la antorcha sobre la pila de ramas y viruta. El fuego se encendió en seguida, y ardió con las opacas llamas amarillas de la brasa. Retirando la antorcha, volvió a encender una y otra vez los troncos y las ramas. Finalmente, cuando el extremo empezó a desmoronarse y a quemarle los dedos, la arrojó, entre un chisporroteo, a lo alto de la pira. La antorcha cayó, ardiendo, a unos pocos metros más allá del lugar en que yacía Shara.

La balsa se desplazó lentamente, alejándose. La soltó torpemente, haciendo una mueca al sentir el dolor del brazo, en el momento en que se enderezó. Los soldados detrás habían soltado las amarras, que ahora se hundieron a cada lado, ondulando pero invisibles en el agua encendida. Porque ahora todo el lado de la balsa que daba contra la costa estaba ardiendo, consumiéndose en un muro de llamas cálidas y translúcidas, verdes, rojas y anaranjadas, bordeadas de negro. El fuego corría hacia el centro de la pira, revelando su profundidad como la luz del sol muestra la distancia entre los árboles de la selva; y al arder más alto, hacia las ramas verdes y las flores sobre las que yacía Shardik, empezó a surgir un humo blanco y espeso, que avanzó hacia la costa, cegando casi a Kelderek y a los que estaban detrás de él.

Le faltó el aire y resopló buscando aliento. Los ojos le ardían, le lloraban, pero siguió donde estaba. «Que así sea», pensó. «Esto es mejor, porque no podría ver quemar los cuerpos». Después cuando estaba a punto de desmayarse de sofocación, la pesada balsa empezó a girar más rápidamente, de manera que los cuerpos y todo el costado por el que se había encendido el fuego enfilaron en la corriente. Cuatro o cinco jóvenes pescadores habían atado la amarra del lado de la corriente a una canoa, y arrastraban la balsa hacia el centro del río.

A medida que cobraba ímpetu, un torrente de llamas corría hacia atrás desde la pira. El ruido crujiente se convirtió en un rugido caliente y ventoso y las chispas y las cenizas empezaron a saltar hacia arriba, agitándose y esquivándose como pájaros que huyen. Los troncos empezaron a moverse y a caer; aquí y allá un fragmento ardiente caía silbando en el agua. Y entonces, horadando el rumor de la disolución, como un pesado arado que se hunde en la tierra, se elevó nuevamente el sonido de los cantos. Los aldeanos en la ribera alentaban y urgían a los jóvenes que paleteaban y que ahora se esforzaban a medida que eran arrastrados más lejos y empezaban a ser llevados

corriente abajo por la balsa.

*Al alba llegamos a la costa, soltamos los botes.
Acompañados por la suerte, comeremos esta noche.
¿Quién tiene la red, quién maneja la lanza?
Los pobres deben vivir como puedan.*

La balsa estaba a medio tiro de flecha de la costa e igualmente lejos aún en la corriente del lugar en donde estaba Kelderek, pero los bateleros seguían clavando rítmicamente las paletas en el agua y el plumacho de humo sopló hacia la costa mientras ellos luchaban para alejar más la balsa.

*Comprar cara la sabiduría es del hombre el destino,
y aprender a conformarse con lo que se tiene.
Lo que llamo suerte es fuego y barriga llena,
una mujer en la cama y los niños que aprendan tu oficio.*

Aplaudían y zapateaban al cantar, al ritmo de las paletas, y, sin embargo, el ruido era grave y apropiado; de cadencia menor, hogareño y cazurro, era la simple música del pueblo, cuya solemnidad es el ingenio dado vuelta para servir a la ocasión y el espíritu del día. La balsa estaba ahora lejos en medio de la corriente, de manera que podían verse las paletas distantes que golpeaban al compás de la canción. Los jóvenes habían enfilado la proa a medias en dirección a la corriente, de manera que la balsa quedó tras ellos y el lado en que estaban los cuerpos se volvió otra vez hacia la costa. Kelderek, al mirar, no percibió nada en medio de la pira ardiente. Se había hundido en el centro: las dos ardientes mitades se abrían a los lados como las alas de una gran mariposa. Shardik ya no era más.

—Por dos veces —gritó—, te seguí al Telthearna, Señor Shardik. Ahora ya no puedo seguirte.

*Al volver de tarde vemos fuegos en la costa.
Si uno es tuyo, eres hombre dichoso.
Nadie debe quedar solo en la oscuridad.
Si mueres, hermano, tus hijos compartirán mi fuego.*

Los bateleros arrojaron la soga y se volvieron, avanzando contra la corriente hacia la costa, y la vuelta fue fácil en las aguas plácidas junto al banco. Ya no podía verse la balsa, pero a lo lejos parecía arder un punto en la superficie del río, que soltaba humo y cubría la extensión acuosa con una amplia nube moviente.

Destripamos pescados y los chicos los asan.

«Hola, hijo, mi zoán alto y joven

¿Qué tienes que decir esta noche a papá?».

«Cuando sea hombre, remaré como tú».

El humo ya no se veía. Los árboles lo escondían a la vista. Kelderek, cerrando los ojos al volverse, vio el soldado a su lado, sintió su brazo bajo sus sobacos y dejó que lo levantara casi en vilo sobre el agua hasta llegar a la costa. Tan-Rion llamó a sus hombres y los llevó a recoger las armas. Después se alejaron; los aldeanos también empezaron a dispersarse, dos mujeres matronales llevaron consigo a Radu y a los otros niños. Pero varios, antes de partir, se adelantaron —algunos un poco vacilantes, porque tenían un temeroso respeto a Kelderek— para besarle las manos y pedirle la bendición. Cualquier hombre sagrado puede tener el poder de conferir la buena suerte y no debe perder la ocasión. Él permaneció agobiado y silencioso como un herón, pero los saludó con la cabeza y miró de frente a todos los que pasaron ante él: un viejo con un brazo seco, un joven alto que se llevó la palma de la mano a la frente, una chica que sonrió tímidamente a la sacerdotisa que estaba allí cerca, entregándole las flores que llevaba. Finalmente pasó una vieja harapienta, con un niño dormido en los brazos. Kelderek se sobresaltó y casi retro-cedió, pero ella, sin mostrar vacilación ni sorpresa, le tomó la mano, la besó, dijo algunas palabras sonriendo y se fue, bamboleándose sobre las piedras.

—¿Qué dijo? —preguntó Melathys—. No pude entenderla.

—Dijo: «Bendíceme, joven señor, y acepta mi bendición en cambio».

Yacía en cama en el cuarto de arriba y veía cómo se ampliaban los elásticos reflejos, mezclándose y cerrándose entre los postes del techo. Melathys estaba al lado, sosteniendo entre sus manos la mano sana de Kelderek. Estaba cansado y nuevamente afiebrado, estremecido y lleno de frío. Nada notable quedaba en el mundo. Todo estaba helado y vacío hasta el horizonte bajo el cielo despojado.

—Espero que nuestro canto no te haya parecido fuera de lugar, señor —dijo Tan-Rion—. La sacerdotisa dijo que sería mucho mejor si lográbamos cantar algo, y había que pensar en algo que los muchachos pudieran cantar, y, claro, todos sabían «Las Lágrimas».

Kelderek encontró algunas palabras de agradecimiento y elogio, y al cabo de un rato el oficial, al ver que estaba exhausto, se despidió. Poco después llegó Radu, envuelto en una capa desde el cuello hasta los tobillos, y se sentó un rato frente a Melathys.

—Dicen que mi padre está en camino —dijo—. Me hubiera gustado que viniera antes. En caso de haberse enterado, le hubiera gustado estar en la ribera esta tarde.

Kelderek sonrió y asintió como un viejo, atendiendo sólo en parte lo que le decían. Pero la verdad es que Radu dijo muy poco, estuvo sentado en silencio un rato largo y, en una ocasión, se mordió la mano para que no le castañetearan los dientes. Kelderek se quedó adormilado y despertó al oír que Radu contestaba a Melathys:

—... pero estarán muy bien, creo —y luego, tras una pausa—: Sháuter está enfermo, ¿sabes?... Parece que bastante mal.

—¿Sháuter? —preguntó Melathys, sorprendida.

—¿Está enfermo? —dijo Kelderek—. Creí verlo en la ribera.

—Sí, creo que pensó que era mejor estar allí a toda costa... no es que eso haga alguna diferencia... pero no está bien esta noche. Creo que sobre todo tiene miedo. Está aterrado: en parte teme a los otros chicos; en parte a los aldeanos. Saben quién es él... o quién fue... y no quieren ayudarlo en nada. Está echado solo en un cobertizo, y creo que huiría si pudiera.

—¿Quién es Sháuter? —volvió a preguntar Melathys.

—¿Lo matarán? —dijo Kelderek. Radu no contestó en seguida y él insistió:

—¿Qué queréis hacer con él?

—Nadie ha dicho nada, en verdad: pero ¿de qué serviría matarlo?

—¿De veras es eso lo que sientes... después de todo lo que has sufrido?

—Es lo que siento que debo sentir... —guardó silencio por algún tiempo y luego dijo:

—Nadie te matará a ti. Me lo dijo Tan-Rion.

—Yo... iré a hablar con Sháuter —dijo Kelderek, intentando incorporarse—. ¿Dónde queda el cobertizo?

—Descansa, amor —dijo Melathys—. Yo iré. Ya que nadie me dice nada, tendré que averiguar sola quién es Sháuter... o escucharlo.

El festín de Elleroth

Cuando despertó, su soldado yeldashay estaba sentado cerca, remendando un trozo de cuero en la luz que se iba. Al ver que Kelderek estaba despierto, sonrió y saludó, pero no dijo nada. Kelderek se volvió a dormir y la próxima vez fue despertado por Melathys, que estaba echada a su lado.

—Si no me hubiese echado, me habría caído al suelo. Pronto iré a acostarme, pero representa tanto estar otra vez sola contigo un rato. ¿Cómo estás?

—Vacío... desolado. El Señor Shardik... no puedo resignarme... —se interrumpió y después dijo—: Estuviste muy bien hoy. La Tuguinda misma no habría estado mejor.

—Sí, habría estado mejor. Pero lo que sucedió estaba ordenado.

—¿Ordenado?

—Es lo que creo. No te conté otra cosa que me dijo la Tuguinda antes de dejar Zeray. Le pregunte si en caso de encontrarte, podía darte algún mensaje de su parte, y me dijo: «Está preocupado por lo que hizo hace años, al ponerse la luna, en el camino a Guelt. No ha podido pedir perdón, aunque lo desea. Dile que lo perdono totalmente». Y después dijo: «Yo también soy culpable... culpable de orgullo y estupidez». Pregunté: «¿Cómo es eso, Säiyet? ¿Cómo es posible?». «Bueno, dijo, sabes tan bien como yo lo que nos han enseñado y lo que hemos enseñado a los demás. Se nos enseñó que Dios iba a revelar la verdad de Shardik por medio de dos casos escogidos, un hombre y una mujer: y que Él iba a quebrar esos vasos hasta hacerlos trizas, e iba a recomponerlos para Su propósito. Supuse, en mi estúpido orgullo, que yo era la mujer, y en verdad muchas veces he creído sentirme hecha trizas. Estaba equivocada. No era yo, querida muchacha», me dijo. «No era yo sino otra mujer, la que Él eligió para que fuera quebrada y a la que ahora Él ha recompuesto».

Melathys lloraba y él la rodeó con su brazo, incapaz de hablar, porque la sorpresa lo embargaba. Después ella dijo:

—Tenemos que volver junto a la Tuguinda. Va a querer enviar algún mensaje a Quiso y quiero ayudarla con los preparativos de su viaje. En cuanto a Ankray... hay que hacer algo por él. Pero ese desgraciado muchacho que está ahí...

—Es un asesino.

—Ya lo sé. ¿Quieres matarlo?

—No.

—Para mí es más fácil compadecerlo... yo no estuve presente. Pero era esclavo, como los demás, ¿verdad? Supongo que no tiene a nadie...

—Creo que hay muchos en las mismas circunstancias. Son los no amados y los

abandonados los que son vendidos como esclavos, ¿sabes?

—Debería saberlo.

—También yo. ¡Que Dios me perdone! ¡Oh, Dios, perdóname!

Al día siguiente sus heridas volvieron a inflamarse y a dolerle. Estaba febril y se quedó en cama, pero a la mañana siguiente se sintió bastante bien como para sentarse a mirar el río a la luz del sol, con el brazo metido en agua caliente con hierbas. El aroma de las hierbas se mezclaba al de los leños del fuego de Dirion, algunos niños jugaban abajo y reñían mientras tendían unas redes a secar en la ribera. Melathys acababa de vendarle el brazo y preparaba un cabestrillo cuando de pronto oyó unas aclamaciones a la distancia, en el linde de la aldea.

Se miraron. Melathys se dirigió a la escalerilla y llamó a Dirion. Las aclamaciones se extendían por la aldea y oyeron ruidos de pies que corrían y voces de hombres que gritaban excitados, en yeldashay. Melathys bajó y Kelderek la oyó llamar a alguien. El ruido y la excitación se propagaban por la casa como una hoguera, y ya casi estaba decidido a bajar también, cuando ella volvió, subiendo la escalerilla con la rapidez de una ardilla. Le tomó la mano sana y, arrodillada en el suelo, lo miró a los ojos.

—Elleroth está aquí —dijo— y la noticia es que ha terminado la guerra; pero sé tanto como tú lo que eso significa.

Kelderek la besó y esperaron en silencio. Melathys apoyó la cabeza en la rodilla de él y él le acarició el pelo, sorprendido de sentir tanta indiferencia por su propio destino. Pensaba en Guenshed, en los niños esclavos, en Shara y en sus piedras de colores, en la muerte de Shardik y en la balsa ardiente. Parecía importar poco lo que podía suceder, fuera del hecho de que, pasara lo que pasara, no dejaría a Melathys. Al fin dijo:

—¿Viste esta mañana a Sháuter?

—Sí. Por lo menos no ha empeorado. Ayer pagué a una mujer para que lo atendiera. Parece honrada.

Un rato después oyeron a unos hombres que entraban abajo y la voz de Tan-Rion, hablando tan rápidamente que no pudieron entenderle. Unos momentos después apareció en lo alto de la escalerilla, seguido por Radu. Ambos esperaron, mirando a alguien que los seguía. Hubo una pausa y luego Elleroth subió torpemente al cuarto, tendiendo la mano derecha desenguantada para que lo ayudaran antes de dejar los travesaños.

Kelderek y Melathys se levantaron y pusieron lado a lado mientras el Ban de Sarkid y sus compañeros se adelantaron hacia ellos. Elleroth que estaba tan pulcra e impecablemente vestido como la última vez que Kelderek lo había visto en Kabin, tendió la mano y, tras un momento de vacilación, Kelderek la tomó, aunque hubo duda en la mirada que devolvió al otro.

—Hoy nos saludamos como amigos, Crendrik —dijo Elleroth—. Es decir, si estás dispuesto a serlo, como lo estoy yo.

—Tu hijo es mi amigo —replicó Kelderek— eso puedo decirlo en verdad. Juntos hemos sufrido mucho y creíamos perder la vida.

—Es lo que él me ha dicho. Todavía no sé mucho, pero sé que te hirieron por defenderlo y que probablemente le salvaste la vida.

—Lo que sucedió —dijo Kelderek vacilante— fue confuso. Fue el Señor Shardik quien dio la vida... fue él quien nos salvó a todos.

—Eso también me lo ha dicho Radu. Bueno, me doy cuenta que todavía tengo que enterarme de mucho —sonrió a Melathys.

—El señor Kelderek ha estado gravemente enfermo —dijo ella— y todavía está débil. Es mejor que nos sentemos. Sólo lamento que este lugar sea tan tosco.

—He pasado las dos últimas noches en lugares peores —contestó Elleroth con alegría— y os aseguro que no lo he notado.

—Eres sacerdotisa de Quiso, me han dicho...

Melathys pareció confundida y fue Kelderek quien contestó.

—Esta es la sacerdotisa Melathys a quien la Tuguinda de Quiso envió como mensajera para que dirigiera los últimos ritos del Señor Shardik. La Tuguinda fue herida en Zeray y todavía se encuentra allí, enferma.

—Lamento enterarme de eso —dijo Elleroth— porque es honrada como médica desde Ikat hasta Ortelga. Ya se arriesgó demasiado cuando cruzó el Vrakó. Si yo hubiera sabido, cuando fue a verme a Kabin, que quería ir a Zeray, lo hubiera impedido. Espero que se recobre pronto.

—Roguemos a Dios porque así sea —dijo Melathys—. La dejé fuera de peligro y mejorada.

Juntos se sentaron en los toscos bancos de la galería que daba sobre el Telthearna, y uno de los soldados de Tan-Rion trajo nueces, pan negro y vino. Elleroth, que parecía cansado hasta el agotamiento, expresó su preocupación por las heridas de Kelderek e hizo preguntas sobre los últimos ritos de Shardik.

—Tus soldados hicieron todo lo posible por ayudarnos —contestó Kelderek—. Ellos y también la gente de la aldea.

Después queriendo evitar preguntas sobre la ceremonia, dijo:

—¿Vienes desde Kabin? Has venido muy pronto. Hace apenas cuatro días que murió el Señor Shardik.

—Las noticias llegaron por el río a Zeray la misma noche —replicó Elleroth— y yo las supe en Kabin antes del mediodía del día siguiente. Marchar cien kilómetros en dos días y medio es poco para un hombre cuyo, hijo y heredero había muerto, y está vivo de nuevo, pero es una comarca recia y la marcha es ardua, como bien lo sabes.

—Pero apenas hace una hora que estás en Tissarn —dijo Melathys—. Deberías

haber comido y descansado antes de molestarte en venir aquí.

—Por el contrario —replicó Elleroth— debí haber venido aquí antes, pero tal es mi vanidad que me detuve para lavarme y cambiar de ropa, aunque confieso que ignoraba que iba a encontrar a una de las hermosas sacerdotisas de Quiso.

Melathys rió como una muchacha acostumbrada a las bromas y a bromear.

—Entonces ¿por qué tanto apuro? ¿Son siempre tan puntillosos los nobles yeldashay?

—¿Yeldashay, Säiyet? Soy de Sarkid de las Espigas —después, gravemente, dijo—: Bueno, tenía un motivo. Sentí que tú, Crendrik, debías recibir mi agradecimiento y escuchar mis noticias lo antes posible.

Hizo una pausa, pero Kelderek no dijo nada y, tras unos momentos, Elleroth prosiguió:

—Si todavía tienes alguna ansiedad respecto a tu suerte, puedes dejarla de lado. Cuanto te dije en Kabin que te mataríamos si volvíamos a encontrarte, ignoraba que ibas a compartir la miseria de la esclavitud con el heredero de Sarkid y desempeñar un papel salvándole la vida.

Kelderek se levantó bruscamente, dio unos pasos y quedó dando la espalda, mirando hacia el río. Tan-Rion levantó las cejas y casi se levantó, pero Elleroth meneó la cabeza y esperó tomando la mano de Radu y hablándole aparte, en voz baja, hasta que Kelderek recobró la compostura.

Kelderek se volvió del todo y dijo desabridamente:

—¿Y no tienes en cuenta que fui yo la causa de los sufrimientos de tu hijo y de la muerte de la niña?

—Mi padre no sabe nada de Shara todavía —dijo Radu.

—Crendrik —dijo Elleroth— si estás arrepentido, me alegro de ello. Sé que has sufrido... probablemente más de lo que se puede decir, pues el verdadero sufrimiento proviene de la mente y lo peor de todo es el remordimiento... Yo también he sufrido pena y miedo... por largas semanas sufrí por la pérdida de mi hijo, a quien creí no ver ya más. Ahora los tres hemos quedado libres —él, tú y yo— esto es un milagro y lo cierto es que yo no soy lo bastante mezquino para regatear mi agradecimiento al pobre oso, que salió vivo de los Estreles como la madre misma del Señor Depariorh, ni para guardar rencor al hombre que protegió a mi hijo. Me parece que todas las deudas han quedado saldadas con la muerte de Shardik... su sagrada muerte, pues esto es algo que hay que creer. Tengo también otra razón para que haya amistad entre nosotros, una razón política, si quieres. Entre Ikat y Bekla reina ahora la paz, y en este mismo momento, mientras hablamos, todos los prisioneros y los rehenes están volviendo a sus casas —sonrió—; de tal modo que no sería apropiado, ¿no te parece?, que yo me mostrara vengativo contigo.

Kelderek se sentó en el banco.

—En la época en que tú estabas en Kabin —siguió diciendo Elleroth, tratando infructuosamente de evitar un bostezo de cansancio— el general Santil-ke-Erketlis realizó una incursión personal, junto con algunas tropas nuestras, con el objeto de alcanzar y liberar a una columna de esclavos que cruzaba hacia el Oeste, desde Thettit. Consiguió su propósito, pero al mismo tiempo se acercó mucho al ejército beklano que, como supongo que sabes nos había seguido por el Norte desde la frontera yeldashay. Fue mientras el general volvía con los esclavos liberados que se encontró con un grupo de oficiales beklanos que también iban en dirección a Kabin... a negociar con nosotros. Estaban dirigidos por el general Zelda y tenían la intención de ofrecer una tregua inmediata y proponer que se entablaran negociaciones de paz. Hace tres días yo estaba en conferencia con Erketlis y los ortelganos cuando llegaron noticias de lo que había ocurrido en Zeray. Inmediatamente partí a Tissarn, pero de todos modos estoy seguro de que los términos ya deben haber sido establecidos. No necesito aburrirte con todos los detalles. Pero lo principal es que Yelda, Lapán y Belishba serán independientes de Bekla. Los ortelganos podrán retener Bekla y las demás provincias a cambio de comprometerse a abolir el tráfico de esclavos y colaborar para que todos los esclavos vuelvan a sus casas.

Kelderek asintió lentamente con la cabeza, mirando su taza de vino y ladeándola. Por último miró a Elleroth y dijo:

—Me alegro que la guerra haya terminado y más aún me alegro que vayan a abolir el tráfico de esclavos. —Se llevó una mano a los ojos—. Es muy amable de tu parte haber venido aquí a darnos tan pronto la noticia. Si no puedo darte una respuesta mejor, es porque todavía me siento débil y tengo la mente confusa. Espero que podamos hablar de nuevo... tal vez mañana.

—Todavía me quedaré aquí unos días —contestó Elleroth— y sin duda nos veremos de nuevo, porque tengo una o dos ideas en la cabeza, ideas del momento, pero a lo mejor sale de ellas algo...

Poco tiempo después Elleroth se retiró y Kelderek, sintiéndose cansado por la entrevista, incierto y perturbado, durmió varias horas y no se despertó hasta el fin de la tarde.

Al cabo de unos días se sintió más fuerte y su brazo herido empezó a dolerle menos. Había tomado la costumbre de hacer caminatas por la orilla y la aldea: a veces iba casi un kilómetro hacia el Norte, hasta el campo abierto que rodeaba la Quebrada. No había advertido hasta entonces hasta qué punto era pobre la aldea — treinta o cuarenta casuchas y veinte botes amontonados en un pedazo de terreno insalubre, sombrío, sobre la orilla, bajo una cresta arbolada— esa misma cresta por la que había bajado la mañana de la muerte de Shardik.

El contingente de Sarkid también permaneció en el lugar: parte de los soldados se alojó en Tissarn y parte en donde él los había visto por primera vez, en las zonas de

acceso a la Quebrada de Linsho. Tan-Rion, a quien se le preguntó la razón de esto, explicó que los yeldashay seguían patrullando la provincia en busca de traficantes de esclavos fugitivos, desde la confluencia del Vrako y el Telthearna hasta la Quebrada misma, y que las tropas de Sarkid formaban el talón de la red. La noche siguiente dos nuevos traficantes de esclavos fueron apresados, el uno y el otro en los últimos extremos del cansancio y necesidad, que habían huido al Norte desde hacía días ante el avance de los soldados. A la mañana siguiente las patrullas mismas llegaron a Linsho y la cacería terminó.

Unos pocos días después Kelderek volvía de pescar con Melathys —sólo una hora: no podía permitirse más— cuando se toparon con Elleroth y Tan-Rion no lejos de donde había estado la balsa funeraria de Shardik. A pesar de lo que Elleroth había dicho en el último encuentro, ni él ni Kelderek habían vuelto a hablarse desde entonces. Sin embargo a Kelderek no se le había ocurrido pensar que esto era culpa de Elleroth. El Ban de Sarkid había estado ausente durante varios días, visitando sus varios puestos y campamentos, pero en todo caso Kelderek sabía muy bien que él no estaba en situación de poder esperar cordialidad de Elleroth o una repetición de la escrupulosa cortesía que le había mostrado la mañana de su llegada. Había sido una casualidad que el ex-rey de Bekla hubiera compartido padecimientos con el hijo de Elleroth y hubiera contribuido a salvarle la vida. Esto le había salvado la suya propia, pero él no tenía ninguna utilidad ahora para el Ban de Sarkid, que ya había hecho todo lo que de él podría esperarse.

Elleroth lo saludó con su acostumbrada urbanidad, se informó del estado de su salud y expresó el deseo de que Melathys no pensara que la vida en la aldea era dura e incómoda. Luego dijo:

—La mayoría de mis hombres —y yo también— partirán a Zeray pasado mañana. ¿No queréis venir los dos? Personalmente, yo viajo por el río y puedo haceros un lugar.

—Mucho te lo agradecería —contestó Kelderek y fue consciente, a pesar de sí mismo, de su situación de inferioridad en relación a este hombre y de una total dependencia de su buena voluntad—. Ya es tiempo de que volvamos a Zeray, y me temo no estar lo bastante fuerte para marchar con las tropas. Dijiste: «La mayoría de mis hombres». ¿No van todos?

—Debí habértelo explicado antes —contestó Elleroth—. De acuerdo a los términos convenidos con los ortelganos, la provincia quedará bajo nuestra jurisdicción, todas las tierras al Este del Vrako. Esto es perfectamente justo y razonable, dado que Bekla nunca tuvo dominio aquí y el último, en realidad el único. Barón de Zeray, el ortelgano Bel-ka-Trazet, nos invitó concretamente a que realizáramos la anexión hace unos pocos meses. Por un cierto tiempo, hasta que la cosa esté asentada, estableceremos una fuerza de ocupación allá, con puestos en los

lugares apropiados.

—Sólo me sorprende que consideres que vale la pena —dijo Kelderek, decidido a expresar una idea propia—. ¿Qué provecho puede haber en esto?

—El provecho se lo deberemos a Bel-ka-Trazet —contestó Elleroth—. Nunca lo conocí, pero debe haber sido un hombre notable. Si no me equivoco, fue él quien vislumbró por primera vez lo que yo considero que va a ser una innovación de suma importancia.

—Era un hombre notable —dijo Melathys—. Un hombre capaz de sacar ventajas de un montón de cenizas.

—Él nos aconsejó —dijo Elleroth— la instalación de una balsa en el estrecho de Zeray, e incluso describió en líneas generales cómo podría hacerse la cosa. Una idea enteramente de su caletre, dentro de lo que pude darme cuenta. Nuestros pioneros, junto con algunos hombres de Deelguy, están ahora en la obra, pero hemos solicitado la ayuda de algunos cordeleros. Esto es muy importante. Nadie entiende los usos y las cualidades de las sogas como los ortelganos. Cuando la balsa esté completa, Zeray se convertirá necesariamente en una ciudad comercial de cierta importancia, pues habrá una ruta nueva y directa a Ikat y a Bekla, a través del Telthearna y hacia el Este. La balsa, de todos modos, va a abrir nuevos mercados a todas las comarcas que están ahí.

Los aldeanos se enteraron con pena de la partida de los soldados, que por lo general se habían portado bien y pagado honradamente por todo lo que habían bebido. Además, habían traído un agradable cambio y cierta excitación a la rutina de la vida diaria en Tissarn. Había la bulla y el tumulto que suele haber cuando las armas y los equipos se juntan y son examinados, cuando se abandonan cuarteles, se distribuyen cargos y se despacha una partida adelantada a preparar el campamento de la primera noche (pues solamente Elleroth y unos pocos oficiales con sus escoltas iba a ir por agua, dado que el número de canoas era escaso).

Durante la tarde Kelderek, cansado del ajetreo y la conmoción, recogió una caña de pescar, una carnada, y se dirigió al río. No había caminado mucho cuando se encontró con nueve o diez de los niños esclavos, que chapaleaban en la orilla. Se acercó a ellos y halló que estaban de mejor humor que lo que él esperaba: incluso empezó a tener cierto placer en su compañía, que le recordaba ahora un poco los viejos tiempos de Ortelga. Uno de los niños, un muchachito moreno, de rápidos movimientos, de unos diez años, les enseñaba a sus compañeros una canción de Paltesh. Esto llevó a otras canciones, hasta que por fin Kelderek, después que insistieron y lo desafiaron a que hiciera una contribución, les enseñó la primera canción ortelgana que le vino a la memoria:

El gato pesca un pez entre la espuma; el gato pesca un pez y se lo lleva a casa.
¡Que corra el gato, que corra entre la breña!...

Mientras raspaba el sedal de la caña con un palo y preparaba una rama verde para los peces, sintió una vez más, como hacía años no sentía, la exaltación de esa espontaneidad, concentración y simplicidad que lo había llevado una vez a decir que los niños eran «las llamas de Dios».

¡Dáselo a esa niña, sentada junto al fuego! ...

Y así prosiguió, tambaleando y avanzando muy lentamente, porque, como le había dicho a Elleroth, aún estaba lejos de haberse curado; pero en su corazón se sentía como en aquellos días en que había sido un joven tonto a quien le gustaba más jugar con los niños que beber con los hombres.

Kelderek, olvidando su caña de pescar y su carnada, dejó a los muchachos y enderezó hacia la casa de Dirion. Melathys lo estaba esperando en la puerta, vestida con su metlán yeldashay con el emblema de las espigas de trigo.

—Elleroth acaba de irse —dijo ella—; el mismo Ban en persona. Nos ha invitado a cenar con él esta noche y dice que espera que tú no estés demasiado cansado. No habrá nadie más y tiene mucho interés en verte, lo cual en él equivale a una invitación urgente, diría yo.

Al cabo de unos instantes añadió:

—Se demoró aquí, por si tú volvías... Y yo me tomé la libertad de contarle cómo andaban las cosas entre tú y yo. Supongo que ya lo sabía, pero tuvo la amabilidad de fingir que no estaba enterado. Le conté como vine a dar a Zeray y le hablé de Bel-ka-Trazet. Me preguntó qué intentábamos hacer ahora y yo le expliqué —o traté de explicarle— lo que la muerte del Señor Shardik había significado para nosotros. Le dije que tú estabas totalmente decidido a no volver nunca a Bekla.

—Me alegro que se lo hayas dicho —dijo Kelderek—. Tú tienes más facilidad para hablar con él y la gente como él que yo. Él me recuerda a Ta-Kominion, y Ta-Kominion era demasiado para mí. Supongo que Elleroth puede ayudarnos, pero no tengo intenciones de pedirselo. Le debo mi vida, pero de todos modos no puedo rebajarme a dar a uno de estos yeldashay la oportunidad de que me diga que tengo la suerte de estar vivo. Pero... pero...

—Pero ¿qué?... querido... —preguntó ella, levantando los labios y besándole el lóbulo agujereado de la oreja.

—Tú dijiste: «nos indicarán lo que debemos hacer». Yo tuve una especie de presentimiento de que algo puede ocurrir antes de que salgamos de Tissarn.

—¿Qué?

—No —dijo él, sonriendo—, no, la sacerdotisa clarividente de Quiso eres tú, no yo.

—No soy sacerdotisa —contestó ella gravemente.

—No es lo que decía la Tuguinda. Pero mañana de noche podrás preguntárselo de nuevo. Y también a Ankray.

—Bueno, Säiyet, el Barón siempre decía que... —la imitación era excelente, pero se interrumpió de repente—. No importa: aquí viene Dirion. Déjame que te cambie la venda del brazo. ¿Qué has estado haciendo en el río? Está demasiado sucia para una cena con Elleroth.

Era agradable tener tanta luz en el cuarto, pensó Kelderek, mirando al criado de Elleroth, que renovaba las lámparas y barría el piso de la chimenea. Desde los días de Bekla no había visto un cuarto tan bien iluminado de noche. Verdad es que la luz no dejaba ver ni lujo ni ostentación —nada más que la pobreza del lugar, en verdad, pues las habitaciones de Elleroth eran muy parecidas a las suyas propias— una casa de madera, como un cobertizo, cerca de la orilla, con dos cuartos desnudos en cada piso; pero también mostraba que Elleroth como podía esperarse, se complacía en mostrarse generoso, incluso espléndido, con sus invitados; y sin idea de retribución, ya que como lo había prometido, nadie estaba allí, fuera de él, Melathys, Tan-Rion, otro oficial y Radu. El muchacho, aunque todavía pálido y demacrado, había cambiado como cambia un músico cuando pone la mano sobre un instrumento. Como un cuento antiguo, el desdichado niño esclavo se había convertido en el heredero de Sarkid: un caballero joven, a quien se le había enseñado a ser deferente con su padre, amable con los oficiales, silenciosamente atento a la conversación de sus mayores y, en toda situación, a comportarse de acuerdo a su rango. Pero no todo fue cortesanía, ya que habló seriamente a Kelderek de los niños esclavos y de la ceremonia en la orilla; y cuando el sirviente de Elleroth, después de haber cortado la carne de su amo manco, iba a hacer lo mismo para Kelderek, Radu se le adelantó, y rechazó la protesta de Kelderek diciendo que esto era menos que lo que Kelderek había hecho por él.

La cena era tan buena como la pueden preparar servidores militares competentes cuando están en servicio activo: pescado (él, por su parte, hubiera conseguido algo mejor), pato, cerdo correoso con berros, fruta caliente con queso de cabra y un syllabub de huevo con nueces y miel. El vino, sin embargo, provenía de yeldashay: un vino meridional, suave y con cuerpo, y Kelderek sonrió interiormente al pensar que Elleroth, que había estado con una prisa tremenda por iniciar su marcha desde Kabin al enterarse que su hijo estaba vivo, había hallado tiempo para encargarse de una buena provisión. Elleroth, pese a su displicencia aristocrática, tenía un corazón magnánimo y sincero que había sido probado ampliamente —y la misma vida de Kelderek era una prueba de ello— y él no era tan envidioso o tan mezquino como para suponer que la riqueza o el estilo denotaban necesariamente indiferencia por los sentimientos de los hombres más pobres. Si Elleroth era un aristócrata, también sentía las obligaciones de los aristócratas, y con mucha más cordialidad que Ta-Kominion o Gued-la-Dan. Sus soldados lo hubieran seguido hasta los Estrelos de Urtah. Y sin embargo Kelderek, pese a su auténtica gratitud que sentía por este hombre que había dejado de lado su antigua enemistad y lo trataba como amigo e

invitado, seguía sintiéndose en desacuerdo con el suave autodomínio de Elleroth, con el tono parejo y controlado de su voz, con su capacidad de convertir el estilo más bien anecdótico de conversación de Kelderek en su propio estilo: impersonal y desprendido. Se había mostrado sumamente cortés y considerado, pero para Kelderek su conversación y su manera encerraban una sugerencia del embajador que recibe a extranjeros a medias civilizados porque así tiene que hacerlo. ¿Habría tal vez algún propósito no revelado detrás de su invitación? Pero ¿qué propósito podía haber, ya que todo estaba resuelto y arreglado? Radu estaba vivo y Shardik muerto; Ikat y Bekla estaban en paz y Melathys y él estaban en libertad de irse cuando quisieran. En la misma situación estaban Sháuter y los niños esclavos libres como moscas, libres como las hojas del otoño o las cenizas que arrastra el viento. No; ya no había más nudos que desatar.

Elleroth estaba hablando del equilibrio de poder entre Ikat y Bekla, de las perspectivas de paz y de la necesidad de sobreponerse a todos los residuos de enemistad que aún quedaban entre los dos pueblos. La prosperidad, decía, era un bálsamo para los corazones y los hogares, y a Kelderek le pareció que no había peligro en aprobar esta evidente verdad. Luego, después de una pausa Elleroth miró hacia abajo, como si estuviera reflexionando, hizo girar los restos de vino en su copa pero apartó a un soldado atento que, no entendiendo el gesto, se había acercado a llenarla; y unos instantes después le dio permiso para irse. Cuando el hombre se retiró, Elleroth levantó la mirada, sonriendo, y dijo:

—Bueno, Crendrik, o Kelderek Zenzuata, como dice Melathys que debo llamarte, me has dado mucho que pensar: o, en todo caso, yo he estado pensando y tú tienes mucho que ver en la cosa.

Kelderek, un poco confundido a pesar de sentirse fortalecido por el vino de Ikat, no contestó. Pero pudo por lo menos devolver la mirada de su anfitrión con una expresión de espera cortés y cierto dominio de sí mismo.

—Uno de nuestros problemas —y no es el menor— habrá de ser en primer término establecer un dominio apropiado de Zeray, y luego desarrollar a esta provincia de modo total. Si en algo has tenido razón, Kelderek, es cuando hablaste de la necesidad del comercio para la prosperidad de la gente común. Zeray habrá de convertirse en una importante ruta comercial, tanto para Bekla como para Ikat. No podríamos monopolizarla aunque lo quisiéramos, pues el comercio tendrá que llegar a través de Kabin, también, y la gente de Kabin no quiere ser independiente de Bekla. De tal modo que vamos a necesitar a alguien que se ocupe de Zeray, preferentemente alguien que no sea extranjero del todo, alguien que no favorezca ni a Bekla ni a Ikat, alguien que se interese en el comercio y comprenda su gran importancia.

—Me doy cuenta —dijo Kelderek cortésmente.

—Además, por supuesto, necesitamos alguien que tenga experiencia personal del

Telthearna —siguió diciendo Elleroth—; puede ser que no te des cuenta de esto, Kelderek, ya que estás tan familiarizado con la cosa, pero no todo el mundo sabe dedicar la justa atención y el respeto que requieren las costumbres de un gran río, sus sequías, sus inundaciones, sus nieblas, sus corrientes, y sus remansos... un río que va a ser atravesado por una balsa en un punto peligroso. Esto requiere experiencia y conocimientos que se hayan convertido ya en segunda naturaleza.

Kelderekapuró su vino. La copa era de madera, de artesanía campesina, hecha casi seguramente —pensó— aquí mismo, en Tissarn. En el recipiente alguien se había dado mucho trabajo por lograr una imagen bastante pasable de un Kynat en vuelo.

—Además, sería muy deseable que este gobernador tuviera alguna experiencia previa de gobierno y de ejercicio de la autoridad —siguió diciendo Elleroth—; incluso con ayuda militar, Zeray va a ser un asunto difícil durante cierto tiempo, considerando su actual situación y la de toda la provincia. Y creo que el nombramiento tiene que caer sobre alguien que sepa reconocer a la gente revoltosa desde el primer momento, alguien que esté aguerrido, se podría decir, y sepa poner las cosas en su lugar. Dudo que podamos encontrar algún aristócrata terrateniente ni siquiera un oficial de profesión que esté dispuesto a aceptar el cargo. Casi todos ellos desprecian el comercio y, de todos modos, ¿quién va a estar dispuesto a abandonar tierra y propiedades para irse a Zeray? Y, ¿cuál de los gobernadores de provincia aceptará el traslado? La cosa es difícil, Tan-Rion, ¿no es así?

—Lo es, señor —dijo Tan-Rion—; muy difícil.

—El lugar también necesita ser colonizado —dijo Elleroth—: manos de buena voluntad: eso va a hacer mucha falta. Supongo que tendremos que buscar gente joven que no tenga mucho que perder... gente a quien le hace falta que se le dé una oportunidad y que no anda con remilgos. Sin embargo, de nada serviría enterrarla en Zeray: encontraría demasiadas cosas y eso sólo serviría para aumentar la criminalidad. Va a hacer falta el ojo vigilante de algún gobernador bondadoso que sea comprensivo y sepa sacar algo de la gente de quien nadie sabe sacar nada. Supongo que nos hace falta un hombre que haya sufrido un poco... ¡Dios mío!... Es un problema. Lo cierto es que no puedo imaginar de dónde vamos a desenterrar una persona que pueda llenar todos estos requisitos. Melathys, querida mía, ¿tienes alguna idea?

—Es extraño —contestó Melathys, a quien los ojos le brillaban a la luz de la lámpara— creo que la tengo. Debe ser clarividencia... o tal vez este excelente vino.

—Le escribiré a Santil-ke-Erketlis desde Zeray —dijo Elleroth— pero estoy seguro que aceptará mi recomendación. Radu, querido hijo mío, ya es tiempo de que te metas en la cama. Y Kelderek, también, si no me equivoco. Vosotros dos habéis estado enfermos y parecéis exhaustos. Y nosotros tenemos que ponernos en marcha

mañana, varias horas antes del mediodía, si es posible.

58

Siristru

«... ya que este es el comienzo del tercer día en que viajamos hacia el Oeste desde la frontera occidental del reino de Su Majestad, a través de algunas de las comarcas más inhospitalarias que nunca he visto. Al principio mientras nos mantuvimos cerca de la orilla del río Varin, (al que nuestro guía llama, en su lengua, “Tiltharna”) había selva y maleza salpicada de rocas, a continuación, a decir verdad, de la zona que se extiende por la frontera occidental de Su Majestad, pero más salvaje y, por lo que hemos visto, deshabitada. No hay, por supuesto, caminos y, por nuestra parte, no hemos encontrado ni un solo sendero. Por un tiempo bastante largo tuvimos que desmontar y llevar a pie los caballos con las mulas de carga: hasta tal punto es pedregoso y traicionero el suelo. Tampoco vimos embarcaciones en el río, pero esto no nos sorprendió, porque, como sabe Su Majestad, nadie ha llegado a Zakalón, por la parte de arriba. El guía nos dice que más abajo de esta región hay un despeñadero, (que él llama Berel), lleno de cascadas y rocas semisumergidas, de modo que no es posible ir desde allí hasta nuestras regiones por el río. Que este hombre y sus seguidores se hayan visto forzados a hacer este viaje a pie y que su nación sea totalmente ignorante del uso de los caballos demuestra en parte, creo, que este país desconocido, al que nos dirigimos, genera una humanidad recia y resuelta y también que sus habitantes —o algunos de ellos— deben tener mucho interés en desarrollar vínculos de comercio con nosotros.

»Vademos dos afluentes del Varin, tanto el uno como el otro —ya que nos encontramos con ellos cerca de la confluencia— con ciertas dificultades. Lo cierto es que, en el segundo cruce perdimos una muía y una de nuestras carpas. Esto ocurrió anteayer, y poco después abandonamos la selva y entramos en el desierto que ahora estamos atravesando. Esta región tiene plantas pinchudas, una arena fina, que el viento levanta (lo cual es malo tanto para los caballos como para las muías) y rocas negras que tienen un aspecto siniestro.

»Nuestro guía dice que esta región forma la extremidad meridional de un país llamado Deelguy; dentro de lo que puedo entender, un reino semibárbaro de bandidos belicosos y ladrones de ganado, que viven entre bosques y laderas de montaña. Los deelguy, sin embargo, habitan a unos veinticinco kilómetros hacia el Norte. La verdad parece ser que a este desierto, una tierra que nadie quiere, se le permite seguir siendo en parte territorio del rey de Deelguy, un reino cuyas fronteras (y autoridad) son en todo caso bastante vagas.

»Su Majestad recordará que cuando el hombre Tan-Rion, ahora nuestro guía, logró comunicar en una audiencia que él provenía de un país que estaba más allá del Varin, dotado de recursos comerciales, a los consejeros de Su Majestad

(incluyéndome, lo reconozco) les resultó difícil creer que semejante país pudiera existir sin nuestro conocimiento previo. Sin embargo, la dificultad de este viaje, junto con la circunstancia de que los habitantes sólo han logrado en el año pasado establecer un cruce seguro del Varin en un punto que está al alcance de Zakalón, vuelve esto más creíble para mí; y en una palabra, estoy convencido ahora que, como Su misma Majestad ha dicho, ésta puede ser una tierra con recursos que merezcan nuestra atención. Tan-Rion describió (si lo entendí bien) unas minas de hierro y de varias clases de piedras preciosas; también se refirió a maderas y piedras trabajadas aunque no sé de qué modo. También habló de trigo, vino y ganado. Buen parte del comercio posible, creo, tendrá que esperar la construcción de un camino o, por lo menos, el establecimiento de una ruta fluvial. (No me ha pasado inadvertido que tal vez sea posible más adelante llevar mercaderías a través del Vardin y embarcarlas de nuevo en algún punto apropiado de la costa, más abajo de los rápidos). En lo que a trueque se refiere, sólo tengo que recordar a Su Majestad que aparentemente la totalidad del país ignora todo lo que se refiere a caballos y que ninguno de estos hombres ha visto nunca el mar.

»En cuanto al idioma, tengo el placer de declarar que, al parecer, hago algunos progresos. Lo cierto es que, uno tiene la impresión de que hay dos idiomas de uso general más allá del Varin; el primero, llamado beklano, está más difundido en la zona del Norte, mientras que el segundo, el yeldashay, se habla por lo general en el Sur. Tienen semejanzas, pero yo me estoy especializando en el beklano, con el que puedo más o menos arreglármelas de cierto modo. Usan muy poco la escritura, que parece fascinar a mi instructor soldado cuando yo escribo el sonido de lo que él me dice. Según él, han pasado tres años desde el fin de la guerra civil —algo que tuvo que ver con la invasión de Bekla por una tribu extranjera que aparentemente traficaba esclavos— confieso que no me pude dar cuenta clara de lo que era la cosa. Pero ahora están en paz y, desde que las relaciones entre el Norte y el Sur han mejorado, las perspectivas de nuestra embajada parecen bastante buenas.

»Hoy cruzamos —si no me han engañado— el Varin hasta una ciudad desde la cual podremos viajar tierra adentro hasta Bekla. Naturalmente mantendré informada a Su Majestad de...».

Siristru, hijo de Balko, hijo de Mereth de los Dos Lagos, alto consejero de Su Majestad Ascendiente, el rey Luín de Zakalón, echó una mirada a la carta inconclusa, se la entregó a su servidor para que la guardara con el resto del equipaje y se dirigió a la tienda en donde esperaban los caballos entre la breña. Sólo Dios sabía cómo y cuándo se podría entregar aquella carta. De todos modos, iba a producir buena impresión el mantener una información bastante continuada, demostrando que el rey y los intereses del rey estaban presentes todo el tiempo en su mente. Se había permitido hacer una mención de la execrable agua de beber, aunque no había dicho

nada de su estómago trastornado y de la diarrea que, diariamente, temía que se transformara en disentería. Una sugerencia discreta de ciertas dificultades podía ser más elocuente que muchos detalles. Tampoco había, mencionado sus ampollas: y mucho menos la ansiedad nerviosa que se apoderaba de él a medida que avanzaba desde Zakalón por la región desconocida del otro lado del río. Como conocía las esperanzas del rey, se había tomado el trabajo de manifestar confianza en las perspectivas comerciales. Lo cierto es que éstas parecían razonables y, aun en el caso de que no lo fueran, no había nada malo en dejar ver una esperanza inicial de tiempos mejores. En su corazón, sin embargo, hubiera querido que el rey no lo hubiera elegido para esta expedición. Él no era un hombre de acción. Le había sorprendido el nombramiento y, disimulando su inquietud bajo una capa de modestia, había preguntado la razón de él.

«¡Oh, necesitamos un hombre prudente y ecuánime, Siristru!», había dicho el rey poniéndole una mano en el hombro y caminando con él a lo largo de la galería que daba sobre la Terraza de las Abejas. «Yo no quiero de ningún modo enviar algún soldado pendenciero o un aventurero joven y ávido por medrar, que no harán nada más que alborotar a esta gente, tratando de echar mano a todo lo que puedan. Eso equivaldría a empezar con el pie izquierdo. Yo quiero enviar a un hombre de experiencia, sin apetitos personales, alguien que sea capaz de hacerse una composición de lugar y que pueda volver con la verdad. Haz eso y te aseguro que conmigo quedarás cumplido. Esta gente, sea la que fuere, tiene que ser tratada de modo que pueda tener confianza en nosotros y respetarnos. ¡Por el Ciato!, ¡ya la cosa ha ido demasiado lejos! Yo no quiero que esta gente sea explotada sin más».

Y así fue, oyendo el murmullo de las abejas, que revoloteaban en torno a la varita de oro, Siristru había aceptado el nombramiento.

Bueno, después de todo, era bastante justo y, si de hacerle justicia se trataba, Luín era un hombre de juicio ponderado y ecuánime... Si se quiere, un buen rey. El inconveniente consistía, como siempre, en llevar a la práctica sus excelentes ideas. Cuando se llegaba a este punto, los soldados pendencieros y los aventureros jóvenes y ávidos resultaban más capaces de atravesar desiertos y selvas y tenían menos miedo que un consejero prudente y ponderado de cuarenta y ocho años, un hombre de letras con afición a la metafísica y al estudio de la ética. Muy poco iba a haber de esto en el lugar adonde iba. Las maneras y las costumbres de los pueblos semi-civilizados tienen cierto interés, por supuesto, pero este era un terreno de investigación en el que había trabajado suficientemente en su juventud. En la actualidad, Siristru era básicamente un maestro, un estudioso de los escritos de los sabios, un hombre que tal vez se preparaba a ser él mismo un sabio, si sobrevivía.

—No me importa tanto que los bárbaros me descuarticen —dijo en voz alta, dando un latigazo a unas ortigas— pero sí me importa que me aburran (latigazo), me

fastidien (latigazo), me condenen al tedio (latigazo)...

—¿Señor? —preguntó su criado, saliendo de las filas—. ¿Me llamaste?

—No, no —dijo Siristru apresuradamente, sintiéndose turbado, como siempre que lo sorprendían hablando solo—. No, no. Venía a ver si ya estabas listo, Thyval. Se supone que llegaremos hoy al cruce, como creo que te dije. No conozco la distancia justa, pero preferiría llegar al otro lado con luz del día, de modo que podamos hacernos una idea del lugar antes de que se ponga oscuro.

—Sí, señor, me parece una buena idea. Los muchachos están preparando ahora sus cosas. ¿Qué hago con la yegua, señor? ¿La pongo junto con las muías?

—Tendrás que hacerlo, si sigue cojeando —contestó Siristru—. Ven a avisarme en cuanto estéis listos.

Llegaron a la ribera oriental un poco antes de mediodía, después de sólo cinco horas de marcha.

En estas regiones la primavera todavía no se había convertido en verano, pero de todos modos el día se calentaba pronto y el viento se movía lo bastante para levantar arena de manera molesta. Siristru, que marchaba pesadamente detrás de su yegua coja, iba cabizbajo, con los ojos entornados y, cuando la arena se le metía entre los dientes, trataba de pensar en sus alumnos de metafísica en Zakalón. Hay que contar con las cosas buenas que uno tiene: por lo menos no faltaba el agua tibia para quitarse la arena. Tan-Rion estaba de excelente humor ante la perspectiva de la vuelta y conducía a sus hombres haciéndoles cantar canciones de Yeldashay. Las canciones eran ruidosas, simpáticas, pero no la clase de música que a Siristru le gustaba.

De repente se volvió consciente —y se sintió halagado de ser el primero en notarlo, pues sus ojos ya no eran los que habían sido— de unas figuras distantes sobre la arena. Se detuvo y trató de ver a la distancia. La región, aunque desierta como siempre, ya no era chata. Había lomas y dunas largas y abruptas, salpicadas por las sombras de piedras blancas encima, enormes y eternas bajo el sol, como sólo se pueden ver en las colinas del desierto. En un punto sobre la izquierda había un montón de casuchas, una especie de tolderío, primario y nuevo a la vez: era aquí que se veían las figuras en movimiento. Más allá el terreno descendía de manera invisible y parecía haber una especie de fulgor reflejado en el aire. Sobre la bruma más distante aun sobre el horizonte —y, aunque se restregó los ojos, no logró ver mejor— se cernía un verdor que podía ser la selva.

Una hora después se detuvieron en la orilla izquierda del río y contemplaron la ciudad, que estaba sobre la margen Oeste y que Tan-Rion llamaba Zeray. Alrededor de ellos se juntó una multitud de soldados asombrados y de campesinos de Deelguy habitantes del caserío y trabajadores de la balsa. Todos comprendieron, evidentemente, que estos extranjeros llegaban de un país distante y desconocido, traídos por Tan-Rion, a quien habían visto partir tres meses antes. La algarabía se

intensificó así como los apretujones, las indicaciones con las manos y las exclamaciones cuando se dieron cuenta que estos animales de nariz larga usaban atavíos hechos por el hombre y obedecían al hombre como bueyes.

Siristru, decidido a no mostrar nerviosidad en medio de los apretujones y la algarabía, de la cual no podía entender ni una palabra, se mantuvo silencioso junto a la cabeza de su caballo, apartado, hasta que Tan-Rion, acercándose, le pidió que lo siguiera y empezó a abrirse paso entre la multitud con el lomo de su vaina. La gente se apartaba riendo y chacoteando como niños, con un miedo que era a medias imitado y a medias real; después volvían a cerrar filas detrás de los recién llegados bailando y cantando, cuando Tan-Rion avanzó hasta una cabaña más grande que servía de cuartel general a los oficiales de Deelguy. Tan-Rion dio un solo golpe en la puerta y entró. Siristru le oyó gritar un nombre y luego, queriendo mostrar serenidad a medida que la multitud se apretujaba en torno a él, se volvió para contemplar la ciudad que estaba del otro lado del río.

La ciudad se levantaba detrás de un estrecho de aguas turbias y amarillentas; las aguas por lo que pudo juzgar, eran demasiado veloces en el centro para cualquier embarcación. Pudo notar que una rama grande, cubierta de hojas, se hundió en la mitad de la corriente tan rápidamente como si hubiera caído por el aire. No pudo ver el extremo bajo del estrecho, pero corriente arriba, en la otra margen, el río doblaba hacia una bahía en donde él pensó que podía descubrir lo que parecía ser un cementerio entre árboles. La ciudad misma estaba más cerca, directamente en frente de él, llenaba un promontorio informe sobre la bahía. Nunca en su vida había visto Siristru una ciudad con un aspecto tan dejado de la mano de Dios. Evidentemente, no era grande. Había varias casas viejas, tanto de piedra como de madera, pero más bien chicas y con proporciones que no eran ni agradables ni agradables. Las nuevas casas, al parecer más numerosas que las viejas, estaban terminadas o no y tenían un aspecto utilitario y apresurado, como si no hubieran sido puestas en su lugar o proyectadas de acuerdo a un plan. Había unos cuantos árboles, algunos sanos y otros no, pero era claro que no había un parque en ningún lado. Cerca del río la gente —y aun a esta distancia parecían más bien chicuelos— estaba trabajando en dos construcciones casi terminadas, que parecían barracas. Frente a éstas había un desembarcadero y también, dentro del agua y también al lado, una serie dentro de lo que él podía calcular. Era de este cable que iban a depender sus vidas. La balsa iba a ser tirada desde aquí, y tendría la fuerza de la corriente empujando en un ángulo muy agudo por detrás.

Thyval le tiro de la manga.

—Disculpa, señor, ¿crees que tienen intenciones de llevarnos en eso?

Siristru lo miró a los ojos y asintió lenta y tétricamente dos o tres veces.

—Bueno... los caballos no van a aguantar, señor, y de todos modos no hay lugar para ellos.

—¿Ni siquiera para un solo caballo, crees, Thyval? Esta gente no sabe nada de caballos, y a mí me gustaría llegar con uno, por lo menos.

—Bueno, señor, yo correría el riesgo, pero lo malo es que el agua está agitada... Me parece que la cosa se pone bastante fea... Estamos todos amontonados y no hay baranda ni nada...

—Sí, sí, naturalmente —dijo Siristru apuradamente, pues el cuadro que se le describía era demasiado para su estómago ya convulsionado—. Lo mejor será que tú vengas conmigo, Thyval, y también Baraglat... ¿no tienes miedo, verdad, Baraglat? No, claro que no, bravo muchacho que eres... El resto tendrá que quedarse aquí con los caballos hasta mañana. Yo volveré Dios sabe cuándo con esta corriente, pero volveré... y me ocuparé de todo. Ahora, en lo que se refiere al equipaje... ¿Cuál es la mejor forma de distribuirlo? Y hay que decir a algunos de los hombres de Tan-Rion que se queden con los nuestros. No podemos dejar a nuestra gente aquí sola con estos bandoleros... Y habrá que buscar un establo para los animales... No voy a tolerar majaderías. Tan-Rion, un momento, por favor...

Metafísico o no, Siristru no carecía de decisión y capacidad práctica y sus hombres confiaban en él. Hay mucha diferencia entre ser incapaz de hacer algo y sentir desagrado en hacerlo. El rey Luín siempre había sido un buen conocedor de los hombres, aunque los eligiera de manera poco ortodoxa. En media hora el equipaje estaba distribuido, Tan-Rion había accedido a solicitar tres yeldashay de confianza —uno de los cuales hablaba el idioma deelguy— para que permanecieran con los hombres y los caballos de Siristru; a los oficiales de Deelguy se les dijo que debían ofrecer en lo que a alojamiento se refiere, y los que tenían que hacer la travesía ya estaban embarcados.

Además de los viajeros había un grupo de seis labradores de Deelguy, cuya tarea consistía en mantenerse hombro a hombro y tirar de la soga. Se pusieron a esta tarea, cantando rítmicamente detrás de su jefe, y la balsa, ladeándose casi directamente corriente abajo, se fue colocando poco a poco en la corriente central.

El cruce fue para Siristru una experiencia agotadora. Aparte de la soga y los postes de las argollas, junto a los cuales no había lugar nada más que para la tripulación, no había de dónde agarrarse y la pesada balsa, con la corriente casi totalmente de frente, bailaba como la tapa de una caldera con agua hirviente. Se puso en cuclillas sobre el equipaje, apretando las rodillas y tratando de dar un ejemplo de serenidad a sus hombres, que estaban sin duda aterrados. Tan-Rion estaba de pie a su lado, con las piernas abiertas; buscando el equilibrio, cuando la balsa se ladeaba y giraba. El agua corría sobre la entabladura, como si estuvieran baldeando. Junto con las canciones, que proseguían sin descanso, y el continuo chapaleo del río bajo los maderos, sólo se podía hablar intermitentemente y a gritos. Cuando se internaron un poco, un viento frío empezó a echarles espuma encima.

—¿Qué están cantando? —gritó Siristru a Tan-Rion.

—Oh, el capataz lo inventa en el momento... cualquier cosa para mantenerlos animados. Creo que he oído antes esta canción.

—«Shardik a moldra konvay gau» —canturreaba el jefe cuando la tripulación se inclinaba hacia adelante y se disponía a dar un tirón.

—¡Shardik! ¡Shardik! —respondía la tripulación, entre dos respiros.

—¡Shardik a lomda, Shardik a pronta!

—¡Shardik! ¡Shardik!

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Siristru, escuchando atentamente las sílabas reiteradas.

—Bueno... Veamos... Quiere decir: «Shardik dio su vida por los niños, Shardik los encontró, Shardik los salvó»... Ya te das cuenta, señor... Cualquier cosa que siga el ritmo.

—¿Shardik? ¿Quién es?

Hubo un tremendo tumbo. Tan-Rion rió, levantando las dos manos en un gesto de impotencia, encogiéndose de hombros. Unos instantes después gritó:

—¡Casi, casi!

Poco a poco llegaron a aguas más tranquilas. En los cien últimos metros los hombres dejaron de cantar y tiraron de la soga con cierta facilidad. Les arrojaron un cable enroscado desde el embarcadero y unos minutos después llegaban. Siristru se aferró a una mano que se ofrecía y, por primera vez en su vida, pisó la margen derecha del Varin.

La balsa fue llevada a una especie de muelle levantado sobre unas robustas estacas metidas en las aguas playas. Era la vista de estos desde la orilla opuesta lo que lo había dejado perplejo aquella mañana temprano. Cuando los labradores de Deelguy bajaron a tierra, seis o siete niños, el mayor de los cuales no tendría trece años, subieron a la balsa, cargaron el equipaje y luego, después de abrir las argollas, retiraron la soga y arrastraron la balsa por el muelle hasta otra soga similar que estaba en un extremo. Siristru, dándose, vuelta, vio a Tan-Rion que lo estaba señalando a él y a su grupo. Tan-Rion estaba de pie, un poco alejado, hablando con un joven de pelo negro que parecía tener cierta autoridad en el muelle de desembarco, pues de repente interrumpió a Tan-Rion y gritó una orden a los niños que estaban en la balsa. Se empezó a formar un coro. Los que trabajaban en las construcciones cercanas, con aspecto de depósitos, habían dejado al parecer sus herramientas y se acercaban a mirar. Siristru devolvía las miradas con cierta perplejidad, pues la mayoría de ellos eran niños. Sin embargo, no tuvo mucho tiempo de cavilar, ya que Tan-Rion se acercó a él acompañado del joven de pelo negro que le hizo una inclinación más bien formal y le tendió la mano. Era feo, incluso repelente, con un ojo desviado y una marca en la cara, pero su manera, después de decir unas palabras de bienvenida, era

cortés y bastante benevolente. Llevaba una especie de insignia o emblema: una cabeza de oso entre dos espigas de trigo y Siristru, que no podía entender el beklano que hablaba (y que no parecía de nativo), sonreía, asentía con la cabeza y tocó el emblema con un dedo, a guisa de gesto amistoso.

—Este joven tiene a su cargo los niños del puerto —dijo Tan-Rion.

—Su nombre es Kominion, pero la mayor parte de nosotros le llamamos simplemente Sháuter. He enviado un hombre a que informe al gobernador de tu llegada y pida una casa que habrá de ponerse a tu disposición. En cuanto sepamos en dónde es, Sháuter recogerá tu equipaje. Puedes entregárselo con toda confianza. Esto llevará un poco de tiempo, por supuesto, y temo que nuestras instalaciones te parezcan un poco primitivas: lo cierto es que esta es una ciudad de frontera. Pero por lo menos puedo asegurarte que tendrás comida y un fuego mientras tengas que esperar. También hay una taberna bastante decente aquí, donde podrás estar cómodo y aislarte; un lugar que se llama «El soto verde».

—¡Vamos, apartaos, muchachos! —gritó—. ¡Dejad tranquilos a los forasteros y volved al trabajo!

Contento finalmente de pisar suelo firme después de la carrera por el río, Siristru, caminando junto a su guía, llevó a sus hombres por la zona portuaria hasta la ciudad, que parecía tan movida y ajetreada como una cueva de ladrones.

«... obligado a dejar los caballos en la margen oriental y disponiéndome de vuelta a enviar esta carta con dos o tres jinetes, aunque los voy a echar de menos, porque todos se han portado muy bien en momentos difíciles y los recomiendo al favor de Su Majestad.

»En cuanto a la travesía por balsa del Varin, hecha por esta gente, revela bastante ingenio y me inspira esperanzas de que podamos beneficiarnos al entablar relaciones comerciales con un pueblo de tantos recursos. El Varin es aquí relativamente angosto: el estrecho tiene tal vez unos cuatrocientos cincuenta metros hasta la ciudad de Zeray en la orilla opuesta. La corriente, en consecuencia, es muy rápida, demasiado rápida para la navegación, y más abajo hay una caída peligrosa, conocida como el Berel, de la cual ya he escrito y a la que ellos mucho temen. Sin embargo, han aprovechado esta corriente, porque desde Zeray se las han arreglado para tender dos sogas a través del río, una hasta un punto de la otra orilla a unos mil metros corriente arriba, y otra asegurada a una distancia similar corriente abajo. Esto, me dicen, fue realizado con muchas dificultades, en primer lugar por haber tenido que llevar un extremo de cada soga a través del río varias millas corriente abajo, poco a poco, hasta sus actuales puntos de anclaje. Cada soga tiene una longitud de unos mil doscientos metros y su fabricación lleva varios meses.

»Ahora estamos instalados en una casa aquí: bastante pobre, pues el nivel general es bajo, pero sana y limpia. Más entrada la tarde me veré con el gobernador y,

naturalmente, le transmitiré el mensaje de buena voluntad de Su Majestad. Poco después creo, vamos a hacer una excursión al Oeste, de unos cincuenta kilómetros, hasta una ciudad llamada Kabin donde, si he entendido bien, hay un depósito de aguas que abastece a la ciudad de Bekla. Es aquí y en otra ciudad que ellos llaman Igat o Ikat que esperamos hablar con los gobernantes del comercio con Zakalón.

»Hay una característica de esta ciudad que Su Majestad, estoy seguro, encontraría tan sorprendente como yo, y es el gran número de niños que trabajan, a veces sin ningún adulto a cargo de ellos, y que realizan buena parte de la actividad del lugar. Cuando una tarea requiere una dirección especializada, por ejemplo la construcción de nuevos almacenes en la zona del puerto, trabajan bajo las instrucciones de los maestros, pero en otros casos, cuando se trata de tareas sencillas, tienen sus propios capataces, niños mayores que los dirigen sin ninguna supervisión. Lo que hacen, aunque útil, es por lo que he visto bastante primitivo, pero es apropiado para el lugar, y los niños, en su mayoría, parecen estar contentos. En esta casa nos atienden tres doncellas muy graves que no tienen más de once o doce años de edad; toman sus obligaciones muy seriamente y consideran un honor el haber sido elegidas para atender huéspedes extranjeros».

Se oyó un ligero golpe en la puerta. Siristru levantó la mirada y, no recordando la palabra beklana para decir «adelante», produjo un sonido que —esperó— trasuntaba un consentimiento amable. Una de las niñas de servicio abrió la puerta, se llevó la palma de la mano a la frente y se puso a un lado para dar paso a un hombre grande que Siristru nunca había visto. Su blusa de cuero, que llevaba el emblema del oso y las espigas, parecía cruzarle todo el ancho del pecho, y los pantalones de cuero —al parecer hechos para un hombre de tamaño normal— le llegaban hasta la mitad de la pantorrilla. Sobre el hombro llevaba con soltura una gran bolsa, que parecía muy llena. El hombre sonrió cordialmente a Siristru, se llevó la palma de la mano a la frente y dijo:

—Crendro.

Esta palabra no era conocida por Siristru, pero como evidentemente era un saludo, contestó «Crendro» y esperó. La siguiente frase de su visita, sin embargo, lo confundió del todo, y debió llegar a la conclusión de que el hombre estaba hablando en alguna lengua o dialecto extraños.

—¿Sabes hablar en beklano? —preguntó tartamudeando—. Yo entiendo el beklano un poco.

—Yo también, señor —contestó el gigante en un beklano chueco pero comprensible y acompañado de una sonrisa amable.

—¿Así que tú eres un príncipe extranjero, eh? ¿Y has llegado en la balsa? Vas a hacer la fortuna de todos nosotros, supongo... o eso es lo que me dicen. Todos mis respetos, señor.

Al llegar aquí Siristru ya se había dado cuenta que su visitante era, evidentemente, algún criado y, por su estilo, un criado privilegiado; pero también era alguien a quien había que mantener a distancia para que no se propasara y charlara más de la cuenta. Por lo tanto, sin sonreír y secamente dijo:

—¿Tienes un mensaje para mí?

—Así es, señor, así es —contestó el hombre—. Mi nombre es Ankray. Yo atiendo al gobernador y su señora. El gobernador volvió de Lak una o dos horas después de mediodía y supo que tú habías llegado; así que me dijo, «Ankray, si vas a la zona del puerto no olvides de traerme de vuelta una de esas bolsas con tocos gordos que usan allí, esos que llegaron de Tonilda el otro día, y de vuelta a tu casa puedes pasar a ver a ese príncipe extranjero, ese caballero, y decirle que tendré mucho gusto en verlo cuando quiera venir». De modo que si te parece conveniente, señor, puedes venir conmigo ahora, ya que no conoces la dirección: yo te puedo llevar allí.

—Espérame e iré contigo directamente.

No era la clase de invitación a la casa del gobernador que él había esperado, pero no tenía importancia: era una pequeña ciudad, no había nada que oír o hacer aquí, la verdadera diplomacia se presentaría después, en las ciudades que estaban al Oeste. Sin embargo, había que ser cortés con este gobernador, que por otra parte tal vez fuera el hombre responsable de haber proyectado y construido la balsa.

Suspiró, dobló y guardó en el bolsillo su carta inconclusa al rey y llamó a Thyval para pedirle su mejor capa y decirle que lo esperara en la casa del gobernador.

El gigante iba adelante mostrando el camino y conversando cómodamente en su atroz beklano, sin preocuparse lo más mínimo al parecer de que Siristru lo entendiera o no, con su bolsa repleta que bamboleaba como si fuera una liviana red de pescador.

En este momento notaron a una banda de ocho o nueve niños que corría detrás de ellos y les gritaba para llamarles la atención. Dos llevaban unas espesas coronas de flores. Siristru se detuvo, asombrado, y los niños lo alcanzaron, jadeantes.

—U-Ankray —dijo una niña de pelo oscuro, de unos doce años, poniendo la mano en la del gigante— ¿es éste el huésped extranjero, el príncipe que iba a llegar por el río?

—Bueno, sí, es él —contestó Ankray— y ¿qué hay con esto? Ahora va a ver al gobernador, así que tú no debes molestarlo ahora, querida.

La niña se volvió hacia Siristru, levantó la palma de la mano hasta la frente y le habló en beklano, con una especie de alegría confiada que lo dejó estupefacto y lo inquietó.

—Señor —dijo— cuando oímos que estabas aquí, tejimos unas coronas para darte la bienvenida a ti y a tus sirvientes. Las llevamos a tu casa, pero Lirrit nos dijo que habías salido para ver al gobernador. «Corred», nos dijo, «y lo alcanzaréis». Así que hemos venido corriendo para darte las guirnaldas y decirte: «Bienvenido, señor, a

Zeray».

—¿Qué dicen, señor? —preguntó Thyval, que había estado contemplando los niños con cierto asombro—. ¿Están tratando de vendernos las flores?

—No: es un regalo, o así me parece —contestó Siristru. Aunque los niños le gustaban, la situación estaba fuera de su experiencia y no sabía qué decir. Se volvió hacia la niña de pelo oscuro.

—Gracias —dijo—. Eres muy amable.

Se le ocurrió que hubiera sido mejor tratar de averiguar algo más. Tal vez un mayor reconocimiento de esta encantadora cortesía sería del agrado de quien estaba detrás de ella.

—Dime, ¿quién te dijo que trajeras las guirnaldas? ¿Fue el gobernador?

—¡Oh, no, señor! Nosotros recogimos las flores: nadie nos ha mandado.

Y siguió dando una explicación liviana y feliz que él no pudo seguir, mientras dos de sus compañeros se ponían en puntas de pie para colgar las guirnaldas en los pescuezos de él y de Thyval. La mayor parte de las flores eran de la misma clase, pequeñas, de color lila, con un perfume suave pero penetrante.

—¿Cómo les llaman a estas flores? —preguntó, sonriendo y tocándolas.

—Planella —contestó ella, y le besó la mano—, las llamamos planella. Y estas otras, las rojas, son trepsis.

—Cantemos para ellos —gritó un niño de piel oscura, cojo, que estaba hacia el fondo del grupo—. ¡Vamos, cantemos para ellos!

Y en el mismo instante se puso a cantar y los otros lo acompañaron, un poco sin aliento, en distintos registros. Thyval se rascó la cabeza.

—¿Qué están cantando, señor? ¿Puedes darte cuenta?

—Apenas —contestó Siristru—. Cantan en otro idioma, un idioma que no es el beklano, aunque hay alguna que otra palabra, por aquí y por allá, que parecen ser las mismas. «Hay algo o alguien que saca un pez (creo) del río...». Oh, bueno, ya sabes, la clase de canciones que cantan los niños en todas partes.

—Supongo que dentro de poco querrán dinero —dijo Thyval.

—¿Te las has arreglado para conseguir un poco de dinero del país?

—No, señor.

Pero la canción terminó y los niños, tomándose unos a otros de la mano, corrieron, riendo y saludando con la mano y llevándose con ellos al niño cojo.

—Curiosa manera de irse —murmuró Thyval, tratando de quitarse la guirnalda.

—No te la quites —dijo Siristru rápidamente—. No debemos hacer nada que pueda ofender a esta gente.

Thyval encogió sus perfumados hombros y prosiguieron la marcha. Ankray señaló hacia un barranco donde había una casa de piedra en la cumbre. Aunque recién edificada, no era ni grande ni imponente, pensó Siristru, mirando el piso alto que

sobresalía de la pared circundante. Tal vez, el gobernador, si no era él mismo el proyectista de la balsa, debía ser algún viejo soldado, un hombre práctico designado para llevar adelante la ruda tarea de construir un puerto de trabajo. Quienquiera que fuera, lo cierto es que tenía muy poca idea del estilo.

El portón —de construcción pesada, con tablas entrecruzadas de las que sobresalían las anchas cabezas de los clavos de hierro— estaba entreabierto y Siristru, siguiendo a Ankray, que entró sin más ceremonias, se encontró en una especie de corral que parecía en parte de una granja, en parte de un taller de artesano. Por todo el lugar se veían materiales de una y otra clase. En la parte Norte del patio o corral, contra la pared que daba al Sur de la casa, se veía un banco de carpintero y allí estaba un hombre de pelo gris, con aire de viejo soldado, que sostenía una flecha en una mano mientras con la otra colocaba cuidadosamente un cañón de pluma ya tratado debajo de la muesca. Un hombre más joven y un grupito de muchachos de aspecto bastante roto estaba a su alrededor, y era evidente que les estaba enseñando a fabricar flechas, dado que hablaba y ejemplificaba lo que decía agitando la flecha que tenía en la mano para demostrar los efectos de su determinado estilo de fijar el vuelo.

Al entrar Siristru en el corral, a la zaga de Ankray y sintiéndose excepcionalmente incómodo con la gran guirnalda de flores que le hacía cosquillas en los lóbulos de las orejas, todos se dieron vuelta a mirarlo, e inmediatamente el hombre más joven se apartó del grupito y marchó hacia él, sacudiéndose la viruta de las manos y gritando por encima del hombro:

—¡Esta bien, Kavass, sigue, sigue no más! Cuando termines, echa una mirada a esos gruesos bloques que trajo Ankray, ¿me haces el favor?

Como Ankray no dio señales de disponerse a anunciar la llegada de los forasteros, Siristru echó mano de sus precarios conocimientos de beklano y dijo:

—He venido a ver al gobernador.

—Yo soy el gobernador —contestó el hombre, sonriendo. Incluyó la cabeza, se llevó la mano a la frente y luego, como si estuviera un poco nervioso, la secó en la manga antes de tenderla a Siristru, que la asió instintivamente, aunque un poco asombrado. ¿Acaso la palabra que usó para «gobernador» no era la justa?

Hizo un nuevo intento.

—El... el dirigente, el dirigente de la ciudad.

—Sí; yo soy el dirigente de la ciudad. ¿No es así Ankray?

—Sí, señor. Traje los bloques y también al príncipe extranjero, como tú me dijiste. Y ese muchacho Sháuter me dice que te diga...

—Bueno, me lo dirás después. ¿Quieres decirle a la Säiyet que el príncipe ha llegado y a Zilthé que lleve unas nueces y vino a la sala de recepción? Trata de que todo esté como; debe estar, y llévate al criado del príncipe y ocúpate de él.

—Muy bien, señor.

Siristru siguió al hombre, que marchó hacia la casa, murmurando:

—Si he entendido bien el significado de esa palabra, debo decir que yo no soy príncipe.

—No importa —contestó alegremente el gobernador—; si la gente aquí cree que lo eres, a ellos les dará gusto y á ti te favorecerá.

Por primera vez en varios días Siristru rió y, aprovechando la ocasión que se presentaba de mirar directamente al hombre sin parecer demasiado curioso o descortés, trató de situarlo. A primera vista parecía tener treinta años, pero esto no era fácil de saber, pues a pesar de sus maneras vivaces había en él una especie de gravedad y responsabilidad que sugerían más años. Tampoco era fácil adivinar si era primordialmente un hombre de acción, o un hombre de pensamiento, pues la cara indicaba al perceptivo Siristru la experiencia del peligro y —si debemos usar la palabra— de la pena; también del sufrimiento.

En definitiva pensó el diplomático Siristru, un personaje críptico y paradójico, a quien había que tratar con mucho cuidado. El lóbulo de una de las orejas estaba marcado con una hendidura desgarrada, fea, que no tenía aro, y el brazo izquierdo se mantenía tieso, como si hubiera sufrido algún percance. ¿Qué podría haber sido el pasado de este hombre y cómo había llegado a ser gobernador de Zeray?

Entraron a una habitación sencilla, limpia, con piso de piedra, alfombrada con estereras, en la que ardía un fuego pálido, atenuado por la luz del sol de la tarde. El gobernador, con una nueva sonrisa, quitó gentilmente la guirnalda de los hombros de Siristru y la puso sobre la mesa, a su lado. El tejido no era muy firme y ya empezaba a deshacerse.

—Algunos niños de tu ciudad se acercaron y me la dieron cuando venía hacia acá —dijo Siristru.

—¿De veras? ¿Sabes, por casualidad, qué niños eran? —preguntó el gobernador.

—Vasa, señor —dijo una voz de mujer—; es lo que me ha dicho Ankray. Y algunos de sus amigos de Rotelga. ¿Debo servir ahora el vino?

Una mujer joven entró, con tazas de plata y una jarra sobre una bandeja. Después de ponerla sobre una mesa, volverse hacia Siristru y llevarse la mano a la frente, éste notó, con un estremecimiento de piedad rápidamente disimulado, que la mujer no estaba en su sano juicio. Sus ojos grandes y risueños se fijaron en los de él con una persistencia desconcertante y fuera de lugar en una persona de servicio y en una mujer y luego pasaron, sin cambio de expresión, a contemplar una mariposa que agitaba sus alas en la pared soleada, hasta detenerse en el gobernador, que se aproximó y le tomó las dos manos, cariñosamente, entre las suyas.

—¿Así que fue Vasa? El príncipe ha tenido suerte, ¿no es cierto? Gracias, Zilthé. Sí, sirve el vino en seguida, por favor. Pero yo me voy a tomar un poco de tiempo: antes me voy a lavar y a cambiar de ropa. Tengo que hacer honores a tu visita —dijo,

volviéndose a Siristru—. Tu llegada a Zeray tiene suma importancia para todos nosotros, para todo el país, en realidad. Ya he despachado un mensajero a Kabin con las noticias. ¿Me disculpas si desaparezco por unos instantes? Como puedes ver —y extendió las manos—, no estoy en condiciones de recibirte. Pero mi mujer se ocupará de ti hasta que yo vuelva. Vendrá aquí en seguida.

Salió del cuarto y Zilthé se volvió para avivar el fuego y limpiar la chimenea. Siristru se paró en la luz del sol aspirando todavía la fragancia penetrante de la planella en la guirnalda y escuchando, en la distancia, el canto muy asombroso de un pájaro desconocido. Levantó la mirada rápidamente al ver entrar a la habitación una segunda mujer joven.

Hombre de cierta edad o no, Siristru tenía buen ojo para las mujeres, y ésta le llamó mucho la atención. Cuando ella entró él sólo fue consciente de una notable gracia de movimiento: un modo de andar suave, casi ceremonioso, que expresaba calma y dominio de sí. Luego, cuando ella se acercó, vio que, aunque ya no estaba en la primera juventud, era notablemente bella, con grandes ojos oscuros y una cabellera negra, recogida en una trenza floja que le caía sobre un hombro. Su vestido era rojo vivo, ceñido, como una vaina, tenía bordada en la parte frontal, desde los hombros hasta los talones, la figura rampante de un oso en hilo de plata y oro sobre un fondo pintoresco de árboles y aguas, minuciosamente tejido. Violento, de estilo casi bárbaro, el diseño, el colorido, y el bordado mismo eran tan impresionantes que, por un instante Siristru estuvo en peligro de olvidar la espada por la vaina, como se dice. Un trabajo como éste, en Zakalón, iba a encontrar sin duda un mercado fácil. Mientras tanto, ¿cuáles serían las convenciones de este país en relación a las mujeres de rango? Bastante libres, sin duda, puesto que el gobernador había enviado a su esposa sola a que lo entretuviera y, por lo tanto, esperaba que él conversara con ella. Bueno, no se quejaba. Acaso había juzgado mal al país, aunque por lo poco que había visto en Zeray, iba a ser raro que hubiera aquí una mujer culta.

La mujer lo saludó con gracia y dignidad, aunque su beklano parecía un poco inseguro y él adivinó que, lo mismo que el gigante servidor, no hablaban en su idioma nativo. Desde el alféizar donde estaba parado él podía ver los cobertizos y el muelle debajo, a un cuarto de milla, frente al agua ondulante del estrecho. Ella le preguntó, sonriendo, si había tenido miedo durante la travesía. Siristru contestó que sí, sin ninguna duda.

—Yo soy muy cobarde —dijo ella, sirviéndole una segunda copa y sirviéndose también ella—. Por mucho tiempo que viva aquí, nunca lograrán hacerme cruzar al otro lado.

—Sé que este lado se llama Zeray —dijo Siristru—. ¿El lugar de la otra orilla tiene nombre o es demasiado nuevo para tenerlo?

—Apenas existe todavía, como has visto —contestó ella, echando hacia atrás sus

largos cabellos—. No sé como lo llaman los deelguy... Yos Bos o algo que suena así, supongo. Nosotros lo llamamos Bel-ka-Trazet.

—Es un hermoso nombre. ¿Tiene algún, significado?

—Es el nombre del hombre que concibió la idea de la balsa y que vio cómo podía funcionar. Pero ha muerto.

—Una pena que no haya podido ver terminada su obra. Bueno: bebo en su honor.

—Yo también —y chocó la taza de plata de él con la suya: las dos sonaron débilmente a la vez.

—Dime —dijo él, encontrando las palabras con cierta dificultad—. Supongo que te das cuenta que no sé nada de vuestro país y necesito aprender tanto como pueda... ¿Qué parte desempeñan las mujeres en... bueno... en la vida, en la vida pública? ¿Pueden ser dueñas de terrenos, comprar y vender, utilizar la ley... y otras cosas... o están más... retenidas?

—No pueden hacer ninguna de esas cosas. —Ella pareció sorprendida—. ¿Las hacen en tu país?

—Bueno, sí, son cosas posibles para una mujer... digamos, para una mujer con propiedad y cuyo marido ha muerto... y que desea mantener sus derechos y dirigir sus propios asuntos.

—Nunca oí una cosa semejante.

—Pero... tú... perdóname, no encuentro la palabra, tu manera sugiere que las mujeres aquí tienen mucha libertad.

Ella rió, evidentemente halagada.

—No me tomes como ejemplo, cuando vayas a Bekla: no quiero que algún marido te clave un puñal. Yo soy un poco desusada, y sería un poco largo de explicar por qué. Fui en un tiempo sacerdotisa, pero aparte de eso he llevado una vida... muy diferente de la vida de la mayoría de las mujeres. Y además, esta es una provincia remota, a medias civilizada, y mi marido tiene que utilizar a todos, hombres y mujeres, especialmente cuando se trata de ayudar a los niños. Yo actúo libremente en nombre de él y la gente lo acepta, en parte porque soy yo y en parte porque necesitamos cada cabeza y cada par de manos que tenemos.

¿Habría sido esta mujer en otros tiempos una prostituta sagrada?, pensó Siristru. No parecía posible. Había en ella cierta delicadeza y sensibilidad que no indicaban tal cosa.

—¿Una sacerdotisa? —preguntó—. ¿Del Dios de este país?

—Del Señor Shardik. En cierto modo, todavía soy su sacerdotisa, su sierva.

—Entiendo. Pero Shardik... es la segunda vez que oigo ese nombre. «Shardik dio su vida por los niños, Shardik los salvó».

Siristru siempre había tenido una excelente memoria fonética.

Ella palmoteo asombrada.

—¿Cómo? ¡Estás hablando el idioma de Deelguy! ¿En dónde oíste eso?

—Los hombres de la balsa cantaban eso esta mañana.

—¿De Dellguy? ¿En serio?

—Sí. Pero ¿quién es Shardik?

Ella retrocedió, lo miró fijamente a los ojos y abrió los brazos.

—Este es Shardik.

Siristru, sintiéndose un poco turbado, miró detenidamente el vestido. Sin duda el trabajo era fuera de lo común. El enorme oso, con ojos rojos y llameantes, estaba parado y amenazaba a un hombre armado con un arco, mientras que detrás un grupo de niños harapientos se agazapaba en lo que parecía ser una ribera arbolada. Sin duda era una escena salvaje, pero no había clave de su significado. ¿Adoración animal? ¿Sacrificios humanos, tal vez?

—Espero llegar a saber más sobre él —dijo finalmente—. Ese vestido es realmente espléndido... un hermoso trabajo. ¿Fue hecho en Bekla o en algún lugar cerca de aquí?

Ella rió de nuevo.

—Muy cerca de aquí sin duda. La tela vino de Yelda, pero mis mujeres y yo lo bordamos en esta casa. Nos llevó medio año.

—Un trabajo maravilloso... maravilloso. ¿Es... sagrado?

—No, no es sagrado, pero yo lo uso... bueno, en ocasiones importantes. Me lo he puesto para ti, como puedes ver.

—Es un honor para mí... Y el vestido es digno de la dama. ¿Qué me dices? ¡Y en un idioma que sólo he empezado a aprender hace dos meses!

Siristru se estaba divirtiendo.

Ella no contestó nada y se limitó a lanzarle una mirada aguda, brillante y humorística, como la de un estornino. Él sintió un súbito estremecimiento. Con el brazo duro o no, el gobernador era más joven que él.

—Vestidos como este, no tan hermosos, por supuesto, pero de esta clase, podrían ser exportados a mi país, ¿no te parece?

Ella decidió tomar la cosa a broma: se restregó las manos y se inclinó servilmente, como algún viejo mercader que adula a un cliente acaudalado.

—Por supuesto, bondadoso señor, sin ninguna duda, muy halagada. ¿Cuántos deseas? —Y luego ya en serio:

—Tendrás que preguntarle a mi marido. Verás que él es capaz de hablar con mucha competencia en todo lo que se hace o se vende desde Ortelga a Ikat. El comercio lo entusiasma: cree en él apasionadamente; dice que es la sangre que circula por el cuerpo del mundo. ¿Cómo se llama tu país?

—Zakalón. Es muy hermoso. Las ciudades están llenas de jardines con flores. Espero que algún día puedas visitarnos, si llegas a vencer tu repugnancia a cruzar el

estrecho.

—Tal vez. He viajado poco en mi vida. Lo cierto es que nunca he estado en Bekla. Ni siquiera en Ikat-Yel-dashay.

—Tanto más motivo para ser la primera mujer que va a Zakalón. Ven a dar envidia a nuestras damas. Si te gustan las ceremonias, debes venir para el gra... para el festival del solsticio de verano... si esas son las palabras justas.

—Sí, lo son. ¡Muy bien! Bueno, tal vez, tal vez. Dime, señor...

—Siristru, Säiyet.

Sonrió. Acababa de acordarse de «Säiyet».

—Dime, Siristru: ¿Piensas quedarte aquí unos días o estás de paso para Kabin?

—Bueno... es algo que depende del gobernador, pero en primero lugar, por supuesto, tendré que ocuparme de traer a mis hombres y animales desde... Belda-Brazet...

—Bel-ka-Trazet.

—... desde Bel-ka-Trazet. Y además no me siento del todo bien después del viaje. Creo que pasaré unos pocos días aquí antes de que estemos listos para seguir a Kabin. La selva y el desierto fueron muy penosos. Los hombres necesitan descansar y tal vez un poco de... no sé la palabra... ya me entiendes... de jugar, de beber...

—Diversión.

—Eso es: diversión. Perdóname: lo voy a escribir.

Ella lo contempló sonriendo y meneando la cabeza mientras él escribía.

—Si te quedas unos cinco días más —dijo ella— tú y tus hombres podrán asistir a nuestro festival de primavera. Es una fiesta muy alegre... habrá mucha... diversión y una ceremonia muy hermosa en la orilla. Por lo menos, para nosotros lo es, especialmente para los niños. El día de Shara: ese es el momento en que vemos las llamas de Dios ardiendo como estrellas.

—¿Las llamas de Dios?

—Es una broma de mi marido. Él llama a los niños «las llamas de Dios». Pero yo hablo de la ceremonia. Se decora una gran balsa de madera con flores y ramas y se la echa al río, incendiada. A veces puede haber tres o cuatro balsas. Y los niños hacen osos de barro y los llenan de flores —trepsis y melikon, ¿sabes?, y al final del día los ponen sobre tablas chatas y los hacen flotar corriente abajo.

—¿Es una conmemoración de algo?

—Bueno, sí... Se conmemora al Señor Shardik y a Shara. Este año una vieja y querida amiga de nosotros hace el viaje especialmente para estar aquí... Si todo sale bien, llegará dentro de dos o tres días. Ella me enseñó hace mucho tiempo, cuando era niña...

—No hace tanto tiempo.

—Gracias. Me gustan los cumplidos, sobre todo ahora que tengo dos hijos. Si no

te sientes bien, te recomiendo que te demores un poco, pues en ese caso podrás utilizar sus conocimientos. Es la médica más grande de la región. Lo cierto es que, en buena parte, es por esto que viene... no sólo por la fiesta, sino para atender a nuestros niños enfermos... Siempre hay unos cuantos al fin del invierno.

Siristru iba a preguntarle algo más cuando el gobernador volvió al cuarto. Se había cambiado de ropa: llevaba ahora una sencilla túnica negra, que tenía bordadas en el pecho la figura del oso y unas espigas de trigo con hilo de plata. Esto, tan severo en contraste con el esplendor del vestido de su mujer, ponía de relieve sus rasgos austeros y su aire de seriedad casi mística. Siristru estudió la cara cuando él se inclinó para servirle vino. También este hombre, comprendió de repente, era por temperamento un metafísico, aunque no tuviera facilidad de palabra ni ideas articuladas. Curiosamente, le pasó por la mente una frase del poeta Mitran, de Zakalón, que pone en boca del héroe Serat cuando habla con su esposa en el momento que sigue a la unión amorosa: «No deseo nada, no me falta nada, soy el centro del mundo, donde la pena es alegría». Por un instante, sin embargo, el gobernador, levantó la mirada, las copas se entrechocaron y resonaron sobre la bandeja y el encantamiento quedó interrumpido.

Siristru hizo una observación elogiosa sobre el vino. La dama se disculpó y los dejó solos y el gobernador, invitándolo a sentarse, empezó sin más a hablar de proyectos comerciales, como podría hablar un novio que va a casarse de su inminente boda. Si Siristru había esperado poco o nada del toscó alcalde de una ciudad de frontera, se vio ahora forzado a cambiar de idea. Las preguntas del gobernador caían como flechas. ¿A qué distancia estaba Zakalón? ¿Cuántos campamentos permanentes o fuertes harían falta para establecer el servicio regular de rutas? ¿Cómo podía tener Siristru la seguridad de que no había población hostil en la selva? Dado que el Telthearna podía ser usado para el transporte corriente abajo, ¿qué iba a hacerse con el curso superior? En cuanto al problema del idioma, él podría, si se aceptaba la idea, enviar cincuenta niños mayores a Zakalón para que los educaran como guías e intérpretes. Los niños aprendían más rápidamente que los hombres y él conocía algunos que estarían encantados de esta oportunidad. ¿Qué bienes podría ofrecer Zakalón? Caballos... ¿Qué clase de caballos, exactamente? Pareció asombrado cuando Siristru empezó a explicar; los dos se confundieron en dificultades de lenguaje y terminaron riéndose cuando Siristru trató de dibujar un caballo con un dedo mojado en vino. Luego prometió al gobernador que al día siguiente, de un lado del río o del otro, iba a ver a un hombre que cabalgaba el más veloz de los caballos. Si eso era cierto, contestó el gobernador, entonces Zakalón no necesitaba buscar nuevas mercancías que ofrecer durante varios años. Pero ¿qué pensaba Siristru, francamente, del valor comercial de estos caballos, dejando de lado, por supuesto, el costo y el esfuerzo de transporte de los animales desde Zakalón? Luego se pusieron a

discutir los valores equivalentes de las consignaciones de vino, de hierro y de los productos de artesanía fina, como la tela que él acababa de admirar.

El gobernador brindó por Zakalón. Se felicitaron el uno al otro por el propicio encuentro y continuaron trazando con la imaginación un futuro en el que los hombres iban a viajar tan libremente como los pájaros y en el que los bienes iban a pasar por Zeray Hasta los confines de la tierra.

—Pero en cuanto a tu viaje a Bekla —dijo el gobernador volviendo a la realidad con una especie de sobresalto—, el camino que va de aquí a Kabin no está terminado todavía, no sé si lo sabes. Por treinta kilómetros es bastante pasable, pero los otros treinta no son más que barro.

—Nos arreglaremos: no te preocupes. Pero me gustaría quedarme para esa fiesta que daréis... el Día de Shara... ¿no es así que lo llamáis? Me dicen que queman una balsa... en honor del Señor Shardik. ¿No es así? También creo que no me vendrá mal conocer a tu amiga, esa mujer sabia... No me he sentido muy bien durante el viaje y tu esposa dice que es una gran médica.

—¿La Tuguinda?

—Creo que no la nombró... ¿O es un título?

—En el caso de ella es título y es nombre.

—¿Va a venir por ese camino a medio terminar del que me hablabas?

—No, viene por agua. En esta ciudad tenemos la suerte de contar con un río como medio de comunicación con el Norte. Una parte de la provincia es todavía muy salvaje, aunque no tan salvaje como era. Estamos estableciendo nuevas colonias por aquí y por allá, aunque nunca corremos riesgos con los niños en las zonas más remotas. Pero hay una aldea de niños en el camino a Kabin: pasarás por ella cuando vayas a Bekla. Todavía no es muy grande —hay diez soldados veteranos y sus mujeres, que cuidan a un centenar de niños— pero tenemos intenciones de agrandar el lugar en cuanto la tierra esté en condiciones de mantener a más personas. Está en un lugar seguro.

—Estoy sorprendido por los niños —dijo Siristru— por lo poco que he visto de ellos. Tu ciudad parece llena de niños: los vi trabajar en los muelles y en tus nuevos depósitos. Al parecer, dos tercios de los habitantes son niños.

—Dos tercios: el cálculo es justo.

—Entonces, no todos son niños de la gente de aquí, ¿no?

—Oh, ¿nadie te habló de los niños? —dijo el gobernador—. No claro, apenas ha habido tiempo. Vienen de distintos lugares: Bekla, Ikat, Thettit, Dari, Ortelga... incluso hay unos pocos de Terekenalt. Son todos niños que han perdido a sus padres o a sus familias por una u otra razón. Muchos de ellos han sido abandonados, me temo. Ellos no están obligados a venir aquí, aunque pasa muchos eso es mejor que nada, supongo. De todos modos, es una vida dura, pero al menos pueden sentir que los

necesitamos y los valoramos. Nada más que eso es una gran ayuda.

—¿Quién los trae?

—Bueno, yo estoy en contacto con toda clase de gente... gente que ha trabajado para mí y que me daba noticias en los días en que... yo... bueno... vivía en Bekla: y el Ban de Sarkid nos ha ayudado mucho.

Siristru no pudo evitar un cierto desagrado. Aparentemente este joven gobernador, en su entusiasmo por el comercio, estaba desarrollando su provincia y construyendo el puerto de Zeray gracias a la labor de niños desvalidos.

—¿Cuánto tiempo están obligados a quedarse? —pregunto.

—No están obligados, están en libertad de irse si quieren. Pero la mayoría de ellos no tiene donde ir.

—Entonces, ¿no dirías que son esclavos?

—Son esclavos cuando vienen aquí. Esclavos del descuido, del abandono, a veces de la crueldad misma. Nosotros tratamos de liberarlos, y muchas veces no es nada fácil.

Siristru empezó a ver un nexo entre esto y algunas cosas que la mujer joven le había dicho en la primera conversación.

—¿Tiene esto algo que ver con el Señor Shardik?

—¿Qué has oído pues del Señor Shardik? —preguntó el gobernador con aire sorprendido.

—Tu esposa habló de él y de la fiesta. Además los hombres de la balsa, esta mañana, cantaban una canción: «Shardik dio su vida por los niños». Me interesaría saber más de esto, del culto de Shardik, si te parece... Estos asuntos me interesan... En mi propio país he sido... bueno, podría decir que un maestro.

El gobernador, que estaba contemplando su taza de plata y hacía girar en ella al vino, levantó la mirada y sonrió.

—Es más de lo que yo soy o nunca seré. Sobre todo, no tengo facilidad con las palabras, aunque por suerte no las necesito para servir al Señor Shardik. La enseñanza, como tú dices, consiste simplemente en que no debe haber ningún niño abandonado o infeliz en el mundo. Al fin de cuentas, esa es la única seguridad del mundo: los niños son el futuro. Si no hubiera niños infelices, entonces el futuro estaría asegurado.

Siristru no había entendido todo lo que decía y, como le resultaba difícil formular preguntas en el idioma del otro, volvió a repetir las palabras que le había oído decir.

—Esclavos del abandono y del descuido, dices. ¿Qué quiere decir eso?

El gobernador se levantó, dio unos pasos hacia la ventana y se paró al lado de ella, contemplando el puerto. Cuando habló lo hizo de modo vacilante y Siristru comprendió con cierta sorpresa que, al parecer, nunca o pocas veces tenía ocasión de expresarse sobre el punto.

—Los niños... nacen del placer y la alegría mutuos... o deberían nacer así. Y Dios quiere que crezcan... bueno... Como un bote sano, que sean capaces de trabajar y jugar, de comprar y vender, de reír y gritar. La esclavitud... la verdadera esclavitud es verse privado de una oportunidad de llegar a ser completo. Los no queridos, los que tienen privaciones y están abandonados... esos también son esclavos, aunque no lo sepan ellos mismos.

—Bueno, bueno, tal vez haya algunos niños abandonados a quienes no les importe tanto...

—¿Cuál de ellos te dijo eso? —dijo el gobernador, con una simulación tan cómica de genuino interés que Siristru no pudo menos de reír. Sin embargo, se estaba preguntando ahora cuál sería la mejor manera de poner punto final a esta conversación. Él la había iniciado al pedir información, y no era correcto cambiar ahora de tema. Lo mejor iba a ser encarar otro aspecto del tema y de ahí pasar a terreno menos vidrioso. La diplomacia es en buena parte el arte de no turbar a la gente.

—¿Dices que... que Shardik era un oso?

—El Señor Shardik era un oso.

—Y... ¿venía de Dios?... Me temo que no conozco la palabra.

—¿Divino?

—Ah, sí. Gracias.

—Era el Poder de Dios. Pero era un oso real.

—¿Ocurrió esto hace mucho tiempo?

—No: yo mismo estuve presente cuando murió.

—¿Tú?

El gobernador no dijo nada más y al cabo de unos instantes Siristru, ahora realmente interesado, se atrevió a preguntar:

—Un oso, y sin embargo hablaste de una enseñanza que os había impartido... ¿Cómo podía enseñar?

—Aclaró para nosotros, con su sagrada muerte, la verdad que nunca habíamos entendido.

Siristru, levemente irritado, contuvo un encogimiento de hombros, pero no pudo dejar de preguntar, aunque en un tono de cuidadosa sinceridad y deliberada modestia:

—¿Y no sería posible que alguna persona tonta intentara argüir... por supuesto sería una tontería, pero siempre puede decirse... que todo lo que ocurrió fue una historia casual y accidental, que el oso no había sido mandado por Dios...?

Se interrumpió, un poco asustado. Sin duda había dicho más de lo debido: había que tener más cuidado.

El gobernador guardó silencio durante tanto tiempo que Siristru tuvo miedo de haberlo ofendido. Esto habría sido muy pesado e iba a tener que bregar para reparar

los daños. Ya se disponía a hablar de nuevo cuando el gobernador levanto la mirada, sonriendo a medias, como alguien que sabe lo que va a decir pero que tiene que reír un poco por la dificultad que tiene en expresarlo. Finalmente dijo:

—Esos animales de los que hablaste... los animales que os vamos a comprar... vosotros os sentáis sobre sus lomos y ellos os llevan velozmente.

—¿Los caballos, dices?

—Tienen que ser inteligentes, más inteligentes que las vacas, ¿verdad?

—Es difícil decir. Tal vez un poco más inteligentes, ¿por qué?

—Si tocaran música junto a las orejas de ellos y a las nuestras, supongo que sus oídos podrían captar todos los sonidos que captamos nosotros. Pese a eso, es muy poco lo que entenderían. Tú y yo podríamos llorar: ellos no. En cuanto a la verdad, los que la oyen no tienen dudas. Y siempre hay otros que consideran que no ha ocurrido algo fuera de lo común.

Se agachó y echó un leño en el fuego. La luz de la tarde empezaba a declinar. El viento había amainado y a través de la ventana Siristru pudo distinguir que el río estaba ahora tranquilo junto a la orilla. Tal vez si se hacía la travesía mañana temprano el susto no iba a ser tan grande.

—He andado muy lejos —dijo el gobernador al cabo de un rato— he visto que el mundo blasfemaba y destruía. Pero no tengo tiempo ahora de tratar el punto. En fin, los niños... necesitan nuestro tiempo. En una época yo solía rezar: «Acepta mi vida, Señor Shardik»; y esa plegaria ha sido oída. Ella ha aceptado.

Al oír esto, Siristru sintió que por fin estaba pisando terreno conocido. Aliviar el peso de la culpa era, en su experiencia, la función de la mayoría, sino de todas, las religiones.

—¿Tú sientes que Shardik te quita... te perdona...?

—Bueno... no sé nada de eso —contestó el gobernador—. Pero una vez que sabemos lo que hay que hacer, el perdón importa mucho menos: la obra es demasiado importante. Dios sabe que he hecho mucho daño. Pero ya todo ha quedado atrás.

Se interrumpió al oír el ruido de un movimiento cerca de la puerta del cuarto oscurecido. Ankray había entrado y aguardaba para hablar. El gobernador lo llamó.

—Hay unos niños que esperan para verte, señor —dijo el hombre—. Uno o dos de ellos son niños nuevos, que llegaron ayer. Y ese joven que trabaja en los muelles, ese Sháuter...

—¿Kominion?

—Bueno, algunos lo llaman así —concedió Ankray—. Pero el Barón, él no quiere que...

—Está bien. ¿Qué quiere?

—Dice que quiere órdenes para mañana, señor.

—Está bien. Iré a verlo, y también a los otros.

Cuando el gobernador se volvió hacia la puerta, un muchacho de unos seis años de edad pasó vacilante, miró en derredor y se detuvo, mirando gravemente. Siristru lo contempló divertido.

—Hola —dijo el gobernador, devolviendo la mirada al niño—. ¿Qué estás buscando?

—Busco al gobernador. La gente que está fuera me dijo...

—Bueno, yo soy el gobernador y puedes venir conmigo si quieres.

Levantó al niño en sus brazos en el momento en que Melathys volvía al cuarto. Ella meneó la cabeza, sonriendo.

—¿No tienes ninguna dignidad, mi querido Kelderek Juega-con-los-Niños? ¿Qué va a pensar el embajador?

—Va a pensar que soy uno de esos veloces animales que él nos va a vender. ¡Mira!

Y salió corriendo del cuarto con el niño en los hombros.

—¿Te quedas a comer con nosotros, verdad? —dijo Melathys volviéndose hacia Siristru—. Nos sentamos a la mesa dentro de una hora y no hay razón para que nos dejes. ¿Qué podemos hacer para entretenerte hasta entonces?

—Señora, por favor, no te molestes —contestó Siristru, feliz de estar nuevamente en compañía de aquella encantadora mujer, a quien juzgaba demasiado valiosa para su marido, por muy ducho que fuera en cuestiones de comercio—. Tengo que terminar una carta para el rey de Zakalón —sonrió—. Puedo sentarme en cualquier parte y no molestaré a nadie.

Ella pareció sorprendida.

—¿Tu mismo vas a escribir la carta? ¿Tú mismo?

—Bueno... sí, señora... si puedo.

—Claro que puedes... si puedes encontrar algo con qué escribir y para escribir encima. Y esto lo dudo. ¿Me dejas que te observe un poco? Las únicas personas a quien vi escribir fueron la Tuguinda y Elleroth, Ban de Sarkid. Pero ¿dónde vamos a encontrar lo que te hace falta?

—No te molestes, señora. Mi hombre está aquí. Él puede ir a traerme lo que hace falta.

—Haré que te lo manden. Será más cómodo para ti quedarte en este cuarto, creo. En los otros está haciendo frío.

—¿Me dijiste que tienes niños, señora?

—Dos. Todavía son muy chiquitos. El mayor no tiene tres años.

—¿No quieres mostrármelos mientras mi hombre llega?

«... he tenido la agradable sorpresa de descubrir que el joven gobernador de la ciudad está muy enterado de nuestras posibilidades de comercio. Él me asegura que los centros principales del país podrán ofrecernos diversos productos: metales, sin

duda hierro, y tal vez un poco de oro, si lo entendí correctamente, además del vino que hacen, que es excelente, aunque no sé si aguantará el viaje y, supongo, algunas joyas, aunque no sé con precisión si son preciosas o semipreciosas. A cambio de esto, en mi opinión, les ofreceremos caballos. No tengo ninguna duda que los van a pagar bien, puesto que no tienen ni uno solo y no saben absolutamente nada de ellos. Lo cierto es que va a ser necesario tomar medidas para establecer normalmente este trueque, que forzosamente habrá de provocar un profundo cambio en el modo de vida de ellos y que, en el futuro previsible se basará en una demanda ilimitada.

»En cuanto al pueblo mismo, por lo poco que he podido ver, me cae más bien en gracia. Por lo general es gente semibárbara, ignorante y analfabeta. Pero sus artes, por lo menos en ciertas formas, me parecen logradas y notables. Me dicen que en Bekla hay algunos buenos edificios, y estoy dispuesto a creerlo. Algunos de sus artilugios —por ejemplo los bordados que he podido ver— tendrían mucha aceptación si se pusieran a la venta en Zakalón.

»Su Majestad está enterada del interés que me inspiran los asuntos religiosos y metafísicos y, por lo tanto, habrá de entenderme si le digo que no me ha sorprendido poco el haberme topado con un culto extravagante que ha tenido una profunda influencia, no sólo en la vida de esta provincia, sino también, dentro de lo que puedo comprobar, en la vida de las zonas metropolitanas del Oeste. Podría describírselo como una mezcla de superstición y humanitarismo visionario, que yo para nada tendría en cuenta si no fuera por los resultados que parece haber obtenido. Esta gente, si he entendido correctamente al gobernador, adora el recuerdo de un oso gigantesco, al que considera de naturaleza divina. Por supuesto, no hay nada extraño en el culto bárbaro de cualquier animal grande y salvaje, sea oso, serpiente, toro u otra criatura, ni tampoco en el concepto de beneficio que proviene de una muerte divina. Sin embargo, la creencia de ellos es que la muerte de este oso obtuvo de algún modo —no he podido enterarme cómo— la libertad de unos niños esclavos, y en razón de esto consideran que la felicidad y la seguridad de todos los niños es importante para el oso y que el bienestar de ellos es un deber sagrado. Podría decirse que consideran a los niños como una cosecha que madura y que no debe ser ni malgastada ni perdida. En relación a los padres, por ejemplo, se considera que dañar a un niño con una separación que deriva en el abandono de ellos o en algo que perjudica de algún modo a su seguridad y poder enfrentar la vida, es el equivalente de venderlos como esclavos. Todos los fieles de Shardik, como llaman al oso, tienen la obligación de cuidar a los niños abandonados o sin hogar en donde quiera que los encuentren. En esta ciudad hay muchos niños de esta clase, huérfanos o abandonados, que vienen de las provincias que están al Oeste y que son más o menos bien cuidados. El gobernador —un hombre capaz en términos generales, creo, aunque no tiene mucha prestancia y tal vez sea un poco extravagante en sus maneras— y su mujer son

entusiastas de este culto y han organizado la ciudad en torno a los niños, que sobrepasan a los hombres y mujeres en relación de dos a uno. Trabajan bajo la supervisión parcial de adultos y también tienen sus propios jefes. Y aunque buena parte del trabajo que realizan es, como podría esperarse, inhábil, torpe e incompleto, esto importa poco en una provincia como ésta, en donde la gran demanda es el resultado inmediato y el pulimento viene muy detrás de la utilidad y la satisfacción de las necesidades primordiales. Nadie podría negar que este culto sorprendentemente benévolo exige generosidad y abnegación, y en esto el gobernador y los suyos dan sin duda el ejemplo, pues al parecer viven tan sencillamente como el resto. Las condiciones en que viven los niños son rudas y primitivas, pero el gobernador las comparte y no puede negarse que hace mucho por promover un espíritu de camaradería. No puedo dejar de pensar que, pese a esta adoración supersticiosa del oso, tal vez haya algo valioso en la idea. Es interesante observar cómo la razón emerge de la leyenda, del mismo modo que esta comunidad misma emerge de las selvas que la rodean y alcanza un estado levemente semejante al del país de Su Majestad, cuyos refinamientos y comodidades, puede creerme Su Majestad, añoro terriblemente».

Siristru dejó de escribir, estiró los dedos y levantó la mirada. Ya casi no había luz. Se levantó, empujando el banco en que había estado sentado, marchó hacia la ventana y se puso a mirar en dirección al Oeste. Empezaba a hacer frío. Tierra adentro, el viento estaba levantándose probablemente, y él pudo imaginar los hirsutos bosques moviéndose en la lejana y tétrica soledad. Caía la noche, sombría y sin refugio, y dentro de lo que abarcaba su mirada no podía ver ni luz ni humo. Se estremeció e iba a volver al cuarto cuando su oído captó unas pisadas que marchaban por el camino. Movido por la curiosidad esperó, y, al cabo de unos instantes, apareció una mujer vieja, vestida de negro, con un hato de palos atado a la espalda. Los pies desnudos acariciaban la tierra mientras volvía a casa, el hato subía y bajaba sobre su espalda. En los brazos llevaba una niña pequeña, rubia, y Siristru pudo oír que le susurraba algo a la niña con un ritmo tranquilo y reposado, algo sin sentido y tranquilizador como el ruido de la rueda de molino o el canto de un pájaro. Cuando pasaron bajo la ventana, la niña levantó la mirada, lo vio y le hizo un saludo. Él devolvió el saludo y, al hacerlo, sintió que había alguien detrás en el cuarto. Un poco incómodo, se volvió y vio a Zilthé, que se acercó y dijo unas pocas palabras que él no pudo entender. Al verlo desconcertado sonrió, levantó la bandeja con lámparas no iluminadas que llevaba y señaló el fuego con la cabeza.

—¡Oh, sí, por favor, enciende! —contestó él—. ¡No me molestas!

Ella eligió una ramita encendida y fue prendiendo los pábilos uno a uno, disponiendo las varias lámparas hasta que el cuarto quedó alegre y bien iluminado. Las otras lámparas se las llevó y Siristru, al quedarse una vez más solo, se sentó junto

al fuego, tendió las manos hacia el calor y, del mismo modo que, cuando niño, miraba el corazón del fuego, se puso a buscar formas y cuadros, una isla, un cuchillo llameante, una jaula, los rasgos de una vieja, un despeñadero profundo, un oso lanudo. El fuego llameaba y calentaba con un dulce murmullo y un nudo de la madera estalló bruscamente. Los leños se movieron, la ceniza tembló y cayó, los cuadros se desvanecieron.

Melathys entró con aire atareado. Traía un cuarto de cerdo en una parrilla y había cambiado su hermoso vestido por un delantal de cocina, largo y gris. Cuando ella se acercó, él se puso de pie y sonrió.

—¿Puedo dar una mano? —preguntó.

—Más tarde, tal vez... Alguna otra noche, cuando ya seas un viejo amigo, como sin duda llegarás a serlo. Como ves, tu visita nos brinda una ocasión espléndida para festejar. U-Siristru: ¿no tienes frío? ¿Quieres que ponga unos leños más?

—No, por favor, no te molestes —contestó Siristru—. Es un hermoso fuego.



RICHARD ADAMS (Newbury, Reino Unido, 1920). Nació el 9 de mayo de 1920 en Wash Common cerca de Newbury, Berkshire, Reino Unido. Asistió a la Escuela Horris Hill, de 1926 a 1933, y luego al Bradfield College desde 1933 hasta 1938. En 1938, se trasladó a Worcester College para aprender historia moderna. En julio de 1940, poco después de la declaración de guerra entre el Reino Unido y Alemania, Adams fue llamado para unirse al ejército británico. Sirvió en el Oriente Medio y en la India, pero no entró en combate contra alemanes o japoneses.

Es un novelista inglés muy conocido como autor de la novela para niños *La colina de Watership* (*Watership Down*); otras obras conocidas son *Shardik* y *The Plague Dogs*. Todas ellas cuentan con animales como protagonistas. *La colina de Watership* originalmente es una historia que contaba a sus hijas pequeñas. Antes de obtener el éxito literario, Adams era funcionario del Ministerio de Agricultura inglés.

Cabe destacar que su novela "Shardik" fue traducida al español en dos tomos: "La sombra del oso" y "El regreso del oso", y forma parte de las novelas que tienen lugar en el "Imperio Beklan", al igual que "Maia" (que no ha sido traducida al español)

Notas

[1] En la traducción al español se dividió la historia en dos libros: *La sombra del oso* y *El regreso del oso*, sin embargo el presente editor digital ha decidido presentar en un solo libro la historia completa. (Nota del editor digital). <<

[2] Para que nadie suponga que utilizo mi ingenio de escritor para inventar las crueldades de Genshed, digo aquí que todas caen dentro de mi conocimiento y algunas —ojalá no fuera así— dentro de mi experiencia. <<